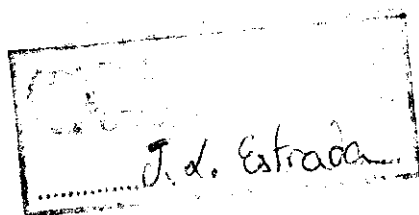




1.78908

E/1.025



BIBLIOTECA
SELECTA Y ECONOMICA,

DIVIDIDA

en dos Secciones:

LA 1^a. PRINCIPALMENTE FLORIDA Y HALAGUEÑA; Y LA 2^a. ESENCIALMENTE INSTRUCTIVA, SÓLIDA Y FUNDAMENTAL.

SECCION 1^a.

VII.

EL TALISMAN.

El Sitio de la Rochela.

EL TALISMAN,

CUENTO

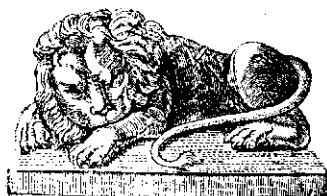
del tiempo de las Cruzadas,

POR

SIR WALTER SCOTT,

TRADUCIDO DEL INGLÉS,

por M.



~~BARCELONA.~~

IMPRESA DE DON ANTONIO BERGUES, CALLE DE ESCUDELLERS, N.º. 36.

1838.



BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104877936

EL TALISMAN,

CUENTO

DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

CAPITULO 1.

Aux no había llegado el sol á la mitad de su carrera en el cielo ardiente de Siria, cuando un caballero de la Cruz Roja, que había abandonado el techo paterno, situado en el Norte de Europa, para seguir á los Cruzados en Palestina, atravesaba lentamente los arenosos desiertos que rodean al mar Muerto, llamado tambien lago Asfaltites, donde las aguas del Jordan se acumulan en un mar aislado, que no envía á otro alguno el tributo de sus ondas.

El guerrero peregrino había caminado durante la primera parte de la mañana entre rocas, precipicios y ásperos desfiladeros, de los que había salido á la gran llanura en que las ciudades malditas provocaron en otros tiempos la terrible venganza del Omnipotente.

El cansancio, la sed, los peligros de la jornada, se borraron de la imaginacion del viajero, al recordar la catástrofe espantosa que había convertido en árido y triste desierto, el fértil y hermoso valle de Siddim, regado antes como el jardín del Señor, y hoy reducido á una soledad abrasada por los rayos del sol, y condenada á esterilidad perpetua.

Al ver la negra mole de sus aguas, que ni en color ni en calidad se parecen á las otras que fecundan la superficie de la tierra, el adalid cristiano hizo la señal de la Cruz, ni pudo guardarse de un sentimiento de horror al considerar que debajo de aquella linafa espesa yacian las antes soberbias ciudades de la llanura, á las que abrió vasto sepulcro el rayo del cielo, ó la erupcion de los fuegos subterráneos, y cuyas ruinas están cubiertas por una mar que no alimenta peces en su seno, que no sufre quilla alguna en su dorso, y que no tributa sus corrientes al océano, como si su fecho maldito fuese el único receptáculo digno de sus fangosas aguas. La tierra circunvecina era, como en los días de Moisés, sal y azufre; ni se siembra, ni se labra, ni crece yerba alguna en su superficie. También ella podria llamarse muerta, puesto que nada produce que se asemeje á la vegetacion, ni aun el aire consiente á sus lijeros habitantes, que huyen del olor del azufre y del betun, estraídos por el sol de las aguas del lago, y reunidos en nubes que presentan á veces las formas mas espantosas. Las moles de la sustancia llamada nafta, que nadan pausadamente en las cenagosas aguas del lago, suministran nuevos

vapores a las nubes, y testifican la verdad de la historia de Moisés.

Brillaba el sol con intolerable ardor en esta escena de desolacion y ruina, y parecia que la naturaleza animada se escondia de sus rayos, excepto la figura solitaria que caminaba á paso lento por la arena, y que era el único sér dotado de vida que se percibiese en el dilatado ámbito del llano. El traje del jinete y el harnés del caballo no eran por cierto propios para viajar en semejante pais. Además de la cota de maila, con guantes y peto de acero, que ya formaban una armadura de considerable peso, llevaba pendiente del cuello el escudo triangular, y en la cabeza el casco de barras de hierro, del que colgaba un collar de maila, que le cubria el cuello y los hombros llenando el espacio que dejaban descubierto el peto y el espaldar. Defendian la parte inferior del cuerpo unos calzones largos de maila y borceguíes de acero, correspondientes á los guantes. Pendía del lado izquierdo una ancha y aguda espada de dos filos, con el puño en forma de Cruz; al lado derecho el puñal se sostenia en el cinturon. Iba afianzada en la silla, y apoyada en el estribo, la larga y puntiaguda lanza, con su banderola en la punta, que permanecia inmóvil en la calma, y ondeaba ligeramente, cuando la impulsaba el viento. Añádase á este atavío la sobre-veste de paño bordado, que si bien sobradamente traída, guardaba la armadura de la accion del sol, que, sin esta precacion, hubiera sido intolerable. Vefase en la sobre-veste el escudo de armas del caballero, gastado por el tiempo, pero que descubria aun un leopardo dormido con la divisa: *Duermo; no me despiertes*. La misma pintura llevaba el escudo triangular; bien que los golpes de las armas enemigas lo habian borrado en gran parte. La cimera del casco no llevaba creston. Tal era, por lo comun, el equipo con que

los caballeros Cruzados arrostraban los rigores del clima y la tierra en que iban á buscar hazañas.

No era menos macizo el adorno del caballo. La silla, cubierta de planchas de acero, sostenia por delante un ancho pretal, y por detrás dos piezas de defensa para los costados y el cuarto trasero. Al pomo de la silla iba atada la maza de armas, ó martillo de hierro: las riendas eran cadenas del mismo metal; la frontera se componia de una cubierta de acero, con aberturas para los ojos y la nariz, y de enmedio de ella salia una larga punta, dispuesta á guisa del hasta del fabuloso unicornio.

El hábito habia convertido en necesidad este molesto aparato, tanto al caballo como al jinete. Ciertamente morian antes de acostumbrarse al calor de Palestina; mas para otros muchos aquel clima era, no solo benigno, sino favorable, y de estos era el solitario caballero á quien hemos dejado á orillas del mar Muerto.

La naturaleza habia dado á sus miembros aquellas proporciones que indican fuerza y vigor: así es que con tanta holgura sobrellevaba el peso de su casco, como si fuera de delicada tela. A la firmeza de sus miembros correspondia la de su constitucion, capaz de sufrir todas las mudanzas del clima, y las mas duras penalidades. Su índole participaba en cierto modo de sus prendas exteriores, pues si estas reunian al sufrimiento y robustez la mas infatigable actividad, en aquella se juntaban inalterable mesura y sed inextinguible de gloria y nombradía; dotes que caracterizaban la raza de los Normandos, y que les habian dado la soberanía de todos los pueblos que habian experimentado los rigores de sus aceros.

No todos ellos, sin embargo, recibieran amplio galardón de sus proezas: las del caballero del Leopardo solo le habian valido, durante dos años de campaña en Palestina, fama mundana

y recompensas espirituales. Su reducida provision de dinero se habia agotado, y no sabia emplear para suplirla ninguno de los medios de que echaban mano muchos de los que seguian la bandera de la Cruz. Ni exijia donativos de los habitantes, en cambio de respetar sus posesiones, cuando se hallaban cerca de la escena de las lides, ni habia tenido oportunidad de enriquecerse con el rescate de algun personaje cautivo. El reducido número de compañeros que habian salido con él del asilo paterno, y seguíndole en sus correrías y aventuras, habia ido disminuyendo poco á poco. Solo le quedaba un escudero, que se hallaba gravemente enfermo á la sazón, y que por este motivo habia dejado solo á su amo; mas nada importaba esto á un caballero Cruzado, que no creia poder hallar defensa mas segura que su espada, ni mejor compañía que sus devotos pensamientos.

Sin embargo, la naturaleza necesitaba de holganza y reposo, y el caballero del Leopardo no estaba exento de esta ley comun, apesar de sus músculos de hierro, y de su temple sufrido. Bajaba ya el astro del dia hácia el horizonte, y el guerrero se habia alejado algun tanto del mar Muerto, dejándolo á su mano derecha, cuando descubrió las palmeras que sombreaban la fuente á cuya márjen habia pensado ses-tear. El caballo, que en la jornada del dia habia imitado la paciente mesura de su amo, alzó el cuello, hinchó la nariz y alijeró el paso, como ansioso de llegar á la frescura que de lejos aspiraba; mas estaba escrito que antes de llegar al sitio deseado, caballo y jinete debian pasar nuevos riesgos y vencer nuevos obstáculos.

Mientras el caballero del Leopardo tenia la vista fija en las palmeras, parecióle distinguir un bulto que por entre ellas y detrás de ellas se movia. Aquel objeto distante se desvió de los árboles que lo ocultaban, y se adelantó hácia el caballero con tanta pron-

titud, que muy en breve pudo este distinguir un jinete, cuyo turbante, lanza, y el verde cañan que ondeaba á impulsos del viento, denotaban ser un adalid sarraceno.

« En el desierto, dice el proverbio de Oriente, no hay amigos. » Poco se curaba el caballero de que el infiel que se le acercaba, como si tuviese alas su trotero, viniese de paz ó de guerra, aunque habria preferido esta última á fe de campeón de la Cruz. Desató la correa de su lanza; empuñóla con la derecha; púsola en ristre; recojió las riendas con la mano izquierda, arrimó las espuelas al caballo, y se dispuso á recibir al desconocido, con la sosegada seguridad que convenia al que en tantos encuentros habia salido victorioso.

El Sarraceno se adelantaba á galope tendido, ostentando toda la destreza de un jinete árabe, y dirigiendo los movimientos de su caballo, mas bien con las inflexiones de su cuerpo que con el uso de las riendas, las cuales pendian flojamente de sus manos. Al mismo tiempo, como para evitar los golpes de la formidable lanza del soldado de Occidente, cubríase el cuerpo con la lijera rodela de piel de rinoceronte, adornada con chapas de luciente plata. No enristraba la lanza como su adversario, sino que la sostenia casi perpendicular con la mano derecha, manteniendo su punta hácia arriba, algo mas alta que el turbante. Parecia natural que viendo acercarse al enemigo con tanta violencia, el caballero del Leopardo saliese á su encuentro con no menos precipitacion. Mas el Cristiano, que no ignoraba los ardidés de los guerreros de Oriente, no quiso fatigar al caballo con vapos esfuerzos. Mantúvose firme, confiado en que si el enemigo lo acometia, su propio peso y el de su caballo le darian sobrada ventaja, sin necesidad de mayor impulso. Temeroso de este resultado, el Sarraceno, cuando se halló á dis-

tancia de dos lanzas de su contrario, mudó de direccion con inimitable destreza, y giró dos veces en torno del Cristiano, el cual haciéndole siempre rostro, frustró su intento de cojerle desprevenido: visto lo cual por el infiel, retiróse á obra de cien varas de distancia. Segunda vez renovó su empeño el Moro, con la prontitud del ave de rapiña que se lanza á la presa; y segunda vez se tuvo que retirar, sin ser osado á atacar cuerpo á cuerpo. Acercóse tercera vez del mismo modo, y el Cruzado, impaciente y deseando terminar una escaramuza que podía terminar en daño suyo, si su ligero enemigo lograba cansarle, le arrojó de pronto la enorme maza que del pomo de la silla pendía, con tanta firmeza y tino, que fué en derechura á su cabeza. El Sarraceno tuvo á penas tiempo de guarecerse con el escudo; mas sirvióle de poco, pues el golpe rechazó el escudo contra el turbante, y aunque este amortiguó la violencia del arma, no lo preservó de caer de la silla. Antes que el Cristiano pudiese aprovecharse de la ventaja que le daba esta caída, el Moro se alzó del suelo, dió un grito al caballo, y habiendo acudido este al llamamiento, su agilísimo dueño volvió á colocarse en la silla, sin tocar con el pié en el estribo. El del Leopardo recobró su maza; y el Moro, que no olvidaba el tino con que sabía manejarla, usó de mayor cautela que en su primer encuentro, disponiéndose entretanto á manejar las armas mas usadas entre las jentes de aquel país: así que, plantando la lanza en la arena á cierta distancia del campo de batalla, y desatando un arco pequeño que llevaba pendiente de la espalda, se echó á galopar de nuevo al rededor del Europeo, describiendo círculos mas extendidos que en la primera ocasion, y arrojando entretanto seis flechas con tanta seguridad, que si el Cristiano no recibió otras tantas heridas,

fué porque lo defendió la fuerte costura de su cota de malla. La séptima flecha debió de encontrar la parte mas indefensa de la armadura, puesto que el Cristiano cayó del caballo, dando un golpe tremendo. Mas ¡cuál fué la sorpresa del infiel, cuando, al desmontarse para examinar la condicion de su rendido adversario, se halló de pronto fuertemente preso en sus manos! La caída en efecto no habia sido mas que una estratagemá de que se valió el del Leopardo para atraer á su enemigo, el cual, sirviéndose otra vez de su lijereza y presencia de ánimo, desató el cinturon del que pendía la vaina de la cimitarra que el Cristiano tenia asido, y frustrando de este modo su artificio, montó sobre su caballo, que habia estado observando atentamente sus movimientos, como si tuviera bastante razon para prever el resultado. Mas en el último encuentro el Sarraceno habia perdido la cimitarra y la aljaba que pendían del cinturon. También habia rodado al suelo el turbante: desventajas que le indujeron á poner término á las hostilidades. En efecto, acercóse al Cristiano, con la mano derecha estendida, y no ya en actitud amenazadora.

—Treguas hay entre nuestras dos naciones, dijo el Moro en lengua franca, que era la que se usaba entre Musulmanes y Cruzados. ¿Porqué ha de haber guerra entre nosotros dos? Mas vale que estemos en paz.

—Que me place, respondió el caballero del Leopardo dormido. ¿Pero qué fianzas me das de la paz que me propones?

—Los que siguen al Profeta, dijo el Emir, no quebrantan jamás la palabra que empeñan. Tú eres, valiente Nazareno, el que deberías darme fianzas, si fuera posible que habitasen juntos la falsía y el valor.

El Cristiano quedó confuso, y como avergonzado de sus recelos.

—Por la Cruz de mi espada, dijo

poniendo la mano en el puño, «juro que seré tu fiel compañero, todo el tiempo que la suerte nos mantenga juntos.

—Por Mahoma, profeta de Dios, contestó el Musulman, y por Alá, Dios del Profeta, juro no serle traidor, y puesto que se acerca la hora de dar descanso á nuestros miembros, encaminémosnos á la fuente que allí se divisa y cuyos cristales apenas habian tocado mis labios, cuando me vistes salir á tu encuentro.»

El caballero del Leopardo dormido cedió cortesmente á este convite, y los que poco antes eran enemigos, caminaron juntos hácia la fuente de las palmeras sin lanzarse una mirada de odio ni de desconfianza.

CAPITULO II.

En los tiempos de revueltas y peligros suele haber intervalos de paz y buena voluntad; y así acontecia en los siglos feudales, en que, siendo la guerra la ocupacion principal y mas digna de los hombres, los descansos que la paz, ó por mejor decir, la tregua proporcionaba, eran gustosamente saboreados por los guerreros, que tan de tarde en tarde los disfrutaban, dándoles mayor realce las mismas circunstancias que abreviaban su duracion. No habia guerrero que no mitigase algun tanto su enemistad con un contrario que habia medido sus armas con él aquel mismo dia, y que estaba pronto á medir las, con no menos encono, al dia siguiente. Sobrada ocasion daban los tiempos y las circunstancias al ímpetu de las pasiones violentas. Así es que los enemigos se abandonaban alegremente al trato y al júbilo, cuando se suspendian las hostilidades, á menos que los agriase el odio personal ó el recuerdo de alguna grave afrenta.

La diferencia de religion y el celo fanático que animaba á los que seguian la Cruz y la media Luna, solia

ceder á la jenerosidad que es inseparable del valor verdadero, y que sobresalia en el espíritu caballeresco de aquellos siglos.

Este poderoso impulso se habia comunicado gradualmente de los Cristianos á sus mortales enemigos los Sarracenos de España y Palestina. No eran ya los Moros aquellos fanáticos salvajes que habian salido del centro de los desiertos de Arabia, con el sable en una mano y el Koran en la otra, á matar ó á propagar la fe de Mahoma, y á imponer cadenas ó tributos á los pueblos que osasen rehusar la creencia del profeta de la Meca. Así lo habian hecho en verdad con los indefensos y pacíficos habitantes de Siria y Grecia; mas cuando las hubieron con los Cristianos de Occidente, á quienes animaba un celo no menos ardiente que el de los invasores, y que no les cedian en valor, en destreza ni en deseo de gloria, los Sarracenos adoptaron poco á poco sus usos, y especialmente los fueros y usanzas de la órden de caballería, que tanto imperio ejercen en el ánimo de un pueblo altanero y conquistador. Celebraban justas y otros juegos guerreros; tenian caballeros, ó á lo menos distinciones militares análogas á aquella institucion, y sobre todo guardaban la fe empeñada con una escrupulosa fidelidad, que á veces servia de confusion y vergüenza á los que seguian la religion verdadera. Guardaban rigurosamente la tregua, ya fuese de nacion á nacion, ya de individuo á individuo; así que, la guerra, que es el mayor de los males, habia un vasto campo al ejercicio de la jenerosidad, de la buena fe, de la clemencia, y aun de los sentimientos mas afectuosos. En épocas mas tranquilas, cuando las pasiones de los hombres enconadas por el rencor ó por la injuria, no pueden reventar con tanta violencia como en el campo de batalla, se arraigan, se reconcentran, se perpetúan en los corazones

que tienen la desgracia de darles cabida.

El influjo de aquellas disposiciones benignas que suavizaban los horrores de la guerra, habia mitigado el furor del caballero cristiano y del adalid sarraceno, los cuales, poco tiempo despues de haberse esmerado en su mutua destruccion, caminaban sosegadamente hácia la fuente de las palmas, á que se dirigia el del Leopardo dormido, antes que le saliera al paso su diestro enemigo. Ambos marchaban silenciosos y pensativos, como si tomaran un respiro despues del encuentro que hubiera podido ser fatal á entrambos. Tambien se notaba en los caballos la misma necesidad de descanso. El del Sarraceno sin embargo, aunque su ejercicio habia sido mas violento y mas estendida la escena de su lucha, no parecia tan oprimido por el cansancio, como el del caballero de Occidente. Corria abundantemente el sudor por todos los miembros de este, mientras los del animoso árabe estaban ya completamente enjutos, sin notarse otros resultados de su última fatiga, que la espuma que salpicaba el freno y la gualdrapa. Era tan moveliza la arena, que el pobre caballo del Cristiano, oprimido por su pesado aparejo y por la carga del jinete, apenas daba un paso sin un penoso esfuerzo: así que, el caballero del Leopardo se desmontó, y á pesar de que el estorbo de la armadura no le permitia andar con mucha soltura, dejó ir solo al compañero de sus trabajos, y luchar sin tanto inconveniente con los obstáculos que le ofrecia aquel suelo menos consistente y sólido que la arena mas impalpable.

— Bien haces, dijo el Sarraceno, interrumpiendo el silencio que habian guardado los dos guerreros desde la celebracion de la tregua: ese fiel animal merece la atencion con que lo tratas; pero, ¿qué has de hacer en el desierto con un caballo que

á cada paso planta los cascos en la arena á tanta profundidad como la raiz de una palmera?

— Tienes razon, respondió el Cristiano, sentido de que el Sarraceno hubiese zaherido á su caballo favorito; hablas segun tus conocimientos é ideas. Mas antes de ahora ese jeneroso trotero ha caminado con el peso de su amo en su tierra nativa, sobre un lago tan estendido como el que tenemos en frente, y ni un solo pelo de su cuerpo estaba mojado.»

El Sarraceno miró al Cristiano con toda la sorpresa que cabia en su indole grave y mesurada. El espeso bigote que le cubria el labio superior, se dobló suavemente á impulsos de la desdeñosa sonrisa que le arrancó tan estraña proeza.

— Cierta es el refran de nuestra jente, dijo despues de una grave pausa y de haber vuelto á tomar su serenidad acostumbrada; *«habla con un Franco, y oirás una fábula.»*

— Faltá de cortesía es, respondió el Cruzado, dudar de la palabra de un caballero; y si no fuera porque tu incredulidad es hija de ignorancia y no de malicia, este sería el punto en que se rompiese la tregua que hemos pactado. ¿Pienzas que te engaño cuando te digo que quiaientos caballeros cristianos, armados de malla como yo lo estoy ahora, hemos caminado á caballo muchas millas por agna endurcida como el cristal y diez veces menos quebradiza?

— ¿Qué estás diciendo? repuso el Musulman. Ese mar que tenemos á la vista, ha recibido la maldicion de Dios, y de sus resultas arroja á la costa cuanto cae en su seno. Pero ni el mar Muerto, ni ninguno de los siete océanos que bañan la tierra, sufrirá en su superficie la huella de un caballo. Acuérdate de Faraon y de su hueste, en el paso del mar Rojo.

— Habias, dijo el caballero, como quien no ha salido jamás de estos climas tostados por los rayos del sol, y

yo hablo como quien ha sido testigo de otros portentos de la naturaleza.

Así como en estos países el calor da á la tierra la movilidad y la lijereza del agua, así en otras partes el frío da al agua la dureza de la roca. Mas no habremos mas de esto, porque el recuerdo de un lago revestido de la pompa del invierno, en cuyo azulado y refulgente espejo se retratan las brillantes estrellas y los albos destellos de la luna, aumenta el horror de este triste desierto, donde el aire que se respira es mas ardiente que el vapor del horno mas encendido.»

El Sarraceno dirigió atentamente la vista al Cristiano, como si quisiera descubrir el sentido de las palabras que habia pronunciado, y que le parecían envolver algun misterio ó artificio. Al fin rompió el silencio, habiendo fijado su irresolucion acerca del sentido en que debia tomar las espresiones de su compañero.

—Tú eres, dijo, de una nacion festiva y risueña. Es fama que los caballeros franceses se divierten entre sí y con los estraños, en referir hazañas que están fuera del alcance de las fuerzas del hombre; sucesos que nunca han ocurrido ni podido ocurrir. La exajeracion es mas natural entre vosotros que la verdad. He hecho mal en entrar en conversacion contigo.

—No soy caballero francés, repuso el del Leopardo, ni he seguido jamás esa costumbre de que hablas, y que en efecto tienen. Cuando hablo de alguna hazaña, es porque puedo acometerla y llevarla al cabo. Mas he imitado el poco seso de aquellos caballeros en referir lo que es cierto y verdadero, y que tú, por falta de conocimientos, no puedes creer. Dejemos pues esta conversacion, que ha dado lugar á que me tengas en concepto de falso y ponderador.»

Al terminar este discurso, los dos caminantes llegaron al bosquecillo de palmeras y á la fuente que espar-

cía á su sombra su desordenada y bulliciosa corriente.

Como las treguas de los guerreros de Palestina suspendian agradablemente los males de la guerra, así aquel manantial, rodeado de belleza y de frescura, recreaba la imaginacion en medio de la triste desnudez del desierto. Era por cierto una escena poco digna de atencion en cualquiera otra parte del mundo; mas bien podia llamarse paraíso, en medio de un horizonte sin límites, el ramillete solitario de árboles que ofrecia sombra y agua al cansado y sediento caminante. Alguna mano generosa y caritativa habia cubierto de techo y muro la fuente, antes que empezasen los días aciagos de Palestina, á fin de que no la secase el calor, ni la sepultasen las nubes de arena que el menor soplo de viento levanta en el desierto. La bóveda estaba deshecha en parte y arminada; mas aun se conservaba lo bastante para que los rayos del sol, que se esparcían con insufrible resplandor en torno, respetasen las aguas, cuyo lecho cristalino deleitaba la vista y la fantasía. El manantial salía de debajo del arco, de donde pasaba á una gran taza de mármol, menoscabada por la mano del tiempo; mas era grato considerar que aquel sitio habia sido destinado al reposo de los viandantes, y que el trabajo del hombre se habia empleado allí en aliviar sus propios males. El que llegaba á la fuente afligido por la sed y el cansancio, se acordaba de los que le habian precedido en aquellas penalidades, de los que habian encontrado refrigerio y solaz en aquel sitio, y salido quizás de él para una región mas fértil y placentera. La corriente que se desprendía de la taza de mármol, alimentaba á los árboles que la cubrían con su follaje, y se perdía despues en la arena, señalando el curso de sus ondas con una alfombra de menudo césped.

Los dos guerreros hicieron alto en aquella agradable mansion, y cada uno, siguiendo los usos de su respectivo pais, se empleó inmediatamente en alijerar al caballo del peso del freno y de la silla, y en darles de beber, antes que ellos mismos aplacasen la sed que les molestaba. Dejaron en seguida sueltos á los dos animales, sin miedo de que abandonasen la yerba de que allí solo podian gozar, y confiados además en la fidelidad y obediencia que habian adquirido en su servicio.

Hecho lo cual, Cristiano y Sarraceno se sentaron juntos sobre la yerba, y cada cual sacó la reducida provision de que se habia provisto para el necesario alimento; mas antes de empezar á pagar el tributo á la naturaleza, se estuvieron algun rato mirando y examinando recíprocamente, con la curiosidad que les habia inspirado el lance de su encuentro. Era natural que cada uno de ellos deseara medir la fuerza y tener alguna idea de la índole de tan formidable adversario, de cuya investigacion resultó que cada cual formase la mas alta opinion de su enemigo.

El contraste que formaban los dos campeones en sus facciones y talante, era en extremo notable y curioso, y cada uno de ellos ofrecia un tipo perfecto de la nacion á que pertenecia. Era el Franco fornido y membrudo; sus formas parecian haber sido vaciadas en el molde comun de la jente goda, como lo denotaban tambien sus negros cabellos, que, cuando se despojaron del pesado yelmo, se esparcieron por el cuello en encrespados rizos. El rostro habia adquirido, de resultas del calor del clima, un tinte algo mas oscuro que el que prometian los grandes ojos azules y el color del bigote que ocultaba enteramente el labio superior. Era la nariz derecha y bien proporcionada á guisa de estatua griega; pequeña la cabeza y graciosamente asentada.

No representaba mas que treinta años de edad, y aun podia presumirse que hubiera representado menos, si no fuera por el influjo del clima y por los efectos de los trabajos y penalidades de la guerra. Era alto, robusto, atlético en su porte, como un hombre que va llegando á la edad de adquirir un vigor irresistible, pero que hasta entonces gozaba de no menos fuerza que lijereza y actividad. Notábase en su lenguaje y en sus movimientos la espresion franca y á veces dura y violenta que trae consigo la ocupacion de las armas. El tono de su voz era de un hombre mas acostumbrado á mandar que á obedecer, y que no se para en decir lo que piensa sin curarse de quien le oye.

El Emir sarraceno era en su aspecto y en el dibujo de su persona muy diferente, ó por mejor decir, enteramente opuesto al adalid cristiano. Era su estatura mas que mediana, puesto que solo le llevaba tres ó cuatro dedos el Cruzado, cuya talla, como hemos dicho, era gigantesca. Sus delgados miembros, aunque proporcionados al aire que dominaba en toda su figura, no parecian corresponder al vigor y elasticidad de que habia hecho alarde en el encuentro con su antagonista; pero observado mas atentamente, se notaba que si carecia de aquella redondez mórbida y elegante de los hombres llenos y carnudos, la armazon de sus sólidos huesos, despojada de todo embarazo y peso inútil, era sumamente apta á los ejercicios violentos y á la fatiga, mucho mas que la del otro campeón, cuya fuerza alcanzaba hasta donde el peso lo permitia, y que solia agotarse de resultas del mismo impulso que la ponía en movimiento. En toda la persona del Musulman se echaba de ver la mas perfecta semejanza con la tribu oriental de que descendia, y demostraba cuán exajeradas eran las descripciones, y cuán fabulosos los retratos que de los guerreros infieles

solian hacer los romanceros y pintores de aquel siglo. Sus facciones, aunque pequeñas, no eran desproporcionadas ni comunes; era la tez del color correspondiente al efecto del ardoroso clima en que vivia, y el rostro terminaba en una barba larga y poblada, peinada con esmero. Sus ojos eran penetrantes, negros, agudos y hundidos, y la blancura de los dientes podia compararse á la del marfil del desierto. En fin, las proporciones y persona del Sarraceno, puesto al lado de su poderoso enemigo, ofrecian el mismo contraste que la aguda y corva cimitarra del uno, con la larga y anchurosa espada goda del otro. El Emir se hallaba en la flor de los años, y si no fuera por la poca estension de su frente y la sobrada pequeñez de algunas de sus facciones, merecia el dictado de hermoso, segun las ideas que reinan en Europa sobre las dotes que constituyen la verdadera hermosura.

Los modales del guerrero de Oriente eran graves, apacibles y comedidos, aunque indicaban en ciertos casos la sujecion habitual que suelen imponerse los hombres de temperamento ardiente y colérico, para comprimir los impetus vehementes de la pasion. Al mismo tiempo notábase que conocia su propia dignidad, como si exigiera de los otros la deferencia y formalidad que creia merecer.

Quizás no estaba menos penetrado de su superioridad el caballero del Leopardo; mas lo demostraba de muy diferente modo que su nuevo amigo, y el mismo sentimiento que dictaba al Cristiano la prontitud, el descuido, la franqueza de sus salidas, como quien está satisfecho de su propia importancia, y no va en pos de la aprobacion ajena, prescribia al Sarraceno un comedimiento mas estudioso y mayor esmero en el ritual de la ceremonia. Ambos eran corteses; empero la cortesía del Cristiano nacia de la llaneza decorosa con que se

creia autorizado á tratar á los otros; y la del Musulman de la alta estima que pensaba merecer por sí mismo.

La provision que los dos guerreros habian hecho para reparar sus fuerzas y mantenerse durante el viaje, era parca y sencilla, aunque la del Moro lo era en demasía, y ya tocaba en la raya de abstinencia. Un puñado de dátiles y una costra de negro y duro pan de cebada bastaban á satisfacer el hambre del último, porque su educacion le habia acostumbrado á la dieta del desierto, no obstante el lujo y suntuosidad que se habian introducido en la vida sobria de los Arabes, desde que los soldados de Occidente habian puesto el pié en la Siria. Su bebida se redujo á algunos tragos de la fuente á cuya orilla estaba reposando. El banquete del Cristiano, aunque tosco, era algo mas nutritivo. Formaba su parte principal una cabeza de jabalí fiambre, manjar que los sectarios de Mahoma no pueden mirar sin abominacion; y su bebida, contenida en una bota de cuero, era algo mas espirituosa que la linfa pura de la corriente. Comió con mas apetito y bebió con mas satisfaccion que la que convenia, segun la opinion del Sarraceno, al desempeño de una funcion puramente corporal, y seguramente, el secreto desprecio con que mutuamente se contemplaban, como sectarios de dos religiones enemigas irreconciliables, creció de punto al descubrir tan notable diferencia en sus usos y comidas. Pero como cada cual sabia apreciar la fuerza del brazo del antagonista, este mutuo respeto que habia nacido durante el combate, bastaba á imponer silencio á la reconvenccion y á la censura. Sin embargo de lo cual, el Sarraceno no tuvo bastante imperio sobre sí mismo para reprimir su deseo de manifestar al Cristiano, cuánto le desagradaba aquel modo de satisfacer una necesidad de la naturaleza, y despues de haber observado algun rato el gar-

bo con que el caballero del Leopardo continuaba comiendo mucho tiempo despues de haber concluido el su colacion, le dirigió estas palabras:

—Valiente Nazareno, ¿es posible que quien se asemeja al leon cuando pelea, se equipare al perro y á la zorra cuando come? ¿Es posible que saborees, como si fuera fruto de los árboles del paraíso, ese sacrílego manjar que hasta el incrédulo Judío mira con espanto?

—Valiente Sarraceno, contestó el Cristiano, no sin estrañar tan inesperada y acerba acusacion; sábete que ejerzo la libertad cristiana en usar lo que es vedado á los Judíos, que se creen obligados á seguir los preceptos de la ley antigua de Moisés. Nosotros caminamos por sendero mas seguro, gracias á Dios. Dicho lo cual, y como si quisiera aumentar los escrúpulos de su compañero, recitó devotamente un Ave María en latin, y regó la oracion con un buen trago de la bota.

—Por cierto, dijo el Moro, que no entiendo la estraña libertad de que has hablado. ¿Es libertad acaso degradarse hasta la condicion de las bestias, y deleitarse en beber lo que ellas rehusan?

—Ignoras, desacordado, repuso el Cristiano sin detenerse, que estás blasfemando del nombre de Dios, como lo blasfemó en los dias antiguos tu padre Ismaél. El jugo de la parra ha sido dado al que lo sabe usar con cordura, puesto que restaura el corazon despues de la fatiga, lo restablece en la enfermedad, y lo vigoriza en el contratiempo. El que así goza de este beneficio, debe dar gracias á Dios por el vino que bebe, como por el pan que come cada dia; y el que abusa de este don precioso del Altísimo, es tan insensato en su embriaguez, como tú lo eres en tu abs-tinencia.»

Asonóse la colera á los ojos del

Sarraceno, cuando hubo oido tan amarga reconvencion, y ya fué maquinalmente su mano derecha á buscar el puñal que no se habia separado de la cintura. Mas este fué un impulso impremeditado é instantáneo, que se disipó con el recuerdo del poderoso campeon con quien las habia, y del vigor que habia ostentado en desesperada lucha, cuya impresion ajitaba aun las venas y los miembros del Musulman. Así que, se limitó á seguir la disputa de palabra, como arma mas conveniente á las circunstancias en que la suerte le habia puesto.

—Tus palabras, Nazareno, dijo, pueden dar lugar al odio; mas causa compasion tu ignorancia. ¿No ves, ¡ó tú, mas ciego que el que pordioseá á la puerta de la mezquita! que esa libertad de que te jactas no es mas que una penosa esclavitud? Vosotros comprimis todas vuestras facultades, y hasta ponceis barreras á los gozes que mas contribuyen á la ventura del hombre, y á su felicidad doméstica. Vuestras leyes, si en efecto las observais, no os permiten mas que una compañera, sea sana ó enferma, fértil ó infecunda, y ora os sirva de consuelo y alegría, ó de tormento y discordia. Esta coartacion, Nazareno, solo merece el nombre de vergonzosa esclavitud. El Profeta, al contrario, ha concedido á sus verdaderos creyentes los privilejios patriarcales de nuestro padre Abraham y de Salomon, el mas sabio de los hombres. En la tierra tenemos á nuestra disposicion el número de compañeras que basta á suavizarnos los tormentos de la vida, y en la futura nos aguardan los negros ojos de las houris del paraíso.

—Por el nombre de aquel que mas reverencio en los cielos, exclamó el Cristiano, y por aquella que acato en la tierra, te juro, ¡ó Musulman! que eres un infiel obcecado y endurcido. Dime, insensato, ¿aprecias el

mucho ese diamante que llevas al dedo?

—Ni en Basora ni en Bagdad, respondió el Sarraceno, hallarás uno que se le iguale: mas, ¿á qué viene esa pregunta, y qué tiene que ver con el asunto de que se trata?

—Sabráslo si me escuchas, dijo el Franco. Toma mi maza de armas y conviérte esa joya en fragmentos, ¿valdrá tanto cada uno de esos fragmentos como la joya de que hacian parte? ¿Tendrán todos ellos juntos la décima parte de su valor?

—Esa pregunta es propia de un niño, dijo el Moro. Un pedazo de esta alhaja no podría valer ni la centésima parte de lo que ella vale.

—Sarraceno, repuso el Cristiano, el amor que un caballero cristiano profesa á la noble y fiel dama de sus pensamientos, es la joya entera; y el afecto que tú distribuyes entre esas esclavas y concubinas, se puede comparar á los trozos del diamante.

—Por la santa Caba, dijo el Emir, que estás loco de remate, puesto que sufres al cuello una cadena de pesado hierro, como si fuera de oro acrisolado. Reflexiona mas atentamente sobre el símil de que te has servido para argüirme. Este anillo perderia la mitad de su hermosura, si la piedra principal no se hallara engastada en ese círculo de piedras menores que la entorna y hermosea. El diamante del centro es el hombre, firme, sólido, y cuyo precio está en sí mismo, y no en una causa estraña. Esos menudos joyeles del círculo son las mujeres, que reciben todo su valor del hombre que las hace partícipes de su satisfaccion y de sus placeres. Este y no otro es el verdadero sentido de la parábola, porque, como dice el poeta Mansour: el favor del hombre es el que da valor y estima á la mujer, como el rayo del gran planeta da esplendor y brillo al arroyo.

—Sarraceno, dijo el Cruzado, ha-

blas como quien nunca ha tenido la dicha de ver una mujer digna de los afectos de un soldado. Si se hubieran fijado tus ojos en las damas europeas, á quienes, despues de Dios, nosotros los que la estrecha órden de caballería profesamos, debemos toda lealtad y toda reverencia, mirarias con hastío esas desventuradas esclavas de tuharen. La hermosura y gentileza de la dama da puntas á nuestras espuelas y filo á nuestras espadas: sus palabras y mandatos son las leyes que acatamos y obedecemos, y mas fácil será que dé luz una lámpara apagada, que nombrar á un caballero famoso por sus hazañas, si no tienen dueño los afectos de su alma.

—Antes de ahora, dijo el Emir, he oído hablar de ese frenesí de los caballeros de Occidente, y lo he considerado como un síntoma de esa misma locura que os conduce de tan lejanas tierras á combatir por un sepulcro vacío. Todos los Francos con quienes he topado en el curso de mis aventuras, me han hablado en tan altos términos de la lindeza de las damas de su tierra, que me holgara de considerar por mi mismo tan decantados prodijios, que tales deben ser cuando trasforman á tantos esforzados guerreros en juguetes de sus caprichos.

—Valiente Musulman, contestó el del Leopardo, á no ser porque voy de romería al santo Sepulcro, tendria á gloria conducirte, bajo fianza de seguridad, al campo de Ricardo de Inglaterra, á quien nadie sobrepuja en dar estima á un noble enemigo, y aunque soy pobre y camino sin acompañamiento, hago pleito homenaje de conducirte á tí, ó á otro Musulman que tú designes, no solo con seguridad sino con honor y respeto. Allí podrán deleitarse tus ojos, contemplando las hermosas damas de Francia y de Inglaterra, cuyo esplendor es diez mil veces mayor que el de la mina de donde se sacó tu dia-

mante.

—Pues por la piedra fundamental de la Caba, dijo el Moro, que acepto tu convite con la misma franqueza con que me ha sido propuesto, si lo dejas para ocasion mas oportuna; y sírvame la presente para advertirte, bravo Nazareno, que mas te conveniria volver la rienda al caballo y encaminarte al campo de los tuyos, que ir á Jerusalem sin pasaporte, pues tanto monta esta empresa como poner en asechanza tu vida.

—Tengo un pase, dijo el Cristiano, sacando un pergamino, dado por Saladino con su sello y firma.»

El Sarraceno inclinó la cerviz hasta el suelo, al reconocer el sello y la letra del afamado Soldan de Egipto y de Siria, y habiendo besado el papel con profundo acatamiento, y colocándolo sobre la frente, lo devolvió al Cruzado diciéndole: Temerario Europeo, has pecado contra tu sangre y contra la mia. ¿Porqué no me enseñastes este documento cuando nos encontramos?

—Porque no me distes lugar á ello, respondió el del Leopardo: á mas, si me hubiera atacado un tropel de Sarracenos, hubiera convenido á mi honor enseñar el pase del Soldan: mas no así á un hombre solo.

—Y sin embargo, dijo el Moro con altanería, un hombre solo bastó para cortarte el camino.

—Verdad es, valiente Sarraceno, repuso el caballero, mas no son comunes en esta tierra los hombres como tú. Los buenos halcones no vuelan á bandadas, y si vuelan, no atacan juntos á un pájaro solo.

—Nos haces justicia, dijo el Sarraceno, tan satisfecho de esta cortesía, como antes habia estado ofendido de su arrogancia; puedes caminar seguro de que ningun Musulman osará tocarte el pelo de la ropa: pero bien ha sido para mí no darte muerte, llevando en tu salva-guardia la firma del rey de los reyes. La cuerda ó el

sable hubieran sido la pena de tamaño desacato.

—Huélgome de saber, dijo el caballero, que de tanto puede valerme el pase de Saladino, pues tengo entendido que el camino está cubierto de bandoleros.

—La verdad te ha sido dicha, valiente Cristiano, respondió el Emir; pero te juro por el turbante del Profeta, que la menor ofensa que te hicieran esos malvados, seria vengada por mí mismo, y por otros quinientos de á caballo. Los varones perecerian á nuestras manos, y las hembras serian enviadas á tan remoto cautiverio, que el nombre de su tribu no se oiria pronunciar en quinientas leguas á la redonda de Damasco. El sitio de su aldea seria sembrado con sal, y ningun sér viviente fijaria en él su residencia en los futuros siglos.

—Mejor fuera, generoso Emir, dijo el Cristiano, que ese designio se emplease en venganza de otra persona que en la mia; porque mi voto está escrito en el cielo; y debo resignarme á los males y holgarme en los bienes que me sobrevengan en su cumplimiento, y ahora habré de deberte la gracia de que me indiques un sitio apartado del camino, donde pueda descansar esta tarde antes de llegar al término de mi jornada.

—Esta noche, dijo el Sarraceno, descansarás bajo la parda cubierta de la tienda de mi padre.

—Esta noche, repuso el Cristiano, haré oracion y penitencia con el santo varon, Teodorico de Engaddi, que habita entre estas asperezas, y pasa la vida en el servicio del Señor.

—Yo te dejaré salvo en su compañía, dijo el Emir.

—La tuya, dijo el Cristiano, me seria en gran manera agradable; mas temo que corra peligro la vida de aquel hombre bendito, porque las manos crueles de los Arabes se han

teñido en la sangre de los servidores de Dios, y por esta razón venimos aquí armados de punta en blanco, para franquear el camino del Sepulcro de nuestro Redentor, y proteger á los santos y anacoretas que viven en esta tierra de promesas y milagros.

— Nazareno, dijo el Emir, los Griegos y los Sirios interpretan siniestramente la conducta que observamos con los que siguen tu fe. Nosotros obedecemos fielmente el precepto de Abubeker Alwakel, sucesor del Profeta en el mando de los verdaderos creyentes, el cual, cuando envió al afamado Capitan Yezed Ben Sofrán, á rescatar la tierra de Siria de manos de los infieles: « Anda, le dijo, y compórtate como hombre de pro en las batallas, pero no pongas tus manos en el viejo, ni en el enfermo, ni en la mujer, ni en el niño. No despojes la tierra, ni destruyas los árboles, ni el trigo, que son dones de Alá. Guarda la fe empeñada, aun cuando sea en tu daño y menoscabo. Si encuentras varones piadosos, que se sustenten con el trabajo de sus manos, y sirvan á Dios en el desierto, no les dañes, ni echas al suelo sus habitaciones. Mas si encuentras hombres con la cerviz afeitada en forma de corona, ten entendido que ellos forman la sinagoga de Satanás: esgrime el sable, mata, no ceses hasta que lleguen á ser creyentes ó tributarios. » Como el Califa, compañero del Profeta, nos lo dijo, así hemos obrado, y los sacerdotes de Satanás han perecido á nuestras manos. Pero el hombre de recto corazón que, sin escitar pueblos contra pueblos, reverencia sinceramente la fe de Issa Ben Mariam, halla en los Arabes escudo, sombra y patrocinio. Tal es el anacoreta en cuya busca vas, y aunque es cierto que no le ha alumbrado la luz del Profeta, en mí no hallará otra cosa que amor, favor y estima.

— El anacoreta Teodorico, dijo el guerrero peregrino, no ha recibido,

según tengo entendido, las órdenes sagradas: mas poco importa, pues estoy pronto á esgrimir la lanza en su defensa contra todo pagano é infiel que...

— No nos provoquemos uno á otro, hermano, dijo interrumpiéndole el Musulmán: hartos enemigos halláremos, tú en mi nación, y yo en la tuya, contra quienes podamos esgrimir espada y lanza. Ese Teodorico de quien hablas es protegido y respetado por Arabes y Turcos, y aunque parece en ciertos intervalos hombre de condición extraña, su conducta en general es tan semejante á la de los verdaderos creyentes, que merece la protección del que fué enviado del cielo...

— Tente y no prosigas, exclamó de pronto el Cruzado, ó juro por la Santa Virgen, que si te atreves á pronunciar otra vez el nombre del arriero de la Meca...

El Musulmán, al oír estas razones, sintió en el rostro encenderse el fuego de la pasión, mas supo comprimirse, y responder con grave compostura: — No vituperes á quien no conoces: nosotros los Musulmanes veneramos al fundador de tu religión, y solo condenamos la doctrina que los falsos sacerdotes le atribuyen. Yo mismo te conduciré á la cueva del ermitaño, que difícilmente podrias encontrar, sin el auxilio de alguno que tenga práctica en estos caminos. Dejemos á los molas y á los frailes que disputen sobre estas recónditas materias, y hablemos nosotros de las que convienen á jóvenes y á soldados: de batallas reñidas, de damas hermosas, de armas bien templadas y de brillantes armaduras. »

CAPITULO III.

ALZARONSE los dos guerreros del sitio de su breve y sencillo banquete, y mutuamente se ayudaron en aparejar con esmero á sus fieles caballos, que, durante el reposo de sus años,

habian estado pastando la menuda yerba, libres del peso de sus bélicos atavíos. Ambos eran diestros en esta ocupacion, que en aquellas épocas formaba parte necesaria del ejercicio de las armas. Los dos nobles animales, fieles compañeros de sus amos en sus viajes y encuentros, los miraban con todo el afecto y confianza que pueden haber en una criatura irracional. Esta especie de familiaridad entre caballo y jinete era en el Sarraceno un hábito contraído desde la juventud, porque en las tiendas de las tribus guerreras de Oriente, el caballo ocupa un lugar igual al de la mujer y los hijos. El guerrero europeo miraba en su dócil y alentado trotero poco menos que un compañero de armas; que tal es el influjo de las circunstancias y de la necesidad. Los animales dejaron tranquilamente el herboso pasto, y la soltura de que hasta entonces habian estado gozando, y con sus relinchos y movimientos acariciaban á sus amos, en tanto que estos los apercibian á nuevos trabajos y fatigas. Mientras los dos guerreros se ayudaban cortesmente en esta operacion, cada uno observaba con atenta curiosidad los usos y maneras del otro, fijando mas particularmente la atencion en lo que mas extraño y mas diferente y ajeno de sus propios usos le parecia.

Antes de montar para volver á tomar el hilo interrumpido de su jornada, el caballero cristiano volvió á refrescarse los labios, y á lavarse las manos en la pura corriente, diciendo á su compañero de viaje: —Quisiera saber el nombre de este delicioso manantial, para que nunca se borre de mi agradecimiento ni de mi memoria, porque en todos los días de mi vida he experimentado tanta sed, como la que han saciado sus benéficos cristales.

—Llábase en lengua arábiga, respondió el Sarraceno, Diamante del desierto.

—Y bien lo merece en verdad, repuso el del Leopardo; millares de arroyos fecundan y vivifican el valle frondoso de mi nacimiento; mas ninguno de ellos ha dejado en mi memoria ideas tan plácidas y risueñas como esta corriente solitaria, cuyos líquidos tesoros son, no ya gratos, sino indispensables en esta ardiente soledad.

—Razon tienes, respondió el Sarraceno. La maldicion de Dios emponzoña las aguas de ese mar de muerte y destruccion. Ni hombre ni animal es parte á beberlas, ni las del rio que lo alimenta con sus raudales.

Dicho lo cual, montaron á caballo, y se pusieron en camino, al través del vasto y horroroso arenal. Habia ya pasado el ardor del mediodía, y soplabá un aura benigna, que suavizaba algun tanto las penalidades del desierto, mas no sin levantar nubes de polvo imperceptible. Esta nueva molestia, que no parecia tal al Sarraceno, incomodó de tal manera al Cruzado, que despojándose del pesado yelmo y colgándolo al arzon de la silla, se cubrió la cabeza con una gorra que solian usar los caballeros de aquella época, y á la cual daban el nombre de *mortero*, por su semejanza con este utensilio. Marcharon largo tiempo sin desplegar los labios, mientras el Sarraceno, que servia de guia y director, observaba menudamente los mas pequeños accidentes del terreno, las rocas distantes, y todos los otros indicios que podian servirle de norte en aquella uniforme superficie. Durante gran rato se mantuvo absorto en esta ocupacion, á guisa de piloto que conduce el bajel por parajes peligrosos é inciertos; mas cuando hubo caminado obra de media legua, reconociendo ya el punto en que se hallaba, volvió á entrar de nuevo en conversacion, con cierta franqueza no muy comun entre Orientales.

—Hágame preguntado, dijo, el

nombre de una fuente muda é inanimada, que tiene apariencia, mas no realidad de cosa viviente. Perdóname tú ahora si me atrevo á preguntar el nombre del compañero que Alá me ha deparado en el peligro y en el reposo, y á quien supongo nombrado y conocido en los desiertos de Palestina.

—Poco digno es de noticia, respondió el Cruzado, el nombre que deseas saber. Los soldados de la Cruz me llaman Kenneth el del Leopardo dormido: en casa me dan otros títulos, que sonarían mal en los oídos de un Oriental. Y ahora séame lícito saber la tribu de que descienes, y el nombre que te distingue.

—Huélgome, sir Kenneth, dijo el Musulmán, que mis labios puedan pronunciar el tuyo. En cuanto á lo que preguntas acerca de mi origen, sábetelo que no soy Árabe, aunque no hay en toda Arabia alcornia mas valiente ni guerrero que la mía. Llámame Shirkohf, el Leon de las montañas, y mi familia es la del Seljuk, la mas ilustre del Kurdistan.

—Tengo entendido, dijo sir Kenneth, que el gran Soldan Saladino descende de esta misma rama.

—Gracias al Profeta, respondió el Musulmán, que se ha servido enviar de su seno á nuestros montes el grande y esclarecido príncipe, cuya palabra es victoria. Yo no soy mas que un pobre gusano en presencia del rey de Egipto y Siria; mas en mi tierra mi nombre no deja de merecer aprecio y consideracion. Dime por tu vida, Cristiano: ¿Con cuántos hombres has venido tú á hacer la guerra en Palestina?

—A fe mia, respondió el Cruzado, que con la ayuda de mis parientes y amigos, apenas pude reunir diez lanzas, con otros cuarenta hombres, entre ballesteros y escuderos. De estos, algunos han abandonado mi desventurado pendon; otros han perecido en la guerra, y no pocos de

enfermedad. Quédame tan solo un escudero, que ahora yace postrado en una cama, y por cuya salud he emprendido esta romería.

—Cristiano, repuso Shirkohf; tengo en mi aljaba cinco flechas, adornadas con plumas de águila; cuando envío una de ellas á mis tiendas, mil guerreros montan á caballo; otros mil acuden si envío otra flecha: con las cinco, puedo disponer de cinco mil hombres. Si envío el arco, diez mil combatientes intrépidos y bien montados se presentan á mis órdenes. ¡Y tú con tus cincuenta caballeros osas invadir una tierra en que yo soy uno de los menos poderosos!

—Sarraceno, dijo sir Kenneth, como para humillar la jactancia de Shirkohf: ¿Ves este guante de acero? pues él solo basta para matar una bandada de sabandijas.

—De contado, dijo el Sarraceno, mas antes es necesario tenerlas á tu alcance; y conociendo que esta respuesta podía interrumpir la buena armonía que entre ambos reinaba, añadió inmediatamente: alto aprecio deben hacer los Príncipes Cristianos del valor, puesto que tú, careciendo de nombradía y de soldados, te atreves á ofrecerme proteccion y seguridad en el campo de tus hermanos.

—Ten entendido, dijo el Cristiano, que el nombre y la sangre de un caballero le dan derecho á colocarse al lado de los mas altos y poderosos monarcas, en todo lo que no dice relacion con la autoridad y dominio real. Si el mismo Ricardo, con ser rey de Inglaterra, osase ultrajar el honor de un caballero humilde, como yo lo soy, no podría, por ley de caballería, negarse á medir las armas con él.

—Holgárame, dijo el Emir, de presenciarte, que á fe mia, no entiendo que basten una cintura de cuero y un par de espuelas, á igualar al vasallo con su rey y señor natural.

—Dijeras mas bien la sangre libre y el corazon denodado, respondió sir Kenneth, y hubieras hablado acertadamente.

—¿Os es permitido tambien, preguntó el Sarraceno, poner los ojos en las damas de vuestros jefes y príncipes?

—No permita Dios, dijo el del Leopardo, que al mas pobre caballero de la Cristiandad sea vedado consagrar, en honroso servicio, su corazon y su espada, la fama de sus acciones y los mas íntimos sentimientos de su alma á la mas esclarecida de las princesas que llevan sangre real en sus venas.

—No hace mucho, dijo el Sarraceno, que hablabas del amor como si fuera el tesoro de tu corazon. ¿Has puesto quizás tus afectos en alguna dama de alta jerarquía?

—Estranjero, respondió el Cristiano, notablemente turbado y enrojecido: no acostumbramos nosotros propalar el nombre de la señora de nuestra voluntad; bástete saber que la mia está puesta en donde no alcanzarán jamás mis merecimientos. Alta y noble y encumbrada es la dama que reina en mi corazon; mas puesto que desees oír hablar de amores, y de torneos, y de los otros ejercicios y nobles pasatiempos que á la órden de caballería corresponden, determinate á venir, como has dicho, al campo de los Cristianos, donde barto hallarán tus ojos que admirar, y sobrado campo tendrás para ejercer el vigor de tu brazo. »

El guerrero musulman, alzándose en los estribos y levantando con arrogancia la lanza que en la mano derecha llevaba:—Contados serán, dijo, los caballeros cristianos que puedan correr una lanza conmigo.

—No digo yo que sean muchos, respondió el Cruzado; aunque caballeros españoles hay en el campo, que no ceden al Moro mas diestro en ese ejercicio propio de vuestras costumbres.

—Perros é hijos de perro, exclamó el Moro, cuando oyó el nombre de Españoles. ¿Porqué vienen esos mal-sines á pelear en Palestina contra los verdaderos creyentes que dominan desde el monte de Tarik hasta las gargantas del Roncesvalles? Nada quiero con ellos.

—Librete Dios, repuso el Cristiano, de que oigan tus denuestos los caballeros de Leon y de Asturias que han venido á Oriente bajo la bandera de la Cruz; mas si en lugar de arrojar una lanza, quieres manejar una maza de armas, no faltarán guerreros cristianos con quienes puedas haberlas.

—Por la barba de mi padre, dijo el Sarraceno sonriéndose y acordándose del lance de por la mañana, que es arma demasiado grave para emplearla en mero pasatiempo. Yo de mí sé decir que sabré arrostrarla el día de batalla, mas no quiero juegos con ella.

—Holgárame de que vieras, dijo sir Kenneth, la maza del rey Ricardo, junto á la cual, la mia monta tanto como una pluma.

—Mucho se habla, dijo el Moro, de ese rey de las islas. ¿Fres acaso tú uno de sus vasallos?

—Soy uno de los guerreros que lo acompañan en esta expedicion, repuso el Cristiano; mas no soy su vasallo, aunque he nacido en la misma isla en que tiene sus estados.

—¿Qué quieres decir? exclamó el Sarraceno. ¿Teneis acaso dos reyes en una pobre isla?

—Así es en efecto, respondió el caballero escocés, que lo era sir Kenneth de nacimiento: dos reyes dominan en aquella isla, y aunque los habitantes de sus dos estremidades están frecuentemente en guerra, por ser dos naciones diferentes, la tierra da bastante jente para enviar aquí huestes numerosas, dispuestas á arrancar el yugo injusto que tu dueño ha puesto en las ciudades de Sion.

—Por la barba de Saladino, dijo el Musulman, jamás he visto un desa-

enerdo semejante al de estos guerreros de Occidente. Digna de risa es la pueril arrogancia de ese gran Soldan cuyas banderas sigues, que viene á estos remotos países á conquistar desierto y rocas, y á disputar su posesion á un pueblo diez veces mas numeroso que el suyo, dejando al mismo tiempo sus reducidas posesiones expuestas á caer en manos de un soberano enemigo. Presumo, sir Kenneth, por todo eso, que de vuestras disensiones me refieres, que tú y los otros valientes caballeros de tu nacion os habeis sometido al rey Ricardo antes de dejar la tierra patria, para acometer una empresa tan aventurada como la presente.

—No, por la resplandeciente luz de los cielos, exclamó Kenneth con noble arrogancia. Si el rey de Inglaterra hubiera esperado á ser rey de Escocia, antes de emprender su marcha á Tierra Santa, bien podría la media luna brillar eternamente en los muros de Sion.»

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando arrepentido de haber profanado su profesion de soldado de la Cruz, con la memoria de las guerras contra Cristianos, prorumpió en un compungido *Mea culpa*.

El rápido contraste que ofrecieron los sentimientos del caballero con los deberes de su religion, llamó la atencion del Sarraceno, quien ya habia visto lo bastante para conocer que entre los Cristianos, así como sucedia entre los Musulmanes, dominaban ciertas rivalidades y disputas nacionales de no fácil reconciliacion. Pero los Sarracenos son naturalmente comedidos en cuanto su fese lo permite, y sobre todo muy dispuestos á observar los límites que la urbanidad y la cortesía señalan, y estos sentimientos estorbaron al Emir entrar en explicacion con su compañero acerca de la oposicion que notaba entre sus opiniones como Escocés, y sus deberes como Cruzado.

Entretanto, el aspecto del terreno mudaba notablemente á medida que los dos guerreros adelantaban, y ya habian llegado á una cadena de empinadas y desnudas colinas, que limitaban por aquella parte la llanura, sin variar la aridez que por toda ella reinaba. Alzábanse por enmedio de ellas, peñascosas eminencias, en cuyos profundos declives y cuevas de desmesurada altura, la aspereza del terreno y la estrechez del paso ofrecian á los viajeros dificultades y estorbos harto diferentes de los que hasta entonces habian encontrado. Tenebrosas cavernas y hondas quebradas, tantas veces mencionadas en los libros santos, presentaban á uno y otro lado del camino sus lóbregas aberturas, las que, segun el Emir dijo á sir Kenneth, servian de abrigo á las fieras de aquellos montes, y á los muy mas feroces bandidos que de resultas de las continuas guerras y de los excesos cometidos por los soldados cristianos y sarracenos, se habian acojido á aquellas malezas, de donde salian á los caminos, sin perdonar sexo ni edad en sus correrías y crueldades.

El caballero escocés oyó con indiferencia todo lo que el Sarraceno le refería sobre los estragos de las fieras y de los salteadores, como quien confia en su propia fuerza y valor; mas no pudo menos de turbarse y llenarse de un secreto horror, al considerar que se hallaba á la sazón en el desierto del ayuno de cuarenta dias, durante los cuales fué lícito al Espíritu malo tentar al Hijo del Hombre. Su atencion se separó poco á poco de la lijera y mundana conversacion del Musulman, cuya compañía le hubiera sido sobremanera grata en cualquiera otra ocasion, y creyó que la de un humilde fraile seria mas conveniente que la de un incrédulo pagano, en aquellos horrorosos sitios, habitados frecuentemente por espíritus infernales, revestidos de forma mortal.

Absorto parecia sir Kenneth en estas graves meditaciones; y á medida que el Sarraceno se mostraba mas alegre cuanto mas penetraba en aquellos tortuosos laberintos, mas profundo era el silencio del caballero cristiano. Púsose á cantar el Moro, viendo que no el daba respuesta alguna el Cruzado, el cual entendia bastante los idiomas de Oriente, para conocer que su canto se reducía á sonetos de amor, y á pomposos elogios de la belleza de las damas, asuntos de que tanto gustan los poetas orientales, mas que al mismo tiempo no le parecieron propios de los sentimientos devotos, correspondientes al desierto de la tentacion. El Moro mudó de asunto, y entonó con sobrada lijereza los elogios del vino, líquido rubí de los Persas, y su alegría se hizo al cabo tan intolerable al Cristiano, que solo el pacto de amistad que entre los dos existia, le impidió hacerle mudar de tono. Mas no por esto dejó de pensar que el Sarraceno era un descarado libertino, que ponía asechanzas á su conciencia, y trataba de apartarlo del camino de la salvacion, inspirándole aficion á los deleites mundanos y distrayéndolo de sus devociones, en circunstancias en que su fe como Cristiano y sus votos como peregrino, exigian de él pensamientos mas graves y ánimo mas contrito. Mantúvose largo tiempo en esta irresolucion sin saber el partido que mas le convenia abrazar, cuando al fin se vió obligado á romper por medio, y á manifestar al Moro su desagrado, oyéndole que empezaba la célebre cancion del poeta Rudpiki, en que compara el seno mórbido de su dama á la riqueza de Bokhara y de Samarcando.

—Sarraceno, dijo al cabo en tono amargo y severo, aunque obcecado en falsas y supersticiosas creencias, podrias todavía comprender que hay unos sitios mas dignos de reverencia y de recato que otros, y que no es cosa de juego el caminar por donde

el Espíritu maligno se complace en atormentar á los hombres. No es esta ocasion de decirte por qué razon Satanás y su hueste infernal han escogido para su mansion estos peñascos, estas cavernas, cuyas bocas profundas parecen la entrada que lleva al centro del abismo. Baste decirte que, segun lo que me han dicho algunos sabios y piadosos varones bien enterados de las particularidades de estos lugares impíos, no conviene andarse en juegos con sus maléficos y condenados huéspedes. Por tanto, deja por ahora tus locuras é importunas lijerezas, nada convenientes al sitio en que nos hallamos, y endereza tus pensamientos á cosas mas altas, aunque por desgracia tuya, solo puede haber blasfemia y pecado en tus oraciones.»

El Sarraceno oyó con sorpresa esta reconvencion, y respondió con alegría y buen humor, en cuanto se lo permitia la urbanidad:—Paréceme, buen sir Kenneth, que los caballeros de Occidente no gustan mucho de ceremonias, ó si las observan, que tu no me tratas con la igualdad que hasta ahora entre los dos ha reinado. ¿Ofendime yo acaso de verte beber vino y comer cabeza de jabalí, gozando é tus anchas de eso que llamas cristiana libertad? No por cierto, aunque puedo asegurarte que me compadezco en el alma de quien á tan culpables prácticas se entrega. ¿Y por qué razon te has de escandalizar de que yo procure recrearme en estas fragosas gargantas, y aligerar el peso de la fatiga con alegres trolas? El poeta ha dicho: «El canto es como el rocío del cielo en el seno del desierto arenoso, el cual refresca los pasos del viandante.»

—Amigo Sarraceno, dijo sir Kenneth, yo no condeno la aficion á la gaya ciencia y á los romances de los trovadores; mas digo y sostengo que semejantes pasatiempos no deben distraer nuestros ánimos, cuando la

ocasion requiere que los enderecemos á cosas mas graves y encumbradas. Oraciones, plegarias y salmos, son mas del caso que estribillos de amor y loores del vino, en medio de este valle de la sombra de la muerte, lleno de enemigos y demonios, arrojados por las oraciones de los justos de los cuerpos de los hombres, y condenados á vagar en estas enmarañadas espesuras, tan malditas de Dios como lo son ellos.

—No hables tan descomedidamente de los jenios, amigo Cristiano, repuso el Musulman, porque sábete que hablas con uno que descende de esa raza inmortal, de quien blasfeman los que profesan tu religion.

—Bien pensaba yo, dijo sir Kenneth, que tu obcecada nacion descendia de aquel enemigo de Dios, sin cuyo auxilio no os fuera dado manteneros en la bendita tierra de Palestina, en despecho de tantos intrépidos Cristianos. No hablo de tí en particular, Sarraceno; hablo jeneralmente de todos los de tu secta y nacion. Así que, no me causa extrañeza saber que es vuestro padre quien es enemigo de las almas; lo que sí me espanta en verdad es que te jactes y vanaglories de tal alcurnia.

—¡áctome en efecto, dijo el Sarraceno, como valiente que soy, de traer mi orijen del mas valiente: de aquel negro espíritu que antes inclinará la cabeza por fuerza, que doblar de grado la rodilla. Eblis puede ser odiado; mas siempre y donde quiera será temido, y así como Eblis son sus descendientes los bravos del Kurdistan.»

Sir Kenneth dió crédito y supo sia mucha sorpresa cuanto el Sarraceno le dijera acerca de su infernal jencalojia, porque eran comunes en aquellas épocas los cuentos de majia y nigromancia, y eran tenidos por sabios y letrados los que estaban versados en estos prodijios; mas sintió con todo un secreto horror, al verse

solo en aquella soledad con quien confesaba provenir de tan execrable progenitor. El miedo, sin embargo, no podia tener lugar en su alentado corazon: así que, deseoso de satisfacer la curiosidad que su compañero le habia inspirado, le rogó le comunicase algunos pormenores acerca del linaje del padre de la mentira.

—Sabe, valiente extranjero, dijo el Musulman, condescendiendo con los deseos del caballero del Leopardo, que cuando el cruel Zohauk, descendiente de Gramshid, ocupaba el trono de Persia, formó pacto con el padre de las tinieblas en las secretas bóvedas de Istakhar, que habian sido abiertas y escavadas en la roca viva por los espíritus elementales, largo tiempo antes que Adan fuese formado de la tierra. Allí mantenia con oblaciones de sangre humana dos espantosas é inaplacables serpientes, que, segun el dicho del poeta, habian llegado á ser parte de su propia sustancia; para cuyo fin habia impuesto un tributo de sacrificios humanos á los pueblos que vivian en sus dominios, hasta que cansada la paciencia de estos, alzóse la cimitarra de los valientes, y el victorioso Feridan logró á la postre destronar al tirano y aprisionarlo para siempre en la lóbrega caverna del monte de Damavend. Mas antes que acaeciera este feliz suceso, y cuando el tirano, sediento de sangre humana, se hallaba en la cúspide de su poder, la caterva de esclavos que iban por los pueblos buscando víctimas para sus sacrificios diarios, llevaron á las bóvedas del palacio de Istakhar siete hermanas tan hermosas, que parecian otras tantas houris del Paraíso. Estas siete doncellas eran hijas de un sabio, que no tenia mas tesoro que su sabiduría: mas esta no fué parte á prever ni á estorbar tamaña desventura. La mayor de estas hermanas apenas tenia veinte primaveras, y la menor no contaba todavía trece, y tan seme-

jantes eran en color, porte y facciones, que solo podian distinguirse por sus diferentes estaturas que gradualmente se alzaban desde la mas jóven hasta la mayor, como la subida que conduce á la residencia de los justos. Incomparable era la belleza de estas siete criaturas, cuando se presentaron en las bóvedas oscuras del palacio, sin ropaje alguno que cubriera sus blancas carnes, salvo una lijera túnica de seda; y tal era el hechizo que su vista producía, que movió los corazones de todos los que no eran mortales. Hallábanse en aquella dura esclavitud, cuando sonó el trueno, y retembló la tierra, y se estremecieron con fragor las rocas de la caverna, al ver entrar por su boca á uno vestido de cazador, con arco al hombro y flechas en las manos, seguido de otros seis, hijos del mismo padre. Eran los siete de elevada estatura, y aunque negros, bien parecidos y de gallarda presencia: solo se notaba que sus ojos parecían mas bien empañados por el frío de la muerte, que animados con la centella de la vida. — Zeineb, dijo el mayor de ellos á la mayor de las hermanas, tomándola por la mano, y hablando en voz baja, pero suave y melancólica; yo soy Cuthrob, señor y monarca del imperio subterráneo y supremo jefe de Ginnistan. Yo y mis hermanos hemos sido criados de fuego etéreo y puro, y desobedeciendo el mandato del Omnipotente, rehusamos acatar á ese monton de tierra que se llama Hombre. Habrás oído decir que somos crueles, maléficos é implacables: es falso: somos naturalmente suaves y jenerosos, pero vengativos para quien nos insulta, y sanguinarios con quien nos ofende. Jamás desoímos las voces de quien nos implora, y nos ha movido á compasion la de tu padre Mithrasp, que adora no solo al orígen del bien, sino á la fuente del mal. Tú y tus hermanas estáis en la orilla del sepulcro; mas dadnos cada una un ca-

bello de vuestras hermosas trenzas, en prenda de lealtad, y os llevarémos á sitio seguro, distante muchas leguas de aquí, donde podréis arrostrar impunes la rabia de vuestro tirano y de sus ministros.» El miedo de la muerte, dice el poeta, es como la vara del profeta Haroun, que devoró las otras varas cuando se transformaron en serpientes á vista del rey Faraon: además que las hijas del sabio Persa, instruidas en las doctrinas de su padre, no debían espantarse viendo aquellos sobrenaturales libertadores. Dieron, en efecto, el tributo que se les pedía, y en un instante las siete hermosas doncellas se hallaron en un castillo encantado, colocado en las montañas de Tugrut, en el Kurdistan, y no las volvieron á ver los ojos de los hombres. Pero con el discurso de los tiempos, aparecieron en los alrededores del castillo de los demonios, siete animosos jóvenes, que adquirieron gran nombradía en la guerra y en la caza. Eran mas negros, mas altos y mas esforzados que los que habitaban los valles del Kurdistan: tomaron mujeres, y fundaron las siete tribus de Kurdmanes, cuyo valor es conocido en todo el universo.»

El caballero cristiano oyó con espanto la maravillosa historia, cuya tradicion se conserva todavia en el Kurdistan, y despues de haberse parado á pensar algunos momentos: — Cierto es, dijo, valiente Sarraceno, que no merece desprecio, sino odio y temor, esa jencalojía de que provienes. Ni ya estrañaré de hoy mas tu obstinacion y pertinacia en la falsa fe que profesas, pues es parte, sin duda, de la maligna y perversa índole que has heredado de tus abuelos, esos cazadores infernales de que hablas. Es natural que prefieras á la verdad la mentira, y que tu espíritu se exalte y prorumpas en alegres cantos al aproximarte á la residencia de los ángeles malos, como nos su-

cede á nosotros cuando nos acercamos á la tierra en que nuestros antepasados vivieron.

— Por la barba de mi padre, has dicho la verdad, exclamó el Musulmán, á quien divertía mas que injuriaba la franqueza con que espresaba sus sentimientos el Cruzado: porque aunque el profeta (bendito sea su nombre) plantó entre nosotros la raíz de su fe, harto mas verdadera y segura que la que nuestros abuelos aprendieron en las misteriosas cavernas del Tugrut, no por eso hemos abjurado, como los otros Musulmanes, la reverencia y acatamiento debidos á los altos y poderosos espíritus que fundaron las tribus del Kurdistan; los cuales, segun lo creemos y esperamos, no han sido reprobados con la maldición eterna, sino que serán premiados ó precitos segun sus obras y merecimientos: mas dejemos esto á los molas y á los imanes: basta que este respeto con que miramos á los jenios, no ha sido borrado por las doctrinas del Koran, como lo prueba la cancion que vas á oír, y es una de las muchas que corren entre mis hermanos, en memoria y celebridad de su encumbrado oríjen. »

Dicho esto, cantó unos versos antiguos en su ritmo y lenguaje, atribuidos por algunos á los sectarios del mal principio, Arimanes: los cuales, traducidos al castellano, dicen así:

«Alto númen de quien nace
Todo mal y desventura,
¿Cuál fuerza en el Universo
Puede igualarse á la tuya?»

«Si una mano bienhechora
Vierte en la seca llanura
Raudal de cristal sonoro,
Que tantos males endulza;

«Tuyas son, y á tu voz braman
Esas olas furibundas,
Que fuertes rocas conmueven,
Y ricas naves sepultan.

«Si saludables aromas
Los hondos valles perfuman,

Que los sentidos halagan,
Y humanas dolencias curan;

«A tu mandato se esparce
Por las aflijidas turbas,
Mortífera pestilencia,
Que aniquilacion anuncia.

«Tú en el seno del humano
Dominas, y en su amargura,
Si á otro númen se prosterna,
La fe que adora es la tuya.

«¿Mas quién eres? ¿Dónde moras?
¿Es tu voz la que retumba
Con el huracan? La noche
Lóbrega ¿es tu vestidura?

«¿Tienes alma que en los odios
Se goza, cual fiera en Nubia,
O, como el águila, garras
Con que la presa aseguras?»

«¿O eres incógnita causa,
Que con otra causa lucha,
Tornando en males los bienes,
Y en sollozos la ventura?

«Mas no: que á tu imperio cede
Cuanto respira, y la culpa,
Cetro de tu altiva mano,
Es de la tierra coyunda.

«Tú los pasos de la Aurora
Sigues veloz, y en angustia,
Los consuelos que desaparece
Con un leve soplo mudas.

«Nace el mortal, y tus dones
Le prodigas en la cuna;
Crece, y sus trémulos pasos,
Con mentida antorchas alumbra.»

«En el lecho de la muerte
Tu imperio al fin lo subyuga,
Y ¿quién sabe si no alcanza
Muy mas allá de la tumba?» (1).

(1) El sabio y piadoso eclesiástico á quien somos deudores de la version de esta especie de himno, nos encarga recordar á nuestros lectores, á fin de evitar toda interpretacion siniestra, que el autor de la tal composicion era un pagano poco instruido en la causa del mal físico y moral, por cuya razon reconoció su predominio en el sistema del Universo, como hacen todos los que consideran este misterioso asunto, sin el socorro de las luces de la fe. A lo que añadiremos que el estilo del traductor es sobrado parafrástico, como lo han reconocido todos cuantos han examinado el curioso documento original. Lo cierto es que le pareció harto difícil trasladar á un idioma moderno las estrañezas de la poesía oriental, y quizás substituyó sus propias ideas á las del autor, como hacen continuamente otros ingeniosos y sabios traductores.

Estos versos fueron sin duda efusion natural de algun desalumbrado filósofo, que en la mentida deidad, Arimanes, creyó reconocer la causa del dominio del mal en la tierra; mas produjeron muy diferente efecto en los oídos del caballero del Leopardo, el cual oyéndolos en boca de un infiel, que poco antes se habia jactado de traer su origen del padre de las tinieblas, creyó que su cántiga no era otra cosa que una invocacion al mismo Satanás. Con lo que, subiendo de punto su irritacion, se puso á meditar sobre el partido que podia tomar en aquella apretura, pues no le parecia menos que blasfemia, semejante himno al demonio, y mucho mas, entonado en el desierto en que exigió adoracion del Hijo del Hombre; y no sabia si seria mejor separarse de pronto del Sarraceno, en testimonio de su abominacion, ó si su obligacion como soldado de la Cruz lo forzaba á desafiarse en aquel mismo sitio, darle muerte, y dejarlo para que sirviese de pasto á las fieras de los montes; y en esta irresolucion estaba luchando, cuando una aparicion inesperada suspendió el curso de sus dudas.

A la parda luz del crepúsculo, que ya iba desapareciendo en los últimos confines del horizonte, el Cruzado pudo distinguir que él y su compañero no eran los solos huéspedes de aquella soledad, pues claramente percibia un objeto de elevada estatura, que saltaba con estraña lijereza por las rocas y las malezas, cuya circunstancia, unida á su rústica y selvática apariencia, le trajo á las mientes los Faunos y Silvanos, cuyas imágenes habia visto muchas veces en los templos de Roma: y como el sencillo Escocés creia de buena fe que aquellas divinidades paganas eran en efecto demonios, no dudó que la figura desconocida era uno de estos ángeles precitos que acudia al llamamiento que

le habia hecho el Moro en el himno blasfemo.

—Aparta, criatura maldita, dijo en voz baja, no atreviéndose á insultar á dos enemigos juntos, como hubiera hecho si hubiera sido uno solo. Dios confunda á Satanás y á todos los que lo adoran.»

Ya su mano empuñaba la maza formidable, y el descuidado Sarraceno hubiera pagado caro la diabólica plegaria, pues nada menos pensaba el del Leopardo que aplastarle allí mismo la cerviz, sin darle razon alguna de su ataque; mas estaba dispuesto que el caballero escocés no echaria tan injuriosa mancha en el escudo de sus armas. El desconocido, de quien él no habia apartado los ojos desde el punto y hora en que acertó á columbrarlo, parecia seguir cautelosamente los pasos de los dos caminantes, ocultándose á trechos entre la maleza y los peñascos, aprovechándose con increíble destreza de estas ventajas del terreno, y sobrepujando las dificultades que le ofrecia, con estraña agilidad. Al cabo, cuando el Sarraceno hubo dado fin á su canto, el desconocido, cuyo ropaje se componia de pieles de cabra, salió de pronto al medio del camino, y agarró violentamente la brida del jeneroso trotero árabe, el cual no pudiendo resistir el imprevisto golpe, ni el sacudimiento de las placas de hierro, que, segun el uso de Oriente, adornaban su capezada, se empinó ajitadamente, y al fin cayó de espaldas, y hubiera cojido debajo al jinete, si este no se hubiera arrojado con prontitud de la silla al suelo.

Viendo esto el de las pieles de cabra, soltó su presa, se abalanzó á la garganta del Sarraceno, luchó con él algun rato á brazo partido, y á pesar de su juventud y vigor, logró sujetarlo y privarlo de movimiento, en tanto que el Moro gritaba medio eno-

jado, medio risueño:—Suéltame Hamako (1); suéltame loco..... esto es traspasar la línea de tus privilegios; suéltame ó me obligarás á echar mano de la daga.

—¡Tu daga, perro infiel! dijo el de las pieles, empúñala si puedes; y al mismo tiempo arrancó el arma de manos del Emir y la alzó en señal de triunfo.

—Socorro, Nazareno, gritó Shir-kohf, seriamente asustado del aprieto en que se hallaba; socórreme contra este Hamako, que va á dar fin de mi vida.

—¡Dar fin de tu vida! dijo el desconocido. Merecido lo tienes, infiel, por esos himnos blasfemos que cantas, no solo en prez de tu Profeta, que es hechura del demonio mismo, padre del mal y enemigo de Dios.»

El caballero cristiano que hasta entonces había presenciado inmóvil aquella extraordinaria escena, tan opuesta á las ideas que del Moro había formado, creyó que era deuda de su honor sacar la cara por su vencido y postrado compañero, y dirigiéndose al de las pieles de cabra: — Quien quiera que tú seas, le dijo, ora vengas de paz, ora de guerra, sabe que he jurado paz y alianza con ese Sarraceno á quien tienes oprimido en tus brazos. Ruégote, por tanto, que lo dejes en libertad, á menos que quieras haberlas conmigo.

— Digna empresa de un caballero cruzado, dijo el de las pieles, sería pelear contra uno de su misma religión, en defensa de un perro circunciso. ¿Has venido acaso al desierto á pelear en favor de la media luna contra la Cruz de Cristo? Buen soldado de Dios eres, puesto que con tanta atención escuchas los cantos de Sata-nás.»

Cuando hubo dicho estas palabras,

(1) *Hamako* es el nombre que dan los Arabes á los locos y lunáticos, que miran y respetan como especialmente favorecidos por Dios.

se levantó, y dejó levantarse al Sarraceno, y le entregó el puñal que le había arrebatado.

—Ya ves á qué peligro te ha espuesto tu presuncion, dijo el de las pieles dirigiéndose al Musulman, y cuán débiles medios son los que emplea la voluntad del cielo para humillar tu decantada destreza y valentía. Por tanto, ó Ilderim, vive apercebido y cauteloso, pues á no haber en el astro de tu nacimiento un rayo que anuncia designios incomprensibles del Altísimo, no hubiera dejado irte de mis brazos sin destrozar esa garganta, que fué parte á exhalar tamañas blasfemias.

—Hamako, dijo el Sarraceno, sin dar muestra de enojo por tan violento lenguaje, ni por el muy mas violento choque que del Cristiano había recibido, ruégote buen hombre, que no abuses de ahora en adelante de ese privilegio y salvoconducto de que gozas, porque, aunque como buen Musulman, reverencio á los que el cielo ha privado de la luz de la razon, dándoles en cambio la antorcha del espíritu profético, no gusto ni sabré consentir que otro hombre ponga la mano en mi persona ni en la brida de mi caballo. Habla cuanto quieras, y nada temas de mi resentimiento; mas ten entendido, si la incapacidad de la mente te lo permite, que si otra vez usas de alguna violencia conmigo, tu cabeza será dividida de los débiles hombros que la sostienen, y á tí, amigo Kenneth, añadió poniendo el pié en el estribo, debo decirte que los buenos compañeros en el desierto se conocen mas bien por las obras que por las palabras. De estas no has sido ciertamente escaso; pero mas hubiera convenido asistirme y darme ayuda contra ese desacordado, el cual, en el arrebató de su frenesí, hubiera podido privarme de la vida.

—Confiésote, hermano Sarraceno, dijo el del Leopardo, que he sido tardo en darte la ayuda de que necesi-

pero la estrañeza de tan inesperado lance y encuentro, me trajo á la memoria al enemigo de Dios, figurándome que su aparicion era efecto del canto que en su loor habías entonado, y á tal punto subió mi confusion, que estuve largo rato sin poder acercar con el puño de la espada.

—Circumspecto en demasía eres, dijo el Emir, cuando peligra la vida de tu amigo, y á fe que la mia hubiera sido, con deshonra tuya, juguete de ese frenético, sin que tú hubieras movido un dedo en su defensa, no obstante hallarte á su lado montado y prevenido.

—Ya te he dicho, Musulman, repuso el Cruzado, que ese desconocido no fué otro á mis ojos que el mismo diablo, y sabiendo que eres de su linaje, creí que estabais comunicándoos secretos infernales, cuando te ví en sus brazos.

—No me satisface tu respuesta, dijo el Musulman, pues es cierto, hermano Kenneth, que si el mismo príncipe de las tinieblas hubiera venido á tomar las riendas de mi caballo, tu obligacion, en fe del pacto de amistad y buena compañía que nos hemos jurado, era entrar en combate con él y en mi defensa. Y sabe además, que lo que tiene de diablo ese Hamako, de cuyo desman has sido testigo, mas pertenece á tu linaje que al mio, pues en él estás viendo al anacoreta en cuya busca vienes.

—¡Estel! exclamó sir Kenneth, fijando mas atentamente la vista en el de las pieles de cabra. Te burlas de mi credulidad. Este no puede ser el venerable Teodorico.

—Pregúntalo á él mismo, dijo Shirkohf, si no quieres dar asenso á mis palabras. Y oyendo las del Sarraceno el ermitaño, hizo seña de consentir en lo que aquel decia.

—Yo soy Teodorico de Engaddi, dijo entonces con voz grave y sonora: yo soy el huésped del desierto; el amigo de la Cruz; el azote de todos

los infieles, malsines y paganos. ¡Ay de vosotros! ¡Ay de vosotros! ¡Ay de Mahund y de Termagannte, y de todos sus sectarios! Y sacando entonces de su túnica de pieles un azote hecho de menudas varas, atadas con alambre, empezó á ajitarlo en el aire con singular destreza y agilidad.

—Este es el santo que los tuyos acatan, dijo el Musulman, soltando al cabo la risa que no podia ya contener viendo la estrañeza con que las miradas atónitas del caballero seguian los movimientos y contorsiones del ermitaño, el cual, despues de haber ajitado el azote en todas direcciones, como si lo fuera á asestar contra alguno de los dos guerreros que lo observaban, finalmente descargó el golpe en una piedra que cerca de él se hallaba, partiéndola en pequeños fragmentos.

—Loco está por vida mia, dijo sir Kenneth.

—Loco, pero favorecido del Altísimo,» respondió el Emir, siguiendo en esto la opinion de los pueblos del Oriente que atribuyen la locura á divina inspiracion. —Sabe, Cristiano, que un ojo ve mas, cuando el otro está privado de vista; que cuando se corta una rama, la otra adquiere mas vigor; y del mismo modo: cuando se turba y altera la inteligencia de las cosas terrenas, se perfecciona y sutiliza la de las espirituales y divinas.»

La voz del Sarraceno quedó á la sazón ofuscada por los gritos del ermitaño. —Yo soy Teodorico, exclamaba en voz fuerte y sonora, aunque en tono melancólico y plañidero; yo soy Teodorico de Engaddi, la antorcha del desierto, el azote del Paganismo. El leon y el leopardo serán mis compañeros, y hallarán asilo bajo las peñas de mi gruta. El cabrito reposará tranquilo entre sus garras. Yo soy la antorcha y la linterna. Kirie Eleyson.»

Echóse á correr en seguida, y te-

minó su carrera dando tres saltos enormes, que si probaban la lijereza y vigor de sus músculos, no parecieron al caballero escocés ademanes propios de un santo anacoreta: por lo que su confusion aumentaba á cada paso, no sabiendo qué pensar de todo lo que sus ojos veían.

— Ya ves, dijo el Sarraceno, que habia penetrado el sentido de las palabras de Engaddi, que nos convida á ir á pasar la noche en su gruta, y ciertamente aquel es el único sitio que estas cercanías nos ofrecen para nuestro descanso. Tú eres el leopardo, como lo demuestra la figura de tu escudo; yo soy el leon, como mi nombre lo dice, y él es el cabrito, significado por la túnica que lo cubre. No lo perdamos pues de vista, ya que su paso es como el del dromedario del desierto.

En efecto, no era fácil seguir los pasos de Engaddi, pues aunque se detenía de trecho en trecho, alentando con sus jestos á los dos caminantes, como era práctico en los rodeos y encrucijadas de aquella soledad, y poseía además una extraordinaria lijereza, adquirida quizás en el continuo ejercicio á que lo impulsaba el estado inquieto de su mente, guió á los caballeros por tan ásperas veredas y angosturas, que aun el Moro, con ir tan lijeramente armado, y su caballo, con estar acostumbrado á aquellos terrenos, corrieron mas de una vez el peligro de dar en tierra; mas aun fué mayor el enojo del caballero cristiano, el cual mas bien hubiera querido aventurar la vida en batalla campal, que esponerse con su trotero, cargados de hierro, como los dos iban, á los resbaladeros y tropezones que á cada instante daba. Tuvo por fin la satisfaccion de ver al santo varon, parado á la entrada de una caverna, con una tea embetunada en la mano, que despedía una luz brillantísima y un fuerte olor de azufre.

Desmontó el caballero y entró en la cueva, cuyo aspecto no prometia alojamiento cómodo ni espacioso. Estaba dividida en dos cámaras, la primera de las cuales, que era la de la entrada y servia de capilla al anacoreta, tenia un altar de piedra, y sobre él un crucifijo de raiz. En un rincon de esta pieza acomodó el Cruzado su caballo para pasar la noche, no sin sentir algun escrúpulo de destinar á tan bajos usos un sitio consagrado á la devocion: mas el Sarraceno, que ya habia hecho lo mismo, le dió á entender ser la costumbre de cuantos caballeros allí se hospedaban. El ermitaño al mismo tiempo se ocupaba en disponer la cámara interior, para alojar en ella á sus dos huéspedes. En el testero de esta segunda pieza se veía una puerta de groseras tablas, que era la de la celda en que el solitario dormía. El piso habia sido puesto á nivel por mano del mismo anacoreta, y estaba cubierto de arena, que él regaba todas las mañanas con agua del raudal, que manaba en una de las rocas exteriores, y proporcionaba, en aquel ardiente clima, deleite y satisfaccion al oido y al paladar. Veíanse en los rincones, algunos colchones formados de tallos entretreídos, y las paredes, labradas como el suelo, estaban adornadas de olorosas flores y arbustos. El ermitaño encendió dos hachas de cera, cuya luz alegró algun tanto el sombrío aspecto de la gruta, que hacían mas grata todavía la frescura y fragancia que en ella reinaban.

En un rincon se veían algunos instrumentos de labranza, y en otro un nicho que encerraba una tosca imájen de la Virgen. No habia otros muebles que una mesa y dos sillas, cuya hechura, aunque ruda y grosera, denotaba ser obra de las manos del anacoreta, por no semejarse en nada á los que usan comunmente los pueblos orientales. Teodorico puso en la me-

sa, con acierto y orden, que contribuyeron á escitar el apetito á sus huéspedes, algunas raíces y legumbres y un plato de carne ahumada. Estas demostraciones de cortesía, aunque mudas y acompañadas tan solo de jestos, aumentaban la confusion de sir Kenneth, que no sabia conciliarlas con la conducta violenta y hostil del ermitaño en su primer encuentro. En efecto, Teodorico aparentaba modales graves y comedidos, y las facciones de su rostro hubieran sido nobles y majestuosas, á no ser por los estragos que habia hecho en ellas la austeridad de su vida, y por la humillacion religiosa de que estaba penetrado. Su porte y continente eran los de un hombre nacido para dominar á los otros, pero que ha abdicado su imperio para consagrarse de un todo al servicio de Dios. No obstante lo cual, su estatura gigantesca, las largas mechas de sus cabellos y barba, y el fuego que centelleaba en sus ojos, indicaban mas bien el arrojo y el denuedo de un soldado, que la abnegacion y la humildad de un penitente.

El Sarraceno, que miraba al anacoreta con cierta veneracion, dijo al caballero escocés: — El Hamako está ahora en un intervalo de razon; pero nunca habla hasta despues de haber comido. Es un voto que ha hecho. »

Teodorico hizo señá á sir Kenneth que se sentase en una de las sillas, mientras Shirkohf se colocó, á la manera de los Orientales, sobre un cojin de estereras. El ermitaño juntó entonces las manos, en ademan de bendecir los manjares que estaban sobre la mesa, tras de lo cual los dos huéspedes empezaron á comer, sin desplegar los labios. Este silencio era acorde á la gravedad natural del Sarraceno; imitólo el Cristiano, reflexionando entretanto sobre la diferencia que notaba entre las furiosas jesticulaciones, gritos penetrantes y acciones temerarias de Teodorico, cuando por

primera vez lo vió en el desierto, y la majestad, comedimiento y benévolo esmero con que á la sazón estaba desempeñando las obligaciones de la hospitalidad.

Terminado el frugal banquete, durante el cual el anacoreta no probó bocado, quitó de la mesa los fragmentos que habian quedado, y presentó un vaso de sorbete al Moro, y un frasco de vino al Escocés.

— Bebed, hijos míos, dijo rompiendo el silencio que habia guardado hasta entonces; gocemos de los dones de Dios, y bendigamos al que nos los dispensa. »

Dicho esto, se retiró á la cámara exterior á entregarse á sus oraciones, y dejó solos á los dos huéspedes. Sir Kenneth dirigió entonces algunas preguntas á su compañero, con designio de averiguar todo lo que este sabia acerca de Teodorico. No era una vana curiosidad la que le empeñaba en esta indagacion, pues además de no saber cómo entender tan extraordinaria variedad de acciones y conducta en el mismo hombre, pasmábase mucho mas que este mismo hombre estuviese en alta estima y repulacion entre los mas eminentes teólogos y varones doctos y piadosos del mundo cristiano. Teodorico, el ermitaño de Engaddi, habia sido corresponsal de los papas y concilios; sus cartas, llenas de elocuente fervor, habian descrito las miserias y persecuciones de los Cristianos Latinos en Tierra Santa, con colores no menos vivos que los que empleó Pedro el Ermitaño, cuando predicó la primera Cruzada en el concilio de Clermonte. El caballero escocés tenia encargo de varios jefes del ejército de la Cruz, de comunicar á Teodorico materias de gran peso é importancia, y observando en los usos y conducta de tan reverenciada persona, las contorsiones de un fakir iluso y fanático, no quiso proceder adelante en el desempeño de su comision, sin examinar

paysadamente las circunstancias que concurrían en aquel indefinible personaje.

Esta comision era el principal objeto de la romería que habia emprendido, por caminos tan difíciles y peligrosos, y por lo tanto, la prudencia le aconsejaba usar de la mayor reserva y precaucion en su desempeño. El Emir solo pudo darle algunas ligeras ideas acerca del ermitaño, las cuales se redujeron á lo siguiente: que habia sido en otro tiempo soldado esforzado é intrépido, sabio en los consejos y afortunado en el combate, de cuya última circunstancia daban todavía testimonio su fuerza y agilidad; que habia venido á Jerusalem, no como peregrino, sino con el propósito determinado de pasar la vida en aquellos Santos Lugares; que despues habia fijado su residencia en aquellas enmarañadas asperezas en que á la sazón se hallaba respetado por los Latinos, á causa de su austera y fervorosa devoción, y por los Turcos y Arabes, que, creyéndole insano y lunático, atribuían esta dolencia mental á un efecto de la inspiracion divina. Por esto le habian dado el nombre de Hamako, que significa *loco* en lengua turca. Shirkohf no sabia cómo definirlo. Decia que sin duda alguna era hombre sabio, capaz de hablar horas enteras sobre la sabiduría y la virtud, sin dar la menor señal de desacuerdo. En otras ocasiones solia comportarse con furor y violencias, aunque nunca lo habia visto tan perversamente dispuesto como en el encuentro de aquella tarde. Lo que más lo sacaba fuera de sí era oír hablar sin respeto y con escarnio de su propia religion: por lo que en cierta ocasion, habiendo unos Arabes errantes insultado sus ritos y destruído su altar, salió solo en su busca, los atacó denodadamente, y les dió muerte con el azote que siempre llevaba consigo, y que era la única arma de que se valia. Este suceso habia hecho mucho ruido en todos aquellos alre-

dedores, y desde entonces, sea por miedo del azote, sea por la veneracion debida al carácter de Hamako, las tribus del desierto respetaban su morada y su capilla. Su fama se habia propagado hasta llegar á oídos del Soldan Saladino, el cual habia dado la orden de que todos sus vasallos lo protegiesen y se abstuviesen de injurarlo. El Emir añadió que él y otros Musulmanes de alta jerarquía habian venido mas de una vez á la gruta del ermitaño, no solo á satisfacer la curiosidad que debia inspirar jeneralmente un personaje tan extraordinario, sino porque creian que un hombre tan versado en las ciencias como el Hamako cristiano, podria hacerles columbrar algunos sucesos del porvenir. — Tenia antes, continuó el Sarraceno, un rashid, ó sea observatorio, de grande elevacion, desde el cual observaba los movimientos de los cuerpos celestes, y especialmente los del sistema planetario, por cuyos aspectos é influjos, segun la creencia comun de Cristianos y Sarracenos, puede vaticinarse el curso de los negocios y acaecimientos humanos. »

Esto es lo sustancial de la relacion del Emir Shirkohf, la cual dejó en duda al caballero escocés, sobre si el destemple del ermitaño provenia de su excesivo fervor y celo, ó si era mas bien una ficcion de que echaba mano, para gozar de las inmunidades que á su abrigo le concedian los encarnizados enemigos de su religion. Y en verdad que parecia inexplicable la demasiada condescendencia que estos le habian manifestado, considerando el fanatismo propio de todos los sectarios de Mahoma, en medio de los cuales vivia, aunque tan contrario á sus creencias y á sus ritos. Llegó tambien á sospechar que reinaba entre el ermitaño y el Sarraceno mayor intimidad y mas estrecho conocimiento, que lo que aparecia por las palabras de este, á quien el primero habia llamado con un nombre diferente del que él decia

ser el suyo. Todas estas consideraciones requerian precaucion, ya que no sospecha: por lo que determinó observar al ermitaño con escrupulosa atencion, y no precipitar la importante comunicacion que los jefes de la Cruzada habian confiado á su discrecion y diligencia.

—Paréceme, Sarraceno, dijo el del Leopardo, que nuestro huésped no es mas acertado en el uso de los nombres, que en las otras acciones de la vida. El tuyo es Shirkohf, segun me has dicho, y él te ha dado otro muy diferente.

—El nombre que me dan en la tienda de mi padre, dijo el Emir, es Hiderim; y por este me conocen muchos. Los soldados me conocen por el Leon de la Montaña, que es el dictado que me he adquirido con el acero. Pero callemos, que el Hamako se acerca para convidarnos sin duda á recogerlos. Sé sus costumbres, y que nadie debe velar mientras él vela.»

El anacoreta entró pausadamente, y cruzando los brazos sobre el pecho é inclinando la cabeza, puesto en pié enfrente de los dos extranjeros, exclamó devotamente:—Bendito sea el nombre de aquel que envia la quieta noche despues del ruidoso dia, y el sueño tranquilo que restaura los cansados miembros y el ajitado espíritu.

—Amen,» respondieron los dos guerreros; y levantándose de la mesa, se dirijieron á las camas, que el solitario les indicó con la mano, retirándose otra vez despues de haberlos saludado con una profunda inclinacion.

El caballero del Leopardo se alijó entonces del peso de la armadura, ayudándole el Sarraceno en desabrochar las chapas y hebillas, y quedando despues con su veste de gamuza, que era el traje que los caballeros y soldados usaban debajo del peto y espaldar. El Sarraceno, que habia admirado la fuerza de su adversario, cuando le vió cubierto de acero, no vió con poca sorpresa las arregladas

proporciones de su nervudo y bien formado cuerpo. En cambio de aquella cortesía, el Escocés ayudó al Sarraceno á desceñir el ropaje exterior, confuso al ver que en miembros tan delgados y en proporciones tan breves cupiese el vigor que tan señaladamente habia acreditado el Musulman en el personal combate de por la mañana.

Ambos guerreros dirijieron al cielo sus oraciones, segun sus respectivos usos y prácticas. El Sarraceno murmuró su plegaria, volviendo el rostro hacía la Meca; y el Cristiano, temeroso de contaminarse con la proximidad de aquel pagano, se retiró cuan lejos pudo, puso su espada derecha, arrodillóse delante de ella, encaráse á la cruz del puño, y recitó el rosario, con una devocion que realizaba el recuerdo de las escenas y peligros de aquel dia. Los dos guerreros, cansados de aquella larga y difícil jornada, quedaron muy en breve sepultados en profundo sueño.

CAPITULO IV.

No habia durado mucho el del caballero del Leopardo, cuando le sacó de él un peso extraordinario que sintió oprimirle el pecho, y que le parecia ser el de un poderoso adversario que luchaba con él á brazo partido. Mas habiendo recobrado enteramente el uso de sus sentidos y abierto los ojos, lo primero que á estos se presentó fué el anacoreta, con el mismo selvático aspecto que ya hemos descrito, el cual, arrimado al lecho del caballero, le habia estendido sobre el pecho una mano, teniendo en la otra una pequeña lámpara de plata encendida.

—Calla, dijo el ermitaño al Escocés, que con atónitas miradas le observaba: tengo que decirte lo que no conviene que ese infiel oiga.»

Dijo estas palabras en lengua francesa, y no en la mezcla de dialectos

europcos y orientales, llamada lengua franca, de que hasta entonces se habia servido en presencia del Saraceno.

— Alzate, le dijo; cúbrete con tu manto; no hables, y sígueme.»

Sir Kenneth se levantó, y tomó la espada.

—No necesitas de armas, dijo en voz baja el santo varon: en el sitio á que nos encaminamos, las armas espirituales son las que sirven, que no las terrenas.»

El caballero dejó el acero al lado de la cama, y conservando en el cinto el puñal de que nunca se deshacia, en aquellos peligrosos terrenos, se manifestó dispuesto á seguir los pasos de su misterioso huésped.

Echó á andar pausadamente el ermitaño delante del caballero, el cual, aun no bien recobrado de la sorpresa que tan inesperado lance le habia producido, estaba por creer que aquella negra figura que lo guiaba, era un sueño fantástico de su turbada imaginacion. Ambos pasaron como dos sombras tenebrosas á la cámara exterior, sin que los percibiese el Emir que yacia entregado al sueño.

Delante de la cruz habia una lámpara ardiendo, sobre el altar estaba un misal abierto, y veíanse en el suelo unas disciplinas, salpicadas de reciente sangre, señal evidente de la severa penitencia del anacoreta. Arrodillóse Teodorico al llegar al altar, indicando al caballero que se arrodillase junto á él, sobre el desigual empedrado, que parecia dispuesto para mortificacion de los fieles que allí orasen: recitó algunas preeas, y cantó, moderando cuanto podia la voz, dos ó tres salmos penitenciales, interrumpidos por suspiros, lágrimas y sollozos, que le arrancaba el fervor que en él escitaba la poesia divina. El caballero escocés asistió con recojimiento y sincera piedad á estos actos de devocion, y sus ideas acerca de

Teodorico habian mudado en tales términos, que casi estaba por revereenciarlo por un santo, pareciéndole que solo á un santo era dado sentir tan íntimos afectos de piedad cristiana, y ejercer una vida tan mortificada y penitente; así que, terminado aquel ejercicio, y habiéndose levantado los dos, sir Kenneth se mantuvo en pié delante de Teodorico, como un discípulo en presencia de su maestro. El ermitaño continuó algun rato silencioso y absorto en sus meditaciones.

—Mira en este lugar apartado, hijo mio, le dijo al fin: en él encontrarás un velo: tráemelo.»

Obedeció sir Kenneth, y en una pequeña abertura del muro, cubierta de una puerta, halló en efecto el velo que el ermitaño le pedia.

Cuando se acercó de nuevo á la luz, observó que el velo estaba desgarrado en algunas partes, y manchado en otras de una composicion de color oscuro. El anacoreta lo miró tambien, profundamente conmovido, en tanto extremo, que antes de poder dirijir la palabra al Escocés, tuvo que dar lugar á que saliese un suspiro del pecho.

—Próximo estás á ver por tus ojos, le dijo, el mas precioso tesoro que la tierra posee. ¡Ay de mí, que los míos no son capaces de tanta ventura! Empero, ¿qué soy yo sino la vil y despreciable señal que indica al cansado navegante el puerto de descanso y seguridad? Yo señalo á los otros la dicha que no me es dado gozar. En vano he huido á las mas ásperas rocas y á lo mas remoto del desierto. Mi enemigo me ha alcanzado; aquel de quien huyo ha asaltado mi fortaleza.»

Detúvose al decir estas palabras, y volviendo el rostro al caballero, le dijo con voz firme y sonora:—¿Tráeme noticias de Ricardo de Inglaterra?

—Yo vengo, dijo el Escocés, del consejo de los príncipes cristianos.

El rey de Inglaterra está enfermo, y por esto no me ha honrado con sus órdenes.

—La contraseña, exclamó el ermitaño.»

Vaciló sir Kenneth á esta demanda, volviendo á despertarse en su memoria las señales de insensatez que su huésped había dado en su presencia; mas cedió esta irresolución al respeto que le imponía su virtud y santidad. — Mi contraseña, dijo, es esta: *los reyes piden limosna al mendigo.*

— Esa es en verdad, repuso Teodorico: ya te conozco. El centinela vela en puesto peligroso y desconfía del amigo y del contrario.»

Entonces echó á andar de nuevo hácia el aposento de donde había salido. El Sarraceno yacía en su lecho aun dormido; Teodorico se paró al pasar por su lado y lo miró atentamente.

— Duerme, exclamó; está en tinieblas y no debe ver la luz.»

La postura del Emir indicaba en efecto la mas profunda tranquilidad. Tenía un brazo sobre el cuerpo, ocultándole con la manga casi todo el rostro, que estaba medio vuelto á la pared, y dejándole tan solo descubierta la ancha y bien formada frente. Sus nervios, que parecían tan activos y fuertes cuando velaba, estaban inmóviles, como si el rostro fuera de negro mármol. Las largas y negras pestañas cubrían las penetrantes y fogosas pupilas. La mano abierta y floja, y la respiración igual y suave, daban indicios de la blandura de su sueño. Contrastaba noblemente su figura con las de los dos Cristianos, sumergido el uno en los éxtasis de su ascética contemplación, y movido el otro por la ansiosa curiosidad que escitaba en él todo cuanto estaba viendo.

— Duerme, repitió el ermitaño en el mismo tono que antes, y continuando el sentido metafórico de sus

palabras; duerme en tinieblas, mas el rayo del día brillará á sus ojos. ¡O ilderin! tus pensamientos son tan vanos y frágiles como las fantasmas que vagan ahora por tu aletargado cerebro, pero la trompeta ha de sonar, y habrá de disiparse el sueño.»

Dicho esto, y hecho una señal al caballero, indicándole que le siguiese, volvió á encaminarse al altar, y pasando por detrás de él, apretó un resorte, que abriéndose con estrépito, dejó descubierta un postigo de hierro, clavado en la pared con tanto arte, que hubiera sido necesario un menudo exámen para descubrirlo. El ermitaño lo abrió de par en par, untó los goznes con el aceite de la lámpara, y enseñó á su compañero una escalera labrada en la roca viva, á la que el postigo daba entrada.

— Toma este velo, le dijo con voz desfallecida y melancólica; que no puedo, sin cometer un delito, contemplar el tesoro de que tus ojos van á disfrutar.»

El caballero sin atreverse á replicar, vendó los ojos á su conductor, el cual le dió la lámpara, y empezó á subir con suma lijereza, como acostumbrado á penetrar en aquellos recónditos laberintos. Seguíale el Escocés, y ambos llegaron muy en breve á una bóveda de forma irregular, en uno de cuyos ángulos terminaba aquella escalera, y otra arrancaba del rincón opuesto. En otro se veía una puerta, toscamente esculpida y adornada, defendida por una fuerte reja de hierro, sujeta con clavos del mismo metal. A este punto se dirigieron los pasos del ermitaño, cuya ajitación subía de punto á medida que á él se acercaba.

— Descálzate, dijo el ermitaño; porque es santa la tierra que pisas. Destierra de lo mas íntimo de tu corazón todo pensamiento carnal y profano, por que no hallan entrada en este sagrado abrigo, á menos de cometer una horrible impiedad.»

Descalzóse sir Kenneth, como se lo había maudado, y el ermitaño se mantuvo inmóvil, como arrobado en devota oracion; despues de lo cual, dijo al caballero que diese tres golpes en la reja. Así lo hizo el Cruzado, y abriéndose la puerta de por sí, quedaron suspensos sus sentidos al torrente de brillante luz, y á las nubes de perfumes suavés que de pronto percibieron. Retrocedió dos ó tres pasos, y tardó algun tiempo en recobrarse de la violenta impresion que le había hecho aquel repentino tránsito de las tinieblas á la luz.

Cuando entró en la pieza que cerraba este resplandor, vió que provenia de una multitud de lámparas de plata, alimentadas con purísimo aceite, y colgadas con cadenas del mismo metal, del techo de una reducida capilla gótica. De las mismas lámparas emanaba aquella fragancia exquisita que había percibido. La capilla estaba abierta en la roca viva, como todas las demás partes de la singular mansion del anacoreta. Mas en las otras piezas que Sir Kenneth había visto hasta entonces, el trabajo empleado en la roca era por demás sencillo y tosco; no así el de la capilla, en que se habían ocupado el ingenio y los cincelos de los mas diestros artífices. Sostenian por cada lado la puntiaguda bóveda seis esbeltas columnas, labradas con el mas esmerado primor, y en la distribucion y enlace de los arcos que compartian la bóveda, lucia en acertados ornamentos toda la gala de la arquitectura de aquella época. En medio de cada dos columnas había un nicho; seis en cada lado, y en ellos estaban colocadas las estatuas de los doce apóstoles.

En el testero de Oriente, que era la parte mas elevada de la capilla, se alzaba el altar, y detrás, cubierto con una cortina de seda de Persia, ricamente bordada de oro, un camarín ó santuario, en el cual se imaginó el ca-

ballero estaria depositada la imájen ó reliquia, en cuyo honor se había erigido aquel templo, tan singular en su colocacion, como en su forma. Creyéndolo así, el caballero se adelantó hácia el camarín, se arrodilló delante de él, y empezó á rezar con el mas sincero fervor: mas muy en breve se distrajo su atencion al ver que la cortina se alzaba por una mano invisible. Entonces, en el nicho que quedó descubierto, vió un arca de ébano y plata, con dos puertas de oro, y curiosamente labrada, con los adornos de la arquitectura gótica.

Mientras fijaba ansiosamente sus ojos en aquel rico tabernáculo, se abrieron de pronto las dos puertas, descubriendo un pedazo de madera sobre el cual se leía la inscripcion: VERA CRUX. Al mismo tiempo se oyó un coro de voces de mujer, que entonaba la antífona GLORIA PATRI. Cesó el suave canto, é inmediatamente se cerraron las puertas de oro, y cayó la cortina; mas sir Kenneth permaneció arrodillado delante del altar, y continuó en profundo recojimiento sus oraciones, dirigidas á la santa reliquia que se había manifestado á sus ojos. Su alma quedó penetrada de un terror santo, al considerar que sus ojos habían sido testigos de aquella augusta prenda de la religion verdadera; y tan estático fué su arrobó, que hasta largo rato despues de haber concluido, no osó buscar al piadoso varón que lo había conducido á aquel sagrado y misterioso retiro. Descubrióle al cabo, cubierto aun con el velo que él mismo le había atado, y postrado, como el león dormido del desierto, en el pavimento de la capilla, mas sin atreverse á estampar en él los piés.

Su postura indicaba la mas humilde reverencia, y el remordimiento mas agudo y contrito; parecia que lo había postrado y rendido el peso de una pasion amarga y poderosa, y que solo siendo esta efecto del arrepenti-

miento y del temor, podía haber subyugado un ánimo tan brioso, y un cuerpo tan animoso y esforzado.

Acercóse sir Kenneth al ermitaño, y ya iba á dirigirle la palabra, cuando previniendo este su designio, exclamó, con voz amortiguada, que al través de los pliegues del velo, sonaba como si saliese de un cavernoso sepulcro: — Aparta, detente, hombre bienaventurado. Aun no ha terminado la solemnidad. » Dicho lo cual, se alzó del suelo, retrocedió del sitio en que hasta entonces habia permanecido postrado, y salió de la capilla, cerrando la puerta, cuyo resorte resonó en los ámbitos de la bóveda. Quedó solo el caballero, sin otra arma que su daga, y sin otra compañía que sus devotos pensamientos, y su impertérrito valor. La puerta, en su parte interior, era tan semejante á las paredes de piedra de la capilla, que no era posible distinguirla, ni saber dónde estaba la entrada.

Incierto de lo que podía ocurrir, pero resuelto á aguardar el curso de los sucesos, sir Kenneth recorrió el solitario edificio hasta la hora de los primeros cantos del gallo. En aquel indeciso momento de la lucha del día con la noche, oyó, aunque no pudo distinguir de dónde salia, el sonido de una campanilla de plata, semejante á la que se toca en el sacrificio de la misa, durante la elevacion de la santa hostia. La hora y el sitio daban cierta impresion temerosa á los ecos del metal, en términos que el guerrero, aunque acostumbrado á graves peligros, se paró de repente y se retiró á los piés de la capilla, con el designio de observar, sin interrumpir ni ser interrumpido, las consecuencias de aquella señal inesperada.

A poco rato se descorrió la cortina, y quedó de nuevo patente la reliquia. Al tiempo de doblar humildemente la rodilla, oyó el canto de Landes, entonado por las mismas voces que habian sonado en la ceremonia

anterior: mas observó que aquellas voces no se mantenian siempre á la misma distancia, sino que continuaban oyéndose cada vez mas distintamente, como si se acercasen al punto en que él se hallaba: hasta que abriéndose una puerta, tan disimulada como aquella por donde habia sido introducido, y situada en la parte opuesta de la capilla, dió salida al conjunto armonioso, que repitieron al punto los ecos de la bóveda.

El caballero fijó la vista en la puerta, con anhelosa curiosidad, y continuando en su reverente postura, como el sitio y las circunstancias requerian, aguardó el resultado de aquellos preparativos. Entonces se ofreció á su vista una procesion, que de la puerta pasaba á la capilla. Iban delante, de dos en dos, cuatro gallardos mancebos, cuyos desnudos brazos y piés, descubrían la tez bronceada de Oriente, puesta en contraste con las albas túnicas de que iban adornados. Los dos primeros llevaban incensarios, que agitaban de un lado á otro, aumentando con las emanaciones de estos, los perfumes que por todo el ámbito de la capilla estaban esparecidos. Los segundos derramaban flores.

Seguian á los mancebos, en majestuoso orden, las mujeres que componian el coro; seis, cuyos escapularios y velos oscuros, dispuestos sobre un ropaje blanco, indicaban ser monjas del monte Carmelo: otras tantas, con velos blancos, como novicias, ó huéspedas, no ligadas con votos religiosos. Todas llevaban rosarios en las manos; los de las monjas eran de cuentas; los de las otras de rosas blancas y rojas. La procesion dió vuelta á todo el circuito de la capilla, sin que llamase sir Kenneth la atencion de ninguna de las personas que la componian, aunque tan cerca de él pasaron, que pudo tocar con sus manos las túnicas de las religiosas. El canto duró todo el tiempo de la pro-

cesion, y disminuida algun tanto la primera impresion de sorpresa que dió lugar á la reflexion, el caballero del Leopardo dormido conoció ser aquel uno de los monasterios en que las doncellas cristianas se dedicaban al servicio de Dios y de la iglesia. Al principio de la ocupacion de Palestina por los soldados de la Cruz, estas casas religiosas eran tan públicas como en los otros países Cristianos; mas quedaron suprimidas con la reconquista de aquella provincia por los Sarracenos; pero algunas religiosas rescataron su libertad por medio de presentes, y otras la recibieron de la clemencia ó del desprecio de los vencedores, y continuaron observando, en ocultos retiros, las prácticas religiosas á que se habian consagrado. A pesar de estar instruido Sir Kenneth de estas circunstancias, la majestad del templo y de la hora, la aparicion inesperada de aquella solemunidad, la pausa y recojimiento que las religiosas observaban, de tal modo conmovieron sus sentimientos y su imaginacion, que estuvo por espacio de algunos momentos sin poder resolverse á creer que eran criaturas mortales, pues mas bien parecian seres de un orden superior y privilegiado, que habian bajado á la mansion del hombre, á tributar homenaje al objeto universal de la adoracion del universo.

Tal fué la primera idea del atónito Escocés al ver pasar aquellas desconocidas en lenta y ordenada procesion; tan recojidas é inmóviles, que vistas al través del espeso humo de incienso que oscurecia la luz de las lámparas, parecian moverse, no ya con pasos ordinarios, sino por alguna fuerza invisible y uniforme.

En la segunda vuelta que dió la devota comitiva al rededor del templo, al pasar junto al sitio en que sir Kenneth estaba arrodillado, vió caer muy cerca de sí un pimpollo del rosario que en sus manos llevaba una

de las doncellas de velo blanco; cuyo accidente produjo en él una impresion semejante á la que hubiera hecho un dardo arrojado á su persona; porque cuando exaltan la mente pensamientos elevados y sensaciones nuevas y grandiosas, cualquier circunstancia inesperada, por pequeña que sea, da mayor impulso al vuelo en que se ha remontado la imaginacion. Procuró sin embargo recobrase de su sorpresa, considerando cuán indiferente y casual era en sí mismo aquel suceso, en el cual no hubiera fijado la atencion, sino lo hubiera hecho notable la uniformidad y mesura de toda la ceremonia.

No obstante lo cual, al pasar tercera vez la procesion en torno de la capilla, los pensamientos y los ojos de sir Kenneth se fijaron exclusivamente en la novicia que habia dejado caer el pimpollo de su rosario. Ni su porte, ni su estatura, ni su aspecto se diferenciaban de los de las otras que con ella iban; así que era imposible distinguirla de las demás, sino por el puesto que ocupaba en la procesion; empero, impulsado quizás por la secreta voz de la simpatía, al acercarse tercera vez hácia él la segunda novicia de la fila derecha, se ajitó violentamente el corazon de sir Kenneth, á guisa de ave aprisionada que procura romper sus hierros, como si en aquel sér misterioso viera la dama que su afecto preferia, no solo á las presentes, sino á todas las de la tierra. La pasion del amor, no solo altamente encarecida, sino impuesta como deuda y obligacion por los usos y leyes de la orden de Caballería, se hermanaba íntimamente con los afectos de devocion, que ejercian igualmente un influjo poderoso en los ánimos de los caballeros. Fomentábanse recíprocamente, lejos de contrariarse, aquellos dos sentimientos, y los del Cruzado experimentaron una conmocion extraordinaria, cuando la procesion empezó el tercer jiro, es-

perando que la que, según sospechaba, le había hecho aquella primera señal, la repitiese al aproximarse á su sitio. Aunque era corto el espacio que la procesion tenia que recorrer, parecióle un siglo al Escocés el tiempo que tardó en llegar desde el testero hasta el puesto en que él se hallaba; mas entonces, la misma persona, que no había hecho mas que seguir el paso de las otras, descubrió una pequeña y bien proporcionada mano, cuya lindeza y albura indicaba las raras perfecciones del cuerpo á que pertenecía, y separando ligeramente el velo que la cubría, como el rayo de la luna, que en la tranquila noche de verano, rompe por medio de la nube, dejó caer otro pimpollo junto á las rodillas del caballero del Leopardo.

No era dable atribuir esta repetición á efecto de la casualidad, ni podía ser casual tampoco la semejanza entre aquella mano y otra en que el caballero había estampado una vez su enardecido labio, jurando lealtad eterna á su amable dueño. Corroboraba además sus conjeturas el brillo de un hermoso rubí, que en el blanco dedo de la dama resplandecía, y cuyo inapreciable valor era de menos estima á sus ojos que una señal de la mano que realizaba su resplandor; además de que, el velo no le había estorbado distinguir, sea casualmente, ó por favor de la que lo llevaba, una negra trenza de cabellos, cada uno de los cuales valia mas en su aprecio que una cadena de oro macizo. Era la dama de sus pensamientos; pero que se hallase en aquel remoto sitio, en aquel áspero y bárbaro desierto, entre aquellas retiradas doncellas que se sepultaban en vida en las entrañas de la tierra, para practicar en secreto los ritos cristianos que no osaban practicar abiertamente; que todo esto acaciese en verdad y realidad, parecía increíble á sir Kenneth; mas bien parecía un sueño en gañador, una pasajera in-

sion de la destemplada fantasía. Mientras lo confundían y agitaban estos encontrados pensamientos, la procesion empezó á salir de la capilla, por la misma puerta por donde en ella había entrado. Los acólitos, las religiosas profesas se desvanecieron sucesivamente; mas al poner el pié en el tránsito, la que le había dado aquellos dos testimonios de atención y memoria, volvió ligeramente la cabeza hacia el sitio en que el Cruzado había permanecido inmóvil como una estatua de las que adornaban la capilla. Sus ojos la siguieron hasta que hubo desaparecido de un todo, y entonces su alma quedó sumergida en una oscuridad no menos profunda que la que percibieron en seguida sus sentidos; pues apenas había pasado el límite de la puerta la última de las de velo blanco, y cerrándose aquella con golpe estrepitoso, cesó de repente al religioso canto, y quedaron á un mismo tiempo apagadas todas las luces, y sir Kenneth se vió solo y envuelto en profundas tinieblas. Pero no se curaba el acendrado caballero ni de la oscuridad, ni de la soledad, ni de su incierta y extraña situación; ni de cosa alguna se curaba, salvo aquella repentina vision que ante sus ojos había pasado, y de las prendas de favor que de ella había recibido. Arrojóse al suelo á tomar los dos pimpollos que habían caído de sus manos; aplicólos á sus labios; apretólos al seno uno á uno y los dos juntos; besó el mármol frío en que había estampado el pié la que imperaba en su corazón, y se abandonó á otros extremos y extravagancias, que las pasiones vehementes arrancan á los que á ellas se someten, y que en todos los siglos y naciones han sido mudos intérpretes del amor. Mas era rasgo característico de las costumbres de aquellos tiempos, que el caballero enamorado, por violentos que fuesen los raptos de su afecto, se abstuviese de seguir y mo-

lestar á la dama que de ellos se habia apoderado, considerándola como una deidad que se digna mostrarse á veces al mortal que la adora, para volver despues á la oscuridad de su santuario; ú como un astro de superior influjo, que lanza, en instante propicio, un rayo de favor y de esperanza, y se envuelve en seguida en el nebuloso velo que lo circunda. La dama de su amor era un sér elevado, dueño absoluto de sus afectos y movimientos, á cuyo arbitrio estaba animarlo y colmarlo de ventura con su vista, ó afligirlo y atormentarlo con su ausencia; exaltarle con una lijera muestra de compasion, ó conducirle á la desesperacion con su crueldad. Libre era y soberana, no sujeta á otras leyes que á las de su albedrío, y solo era lícito al caballero que en ella habia fijado sus atrevidos pensamientos, consagrarle los afectos de su corazon y las hazañas de su acero, obedecer sus mandatos, y darle fama y nombradía con sus proezas.

Tales eran las leyes de la caballería y las del amor, que tanto imperio ejercian en aquella órden. Pero en el afecto de sir Kenneth se reunian otras circunstancias que contribuian á hacerlo todavía mas humilde, mas reservado y mas comedido. Jamás habia oido el sonido de la voz de su dama, aunque muchas veces se habian deleitado sus ojos en la contemplacion de su belleza. Tan elevada era la esfera en que la colocaba su nacimiento, que el título de caballero no bastaba á darle entrada en él; y aunque altamente acreditado, nombrado y distinguido por sus hechos y destreza militar, el pobre guerrero escocés estaba separado del objeto de su adoracion, por no menor distancia que la que separa al Persa del astro que adora. Mas ¿cuándo se encumbran tanto los ojos de una mujer, que no basten á distinguir al amante apasionado, por baja y humilde que sea su condicion? Sus mi-

radas le habian seguido en el torneo; á sus oidos habian llegado las glorias que adquiria en sus continuos encuentros y batallas; y mientras imploraban su gracia condes, duques y magnates, todos sus pensamientos se fijaban, quizás involuntariamente y sin notarlo ella misma, en el caballero del Leopardo, que para sostener el lustre de su nombre, con pocas mas podia contar que con el auxilio de su espada. Cuanto veia y escuchaba, alentaba y daba mayor fuerza á esta parcialidad ó preferencia, á cuyos principios no fué parte á oponerse su razon. Ciertó es que las prendas personales del Escocés eran tales que las damas de la corte militar de Inglaterra le daban la palma entre todos los caballeros que á ella concurrían; y aunque los soberanos y próceres recompensaban con espléndida magnificencia los elogios de los trovadores, á veces resonaban en sus harpas los loores y el heroismo de aquel esforzado guerrero, que no podia dar en galardón del aplauso, ni brillantes galas, ni ricos y vistosos palafrenes.

Los encomios y alabanzas de su amante se hacian cada vez mas gratos á la esclarecida y orgullosa Edita, aliviándola del fastidio de la lisonja que continuamente la molestaba, y presentando á sus secretos pensamientos un objeto mas digno, segun la fama comun decia, que los que en jerarquía y bienes de fortuna le sobrepujaban. A medida que sus pensamientos se vinculaban, constante, aunque recatadamente en sir Kenneth, se convencía mas y mas del vivo afecto que este la profesaba, y mas se penetraba de la idea que el caballero escocés era el mortal que los astros le habian designado para llegar con ella, al través de males y peligros, al término y objeto final de aquella terrible pasion que los poetas del siglo describian como dominadora universal del mundo, y á la cual

los usos y sentimientos que á la sazón prevelecan en las cortes de Europa, daban el mismo valor é importancia que á la devocion y celo religioso.

No disfracemos la verdad de los hechos á nuestros lectores. Cuando Edita llegó á conocer el jiro que su inclinación habia tomado, aunque luchaban en su interior los sentimientos arrogantes correspondientes á su ilustre origen, que la acercaba á la prosapia de los monarcas de Inglaterra, con la satisfaccion que la causaba el mudo, aunque perenne homenaje del caballero á quien sus afectos daban la preferencia, momentos hubo en que los impulsos de amor se estrellaron contra los estorbos que le oponian la jerarquía y el linaje, y en que le causaba enfado la timidez de su amante, que no parecia resuelto á vencerlos ni sobrepujarlos. La alta consideracion y el humilde acatamiento, debidos á su esclarecida sangre, trazaban en torno de ella un círculo mágico, fuera del cual era lícito al caballero del Leopardo reverenciarla y servirla, mas cuyos límites no podia traspasar, á guisa de espíritu maligno á quien veda el poderoso nigromante hollar la línea dibujada por su vara prodijiosa. Dejóse dominar involuntariamente por la idea de ser ella quien debia dar los primeros pasos, aunque no fuera mas que estampando la punta de su breve y nevado pié fuera del linde señalado: pues para un amante tan reservado y tímido como el suyo, bastantes esperanzas daba, y sobrado favor era la mas insignificante y lijera distincion. Ejemplos habia habido en su tiempo que autorizaban semejante resolucion; y entre otros, el de la hija del rey de Hungría, que tan jenerosamente habia dado aliento y fomentado los deseos de un caballero de humilde grado; cuanto y mas, que ella, aunque de sangre real, no era hija de rey, ni era humilde el grado que sir Kenneth ha-

bia alcanzado en la profesion de las armas y orden de caballería; así que no era tan insuperable la harrera que se oponia á la satisfaccion de sus nutuos deseos. Sin embargo, aquel modesto orgullo que, en el pecho de las doncellas, pone grillos á los desahogos del amor, la impedía, á pesar de su condicion elevada, poner en ejecucion su designio. Tocaba en efecto al caballero romper el silencio que hasta entonces entre los dos habia reinado. Sir Kenneth era de índole modesta y recatada; honrado por demás y comedido; dotado de todas las prendas y perfecciones que Edita podia desear en un amante, y sobre todo de aquella circunspeccion respetuosa que á sí mismo y á la dama de su afecto se debia; mas en su presencia se consideraba ella como la imájen de una divinidad que recibia sus adoraciones sin parecer sensible á ellas ni dignarse darles respuesta; y que se degradaria dando un paso fuera del pedestal, como si diese á entender al que, postrado la reverencia y acata, que era de inferior naturaleza, y de vulgar y terrena condicion.

Mas el obcecado idólatra que se huzalla ante la imájen material del númen de su creencia, descubre á veces, porque así se lo pinta la fantasía, señales de aprobacion en las rígidas é inmóviles facciones de un busto de mármol, y no es extraño que sir Kenneth hubiese traslucido alguna de estas propicias indicaciones en los ojos elocuentes de Edita, cuya belleza consistia mas bien en la facilidad y viveza de la espresion, que en la lozanía y esplendor de su complexion, y en la regularidad de las formas. Habíale en efecto dado algunos vislumbres de predileccion y esperanza, y no de otro modo hubiera podido sir Kenneth reconocer tan pronta y seguramente la linda mano, de la que solo dos dedos habia descubierto el velo blanco y tupido que la cubria, ni atribuir la caída de dos flores, ar-

CAPITULO V.

rojadas sucesivamente en el mismo sitio, á demostracion de aprobacion y de benevolencia. No loca al autor, cuya edad avanzada se aviene mal con asuntos amorosos, especificar la serie de jestos y miradas, mudo lenguaje de amor, que habian dado origen á la inteligencia que entre Edita y el caballero escocés reinaba. Estos vestigios del afecto, productos naturales del instinto, solo pueden ser entendidos y descifrados por los que se hallan en edad de experimentar su influjo. Basta que existiese aquella reservada comunicacion entre dos personas que jamás se habian dirigido mutuamente la palabra; aunque es justo añadir que la inclinacion de Edita se hallaba refrenada y comprimida por el recelo de las dificultades y peligros que necesariamente le habian de salir al encuentro, si llegaba á progresar y arraigarse en su corazon; y la pasion del caballero lo estaba del mismo modo por un cúmulo de dudas y temores, entre los cuales, el que mas lo detenía, era el de haber interpretado demasiado favorablemente, y con sobrada estima de sí mismo, aquellas ligeras muestras de su dignacion y bondad, interrumpidas por largos intervalos de frialdad aparente, durante los cuales, la noble doncella, ó temerosa de escitar sospechas, ó de empeñar á su amante en disgustos y peligros, ó de desmerecer en su aprecio, le demostraba la mayor indiferencia, y ni siquiera fijaba en él sus miradas.

Esta narracion, por molesta que parezca á nuestros lectores, es necesaria para la inteligencia de la historia, y para esplicar la situacion en que se hallaban los dos amantes, y las relaciones, si este nombre merecen, que entre ellos existian, cuando la inesperada y repentina aparicion de Edita en la capilla produjo tan notable efecto en los sentimientos de sir Kenneth el del Leopardo.

PERMANECIÓ este de rodillas por espacio de una hora, en medio del profundo silencio y de la impenetrable oscuridad que reinaban en la capilla, dando gracias al cielo y á su dama por los últimos favores que de la mano de esta habia recibido. Poco le habia importado hasta entonces su propia seguridad, y no mucho el destino que la suerte le reservaba: mas en la ocasion presente, tanto como un grano de arena pesaban en la balanza de su mente aquellas consideraciones. Sus pensamientos no salian mas allá de la esfera en que se hallaba, y ¿qué mas podia apetecer en el mundo que encontrarse cerca de Edita, haber recibido prendas de su memoria, y estar en un lugar santificado por las mas venerables reliquias? Un soldado de Cristo, un amante fiel y verdadero, en nada debia pensar sino en sus obligaciones para con Dios y para con su dama.

Apenas habia terminado la hora que el caballero escocés habia pasado entregado á estas reflexiones, resonó en torno de la bóveda de la capilla un agudo silbido, semejante al que usa el halconero para llamar á su ave; sonido en verdad nada correspondiente á aquel lugar, y que recordó al caballero cuán necesaria era la precaucion en escena tan nueva y desconocida. Levantóse de pronto y echó mano al arma que consigo llevaba. Al silbido sucedió otro rumor no menos extraordinario, que era como el rechinar de tornillos y garruchas, y de pronto se notó una luz que salió de debajo del pavimento; lo que denotaba tener este un portalon ó escotilla, que se abria á la sazón. No tardó en presentarse por aquella abertura, un brazo largo y descarnado, desnudo en parte, y en parte cubierto de una tela color escarlata; llevar en la mano la lámpara que habia dado aquella luz, levantándola has-

la toda la altura que el brazo podía alcanzar; y tras el brazo se vió subir poco á poco, hasta el suelo del templo, el cuerpo á que pertenecía. La estatura y el rostro de esta inesperada persona eran de un feísimo enano. Adornaba su enorme cabeza una gorra estrañamente engalanada con tres plumas de pavon. Era el traje de brillante escarlata, cuya riqueza daba mayor realce á la deformidad de la persona, y completaban su fantástico atavío brazaletes de oro y una daga, con puño del mismo metal, que pendia de un cinturon de seda blanca. Este singular personaje llevaba en la mano derecha una especie de escoba, y apenas saltó de la abertura por donde habia salido, se quedó parado, como para dejarse ver mas distintamente, moviendo entretanto la luz al rededor de sus irregulares facciones, y sus desproporcionados, aunque fornidos miembros. Aunque monstruoso en toda su persona, el enano parecia estar dotado de vigor y agilidad. Sir Kenneth contemplaba atónito este desagradable objeto, y le ocurrió la creencia vulgar de los vestiglos, ó espíritus terrenos, habitantes de las cavernas de la tierra: por lo que, hallando tanta semejanza entre la figura que entonces estaba viendo, y las ideas que dominaban en la opinion vulgar acerca de aquellos seres ideales, miró al enano, no solo con disgusto y con miedo, mas tambien con aquel pavor que la presencia de una criatura sobrenatural debe infundir en los corazones mas intrépidos y arrojados.

El enano silbó segunda vez, llamando de su misma habitacion subterránea á otra figura que no le cedia en fealdad. Esta segunda aparicion subió del mismo modo que la primera; descubriendo un brazo de mujer, que sacaba otra lámpara de las tinieblas inferiores, y una figura femenina, que saltó al pavimento de la capilla, y que tenia mucha semejanza con su compañero en estatura y proporciones. Su ropaje era tambien de

escarlata, estravagante en su corte y adornos, como los que usan en sus danzas los saltarines y comediantes; y con la misma pausa y menudencia que habia empleado su predecesor, pasó la lámpara por sus facciones y persona. Mas á pesar de este aspecto desagradable, notábase en ambos rostros un indicio seguro de estraordinaria agudeza y penetracion; á saber, unos ojos brillantísimos, cubiertos de largas y negras pestañas, que formaban un raro contraste con lo horrible de la persona.

Sir Kenneth permanecia inmóvil, mientras aquella monstruosa pareja daba la vuelta, sin separarse, á la capilla, ocupándose en barrerla y asearla; mas como solo se servian de una mano, tardaron largo rato en aquella operacion, la que desempeñaron con ridículos jestos y contorsiones, propios y correspondientes á su estraño y desacordado aspecto. Cuando llegaron cerca del caballero, continuando su tarea, la suspendieron de pronto y al mismo tiempo, y se colocaron enfrente de él, uno al lado de otro, moviendo, como antes lo habian hecho, las luces que llevaban, con intencion sin duda de que aquel desconocido observase mas menudamente sus facciones, que no por estar mas próximas parecian menos feas, y notase la estraordinaria prontitud con que sus ojos se movian, reflejando en todo su esplendor el brillo de las lámparas. Hecho lo cual, dirijieron ambas luces hácia el caballero, y habiéndolo menudamente examinado, se miraron uno á otro, y rompieron en estrepitosas carcajadas. Este sonido era tan nuevo para sir Kenneth, que al oirlo, retrocedió algunos pasos, y les preguntó con voz pronta y alterada quiénes eran los que profanaban aquel santo sitio con tan indecentes visajes y exclamaciones.

— Yo soy el enano Nectabano, » dijo el mal configurado varon, en voz correspondiente á su talante, y mas parecida al ahullido del ave

nocturna, que á ningun otro sonido de los que se oyen mientras el sol ilumina la tierra.

—Y yo soy Jinebra, su señora y su amor, dijo la hembra, con chillido mas agudo y mas áspero que el de su compañero.

—¿Y qué hacéis aquí? volvió á preguntar el caballero, dudando todavía si eran criaturas humanas las que tenía á la vista.

—Yo soy, respondió el enano, revistiéndose de gravedad y compostura, el duodécimo Iman, Mahomed Mohadi, guía y conductor de los creyentes. Cien caballos están siempre ensillados para mi acompañamiento, en la Santa Ciudad, y otros tantos en la ciudad del refugio. Yo soy el que ha de dar testimonio; esta es una de mis hourries.

—Mientes, exclamó la enana, interrumpiendo á su compañero, y esforzando su voz chillona; yo no soy ninguna de tus hourries, ni tú eres de la casta infiel de ese Mahomed de quien hablas. ¡Maldiga el cielo su ataúd. Dígame, asno de Isacat, que tú eres el rey Arturo de Bretaña, á quien las hadas arrebataron del campo de Avalon, y yo soy la dama Jinebra, que tanta nombradía tiene por su hermosura.

—Cierto es, noble señor, dijo el enano, que los dos somos unos príncipes desventurados, protegidos antes por el rey Guido de Jerusalem, y moradores de sus estados, hasta que se vió arrojado de ellos por esos perros de infieles, que el fuego de Dios consuma.

—Silencio, gritó una voz que salía de la puerta por donde el caballero había entrado: fuera de aquí, menguados, nada mas tenéis que hacer en este sitio.»

Apenas oyeron este mandato los enanos, se hablaron uno á otro en discordes murmullos, apagaron al mismo tiempo las dos luces, y dejaron al caballero en la misma completa os-

curidad que antes, á que sucedió un no interrumpido silencio, cuando dejaron de oírse los pasos que daban al retirarse á su mansion subterránea.

El caballero se sintió aliviado de un gran peso, viéndose libre de la compañía de dos seres que solo inspiraban horror. Por su lenguaje, modales y apariencia, no dudó que pertenecían á aquella clase degradada de personas destinadas, por su deformidad exterior y por la limitación de sus alcances, á vivir como objetos de curiosidad en las casas de los grandes señores, donde servían de burla y diversion á los criados de la familia. No era el caballero escocés superior bajo ningún aspecto á las ideas y costumbres del tiempo en que vivía; y en otras ocasiones, se había divertido, como era entonces común, con las chocarrerías y bufonadas de estos remedos de la humanidad; mas en la ocasión presente, su aparición, su jesticulación y su lenguaje, rompió el hilo de las serias y graves meditaciones en que se hallaba sumergido: por lo que le fué de mucha satisfacción su ausencia.

Pocos minutos después que se hubieron retirado, abrióse lentamente la puerta por la que había entrado sir Kenneth, y quedando descubierta el tránsito que en ella terminaba, distinguió el pálido resplandor de una linterna que estaba colocada en el suelo. A su dudoso y vacilante reflejo, pudo percibir un objeto sombrío, reclinado fuera de la puerta; al cual se acercó cautelosamente, y reconoció al anacoreta, postrado en la misma actitud en que lo había visto antes, y en que probablemente se había mantenido durante todo el tiempo que su huésped había pasado en la capilla.

—Todo está concluido, dijo el ermitaño, conociendo por el ruido de los pasos que se le acercaba sir Kenneth. Tiempo es de que se retiren de este sitio el mas miserable de los pecadores, y el que por mas feliz

y honrado debe tenerse que los mas altos magnates y reyes de la tierra. Toma la luz, y guíame por la bajada, puesto que no me es dado descubrir los ojos hasta hallarme lejos de este lugar venerable.»

Obedeció sin osar desplegar los labios el caballero escocés, en quien la admiracion de todo lo que habia visto, imponia silencio á los impulsos de la curiosidad. Echó á andar, guiando á Teodorico, con notable acierto, por los intrincados rodeos y escaleras por donde habia venido, hasta llegar á la celda exterior de la caverna del ermitaño.

—El reo se ha restituido á su calabozo; de un dia á otro se difiere su suplicio, hasta que venga el juez terrible que ha de señalar la ejecucion de la bien merecida sentencia.»

Esto dijo el ermitaño, despojándose del velo que lo cubria, al que estuvo despues contemplando algun rato, y lanzando profundos suspiros. Volviólo á guardar en el sitio de donde el Escocés lo habia sacado; y dirigiéndose á este, le dijo en tono apesadumbrado: —Retírate: duerme; anda á descansar. Tú puedes dormir: yo no, que ni puedo ni debo.»

El caballero se retiró á la celda interior, respetando la agitacion de su huésped; mas despues, volviendo el rostro atrás, vió al anacoreta desnudarse precipitadamente de su rústico traje, y antes que pudiera cerrar la endeble puerta que separaba las dos divisiones de la caverna, oyó el chasquido del azote en las espaldas de la víctima, y los sollozos que del penitente arrancaba aquel sangriento y horrorizó por cierto, reflexionando cuánta debia ser la gravedad del delito, y cuán amargo el remordimiento que tan dura mortificacion no bastaba á satisfacer ni calmar. Rezó devotamente sus acostumbradas oraciones, y despues de haber echado una ojeada al Moro, que continuaba durmien-

do, se reclinó en el duro techo, donde el causancio que las variadas escenas del dia y de la noche debia producir, le proporcionó muy en breve un sueño tan tranquilo como el de la infancia. Al despertar por la mañana, tuvo con el ermitaño ciertas pláticas sobre asuntos de importancia, de cuyas resultas se vió obligado á detenerse dos dias en la caverna; y en ellos, aunque cumplió escrupulosamente con las piadosas obligaciones de peregrino, no le fué dado entrar de nuevo en la capilla en que tan extraordinarios sucesos habia presenciado.

CAPITULO VI.

MUOVEMOS ahora de escena con nuestro lector, y pasemos á la soledad montañosa del Jordan, al campo del rey Ricardo de Inglaterra, asentado entonces entre Ascalon y san Juan de Acre, y en que se hallaba el ejército que aquel monarca, mas conocido por su sobrenombre de Corazon de Leon, habia prometido conducir en triunfo á los muros de Jersalen. Y es de creer que hubiera realizado su promesa, si no se lo hubieran estorbado las envidias de los príncipes cristianos que habian tomado parte en la misma expedicion, y el enojo que en ellos producian la indómita altanería del monarca inglés, y el desprecio con que miraba á los otros soberanos; los cuales eran iguales suyos en jerarquía, mas no así en valor, en arrojo, y en las demás prendas que constituyen al gran capitán. Estas discordias y reyertas, y especialmente las que se suscitaron entre Ricardo y Felipe de Francia, alzaron poderosos obstáculos á las activas medidas propuestas por aquel heroico aunque impetuoso caudillo, de cuyas resultas se disminuian diariamente las filas de los Cruzados, y desertaban de ellas, no solo individuos, sino tercios enteros, con sus jefes feudales á la cabeza; los cuales

se apresuraban á abandonar la empresa de que no esperaban éxito favorable.

Fué además funesto, como sucede por lo comun, el influjo del clima á los soldados del norte, á todo lo cual se agregaba la vida disoluta y viciosa de los Cruzados, que ofreciendo un singular contraste con el objeto que les habia puesto las armas en la mano, facilitaba y aumentaba los estragos del escesivo calor y de los maléficos rocíos. Ni debe omitirse, entre las causas del desaliento jeneral, el respeto que infundian las armas contrarias. Saladino, el mas illustre de cuantos príncipes se recuerdan en la historia de Oriente, habia conocido, á costa suya, que sus soldados, armados tan á la lijera, no eran parte á resistir el choque de aquellos hombres de hierro, así como le habia proporcionado grandes escarmientos el carácter emprendedor de su antagonista Ricardo. Pero si sus ejércitos habian sido mas de una vez arrollados, y sufrido terribles descalabros, el número le daba grandes ventajas en las correrías y escaramuzas, que no siempre podian evitar los Cristianos. A medida que disminuian las tropas de los invasores, mas continuas eran las empresas de Saladino en este modo de guerrear. Circundaban y asediaban los reales de las huestes europeas, nubes de prestisimos y bien armados jinetes, que, como enjambre de abejas, eran fácilmente destruidos, si se lograba darles alcance, pero que tenian alas para eludir las fuerzas superiores, y sangrientos aguijones para herir y atormentar. Continuamente se encontraban los puestos avanzados y las partidas de forraje; interceptábanse los convoyes; cortábanse las comunicaciones; y en estos ataques se perdian muchas vidas preciosas, sin ganar ventaja alguna importante. A costa de su propia vida compraban los Cruzados los medios de sostener-

la; y el agua era como la del pozo de Bethlehem, tan suspirada por David, la cual solo podia conseguirse derramando sangre.

Aligeraba en gran manera el peso de estos males la inapeable fortaleza, y la incansable actividad del rey Ricardo, el cual, acompañado de sus mejores guerreros, estaba siempre á caballo, pronto á reparar el daño donde quiera que ocurría, y muchas veces, no solo llevando inesperados socorros á los Cristianos, sino derrotando á los infieles cuando mas seguramente contaban con la victoria. Mas ni aun la férrea complexion de Corazon de Leon podia sobrellevar, sin experimentar fatales resultados, las alternativas de un clima tan insalubre y mortífero, unidas á los incesantes esfuerzos del cuerpo y del espíritu. Sobrevinole una de aquellas fiebres lentas y destructoras, que son tan comunes en Asia, y á despecho de su indómita constancia, y de su aun mas indómito brio, no solo le fué imposible montar á caballo, sino que ni aun pudo asistir á los consejos de guerra, que de cuando en cuando celebraban los Cruzados. No era fácil conocer si exasperaba ó mitigaba el padecer de Ricardo la resolucion que habia tomado el consejo, de pactar una tregua de treinta dias con el soldan Saladino, porque, por un lado, le llenaba de despecho y de impaciencia la dilacion que esta medida ocasionaba á los progresos de su expedicion y á la ejecucion de sus planes; y por otro, le consolaba algun tanto la seguridad de que los otros guerreros no podian conseguir gloriosos laureles, en tanto que él se hallaba ocioso y postrado en el lecho.

Mas lo que de ningun modo podia sobrellevar ni contemplar sin enojo el Corazon de Leon, era la inactividad jeneral que prevalecia en el campo de los Cristianos, desde que su enfermedad empezó á presentar síntomas graves. Lo poco que podia averiguar

por los informes que le daban con rodeos y medias palabras sus asistentes, le hacia conocer que sus huestes sebatian y desalentaban á medida que subia de punto su dolencia, y que los caudillos del ejército de la Cruz empleaban el intervalo de la tregua, no ya en reclutar nuevas fuerzas, en reanimar su valor, en estimular y aguijonear sus deseos de conquista, preparando un pronto y determinado ataque á la Santa Ciudad, que era el objeto de su expedicion, sino en asegurar y defender el campo que sus reducidas tropas ocupaban, guareciéndolo de trincheras, empalizadas y otras fortificaciones, como si se preparasen á rechazar el choque de un poderoso enemigo, tan pronto como las hostilidades comenzasen, mas bien que á ponerse en la actitud que les correspondia de invasores y de vencedores.

Enfurecíase y bramaba el rey de Inglaterra, cuando estas noticias llegaban á sus oídos, á manera de apisionado león que está viendo su presa al través de las rejas de su jaula. La irritabilidad de su carácter, la impetuosidad de su índole, estallaban á veces, á pesar del abatimiento de sus fuerzas físicas. Habíanle cobrado miedo sus familiares y servidores, y hasta los médicos que le asistían se negaban á revestirse de la autoridad que necesariamente deben ejercer en sus pacientes los que practican aquella profesion. Quién únicamente osaba arrostrar los desahogos de su cólera, era uno de sus barones, que lo miraba con el mas tierno cariño y aficion, y que quizás, á efecto de su disposicion que conjeniaaba con la del rey, se oponia con serenidad y firmeza á su voluntariedad y destemple, atreviéndose á estas peligrosas disputas, tan solo porque estimaba la vida y el honor de su soberano, mucho mas que el favor de que este podía privarle, y mucho mas que los inconvenientes á que se esponia, contrarestando

los caprichos de un enfermo tan intratable, y cuyo enojo era tan terrible.

Sir Tomás era señor de Gilsland, en el condado de Cumberlandia: pero como en aquellos tiempos incultos y alborotados, no se observaba en los títulos y dictados, la misma puntualidad que en el día, los Normandos le llamaban el Lord de Vaux, y los Sajones, que se envaneían de la sangre que circulaba en las vepas de aquel personaje, le daban el dictado familiar de Tomás, ó Tom del Angosto Valle, con alusion al nombre de uno de los vastos y ricos estados que poseía.

Este caudillo habia peleado en casi todas las guerras que habia sostenido su país, ora con los Escoceses, ora con los diferentes partidos y facciones que tantas veces habian alterado su reposo, y sembrado el territorio inglés de desventuras y miserias, distinguiéndose en todas ocasiones por el acierto de sus medidas y por las hazañas de su valor. Sus modales eran los de un soldado toscó y desaliñado: violento en sus salidas; negligente en su porte; taciturno, y aun con visos de grosero en la conversacion; ajeno de todo artificio cortesano, y de toda urbana y suave condescendencia. Sin embargo, los que le estudiaban de cerca, y creían haber descifrado su carácter, eran de opinion que aspiraba á grandes cosas, mientras menos cuidadoso parecia de la opinion ajena: que su conducta era un sistema de astucia y de artificio, y que la semejanza que se notaba entre su índole precipitada y temeraria, y la de Ricardo, no era mas que un medio para atraerse el afecto y la confianza de este monarca, y allanar el camino á sus osados y ambiciosos pensamientos. Mas á apesar de todo, ninguno de los otros cortesanos pretendia rivalizar con él, en la peligrosa tarea de asistir á un enfermo, cuyo mal era, segun los médicos, conta-

jioso, y especialmente siendo este enfermo Ricardo de Inglaterra, aquejado por la furiosa impaciencia de un soldado, privado de las ocasiones de adquirir mayor gloria, y por el ceñido descontento de un rey despojado de su autoridad. Los soldados del ejército inglés creían generalmente que De Vaux asistía al rey como á un amigo y compañero, con aquella honesta y desinteresada franqueza común entre soldados que arrostran juntos los peligros de la campaña.

Al declinar de uno de aquellos ardorosos días que inflaman el cielo de Asia, reposaba Corazon de Leon en su lecho, no menos abrumado por las penas de su espíritu, que por la dolencia que lo habia postrado. La fiebre y la impaciencia aumentaban la viveza de sus grandes ojos azules, de suyo brillantes, espresivos y fogosos, los cuales relucian entre las mechas desordenadas de sus rubios cabellos, como los últimos rayos del sol, al través de las nubes borrascosas que sus reflejos doran y matizan. Notábanse en sus facciones varoniles los progresos del mal destructor; su barba, desaliñada y esparcida, cubria confusamente sus labios y mejillas. Su agitación continua, el desorden de su lecho, cuyas sábanas y colchas cubrían ora toda su persona, ora bajaban arrolladas al suelo, denotaban la inquietud, el despecho de una índole desasegada, cuyos naturales elementos son el esfuerzo, el trabajo y la actividad.

Contrastaba con la actividad del mal hallado monarca, la de Tomás de Vaux, que pocas veces se alejaba de su cabecera. Era gigantesca su estatura, y sus espesos cabellos podían compararse á los de Sanson, cuando los de este jefe israelita hubieron pasado por las tijeras de los Filisteos; porque el caballero inglés los llevaba cortos, á fin de que pudiese cubrirlos el yelmo. Fijos y tranquilos estaban sus grandes y fieros ojos, escepto

cuando los atraía Ricardo con alguna violenta señal de enfado y mal humor. Sus facciones, aunque gruesas y fornidas, como correspondía á su persona, habian sido gallardas antes que las desfigurasen sendas heridas; cubriale el labio superior, á uso de los guerreros normandos, un espeso y largo bigote, que se unía y terminaba en el cabello, y que, como este, dejaba ver algunas canas entre sus oscuros y rizados tufos. Era enjuto de cintura, ancho de pecho; de largos y nervudos miembros, denotando en toda su contestura la mayor aptitud á sobrellevar las molestias del trabajo, y las mudanzas y rigores de los mas opuestos climas. Tres noches hacia que no se despojaba de su ropilla de ante, en que llevaba bordada la insignia de la Cruz, y solo de cuando en cuando reclinaba la cabeza, y dormitaba algunos momentos, no permitiéndole otro reposo el esmero con que atendía al enfermo. Ni mudaba de postura, sino para administrar al rey alguna medicina ó refresco, por ser el único de sus servidores de cuyas manos podía reducirse á tomarlos, manifestando en estas ocasiones una afectuosa vijilancia, un tierno y delicado interés, que parecían sentimientos estraños en un militar tan inculto y grosero.

El pabellon en que estos dos personajes se hallaban, era una simple tienda de campaña, sin mas adornos que los que estaban entonces en uso, y aparejada mas bien para un guerrero que para un monarca poderoso. Veíanse esparcidas por el suelo de la tienda, y colgadas de los pilares que la sostenian, diversas armas ofensivas y defensivas, algunas de ellas de nueva invencion, y de estrañas formas y tamaños. Las colgaduras y alfombras se componian de pieles de fieras, muertas en las cacerías, en que Ricardo pasaba el tiempo que la guerra le dejaba libre; y sobre un monton de estos selváticos despojos,

yacian tres enormes y fieros alanos, mas blancos que la nieve, señalados en sendas partes por las garras de sus enemigos, y ansiosamente atentos al lecho de su dueño, como si los apesadumbrase aquel reposo de que estaban condenados á participar. Todo este aparato anunciaba la mansion del soldado y del cazador; mas en una pequeña mesa inmediata á la cama, estaba colocado el broquel de acero, de forma triangular, cubierto de molduras, con los tres leones, que el monarca habia tomado al principio por divisa; y delante del broquel, la diadema real, algo semejante á la que usaban los duques, salvo que era mucho mas elevada por la parte de la frente, la cual, con el cojin de terciopelo que la sostenia y la tiara bordada que la forraba en la parte interior, formaba el emblema de la soberanía de Inglaterra. Junto á estas insignias, y como en señal de defensa del simbolo real, se veía la ponderosa maza de armas, que solo un brazo como el de Corazon de Leon podia sostener y manejar.

En otra division de la misma tienda, estaban de guardia dos empleados de la servidumbre del rey, desalentados, ansiosos é inquietos por la salud de su dueño, y no menos temerosos de sus propios peligros, si llegaba á faltaries su apoyo. Las mismas tristes aprensiones reinaban en los guardias exteriores, los cuales se paseaban taciturnos y pensativos, ó se sostenian inmóviles en las alabardas, mas bien como trofeos armados, que como guerreros dotados de vida y movimiento.

—¿Y no tienes mejores noticias que traerme de afuera? preguntó el rey á De Vaux, despues de un largo y ajitado silencio, y de la afanosa inquietud que producía la fiebre, y que hemos procurado describir. Nuestros guerreros se han tornado mujeres, y nuestras damas se han tornado monjas, y ni una sola centella de

valor ni de galantería anima el campamento que encierra la flor de la Caballería europea.

—La tregua, señor, respondió sir Tomás, con la misma paciencia con que cien veces antes habia dado la misma explicacion, en respuesta á la misma pregunta, la tregua nos ata las manos, y nos impide llevar las huestes al campo de batalla; y en cuanto á las damas, poco se me alcanza de lo que las atañe, porque ya sabe Vuestra Majestad que rara vez trueco el acero y la gamuza por el terciopelo y el oro; pero, segun tengo entendido, las principales damas de la corte acompañan á la reina y á la princesa, en su romería al santuario de Engaddi, segun el voto que ambas hicieron por el recobro de la salud de Vuestra Majestad.

—¡Y es posible, repuso el monarca, lleno de enojo y desagrado, que las matronas reales y las nobles doncellas de la corte de Inglaterra se espongan á caer en manos de esos perros que ocupan las cercanías, tan infieles á Dios, como desleales y pérfidos para con los hombres!

—No haya miedo, respondió De Vaux; la palabra del soldan Saladino les basta para seguridad de sus personas.

—Razon tienes, dijo Ricardo, y confieso que he hecho injusticia al pagano. Débole reparacion por tanta ofensa. Pluguiere al cielo que me viera yo en aptitud de dársela con mi brazo, y cuerpo á cuerpo, en presencia de los dos ejércitos, cristiano y musulman.»

Y diciendo estas palabras, sacó del lecho el brazo desnudo hasta el hombro, é incorporándose penosamente, ajitó el puño cerrado, como si manejase el acero, ú la maza de armas, y con ella amenazase al espléndido turbante de Saladino. Fué necesario que De Vaux, con suave violencia, que de otro ninguno hubiera sufrido el monarca, le ayudase

á colocarse de nuevo en el lecho, y á cubrirse el hombro y el brazo, con el esmero y afán de una madre afectuosa para con su hijo querido.

—Mal haces el oficio de enfermero, aunque no te falta la buena voluntad, dijo Ricardo lanzando una amarga sonrisa, y sometiéndose mal de su grado á la violencia que no podía resistir. La cofia sentaría tan bien en tus ásperas facciones, como en las mías la chichonera de un niño de pecho: buen par de fantasmas para espantar muchachos.

—Hartos hombres hechos hemos espantado, respondió sir Tomás, sin contar los que hemos de espantar todavía. ¿Qué monta una calentura? Lo mejor que puede hacerse es sufrirla con paciencia para desembarazarse mas pronto de ella.

—¿Calentura! exclamó Corazon de Leon; basta que la calentura me haya postrado á mí solo; mas ¿sufrenla acaso tambien todos los otros caudillos del ejército de los Cruzados? ¿Están acaso dolientes Felipe de Francia, el panzudo de Austria, el de Monserrate, los Hospitaleros y los Templarios? ¿Qué es de todos ellos? Dígame, sir Tomás, que es una fria parálisis, un letargo de muerte, una dolencia que los priva de palabra y accion, un cáncer que roe el corazon de todos los nobles, de todos los caballeros, de todos los virtuosos; y no ya merecen estos dictados, sino los de falsos é infieles al voto mas heroico que pronunciaron jamás labios de hombre; indiferentes á su fama, y olvidadizos de su Dios.

—Por el que está en los cielos, dijo sir Tomás, que no tomeis tan á pechos lo que pasa. Pueden oiros de afuera, y ya semejantes pláticas andan entre los soldados, sembrando discordia y descontento en las huestes cristianas. Vuestra enfermedad les priva de alma y de vigor, y mas fácil será manejar un potro de Arabia sin brida, que llevar el ejército á

la victoria, sino lo guía Ricardo de Inglaterra.

—Me adulas, dijo Ricardo, el cual, como todos los otros hombres, era sensible á la voz de la alabanza; y algo mas suavizado, se reclinó en la almohada, con mayor docilidad que la que hasta entonces habia manifestado. Pero Tomás de Vaux no era palaciego; lo que habia dicho le salia espontaneamente del corazon, y no sabia proseguir hablando del mismo asunto, para prolongar la serenidad que habia despertado en el ánimo del rey. Mantíovose callado, hasta que este, saliendo de su distraccion, le llamó de pronto, y le dijo: Figúrase me que has usado de blandas palabras, solo para adormecerme: pero ¿quién habrá que mire con paciencia á una liga de monarcas, á una bandada de nobles, á una congregacion de toda la caballería de Europa, detenidas y como amilanadas por la enfermedad de un hombre solo, aunque este acierte á ser el rey de Inglaterra? ¿Basta la calentura de Ricardo, basta su muerte á detener la marcha de treinta mil soldados que no le ceden en valor? No porque caiga herido el ciervo que dirige la manada, se dispersan y huyen los otros; la bandada de grullas no se separa porque el halcon arrebató á la que hace punta. ¿Qué razon hay para que no se junten los caudillos y nombren al que ha de llevar la voz de mando?

—Ya se habla de eso en el ejército, respondió sir Tomás, y ya andan rumores de que los jefes van á reunirse con este propósito.

—¿Ah! exclamó Ricardo, cuyos celos se despertaron al oir esta noticia, exasperando mas y mas la irritacion que le aquejaba. ¿Cuéntanme en nada mis aliados, antes de tomar el viático? ¿Créenme muerto? Pero no: razon tienen. ¿Y quién será el que mande las tropas?

— Por su dignidad y jerarquía, respondió De Vaux, tócale este pues-

to al rey de Francia.

—Que me place, dijo Ricardo: Felipe de Francia y de Navarra, Dionisio Montjoie, su Majestad Cristianísima: palabras son estas que llenan la boca. Solo temo que se equivoque al mandar un ataque, y que en lugar de decir *En avant*, diga *En arrière*, y os lleve á todos á Paris, en vez de marchar á Jerusalem. Es hombre de sana y jenerosa política, y mas ventajas halla en oprimir á sus feudatarios, y saquear á sus aliados y vecinos, que en pelear contra Turcos por el sepulcro de Cristo.

— Pueden nombrar al archiduque de Austria, dijo sir Tomás.

— Y tendrán, contestó Ricardo, un jefe barrigudo, tan duro de cabeza como tú mismo: aunque no con tu serenidad en los peligros, ni tu paciencia en los trabajos. Dígame que Austria es una masa apelmazada de carne, sin mas estímulo que el que puede dar la picadura de una abeja, y sin mas valor que el de una gallina. ¡Qué campeón para ponerse á la cabeza de los caballeros y conducirlos por el camino de la gloria! Mas le conviene un jarro de vino del Rin, para beberlo en compañía de sus fleamáticos lanceros.

— Ahí está el Gran Maestre de los Templarios, continuó el baron, deseoso de distraer la atencion de su amo de los males que padecía, aunque á espensas de la reputacion de los príncipes y potentados. Ahí está el Gran Maestre de los Templarios, intrépido, astuto, bravo en el campo, sabio en el consejo, sin reinos ni dominios que lo alejen y distraigan de la conquista de la Tierra Santa.

* — Fuera de ver, dijo Ricardo: y cierto es que el hermano Gil Amaury entiende el órden de batalla, y sabe pelear de frente al principio de una accion. Pero ¿será justo tomar la Tierra Santa de manos del soldan Saladino, en quien no faltan virtudes con las que podría honrarse mas de

un Cristiano, y dársela sin mas ni mas á un Gil Amaury, á un pagano mas pagano que Saladino, á un idólatra, sectario del demonio, á un nigromante, que practica las artes negras y diabólicas en las bóvedas y secretos escondrijos de las tinieblas y la abominacion?

— El Gran Maestre de los Hospitaleros de San Juan de Jerusalem, dijo sir Tomás, no tiene un borron en su fama, y no se le echará en cara el crimen de magia ni de herejía.

— No por cierto, respondió el rey, pero es un alma sórdida y mezquina, capaz de todo, si se le ofrece un puñado de oro. Sospechas ha habido..... ¿qué digo sospechas? pruebas innegables de haber el tal Maestre vendido á los infieles ventajas que nunca hubieran podido ganar por sus puños. Valiera mas poner el ejército en manos de un corredor veneciano, ó de un buhonero lombardo, que confiarlo al Gran Maestre de San Juan.

— Pues entonces, dijo De Vaux, yo nombraré á otro, y veremos lo que Vuestra Majestad opina. ¿Qué os parece del marqués de Monserrate, tan avisado, tan galan, tan cumplido hombre de armas?

— ¡Avisado! exclamó el rey; sutil y artificioso, podrás decir, y tendrás razon; galan y cumplido en el tocador de una dama. Conrado de Monserrate es un pisaverde, y nada mas; un político versátil que tan á menudo cambia de propósito, como de galas y arreos. ¡Hombre de armas! Sí: no hay duda, bien se presenta á caballo en el palenque y en las barreras, cuando están ociosos los aceros, y las lanzas llevan bolas de madera, en lugar de picas de acero. ¿No estabas tú conmigo cuando le dije en cierta ocasion: aquí somos tres buenos caballeros cristianos, y allí abajo se descubre una partida de sesenta sarracenos? Tócanos á veinte por barba. ¿Vamos á ellos?

— Acuérdome del lance y del

marqués, dijo sir Tomás, y de cuando respondió que sus miembros eran de carne y hueso, que no de cal y canto, y que mas le acomodaba tener corazón de hombre que de bestia, aunque esta fuera un leon. Pero ya veo que hemos de venir á parar, por donde empezamos, y que no hay esperanza de recobrar el Santo Sepulcro, hasta que recobre la salud el rey Ricardo.»

Al oir esta grave observacion, Ricardo soltó la primera carcajada de risa que se le habia oido durante el curso de su enfermedad.—¡ Lo que es la conciencia! dijo; aunque le sirva de órgano una cabeza tan desatinada como la tuya, es parte á que confiese su locura todo un rey de Inglaterra. Lo cierto es que si no se tratara de ocupar mi puesto, y de llevar á cabo la gloriosa empresa á que he consagrado mi vida, no se me daría un bledo de todos esos afeitados mozalbetes que me has ido nombrando. Pero debo confesarte mi flaqueza y mi ambicion. Caballeros hay en los reales del ejército de la Cruzada, mas cumplidos, sin duda, que Ricardo de Inglaterra, y seria prudente y oportuno señalar al mas digno de ellos, para que pudiese capitanear las huestes de Cristo; pero... » y al pronunciar estas palabras, se incorporó enérgicamente centelleándole los ojos como solia hacerlo antes de entrar en accion: —si hubiera un caballero, osado lo bastante para plantar la bandera de la Cruz en el templo de Jerusalem, hallándome yo como me hallo en el dia, privado de tomar parte en tan heroica empresa, tan pronto como me fuera dado poner la lanza en ristre, tendria que acudir á mi reto, y lidiar conmigo en combate de muerte, por haber menoscabado mi fama, y adelantado el cumplimiento del término y fin á todos mis deseos.... ¿ Mas qué trompetas son estas que se oyen á lo lejos?

—Las del rey Felipe, segun creo, dijo el baron.

—No es muy fino tu oido, dijo el rey, alzándose con precipitacion. ¿ No oyes el alboroto de todo el campamento? Los Turcos son, por vida mia. »

Quiso arrojarle del lecho, y De Vaux tuvo que emplear toda su fuerza para impedirselo, llamando á los gentiles hombres que estaban en la pieza inmediata, á fin de que le ayudasen á sujetar al rey.

—Eres un falso traidor, le dijo este, viéndose obligado á ceder á la fuerza: quisiera tener bastante vigor para manejar mi maza, y aplastarte los sesos con ella.

—Tuviérades, dijo el baron, todo el vigor que la enfermedad os ha quitado, y mas que la emplearais en contra mia, que la Cristiandad perderia poco con mi muerte, y harto ganaria con vuestro restablecimiento.

—Eres un honrado y fiel servidor, dijo el rey presentándole la mano, que De Vaux besó con profundo respeto. Perdona mi impaciencia, y no creas que es tu buen amo quien se enoja, sino la fiebre que lo molesta: pero anda, por Dios, y tráeme noticias de esos extranjeros que han entrado en mis reales, porque los alaridos que estoy oyendo no son de Cristianos. »

De Vaux salió de la tienda, para desempeñar el encargo que el rey le habia confiado, dando á los pajes y gentiles hombres el de atender cuidadosamente á su soberano, y amenazándolos con la mayor severidad, si faltaban á sus instrucciones, lo que bastaba para que le obedeciesen con puntualidad, porque despues de los repentines é iracundos ímpetus de Ricardo, nada temian tanto como la inexorable severidad del señor de Giltland.

CAPITULO VII.

HABIANSE unido á los ejércitos de Cristo, numerosas huestes de guerreros escoceses, los cuales se habian puesto á las órdenes del rey de Inglaterra, considerándose como sus vasallos naturales, no porque lo fuesen en realidad, sino porque descendian de familias sajonas y normandas, hablaban el mismo idioma, y algunos de ellos poseian estados en Inglaterra, y estaban unidos con familias de esta nacion por los vínculos de la sangre. No habian llegado todavía los tiempos malhadados en que la implacable ambicion de Eduardo I envenenó las hostilidades de ambas naciones, haciendo que los Ingleses peleasen por subyugar á Escocia, y que los Escoceses, ostentando la firme determinacion y tenacidad que constituyen la base de su carácter, defendiesen su independencia, por los medios mas violentos, con las mas incómodas desventajas, y esponiéndose denodadamente á los mayores peligros. Eran frecuentes, sin embargo, y sostenidas las guerras entre Escocia é Inglaterra: pero dominaba en ellas aquel carácter de jenerosidad que relaja de cuando en cuando el odio de los enemigos, y les da ocasiones de manifestarse recíprocamente cortes y benévolos. En tiempo de paz, y cuando ambos pueblos peleaban por la misma causa, como sucedia en la época de que vamos hablando, los Escoceses y los Ingleses peleaban en las mismas filas, sobre todo cuando el mismo estímulo religioso los animaba, y la emulacion nacional servia tan solo para escitarlos á distinguirse y sobresalir en sus esfuerzos contra el enemigo comun.

Contribuyó en gran manera á conciliar el espíritu de las dos naciones rivales el carácter franco y marcial de Ricardo de Inglaterra, que no hacia distincion alguna entre sus vasallos y los de Alejandro de Escocia,

salvo las que eran debidas al que se señalaba por sus proezas en el campo de batalla. Pero durante su enfermedad, y de resultas de la penosa situacion á que estaba reducido el campo de los Cristianos, empezó á estallar la rivalidad entre los diversos tercios que lo componian, cual suelen abrirse las antiguas heridas del cuerpo humano, cuando sobreviene la debilidad ó la dolencia, que amortigua todos sus resortes, y aletarga toda su robustez.

Eran igualmente orgullosos, fieros y sensibles á todo agravio y ofensa, por lijera que fuese, los soldados de Escocia y los de Inglaterra: los primeros en mas alto grado, por pertenecer á la nacion mas pobre y mas débil: de todo lo cual resultó que sus disensiones internas tomasen un carácter mas agrio y mas violento, á medida que se aproximaba el término señalado á la tregua, estorbando esta discordia que se uniesen sus fuerzas comunes contra los Sarracenos. Los Escoceses no querian reconocer superiores; los Ingleses no consentian en tener iguales. Reinaban continuas querellas y disensiones en el campamento, y tanto los soldados, como sus jefes y caudillos, que habian sido buenos y cordiales compañeros en tiempo de victoria, se miraban de reojo en la adversidad, justamente cuando era mas necesaria la buena armonía, no solo para el éxito de la causa que unos y otros habian abrazado, sino para preservarse de los riesgos que unos y otros corrían. La misma desunion habia empezado á manifestarse por desgracia entre Ingleses y Franceses, entre Tudescos é Italianos, entre Dinamarqueses y Suecos; mas esto no es de nuestro propósito; solo atañe á esta relacion la enemiga que reinaba entre los dos pueblos que habitaban la misma isla, y que quizás por esta misma vecindad era mas agria que la que dividia las otras naciones que habian tomado parte en aquella

conquista.

De todos los caballeros ingleses que habian seguido á Ricardo en su expedicion á Palestina, sir Tomás era el que mas se distinguia por su odio á los Escoceses. Sus estados lindaban con las fronteras de Escocia, por cuya razon habia estado toda su vida empleado en hostilidades privadas y públicas contra sus vecinos, haciéndoles todo cuanto daño estaba á su alcance, y recibiendo de ellos todo cuanto podian hacerle. Amaba á su rey con aquel afecto receloso del can fiel á su dueño, que le hace intratable para todos los que le son indiferentes, y peligroso y terrible para los que le parecen enemigos. De Vaux habia mirado siempre con disgusto y recelo las señales de confianza, de favor ó de cortesía que Ricardo dispensaba á los que habian nacido mas allá del rio que separaba ambas naciones: línea imaginaria trazada por el encono, en la anchura de los campos, dados en comun por la providencia; y aun llegó á desconfiar del buen éxito de una Cruzada en que tomaban parte los que él consideraba como no menos peligrosos y temibles que los mismos Musulmanes. Tenia aquella áspera y mal humorada franqueza que distingue el carácter inglés; no sabia disimular el mas pequeño movimiento de afecto ú de enemistad, y por lo tanto, en la urbanidad y comedimiento que los Escoceses habian aprendido de sus frecuentes aliados, los Franceses, ó que era una prenda natural de su índole orgullosa y reservada, solo veia una máscara que cubria los mas péfidos designios contra los vasallos de Ricardo, á quienes creia que solo así podrian vencer, y no con una oposicion franca, abierta y decidida.

A pesar de estas disposiciones de sir Tomás contra sus vecinos, de las cuales no se esceptuaban los que habian venido con él á pelear bajo el estandarte de la salvacion, el respeto con que miraba al rey, y la obliga-

cion que le imponian sus juramentos de caballero cruzado, le impedian romper abiertamente con los Escoceses, á quienes solo manifestaba su desagrado y repugnancia, procurando evitar, en cuanto le era posible, toda conversacion con ellos, ó manteniéndose taciturno en su presencia, cuando no podia evitarla, ó lanzándoles algunas miradas de desprecio, cuando los encontraba en las marchas y en los campamentos. Los barones y caballeros escoceses no estaban acostumbrados á llevar con paciencia semejantes sonrojos; conocian las secretas intenciones de sir Tomás, y lo consideraban como un enemigo encarnizado é irreconciliable de su nacion. Sin embargo, los que mas de cerca le observaban, sabian que si no imitaba la benigna y sufrida caridad, recomendada por la Escritura, no por esto carecia de aquella afectuosa benevolencia que se complace en aliviar y dulcificar los males ajenos. Sus cuantiosas riquezas le permitian llevar consigo una abundante provision de víveres y medicamentos, de los cuales solia enviar secretamente algunas remesas al cuartel de los Escoceses, porque era de opinion que despues del amigo, la mayor consideracion se debe al enemigo, y no hacia caso de los otros grados y relaciones intermedias, que le parecian harto indiferentes, y poco dignas de atencion y aprecio. Ha sido indispensable entrar en esta menuda explicacion, á fin de que el lector pueda entender lo que sigue.

Apenas sir Tomás de Vaux habia puesto los piés fuera de la tienda de Ricardo, cuando conoció lo que ya habia conocido el rey, algo mas acostumbrado que él á los sonidos de la música, y á los cantos de las diferentes naciones; á saber, que el rumor procedia de las dulzainas y atambores de los Sarracenos; y á la estremidad de una larga hilera de tiendas que formaban una ancha calle delante del pa-

bellon real, distinguió una muchedumbre de soldados, reunidos en torno del sitio en que la música se oía, que era el centro del campamento; y vió, no sin estrañeza, que en medio de los morriones de varias formas, que llevaban los soldados de diferentes pueblos, sobresalian blancos turbantes y largas picas, que indicaban la presencia de algunos infieles, y los prolongados cuellos de los camellos y dromedarios, que se enseñoreaban sobre la turba que se habia congregado al rededor.

Era costumbre dejar las banderas de tregua y los pliegos del enemigo en un sitio señalado, fuera de las barreras del campamento: por lo que sir Tomás, atónito y descontento al ver tan inesperado y singular espectáculo, miró por todas partes, buscando alguna persona que le explicase tamaña novedad.

La primera que vió venir por el mismo camino que él habia tomado, le pareció por su porte grave y altanero, que debia de ser escocés ó español; conociólo al acercarse, y dijo entre dientes: — Escocés es por vida mia... el del Leopardo, y no pelca mal para ser de aquella tierra. »

Deseoso de evitar su encuentro, prosiguió andando, sin hacer caso de sir Kenneth, como si dijera: « Te conozco, pero no quiero nada contigo, » cuando el Escocés frustró su intento, acercándosele con respeto y cortesía, y diciéndole: — Milord de Vaux de Gilsland, tengo que hablaros.

— ¿A mí? respondió el baron; hablad con tal que seais breve, pues voy á desempeñar un encargo de Su Majestad.

— Lo que tengo que deciros, continuó el del Leopardo, atañe mas particularmente al rey: tráigole la salud. »

El baron de Vaux miró al Escocés de los piés á la cabeza, y dijo: — No creo, señor Escocés que seais físico: tan fácilmente creeria que traeis riquezas al rey como salud. »

Sir Keaneth, aunque ofendido al oir la respuesta altiva del baron, le respondió con mesura: — La salud de Ricardo es gloria y riqueza de la Cristiandad: pero el tiempo urge, y solo deseo saber si puedo ver al rey.

— No por cierto, dijo sir Tomás, interin no espliqueis el negocio que os trae á su tienda: que la de un monarca enfermo no es hostelería de Escocia, abierta á todo el que llama.

— Milord, respondió sir Kenneth, la cruz que como vos traigo al pecho, y la importancia del negocio que aquí me conduce, me impiden responder á vuestras palabras como sé hacerlo, y como en cualquier otra ocasion lo haria. En pocas palabras, pues, lo que traigo conmigo es un médico moro, que se ofrece á curar al rey Ricardo.

— ¡Un médico moro! exclamó sir Tomás, ¿y quién responde que no trae veneno en vez de medicina?

— Su vida, respondió sir Kenneth; su cabeza que ofrece en rehenes.

— Poca cosa es la vida, dijo sir Tomás, para el malvado atrevido que sabe lo que vale la suya, y algunos de estos he visto yo, que con tanta resolucion subirian á la horca, como si fueran á bailar con el verdugo.

— Pues tened entendido, milord, dijo el del Leopardo, que Saladino, á quien nadie negará el crédito de enemigo valiente y jeneroso, envia al campamento cristiano este médico, con honroso acompañamiento y guardia, que denota el aprecio con que el Soldan mira á El Hakim, y con frutas y refrescos para el uso y alivio de Su Majestad, y mensaje propio de enemigos leales y magnánimos, por el cual le suplica que procure recobrase de la fiebre que lo aqueja, para recibir la visita que trata de hacerle, con la cimitarra desnuda en la mano, y mil jinetes en pos. Y vos, que sois del consejo privado de Su Majestad, tened á bien mandar descargar estos camellos, y dar las demás disposiciones convenientes, á fin de que ese sa-

bio físico sea recibido como se debe.

—Maravíllome de vuestras nuevas, dijo el baron, pero ¿quién responde del honor del Soldan, cuando solo necesita de un poco de mala fe para desembarazarse de su mayor enemigo?

—Yo respondo de Saladino, repuso el del Leopardo, con honor, vida y hacienda.

—Mas me maravilla aun, dijo sir Tomás, que el norte responda por el mediodía, y un Escocés por un Turco. ¿Podéis decirme, buen caballero, de qué modo os habeis injerido en este negocio?

—He ido á cumplir un voto de romería, respondió sir Kenneth, y al mismo tiempo á llevar un mensaje al ermitaño de Engaddi, y durante esta jornada....

—Podeis, dijo el baron, interrumpiéndole, confiarme vuestro mensaje, y la respuesta del santo varon.

—No puede ser, milord, espondió el Escocés.

—¿Sabeis que soy del consejo secreto del rey de Inglaterra? preguntó con altanería sir Tomás.

—¿Y sabeis, contestó el del Leopardo, que yo no soy vasallo de vuestro rey? Aunque he seguido en esta guerra las banderas de Ricardo, mi mensaje es del consejo jeneral de los reyes, príncipes y supremos caudillos del ejército de la Santa Cruz, y á ellos solos, y no á otro alguno, daré cuenta del encargo.

—¿Eso decís? respondió sir Tomás; pues tened entendido, mensajero de reyes y príncipes, ó quien quiera que seais, que ningun físico se ha de acercar al lecho del rey Ricardo sin el consentimiento del señor de Gilsland, y pobre del que se atreva á osarlo sin esta condición.»

Separóse con prontitud, al decir esto, del caballero escocés, el cual, poniéndosele enfrente con actitud grave y decidida, y no sin algunos visos de orgullo, le preguntó si el Lord de

Gilsland le tenia en concepto de noble y leal caballero.

—Todos los Escoceses, respondió sir Tomás, son de ilustre alcurnia; mas conociendo que esta irónica alusion podia ofender al del Leopardo, y viendo que se le encendieron de pronto las mejillas, mudó de tono, y continuó: — En cuanto á lo de buen caballero, pecado seria negar este título á quien como vos sabe desempeñar cumplida y valerosamente su deber.

—Bástame con eso, dijo sir Kenneth, satisfecho de esta reparacion hecha á su honor; y ahora, sir Tomás de Vaux, á fe de verdadero Escocés, cuyos privilejios disfruto como los mas altos jentilishombres de aquel reino, y por la dicha que tengo de haber sido armado caballero, y por esta santa empresa á que he venido por ganar fama y pró en esta vida, y perdon de mis pecados en la otra, y por la Sagrada Cruz que llevo al pecho, os juro y protesto que lo que mas deseo y el único objeto que aquí me trae es el recobro de la salud del rey Ricardo Corazon de Leon, y que tal es mi único propósito al recomendaros el ministerio de este físico musulman.»

Quedó sorprendido el Inglés al ver la firmeza y resolucion con que el Escocés pronunció estas palabras, y espresándose con mas cordialidad que la que hasta entonces se habia notado en sus respuestas, — decidme vos, repuso, señor caballero del Leopardo, dando por sentado, como no lo dudo, que estáis satisfecho de todo lo que habeis dicho, ¿será prudente y oportuno dejar que ese médico moro, ó lo que sea, aplique sus drogas á tan preciosa salud como lo es para toda la Cristiandad la de Ricardo, hallándonos en una tierra en que el arte de envenenar es tan comun como el de cocinero?

—Milord, dijo el Escocés, á esa objecion os respondo que mi escudero, el único de todos los que me acompa-

ñaban que ha escapado de los rigores de la guerra y del clima, yace ahora postrado en una cama, con la misma enfermedad que la que aflige al valiente rey Ricardo, con notable menoscabo y pérdida de la empresa que dirige. A este escudero mio, de que os hablo, ha suministrado el médico El Hakim, hace no mas que dos horas, ciertos breviajes y remedios, con los cuales ha logrado un sueño benigno y suave. Que puede curar esta dolencia, tan fatal en sus resultas, no lo dudo; que viene con la sincera intencion de curar al rey, nos lo asegura el Soldan, y sabido es que su corazon es tan cordial y tan pundonoroso como puedeserlo el de un obcecado infiel; en cuanto al éxito de la cura, bastantes rehenes son para tranquilizaros, y para no dudar de la buena fe del físico, la recompensa y el castigo que le aguarda, si responde á nuestros deseos, ó si por malicia, y con designios perversos, llega á frustrarlos.»

El Inglés oyó esta relacion, con los ojos bajos, como quien duda, y al mismo tiempo desea que sus dudas se disipen. Al fin, alzó la vista al caballero, y le preguntó: —¿Puedo yo ver á ese vuestro enfermo escudero?»

Enrojeció el del Leopardo, y tardó algunos minutos en responder. —Con mil amores, dijo al fin, pero debeis tener presente, milord de Gilsland, cuando veais mis pobres cuarteles, que los nobles y caballeros de Escocia no comen tan delicados manjares, ni duermen en tan mullidos lechos, ni se curan de tanta magnificencia en sus tiendas como sus vecinos los Ingleses. Venid, puesto que así os place, á mi humilde alojamiento.» Dijo estas palabras con cierta enfática altanería, y echó á andar delante del baron, no sin dar claros indicios de empacho y de repugnancia.

Aunque, como ya hemos visto, sir Tomás de Vaux miraba con desconfianza y desdago á todos los naturales de la tierra de sir Kenneth, la noble-

za de su índole no le permitia gozarse en el rubor de un hombre de pro á quien las circunstancias obligaban á confesar su pobreza, en despecho de su orgullo.

—Los soldados de la Cruz, dijo, no deben apegarse á goces terrenos, ni á pompas humanas, cuando pelean por rescatar el sepulcro del Salvador. Poco montan los trabajos y fatigas que en esta empresa nos molesten, si despues nos aguardan los eternos resplandores y las palmas victoriosas que ya han conseguido los que antes que nosotros han transitado por estos desiertos.»

Este era el discurso mas metafórico que habia salido jamás de los labios de sir Tomás, el cual hablaba muy en contra de su sentir, porque es fama que gustaba en demasía de buenos bocados y de trenes pomposos. Al fin, los dos caballeros llegaron á una estremidad de los reales, donde tenia su residencia sir Kenneth, el del Leopardo.

Las apariencias presentaban el mas escrupuloso arreglo á las leyes de la mortificacion, que, segun habia dicho sir Tomás, debian ser la norma de los guerreros de la Cruz. En un espacio de tierra capaz de contener treinta tiendas, segun las reglas que los Cruzados observaban en sus campamentos, solo se veian algunas pobres cabañas, groseramente construidas de ramazon y arbustos, y cubiertas de hojas de palma; porque el caballero escocés habia pedido, por ostentacion, mayor estension que la que necesitaba. Desiertas estaban estas mezquinas habitaciones, y muchas de ellas amenazando ruina. La que ocupaba el centro, y parecia destinada al caudillo, se distinguia por un pendon, colocado en la estremidad de una lanza, de la que pendian sus largos pliegues hasta el suelo, como si tambien sintiera los influjos maléficos del ardiente sol del Asia. Ni escudero, ni paje, ni aun siquiera un

alabardero guardaba aquella marchita insignia del poder feudal y de la dignidad caballeresca. Si su propia reputacion no la preservaba de insulto, ninguna otra custodia velaba en torno de ella.

Sir Kenneth echó una triste ojeada en aquel desnudo y pobre aparato, mas supo reprimir su sentimiento, é hizo señá á sir Tomás, que lo siguiese á lo interior. Tambien el baron observó atentamente este extraño espectáculo, con impulsos secretos de compasion, que probablemente irian acompañados de desprecio, porque el desprecio unas veces, y otras el amor, son los naturales compañeros de la piedad que escitan los males ajenos en el corazon. Bajó la cabeza, por ser la puerta demasiado humilde para su altivo penacho, y entró en la tabaño, en la que se le figuró que no habia espacio suficiente para su abultada y voluminosa persona.

En lo interior habia dos camas. La una era la de sir Kenneth, y se componia de silvestres hojas, cubiertas con una piel de venado; encima se veian algunas piezas de armadura, y á la cabecera, un crucifijo de plata, dispuesto con algun asco y adorno. En la otra yacia el enfermo de quien el Escocés habia hablado; hombre que representaba ser de mediana edad, de fuerte complexion, y de facciones ásperas y duras. Su colchon, si este nombre puede dársele, era mas blando y mullido que el de su amo; y le servian de abrigo el manto de que los caballeros se servian en tiempos pacíficos, y algunas otras piezas del equipaje de sir Kenneth, que este habia destinado á la comodidad de su fiel servidor. En una separacion esterior, que sir Tomás podia ver desde el punto en que se hallaba, estaba de rodillas un mancebo, delante de un brasero lleno de carbon, preparando en un plato de hierro las tortas de pan de cebada, que eran entonces, como lo son en el dia, el manjar fa-

vorito de la jente de Escocia. De una de las principales estacas que sostenian el techo de la cabaña, (porque mas que el de tienda este nombre merecia) colgaba medio venado, producto sin duda de la caza, como mas claramente lo denotaba un hermoso alano, que seguía con los ojos los movimientos del mancebo de las tortas, y que sobrepujaba en tamaño, robustez y regularidad de proporciones, á todos los que tenia el rey Ricardo. El sagaz animal, al oir ruido, prorumpió en un gruñido sordo y profundo, semejante al trueno que retumba entre peñascosas montañas; mas al descubrir y reconocer á su amo, cesaron los indicios de su enojo, meneó blandamente la larga cola, ajitó la cabeza, y se abstuvo de otras ruidosas señales de alegría, como si su jeneroso instinto le diese á conocer que el silencio es cosa necesaria en la habitacion del que padece.

Junto á la cama del escudero, sobre un cojin de pieles, estabacruzado de piernas, segun la moda de los Orientales, el médico de quien habia hablado sir Kenneth. A la escasa luz que iluminaba todo aquel recinto, poco se podia distinguir de su persona, salvo la parte inferior del rostro, cubierta de una negra y espesa barba, que le caía hasta el pecho; el alto *tolpach*, ó gorro tártaro de lana de carnero, fabricado en Astracan, y el ancho y pomposo *castan*, ó sobre-veste turca, de color oscuro. Las únicas facciones que podian columbrarse de su fisonomía, en medio de la oscuridad que le rodeaba, eran dos ojos, que centelleaban con un fuego y un brillo extraordinarios. El Inglés se mantuvo algun rato silencioso, como si le inspirase respeto todo lo que estaba presenciando, porque apesar de su natural aspereza, la pobreza y la desventura, firmemente sobrellevadas sin arrancar un murmullo de queja ni exasperacion, eran un espectáculo mas digno de la venera-

cion de un hombre tan recto y jeneroso como sir Tomás, que la pompa de las cámaras de los reyes mas poderosos, escepto la de su rey y señor. Durante algunos minutos nada se oia en el rústico pabellon de sir Kenneth, sino la fuerte y pausada respiracion del enfermo, que parecia gozar de un plácido reposo.

—Hace seis noches que no duermo, dijo al fin el del Leopardo, segun me ha referido ese mancebo que lo asiste.

—Noble Escocés, dijo sir Tomás, apretando á sir Kenneth la mano, con una cordialidad que su jesto interpretaba mas claramente que sus palabras. Menester es que todo esto mude de aspecto. Ese hombre está de cuidado, y necesita de otras comodidades.»

Estas últimas palabras fueron proferidas en el tono récio y sonoro de su voz acostumbrada, en términos que llegaron á oidos del enfermo, y le interrumpieron el sueño de que gozaba.

—Mi señor, dijo el escudero en voz confusa, como si estuviera soñando, noble sir Kenneth, ¿no os parecen gustosas y salutíferas las aguas del Clyde (1) despues de los fangosos manantiales de Palestina?

—Sueña en su tierra nativa, dijo sir Kenneth al oido al baron, y es feliz en sus ilusiones.» Mas apenas habia pronunciado estas palabras, cuando el médico que no se habia separado de la cabecera, teniendo en sus manos las del enfermo, y observándole cuidadosamente los movimientos del pulso, se levantó con pausa y compostura, se acercó á los dos caballeros, los tomó por las manos, y haciéndoles señas de que guardasen silencio, los llevó hácia la puerta del pabellon.

—En nombre, dijo, de Issa Ben Mariam, á quien nosotros reverencia-

mos como vosotros, aunque no con la misma ciega supersticion, que no turbeis el efecto de la bendita medicina que acaba de tomar. Despertarlo ahora, es matarlo, ó á lo menos, privarle de razon. Volved á la hora en que el Muezzin anuncia desde el minarete la de rezar en la mezquita, y si entretanto se le deja tranquilo, os prometo que, sin perjuicio de su salud, podréis tener con él alguna breve plática, y que podrá responder acerca de todo lo que le preguntéis, sobre todo si su amo le dirige la palabra.»

Los caballeros se retiraron en cumplimiento del mandato del doctor, el cual ponía entonces en práctica el proverbio oriental, que dice, que la cámara del paciente es el reino del físico.

Los dos permanecieron parados á la puerta del pabellon, como si el Escocés fuese á despedir al Inglés, y este tuviese algun motivo secreto que le impidiese salir. El alano, entretanto, los habia precedido fuera de la tienda, y parándose á la puerta, apoyó la cabeza en la mano de su dueño, en ademan de implorar de él modestamente alguna señal de halago y caricia. Apenas hubo recibido, pronto á manifestar su gratitud y su alegría por la vuelta de su amo, echó á correr cuanto mas podia, alzando pomposamente la cola, y recorriendo á derecha é izquierda y por uno y otro lado, los intervalos de las decaídas chozas, y la esplanada en que estaban situadas, pero sin pasar de los límites que conocia por su instinto estaban bajo la proteccion del pendon de sir Kenneth. Despues de estas festividades demostraciones, volvió á donde estaba su dueño, tomó de nuevo su aspecto grave y malhumorado, como si se arrepintiese de haber faltado al orden y al respeto que exigian la presencia de su señor.

Los dos caballeros lo observaron con satisfaccion, porque sir Kenneth

(1) Rio de Escocia.

vanagloriaba de tener uno de los mejores perros del mundo, y el baron inglés, gran aficionado á montería, pasaba por buen conocedor de todo lo perteneciente á este ejercicio.

— Buen animal por cierto, dijo el baron Tomás; presumo, buen caballero, que no tiene el rey Ricardo un alano que se las pueda apostar con el vuestro, si como es lijero en la carrera, es aficionado en el monte: pero sin que os dea daros ofensa, ¿no teneis noticia del edicto en que el rey prohíbe tener perros de caza, sin su permiso, en el campamento, á todo caballero de conde abajo? Creo que no estáis autorizado á ello, y os hablo como maestro de la caballería.

— Y yo os respondo, como caballero libre escocés, dijo con grave aspecto el del Leopardo, que si por ahora sigo las banderas del rey Ricardo, no me creo obligado, no siendo vasallo suyo, á obedecer sus ordenanzas de montería, y no estoy por cierto de humor de someterme á ellas. Cuando la trompeta suena al arma, mi pie es el primero que toma el estribo; cuando toca el ataque, no es mi lanza la última que se pone en ristre. Esto y no mas es lo que puede y debe requerir de mí vuestro monarca: pero en las horas de ocio y descanso, el rey Ricardo no tiene derecho á privarme de mi recreo y solaz.

— Con todo eso, dijo el baron, es desacuerdo faltar á un edicto de Su Majestad, y si lo teneis á bien, yo, que ejerzo autoridad en estas materias, os enviaré un permiso que os sirva de salvaguardia.

— Os doy las gracias, respondió friamente el Escocés, mas estos son, milord, los cuarteles que me han sido señalados, y en ellos no es menester de mas salvaguardia que de mi mismo. Mas presumo, añadió mudando de tono, que esta respuesta no corresponde á la bondad que me habeis manifestado. Os doy por ella gracias, con todo mi corazon. Los escuderos

y picadores del rey pueden, si así les agrada, perseguir á mi fiel Roswal, y hacerle daño, mas yo no tardaré mucho en vengarlo, y suceda lo que sucediere. Harto habeis visto de mi casa y servidumbre doméstica, para conocer que Roswal es mi principal proveedor, y así lo confieso sin rubor ni empacho, y no creo que el Leon de Inglaterra sea como el de la fábula que cuentan los yuglares, el cual convidó á otras fieras á una cacería, y se quedó con todo lo que se habia cazado. De poco le puede aprovechar molestar á un pobre caballero, que le sigue fiel y lealmente, y privarle de una diversion honesta, y de una pierna de venado, que á fe mia sabe muy bien, cuando el bosillo no permite otra cosa.

— No decís mas del rey que lo que se merece, respondió De Vaux; justo y equitativo es para con todos; pero los príncipes normandos ya sabeis que pierden la cabeza cuando oyen hablar de monterías y de venados.

— Por ahí corren voces, dijo el Escocés, traídas por trovadores y peregrinos, de que allá en vuestra Inglaterra, se han formado grandes bandas de descontentos, por esas prohibiciones rigurosas sobre la caza, los cuales infestan los condados de York y de Nottingham, y tienen á la cabeza un diestrisimo ballestero, llamado Robin Hood, con su teniente Juanito. Paréceme que mejor haria el rey Ricardo en relajar sus leyes de montería en sus propios estados, que en venir á darlas con mas severidad en Palestina.

— Mal negocio, sir Kenneth, respondió el baron, encojiéndose de hombros, como si no le gustase la conversacion; mas dejemos esto por ahora, y quedaos con Dios, que estoy haciendo falta en la tienda del rey. A la hora de vísperas, volveré con vuestro permiso á vuestros cuarteles, y hablaré con el doctor pagano.

Al mismo tiempo, sin haceros ofensa, quisiera enviaros algunas provisiones.

— Os lo agradezco, respondió sir Kenneth, pero en verdad que no las necesito; Roswal me ha provisto para dos semanas, y el sol de Palestina tan bueno es para dar calentura, como para secar la carne, á guisa de cecina alemana. »

Con esto se separaron los dos guerreros, mucho mas amistosamente que en su primer encuentro; mas antes de retirarse el de Gilsland, se informó de todos los pormenores relativos al médico musulman, y recibió de manos del caballero escocés las credenciales que traía para el rey Ricardo, de parte del soldan Saladin.

CAPITULO VIII.

— PEREGRINA historia es esa que me cuentas, sir Tomás, dijo Ricardo Corazon de Leon, despues de haber oido de boca del señor de Gilsland las ocurrencias que dejamos referidas en el capítulo anterior. ¿Estás seguro que ese caballero escocés es hombre de pro?

— No puedo asegurarlo, respondió sir Tomás, conozco la veracidad de mis vecinos los Escoceses, y sé que no tienen palabra mala ni obra buena. Poco se les alcanza en esto de decir la verdad; pero el lenguaje de ese hombre parece lleno de franqueza y lealtad, y aun cuando en vez de ser escocés fuera un demonio del infierno, diria de él lo mismo.

— ¿Y qué dices de su valor, y de la opinion de que goza entre los otros caballeros? preguntó Ricardo.

— Mas atañe á Vuestra Majestad que á mí, respondió sir Tomás, juzgar á los hombres por sus bazañas, y apuesto á que mas de una vez ha observado la conducta de sir Kenneth en el campo de batalla. Todos hablan con estima de su valor.

— Y con razon, respondió Ricardo; yo puedo asegurarlo, como testigo ocular. Mi principal objeto, cuando en los dias de accion me coloco al frente del ejército, es observar cómo desempeñan su obligacion mis soldados y caudillos, y no el vano deseo de gauar gloria y nombradía. Harto vanos son los loores de los hombres, que á guisa de vapores se disipan al soplo mas lijero, y no me doy yo el trabajo de ajustarme la armadura por tan frágil y deleznable galardón. »

Mucha inquietud produjeron en el ánimo de sir Tomás estas palabras del monarca, tan opuestas á sus naturales inclinaciones: y creyó que solo la cercanía de la muerte, ó el temor de que esta se aproximase, podia inspirarle semejante desprecio de la fama militar, que habia sido hasta entonces el aliento vital de toda su existencia. Mas acordándose de haber encontrado al confesor del rey en la antecámara, conoció que las instrucciones devotas de aquel eclesiástico, sobre la nada de las grandezas humanas, producian su efecto, y tranquilo con esta reflexion, dejó que siguiese hablando Ricardo, sin interrumpirle con sus argumentos.

— Sí por cierto, continuó el monarca, he notado el modo con que el caballero del Leopardo desempeña su obligacion. De poco valdria la perspicacia de un caudillo, si no advirtiese la conducta de sus inferiores, y sir Kenneth hubiera recibido ya alguna prenda de mi jenerosidad, si no me fuera conocida su presuntuosa fiera y audaz petulancia.

— Señor, dijo el baron de Gilsland, viendo que mudaba de color el rey, me temo que he desagradado á vuestra Real Majestad en haber disimulado la falta cometida por ese caballero.

— ¿Quién? ¡Tú! exclamó el rey, arrugando las cejas y alzando la voz en tono de enfado. Si has disimulado tamaño desacato, has hecho un insulto á mi dignidad.

—Vuestra Majestad, respondió el baron, deberá perdonarme si le recuerdo que á mi oficio de maestre de la caballería corresponde dar permisos á los caballeros de buena sangre, de tener uno ú dos perros en el campamento, para ejercer la noble arte de montería, á mas de que fuera pecado destruir un animal tan cumplido como el alano de sir Kenneth.

—¡Con qué tanto vale! preguntó el rey.

—No hay debajo de la capa de los cielos, repuso el baron, un animal mas perfecto. Es de la mas pura casta del Norte, añadió con el entusiasmo de un cazador; ancho de pecho, fuerte de lomos, negro de color, sin un pelo blanco en su cuerpo, sino unos vislumbres pardos en el cuello y en las piernas; capaz de parar á un toro, y de dar alcance á un gamo.

—Está bien, dijo el rey, sonriéndose, al ver la formalidad y énfasis con que sir Tomás hablaba; has dado la licencia, y no hay mas que decir en el asunto; empero, no seas tan liberal de ahora en adelante con esos caballeros andantes, que no dependen de ningún príncipe ni caudillo. Pronto nos dejarían sin una sola pieza en todos los montes de Palestina: volvamos á lo de ese médico pagano. ¿No dices que el Escocés lo encontró en el desierto?

—No, señor, respondió el baron; si hemos de dar crédito á sus palabras, la aventura del médico es la siguiente: llevaba sir Kenneth un mensaje á ese santo anacoreta de Engaddi, de quien tanto se habla...

—¡Con dos mil de á caballo! dijo el rey, rebentando de cólera. ¿Quién le dió ese mensaje, y con qué propósito? ¿Quién se atreve á enviar mensajeros á Engaddi, cuando la reina se halla de romería en aquel santuario?

—El consejo de los príncipes de la Cruzada, respondió sir Tomás, fué quien le dió el encargo; el motivo, lo ignoro; mas segun veo, pocos saben

en el campamento que vuestra real consorte ha emprendido esa santa romería, y de mi parte, sé decir que es la primera noticia que de ello tengo. Quizás no lo saben tampoco los príncipes, puesto que la reina está separada de vuestra real compañía, desde que Vuestra Majestad lo ha mandado así, por temor de que se contajie su preciosa salud.

—¡Con qué en resumen, dijo el rey, ese Escocés, ó enviado, ó como quieras llamarlo, dió con el errante médico en la cueva de Engaddi!

—No, señor, repuso sir Tomás; cerca de aquel sitio encontró á un Emir sarraceno, con quien lidió cuerpo á cuerpo, deseosos ambos de acreditar su valor, y conociendo que era digno el Moro de acompañarse con hombres de honor, caminaron juntos como suelen hacer los de la andante caballería, hasta la gruta del santo anacoreta.»

Detúvose en esto sir Tomás, pues no era hombre de los que cuentan largas historias en breves sentencias.

—Y allí encontraron al físico, dijo el monarca con impaciencia.

—No, señor, continuó De Vaux; sino que el Sarraceno, enterado de la dolencia de Vuestra Majestad, prometió que el Soldan Saladino le enviaria el médico de su cámara, con las mayores seguridades de su superior destreza; y en efecto, vino á la gruta, despues que el Escocés lo hubo aguardado en ella un dia y mas. Y en cuanto al doctor, viene acompañado á manera de príncipe ó magnate, con trompetas y atabales, y sirvientes de á pié y á caballo, trayendo además credenciales de su amo.

—¿Ha examinado esos papeles Jacome Loredani? preguntó el rey.

—El intérprete, respondió sir Tomás, los ha visto y trasladado al inglés, y aquí está la version que de ellos ha hecho.»

Ricardo tomó el papel, en el cual estaban escritas estas palabras: «La

bendicion de Alá y de su profeta Mahoma. (¡Maldito perro! exclamó Ricardo, escupiendo al manuscrito.) Saladino, rey de reyes, soldan de Egipto y de Siria, luz y refugio de la tierra, al gran Melech Ric, Ricardo de Inglaterra, salud. Habiendo entendido, real hermano nuestro, que te aqueja la mano de la enfermedad, y que solo tienes contigo médicos Nazarenos y Judíos, que obran sin la bendicion de Dios, y de nuestro san-Profeta, (¡Satanás lo confunda! dijo el rey) te enviamos para que te asista y visite, durante esta calamidad, al físico de nuestra propia persona, Adonebec El Hakim, ante cuyo aspecto el ángel Azrael estiende las alas y huye del lecho del que padece, y el cual conoce las virtudes de las plantas y de las piedras, y los signos y curso del sol, de la luna, y de las estrellas, y puede salvar al hombre de los males que no lleva escritos en la frente. Y esto hacemos, rogándote encarecidamente que honres al dicho Adonebec El Hakim, y hagas uso de su sabiduría, no solo con el objeto de prestarte servicio digno de tu prez y nombradía, que es la gloria de todas las naciones del Franchistan, (1) sino con el de llevar á cabo sin dilacion nuestra actual desavenencia, sea por honroso convenio, sea por medio de las armas, en batalla campal; considerando además que ni conviene á tu dignidad y fama, morir como muere el esclavo, abrumado de trabajo y fatiga, ni á nuestro honor y decoro, que tan valiente adversario evite, á favor de esta enfermedad, la fuerza de nuestras armas. Y por tanto quiera el santo...»

—Basta, basta, dijo el rey, no quiero oír hablar de ese can de Profeta. Hastío me causa que el valiente y esforzado Saladino dé fe y crédito, y reverencie y acate á una bestia muerta. Ahora lo que deseo es ver á

ese Hakim, ó como se llame, y ponerme á su merced; y en cuanto al Soldan, yo sabré pagarle su jenerosidad: le encontraré en el campo de batalla, segun él mismo bravamente lo propone, y no tendrá por qué quejarse de la ingratitud de Ricardo Corazon de Leon. Le haré probar el peso de mi maza, y tales golpes le daré, que nunca los habrá recibido antes, hasta traerlo al gremio de la Santa Iglesia. Retractará y abjurará sus errores, puesto de rodillas ante la cruz de mi espada, y será bautizado en el campo de batalla con mi propio yelmo, aunque sea necesario que se mezclen en las santas aguas su sangre y la mia. Date prisa, De Vaux, y adelanta cuanto puedas tan venturoso instante. Venga á este sitio El Hakim.

—Señor, dijo el baron, sospechando que esta escesiva confianza era efecto de la calentura; tened presente que el Soldan es un pagano, y que Vuestra Majestad es su mas formidable enemigo.

—Y aun por esa razon, dijo el rey, es el mas á propósito para esta clase de servicio, pues segun él mismo da á entender, es mengua que una fiebre ponga término á una guerra entre dos poderosos monarcas. Saladino me aprecia, como yo aprecio á Saladino; como deben hacerlo recíprocamente dos nobles y magnánimos adversarios. Por mi fe, que seria pecado dudar de su lealtad y buena intencion.

—Paréceme, señor, respondió el baron, no obstante cuanto habeis dicho, que seria bueno aguardar el éxito de esos brevajes que el médico ha dado al escudero escocés. Mi vida va en ello, pues seria digno de morir como un perro, si partiera de lijero en esta materia.

—Nunca te ví vacilar por miedo de la muerte, dijo Ricardo.

—Ni sé vacilar tampoco, dijo el baron, salvo cuando está de por me-

(1) Nombre que los Orientales daban á Europa.

dio la de Vuestra Majestad.

—Pues bien, repuso el monarca; hombre suspicaz y receloso, anda y observa los progresos de esa cura, ó deja que el médico musulmán me salve ó me despache; que ya me cansa el verme aquí postrado, como áaca con morriña, en tanto que los funtores baten, y los caballos relinchan y patalean, y las trompetas retumban.»

El baron salió apresuradamente, resuelto á consultar el caso con algún prelado de la Iglesia, por no ser bastante su conciencia á decidir si un monarca cristiano se pondría en manos de un infiel.

El arzobispo de Tiro fué el primero á quien dió parte de sus dudas, por conocer su adhesión á Ricardo, que le habia dado grandes testimonios de afecto y veneración. Oyó el arzobispo los escrúpulos de sir Tomás, y los trató con aquella lijereza que le era lícito demostrar en presencia de un lego.

—Los médicos, dijo el prelado, así como las medicinas que emplean, suelen ser de gran provecho y ventaja, aunque los primeros son, por lo común, hombres de bajo y vil nacimiento, y las segundas, en muchos casos, se sacan de sustancias inmundas. Lícito es aprovecharse de la asistencia de los paganos é infieles en nuestra propia ventaja, y no va lejos de la verdad el que crea que si Dios les permite vivir, es tan solo para que sirvan de utilidad á los fieles Cristianos; por esto es lícito también servirse de los cautivos infieles como esclavos. No hay duda que los primitivos Cristianos se valían de los servicios de los idólatras, como lo hizo ver el bendito apóstol San Pablo, cuando navegaba en un buque de Alejandría hacia Italia; pues siendo paganos los marineros, el santo reconoció cuán necesaria era su ayuda, *Nisi in hinc navi manserint, vos salvi fieri non potestis*. Vosotros no podeis escapar

con vida, á menos que estos, *id est*, los marineros, permanezcan en la nave. Además, que los Judíos son tan enemigos de la ley de Cristo, nuestro Redentor, como los Mahometanos, y apenas hay médico en el campamento que no sea de aquella secta, no obstante lo cual, los empleamos en nuestras dolencias, sin recelo ni escándalo. Por tanto, los Mahometanos pueden desempeñar el mismo oficio, *quod erat demonstrandum*.»

Esta erudita y profunda peroración calmó todas las inquietudes de Tomás De Vaux, á quien convencieron sobre todo los textos latinos, de que no entendía una sola palabra.

Pero el arzobispo siguió hablando, aunque no con tanta afluencia, sobre la posibilidad de que el Sarraceno procediese de mala fe; y acerca de este delicado punto, no se atrevió á resolverse con tanta prontitud. El baron le enseñó las credenciales, que el prelado leyó y relejó atentamente, comparando el original con la traducción.

—Sucesos de esta clase, dijo, no pueden menos de ser muy del gusto de Ricardo; pero yo no estoy lejos de sospechar las intenciones del Sarraceno. *Timeo danaos et dona ferentes*, que dijo el profano. Los sectarios de Mahoma son diestrisimos en el conocimiento y uso de ponzoñas, y de tal modo las templan, que tardan semanas enteras en producir su efecto, dando lugar á que el envenenador desaparezca. Impregnan con sutiles venenos el paño y el cuero, y hasta el papel y el pergamino. La Virgen, nuestra Señora, nos defienda. ¡Y yo, necio de mí que lo sé, y he puesto tan cerca de mi rostro esas credenciales! Tomadlas pronto, sir Tomás, por *si forté*.»

Y al decir estas palabras, alargó precipitadamente los papeles al baron.—Mas lo que por lo presente conviene, continuó el arzobispo, es ir á

la tienda del escudero, donde nos será dado saber si ese El Hakim posee el arte de curar, como Saladino asegura, antes de resolvernos á permitirle que lo ejerza en la persona de Ricardo. Bueno será que yo me prevenga de antemano con un poco de romero mojado en vinagre, y os aconsejo que uséis de la misma precaucion, pues estas fiebres son una verdadera pestilencia. Algo se me alcanza en esto de medicina.

—Doy gracias á vuestra señoría muy reverenda, dijo sir Tomás; pero si la fiebre se hubiera de atrever conmigo, tiempo ha que me hubiera atacado á la cabecera del rey.»

El arzobispo de Tiro se sonrojó al oír esto, pues era público que no se habia atrevido á acercarse al monarca, en el discurso de su enfermedad. Los dos personajes echaron á andar, yendo delante el baron.

Al llegar á la pobre cabaña en que sir Kenneth, el del Leopardo, y su escudero residian, el arzobispo dijo á De Vaux. —Ved, milord, lo que son estos caballeros escoceses, y el cuidado que tienen de sus servidores. Aquí tenemos uno que dicen que pelea bien el día de accion, y que parece digno de importantes mensajes en tiempo de tregua, y ved el sitio en que tiene á su escudero, que no parece sino establo de vacas. ¿Qué decís de nuestros vecinos?

—Digo, señor arzobispo, respondió sin poderse contener sir Tomás, que harto hace el amo que aloja á su servidor bajo el mismo techo que lo guarece.»

El prelado entró, no sin cautela y repugnancia, en la cabaña de sir Kenneth, siguiendo los pasos del baron. Era hombre que no carecia de valor, pero que sobre todas las cosas humanas, atendia á la conservacion y bien estar de su persona; mas en la ocasion presente, le pareció indispensable examinar por si mismo la ciencia del Arabe, por lo que se irguió cuan-

to pudo, y se revistió de entonada gravedad, creyendo de este modo imponer respeto al extranjero, y darle una encumbrada idea de su dignidad y sabiduría.

Y cierto que su presencia era alta y majestuosa. Habia sido de bello parecer en su juventud, y la edad no le habia despojado de un todo de aquellas ventajas. El espléndido ropaje episcopal de que usaba, estaba forrado de pieles costosas, y guarnecido de finísimo encaje. Los anillos que relumbraban en sus dedos, valian tanto como una baronía, y la clámide, que á la sazón iba abierta y echada atrás por causa del calor, tenia broches de oro puro, con que se unia y sujetaba cuando convenia. Su barba, que los años habian convertido en nieve, ondeaba pomposamente sobre el pecho y en torno de las mejillas. Uno de los acólitos que le acompañaban, protejia su cabeza contra los rayos del sol, por medio de una ancha sombrilla de hojas de palmera, mientras el otro refrescaba el aire en torno, agitando suavemente un gran abanico de plumas de pavon.

Cuando el arzobispo de Tiro penetró en el pabellon del caballero escocés, este se hallaba ausente, y el doctor sarraceno, objeto de su curiosidad, se hallaba, como cuando sir Tomás le habia visto antes, cruzado de piernas sobre el almohadon de esteras, contemplando atentamente el sueño del escudero, y tomándole de cuando en cuando el pulso. El arzobispo permaneció en pié y guardando silencio, por espacio de algunos minutos, como si esperase que el extranjero le hiciese una profunda humillacion, ó que le hiciese gran impresion la gravedad de su talante. Pero Adonebec El Hakim no hizo mas que echarle una ojeada, y cuando el prelado al fin se decidió á saludarle en lengua franca, el médico solo le respondió, con el acostumbrado cumplimiento de los Orientales, *Salam*

alium, que quiere decir, «la paz sea contigo.»

—¿Eres tú médico? Infiel, preguntó el arzobispo, algo enojado al ver esta irreverente acogida. Si así es, holgárame de hablar contigo sobre cosas de tu arte.

—Si algo se te alcanza del arte de curar, respondió El Hakim, sabrás que no es lícito á los físicos razonar ni discurrir cerca del enfermo. Escucha, añadió, oyendo el sordo y ahogado gruñir del alano de sir Kenneth, ese animal te enseña tu obligación, Ulema! (1). Su instinto refrena el latido, porque sabe que está en la habitación de quien padece. Vamos fuera de la tienda, dijo, levantándose y enseñando el camino, y allí oiré cuanto tengas que decirme. »

A pesar de la llaneza del traje del Mahometano, y de la inferioridad de su estatura, comparada con la elevada y fornida de sir Tomás, el arzobispo notó en sus palabras y modales cierta gravedad y comedimiento, que le impidió manifestar todo el descontento que le causaba aquella soltura y familiaridad. Cuando los tres se hallaron fuera de la tienda, el arzobispo estuvo observando silenciosamente al Arabe, maravillándose de su aparente juventud, de la serenidad de su fisonomía, de la majestad y mestura de todos sus ademanes, y sobre todo de la indiferencia con que miraba á uno de los primeros personajes de la Iglesia católica.

Rompiendo al fin el silencio, en que el Moro permanecía, el prelado le preguntó cuántos años tenía.

—Los años de los hombres vulgares, respondió El Hakim, se echan de ver en la barba y en el bigote; los del sabio, en el fruto de sus estudios. Mi edad es cien revoluciones de la Hejira (2). »

(1) Nombre que dan los Mahometanos á sus sacerdotes.

(2) Daba á entender que sus conocimientos

El baron, que creyó al pié de la letra que el Mahometano tenía cien años de edad, miró con ojos atónitos al prelado, el cual comprendió el sentido enigmático de la respuesta, y respondió á la mirada del inglés con un ademán misterioso de inteligencia y superioridad. Y volviendo á revestirse de pomposo erguimiento, pidió al médico alguna prueba de su saber.

—La palabra del Soldan, respondió El Hakim, poniendo la mano en la gorra, en señal de reverencia; la palabra de aquel que jamás la rompió con amigo ni enemigo. ¿Qué mas quieres, Nazareno?

—Quiero, dijo el arzobispo, pruebas oculares de tu habilidad, y sin dárme las antes, no te acercará al lecho de Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra.

—El loor del médico, contestó el Arabe, es la salud del paciente. Observa ese escudero, á quien ha secado la sangre esa enfermedad que ha sembrado vuestro campo de esqueletos, y contra la cual la ciencia de los físicos nazarenos ha sido como un almohadon de seda contra una punta acerada. Ha poco que la muerte habia clavado en él su garra. Secos están sus huesos, como los árboles del bosque cuando los ha despojado el viento del desierto: pero si el ángel Azrael hubiera estado á un lado de su cabeza, y yo al otro, el golpe funesto hubiera quedado suspenso en el aire. De poco aprovecha molestarle con mas preguntas; aguarda, si quieres, el momento crítico, y el éxito responderá. »

El físico, dichas estas razones, sacó el astrolabio, oráculo de la sabiduría de Oriente, y observando que era llegada la hora de la oracion de la tarde, se puso de rodillas, vuelto el rostro hácia la Meca, y recitó las plegarias que el Alcoran prescribe.

eran tales, que cien años se necesitaban para adquirirlos por medio del estudio.

Mirábanse suspensos el arzobispo y el baron, indignados de presenciar aquellos ritos sacrílegos; mas no osaron interrumpir al médico en sus devociones, aunque tan diabólicas y abominables les parecían.

El Arabe se levantó de la tierra en que se había postrado, y entrando en la tienda y viendo al paciente que no había mudado de posición, sacó de una caja de plata una esponja, que sin duda estaba empapada en alguna infusión aromática, porque al aplicarla á la nariz del dormido escudero, estornudó inmediatamente, abrió los ojos, y miró en torno de sí, con extrañeza y ansiedad, pero sin señales de dolor ni aturdimiento. Parecía ciertamente una vision sobrenatural; una de aquellas escuálidas fantasmas que amenazan en su sueño inquieto al homicida. Descubríause uno á uno todos sus huesos, en la superficie del cutis, como si jamás hubiesen estado revestidos de carne. Estaban hundidos sus ojos, acartonadas sus mejillas, confusamente desordenados sus cabellos y barbas; empero sus miradas, que al principio eran vagarosas é inciertas, se fueron tranquilizando y fijando poco á poco. No tardó en percibir el alto carácter de aquellos dos sujetos que en frente de su lecho se hallaban, y aunque apenas podia mover la mano, hizo un esfuerzo para quitarse el lienzo que le cubria la cabeza, en señal de reverencia, preguntando al mismo tiempo por su amo, en voz lánguida y desfallecida.

—¿Nos conoces, buen hombre? le preguntó sir Tomás de Vaux.

—No perfectamente, respondió el escudero. Mi sueño ha sido largo, y lleno de delirios. Veo sin embargo que sois un lord de Inglaterra, y que estoy delante de un santo prelado, cuya bendicion imploro, como pobre pecador.

—*Benedictio Domini sit tecum*, exclamó gravemente el arzobispo de Tiro, haciendo la señal de la cruz so-

bre el enfermo, aunque procurando guardar la misma distancia á que se hallaba.

—Ya lo veis, Nazarenos, dijo entonces el Musulman; la fiebre ha cedido; el enfermo habla en su acuerdo; tomadle el pulso, y conoceréis cuán igual y tranquilo late.»

El arzobispo se rehusó á hacer la experiencia; pero sir Tomás, menos tímido y receloso, aplicó la mano al pulso, y se convenció de que la fiebre había desaparecido.

—Maravilla es esta, dijo el baron mirando al arzobispo, de que ya no es posible dudar. Vamos con este horabre á la tienda del rey Ricardo. ¿Qué piensa vuestra reverendísima señoría?

—Deteneos, dijo entonces El Hakim, y dejadme terminar una cura antes de empezar otra. Estaré á vuestras órdenes, despues de haber dado al enfermo una segunda copa de este elixir celestial.»

Dichas estas palabras, el Arabe tomó en la mano una copa de plata; vertió en ella el licor que contenia una vasija, puesta á la cabecera del enfermo; sacó un taleguillo de un tejido de seda, en forma de red, cuyo contenido no pudieron distinguir los asistentes; lo metió dentro de la copa, y allí lo tuvo, observándolo con la mayor atencion, por espacio de cinco minutos. El baron y el arzobispo creyeron ver formarse una efervescencia durante esta operacion; mas no tardó mucho en ceder.

—Bebe, dijo El Hakim al enfermo, duerme, y despierta libre de toda dolencia.

—¿Y con esta simple droga, preguntó el arzobispo de Tiro, quieres curar á todo un rey de Inglaterra?

—Con esta simple droga, repuso el Musulman, he curado á un hombre, como lo estáis viendo. ¿Son acaso de otro barro los reyes de Franchistan?

—Vamos con este hombre al rey, dijo otra vez el impaciente sir Tomás

de Vaux; ya nos ha hecho ver que no es mentida su ciencia, y que puede restablecerle la salud. Si falla, yo lo enviaré á curar Musulmanes á los profundos senos del abismo.»

Iban ya los tres á salir del pabellon, cuando el enfermo, alzando la voz en cuanto se lo permitia la postracion de sus fuerzas, — Muy reverendo padre, exclamó, noble caballero, y tú, sabio y caritativo doctor, si quereis que pueda recobrar sueño y tranquilidad, decidme por caridad qué se ha hecho de mi querido amo.

— Tu amo, buen amigo, respondió el prelado, se halla en remota expedicion, y honrosa embajada, que lo detendrá algunos dias.

— ¿De qué sirve engañarle? dijo entonces el baron de Vaux; tu amo está de vuelta en los reales, y no tardarás mucho en verle.»

El enfermo alzó las manos al cielo en señal de gratitud, y no pudiendo ya resistir el efecto del narcótico elixir, cerró los ojos y quedó profundamente dormido.

— Mejor médico haceis que yo, sir Tomás, dijo el prelado. Los enfermos gustan mas de mentiras que de verdades, cuando aquellas les son gratas.

— ¿Qué quereis decir, reverendo señor? preguntó sir Tomás, ofendido de aquella reconvencion. ¿Pensais que diria yo una mentira, aunque fuera para salvar la vida á un escuadron entero?

— Habeis dicho, repuso el arzobispo, con manifestas señales de inquietud, que el amo de ese hombre ha vuelto de su expedicion, y si no me engaño, hablais de sir Kenneth el del Leopardo.

— Y ha vuelto en verdad, dijo sir Tomás; y hace pocas horas que le habido con él, y ese doctor árabe ha venido á los reales en su compañía.

— ¡La Virgen nos ampare! ¿Porqué no me lo habeis dicho antes? exclamó el prelado, descompuesto y trémulo.

— Creí haberos dicho, continuó el

baron, que el físico enviado por el Soldau, venia escoltado por ese caballero escocés: pero ¿qué tiene que ver su vuelta con la ciencia del doctor, y con la cura del rey, que es lo que mas nos importa?

— Mucho, sir Tomás, dijo el arzobispo, estampando el pié en el suelo, agitando las manos, y dando otras evidentes señales de involuntario desasosiego. Pero ¿dónde estará ahora? Dios le asista, y nos asista á todos. Aquí hay alguna grave equivocacion. ¡Válgame san Pedro Apóstol!

— Ese mancebo, dijo sir Tomás, podrá quizás satisfacer vuestra curiosidad.»

Idamaronle en efecto, y aunque solo hablaba el casi ininteligible dialecto de los montañeses de Escocia, pudieron coleccionar por sus respuestas, que sir Kenneth habia sido llamado á la tienda del rey, poco antes de la llegada de los dos personajes; lo cual en tal manera aumentó la turbacion del arzobispo, que no pudo menos de notarla el baron, con no ser un observador muy esperto, ni aficionado á cavilosasidades ni sospechas. Pero mientras mas crecia el trastorno del prelado, mayor esmero ponía en disimularlo. Al fin se despidió precipitadamente de De Vaux, que no cesaba de mirarle sorprendido y atónito; y encojiéndose de hombros, como quien no comprende lo que está viendo, se encaminó con el sabio Arabe á la tienda del rey de Inglaterra.

CAPITULO IX.

EL baron de Gilsland marchaba con paso detenido y con aspecto taciturno. Desconfiaba mucho de sí mismo, escepto en el campo de batalla; y convencido de la pequeñez de sus alcances, se limitaba á estrañar las ocurrencias que un hombre de imaginacion mas viva habria procurado entender, ó á lo menos investigar y examinar de cerca. Parecía sumamente

extraordinario que el arzobispo de Tiro hubiese mirado con tanta ligereza la maravillosa cura de que habia sido testigo, y la probabilidad de que el rey recobrase por el mismo medio su salud, que tanto importaba á la Cristiandad, y que al mismo tiempo, le fuesen tan interesantes las idas y venidas de un pobre caballero escocés, que tan poco ruido hacia en el mundo, y que de tan poco peso debía ser en la balanza de los negocios; por lo cual, y á despecho de su acostumbrada indiferencia á los sucesos en que no tomaba parte, llegó á luchar con las conjeturas y recelos que se agolpaban á su fantasía.

Al fin le ocurrió la idea que todo aquello podría ser una trampa contra el rey Ricardo, urdida en el campo de los aliados, y en la cual estaria quizás implicado el arzobispo, de quien se decia generalmente que era un político tan astuto como poco escrupuloso. A los ojos del baron, no habia debajo de la bóveda del cielo un hombre mas perfecto que su amo, el cual siendo la flor de la caballería, el caudillo de los caudillos cristianos, y el mas fiel ejecutor de los mandatos de la santa Iglesia, poseia con esto las mas altas perfecciones, que, segun sir Tomás, podian caber en un mortal. Tambien sabia por esperiencia que las prendas jenerosas de Ricardo le habian atraído tanto desafecto y censura por una parte, como honor y cariño por otra, y que en el mismo campamento cristiano y entre los mismos principes que habian pronunciado el juramento de la Cruzada, habia algunos que de buena gana hubieran sacrificado toda esperanza de victoria á la ruina, ó cuando menos, á la humillacion y abatimiento de Ricardo de Inglaterra.

— Por tanto, decia el baron, hablando consigo mismo, no parece fuera de toda posibilidad que este médico arabe, con los brevajes que al escudero escocés ha administrado, se pro-

ponga tan solo acreditarse de docto, y ganar la confianza del rey, y acercarse á su persona, hallándose quizás de acuerdo con el del Leopardo, y quizás con el mismo arzobispo, no obstante ser un príncipe de la Santa Iglesia. »

Estas sospechas del buen sir Tomás, no estaban á la verdad de acuerdo con el susto y sobresalto que manifestó el arzobispo, cuando supo que sir Kenneth habia vuelto de su mensaje. Pero De Vaux se dejaba llevar únicamente por las preocupaciones jenerales que en las diferentes aventuras de su vida habia adquirido, las cuales le habian dispuesto á creer firmemente que un astuto prelado italiano, un falso y descarado Escocés, y un curandero mahometano, eran tres pestíferos ingredientes, de los que nada bueno, y si mucho daño podia aguardarse. En virtud de todas estas consideraciones, resolvió confiar cuanto habia visto y conjeturado al rey, de cuya discrecion y prudencia tenia tan alta idea como de su intrepidez y valor.

Al mismo tiempo habian ocurrido algunos incidentes de un todo opuestos á los recelos y suposiciones que agitaban el ánimo de sir Tomás. Apenas habia salido de la tienda real, para informarse del estado del escudero Ricardo, ora por la impaciencia natural de su índole, ora por efectos de la efervescencia que bullia en su sangre, empezó á quejarse de su tardanza, y á manifestar el deseo de que estuviese de vuelta. Procuró sin embargo valerse de toda su razon para dominarse y calmar aquella inquietud que tanto aumentaba su padecer. Fatigó á todos los que le asistian pidiéndoles cuanto podia distraerle: ora el breviario del capellan, ora la trova de algun yuglar de la corte, ora en fin el arpa del trovador: mas de nada servia ninguno de estos recursos. Al fin, pasadas dos horas despues de puesto el sol, y mucho antes de

recibir respuesta alguna sobre el éxito de la cura intentada, envió, como ya se ha dicho, un mensajero á la tienda de sir Kenneth, con orden de que compareciese este inmediatamente en su presencia, á fin de distraer su impaciencia oyendo de la boca del caballero todas las circunstancias de su mensaje y de su romería, así como las de su encuentro con el sabio Mulsman.

El caballero del Leopardo, en cumplimiento de aquel superior mandato, entró en la tienda del monarca, como quien está acostumbrado á pisar los umbrales de la opulencia y del poder. Apenas le conocía el rey de vista, por haber concurrido á las fiestas y saraos que Ricardo, con su natural jenerosidad y galantería, solía dar á los caballeros del ejército; cuyas ocasiones aprovechaba diligentemente el Escocés, no solo por honrarse con aquella distincion que á su grado correspondia, sino tambien por lograr la dicha de fijar los ojos en la dama de sus ocultos pensamientos. El rey miró atentamente á sir Kenneth, cuando este se le acercaba. Sir Kenneth hincó la rodilla en tierra, volvió á levantarse, y permaneció en pié delante de Ricardo, con un aspecto respetuoso y comedido, mas propio de un guerrero en presencia de su caudillo, que de un vasallo en la de su señor.

—Tu nombre, dijo Corazon de Leon, es Kenneth del Leopardo. ¿Quién te confirió la orden de caballería?

—La espada de Guillermo, el Leon de Escocia, respondió sir Kenneth.

—Bien puede conferir honor aquella espada, continuó el rey, y bien creo que mereces el espaldarazo que de ella has recibido. Testigo soy de que has obrado como caballero y hombre de coraje y brío en el conflicto de la batalla; y antes hubieras experimentado los efectos de mi buena voluntad y proteccion, si ya no fuera

porque tu audacia en otros puntos ha sido tal, que en galardón de tus servicios, solo puedes aspirar al perdón de tu desacato. ¿Qué dices?»

Sir Kenneth quiso hablar, mas fué en vano, pues le turbaron en gran manera las palabras del rey, y sus penetrantes miradas, con las cuales se figuraba que Ricardo habia leído en su alma la osadía de sus esperanzas, y visto el retrato del encumbrado objeto de su amor.

—Y aunque todo soldado, continuó el monarca inglés, debe respeto y veneracion á sus superiores, y todo vasallo, sumision y reverencia á su señor, un valiente caballero merece que se le perdone mayor culpa, que la de tener en el campamento un perro alano, no obstante la prohibicion espresa de nuestra real pragmática.»

Ricardo continuó mirando á sir Kenneth, el cual sonrió voluntariamente al verse libre de la acusacion que temia, y que las primeras reconvencciones del rey le habian dado á entender.

—Vuestra Majestad, dijo el Escocés, no obraría de acuerdo con su conocida magnanimidad, si de otro modo procediera en este negocio. Nosotros, los caballeros de Escocia, con escasas rentas y lejos de nuestros solares, no podemos ostentar el esplendor de los nobles de la corte de Inglaterra, á quienes los Lombardos prestan cuanto dinero necesitan. Para que los Sarracenos experimenten la fuerza de nuestros puños, no está mal que se agregue de cuando en cuando á las tortas de cebada, tal cual pedazo de venado curado al sol.

—No has menester mi real beneplácito, dijo el rey, puesto que sir Tomás de Vaux, que, como todos mis oficiales y servidores, solo dispone lo que puede agradarme, te ha dado ya el privilegio de montería y cetrería.

—No mas que el de montería, y

Vuestra Majestad perdone que le interrumpa, contestó el Escocés, mas si á este se agregara el de poder llevar un halcon al puño, sendas garzas y gallinetas podría enviar á Vuestra Majestad para su regalo y servicio de su mesa.

—Presumo, dijo el rey, que si tuvieras un halcon, no hubieras aguardado mi consentimiento. Bien sé lo que por ahí se dice de los monarcas de mi línea de Anjou, que tanto nos ofende una infraccion de nuestras ordenanzas de montería, como una traicion contra nuestra real corona: con todo eso, sabemos perdonar semejantes culpas á hombres de esfuerzo y de honor; mas basta de esto por ahora, que lo que mas interesa es saber cómo, y por cuya autoridad has emprendido esa jornada al desierto del mar Muerto y á la cueva de Eugaddi.

—Por orden y encargo, repuso sir Kenneth, del consejo de los príncipes de esta Santa Cruzada.

—¿Y quién es el osado, preguntó el rey, que á dar esas órdenes y mensajes se aventura, sin mi noticia y consentimiento? ¿No soy yo tambien de la liga?

—Con el acatamiento debido á vuestra grandeza, respondió el Escocés, digo que no me toca entrometerme en esos particulares. Soldado soy de la Cruz, al servicio, por ahora, de la ilustre bandera de Vuestra Majestad, y muy honrado con el permiso de seguirla y defenderla: pero quien ha puesto en su pecho la imájen del árbol de la redencion, y se emplea en la del Santo Sepulcro, está obligado á obedecer las órdenes de los príncipes y candillos, que esta bendita empresa capitanean y dirijen. La dolencia que por lo presente aqueja á Vuestra Majestad, y plegue á Dios que tenga breve término, le ha estorbado asistir á los consejos, en que es tan potente su voz, y tan cuerdo su avi-

so. Calamidad es esta de que se lamenta toda la Cristiandad: pero como soldado, solo debo obedecer á las personas en quienes recae lejitimamente la autoridad, á menos de dar un mal ejemplo en el campamento cristiano.

—Bien has dicho, repuso Ricardo, y la culpa no es por cierto tuya, sino de aquellos que las habrán conmigo, cuando plegue á su Divina Majestad sacarme de este lecho de ocio y de tormento. ¿Y cuál era el objeto de tu mensaje?

—Pregunta es esa, respondió sir Kenneth, á la cual solo podrán satisfacer debidamente los que con su confianza me honraron, y á la que solo puedo contestar incompleta y quizás erradamente.

—Responde sin rodeos, exclamó el rey, si no estás mal con tu vida.

—Mi vida, señor, respondió el Escocés, harto aventurada la tengo, y bien poco me importa, desde que á esta remota empresa he venido, la cual mayor galardón me ofrece en la ventura celestial, que en las satisfacciones y dichas terrenas.

—Por el santo sacrificio de la misa, dijo Ricardo, que eres hombre de pro. Los Escoceses, señor caballero, son jentes que yo amo y estimo, teniéndolos por bravos, aunque poco afables; y por verdaderos y leales en los negocios graves, bien que la pobreza les obliga á veces á ser artificiosos y disimulados. Algun afecto y consideracion me deben en conciencia, por haber hecho de mi grado y buena voluntad, lo que nunca hubieran obtenido por la fuerza de las armas, como no lo obtuvieron de mis predecesores. Les he devuelto los castillos de Rorburgh y Berwick, que eran feudos de mi corona: he restablecido los límites antiguos de los dos estados: finalmente, he renunciado al derecho de homenaje que nunca me pareció justo exigirles. Los otros reyes de Inglaterra los tenían por vasallos descon-

ientos y rebeldes; yo he querido que sean mis independientes y honrados amigos.

—Todo eso habeis hecho, señor, respondió sir Kenneth, por vuestro real tratado celebrado con nuestro monarca en Canterbury, y aun por eso hemos venido siguiendo vuestro estandarte, y para hacer esta guerra contra infieles, los caballeros escoceses, que hasta ahora habíamos molestado vuestras fronteras. Si tan reducido veis su número, no otra ha sido la causa, sino los crueles estragos de la guerra.

—Requírote pues, continuó el rey, por estos mis buenos oficios para con Escocia, y por el carácter de que me hallo revestido, de miembro principal de esta liga, que me digas cuanto sepas acerca de estas negociaciones y tratados; pues aunque tengo derecho á saberlo de los mismos que los proyectan y fragan, mas veracidad espero de tus labios que de los suyos.

—Señor, respondió el caballero, os diré la verdad, puesto que vuestras miras se encaminan tan solo al éxito de esta empresa, y que nacen de un corazon recto y magnánimo, que es mucho mas de lo que pudiera decir de otros. Tenga pues entendido Vuestra Majestad, que mi mensaje era proponer, por medio de aquel santo varon de Engaddi, á quien el mismo Saladino reverencia....

—;La prolongacion de la tregua! dijo Ricardo, interrumpiendo de pronto al Escocés.

—No, por san Andrés, dijo sir Kenneth; sino el convenio de una paz duradera entre Turcos y Cristianos, y la retirada de nuestros ejércitos de Palestina.

—;San Jorje! dijo Ricardo, como sobrecojido de espanto y confusion. Mal habia pensado de ellos, mas no tanto que se sometiesen á esta deshonra y abatimiento. Habla sin miedo, sir Kenneth. ¿Cuáles eran tus inten-

ciones, al llevar ese mensaje?

—Mis intenciones eran rectas y honradas, dijo el caballero: porque, viendo al ejército sin el único caudillo que puede guiarle por el camino de la victoria, y convencido de que nada se puede esperar de los que le sucedan, mas prudente me parecia evitar, que aguardar tranquilo la ruina y el estermínio.

—¿Y cuáles eran las condiciones de ese propuesto tratado? preguntó el monarca, reprimiendo á duras penas el despecho que estallaba ya en sus miradas.

—Las condiciones, dijo el del Leopardo, no me eran conocidas. Púselas selladas en manos del santo varon.

—¿Y qué piensas, dijo el rey, de ese ermitaño? ¿Es santo, es loco, es traidor?

—Su locura, señor, continuó el Escocés, no es mas que un artificio para cautivarse el respeto de los paganos, que miran á los locos como inspirados del cielo, y aun por esto la aparenta en ciertas ocasiones, y cuando mas conviene á su propósito; mas no se nota en su porte jeneral y conversacion el menor síntoma de des temple.

—Verdad puede ser, dijo el monarca, reclinándose de nuevo en la cama, de que habia procurado alzar-se durante el principio de esta conversacion. ¿Y en cuanto á su penitencia y austeridad?

—Su penitencia, repuso sir Kenneth, me parece sincera, y efecto del remordimiento producido por algun grave delito, por el cual, segun dice, se halla condenado á eterna reprobacion.

—¿Y cuál es su opinion acerca de la guerra actual? preguntó Ricardo.

—Paréceme, señor, dijo sir Kenneth, que ha llegado á desesperar de la seguridad de Palestina, como de la salvacion de su alma, á menos de sobreenir un milagro del cielo; sobre todo, desde el punto y hora en que

Ricardo de Inglaterra no capitanea las huestes de Cristo.

— ¡Y por tanto, exclamó el rey, la cobarde política de ese ermitaño fomenta la de esos mezquinos príncipes, que, en desprecio de su fe, y promesa, y pleito homenaje, solo son arrojados y decididos cuando es llegada la hora de la fuga! Malsines! Echen á correr, si quieren, y atropellen á un moribundo aislado, ya que no osan atacar de frente al enemigo.

— Vuestra Majestad me permita decirle, repuso el Escocés, que esas palabras parecen hijas de la fiebre, y que la dolencia de Ricardo es enemigo mas formidable á las armas cristianas, que todos los enjambres de infieles que pueda arrojar de su seno el Asia.»

El rostro de Ricardo parecia, en efecto, extraordinariamente inflamado y enrojecido; sus ademanes eran desconcertados y violentos. La contraccion de sus músculos, y respiracion agitada y desigual, indicaban los dolores del cuerpo y las ansias del corazon, mientras su espíritu, como en despecho de ambos, y enseñoreándose sobre aquella borrasca de tormentos, le conservaba desembarazada la reflexion, y espedita la lengua.

— Puedes adularme, sir Kenneth, dijo el rey, pero harto será que me alucines. Aun tengo que saber de ti otras cosas. ¿Vistes á mi real consorte en Engaddi?

— No puedo decir si la he visto, respondió sir Kenneth, con gran turbacion, teniendo presente la procesion nocturna de la capilla.

— Pregúntote, continuó con voz mas firme el monarca, si has estado en la capilla del convento de monjas Carmelitas de Engaddi, y si has visto en él á Berenguela, reina de Inglaterra, y á las damas de su corte, que han ido con ella en romería.

— Señor, respondió sir Kenneth, la verdad os diré, como si me hallase á los piés del confesor. En una capilla

subterránea, á que me condujo el santo anacoreta, vi á unas damas que adoraban la mas sagrada de las reliquias; pero como no ví sus rostros, ni oí sus voces, salvo en los himnos que cantaban, no puedo decir á Vuestra Real Majestad, si estaba entre ellas la reina mi señora.

— ¿Y no habia entre ellas alguna que tú conoces? preguntó el rey. »

Sir Kenneth no respondió.

— Lo que te pregunto, dijo Ricardo, apoyando el codo en la almohada, como caballero y soldado, y tu respuesta me hará conocer si estos títulos increíbles, es si conoces á alguna de esas damas que en la capilla de Engaddi has visto.

— Señor, respondió turbado sir Kenneth; creo que sí.

— Y yo tambien lo creo, dijo Ricardo, con voz alterada, y ceñido sobrecejo; mas basta por hoy. Leopardo eres; guárdate de provocar la garrá del Leon. Euamorarse de la Luna, es desvarío; lanzarse á ella desde los bastiones de un castillo, es muerte y perdicino.»

En este instante se oyó algun ruido en la antecámara del rey, el cual mudando de aspecto, y suavizando la voz, — Anda, dijo, en busca de De Vaux y de ese doctor árabe que Saladino me envia. Mi vida está en manos del Soldan; abjure su falsa ley, y yo le ayudaré con todo el vigor de mi brazo á arrojar de sus dominios esa turba francesa y austríaca, y tan bien gobernada estará la Palestina, como en tiempo de sus antiguos reyes, unjidos por decreto especial del cielo.»

Retiróse el caballero del Leopardo, á tiempo que el gentilhombre de guardia entró en la cámara del rey, y anunció una diputacion del consejo, que venia á presentarse al monarca de Inglaterra.

— ¿Quiénes son los embajadores? preguntó Ricardo.

— El Gran Maestre de los Templarios, respondió el gentilhombre, y

marqués de Monserrate.

— Francia no gusta de visitar enanos, dijo el rey: mas Ricardo no hubiera separado de la cabecera de su cipe, á verse este en la misma situación. Jocelyn, arregla esta colcha, que parece un mar en borrasca; dame un espejo de acero; pásame un peine por el cabello y por la barba, que parecen melenas de león; trácame agua.

— Señor, dijo temblando el gentil-hombre, los médicos han prohibido á vuestra Majestad el uso de agua fria.

— Confúndalos Barrabás, exclamó Ricardo; ya que no pueden curarme, que no me atormenten á lo menos.

El gentil-hombre obedeció, y el rey, despues de haberse lavado, —entren, dijo, esos embajadores; no dirán ahora que la enfermedad ha hecho á Ricardo desentendido en su persona.

El célebre Maestre de los Templarios era de alta estatura, flaco, de aspecto duro y guerrero, sombrío, aunque penetrante en sus miradas, y su poblado entrecejo indicaba, en su espesa oscuridad, los tenebrosos proyectos é intrincadas maquinaciones que en su cabeza se anidaban. Colocado al frente de aquella orden estraña y equívoca, en que los individuos no eran nada, siendo tan poderoso y terrible su conjunto, solo pensaba y solo promovía sus propios intereses y ventajas, aun á espensas y con sacrificio de la religion, que el cuerpo entero habia jurado sostener con las armas en la mano. Aunque sacerdote cristiano, acusábanle jeneralmente de herejía y nigromancia; y aunque obligado por sus votos á proteger y rescatar el Santo Sepulcro, sospechábase en todo el ejército que tenia secretas inteligencias y liga con el Soldan. El carácter personal del Gran Maestre, era, como su orden, un enigma que nadie podia entender, y en que nadie osaba penetrar. Su traje era el manto blanco de que los Templarios usaban en las ocasiones solemnes, y llevaba en la mano el *abacax*, ó báculo

simbólico de su ministerio, cuya peculiar hechura habia dado lugar á las conjeturas mas singulares, puesto que no faltaba quien creyese que esta órden de caballeros cristianos respetaba los mas absurdos misterios del Paganismo.

El exterior de Conrado de Monserrate era mucho mas galan y agradable que el del tétrico y misterioso personaje que le acompañaba. Era de bello parecer, de mediana edad, aunque tirando mas bien á la vejez; valiente en campaña, sensato en el consejo, y alegre y cortés en tiempo de solaz y de fiesta; mas se le echaba en cara la versatilidad de sus opiniones, su mezquino y ambicioso egoísmo, sus ocultos deseos de estender el territorio de su principado, á espensas del reino Latino de Palestina, y las negociaciones privadas que habia entablado con Saladino, á fin de alcanzar el término de su política en daño de toda la liga cristiana.

Hechos por estos dos magnates los saludos de estilo, y cortesmente devueltos por el rey Ricardo, el marqués de Monserrate empezó á esponer los motivos de aquella visita, diciendo que eran enviados al real pabellon por los reyes y príncipes que componian el consejo de la Cruzada, los cuales deseaban con ansia tener noticias de la salud de su magnánimo aliado, el valiente rey de Inglaterra.

— Me consta, respondió el rey, el afectuoso interés con que los reyes y príncipes del consejo miran el estado de mi salud, y aun por esto me hago cargo de lo mucho que habrán padecido estos catorce últimos dias, durante los cuales han tenido á bien comprimir los movimientos de su curiosidad, temerosos sin duda de agravar mi padecer con las demostraciones de su inquietud.

Esta respuesta detuvo el torrente de la elocuencia del marqués, y le dejó algun tanto confuso. Su torvo compañero tomó el hilo del discurso,

y con toda la sequedad y grave lacónismo que el respeto permitía delante de un monarca, dió parte al rey de que venían diputados por el consejo, para rogarle, en nombre de la Cristianidad, no pusiese su preciosa salud en manos de aquel físico infiel, enviado por Saladino, interin el consejo, por las medidas que para ello había tomado, no confirmase ó removiese las sospechas que, en sentir de todos sus ilustres miembros, debían escitar tan no vistas ocurrencias.

—Gran Maestre de la santa y valiente Orden de los caballeros del Temple, y vos, muy noble marqués de Monserrate, respondió el monarca, si teneis á bien retiraros en la inmediata antecámara, pronto seréis testigos del aprecio en que tengo la esmerada benevolencia de nuestros altos y reales hermanos y compañeros en esta santa guerra.»

El marqués y el Gran Maestre se retiraron, y no habían estado muchos minutos en la antecámara, cuando vieron entrar al médico sarraceno, en compañía del baron de Gilsland, y de sir Kenneth el del Leopardo. El baron entró algo despues que los otros dos, por haberse detenido en la puerta, á dar algunas órdenes á los guardias.

El Arabe hizo al entrar una profunda reverencia á estilo oriental, dirijiéndola al Gran Maestre y al marqués, cuyas altas dignidades se echaban de ver en sus ropajes é insignias. El Gran Maestre devolvió el saludo con desdeñosa frialdad, y el marqués con aquella afable cortesía, que practicaba con toda clase de jentes, sin distincion de jerarquía ni clase. A esta introduccion siguió una breve pausa; porque el Escocés, aguardando la llegada de De Vaux, no osaba, de su propia autoridad, pasar adelante ni introducirse en la cámara del rey, en cuyo intervalo el Gran Maestre, dirijiéndose gravemente al Musulman:—Infiel, le dijo, ¿tienes

ánimo bastante para practicar el arte que profesas, en la persona de un soberano unjido, jefe de las huestes cristianas?

—El sol de Alá, respondió El Hakim, da sus rayos al Nazareno, como al verdadero creyente, y su servidor no distingue entre uno y otro, cuando es llamado á ejercer el arte que posee, de dar la salud.

—Deslumbrado Hakim, continuó el Templario, ú como quiera que te llames, ¿sabes que si el rey de Inglaterra muere á efecto de tus drogas, será dividido tu cuerpo por cuatro caballos indómitos?

—Injusta sería tamaña crueldad, respondió el sabio, puesto que solo me es dado usar de medios humanos, y que el éxito está escrito en el libro de la luz.

—Considerad, reverendo y valiente Gran Maestre, dijo el de Monserrate, que este sabio no está enterado en las obligaciones de nuestra orden de caballería, fundada en el temor de Dios, y para defensa de sus unjidos. Ten entendido, grave doctor, de cuyo saber no dudamos, que el medio mas sensato que debes adoptar, es comparecer ante el ilustre consejo de nuestra santa liga, y dar cuenta en él, y en presencia de los sabios y eruditos médicos que designe, de los métodos y prácticas de que piensas hacer uso en la cura de este alto y potente monarca; no de otro modo podrás evitar el peligro que te amenaza, si temerariamente tomas á tu solo cargo, y bajo tu responsabilidad, materia de tanto peso y consecuencia.

—Magníficos señores, dijo El Hakim, comprendo el objeto de vuestra proposicion. Sabed empero que la ciencia tiene campeones, como la milicia, y mártires como la religion que profesais. Yo vengo mandado por mi soberano el Soldan Saladino, para curar á este rey nazareno, y, con la bendicion del Profeta, su precepto será obedecido. Si no acierto,

espadas llevais sedientas de sangre de los verdaderos creyentes, y yo presentaré el pecho á vuestros golpes. Mas en ningun caso me reduciréis á razonar con un incircunciso sobre la virtud de las medicinas de que he adquirido conocimiento, por la gracia del Profeta, y os ruego por tanto no me pongais demora, ni retardeis el ejercicio de mi ministerio.

—¿Quién habla de demoras y detenciones? preguntó el baron, que á la sazón entraba apresuradamente en la antecámara: demasiadas demoras ha habido. Dios os guarde, marqués de Monserrate, y á vos, valiente Gran Maestre, y perdonad que no me detenga, pues antes que todo es introducir este sabio Musulman á la cámara de mi amo.

—Milord, dijo el marqués en lengua normanda, ¿sabeis que venimos de parte del consejo de los reyes y príncipes de la Cruzada, á representar contra la determinacion de confiar á un físico infiel y desconocido la importante salud de vuestro amo el rey Ricardo?

—Noble marqués, respondió con prontitud sir Tomás, ni puedo detenerme á perder el tiempo en palabras, ni gusto mucho de conversacion; además de lo cual, estoy mucho mas dispuesto á creer lo que ven mis propios ojos, que lo que oyen mis oídos. Estoy satisfecho y convencido de que este pagano puede curar el mal de Ricardo, y creo y confío en que hará cuanto de su parte esté. El tiempo es precioso. Si el mismo Mahoma, á quien Dios maldiga, se hallara á la puerta de la tienda, con el mismo loable intento que el de este Adonebec El Hakim, pecado seria detenerle un solo minuto: con que, bésoos las manos, y vamos á lo que importa.

—El rey mismo, repuso el de Monserrate, quiere que estemos presentes, cuando este físico entre á asistirle.»

El baron habló á parte con el jenilhombre, sin duda para averiguar la verdad del caso. Despues volvió á dirigirse á los dos diputados del consejo, y les dijo:—Señores, si así os agrada, seréis bien recibidos en la cámara de mi amo; pero sea en la inteligencia de que todo el que interrumpa de accion ó de palabra á este sabio físico en el cumplimiento de su deber, saldrá de la tienda, arrojado por mi mano, sin consideracion alguna á empleo ú jerarquía: porque digo y repito que estoy satisfecho de la virtud de sus medicinas, y que si se negara á tomarlas el rey, por la Virgen del monte Carmelo, nos veríamos las caras, y tendria que tomarlas, mal que le pesase. Vamos á dentro, El Hakim.»

Dijo estas últimas palabras en lengua franca, y el físico obedeció sin detenerse. El Gran Maestre frunció el jesto, al ver la poca ceremonia del baron, pero miró al marqués, y desarrugó en cuanto pudo la frente. Los dos siguieron á sir Tomás y al Sarraceno, al aposento en que Ricardo aguardaba á este, con la impaciencia que todo enfermo experimenta en casos semejantes. Sir Kenneth, cuya presencia no habia sido requerida, mas á quien no se habia negado la entrada, creyó que en las circunstancias en que se hallaba, era de su deber seguir los pasos de El Hakim; pero conociendo la inferioridad de su jerarquía, se mantuvo respetuosamente en un rincon de la cámara.

Ricardo, al ver entrar esta comitiva, dió rienda suelta á su natural franqueza y locuacidad, dirigiendo sucesivamente la palabra á cada uno de los que entraron. —Mis nobles aliados, dijo á los diputados del consejo, yo os saludo como á representantes de la liga cristiana; pronto estará Ricardo á vuestro lado en el campo del honor, si no van antes á la tierra los despojos de su humanidad. De Vaux, viva ó muera tu amo,

recibe el testimonio de su gratitud. ¿Quién es ese otro, que mis ojos turbados por la fiebre no pueden distinguir? ¡Ah, sir Kenneth! ¡El que quiere subir al cielo sin escalera! Sea igualmente bien venido. Vamos, señor Hakim, manos á la obra.»

El físico, que de antemano se habia informado de los síntomas varios que habia presentado la enfermedad del rey, le tomó el pulso, y lo estuvo observando largo rato con la mayor atencion, en tanto que permanecian suspensos todos los asistentes, callados, y fijas las miradas en el doctor y en el paciente. El sabio dejó el pulso, llenó una copa de agua fresca, introdujo en ella la bolsa de que habia hecho uso en la cura del escudero, y cuando creyó que estaba preparado el remedio, presentó la copa al monarca, el cual detuvo su movimiento, diciéndole:—Aguarda un poco; tú me has tomado el pulso; yo voy ahora á tomar el tuyo, que tambien entiendo algo de medicina, como todo buen caballero.»

El Arabe presentó el puño sin vacilar, y el rey tomó en sus anchas y nervudas manos, las sutiles y delicadas del Sarraceno.

—Su sangre late tan plácidamente como la de un niño, dijo Ricardo; no late así la del que va á emponzoñar á un príncipe. De Vaux, que viva ó que muera, despide á El Hakim con honor y seguridad. Amigo, mil cosas de mi parte al noble Saladino. Si muero, no muero sospechando su buena fe; si vivo, le daré las gracias como á un guerrero corresponde.»

Dicho esto, se sentó en la cama, tomó la copa de manos del físico, y encarándose con el marqués y el gran Maestre: —Oid, les dijo, estas palabras, y repetidlas despues bebiendo un vaso de vino de Chipre: al honor inmortal del primer caballero cruzado que clave espada ó lanza en las puertas de Jerusalem: á la ignominia y eterna infamia de cualquiera que

vuelva la espalda al arado en que ha puesto la mano.»

Apuró la copa, la devolvió al Arabe, y se dejó caer en los almohadones. El físico entonces, en señas mudas, pero espresivas, dió á entender que todos debian retirarse, menos él y sir Tomás, á quien ninguna fuerza humana hubiera podido arrancar de aquel sitio. Todos le obedecieron.

CAPITULO X.

El marqués de Monserrate y el Gran Maestre de los caballeros templarios, se pararon á la salida del pabellon del rey, en que habian sido testigos de aquella estraña escena, y estuvieron contemplando el vasto circulo que formaban en torno de la tienda las guardias del rey, para que nadie se acercase ni turbase su reposo. Los soldados parecian tristes, abatidos y taciturnos, y con tal precaucion andaban, que aunque eran muchos, y todos estaban armados, no se dejaba oir el menor ruido de espada ni broquel. Al pasar por las filas aquellos dos magnates, los soldados inclinaron las armas, en señal de honor y reverencia, mas sin interrumpir el silencio que reinaba en todo aquel circuito.

—Gran mudanza se nota entre estos perros isleños, dijo el Templario al de Monserrate, cuando se vió á alguna distancia de la tropa. — ¡Qué tumulto y qué algazara solian hacer antes en las cercanías de este pabellon! Los unos jugaban á la barra, los otros á los bolos; estos luchaban, aquellos entonaban trovas, y apuraban jarros de vino, como si el campamento fuera una feria, y la tienda de su soberano una taberna de las muchas que hay á las orillas del Támesis.

—Los mastines son animales fieles, repuso el de Monserrate, y el rey su amo se ha granjeado su afecto permitiéndoles esos desahogos y pasa-

tiempos, que tan del gusto son de la jente de aquel pais.

—De buen humor está Ricardo, continuó el gran Maestre, y no parece que ha hecho gran mella en su índole la enfermedad. ¿Notasteis aquel brindis al tomar la copa? Mas hubiérase convenido en tales circunstancias encomendar el alma á Dios, y decir el *Miserere*.

—El último trago de su vida fuera aquel, dijo el de Monserrate, si Saladino fuera otra especie de Turco. Pero no todos los que llevan turbante y se vuelven á la Meca, cuando grita el Muzzein, son de la misma ralea. El Soldan la echa de fiel, de honrado y generoso, como si fueran propias de un perro pagano las virtudes de un caballero que ha tenido la dicha de recibir las aguas del bautismo. ¿Sabéis las voces que por ahí corren? Que Saladino ha escrito á Ricardo pidiéndole que le dé la pescozada de caballero.

—Por San Bernardo, exclamó el del Temple, sería cosa de descalzar las espuelas, desceñir la espada y borrar nuestros timbres, si se diera el mas alto honor de la Cristiandad á un Turco de diez sueldos.

—En poco apreciáis al Soldan de Egipto, dijo Conrado, aunque si ha de decirse la verdad, mejores los he visto yo vender por cuatro sueldos en la mazmorra.»

Iban en esta conversacion, cuando llegaron á sus caballos, que habian quedado á cierta distancia de la tienda del rey, en manos de un vistoso y lucido acompañamiento de escuderos y pajes. Conrado, despues de haberse detenido un poco, — El viento de la tarde, dijo, sopla benignamente, y refresca los aires. ¿No será mejor gozar de sus hálitos, y dirijirnos á pié hácia nuestras tiendas por enmedio de las líneas del campamento? » Convino en esta proposicion el Gran Maestre, y despedidos los caballos y acompañamiento, los dos diputados

del consejo echaron á andar, alejándose, como por mutuo consentimiento, de los puntos mas habitados, y encaminándose á la ancha esplanada que mediaba entre las tiendas y las defensas exteriores, donde podian hablar con mas desahogo, y sin ser vistos de nadie, salvo de las centinelas.

Al principio conversaron de asuntos militares y de preparativos de defensa: mas estas materias no escitaban sobradamente su interés, y muy en breve las dejaron. Despues de haber dado algunos pasos en silencio, el marqués se detuvo de pronto, como si hubiera formado una grave resolucion, y fijando por algunos momentos sus ojos en los cavilosos y hundidos del Maestre: — Quisiera preguntaros, le dijo, reverendo Gil Amaury, si en esto no ofendo vuestro honor ni vuestra virtud, cuando llegará el dia en que os despojeis, para conmigo, de todo doblez y disimulo, y hablemos los dos como amigos, y, segun suele decirse, con el corazon en las manos.»

El Templario miró al marqués, se sonrió, y continuó andando.

—El doblez y el disimulo, dijo al fin, no solo se ocultan bajo un rostro ceñudo y desapacible: tambien suelen servirles de máscara la jovialidad y la sonrisa.

—Sea en buen hora, dijo el marqués, agarrándose la barba, y haciendo el ademan de quitarse una mascarilla; ya me teneis aquí como Dios me crió. ¿Qué pensais del éxito de esta Cruzada, con respecto á los intereses de vuestra órden?

—Eso se llama, respondió el Gran Maestre, querer arrancar mi velo, y conservar el que os cubre: voy sin embargo á responderos con una parábola, que me refirió en cierta ocasion un santón de esos desiertos. Un labrador pedia lluvia á los cielos, y murmuraba cuando no caia bastante. Para castigar su impaciencia, Alá, como decia el santón, envió el Eufirates á sus sembrados, y de este

modo perdió todo el fruto de sus sudores, consiguiendo aquello que con tanta ansia habia pedido.

—Verdad habló el Musulman, dijo el marqués, y ¡pluguiese al cielo que hubiera tragado el Océano las nueve décimas partes del armamento de estos principes! Lo que quedase, bastaria para llevar adelante el propósito de los Cristianos nobles de Palestina, pobres restos del reino latino de Jerusalem. Nosotros solos hubiéramos salvado la nao de la borrasca, y con moderados auxilios de soldados y dinero, hubiéramos obligado á Saladino á darnos paz y proteccion en honrosos términos. Mas ahora los peligros con que lo amenaza este enjambre de tercios y escuadrones, le obligarán á echar mano de los últimos recursos; y si escapa con vida y con trono, no es probable que nos deje en posesion de estos principados de Siria, ni que sufra estas ligas y pactos militares, de las que tanto descalabro ha recibido.

—¡Y si lo contrario sucede! dijo el Templario. ¡Y si esos aventureros logran al fin volver á plantar la Cruz en los baluartes de Sion!

—¿Y qué sacarán de ello la orden de los Templarios y Conrado de Monserrate? preguntó este con prontitud y mal humor.

—Conrado de Monserrate, dijo el Gran Maestre, puede llegar á ser rey de Jerusalem.

—Cosas hay, dijo Conrado, que suenan mucho, y están huecas. El reino de Jerusalem da mas honra que provecho, y bien hubiera podido Godofredo de Bouillon tomar la corona de espinas, por emblema de su dignidad. Os confieso, Gran Maestre, que voy cobrando aficion á estos gobiernos de Oriente, porque veo en ellos la verdadera y castiza monarquía, que no debe constar sino de rey y vasallos; pastor y rebaño, que es lo mas natural y sencillo. Ved cuán intrincada y artificial es esta cadena de eslabones

feudales. Por lo que á mí toca, mas quisiera empuñar con mano firme y suelta el baston de mi pobre marquesado, que el cetro de una vasta monarquía, sujeto y sometido á la voluntad de todos esos barones feudales, tan envidiosos y altivos, que han partido entre sí, como bolsa de caminante, la tierra de Jerusalem. Un rey debe proceder á sus anchas, sin tropezar aquí con un foso, y allí con una cerca; ora con un privilegio feudal, ora con un baron armado de piés á cabeza para defenderlo. En una palabra, y hablando sin rodeos, si Ricardo se recobra, y toma parte en la eleccion, Guido de Lusignan será el preferido, y yo me quedaré tan marqués de Monserrate como ahora lo soy.

—Bastante habeis dicho, contestó el Gran Maestre, para convencerme de vuestra sinceridad. Otros muchos piensan como vos, mas pocos son los que se atreven á confesar francamente que no apeteecen el restablecimiento del reino de Jerusalem, si no mas bien apoderarse de alguno de sus fragmentos. Son como el bárbaro isleño que salva la nao de la tormenta, para enriquecerse con los despojos de los náufragos.

—¿Seréis capaz de venderme? preguntó el de Monserrate, mirando fijamente al Gran Maestre. Tened entendido que no acostumbro dar mi confianza al primero que se presenta, y que mis brazos están siempre apercebidos á dar apoyo á mis intentos. Podeis oponeros, si así os agrada, al que acabo de descubrirlos, mas yo no temo entrar en lid con el mejor Caballero Templario que puso jamás lanza en ristre.

—Violento sois, dijo el Gran Maestre, y precipitado en demasía; yo os juro sin embargo por el Santo Templo que mi orden ha jurado defender.

—¿Cuál templo entendeis? preguntó Conrado, interrumpiendo al Gran Maestre, y dejándose llevar del humor satírico, que muchas veces

tenia mas fuerza en él que la política y la discrecion. ¿Jurais por él que está en las montañas de Sion, ó por otro edificio emblemático y simbólico, de que tanto hablais vosotros, segun por ahí dicen, en las secretas vedas dónde os reunís en conciliábulo, y que no parece ser otra cosa que el engrandecimiento y prosperidad de vuestra santa y valiente orden?»

El Templario reprimió la cólera que estas palabras del marqués enjendraron en su corazon; pero recobrándose inmediatamente: — Cualquiera que sea, dijo, el templo á que mi juramento se refiere, es sagrado é inviolable. Holgárame de poder ligarte con alguno de tanta fuerza y valor.

— Y yo te juro verdad y confianza, dijo Conrado, por la corona de marqués, que espero convertir, antes que estas guerras terminen, en otra de mas precio y autoridad; que en verdad es peso sobrado lijero para mis sienes, y la ducal me convendria mucho, y me guareceria mejor de estos huracanes y torbellinos que andan, aunque no tanto como la diadema real, con su foro de armiño y terciopelo. En una palabra, nuestros intereses son comunes; porque si estos príncipes aliados se apoderan de Jerusalem, y colocan en aquel trono un monarca de su eleccion, no creais, Gran Maestre, que mi marquesado quedará mas espuesto que vuestra Orden á perder para siempre su independencia. No por cierto. Los orgullosos caballeros de San Juan irán á poner emplastos, y curar heridas en los hospitales; y vosotros, poderosos y venerables caballeros del Temple, os reduciréis á vuestra simple condicion de soldados; á dormir tres en el mismo tablado, y á montar dos en el mismo caballo, como lo haciais en los primeros tiempos de vuestra fundacion, segun lo manifesta todavía el escudo de vuestras armas.

— Tarde será; dijo con altanería el Gran Maestre, cuando venga á tal

abatimiento una Orden que tantos privilegios, tesoros y timbres posee en el día.

— De poco os aprovecharian esas ventajas, repuso Conrado de Monserrate; ellas son al contrario las que escitarian los recelos de estos Soberanos: y las que los inducirian á humillarlos y destruirlos, como ya lo habrian hecho, á no ser por la proteccion que el Santo Padre os dispensa, y por la falta que harian vuestros socorros al ejército de la Cruzada. Salgan triunfantes en su empeño, y seréis aniquilados, como la lanza que se rompe contra un broquel de acero.

— No carece de fundamento vuestro discurso, dijo el Templario; pero ¿cuáles serian nuestras comunes esperanzas, si retirasen sus fuerzas los monarcas, y dejasen la Tierra Santa en manos de Saladino?

— Grandes y seguras, respondió el de Monserrate. Saladino daria grandes provincias por tener á su devocion un cuerpo escogido de lanceros francos. Egipto y Persia enviarian tropas auxiliares, que, unidas á su caballería lijera, bastarian á asegurar la superioridad, en caso de guerra. Seríamos tributarios y dependientes, mas no por largo tiempo; porque los imperios de Oriente nacen y perecen, como los hongos en el bosque, y muerto el Soldan, todo podria mudar de aspecto. Llegado este caso, y fortalecidos nosotros con frecuentes refuerzos de arrojados caballeros; libres, en fin, de la tutela de estos monarcas, que tanta sombra nos hace, y en tan humilde vasallaje nos tiene, ¿á qué no podríamos aspirar, y qué no podríamos emprender? ¿Y no vale mas esta perspectiva que la degradacion y avasallamiento que nos aguarda, si logran lo que desean, y llegan á apoderarse de la Santa Ciudad?

— Decís bien, noble marqués de Monserrate, dijo el Gran Maestre; mi corazon repite el eco de vuestras palabras. Cautela, sobre todo; Felipe

de Francia es tan cuerdo como animoso.

— Sí, por cierto, contestó el marqués, y no será difícil arrancarle y distraerle de esta expedición, en que se ha empeñado temerariamente en un raptó de entusiasmo, ú por dar gusto á sus caballeros y nobles. Felipe mira con rezelo á su natural enemigo Ricardo, y el campo de su ambición está mas cerca del Sena que del Jordán. Cualquier pretexto le bastará para retirarse de esta escena, en que ya conoce que se está debilitando y consumiendo la flor de sus tropas.

— ¿Y el duque de Austria? preguntó el Templario.

— Tocante al duque, respondió Conrado, su presunción y locura le conducirán al término que Felipe abrazará por política y sabiduría. Figúrasele, y plegue á Dios no se desengañe, que está desairado y tratado con injusto menosprecio, porque los loores de Ricardo andan en bocas de todos, y aun hasta en las de los yuglares y músicos que le han venido acompañando desde Viena. Por esto se huelga tanto en los males del rey de Inglaterra, como el asno de la fábula, que nunca osó mirar de frente al león, sino cuando lo vió en las ansias de la muerte, y entonces le dió de coces. Os hablo con esta libertad y fanqueza, solo para mostraros la sinceridad con que deseo que esta liga se disuelva, y quede libre el país de esas huestes del Norte, lo cual no parece tan remoto ni imposible, pues como sabeis y habeis visto, todos los príncipes de influjo y poder, escepto uno solo, están dispuestos á entrar en tratado con Saladino.

— Lo sé, dijo el Gran Maestre, y harto ciego sería el que no hubiera penetrado esas intenciones en las últimas pláticas del consejo. Mas ya que tocamos este punto, decidme qué significa la propuesta de enviar mensaje á Saladino, por medio de ese Inglés ó Escocés, ó lo que quiera que sea el

del Leopardo.

— En eso hay mas de lo que parece, respondió el Italiano; bástale haber nacido en Bretaña para poder penetrar las intenciones de Saladino, el cual sabe que es de los tercios de Ricardo, y es natural que lo crea adicto á su persona. Pero el del Leopardo es Escocés, y en él se reúnen ciertas circunstancias que me son conocidas, y por las cuales Ricardo lo mira con malos ojos; por manera que no haya miedo vaya á confiarle, y sobre todo hallándose el rey enfermo, el encargo que se le ha conferido.

— ¡Sutíl política por cierto! exclamó el Templario; cuerdas mas sólidas que las telas tejidas por araña de Italia, son las que han de aprisionar al Sansón de la Isla. ¿No estáis viendo que ese enviado, que tan cautamente habeis escogido, es el mismo que trae á Ricardo un médico, para que vigorice las lánguidas venas del león? Y si llega á erguirse de su prostración actual, ¿quién osará mirarle cara á cara? Le seguiríamos como antes, amigo Conrado; la vergüenza nos volverá á poner bajo su yugo, por mas que prefiriésemos seguir al mismo Satanás.

— Si el Sarraceno sabe hacer milagros, repuso el de Monserrate, y logra que por medio de sus ensalmos recobre Ricardo la salud, no será difícil que, cuando se levante, esté rota la liga para siempre. El Francés y el Austriaco no están lejos de desavenirse con su aliado el Inglés; y si esto se verifica, Ricardo podrá mandar sus tropas; empero nunca se pondrá al frente de las de la Cruzada.

— Sois buen balletero, dijo el Templario, pero el arco no es tan bueno como las intenciones.»

Detúvose al decir estas palabras, echó una inquieta mirada en torno, para ver si alguien los oía, y tomando la mano del marqués, y mirándole fijamente en el rostro: — ¡Ricardo, dijo, recobrar la salud!.. nunca.»

El marqués se paró atónito. — ¡Nunca! repitió. ¡Ricardo de Inglaterra! ¡El Corazon de Leon! ¡El caudillo de la Cruzada!

— ¿Sabes lo que estoy viendo en ti en este momento? dijo el Gran Maestre; no ya al político marqués de Monserrate; no al que dirige el consejo de los príncipes, y decide la suerte de los imperios; si no á un aprendiz de nigromancia, que, leyendo por acaso el libro de su maestro, pronuncia el conjuro, y queda aterrado cuando el espíritu aparece.

— En verdad, dijo Conrado, que si otro medio mas seguro no se presenta, el que has indicado es el que va mas derechamente á nuestro propósito; pero, por la Virgen María, pensemos en las consecuencias. Gil Amaury y Conrado de Monserrate van á ser la maldicion de toda la Cristiandad, desde el Papa hasta el mendigo que pordioseá á la puerta de la Iglesia.

— Si así lo tomas, dijo el Templario, sin alterar la compostura que habia observado durante aquella conversacion, haz cuenta que nada ha pasado entre los dos; que todo esto ha sido un sueño, y que al despertarnos, la vision se ha desvanecido.

— No se borrará jamás de mi memoria, dijo Conrado.

— Haces mal, repuso el Templario; mejor es pensar en coronas ducales y en diademas forradas de terciopelo y armiño.

— Está bien, dijo el de Monserrate, rompamos antes la amistad entre Austria é Inglaterra. »

Separáronse al concluir estas palabras Conrado, el cual permaneció inmóvil, signiendo con la vista los pasos del Gran Maestre, hasta que los pliegues de su blanco manto desaparecieron de un todo en las sombras de la noche. Conrado era soberbio, ambicioso, y nada escrupuloso en la eleccion de los medios que á sus intentos podian conducir. Pero al

mismo tiempo gustaba de pasatiempos y deleites, y, como todos aquellos en quienes estas aficiones dominan, miraba con horror que otros padeciesen por su causa, y la crueldad era repugnante á su índole: además de lo cual, tomaba muy á pechos todo lo que podia menoscabar su fama, y este esmero suele suplir la falta de las prendas jenerosas, que son las que verdaderamente sostienen la fama y la reputacion.

— En verdad, se dijo á sí mismo, fijos siempre los ojos en el sitio por donde el Gran Maestre se habia retirado, en verdad, que he puesto en manos de Luzbel las armas de la venganza. ¡Quién hubiera pensado tamaño arrojó del ascético y piadoso Maestre de los Templarios! Su elevacion y su prosperidad se hallan como anegadas y confundidas en la de su orden; y se atreve á mas por efecto de ojeriza, que yo por mi interés y adelanto. ¡Yo no pensaba mas que en desunir! ¡y él quiere cortar!»

Tales eran las meditaciones que vagaban en la incierta fantasía del marqués de Monserrate, cuando interrumpió su mudo soliloquio una voz que oyó á corta distancia, y que, en ecos pausados y penetrantes, decia: — Acordaos dei Santo Sepulcro. »

Esta breve y enfática exhortacion pasó de centinela en centinela, como era costumbre en los campamentos de los ejércitos de la Cruzada, siendo su objeto que no se borrara de la memoria de los caballeros el propósito de su expedicion, y la empresa que habian jurado llevar á cabo. Mas aunque Conrado estaba acostumbrado á aquella formalidad, en la ocasion presente, de tal modo se adaptaba á sus reflexiones, que se le figuró oir un aviso del cielo, por cuyo medio la Providencia pronunciaba su anatema contra la iniquidad que estaba meditando. Miró ansiosamente en torno de sí, á guisa del patriarca de los pasados siglos, cuando buscó al carnero

CAPITULO XI.

oculto entre las matas, para que sirviera de víctima al sacrificio. Mas el holocausto de Conrado no era dirigido al Sér Supremo, sino al Moloc de su ambicion. El acaso le ofreció entonces á la vista el estandarte real de Inglaterra, cuyos anchos pliegues pausada y majestuosamente se movian á los leves impulsos del céfiro del Ocaso. Estaba plantada aquella noble insignia casi en medio del campamento, sobre una elevacion hecha de mano de hombre, en la cual reposaban quizás los despojos mortales de algun caudillo hebreo. Mas si tal habia sido en efecto su primitivo destino, los tiempos habian borrado su memoria y su nombre, y los Cristianos le habian dado el de Monte de San Jorje, porque el estandarte inglés estaba colocado en aquella elevacion, desde la venida de Ricardo, en símbolo de su preeminencia y superioridad, sobre los muchos pendones y banderas de reyes, duques y otros magnates, que se veian tremolados en los puntos inferiores del campamento.

Las mas leves casualidades suelen llevar graves pensamientos, é inspirar firmes resoluciones á los entendimientos vivos y á las almas ardientes. Aquella simple ojeada bastó para disipar del ánimo del marqués las incertidumbres con que lidiaba. Encaminóse apresuradamente á su pabellon, y embargadas todas sus ideas por los designios que habia resuelto ejecutar, despidió á la numerosa servidumbre que aguardaba sus órdenes, y se retiró á su aposento, repitiendo en su interior que los medios mas suaves deben preceder á los mas desesperados y violentos.

—Mañana, dijo, me sentaré á la mesa del archiduque de Austria: veamos lo que puede hacerse por su influjo, antes de adoptar las negras sujestiones del Templario.»

LEOPOLDO, gran duque de Austria, fué el primero de los poseedores de aquel vasto pais, que subió á la elevada condicion de principe. Confiósele el título de gran duque del Imperio Germánico, en atención á su inmediato parentesco con el emperador Enrique el Firme, y su gobierno abrazaba las mas bellas provincias de cuantas baña el Danubio. La historia ha echado un baldon en su carácter, de resultas de un rasgo de violencia y perfidia, que fué ocasionado por estas mismas guerras de Tierra Santa: y con todo, aunque es cierto que hizo prisionero á Ricardo, cuando pasaba disfrazado y sin acompañamiento por sus estados, de vuelta á Inglaterra, esta falsia no procedió de la índole natural de Leopoldo, en quien no eran tan poderosas la ambicion y la tiranía, como la flaqueza y la vanidad. Las cualidades de su ánimo se retrataban en el aspecto de su persona. Era alto, fuerte, hermoso; notable por el color blanco y sonrosado de su rostro, y por la rubia y larga cabellera que lo sombreaba: pero tal era el desgarbo de su talante, que parecia no haber en aquella robusta mole suficiente animacion para ponerla en movimiento; así es que se le despegaban, y parecian impropias en él las galas mas esplendorosas. No sabia sostener con sus modales la dignidad, y cuando la ocasion requeria que se presentase con la gravedad análoga á aquel carácter, se creia obligado á recobrar, con jestos y espresiones de desatinada violencia, el respeto que no habia sabido granjearse de otro modo.

No solo eran conocidas estas imperfecciones á todos los que le rodeaban, sino que él mismo adquiria á veces el íntimo convencimiento de su incapacidad, y de la poca armonía que reinaba entre sus disposiciones naturales, y el puesto en que se ha-

Alaba colocado, y de aquí resultaba la continua sospecha de que los otros le miraban con desprecio y burla.

Cuando por primera vez se agregó, circundado de un numeroso acompañamiento, á las huestes de la Cruzada, su principal deseo fué atraerse el afecto y la intimidad de Ricardo, y los pasos que dió para conseguirlo fueron tales, que el rey de Inglaterra no pudo negarse á sus obsequios y atenciones. Mas el archiduque, aunque no carecía de valor personal, era tan inferior á Corazon de Leon en audacia y sed de peligros y batallas, que el monarca empezó á darle muy en breves pruebas nada equívocas de desvío. Ricardo, como todos los príncipes normandos, era notable por su sobriedad y templanza, y despreciaba la afición de los Alemanes á los excesos de la gula, y mucho mas su habitual propensión al vino. Por estas y otras razones, el rey de Inglaterra no tardó en mirar al príncipe austríaco, como indigno de su estima y confianza, lo que le denotó tan claramente en repetidas ocasiones, que Leopoldo lo echó de ver, convirtiendo su antigua afición en encarnizada ojeriza. Mantúvose paliada la discordia entre aquellos príncipes, merced á la sagacidad y secreta política de Felipe de Francia, monarca sagacísimo y disimulado, que amedrentado por el carácter violento de Ricardo, considerándose como su natural antagonista, y deseoso de debilitar su influjo, procuraba traer á su devoción los otros caudillos de la liga y contrarestar de este modo la preponderancia del rey de Inglaterra; el cual, aunque debía cierta subordinación á la Francia, por tener algunos estados en su territorio, lejos de manifestarse condescendiente y sumiso, obraba en los negocios de la Cruzada con absoluta independencia y supremacía, que Felipe calificaba de ilegal usurpación. Tal era la situación del archiduque,

tales las disposiciones de su ánimo, cuando Conrado de Monserrate se decidió á echar mano de las artes de la perfidia, para disolver los vínculos que unian al ejército cristiano, y romper de una vez, si podía, la alianza de los Príncipes que lo capitaneaban.

La hora que escogió para visitar á Leopoldo fué la de mediodía, y el pretexto, el de hacerle un regalo de ciertas barricas de vino de Chipre que habian caído en sus manos, y razonar, como hombre inteligente, sobre el mérito comparativo de aquel, y el de los vinos del Rin y Hungría. Semejante oferta fué graciosamente acogida por el magnate tudesco, y correspondida con la urbana proposición de participar del banquete del archiduque; aceptada la cual, nada omitió este para dar esplendor á la fiesta. Mas en ella, el delicado gusto del Italiano echó de ver mas profusión que delicadeza; mas magnificencia que finura; y mas empeño en cargar la mesa con voluminosos manjares, que en lisonjear los ojos y el apetito.

Los Alemanes poseían aun aquel espíritu denodado y guerrero con que sus abuelos domeñaron la altivez de Roma; pero al mismo tiempo conservaban su inculta y tosca barbarie. No observaban las prácticas y principios de la Caballería con aquel esmero y puntualidad que se notaba en los caballeros franceses é ingleses; ni se arreglaban á los usos de civilidad y cortesía que se miraban entonces como el último grado de la cultura de los pueblos. Conrado, en la mesa del archiduque, aunque aturdido por la algazara de los Teutones, tan impropia de la mesa de un príncipe, se divertía en observar aquellas extrañas costumbres, nuevas y peregrinas á los ojos de un habitante de la suave Italia. No menos curiosas le parecían las crecidas barbas de los nobles austríacos, y las cortas ropillas de que usaban, matizadas de diversos colo-

res, y cubiertas de alamares y bordados; cosas nunca vistas en las naciones occidentales de Europa.

Los innumerables criados, viejos y jóvenes, que servían el banquete, tomaban parte, de cuando en cuando, en la conversacion de los huéspedes, de quienes recibían los restos de los manjares, que allí mismo, y sin la menor ceremonia devoraban. Había también gran número de músicos, enanos y bufones, á quienes se daba mas libertad que la que permitía la dignidad de los concurrentes; y como no se les escaseaba el vino, que con la mayor profusion se distribuía en todos los puntos de la sala, resultaba de todo insufrible tumulto y vocería.

Al mismo tiempo, y mientras la confusion y el bullicio denotaban mas bien una taberna de Alemania, en día de feria, que el pabellon de un príncipe soberano, los gentiles hombres y camareros del archiduque le servían con el mas escrupuloso ceremonial, en lo que se conocía el empeño de este en mantener rígidamente las formalidades palaciegas que su elevada condicion exijía. Sus pajes, que eran mancebos de nobles familias, le presentaban de rodillas la comida, en vajilla de plata, y en anchas copas de oro, el vino del Rin y de Tokai. Cubría sus espaldas un espléndido manto ducal, forrado de costosas pieles de armiño; lucía en su cabeza una corona, tan cargada de brillantes joyeles, como la diadema del mas opulento monarca, y sus piés se apoyaban en un voluminoso banco de plata maciza. Apesar de este ostentoso aparato, y de los deseos de Leopoldo de cortejar al marqués, á quien había colocado á su mano derecha, solo prestaba oídos á la conversacion de su *Spruch-sprecher*, título que, traducido literalmente, significa *decidor de dichos*, y que representaba una dignidad ó empleo, únicamente conocido en la corte de Viena.

Este personaje estaba en pie, de-

trás del sillón del archiduque. Usaba un ropaje de terciopelo negro, bordado con monedas de oro y plata, en memoria de los dones que había recibido de varios soberanos. Llevaba en la mano un báculo, en que estaban engastadas otras monedas, á manera de haros ó anillos, y el ruido que hacía con este instrumento, agitándolo á uno y otro lado, indicaba que pedía silencio á los asistentes, para decir alguna ocurrencia, que él juzgaba digna de atencion. Su ministerio, en la servidumbre del archiduque, rayaba en el de bufon y consejero, pues unas veces adulaba como un cortesano, otras declamaba como orador ó poeta, y siempre á gusto y satisfaccion de Leopoldo, en términos que, para cantivarse las gracias de este, era necesario contar con el apoyo del decidor.

A su lado, y para variar la diversion de los convidados y del archiduque, estaba el bufon de la corte, llamado Jonás Schwamker, el cual hacía casi tanto estrépito con su gorra de cascabeles, como el decidor con su sonaja.

Estos dos sujetos entretenían alternativamente á la concurrencia con sus desatinos serios y jocosos; en tanto que el archiduque se reía del uno, y admiraba al otro, sin perder de vista á su noble huésped, como para conocer la impresion que le hacian aquellas muestras del ingenio y de la elocuencia de los Austriacos. No es fácil decidir cuál de los dos contribuía mas eficazmente al recreo de los convidados, ni cuál era aquel á quien daba la preferencia Leopoldo; lo cierto es que cuanto salía de la boca de uno y otro era recibido jeneralmente con los mas rumorosos aplausos. A veces solían rivalizar en la conversacion, y disputárselas á quien charlaba mas de recio y mas aprisa; mas esta emulacion no alteraba la buena armonía que reinaba entre ellos, la que se echaba de ver cuando el decidor es-

aba, con una glosa campanuda, echistes de su compañero, para todos los entendiesen; y el bufon, en cambio, ponía risibles comentarios, y ridiculizaba en trovas burlescas, los graves documentos y eternas frases de su competidor y amigo. Conrado entre tanto, disimulando cuidadosamente la opinion que de aquel espectáculo formaba, ponía su mayor esmero en mostrarse contento y satisfecho, aplaudiendo con tanto vigor, como el mismo archiduque, las salidas de aquellos parlanchines. Mas no perdía de vista la ocasion que uno de los dos le ofreciese de sacar una conversacion favorable á sus miras. Tal era el proyecto que habia formado para dar principio á su plan de operaciones.

No tardó mucho el bufon en aludir á la persona y á la familia de Ricardo, hablando de Dickon el Escobero, personaje medio histórico, medio fabuloso, que era comunmente el asunto inagotable de sus dicharazos. Del escobero pasó á las escobas, y de las escobas á las retamas, de que ordinariamente se hacen en Alemania. — La retama, dijo el marqués, encarándose al decidor, es el timbre de la familia de Plantagenet, de la cual descien de Ricardo Corazon de Leon.

— La retama, dijo el de la sonaja, es símbolo de humildad, y bien debieran tener presente el emblema los que lo llevan en su escudo de armas.

— Honremos, dijo el marqués, á quien debe ser honrado. Todos hemos tenido parte en las batallas y peligros de esta guerra, y todos deben tener parte en los himnos y en los loores. Salga alguno de los que profesan la Gaya Ciencia, y cante, como se merece, los altos hechos de Leopoldo de Austria.»

Al oir estas palabras, se presentaron en medio del salon tres trovadores con sus harpas. El decidor, despues de haber discurrido largamente sobre la dificultad del asunto, conce-

dió la palabra á uno de ellos, el cual, despues de haber templado el instrumento, cantó en aleman:

Prez al valiente caudillo,
Que de las cruzadas buentes,
Por la senda de la gloria,
Los pasos dirige y mueve.

El decidor interrumpió, con el estrépito de su báculo, al cantor, para esplicar á los convidados, por si no lo habian entendido, que el valiente caudillo á quien aludia la copla, no era ni podia ser otro que su dueño y señor el archiduque de Austria: comentario que fué recibido por la asamblea con un brándis jeneral, á la salud del valiente caudillo Leopoldo. El cantor siguió su romance.

¿Por qué del Austria se encumbran
Las glorias y las banderas?
¿Por qué el águila atrevida
Sobre los montes se eleva?

— El águila, dijo el del báculo, es el emblema de nuestro noble señor el archiduque, y es el ave que mas alta vuela en las rejiones del aire.

— ¿Y vuela tambien, preguntó Conrado, cuando le echa las garras el leon?»

El archiduque, centelleando de cólera, miró fijamente á su charlatan de cámara, el cual, despues de haber reflexionado algun tiempo, respondió enfática y gravemente: — El noble marqués me perdone si le advierto que ha cometido una distraccion. El leon no puede cchar las garras á la reina de las aves, porque la naturaleza no le ha dado alas para volar.

— ¡Y el leon de San Marcos! preguntó el bufon.

— El leon con alas, dijo el sabio, es el símbolo de la república de Venecia; de aquellos animales anfibios, medio nobles, medio tratantes, que no osan mirar frente á frente al ave de Júpiter, como si dijéramos, á nuestro ilustre amo el archiduque.

— No por cierto, dijo Conrado; y e-

no hablo del leon de Venecia, sino de los tres leones de las armas de Inglaterra. Es verdad que antes eran leopardos; mas ahora han subido en dignidad, y al leon se postra toda bestia viviente, sea cuadrúpeda, acuática, reptil, ó volátil.

—¿Hablais seriamente? preguntó Leopoldo, á cuyo color natural daban mayor realce los vapores del vino. ¿Pensais acaso que Ricardo de Inglaterra goza de alguna superioridad ó preeminencia entre los Soberanos que libremente y de su propio acuerdo han tomado parte en esta Cruzada?

—Yo hablo de lo que veo, dijo el marqués, y lo que veo es que el estandarte de Inglaterra ondea solo en medio de los reales, como si su dueño fuera el generalísimo de las armas cristianas.

—¡Y hablais de eso con tanta frialdad! repuso Leopoldo.

—¿Atañe por ventura, dijo Conrado, al pobre marqués de Monserrate tomar á pechos una injuria que tan sufragadamente sobrellevan dos príncipes tan potentes como Felipe de Francia, y Leopoldo de Austria? No puede ser deshonor para mí, lo que no es deshonor para ellos.»

Leopoldo apretó el puño, y dió un golpe terrible en la mesa.

—Baldon es ese, dijo Leopoldo, de que repetidas veces he conferenciado con Francia. Obligacion nuestra es proteger á los príncipes inferiores de las usurpaciones de ese isleño advenedizo. Mas Ricardo y Felipe tienen sus piques sobre derechos de vasallaje, y no fuera sana política partir por medio en este tiempo, y en esta coyuntura.

—Sabio y prudente es Felipe, respondió el marqués, como á todo el mundo consta. Su condescendencia es sin duda efecto de graves consideraciones: mas no han traslucido aun en el ejército las que os obligan á someteros á la dominacion de Inglaterra.

—¡Yo someterme! exclamó lleno de indignacion el iracundo Austriaco.

¡El miembro principal del Sacro Romano Imperio! ¡A ese soberano de media isla! ¡A ese descendiente de un bastardo de Normandía! No, por la luz del sol que nos alumbrá. El campo y la Cristiandad entera conocerán dentro de poco que Leopoldo sabe vindicar sus derechos, y que no le intimidan isteños fanfarrones. Arriba, vasallos y caballeros; seguidme todos. Coloquemos sin pérdida de tiempo el águila de Austria en la altura que le corresponde. No haya bandera de príncipe ó monarca que con ella compita.»

Dichas estas palabras, se alzó precipitadamente, y en medio de la tumultuosa gritería de sus huéspedes y oficiales, se encaminó hácia la puerta del pabellon, y agarró el estandarte de Austria que en ella estaba clavado.

—Noble archiduque, dijo Conrado, afectando moderacion y prudencia, menoscabo seria de vuestra conocida sensatez, suscitar á estas horas un tumulto en el campamento del ejército cruzado. Mas vale sobrellevar por algun tiempo esa altanería de Ricardo, hasta que...

—Ni un minuto siquiera, » vociferó Leopoldo, y con el estandarte en la mano, y seguido de todos sus huéspedes, marchó á la plataforma en que estaba la bandera de Ricardo.

—Mi venerado señor, dijo Jonás Schwamker, echando los brazos al cuello del archiduque: los leones tienen dientes.

—Y las águilas tienen garras, » respondió Leopoldo, puesta ya la mano en el asta, aunque sin osar todavía arrancarla.

El decidor, apesar de sus dislates, solia tener intervalos de sano juicio. Viendo al archiduque tan próximo á cometer un atentado, ajitó el instrumento de su dignidad, y Leopoldo volvió el rostro hácia él, segun era su costumbre cuando de este modo le llamaba la atencion.

—El águila, dijo, es la reina de las aves: como el leon es rey de las

hieras del monte. Cada cual tiene su dominio separado, tan distantes entre sí, como Austria de Inglaterra. El águila del Danubio no debe injuriar al león del Támesis: ondeen juntos los dos estandartes, y haya paz entre los que batallan juntos.»

Leopoldo quitó la mano del asta del pendon inglés, y buscó por todas partes á Conrado de Monserrate: mas en vano, porque el marqués, tan pronto como vió el efecto que habian hecho sus palabras, se escabulló entre la machedumbre, cuidando ante todo de llamar aparte á varios de los personajes que habian asistido al banquete, á quienes se quejó, en términos comedidos, de que Leopoldo hubiese escogido la hora de sobremesa, para vengar por sus manos una ofensa, que habria podido satisfacer con medios mas suaves. No pudiendo dar con el marqués, á quien mas particularmente deseaba hablar, el archiduque exclamó en alta voz, que no era su intencion romper la armonía de los príncipes cristianos, sino reclamar los privilegios que le correspondian, y sus derechos, iguales en todo á los del rey de Inglaterra; que no aspiraba á colocar su estandarte sobre el de Ricardo, aunque lo tenía de manos de los emperadores sus antepasados, algo mas ilustres que los príncipes de la casa de Anjou; por último, que se contentaba con que los dos estandartes ocupasen el mismo puesto, á fin de que no se creyese que habia en Europa timbres superiores á los de la casa de Austria. Terminada esta arenga, se abrió un barril de vino, se tocaron cajas y trompetas, y se bebieron sendas copas en honor del estandarte del archiduque.

El ruido que hizo el acompañamiento del duque durante toda esta ceremonia, produjo alguna inquietud y estrañeza en los reales.

Era llegada la hora crítica en que el médico árabe habia predicho, segun las reglas de su arte, que Ricar-

do despertaria considerablemente aliviado y restablecido, y ya le habia aplicado la esponja de que habia hecho uso para sacar de su letargo al escudero de sir Kenneth. Volvió en sí el monarca; observólo atentamente el sabio, y dijo al baron que la fiebre habia cesado de un todo, y que, gracias á la feliz constitucion de Ricardo, era inútil repetir el salutífero medicamento. Ricardo fué de la misma opinion, y restregándose los ojos, preguntó á sir Tomás á cuánto subiria la suma que se hallaba á la sazón en las arcas reales.

El baron respondió que lo ignoraba.

—Importa poco, dijo el rey, sea grande ó pequeña, ponla toda en manos del sabio Sarraceno que me ha vuelto á poner en estado de seguir las banderas de Cristo. Si no alcanza el dinero á mil bizantes, que se le dé lo que falte en joyas.

—El sabio, respondió El Hakim, no vende la sabiduría con que le ha favorecido Alá, y ten entendido, gran Príncipe, que esa celestial medicina, á que debes tu restablecimiento, perderia enteramente su virtud en mis indignas manos, si se contaminaran estas con oro y con diamantes.

—¡Rechusas el galardón que mereces! exclamó sir Tomás. Esto sí que es mas admirable que los cien años de tu edad.

—Tomás de Vaux, dijo el rey, tú no conoces mas valor que el que se necesita para mover la espada, ni otra virtud que la que luce en la caballería. Este Moro puede servir de ejemplo á muchos nobles cristianos.

—Sobrada recompensa es para mí, dijo el Moro, cruzando los brazos sobre el pecho, y manteniéndose en actitud grave y respetuosa, que un rey tan grande como Malec Ric se digne dirigir la palabra á su servidor. Ruégote que te calmes y tranquilices, porque, aunque no creo que sea necesario repetir la medicina, se debilita-

ria notablemente su efecto, si volviera á encenderse tu noble sangre.

— Debo obedecerte, Hakim, dijo Ricardo; pero tan libre se siente mi pecho del fuego que lo ha devorado en estos últimos días, que me hallo capaz de enristrar la lanza y de aguardar á pié firme la del mas intrépido enemigo.... pero, ¿qué significa ese rumor y esa música que se oye en el campamento? Sir Tomás, corre y tráeme noticias de lo que pasa.

— Es el archiduque de Austria, dijo el baron, despues de haber estado un instante fuera, que con sus amigos de taberna sale en procesion por los reales.

— ¡Borrachon insensato! exclamó el rey; mas le valiera ocultar su intemperancia en los lienzos del pabellon, que hacer alarde de ella ante los soldados de la Cruz. ¿Qué decís, señor marqués? continuó dirijiéndose al de Monserrate, que á la sazón entraba en el aposento.

— Digo, valiente Príncipe, respondió el Marqués, que me huelgo de ver á Vuestra Majestad tan mejorado, y es cuanto puede decir quien viene de la mesa del Archiduque de Austria.

— ¡Con ese pellejo de vino, dijo el rey, habeis estado comiendo! Pues cierto, es de admirar que un hombre como vos, haya dejado tan pronto el campo de batalla. ¿Y qué significa todo ese rumor que el bebedor Teuton está armando á estas horas en el campamento?»

De Vaux, que se había colocado detrás del rey, dió á entender á Conrado, con sus jestos y miradas, que no cometiese la imprudencia de enterar á Ricardo de los desacuerdos de Leopoldo: mas el marqués de Monserrate, ó no lo comprendió, ú no quiso comprenderlo.

— Lo que el archiduque está haciendo, dijo, es cosa de poca importancia, puesto que él mismo no se halla en estado de saberlo. Con todo, si he de decir la verdad, me he tenido

que retirar de su compañía, por no tomar parte en chanzas tan pesadas.

— ¿Y qué chanzas son esas? preguntó impacientemente Ricardo.

— Se le ha puesto en la cabeza, dijo el marqués, echar al suelo el estandarte de Inglaterra, y se ha encaminado con esta intencion al monte de San Jorje.

— ¿Qué estáis diciendo? exclamó el rey, dando un grito que hubiera podido despertar á un muerto.

— No se altere Vuestra Majestad, respondió el marqués, finjiendo querer reparar el daño que sus palabras habian producido. Es natural que un loco haga locuras.

— No despleguéis los labios, dijo el rey, saltando de la cama, y echando al suelo con increíble prontitud la ropa que lo cubria. Marqués no me repliqueis; sir Tomás, te prohibo hasta la respiracion. Quien ose articular una palabra no es amigo de Ricardo Plantagenet. Hakim, silencio.»

En tanto que se esplicaba en estos términos, se vestía precipitadamente, y al terminar la arenga, descolgó la espada de la cabecera, y sin otra arma, y sin decir á nadie que le siguiese, salió con pasos ajitados fuera de la tienda. Conrado, alzando las manos, en señal de espanto, quiso entrar en conversacion con sir Tomás; mas este, empujándole desdeñosamente, llamó á uno de los gentiles hombres de la servidumbre, y le dijo:—Corred á los cuarteles de milord Salisbury; decidle que convoque á su jente, y que me siga al monte de San Jorje. Poned tambien en su noticia que la fiebre del rey no está en la sangre, sino en el cerebro.

El gentilhomme y los otros empleados de la servidumbre que acudieron al ruido, no pudieron entender lo que sir Tomás les decia; pero bien adivinaron que habia ocurrido algun suceso de importancia, y echaron á correr por en medio de las tiendas de los Ingleses, esparciendo por

quiera el terror y la confusion, aunque sin poder indicar el motivo. Los soldados yacian entregados al sueño de la siesta, á que los rigores del clima los habian acostumbrado; se sobresaltaron, preguntándose unos á otros la causa de aquel tumulto: mas la impaciencia, como sucede en casos semejantes, se oponia á la averiguacion de la verdad, y la imaginacion de cada cual suplía la falta de esta. Quien decia que los Sarracenos se habian introducido en el campo; quien que la vida del rey estaba en peligro; unos que Ricardo habia muerto de su enfermedad la noche anterior; otros que habia perecido á manos del archiduque de Austria. Los nobles y oficiales, no menos inciertos que la tropa, de la realidad del caso, procuraban reunir sus tercios, ordenarlos y apercebirlos, temiendo que su celo inconsiderado aumentase el trastorno que por todas partes cundia. Cruzábanse los ecos de los clarines, repetianse de tienda en tienda, y de cuartel en cuartel los gritos de «á las armas, á las armas,» y los que ya habian acudido armados á sus puestos, y aguardaban tan solo la orden de atacar, repetian la invocacion nacional «San Jorje por Inglaterra.»

En breve todo el campamento del ejército de la Cruzada fué una vasta escena de terror y de confusion. Habia en él jentes de todos los reinos y estados de Europa, y cada cual se agregó á sus compañeros, ya para indagar el motivo del alarma, ya para correr adonde amenazaba el peligro. El polvo, la gritería, los relinchos de los caballos, el estruendo de los instrumentos bélicos aumentaban el desconcierto jeneral, é impedian que se oyese la voz de los caudillos. En medio de esta agitacion, el duque de Salisbury, conociendo por la orden que le habia comunicado el baron, que las circunstancias eran graves y urgentes, se puso á la cabeza de los pri-

meros Ingleses que acudieron á su pabellon, y dió prontas y eficaces providencias para que todo el ejército inglés se mantuviese armado en su puesto, y pronto á obedecer al primer aviso. —Todos correrémos, dijo, si la seguridad de Ricardo lo exige; pero en orden y con subordinacion. Moderad vuestro celo, y no os dejéis arrastrar por su impulso.»

Entre tanto, y sin que le detuviesen los obstáculos que el desorden de las tropas le oponia, Ricardo, á medio vestir, y con el acero envainado en la mano derecha, se dejaba atrás al baron de Vaux, y á uno ú dos individuos de la servidumbre, encaminándose aceleradamente al monte de San Jorje.

De este modo atravesó los cuarteles de sus gallardas tropas normandas y borgoñesas, á las cuales no habia llegado todavía el alboroto, aunque muchos de aquellos soldados habian oido los gritos de los Austríacos, y ya estaban en pié, llamando á los otros. Los Escoceses reposaban tranquilos en sus tiendas; pero sir Kenneth vió al rey, y conoció que no era cosa de poca importancia la que ocurría; por lo que, sin detenerse á mas que á tomar el broquel y la espada, corrió á juntarse con el baron, que le respondió encojiéndose de hombros á la inquieta mirada que le dirigiera, como si no osara preguntar de otro modo la causa de tanta novedad. Los dos llegaron al monte, cuando se hallaba en él Ricardo.

El monte y sus cercanías hormigueaban en jentes de diversos trajes y naciones, confusamente esparcidas en la plataforma y en sus declives. Los Austríacos, y particularmente los que habian asistido á su banquete, prolongaban con ferreos pulmones el clamoreo que en ellos escitaba parte el vapor del vino, parte la humillacion de un enemigo poderoso. A ellos se habian agregado otros soldados de diferentes tercios y banderas,

algunos por curiosidad, y no pocos porque aborrecían á los Ingleses y á su monarca, y se deleitaban en ser testigos de la afrenta que la nacion entera acababa de recibir. Ricardo penetró denodadamente por aquel jentío, como la lijera nave que corta rápida y derecha las olas, á guisa de quien se burla de su furor, y no se cura de que se reunan despues sus rujientes espumas en el surco que ha trazado la quilla.

En la cima de la eminencia habia un reducido llano, en que estaban colocadas las dos insignias, rodeadas de Leopoldo y de los principales personajes de su acompañamiento. El Archiduque ocupaba el centro, contemplando con orgullosa satisfaccion el triunfo de su estandarte, y oyendo, con sonrisa en los labios, los estrepitosos aplausos que no cesaban de repetir los suyos. Ricardo se presentó inesperadamente ante sus ojos, seguido tan solo de dos hombres, pero lleno de confianza en su fuerza y en su valor.

—¿Quién ha osado, preguntó poniendo la mano en el asta de la bandera austriaca, y en voz semejante al sordo rumor que precede á la erupcion de un volcan: ¿Quién ha osado colocar ese andrajo junto á mi bandera?»

El Archiduque no carecia de valor personal, y era incapaz de callar á tan grave denuesto. Sin embargo, de tal modo le sorprendió la repentina aparicion de su enemigo, y tal era la impresion que escitaba donde quiera Ricardo, y la fama de su arrojo y de su valentía, que este repitió dos veces su pregunta en ademán de buscar con la vista un enemigo digno de su brazo, antes que el Archiduque, recobrándose en parte de su primera agitacion, pudiese contestarle: —Yo he sido: yo, Leopoldo de Austria.

—Leopoldo de Austria, dijo el monarca, atíende y verás el caso que

hace de tu bandera y de tu vanidad Ricardo de Inglaterra.»

Y dicho esto, arrancó el asta del suelo, la hizo pedazos, arrojó la bandera, y puso sobre ella un pié.

—Así trato, continuó, los timbres de tu casa. ¿Hay alguien en la caballería teutónica que se atreva á impedírmelo?»

Todos los concurrentes enmudecieron; pero no hay hombres mas valientes en el mundo que los Alemanes.

—Yo, yo, yo, repitieron cien voces unidas. Yo, clamaron á un mismo tiempo los caballeros austriacos que se hallaban al lado de Leopoldo. Yo, dijo tambien el Archiduque, en ademán de aceptar el reto.

—¿Qué prestan dilaciones y desafíos? dijo el conde Wallenrode, uno de los mas corpulentos adalides de Hungría. Hermanos y nobles caballeros, las plantas de ese hombre están hollando nuestro honor. Borremos esta mancha, y aniquilemos el orgullo de Inglaterra.»

Y al decir estas palabras, sacó el acero, y descargó sobre el rey un tajo, que hubiera puesto en riesgo su vida, á no haberlo recibido en su broquel el caballero del Leopardo.

—He jurado, dijo el rey, no desenvainar el acero contra ningun caballero que lleve al pecho la señal de la cruz. Déjote vivir, Wallenrode, añadió esforzando la voz, y sacándola por entre los gritos que por todas partes resonaban: pero vive para no olvidar jamás, aunque cien años vivas, quien es y lo que puede Ricardo de Inglaterra.»

Era Ricardo tan diestro en toda clase de ejercicios, como vigoroso en sus golpes, y flexible en sus movimientos. No bien habia terminado las últimas palabras, cuando echándole mano al Húngaro, lo empujó con tanta violencia, que en despecho de la turba que lo rodeaba, lo tiró por la plataforma abajo, á ma-

era de risco que se desgaja del monte y cae rodando á la llanura. El abultado Wallenrode, incapaz de resistir aquel ímpetu, se vió muy en breve á pié de la elevacion, casi sin sentido y con mas de un hueso dislocado. Esta pronta y terrible venganza dejó á los atónitos como intimidados al Archiduque y á todos los que le acompañaban. Entretanto crecian las vociferaciones de los concurrentes. Los que estaban mas lejos de Ricardo, gritaban furiosamente: «hagamos añicos á ese perro isleño»; mientras los que habian sido testigos de la aventura de Wallenrode, disimulando sus recelos, y cubriéndolos con la máscara de la moderación, esclamaban: «Paz, ilustres príncipes; la paz de la Cruz; la paz del Santo Padre; la paz de nuestra madre la Iglesia.»

Esta diferencia de clamores indicaba suficientemente la irresolucion de los amigos del archiduque. Ricardo permaneció inmóvil, fija la robusta planta en la abatida bandera archiducal. Sus miradas jiraban en torno, tan animadas por el furor y la sed de venganza, que los caballeros austríacos, acostumbados á arrostrar las lanzas sarracenas, ni osaban dar un paso, ni fijar los ojos en tan formidable enemigo. Sir Tomás y el del Leopardo estaban detrás del rey, y aunque no habian desnudado los aceros, la actitud de uno y otro indicaba cuán poco tardarian en esgrimirlos si peligraba la vida de su dueño, y cuán arriesgado era arrostrar enemigos de aquel talante.

Salisbury y su tercio se habian aproximado al monte. Los unos aperecibian los arcos; los otros empuñaban con mano firme las partesanas.

En esta coyuntura, el rey Felipe de Francia, acompañado por uno ú dos caballeros de su corte, llegó á la plataforma, para saber la causa de aquel disturbio, y no quedó poco sorprendido al ver al rey de Inglaterra, á quien creia postrado en su cama,

mirando con altanería al Archiduque, y amenazándole con su jesto y con su postura. Ricardo pareció algun tanto avergonzado de que Felipe descubriese en una situacion tan poco digna de un rey, y de un Cruzado. Aunque no gustaba de la persona del rey de Francia, dábale todo el crédito que su sagacidad merecia, y aun hay quien dice que al verse en presencia de Felipe, retiró el pié de la bandera, y procuró moderar la violencia que en sus ojos y movimientos estallaba. Leopoldo contuvo igualmente los ímpetus de su despecho, aunque le fué en gran manera vergonzoso que Felipe hubiera venido á ser testigo de su vilipendio.

Las prendas que lucian en el carácter de este monarca le habian granjeado el título de Augusto, que le daban sus vasallos, y que le ha conservado la historia. Si Ricardo podia ser apellidado el Aquiles, Felipe merecia el título del Ulises de la Cruzada. Era sagaz y diestro en su política; cuerdo y moderado en los consejos; firme y tranquilo en sus resoluciones; su intelijencia era perspicaz; su valor acreditado; su porte noble y majestuoso; infatigables sus esfuerzos cuando se proponia por objeto el bien de sus estados; mas el conjunto de sus perfecciones era mas análogo al negociador que al héroe, y mas seguros eran sus triunfos en el gabinete que en el campo de batalla. Nunca hubiera tomado parte en la guerra de Tierra Santa, si solo hubiera dado oídos á sus propias inclinaciones: pero arrastróle el torrente de la opinion, y tuvo que ceder al unánime deseo de los nobles de su reino, y á los preceptos de la corte de Roma. A haber nacido en un siglo mas culto, ú en una situación menos elevada, su fama hubiera eclipsado la de Ricardo de Inglaterra; pero en las épocas de la edad media, y especialmente cuando se propagó en Europa, á manera de contagio, el espí-

ritu de venganza, inspirado por las exhortaciones del ermitaño Pedro, el ingenio, la sensatez, la razon, eran prendas que gozaban de poca estima, y el valor caballeresco, que las costumbres públicas y la índole de aquellas empresas habian colocado sobre todas las perfecciones de que el hombre es susceptible, se empañaba y desmerecia, cuando se le juntaba alguna leve sombra de discrecion. El mérito de Felipe, comparado con el de su altanero antagonista, era como el reflejo de la lámpara, junto al de la hoguera; la cual, sin ser tan útil como aquella, brilla mas y deslumbra. Felipe observaba la inferioridad de su reputacion y el triunfo de su rival, con el sentimiento que debe producir semejante comparacion en todo corazon altivo; mas por lo mismo habia resuelto aprovecharse de cuantas ocasiones se le ofreciesen, para humillar á quien le oscurecia, y despojar de sus laureles á quien habia marchitado lossuyos. La que en aquella disputa se presentaba era una de las que dan toda la ventaja á la sangre fria y á la prudencia sobre la impetuosa violencia y la obstinacion.

—¿Qué significa esta querrela entre dos guerreros de la Cruz? preguntó Felipe. ; La Real Majestad de Inglaterra, y el muy noble príncipe y Archiduque Leopoldo! ; Dos jefes, dos columnas de la Santa espedicion!

—Suspende tus reconvenciones, dijo Ricardo, mas y mas encolerizado, al verse puesto en la misma línea y clase que Leopoldo: ese duque, ó príncipe, ó columna, ó como quieras llamarlo, ha recibido el castigo de su insolencia. No ha habido mas.

—Majestad de Francia, dijo el duque, apelo á tu autoridad y á la de todos los príncipes cristianos que en el campamento de la Cruzada se hallan, contra el ultraje que mi dignidad ha recibido. Ese rey de Inglaterra ha arrancado mi bandera, la ha hollado y destruido.

—Porque tuvo la audacia de plantarla junto á la mia, respondió Corazon de Leon.

—Mi clase me autoriza á ello, contestó Leopoldo.

—Si quieres ser mi igual, respondió Ricardo, pruébalo con tu persona, y por San Iorje, que la trataré como á ese pañuelo bordado.

—Reportaos, hermano, dijo Felipe, y yo haré ver á Austria que no es cuerdo su designio. No penseis, noble Archiduque, continuó dirijiendo la palabra á Leopoldo, que los Soberanos independientes que hoy peleamos juntos en defensa del Sepulcro, nos reconocemos inferiores ni subordinados en manera alguna á Ricardo, ni esto debe inferirse del alto puesto en que hemos permitido que tremole su estandarte. La oriflama, la gran bandera de Francia, á la cual Ricardo debe acatamiento, á fuer de vasallo de nuestra corona, ocupa en estos reales un lugar inferior á los Leones de Inglaterra. Los reyes y príncipes de la Cruzada han jurado por la Cruz ser hermanos y amigos, y, como peregrinos armados, no se curan de las pompas y dignidades humanas, y solo se emplean en rescatar de manos de infieles el sepulcro del Salvador. Yo y los otros príncipes hemos consentido, en atencion á la justa nombradía y á las proezas de Ricardo, en cederle esta preeminencia, que en otra ocasion, y por cualquier otro respeto, nunca hubiera conseguido. Estoy persuadido de que cuando esto considereis, confesaréis vuestro error en colocar el pendon de Austria al lado del de Inglaterra, y que la Real Majestad de Inglaterra no tardará en daros satisfaccion por el insulto que de sus manos habeis recibido.»

El orador y el bufon de la corte de Leopoldo se habian puesto en salvo, mientras creyeron que aquella rencilla debia terminar en golpes; mas cuando vieron que las voces eran

las únicas armas de que se servían los contrincantes, se aproximaron poco á poco, sin que los amedrentase aquella especie de guerra, en que eran tan hábiles soldados.

El discurso de Felipe fué tan á gusto del decidor, que no pudo contener su aplauso; y ajitando el símbolo de su oficio, y olvidando que se hallaba en presencia de dos monarcas poderosos, dijo en alta voz que jamás habian salido de sus labios palabras tan discretas como las del rey de Francia.

—Así podrá ser, le dijo cautelosamente el de los cascabeles; pero te advierto que nos van á dar azotes si hacemos tanto ruido.»

El duque respondió con prontitud que aquella disputa solo podía cortarse por la autoridad del consejo de la Cruzada, á cuya proposicion descendió gustosamente Felipe, diciendo que de aquel modo podria ahogarse en su oríjen lo que seria parte á escandalizar la Cristiandad entera.

Ricardo oyó con paciencia la arenga de Felipe, conservando entretanto su aspecto firme y decidido. Su respuesta, no tan elocuente como las frases del monarca francés, resonó en todos los ámbitos del campamento. —Mi salud, dijo, no me permite perder el tiempo en palabras, y ya sabes, hermano, puesto que mi carácter te es conocido, que gusto mas de hechos que de retóricas. Ultrajes que tan de cerca tocan al honor de Inglaterra, no se someten á consejos de príncipes ni de papas. Aquí está mi bandera: cualquiera otra que se plante á tres lanzas de distancia, será muy en breve despojo de mis iras, aunque fuera ese oriflama de que has hablado; y en cuanto á satisfaccion, nadie aguarde otra de mí que la que puede dar mi acero, sea quien fuere el retador, y aunque vengan cinco, que no uno solo.

—Esta sí, dijo el bufon á su com-

pañero, que es locura de marca mayor. No hubiera yo dicho otro tanto: mas presumo que no es Ricardo el mas desatinado loco de les presentes.

—¿Pues quién?» preguntó el de las sentencias.

—Felipe, respondió el bufon, ó nuestro real duque, si tan necios son que acepten el duelo. ¿Y sabes lo que digo, amigo *spruch-sprecher*? que tú y yo hubiéramos hecho á las mil maravillas el papel de reyes, si tal suerte nos hubiera tocado, puesto que los que estamos viendo desempeñan tan acertadamente tu oficio y el mio.»

Mientras comentaban los dos amigos la escena que estaban presenciando, Felipe revistiéndose de majestad y de moderacion: —No somos aquí venidos, dijo, á despertar recientes discordias, en contra del juramento que hemos pronunciado y de la causa que estamos defendiendo. Debemos separarnos como hermanos, y si alguna rivalidad debe existir entre los leones de Inglaterra y las lises de Francia, sea con el objeto de ver quien hace mas estragos en las filas de los infieles.

—Lo acepto con toda mi alma, respondió Ricardo, tomando la mano á Felipe, y apretándosela con la franqueza propia de su jenerosa índole: y plegue á Dios que pronto tengamos ocasion de ver quien mas triunfos logra.

—Participe igualmente el noble Archiduque de este amistoso convenio, dijo Felipe;» y Leopoldo se acercó á los dos monarcas, como cediendo, mas que á su propia voluntad, á los respetos y mediacion del rey de Francia.

—Nada quiero con locos, y nunca me han gustado las locuras,» respondió Ricardo, con tono de indiferencia; y el Archiduque, incierto del partido mas decoroso que en tan críticas circunstancias podia tomar, se retiró de pronto con los suyos.

Ricardo le siguió con la vista.—Su

valor, dijo, es como la luz de la luciérnaga, que solo brilla de noche. Sea como fuere, mi bandera no debe quedar sin custodia, cuando es fácil que la ataque un pérfido enemigo; de día, las miradas de los leones bastan á defenderla. Tomás de Gilsland, á tí te encargo el honor de Inglaterra.

—Tan caro me es ese honor, respondió el baron, como el mio propio, y mas preciosa que mi vida, la vida de Ricardo. Lo que importa ahora es que Vuestra Majestad, sin mas demora, se restituya á su pabellon.

—Preciso será obedecerte, dijo Ricardo, y echando de ver á sir Kenneth; valiente Escocés, le dijo, me has hecho un importante servicio, y con otro mas importante voy á recompensártelo. Aquí tienes el pendon, que la imprudencia de un borracho ha querido, aunque en vano, ultrajar. Guárdalo esta noche, como el novicio que vela las armas. No te separes de él á distancia de tres lanzas, y defiéndelo con tu persona, de cualquiera riesgo ú insulto que le amenace. Si mas de un hombre te acomete, da el grito de alarma. ¿Concientes en ello?

—Con toda mi alma, respondió el caballero del Leopardo, y mi cabeza saldrá garante de esa noble prenda que vuestra real dignacion me confia. Estoy sin armadura, voy por ella, y vuelvo aquí al instante. »

Los reyes de Francia y de Inglaterra se separaron entonces, ocultando, bajo la máscara de la cortesía, los secretos motivos de resentimiento que animaban á uno contra otro. Ricardo no podia perdonar á Felipe su oficiosa mediacion en favor de Austria, y Felipe no olvidaba el modo irreverente con que esta mediacion habia sido recibida. La turba que el lance habia atraído se retiró en diferentes direcciones, dejando el monte de san Jorje tan solitario como estaba antes del suceso que tanto rumor habia causado. Cada cual referia el lan-

ce á su modo, y lo comentaba segun sus opiniones y partido: los Ingleses decian que los Austriacos habian dado el primer motivo de disturbio entre los soberanos de la Cruzada, y los soldados de las otras naciones echaban toda la culpa á la insolente altanería y carácter indómito de Corazon de Leon.

—Ya ves, dijo el marqués de Monserrate al Gran Maestre de los Templarios, que los medios suaves son mas poderosos y eficaces que los violentos. Está desatado por mi mano el nudo que ligaba esa haz de cetros y de lanzas: verás cuán pronto se vienen todos ellos á tierra.

—Tu plan pudiera haber producido grandes bienes, dijo el Templario: faltó un Tedesco intrépido y rencoroso que hubiera cortado ese nudo de que hablas con el acero: porque desengañate, amigo Conrado, lo que se desata se vuelve á atar; no así lo que se destroza. »

CAPITULO XII.

En los dias de la Caballería, el encargo de un puesto aventurado ú de una hazaña peligrosa, se miraba como el galardón del denuedo que un guerrero habia demostrado en otras ocasiones, del mismo modo que al subir un empinado monte, las dificultades que se han vencido para llegar á una roca, empuñan á dirigirse á otra mas áspera y difícil.

Era ya media noche, y la luna paseaba majestuosamente su pálido resplandor en el espacio de los cielos, cuando sir Kenneth del Leopardo dormido se paseaba solo en el monte de San Jorje, cerca del estandarte de Inglaterra, para defender la gloriosa insignia de aquella nacion, de los insultos que hubieran podido meditar contra ella los numerosos enemigos que le habia suscitado la soberbia de Ricardo Corazon de Leon. Altos pensamientos y audaces esperanzas lison-

jeaban sucesivamente su fantasía. Parecía haber merecido un notable favor de aquel valiente monarca, que hasta entonces no se había dignado distinguirlo entre la turba de guerreros alistados bajo sus banderas, y atraídos en torno de su persona por su arrojada intrepidez; y miraba como testimonio indudable de aquella honra, la que le había conferido al ponerle en un sitio, que á la sazón era el mas arriesgado é importante del campamento; porque de los Turcos nada debía temerse, habiendo una tregua con Saladino; mas no hay treguas con los odios de los hombres, ni con las asechanzas de los malquerientes. La memoria del alto objeto en que se habían fijado los afectos de su corazón, inflamaba además su belicoso entusiasmo. Bien conocía que aquella pasión se había propuesto un término que rayaba en la línea de lo imposible, y que solo en virtud de las mas extraordinarias é imprevisas circunstancias, podía ser coronada por el elevado galardón que apelecia: con todo, las ocurrencias de aquellos últimos días habían disminuido, á su parecer, la distancia que le separaba de la ilustre cuanto hermosa Edita. El caballero que Ricardo había favorecido, constituyéndole depositario de la prenda mas encumbrada del honor de sus armas y de su nación, no era ya un aventurero oscuro y vulgar; seguramente no podía lisonjearse con la idea de haberse colocado de pronto al nivel de su dama; pero á lo menos se aproximaba á su esfera. Su suerte, de ahora en adelante, no podía ser envuelta en el olvido común, que aguarda á los que han nacido sin opulencia, y pelean sin gloria. Si una fuerza superior le sorprendía, sabría morir matando, y su muerte escitaría los loores y la venganza de Ricardo, y el dolor, y quizás las lágrimas de las nobles damas, lustre de la corte de Inglaterra. Lo peor que podría acaecerle era morir;

mas no como un cobarde.

Entregábase el valiente Escocés á estas placenteras ilusiones, tan propias de aquel gallardo espíritu que reinaba en las costumbres de la Orden de Caballería, la cual, en medio de sus fantásticas extravagancias, no se había contaminado con la ponzoña del egoísmo, sino que observaba como sagradas leyes las de la jenerosidad y las del desprendimiento, proponiéndose objetos remontados y sublimes, incompatibles quizás con las imperfecciones y flaquezas de la condición humana. Toda la naturaleza reposaba inmóvil á la plácida vislumbre del astro de la noche. Las largas hileras de tiendas y pabellones, iluminadas en parte por los reflejos de la luna, en parte confusamente oscurecidas por la sombra que unas á otras se hacían, ofrecían la imájen de las calles tristes y silenciosas de una ciudad desierta. Al pié del asta de la bandera yacía el fiel alano del Escocés, único compañero de su guardia, y en cuya vijilancia é instinto confiaba, para descubrir de lejos á algun mal intencionado. El astuto animal, como si entendiese la arriesgada posición de su dueño, miraba de cuando en cuando las ondas pomposas del magnífico estandarte, y al grito de las centinelas que rodeaban el campamento, respondía con un penetrante ladrido, como si quisiera dar á entender que tambien él estaba vijilante y pronto á descubrir el peligro. A veces alzaba la cabeza, cuando su amo pasaba á su lado, en los cortos jiros que daba en torno del pendon; á veces, cuando sir Kenneth se paraba, apoyado en su lanza, fijos los ojos en la anchura de los cielos, y arrobada la mente en sus exaltadas contemplaciones, el perro se le acercaba suavemente, y lo sacaba de aquella distracción con sus afectuosos aunque tímidos halagos. De pronto, se vuelve con furor hácia una de las estremidades del parapeto, prorrumpe en un tre-

mendo ladrido, fija los ojos en donde las sombras eran mas profundas, y se detiene al borde de la elevacion, como si aguardase las órdenes de su dueño.

— ¿Quién vive? gritó sir Kenneth, sospechando que alguien subia al monte.

— En el nombre de Merlin, y por los tres reyes Magos, contestó una voz áspera y desagradable, encadena ese demonio en figura de can, ó vuelvo gropa, sin desempeñar mi encargo.

— ¿Y quién eres tú que osas acercarte á este puesto? preguntó sir Kenneth, recojiendo cuanto podia la vista, y fijándola en un confuso objeto que en los declives del monte se divisaba, aunque sin poder distinguir su forma. Aquí estoy yo á muerte ó á vida.

— Sujeta, dijo la misma voz, á ese Satanás que tienes á tu lado, ú de un ballestazo le quito de enmedio: al mismo tiempo se oyó un ruido semejante al crujido de la llave de una ballesta.

— Desmonta, dijo sir Kenneth, el arma, y preséntate aquí donde mis ojos puedan examinarte. Por san Andrés, que te clavo al suelo, quien quiera que seas, si no me obedeces.»

Diciendo estas palabras, tomó por enmedio la lanza, con ánimo de arrojarla al que le habia hablado, como era costumbre de los caballeros, cuando de otro modo no podian alcanzar al enemigo; mas casi se corrió de esta determinacion, cuando vió salir de la sombra á la luz de la luna, como un comediante sale de los bastidores al teatro, á una diminuta y contrahecha criatura, en cuyo traje, ademanes y rostro conoció al enano de la capilla de Engaddi. El Escocés apoyó la lanza en tierra, y recordando los sucesos de aquella noche feliz y misteriosa, hizo seña al alano, el cual la entendió inmediatamente, y volvió á colocarse al pié del

asta, no sin un sordo gruñido que mostraba su mal humor y su desconfianza.

El diforme compendio de la humanidad, viéndose libre de aquel formidable enemigo, acabó de subir á la plataforma, con gran dificultad y trabajo, por ser demasiado cortos y desproporcionados sus miembros para vencer las asperezas del camino y el declive de la cuesta. Al acercarse á sir Kenneth, desmontó la ballesta que en la mano llevaba, y que era como las que los muchachos de aquel tiempo usaban para matar gorriones; y contoneándose gravemente, extendió la mano derecha hácia el Escocés, como esperando que este le dirijiese un reverente saludo. Mas el caballero no estaba de humor de satisfacer aquel desco, lo que visto por el pigmeo, alzando con altanería su disonante voz: — Soldado, le dijo, ¿por qué no tributas á Nectabano el homenaje debido á su dignidad? ¿Posible es que lo hayas borrado de tu memoria?

— Gran Nectabano, respondió sir Kenneth, con el objeto de divertirse del ridículo ballestero, imposible es que te borre de tu memoria quien ha tenido la dicha de verte una sola vez. Perdona mi criminal descuido; pero soy soldado, estoy en mi puesto, y con las armas en la mano, y no habia hecho alto en tu noble y airosa persona. Humíllome ante tu grandeza, y beso la tierra que pisan tus plantas, sometiéndome además al castigo que tu justicia y prudencia quieran imponerme.

— Basta, respondió el enano, con que inmediatamente sigas mis pasos, y te presentes ante la persona que en tu busca me envia.

— Gran señor y embajador ilustre, respondió sir Kenneth, pésame desobedecer tu soberano mandato, que en cualquiera otra ocasion seria recibido de mí con el debido acatamiento: mas este es mi puesto hasta que

el dorado Febo se asome por los balcones de la Aurora.»

Dicho esto, volvió á pasearse delante de la bandera; pero el enano había resuelto no dejarle libre tan pronto de su importunidad.

—Ahora bien, le dijo, saliéndole al paso, y cortándole el camino, finca las mientes en lo que van á pronunciar mis labios; ó me obedeces, como en toda ley estás obligado á hacerlo, ú ejerceré mi autoridad en nombre de aquella cuya sin par hermosura muy mas resplandece entre las lindas de la corte, que el sol entre los astros del firmamento; de aquella cuya remontada jerarquía eclipsa la de Júpiter mismo, el de los destructores rayos. Decídetes ahora, y niegate, si te atreves, á humillarte á mis preceptos.»

El caballero, al escuchar estas razones, se atrevió á formar una conjetura que lisonjeaba altamente sus esperanzas; mas no pudo darle asenso, por un solo instante. Parecíale imposible que la dama de sus afectos le enviase tal mensajero y tal mensaje; sin embargo de esta sensata reflexion, trémulo de inquietud y esperanza: —Espícate sin rodeos, le dijo, Nectabano. Díme, á fuer de hombre de bien, si esa sublime princesa de quien hablas, es otra que la celestial hourí que con tanta gracia manejaba la escoba en la capilla de Engaddi.

—Atrevido, temerario y presuntuoso garzon, dijo Nectabano, ¿piensas tú que la dueña de mis reales afectos seria capaz de fijar los suyos en un vasallo? ¡Tal te imaginas de la compañera de mi encumbramiento! ¡De la luz de mis ojos! Desacordado vas en demasía. Grandes serán tus hazañas, y gloriosa tu nombradía; mas aun no has sido digno de que ocupe en tí sus pensamientos la reina Jinebra, la augusta esposa de Arturo, ante cuyo trono los reyes mas poderosos no son mas que humildes insectos. Mira este joyel; míralo bien,

y segun conozcas ó desconozcas á su dueño, así obedecerás ó infringirás, como mas te plazca, los mandatos que á mi celo y prudencia ha confiado.»

Al mismo tiempo puso en manos del caballero un anillo de rubíes. Era el mismo que ordinariamente llevaba al dedo la ilustre dama que reinaba en el corazon del Escocés, y aun cuando sus ojos no lo hubieran reconocido, todas sus dudas se hubieran disipado, al ver la cinta color de rosa que de la joya pendia. Este era el color favorito de la hermosa Edita, y aun por esto lo habia usado tantas veces en sus libreas sir Kenneth, proclamando frecuentemente la victoria en su favor, en torneos y batallas.

Sir Kenneth quedó confuso al ver tanta alta prenda en tan humildes manos.

—En nombre de todo lo mas sagrado que los cielos y la tierra comprenden en su vasto recinto, dijo el Escocés, despues de haber reflexionado sobre tan inesperado suceso, deja á un lado, si puedes, tus dislates y bufonadas, y nómbrame la persona que te envía, y el objeto que se propone; y ten cuenta con lo que dices, que no es de chanzas este asunto.

—Deslumbrado caballero, respondió el enano, ¿qué mas puedes saber en esta materia sino que un príncipe te visita y una princesa te llama? Ni se trate de mas, por ahora, que de resolverte al partido que has de abrazar. Esa presea te dice que su dueño te aguarda. Cada minuto que tardes es un crimen que cometes, una violacion de los juramentos que en lo intimo de tu corazon has pronunciado.

—Nectabano, dijo el caballero, jamás hollaré las obligaciones que me imponen mi cariño, y la orden que profeso; mas dime por tu vida, ¿sabe mi dama la grave responsabilidad que se me ha impuesto? ¿Sabe que la muerte... y aun la muerte no es nada para quien sabe reñir y amar; pero el

deshonor, la afrenta, la ignominia, la execración de mi nombre, podrán ser los castigos que me aguardan, si falto de aquí antes que nazca el día? ¿Cabe en su discreción la idea de precipitarme en un abismo de desventuras? No puede ser: la princesa ha querido burlarse de su servidor, y mas que otra cosa, lo prueba el mensajero de que se ha valido.

— Está bien, dijo Nectabano, y bien haces en creer lo que gustes. Poco me importa, añadió, empezando á bajar de la plataforma, que seas ó no falso y traidor á tan elevada persona. Dios te guarde.

— Detente, exclamó sir Kenneth, y responde tan solo á una pregunta. ¿Está cerca de aquí la dama que te envía?

— ¿Qué vale lo cerca ó lo lejos? respondió el enano. ¿Se miden acaso la fidelidad y la obediencia por toesas, por leguas, ó por millas? ¿Son los fieles amantes, correos que reciben la paga en proporcion á la distancia que atraviesan? ¡Alma amasada en sospechas! quiero decirte sin embargo que la hermosa dueña de ese joyel está á tiro de mi ballesta del desleal caballero, sin ley y sin valor, en quien se ha dignado echar una mirada de piedad.»

Sir Kenneth suspiró, miró á todas partes, y clavó de nuevo la vista en el joyel, para cerciorarse de que no habia engaño ni perfidia en la embajada de Nectabano. Otra pregunta y no mas, le dijo. ¿Será muy larga mi ausencia de este sitio? ¿Cuánto tiempo?...

— ¡Tiempo dijiste! exclamó el enano, interrumpiendo á sir Kenneth, y hablando con toda la seriedad de que sus irregulares facciones eran susceptibles. ¿Qué es lo que tú llamas tiempo? ¿Es cosa que se vé, que se palpa, ó que se come? El tiempo es un nombre sin significado: es una serie de respiraciones que se cuentan de noche por los golpes de una cam-

pana, y de día por la sombra de una punta de hierro. ¿Sabes tú cómo cuentan el tiempo los caballeros leales? por las empresas que acometen, y las proezas que hacen en honor de su Dios y de su dama.

— Verdades son esas, dijo sir Kenneth, que no aguardaba oír de tu boca. ¿Y mi dama quiere emplear en su gloria y defensa el vigor de mi brazo? ¿Y no puede diferirse su servicio para cuando amanezca?

— Ahora ó nunca, respondió Nectabano, y sin la pérdida del tiempo que tardan en caer tres granos de arena en el cristal, oye las palabras que de sus labios de clavel salieron: «Dí á sir Kenneth que la mano que da rosas sabe dar tambien laureles.»

Esta alusion á los sucesos de la capilla del desierto, despertó un cúmulo de memorias en el alma del Escocés. Ya no le era posible dudar de ser Edita quien le llamaba. Los pimpollos, aunque marchitos, estaban atesorados debajo de la arinadura, y colocados sobre su corazon. No podia resolverse á perder la única ocasion que hasta entonces se le habia presentado de merecer directamente un favor de la que adoraba. El enano al mismo tiempo aumentaba la borrasca de sus encontrados sentimientos, insistiendo en recobrar el anillo, ú en que sir Kenneth bajase de la plataforma.

— Aguarda un instante, dijo sir Kenneth; y como hablando á sus solas, ¿soy por ventura, decia, vasallo ú esclavo del rey de Inglaterra? ¿Soy mas que un caballero libre, que he venido voluntariamente á pelear bajo la bandera de Cristo? Dios y mi dama: á estos, y á nadie mas sirvo.

— El anillo, el anillo, y concluyamos, exclamó con impaciencia el mensajero; falso y descomedido amante, devuélveme ese anillo que no eres digno de tocar con tus manos, ni de mirar con tus ojos.

— ¿No he de reflexionar, preguntó

Kenneth, en tan grave conflicto? ¿qué haría yo si los Sarracenos atacaran de pronto nuestras líneas? ¿Me esla aquí plantado como un vasallo en Inglaterra cuidando de que no suese insulto su soberbia, ó acudiría a la defensa de la Cruz? Pues despues Dios, mi dama: tal es mi juramento; tal es mi pleito-homenaje... ¡Y Córzon de Leon! ¡Y mi promesa! ¡y mi encargo! ¡y Leopoldo!... Nectabano, por última vez díme dónde está la que te envía.

— La luna, respondió el enano, brillaba ahora sobre una bola dorada, que vale tanto como el rescate de un Emir. Aquel es el pabellon: allí te aguardan.

— No es lejos, dijo sir Kenneth, cerrando desesperadamente los ojos á todas las consecuencias. No es lejos por cierto. Bien puedo oír desde allí el ladrido de mi alano, y pocos momentos me bastarán para echarme á los piés de mi dama, y saber lo que requiere de su esclavo. Roswal, dijo entonces llamando al perro, y señalándole con el dedo el puesto que debía ocupar durante su ausencia; aquí sin menearte.»

El intrépido y dócil animal miró atentamente á su dueño, como si quisiera responderle que entendía y ejecutaría su mandato; y en seguida fué á echarse al pié del asta, con la cabeza y las orejas erguidas, en actitud de recelo y vigilancia.

— Obedeceo, dijo sir Kenneth, el alto precepto que me has notificado. Vámonos aprisa.

— Vaya aprisa quien quiera, ó quien pueda, respondió Nectabano. No has sido tú tan ligero en resolverte; además que eso no es andar como hombre, sino como el avestruz del desierto.»

Nectabano en efecto no podía seguir los pasos ajigantados del caballero, que aguijoneado por el amor y por el honor, hubiera querido tener alas para desempeñar estas dos obligaciones sin comprometer ninguna

de ellas. La lentitud de su compañero empeoraba su situación y aumentaba sus peligros. Pero ¿qué partido podía abrazar en circunstancias tan urgentes? No le era dado estimularle con dones, por hallarse enteramente desprovisto; convencerle con razones, y reducirle con súplicas, hubiera sido prolongar la crítica situación en que se hallaba: así que, en un movimiento de impaciencia, le tomó en brazos, y no obstante el miedo y las plegarias de Nectabano, le llevó de este modo hasta cerca del pabellon de la reina. Al acercarse sir Kenneth, echó de ver la guardia que estaba á la puerta, y aunque dormían profundamente los que la componían, se detuvo de pronto, puso en el suelo su carga, y pensó en lo que haría para que los soldados no le descubriesen; pues la entrada de un caballero á aquellas horas en la mansion de la esposa de Ricardo, podía suscitar sospechas, y dar pábulo á malignos comentarios. Nectabano, ofendido de la libertad que con él había tomado el Escocés, tuvo que disimular su resentimiento, de miedo de verse segunda vez arrebatado, como el galápago de la fábula, en los garfios del águila. Abstúvose pues de reconvenirle, y tomándole por la mano, le condujo por detrás de las tiendas inmediatas, evitando la vista de los soldados, hasta un recodo que formaba el pabellon de la reina. Allí, se inclinó casi hasta el suelo, y levantó á la altura de dos piés, uno de los lienzos que formaban los muros de aquel ligero edificio, indicando á sir Kenneth que por aquella abertura debía introducirse como mejor pudiera. El caballero vaciló en obedecerle, pareciéndole indecoroso aquel modo de entrar en tan respetable sitio; pero la sortija de rubíes acallaba la voz de sus escrúpulos. Puesto que su dama lo disponía así, solo le tocaba á él callar y someterse.

Encorvóse pues cuanto se lo permitía la armadura, y oyó al enano que

desde afuera le decia: — No te muevas de ahí hasta que yo te llame. »

CAPITULO XIII.

ENTRÓ sir Kenneth del modo que hemos referido, y se halló envuelto en profunda oscuridad. Algunos minutos estuvo sin oír rumor alguno; minutos que le parecieron siglos, considerando el riesgo en que dejaba el símbolo del honor de Inglaterra, y empezandoya, aunque tarde, á sentir amargos remordimientos. Pero retroceder sin ver á la que le llamaba hubiera sido perder la única recompensa que por su ciega temeridad se prometia. Habia faltado á una obligacion de las mas sagradas que pueden imponerse á un caballero; y algun galardón merecia tan peligrosa infraccion de las leyes severas de la Caballería. Su situacion entre tanto era sobradamente penosa. Ignoraba á quien pertenecia la pieza en que Nectabano le habia introducido; pero sabia que Edita no se separaba de la reina, y era de temer que esta princesa llegase á descubrirle, y tuviese á desacato aquella entrada furtiva en su residencia. Mientras se entregaba á estos sobresaltos, y casi formaba ya el designio de retirarse de tan fatal coyuntura, aun abandonando las lisonjeras esperanzas que habia concebido, oyó en el vecino aposento, murmullos, y risas, y conversacion de mujeres, de las cuales, segun podia conjeturar, solo un lienzo le separaba. Distinguió al mismo tiempo las lámparas que iluminaban el sitio en que se oía el rumor, y la sombra de algunas personas que se hallaban en él, y cuyos movimientos le descubria aquella trasparente division. No era por cierto cortesía en un caballero dar oídos á lo que hablaban aquellas damas desconocidas; mas no podia evitarlo sin esponerse á nuevos y mayores inconvenientes.

— Llamadla, llamadla pronto; por

la Virgen que la llameis, dijo una de aquellas voces. Nectabano, bien puedes ir de embajador á la corte del Preste Juan, puesto que tan hábil negociador te has mostrado en la ocasion presente. »

El desacordado metal de Nectabano llegó entonces á oídos del caballero; mas habló en tono tan bajo, que le fué imposible entender una sola de las palabras que decia.

— ¿Y cómo saldremos, dijo la misma voz que habia hablado al principio, del embarazo en que nos ha puesto Nectabano? »

— Lo mejor seria, si Vuestra Majestad no lo lleva á mal, respondió otra voz, que el sabio y augusto Nectabano, en caso de no tener celos de su bella y noble consorte, le diese el encargo de despedir, como mejor lo entendiese, á ese caballero errante, que tan felices se las ha prometido, y tan digno se cree de los favores nocturnos de las damas.

— Justo fuera, dijo otra de ellas, que la princesa Jinebra hiciese la mitad de la obra, y enseñase la salida al huésped á quien su marido ha dado entrada. »

Cubierto de vergüenza y confusion al escuchar estas razones, sir Kenneth iba á levantar el lienzo para escaparse, cuando le detuvo el nombre de Edita, pronunciado por la voz de la que habia empezado á hablar.

— Edita, dijo, se desengañará por sus propios ojos, y verá cuán bien cumple los deberes de soldado el tal Escocés. Bien merecida tiene esta leccion; y ten por cierto, Calista, que el lugar que ese hombre ocupa en su corazon no se ha ocultado á mis ojos, y que piensa en él mas de lo que á su sangre y elevacion corresponde. »

Otra interlocutora pronunció entonces algunas palabras acerca de la prudencia de Edita.

— ¡Prudencia! dijo la que habia acabado de hablar: no la llames prudencia; llámala orgullo y deseo de

parecer mejor que las otras. Por esta vez le han salido erradas sus cuentas. Ya sabeis vosotras que nadie sabe distinguir las faltas ajenas con tanta perspicacia como Edita; mas ella viene: silencio.»

El caballero vió entrar otra sombra, que muy en breve se confundió en el grupo que las demás formaban. Apesar del amargo despecho que le roía el corazón; apesar de la ignominiosa situación en que le habia puesto la malicia ó la imprudencia de Berenguela, (porque ya no podia dudar que era esta princesa la que con tanta autoridad hablaba á las otras) se sintió aliviado de un gran peso, al saber que la hermosa Edita no habia tomado parte en aquella pérvida asechanza. Acrecentóse su curiosidad con la venida de la que ocupaba sus pensamientos, y lejos de dar un paso para retirarse, buscó en el lienzo alguna rendija ó abertura que le descubriese el objeto de sus adoraciones.

—La reina, decia á sus solas, que ha querido holgarse con mi fama, y que me ha hecho juguete de sus caprichos, esponiendo por mero pasatiempo mi honor y mi vida, no podrá llevar á mal que me aproveche de la ocasión que ella misma me ofrece, para averiguar á dónde van á parar sus intentos.»

Parecióle al mismo tiempo que Edita aguardaba que la reina le dirigiese la palabra, y que las otras damas no osaban romper el silencio, antes bien se esforzaban en comprimir la risa.

—Vuestra Majestad, dijo Edita, está, segun parece, de humor de reir, sin embargo que la hora es mas de dormir que de solazarse. Cuando recibí su mandato de venir á este sitio, ya iba á recogerme.

—No te detendré mucho tiempo, dijo la reina, una vez que tanto desees el reposo; mas presumo que no dormirás muy tranquila, cuando sepas que te he ganado la apuesta.

—Señora, dijo Edita, parece que todo esto pasa ya de los límites de chanza. Con vuestra venia repito que no he hecho apuesta alguna, no obstante que Vuestra Majestad insiste y se asegura en lo contrario.

—Y á mí me parece, dijo la reina, que nuestra romería no te ha servido de mucho, y que Satanás te persigue y te ha puesto en este mal paso. ¿Negarás que has apostado tu sortija de rubíes contra mi brazalete de oro, á que ese caballero del Leon pardo, ó rubio, ú como se llama, no abandonaria su puesto, aunque para ello recibiese espresa orden de su dama?

—No cometeré el desacato de desmentir á una reina de Inglaterra, dijo Edita, pero estas damas han sido testigos de todo lo que ha pasado. Vuestra Majestad fué quien quiso apostar, y quien me tomó el anillo del dedo, sin embargo de que yo decia y repetia no ser conveniente á una doncella noble disputar en tal asunto.

—No podréis negar á lo menos, lady Edita, dijo otra voz, que os mostrasteis muy confiada en el valor del caballero del Leopardo, y muy segura de que no abandonaria un solo instante la bandera de Inglaterra.

—Y dado caso que esos fueran mis sentimientos, preguntó enojada Edita, ¿bastará para que, por adular á la reina, me echeis en cara la falta que no he cometido? Hablé de ese caballero, como han hablado de él todos los que le han visto con las armas en la mano, y no tengo mas interés en defenderle, que vos podeis tener en vituperarle. ¿Qué entienden las mujeres de valor ni de hazañas?

—La noble doncella Edita, dijo otra dama, no podrá jamás perdonarnos á Calista y á mí, el haber notado ciertos pimpollos de rosa que de sus blancas manos se escaparon en la capilla de Engaddi.

—Si Vuestra Majestad, dijo Edita, manifestando en el tono de su voz que solo podian comprimir su indig-

nacion los respetos de la reina: Si Vuestra Majestad no tiene otra cosa que mandarme, déme su permiso de recojerme.

—Silencio, Florisa, dijo la reina, y no os tomeis la libertad en mi presencia, de olvidar la distancia que media entre vos y una parienta de mi real esposo. Y tú, querida prima, ¿posible es que tan malhumorada te muestres por una chanza, y que no sobrellevés que nos riamos un poco, después de haber pasado tantos días en las cuatro paredes de un convento de monjas?

—Diviértase Vuestra Majestad cuanto guste, dijo Edita, mas antes consentiría yo en sollozar durante todo el curso de mi vida, que reirme por...

Detúvola sin duda el respeto: mas sir Kenneth pudo distinguir la pena que la ajitaba.

—Perdóname, prima, dijo Berenguela, que, en medio de ser algun tanto viva y atolondrada, poseía un corazón bondadoso y sencillo; pero ten á bien considerar que el negocio no merece que te ofusques. Me río de la seriedad con que tomabas á pechos la defensa del Escocés, y de saber que á la hora esta se halla lejos del sitio en que debia haber pasado la noche. Es verdad que no fué tan fácil reducirle á faltar á su obligacion: pero Nectabao se lo mandó en tu nombre, y parece que nada menos que esto hubiera podido inducirle á faltar á su deber.

—¡Dios de mi vida! exclamó Edita, lanzando un grito que denotaba su temor y su sorpresa; Vuestra Majestad ha comprometido el honor de la esposa de Ricardo, y el de su parienta. Pero no; todo esto es diversion. Vuestra Majestad me perdone, si he podido creer un solo instante que hablaba de veras.

—Lo que te llega al corazón, dijo Berenguela, y cierto que no puedes disimularlo, es la pérdida del anillo,

á que tan aficionada te muestras; mas no te apesadumbres: yo te lo devolveré de buena gana, con tal de que nos permitas envanecernos con el triunfo que hemos ganado, confundiendo esa ponderada sensatez que ostentas como la bandera de un guerrero invencible.

—¡Triunfo decís, señora! dijo Edita indignada: el triunfo será del Sarraceno y de todos los enemigos del rey de Inglaterra, cuando sepan que su esposa ha convertido en juguete de sus fantasías á una doncella de la familia real.

—Mal pagadora eres, puesto que tanto te duelen prendas, dijo la reina; mas yo renuncio á mi ganancia, y te devuelvo el anillo que ha servido para derrocar aquel corazón de bronce; cojido el pez, de nada sirve el anzuelo.

—Señora, dijo Edita, ya sabéis que es vuestro todo cuanto posco, y que vuestra voluntad es para mí ley suprema: pero antes diera yo un celmin de rubíes, que emplear una alhaja mía y mi nombre en apartar á un hombre de bien del camino del honor, y esponerle al vilipendio y al castigo.

—Venimos á parar, dijo la reina, en que lo que temes es el mal que puede sobrevenir á tu fiel caballero. En poco estimas mi poder, si crees que no bastaría á reparar los daños que algun capricho mio pudiera ocasionar. De carne, que no de hierro, es Corazón de León, y aunque mis ojos no conmueven las piedras, como los tuyos, algo pueden en el ánimo de Ricardo. Anda y no temas; basta que tanto te interese la suerte del Escocés, para que yo reduzca la severidad de mi esposo, si llega á saber que ha desobedecido á sus mandatos.

—Por la Santa Cruz de Jerusalem, dijo Edita, echándose á los piés de Berenguela, lo cual pudo distinguir sir Kenneth, combatido por un tropel de sentimientos que la pluma no es parte á describir; por la Virgen de

la ermita de Engaddi, y por todos los bienaventurados del cielo, ruego á Vuestra Majestad que mire en lo que se empeña. Poco tiempo hace que sois esposa del rey, y aun no conoceis lo bastante su condicion. Mas fácil os sería contrarestar con un soplo el vendabal en toda su furia, que reducirle con palabras en cosas del servicio de las armas. Despedid, por Dios, á ese caballero, si es cierto que se halla en este sitio. Caiga sobre mí la vergüenza de haberle apartado de su deber, con tal de que se restituya inmediatamente adonde este le llama.

—Levántate, prima, dijo la reina, y cree que todo acabará en bien. Pésame haberme divertido con un hombre por quien tan afanosamente te interesas. No hagas ese jesto de espanto. Si quieres, creeré que te es de un todo indiferente: todo lo creeré por no verte en esa afliccion y sobrecojimiento. Caso de descubrirse lo que ha pasado, yo me echaré toda la culpa, y me arrojaré á los piés de Ricardo en favor de tu amigo... de tu conocido quiero decir. No te enojas: Nectabano va corriendo á despacharlo, y no tardará mucho en restituirse á su puesto. Supongo que estará escondido en alguna de esas tiendas inmediatas, esperando la hora feliz.

—Vuestra Majestad se engaña de medio á medio, dijo Nectabano. Embajadores como yo no dejan los negocios á medio hacer. El caballero del Leopardo está detrás de esa cortina que separa este aposento del inmediato.

—¡ Oyendo todo lo que hemos dicho! exclamó la reina, que de pronto, de alegre y burlona, se tornó amedrentada é iracunda. ¡ Maldito monstruo! »

A esta enérgica imprecacion, Nectabano respondió con un agudo chillido, pues sin duda Berenguela no se contentó con la reconvencion verbal, y le hubo de infligir alguna señal mas

positiva y sensible de su indignacion.

—¿Qué harémos? preguntó Berenguela en voz baja, y procurando disfrazar su inquietud.

—Lo que nos toca hacer, respondió Edita, veamos á ese caballero, y sepa de nosotras todo lo que ha pasado. »

Diciendo estas palabras, se dirigió al sitio en que sir Kenneth se hallaba, y empezó á descorrer apresuradamente la cortina.

—¿Qué haces? dijo la reina... por Dios... ¡en mi cuarto!... mi traje... la hora... mi honor. »

Mas antes que Berenguela hubiese terminado su plegaria, quedó enteramente descubierta la cortina, y sir Kenneth en presencia de aquellas nobles damas, cuyo traje, y particularmente el de la reina, si correspondia á los rigores de la estacion, no era el que mas convenia para presentarse ante los ojos de un caballero. La reina conoció cuán comprometido estaba su decoro; y dando un grito penetrante, salió de la cámara, en que apareció á cuerpo descubierto el caballero del Leopardo. El dolor y la agitacion que atosigaban los sentimientos de Edita, y la urgente necesidad en que se hallaba de explicarle en breves razones todo cuanto habia ocurrido, no le dieron lugar á reflexionar en nada. Estaba desordenada su cabellera, sirviendo de velo al demudado rostro en que la palidez del sobresalto luchaba con el blando carmin de la modestia; desnuda la pierna, y sin otro calzado el pié que unas chinelas bordadas al estilo de Oriente; medio cubierta la persona con un corto traje de seda de color de rosa, y no bien recatados los hombros con una ligera banda que pendia flojamente de ellos.

Mas aunque Edita conoció que este ropaje no era el propio de una doncella de su sangre, á vista de un hombre, sacrificó denodadamente el embarazo correspondiente á su sexo

y á su clase, y solo pensó en reparar el daño que con su nombre se habia cometido: así que, ciñéndose apresuradamente la banda, y dejando de la mano la luz que en ella tenia, á fin de que no fuese tan visible su desaliño, mientras sir Kenneth permanecía inmóvil en el mismo sitio en que se hallaba, cuando se descorrió la cortina, ella se le acercó decididamente, exclamando: — Volved al puesto, valiente caballero: os han engañado: nada me preguntéis.

— Nada pregunto, dijo el del Leopardo, hincando una rodilla en tierra, y fijando en ella los ojos, á fin de no aumentar la turbacion de su dama.

— Alzaos, partid, continuó Edita, no os detengais. Cada minuto que pasa puede ser un siglo de deshonra.

— Ya sé que estoy deshonrado, dijo sir Kenneth: de vuestros labios lo he oído. ¿Y qué pueden importarme ahora los castigos mas atroces y los peligros mas inminentes? Partiré sin embargo, pues así lo mandais: mas no será antes de pedir os una gracia. Consígala yo, y dejadme ir á los sables de los infieles, á que laven con mi sangre la mancha que afea mi honor.

— No es necesario, respondió Edita, corred: toda irá bien, si no perdeis estos momentos preciosos.

— Parairme, aguardo tan solo vuestro perdon, dijo el Escocés. He faltado á vuestra grandeza en creer que mis pobres servicios serian aceptables á sus ojos. Perdonad esta confianza y temeraria presuncion.

— Os perdono, dijo Edita, aunque no me habeis hecho ofensa. Yo he sido la causa inocente de este fatal engaño. Idos... os perdono... y os aprecio... como á todo valiente Cruzado. ¿Por qué no estáis ya lejos de aquí?

— Recibid antes, noble señora, esta preciosa aunque funesta prenda, dijo sir Kenneth, presentando á la dama el anillo de rubies.

— Guardadlo, respondió Edita, con notables demostraciones de impaciencia. Guardadlo en símbolo de mi... pesadumbre... Idos, idos... si no por vos, por mí á lo menos.»

Sir Kenneth se levantó del suelo, y echando una rápida ojeada en la que reinaba en sus afectos, le hizo una humilde inclinacion, y se dirigió á la puerta. No le atormentaba en aquel instante la pérdida del honor, aunque habia oído tan fatal sentencia en boca de la que amaba: las muestras de favor que de ella acababa de recibir llenaban su corazon de consuelo. Al mismo tiempo, la pudorosa timidez que en el pecho de la dama habia cedido á un sentimiento mas urgente y eficaz, recobró de pronto su imperio, y la obligó á retirarse velozmente, dejando á sir Kenneth en la misma oscuridad en que estuvo al principio.

— Preciso es obedecerla, dijo el caballero del Leopardo, saliendo del arroyo en que tan encontrados afectos le ponian, y encaminándose al sitio por donde habia entrado. Desbaratado el hechizo que hasta entonces le habia tenido suspenso, conoció que el tiempo urjia, y no siéndole posible, sin gran dilacion y molestia, salir por la abertura que le habia indicado el enano, sacó el puñal, y con él se abrió paso al través de los lienzos del pabellon. Cuando respiró el aire libre, se sintió oprimido por un cúmulo de afectos diferentes, é incapaz de discernir el que mas le dominaba. Tuvo que acordarse de los últimos mandatos de Edita, para apresurar el paso, y llegar cuanto antes al puesto que nunca hubiera debido abandonar. Embarazábanle las cuerdas de las tiendas, y la necesidad de dar el mismo rodeo, por donde el enano le habia conducido, á fin de que no le echasen de ver los alabarderos de la guardia de la reina; y le era además necesario moderar el paso, y evitar que le descubriese el ruido

de la armadura. El resplandor de la luna se hallaba á la sazón velado por una nube lijera, ocasionando una oscuridad que aumentaba la incertidumbre del aturrido amante, cuando mas ofuscada se hallaba su razon por aquel cúmulo de inesperados sucesos.

Mas de pronto se despertaron sus dormecidas potencias, al percibir hácia el monte de san Jorje, un ladrido espantoso y prolongado, al cual sucedió inmediatamente un profundo quejido, que solo las ansias de la muerte podian arrancar. El tímido ciervo que tantas veces habia descubierto Roswal en las espesuras del bosque, no fuera mas pronto á saltar de su retiro, al acercarse tan fiero enemigo, que lo fué sir Kenneth á cubrirse de horroroso espanto, oyendo aquel indicio de la desventura que hubiera debido presajiar. Salvó con la mayor lijereza, y como si no le molestara el peso enorme de la armadura, el espacio que le dividia de la plataforma, y en pocos instantes se halló en su cuna.

La luna rompió entonces la nube que la habia ocultado, y sir Kenneth vió que el estandarte de Inglaterra habia desaparecido; que el asta yacia hecha trozos por el suelo, y que el fiel alano parecia exhalar los últimos alientos.

CAPITULO XIV.

PASADO el primer espanto que heló la sangre en las venas del caballero del Leopardo, y que le dejó por algunos minutos privado de todo movimiento, lo primero que hizo fué buscar por todas partes á los que habian violado el estandarte de Inglaterra; mas fué en vano, porque ni la mas lijera huella pudo descubrir que le indicase quiénes eran ni adónde habian ido. Lo segundo fué examinar la condicion en que se hallaba el pobre Roswal, y cierto que este impulso

podrá parecer extraño á algunos, mas no á los que sepan por esperiencia cuán natural es aficionarse á un animal inteligente, cariñoso y sumiso, que tantas veces hace avergonzar al hombre, con su adhesión y lealtad. El desventurado alano habia recibido una profunda herida en el desempeño de la obligacion que su amo le habia confiado. Sir Kenneth se le acercó; le halagó con la mayor ternura, á lo que Roswal, olvidando sus propios males, respondió lamiéndole la mano y meneando la cola, como si la presencia de su dueño y la satisfaccion que su vista le causaba, fueran suficientes recompensas del agudo tormento que padecia. Agravóse este, aunque al mismo tiempo el jeneroso can refrenaba sus lastimeros quejidos, cuando su amo le arrancó del costado el dardo con que habia sido herido; y con mayor anhelo continuó acariciándole, en demostracion de gratitud; espectáculo que sobrecargó el corazon de sir Kenneth con nueva amargura, como si no tuviera bastante con la horrorosa perspectiva que la imaginacion le presentaba. Hallábase próximo á perder á su único amigo y compañero, cuando iba á ser objeto del desprecio y del odio jeneral. Su constancia cedió á este torrente de infortunios, y prorumpió en copioso llanto y agitados sollozos.

Cuando se abandonaba sin freno al dolor que le oprimia, oyó cerca de él una voz clara y sonora, que en la lengua franca, jeneralmente entendida en aquellos tiempos por Cristianos y Musulmanes, y en el tono grave y cadencioso de que suelen servirse los ulemas en las mezquitas de los Mahometanos, pronunció las palabras siguientes:

—La adversidad es como las aguas que caen del cielo; como las primeras y las últimas lluvias; frias, molestas, ingratas al hombre y á la bestia: mas esas mismas lluvias fecundan despues los sembrados y los verjeles,

los collados y las vegas; ellas dan la flor y el fruto; el dátíl, la rosa y la granada.»

Sir Kenneth del Leopardo volvió el rostro hácia donde la voz salía, y vió al médico árabe, que se había acercado, sin que él lo hubiese sentido, y sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, pronunciando al mismo tiempo, sin demudar su aspecto grave, mas suavizando la voz y denotando en ella compasion y ternura, las sentencias de consuelo que tantas veces había leído en el Koran y en sus comentadores; porque entre las naciones orientales, no pasa por sabio el que ostenta sus propias ideas, ni goza de la fama de tal el que se afana en publicar sus meditaciones y pensamientos; sino el que refiere lo que está escrito, y el que ha enriquecido su memoria con pasajes notables de autores antiguos, sabiéndolos aplicar oportunamente, cuando la ocasion lo requiere.

Sir Kenneth se avergonzó de que le hubiese sorprendido el Moro en aquel momento de pusilanimidad; enjugó precipitadamente sus lágrimas, compuso el rostro, y volvió á examinar la herida del alano.

—El poeta ha dicho, continuó el Arabe, sin hacer caso de la turbacion del Escocés, y finjiendo que no había visto su movimiento: el buey para el sembrado, y el camello para el desierto. La mano del sabio no abre heridas como la del guerrero; pero sabe curarlas mejor. La ciencia es como el calor del sol, que repara los desastres del huracan, y vuelve á cubrir de yerba el campo que su furor ha despojado.

—Hakim, respondió el del Leopardo, tu ciencia no alcanza á curar este infeliz paciente; además que, segun tu ley, es un animal inmundo, y te es vedado poner las manos en él.

—Do quiera, respondió El Hakim, que Alá ha soplado la vida y el sentimiento de la pena y del placer, pue-

de el sabio emplear la sabiduría que el mismo Alá le ha departido, y fuera descrédito de su humildad, si refusase prolongar la existencia al que existe, y aliviar el dolor del que padece. El sabio no distingue entre la cura de un insecto y la de un monarca. Déjame examinar las heridas de ese animal.»

Sir Kenneth condescendió con la oferta del Musulman, el cual sondeó la herida de Roswal con tanto esmero y atencion como si fuera un ser humano. En seguida sacó un estuche de instrumentos de cirugía, y aplicando con singular delicadeza y tino las pinzas, estrajo las hastillas de madera que estaban clavadas en la carne, y detuvo la efusion de sangre que siguió á esta operacion, con ungüentos, hilas y vendajes. El paciente sufrió sin moverse, como si el instinto le descubriese las caritativas intenciones del Musulman.

—Este animal recobrará la salud, dijo El Hakim, dirijiéndose á sir Kenneth, si permites que sea conducido á mi tienda, donde será tratado con la atencion de que su índole leal y generosa es digna: porque ten entendido que tu servidor Adonebec no es menos diestro en el conocimiento de las castas de perros y caballos, que en las dolencias que aquejan á sus hermanos.

—A tu cargo lo encomiendo, dijo sir Kenneth, y tú serás su dueño, si consigues curarlo. Débote algun galardón por la asistencia que has dado á mi escudero, y no tengo otra cosa con que pagarte; además de que ya debo despedirme de la caza y pensar en cosas de mayor momento.»

El Arabe no dió otra respuesta que una palmada, á cuya señal comparecieron inmediatamente dos esclavos negros. Dióles algunas órdenes en su lengua; ellos, inclinados profundamente, respondieron: —Oíres obedecer;» y tomando en brazos al animal, lo llevaron consigo, sin pu-

cha resistencia de su parte, porque aunque sus miradas ansiosas se tornaron dolorosamente hácia su amo, el dolor y la pérdida de sangre le habían privado de todo movimiento.

—Vive y sé feliz, dijo sir Kenneth, sin poder comprimir el dolor que le atosigaba; vive y sé feliz, mi único y desventurado amigo; preciosa alhaja, y demasiado preciosa para un dueño tan malaventurado. ¡Pluguiese al cielo que, mal herido como estás y próximo al último trance, me fuera dado trocar mi suerte con la tuya!

—Escríto está, dijo El Hakim, aunque no fueron dirigidas á él las palabras de sir Kenneth, que todas las criaturas están hechas y acomodadas al servicio del hombre, y el dueño de la tierra habla desacordado y fuera de razon, cuando en su insensata impaciencia desea cambiar sus esperanzas terrenas y celestes, y su alta condicion de hijo de Alá, por la servil y humilde de una criatura tan inferior.

—El can que muere en el cumplimiento de su obligacion, dijo el caballero, es mejor y de mas prez que el hombre que la abandona. Ruégote, El Hakim, que me dejes. Tú posees, en esta tierra de prodijios, el arte de hacer los que solo están al alcance de una ciencia casi sobre humana; mas las heridas del alma no tienen cura.

—Tiénenla, dijo el sabio, si el paciente esplica su dolencia, y se deja guiar por los avisos del médico.

—Sabe pues, dijo sir Kenneth, ya que tanto me importunas, que la bandera de Inglaterra ha estado tremolada, no hace mucho, en este mismo sitio. Yo la guardaba... yo debía guardarla. Mira por el suelo las bastillas del asta; el pendon ha desaparecido... el dia luce ya en el horizonte, y todavía vive este desventurado.

—¡Será posible! exclamó El Hakim, examinándolo con la mayor atencion. Tu armadura no ha recibido

el menor golpe; tus armas no están teñidas en sangre, y es fama que de otro modo vuelves siempre del campo de batalla. Te han seducido; te han atraído fuera del puesto en que hubieras debido matar ó perecer. ¡Oh Nazareno! Tu perdicion han sido las sonrosadas mejillas y los negros ojos de una de esas houries á quienes vosotros Cristianos tributais mas bien el acatamiento y la adoracion debidos tan solamente á Alá, que la aficion que merecen unas formas tan caducas y perecederas como el barro. No tiene ni puede tener otra causa el mal que te aflige; porque así ha caído siempre el hombre, desde los dias del Sultán Adan.

—Y si así fuera como dices, respondió prontamente el del Leopardo, ¿qué remedio?

—La sabiduría, dijo el Arabe, es madre del poder, como el valor es el padre de la fuerza. Préstame atencion. El hombre no es como el árbol, que se clava en la tierra, y allí vive, y crece, y da fruto; ni su contestura es como la del insecto marino, que no puede vivir sino es pegado á una roca estéril. Los escrítos que vosotros los Nazarenos reverenciais, como inspirados por la sabiduría divina, os mandan huir de la ciudad en que estáis perseguidos, y buscar asilo y amparo en otra; y nosotros los Musulmanes sabemos que el Profeta de Alá, arrojado de la santa ciudad de la Meca, halló refugio y soldados en Medina.

—¿Y cuál es la consecuencia que yo debo sacar de todo eso? preguntó sir Kenneth.

—Una muy importante, dijo El Hakim. El sabio huye de la tempestad, y se pone al abrigo de sus furioses. Apresúrate, por tanto; huye de la venganza de Ricardo, y ponte á la sombra de la bandera victoriosa de Saladino.

—Bien pareceria, respondió sir Kenneth, que yo fuera á ocultar mi

deshonor en un campo de infieles paganos, donde semejante nombre no tiene significacion. ¿No fuera mejor consumir el delito, y merecer á la vez todas las maldiciones del Cristianismo? Porque, segun veo, tu consejo va á parar á que trueque el yelmo por el turbante, y cierto que solo me falta la apostasia para acabar de llenar la medida de la infamia.

—No blasfemes, Nazareno, dijo el Arabe, con un jesto de autoridad que disonaba de sus modales mansos y comedidos: Saladino no conquista discípulos á la ley del Profeta, sino que admite benigneamente en ella á los que han recibido de lo alto la luz del convencimiento, y se humillan de corazon al yugo de sus mandatos. Abre tus ojos á la luz, y el gran Soldan, cuya liberalidad es tan ilimitada como su poder, pondrá una corona en tus sienes: permanece, si quieres, en las tinieblas que ahora te ofuscan, y aunque tu segunda vida sea condenada á miseria, Saladino puede hacerte y te hará rico y feliz, durante tu mansion en el destierro de la existencia mortal: mas no recales que el turbante ciña tu cabeza, si tú mismo no lo pides libremente.

—Caiga ella mil veces de mis hermanos, respondió sir Kenneth, como caerá seguramente antes que se oculte ese sol que nos ilumina, mas bien que abrazar el partido que me propones.

—No eres cuerdo, Cristiano, dijo El Hakim, ni es tan descabellada mi oferta, que merezca tan violenta desaprobacion. Yo tengo algun poder con Saladino, y con mi apoyo, puedes alcanzar mucho de él. Oye, hijo mio; esta Cruzada, como vosotros llamais vuestra temeraria empresa, es una galeota carcomida que están deshaciendo las olas del mar. Hoy pierde el gobiernall; mañana la mitad de la quilla, y muy en breve habrán desaparecido sus miseros fragmentos en la inmensidad del Océano.

Tú mismo has llevado propuestas de tregua, de parte de los reyes y príncipes que están aquí reunidos, al poderoso Soldan, y quizás te es sabido su tenor y nada ignoras de lo que se le pide.

—Nada sé, y nada me importa el Soldan ni la tregua, respondió apesadumbrado é impaciente el Escocés. ¿Qué presta haber sido enviado de príncipes y reyes, cuando antes que llegue la noche estaré colgado de una horca, y deshonrado para siempre?

—Mis palabras, dijo El Hakim, se enderezan á evitarlo. Saladino es como el sol: no hay quien desconozca su poder, ni quien le niegue admiracion y reverencia. Los príncipes que se han ligado contra él, y que de tan remotas partes han venido para combatirle, le han hecho tales proposiciones de paz y sumision, que en otras circunstancias hubiera podido sin deshonrar admitirlas. Algunos de ellos le han dirigido ofertas privadas, relativas á sus propios negocios, brindándose á separar sus fuerzas de las de los reyes de Franchistan, y aun á sostener con sus armas el estandarte del Profeta. Mas Saladino no se sirve jamás de traidores, ni dará su confianza á los que venden la ajena. El rey de los reyes solo puede entenderse y tratar con el rey leon. Saladino solo tratará con Melec Ric, y tratará con él como príncipe, ó como guerrero. Pronto está á pactar con él tales condiciones, cuales nunca hubieran podido arrancarle por fuerza y por temor todas las espadas juntas de Europa. Permitirá á los Nazarenos la libre peregrinacion á Jerusalem y á todos los otros sitios de su devocion: aun mas puede esperarse de su jenerosidad magnánima; dividirá el imperio con su real hermano Ricardo, consintiendo en que ponga guarniciones cristianas en las seis ciudades mas fuertes de Palestina, y otra en la misma Jerusalem, dejándolas bajo el mando de los cabos que Ricardo

nombre, reconociéndole bajo el título de Rey Custodio de Jerusalem. Cosas mas estrañas é increíbles voy á comunicarte, y solo á un hombre de honor, como no dudo que lo eres, me fuera lícito revelar tan importante secreto. Sabe pues que Saladino pondrá un sello indestructible á esta feliz union entre los dos príncipes mas sabios y mas nobles del Asia y de Franchistan, elevando á la encumbrada condicion de su real esposa á una doncella cristiana, de la sangre de Ricardo, y conocida con el nombre de Lady Edita de Plantagenet (1).

—¿Qué has dicho? exclamó de pronto sir Kenneth, que habia prestado poca ó ninguna atencion á la larga narracion de El Hakim, pero cuya distraccion cesó de repente cuando el nombre que habia pronunciado el Árabe, tocó la cuerda mas sensible de su corazon. Moderándose despues, ó á lo menos haciendo cuantos esfuerzos cabian en su índole para comprimir la indignacion que ya le brotaba por los ojos, y trasformándola en la apariencia de dudoso desprecio, tomó el partido de seguir la conversacion, con el objeto de adquirir cuantos datos pudiera acerca del plan que El Hakim le habia indicado. Interesábase sobre manera este proyecto, por creerlo injurioso al decoro, y contrario á la ventura de aquella, que, aunque inocente, era la causa real de la pérdida de su honor, y del inminente peligro en que su vida se hallaba. ¿Y cuál es el Cristiano, dijo con toda la serenidad de que podia revestirse en aquella ocasion, que apruebe un enlace tan violento, como el de una

doncella cristiana y un infiel sarraceno?

—Eres un ignorante y supersticioso Nazareno, respondió el Hakim. ¿No estás viendo que los Príncipes mahometanos se casan con las nobles doncellas nazarenas de España, sin que se escandalicen por esto los Cristianos ni los Moros? Si los bárbaros de la Península han aprendido cortesía y civilizacion de los hijos del Africa, nosotros que tenemos la dicha de oír la voz del mismo Profeta, os puliremos del mismo modo á vosotros, ásperos isleños, que temblais delante de una mujer, y venís de tan remotas tierras á combatir contra los que no os han ofendido. Saladino, no obstante ser el rey mas potente del Asia, dará á su real hermano mayores pruebas de confianza y favor: permitirá que la ilustre doncella conserve esa libertad y soltura que vosotros concedéis en Franchistan á las mujeres; la dejará gozar del libre ejercicio de su religion, porque en verdad poco importa la que profesen las personas de su sexo; y tales serán sus preeminencias y autoridad en la zenana de Saladino, y sobre todas sus otras mujeres, que ella sola será considerada, bajo todos respectos, como su única y absoluta reina.

—¿Qué oigo! dijo sir Kenneth, ¿te atreves á pensar tal bajeza del héroe á quien toda la Europa ha dado el bien merecido título de Ricardo Corazon de Leon? ¡La perla de la corte de Inglaterra, la flor de las doncellas cristianas, la noble parienta del mas noble de los monarcas, convertida en concubina del haren de un infiel! Sábete, El Hakim, que el mas pobre de los caballeros miraria con horror tan ignominioso enlace, y antes que dar su hija á un Musulman, consentiria en verla pedir limosna por las calles.

—Hablas como el ciego cuando disputa sobre colores, dijo el Árabe, y cristianos hay en el campamento, de mas jerarquía que tú, y muy de otro

(1) Este suceso parecerá á nuestros lectores tan estraño y absurdo, que casi nos es preciso decir que realmente acaeció como aquí se cuenta. Algunos historiadores lo desfiguran, suponiendo que la boda propuesta debia verificarse entre la reina viuda de Nápoles, hermana de Ricardo, y un príncipe hermano de Saladino. Parece que ignoraban hasta la existencia de Edita de Plantagenet. Véase la Historia de las Cruzadas, por Mill.

modo dispuestos acerca de esta proyectada boda. Felipe de Francia, y Enrique de Champaña, y otros de los mas distinguidos aliados de Ricardo, han oído sin estrañeza la proposicion, y han prometido emplear sus persuasiones y su influjo en llevar á cabo una empresa con que tendrán fin estas guerras insensatas y destructoras. El sabio Gran Ulema de Tiro se encarga de abrir la negociacion, y no duda que el plan será llevado á efecto. La sabiduría del Soldan le ha dictado en tan grave negocio las precauciones que exigen esas discordias y enemistades que andan entre vosotros, y por esta razon se ha guardado de descubrir sus intentos al de Monserrate y al maestro de los Templarios, de los cuales tiene entendido que buscan y desean la perdicion de Ricardo, y no su gloria y engrandecimiento. Animo, pues, sir Kenneth, y á caballo. Un billete de mi mano te abrirá las puertas de la confianza de Saladino; y ni te apesadumbres con pensar que abandonas tu patria, ni su causa, ni relijion, puesto que tan próximo está el tiempo en que no sean mas que uno los intereses de ambos soberanos. Tus avisos pueden ser de gran utilidad al Soldan, instruyéndole en todos los usos y prácticas de los matrimonios de vuestra tierra; en el modo de tratar y servir á las damas, y en otros muchos puntos de ley y costumbre, que le conviene saber, á fin de no desmerecer en lo mas pequeño del gran concepto y justa nombradía de que goza. La mano derecha del Soldan abre los manantiales de los tesoros de Oriente, y su jenerosidad es como la fuente que llena los cauces del Nilo. Otro medio se te ofrece de salir de ese extremo en que te hallas. Verificada que sea, del modo que te he dicho, la alianza, poca dificultad podrá tener Saladino en conseguir de Ricardo, no solo tu perdón, sino que te restablezca en su gracia, y te conceda un mando honroso en las lues-

tes de Franchistan que han de quedar en Palestina, para sostener los derechos y autoridad del rey de Inglaterra. Animo, pues, repito, y monta á caballo, y entra en el camino que la fortuna te ofrece.

—Hakim, dijo el caballero escocés, tú eres un hombre de paz, y además has salvado la vida al rey Ricardo, y á mi pobre escudero Strauchan. Por esta razon he prestado oído á todo lo que me has dicho, y si otro que tú fuera el Musulman que en semejante asunto me hablase, con mi espada, que no con mi lengua, hubiera yo puesto término á la conversacion. En cambio de tus consejos, voy á darte otro, y es que el Musulman que intente hacer la proposicion á Ricardo, de unir la sangre de Plantagenet con la de su maldita raza, se garezca la cerviz con un yelmo capaz de resistir un golpe de maza igual al que hizo hastillas la puerta de San Juan de Acre. Si así no lo hiciere, toda tu sabiduría no bastaría á curarlo.

—¡Con que estás determinado, dijo El Hakim, á no acojerte á puerto seguro, y á rehusar la proteccion de que bajo las banderas de Saladino puedes disfrutar! Mira que estás á la orilla de la destruccion, y que tus leyes como las nuestras prohiben al hombre romper el tabernáculo de su vida.

—¡Dios me preserve de tamañó atentado! exclamó horrorizado el Escocés, y haciéndose la señal de la cruz. Nuestra santa ley nos prohíbe tambien evitar el castigo que nuestras culpas y flaquezas merecen; y puesto que tan equivocadas y erroneas son tus ideas acerca de la fidelidad, pésame haberte dado el perro que tantos testimonios me ha dado de la suya; porque si recobra la vida, tendrá un dueño que no sabrá apreciar su valor.

—Quién se arrepiente del don que ha hecho, respondió el Arabe, lo retracta. Los juramentos de mi profesion no me permiten despedir al enfermo, sin aplicarle los remedios.

que á su perfecta curacion puedan contribuir. Si sana el alano, volverá á ser tuyo.

— Anda, El Hakim, dijo sir Kenneth, harlo hemos hablado y sobradamente se han alejado mis pensamientos del único asunto que debe ocuparlos. El hombre no debe pensar en perros ni caballos, cuando solo le separan algunas horas de la muerte. Déjame pedir perdon á Dios por mis culpas, y aparejarme al trance que me aguarda.

— Déjote con dolor en tu pertinacia, dijo el físico; la niebla oculta el precipicio á los ojos del caminante que va á sepultarse en su seno. »

Retiróse el Sarraceno con pasos lentos y detenidos, parándose de cuando en cuando y volviendo el rostro, como si aguardase que el caballero, arrepentido de su temerario propósito, le llamase y admitiese su oferta. Mas, no verificándose así, bajó de la plataforma, y poco á poco desapareció entre las calles de tiendas, en cuyos vistosos y variados lienzos reflejaba ya sus primeras vislumbres la aurora.

Pero aunque las esplicaciones de Adonebec no habian hecho en el alma del desgraciado Escocés la impresion que el sabio deseaba, le habian inspirado un deseo de vivir mucho mas vehemente que el que hubiera abrigado, si no se le hubiera revelado tan importante secreto. Para él, una vida sin honra era como un broquel de hierro en los brazos de un niño; pero considerando á su dama tan próxima á ser victima de una negra conspiracion, podia todavía esperar, si la Providencia le salvaba de aquel amargo trance, que su brazo defenderia á Edita contra los enemigos de su honor, y la sacarian ilesa de los daños que se le aparejaban. Por otra parte, las palabras del médico sarraceno le traian á la memoria varias circunstancias que observó, aunque no le fué dado entenderlas, duran-

te su mansion en la ermita, así como ciertas señales de inteligencia entre el anacoreta y Sirkhoff ó Ilderim; todo lo cual habia sido para él un enigma, pero que le confirmaba en parte cuanto El Hakim habia dicho sobre el artículo secreto del tratado.

— El ermitaño, dijo, es un impostor refinado, un hipócrita astuto, y yo he sido juguete de sus arterias. Ya entiendo lo que queria decir cuando hablaba del marido infiel convertido por la esposa cristiana, y ¿quién sabe si el traidor no proporcionó al Sarraceno, maldito de Dios, las ocasiones de ver en su misma cueva á la flor de Plantagenet? ¿Quién sabe si no era Sirkhoff el emisario de Saladino para tratar de estas sacrílegas bodas, y para asegurarse por sí mismo de que Edita era digna de hallar entrada en el haren del perro pagano? ¿Qué no tuviera yo otra vez entre mis manos al infame embajador! A fe que le quitase las ganas de volverse á meter en tercerías injuriosas al honor de un rey cristiano y de una noble y virtuosa doncella. Pero las horas vuelan, y entanto que hay sangre en mis venas, algun partido he de tomar menos ignominioso que permanecer clavado en la escena de mi infamia. »

Detúvose algunos instantes, arrojó al suelo el yelmo, bajó del monte de San Jorge, y tomó el camino del pabellon de Ricardo.

CAPITULO XV.

CUANDO el rey de Inglaterra se separó del de Francia, despues del ruidoso suceso que habia turbado su tranquilidad, se encaminó á sus reales, y se entregó al descanso, con aquella seguridad que debian inspirarle su indómito brio y el triunfo que acababa de conseguir en presencia de toda la hueste cristiana; porque sabia que la humillacion del Austríaco alcanzaba á otros muchos enemigos secretos, y

lisonjaba su orgullo la idea de que con un solo golpe, había postrado y deshecho una liga entera de antagónistas.

Después de un lance tan crítico, y en que tan á cara descubierta se presentaron la malevolencia y la envidia, cualquier otro monarca hubiera doblado sus guardias, y puesto sobre las armas á la mitad de sus tropas. Pero Corazon de Leon despidió á los alabarderos que enstodiaban la puerta de su pabellon, y mandó que se diesen á los tercios de Inglaterra algunos cueros de vino, para beber alegremente á la salud de la bandera de San Jorje; y cierto que los cuarteles de los soldados ingleses hubieran presentado aquella noche la imájen del desórden y del descuido, si el baron de Vaux, el conde de Salisbury y otros caudillos del ejército no hubieran tomado grandes precauciones para conservar la subordinacion y la disciplina.

El físico árabe estuvo asistiendo al rey desde que se retiró hasta pasada media noche: dos veces, durante este tiempo, le administró una medicina calmante, de que tanta necesidad tenían su sangre y sus nervios, después de tanta efervescencia y agitacion, cuidando siempre de observar, antes de dar el remedio, el aspecto de la luna, y el sitio que ocupaba en el firmamento, pues, según los principios científicos que había aprendido en los libros de los escritores de su nacion, el influjo de aquel astro determinaba el bueno ú mal efecto de sus brevajes. Cuando habian pasado tres horas después de media noche, El Hakim se retiró de la tienda del rey hácia una inmediata que se le había destinado para su alojamiento, y el de las personas que componian su séquito. Mas antes de recojerse, creyó conveniente pasar al alojamiento de sir Kenneth del Leopardo, para informarse del estado de su primer paciente, el viejo Stracham, fiel escudero del Escocés. Entró en efecto, y tuvo deseos de

ver al mismo sir Kenneth, cuya ausencia extrañó en aquella hora avanzada de la noche. Supo que se le había dado el honroso encargo de guardar la insignia de Inglaterra, y probablemente esta noticia movió su curiosidad, y le indujo á pasar al monte de San Jorje, donde, como ya hemos visto en el capítulo precedente, halló al infeliz Cruzado en tan lamentable y peligrosa situacion.

Empezaban á despuantar los rayos del sol por el horizonte, cuando se oyeron unos pasos lentos que se dirijian hácia la tienda del rey, y el ruido que al mismo tiempo hacia la armadura del que los daba: y antes que De Vaux, que dormia junto á la cama de su amo, y que el rumor de una mosca solia despertar, tuviese tiempo de alzarse y decir «¿quién vive?» entró en la tienda el caballero del Leopardo, inclinada la cabeza, y abatidas sus miradas, y no ya con el denuedo que ordinariamente se notaba en su porte y facciones.

— ¿Qué significa esa entrada repentina? preguntó el baron, con su natural aspereza y prontitud, aunque moderando la voz, á fin de no interrumpir el sueño de Ricardo.

— Oia, De Vaux, no te enfades, dijo el rey, que en aquel instante despertaba. Sir Kenneth viene á dar parte de su guardia, y en estos casos mi tienda está siempre abierta á los valientes que me sirven. Sentóse al decir esto en la cama; apoyóse en el codo, y fijando sus espresivas miradas en el Escocés; habla sir Kenneth, le dijo: ¿qué ha ocurrido esta noche? Supongo que has sido centinela fiel y vijilante, y que has desempeñado honrosamente tu encargo. ¿No es así? El ruido que la bandera de Inglaterra hace en los aires bastaba para defenderla de malandrines, aunque no la hubiera guardado un caballero, al que pocos hay que puedan compararse en los tercios de la Cruzada.

— No pocos, señor, respondió sir Kenneth: decid mas bien ninguno. Mi guardia no ha sido vigilante, ni honrosa. El estandarte de Inglaterra ha sido arrebatado.

— ¿Y tú vives todavía? dijo Ricardo, chanceándose como quien está dudando si creará ó no creará lo que oye. ¿Dónde están las heridas que has recibido? Pero ¡qué! ¿no respondes? ¿Estás mudo? Sábetelo que no se debe jugar con los reyes; te perdono sin embargo si has mentido.

— ¡Mentir, señor! contestó el malaventurado caballero, con enfático orgullo, y una mirada penetrante y espresiva, rápida como la chispa que despiende el frío guijarro. No he mentido, señor, y tal es mi situación, que aun á este nuevo ultraje debo someterme. La verdad he dicho.

— ¡Por Dios y por san Jorje! exclamó el rey, estallándole ya la cólera, que sin embargo refrenó con estraña prontitud. De Vaux, corre á la plataforma..... ese hombre tiene la misma calentura que su escudero..... no puede ser lo que dice. Su valor no se ha desmentido jamás..... es imposible... Sir Tomás, no te detengas, ó envía alguno, si no quieres ir.»

Sir Enrique Neville entró en aquel momento, y cortó la palabra al rey, diciéndole que habian robado la bandera, y que el caballero que la guardaba habia cedido á fuerza superior, ó quizás perecido en su defensa, puesto que se veía alguna sangre en el sitio.

— Pero ¿qué es lo que veo? dijo Neville, percibiendo de pronto al caballero del Leopardo.

El Escocés estaba inmóvil, descolorido, sin morrion ni otra defensa alguna en la cabeza, bajos los ojos, y quizás encomendándose á Dios, en aquel trance que contaba como el último de su vida. Enfrente de él, y á distancia de poderlo alcanzar con la maza, Ricardo, medio desnudo, empuñó aquella arma formidable que ya

iba á dirigir al cuitado Escocés, cuando la bajó de pronto, diciendo á Neville: ¿Había sangre en el sitio? ¿Qué ha sido esto, Escocés? Valiente eres, como yo mismo lo he visto en mas de una ocasion. Dime que has despachado tres ó cuatro de esos perros que atacaron mi estandarte..... uno solo..... dime siquiera que has dado un tajo en defensa del honor de Inglaterra, y te dejo ir con vida, aunque no te pueda lavar de tu infamia.

— Me habeis tratado de embustero, respondió sir Kenneth, y en eso me habeis hecho agravio. Sabed que no ha habido mas sangre vertida en defensa del pendon de Inglaterra, que la de un pobre alano, mas fiel que su dueño, ya que supo defender el puesto en que habia quedado.

— Por san Jorje, exclamó Ricardo, y alzó el brazo para descargar el golpe de su venganza; pero De Vaux se arrojó entre el rey y el objeto de su enojo, y hablando con la dureza propia de su carácter, — Eso, dijo, no debe hacerse aquí, ni por vuestras manos. Hartas locuras fueron las de ayer tarde, y la mayor de ellas haber confiado á un Escocés la perla de las huestes inglesas. ¿No he dicho yo mil veces á Vuestra Majestad que todos ellos son falsos y desleales?

— Lo has dicho, De Vaux, respondió el rey, lo has dicho y con razon: lo confieso. La culpa es mia en no haberlos conocido, aun despues que el zorro de Guillermo me ha jugado tan brava pieza con esto de la Cruzada.

— Señor, dijo sir Kenneth, Guillermo de Escocia no sabe engañar, ni jamás engañó á Vuestra Majestad. Si no ha concurrido con sus tropas á esta empresa, las circunstancias se lo han estorbado.

— Calla, hombre sin vergüenza, dijo el rey, y no profanes el nombre de un soberano, que tus labios no son dignos de pronunciar. De Vaux,

este hombre me saca de tino, me vuelve loco. Cobarde es y traidor, pero ¿no le acabas de ver impávido y sereno, cuando le amenazaba el golpe de mi furia, como si fuera á recibir de mi mano el espaldarazo de la orden de caballería? Si hubiera dado el menor síntoma de miedo; si una sola vez hubiera pestañeado, ú temblado alguno de sus miembros, le hubiera hecho trozos la cabeza como una copa de cristal. Pero ¿qué he de hacer con un hombre que ni teme ni resiste?»

A estas palabras del rey, sucedió un profundo silencio.

—Señor... dijo sir Kenneth.

—¡Y qué! exclamó Ricardo, ¿has recobrado el habla? Pide perdón al cielo, mas no me lo pidas á mí, que yo no perdono á quien ha deshonrado á Inglaterra; y si fueras mi propio hermano, tampoco te perdonaría.

—A ningún hombre mortal he pedido yo ni pediré perdón, repuso el Escocés; Vuestra Majestad me conceda ó me niegue el tiempo necesario para disponerme á morir como cristiano. Si no lo consigo, el rey de los cielos, que es mas poderoso que Ricardo, me dará la absolucion que pido á su Santa Iglesia. Pero sea que muera ahora mismo, ú dentro de media hora, lo que os pido encarecidamente es que me concedais un momento de audiencia, para hablaros sobre cosas que atañen á vuestra real persona, y á vuestra fama como rey cristiano.

—Habla, dijo el rey, creyendo que sir Kenneth iba á referir cuanto habia ocurrido aquella noche, ó alguna otra circunstancia relativa á la pérdida de la bandera.

—Lo que yo tengo que decir, continuó sir Kenneth, es cosa que solo concierne á Vuestra Majestad, y solo debe llegar á sus oídos.

—Retiraos, caballeros, dijo el rey á Neville y á De Vaux. »

Neville obedeció el mandato del

rey; pero sir Tomás se mantuvo á su lado.

—Habeis confesado, dijo, que yo tenia razon, y lo que se hace con un hombre que tiene razon, es dejarle hacer lo que quiera. Yo no os dejo á solas con este hombre.

—¡Cómo, sir Tomás! exclamó Ricardo, con ademanes de enojo y de impaciencia. ¿No te atreves á dejarme solo con un traidor?

—No señor, respondió sir Tomás, y en vano son todos esos ademanes de cólera. Estáis enfermo, y él está sano; estáis desnudo, y él está armado de punta en blanco.

—No importa, dijo el del Leopardo, ni creais que busco pretextos para ganar tiempo, ú vivir algunos minutos mas. Hablaré en presencia del Lord de Gilsland, á quien conozco por bueno y leal caballero.

—Hace media hora que hubiera yo dicho otro tanto de tí, contestó el baron, en tono de pena, y como si se avergonzase de verse elojado por un traidor.

—Rey de Inglaterra, falsías hay en torno de tí, continuó sir Kenneth.

—Puede ser cierto lo que dices, respondió Ricardo, y no hay mucho que tú me has dado una prueba positiva de ello con tu ejemplo.

—Traicion, continuó el Escocés, hay en torno de tí, mas injuriosa mil veces á tu honor y á tu corona que la pérdida de cien estandartes. La... la... Sir Kenneth tembló al pronunciar estas sílabas; al fin haciendo un esfuerzo, Lady Edita, dijo....

—¡Ah! dijo el rey, alzándose de pronto, y fijando los ojos en el Escocés con severidad, y al mismo tiempo con curiosidad y atencion. ¿Qué dices de Lady Edita? ¿qué tiene ella que ver con el ultraje del pendon de Inglaterra?

—Señor, dijo sir Kenneth, en el campamento de los príncipes cristianos se está fraguando á la hora esta un

plan que no puede redundar sino en mancilla de vuestro real linaje, en desdoro de vuestra diadema, y en ofensa de la religion de Cristo. Hay quien trata del enlace de Lady Edita con el Soldan sarraceno, y de negociar, á costa de vuestra honra, una paz vergonzosa á la Cristiandad, por medio de una alianza vergonzosa á Inglaterra.»

Las palabras del caballero escocés produjeron un efecto contrario al que él se habia prometido. Ricardo Plantagenet era uno de aquellos hombres francos hasta en la enemistad, que no aceptan de los que aborrecen ningun servicio, por grande é importante que sea. La impresion que hacian en su alma las noticias y los consejos, no dependia de su verdadero valor, sino del aprecio que hacia del órgano que se los comunicaba. Al oir el nombre de aquella noble doncella, se acordó de las osadas pretensiones de sir Kenneth, y si las habia condenado como audaces y temerarias cuando el caballero no habia desmerecido su título, en su condicion presente le parecieron afrentosas y criminales. Por lo que el nombre de su parienta en boca de aquel desventurado despertó en él toda la cólera que en su índole precipitada é irritable cabia.

—Sella el labio, atrevido, le dijo; por la luz que brilla en los cielos, que te haré arrancar la lengua con tenazas de hierro hechas ascua, si otra vez pronuncias el nombre de una dama noble y cristiana. Sábetelo, mal nacido traidor, que no se me ocultaba el objeto en que habias osado poner tus miras, y que si sufrí tamaña insolencia, cuando me engañabas con las apariencias del honor y de la sumision, porque eres un compuesto de engaños y falsías, era por no desanimarte en la carrera de la gloria. Mas ahora tus labios han confesado tu vilipendio, y no sabré consentir que manches con ellos á quien

tan de cerca me toca. ¿Qué te va á tí en ello? ¿Qué te importa que sea sarraceno ú cristiano el esposo que se le destina? ¿seria tan extraño que yo buscara el honor y la lealtad en la persona de Saladino, cuando estoy rodeado de príncipes cobardes de día, y ladrones de noche, y cuando veo á un caballero cruzado mas infame y mas cobarde que el mas vil de los Arabes del desierto?

—Nada por cierto me interesan las cosas del mundo, respondió sir Kenneth, puesto que tan próximo estoy á dejarlo; pero tendré la cuerda al cuello, y no cesaré de decir que tu fama y tu conciencia peligran; y dígame mas, rey Ricardo, que si tan mal aconsejado procedes, que consientas en que la mano de lady Edita...

—No la nombres, ni por un instante pongas en ella tu pensamiento, respondió Ricardo, echando otra vez mano á la maza, y relajando poco á poco el impulso con que habia hecho este movimiento.

—;No nombrarla, ni pensar en ella! respondió sir Kenneth, en quien al abatimiento con que habia empezado su conversacion con el rey, sucedió la enerjía y la decision de la passion verdadera, oyendo un mandato mas doloroso para él que la sentencia que le aguardaba. ;No nombrarla, ni pensar en ella! Por la Cruz Santísima, en que cifro toda mi esperanza, que su nombre será la última palabra que mis labios pronuncien, y su imájen la última que se presentará á mi alma, antes de separarse para siempre de este valle de lágrimas.

—¿Qué hombre es este! exclamó el rey, sin poder contener la admiracion que sir Kenneth le causaba, en medio del horror con que miraba su delito.

Iba sir Tomás á mediar en la conversacion, pareciéndole oportuno que terminase allí, cuando se oyó algun ruido en la antecámara, y las

voces de los jentilshombres que anunciaban la entrada de la reina.

—Detenla, detenla, sir Tomás, dijo el rey, que no se presente aquí. No es esta escena para mujeres. Averguénzome que un traidor me haya sacado de este modo fuera de mí mismo. Quítalo de mi presencia, le dijo inmediatamente al oído, sácalo por la entrada trasera del pabellon... cuidado con él... tu cabeza responde de la suya. Dentro de poco recibirá el castigo de su traicion; que se le proporcione un sacerdote, y no mate-mos al mismo tiempo el cuerpo y el alma. Que no haya degradacion en su suplicio; muera con espuelas y tala-lí, como caballero. Su traicion es mas negra que el infierno; pero su impavidez es la del mismo Satanás. »

De Vaux, satisfecho interiormente con que terminase la conversacion, sin que Ricardo hubiese cometido la locura de manchar sus glorias con la muerte de un indefenso, sacó á sir Kenneth del pabellon, por donde el rey habia mandado, y lo condujo á una tienda separada, donde fué desarmado y puesto en cadenas. El prevoste y sus subalternos quedaron encargados de su custodia, y el baron no pudo ver estos preparativos sin lanzarle una mirada de compasion, refrenada por el horror que le inspiraba la presencia de quien habia desobedecido al rey y abandonado tan cobardemente el precioso depósito que se le habia confiado.

Terminadas todas las precauciones que el prevoste juzgó oportunas, sir Tomás dijo con voz grave y medurado continente al malhadado caballero:—Es la voluntad del rey mi amo que vayais al suplicio sin degradacion de vuestros honores, ni infamia de vuestras armas, y que no sea mutilado vuestro cuerpo, después que el hacha del ejecutor os haya separado la cabeza de los hombros.

—Harto benigno ha andado Su Majestad en esa disposicion, respon-

dió sir Kenneth, con indicios de recibir un favor inesperado, y casi penetrado de agradecimiento. Mi mancha no se comunicará á mi familia. —¡O padre mio! ¡padre mio!»

Esta exclamacion, primera señal de dolor que el caballero habia dado desde su triste aventura, no pudo menos de conmover al baron inglés, el cual, como ya se ha dejado conocer en el curso de esta historia, era áspero de modales, y de semblante desapacible y brusco, pero no carecia de sentimientos humanos, ni gozaba cuando veia padecer á los otros. Humedeciéronse sus ojos, y él los restregó prontamente, de miedo de parecer pusilánime y afeminado.

—Tambien quiere Su Majestad, continuó diciendo, que os visite un sacerdote, para que os pongais bien con Dios. Al venir á esta tienda he encontrado un relijioso carmelita, que podrá conveniros para este arduo negocio. Ahí afuera aguarda, hasta que os halleis dispuesto á recibirle.

—Sea cuanto antes, dijo el del Leopardo, y doy gracias al rey Ricardo por este beneficio. Nunca puede venir ese buen padre en mejor ocasion que la presente, porque la vida y yo nos hemos despedido, como dos viajeros que caminan juntos hasta la encrucijada en que deben separarse.

—Está bien, dijo De Vaux, bajando la voz y demudándose algun tanto, y mejor es que así estéis dispuesto, porque Ricardo quiere que se proceda al instante á la ejecucion.

—Hágase, dijo sir Kenneth, la voluntad de Dios y la del rey: que yo, ni niego la justicia de la sentencia, ni deseo que se suspenda el golpe. »

De Vaux se encaminó á la puerta de la tienda, pero deteniendo el paso, y vacilando en dudas é irresoluciones. De pronto se volvió al caballero, en cuyo rostro no aparecia ninguna de aquellas conmociones que producen las cosas terreas, sino el recojimien-to y la insensibilidad de quien ha fijado

sus pensamientos en la otra vida. El Inglés no estaba acostumbrado á presenciar otros males que los que trae consigo la guerra: así que, la presencia de un jóven valiente, próximo á perder la vida á sangre fria, y de un modo tan ignominioso, escitó en su alma toda la sensibilidad que en ella cabia. Acercóse apresuradamente al monton de esferas en que sir Kenneth estaba sentado, tomó una de sus encadenadas manos, y dijo con toda la blandura que su bronca voz podia expresar:—Sir Kenneth, en la flor de la vida estás, y padre tienes que espera hallar en tí un apoyo para el último tercio de la suya. Yo tengo un hijo, y si no fuera por el lance de anoche, no le hubiera deseado otras prendas que las que en tí he conocido. Díme ahora con verdad: ¿No tienes nada que alegar en tu defensa?

—Nada, respondió tristemente sir Kenneth; he abandonado mi puesto; he dejado violar el honor de Inglaterra. Solo me toca presentar el cuello á la cuchilla.

—Dios tenga piedad de tu alma, dijo sir Tomás. De buena gana hubiera perdido el mejor de mis caballos, por haber estado la noche pasada en tu lugar, en el monte de San Jorge. Aquí hay un misterio que salta á los ojos, pero que no es fácil distinguir. Cobardía no puede ser: que los cobardes no pelean como yo te he visto pelear. Traicion, tampoco: que los cobardes no mueren con esa impavidez y fortaleza. ¿Quién te ha arrancado al puesto del honor? ¿Alguna estratagemá de la cual no has podido librarte! ¿Los lloros de alguna desventurada! ¿Las arterias de alguna sirena! Si así es, habla, y no te avergüenzas, que todos hemos pasado por esos mismos escollos. Abreme tu corazon. Ricardo es misericordioso, cuando se le pasa el primer arrebato. ¿Nada tienes qué decirme?»

El infeliz Escocés apartó la vista

del buen sir Tomás, y respondió: — Nada.»

Y De Vaux, que habia agotado todos los recursos de su elocuencia, salió de la tienda, cruzados los brazos, y casi avergonzado de mirar como cosa de tanto momento la muerte de un Escocés. Sin embargo, reflexionó que si los Escoceses eran sus enemigos naturales en Cumberlandia, debian mirarse como hermanos en Palestina.

CAPITULO XVI.

LA noble y esclarecida Berenguela, hija de Sancho, rey de Navarra, y esposa del heroico Ricardo, era una de las mas hermosas y cumplidas damas de su siglo. Eran breves y no muy mórvidas sus formas, pero arregladas á lindas proporciones, y modeladas con perfecta armonia. Distínguese por su complexion de las damas españolas, pues su profusa cabellera rubia y el porte juvenil de toda su persona, representaban algunos años menos de los que realmente tenia, aunque es cierto que no pasaba de los veinte y uno. Y este aparente atraso de la naturaleza correspondia al temple de su índole, pues sea por afectacion, sea porque en realidad la incitaban á ello sus inclinaciones, lo cierto es que en ella se notaba tanta desigualdad en las alternativas de su buen humor y de sus enojos, como prontitud y violencia en sus fantasías y caprichos: defectos que no parecian tales, sino mas bien amables prendas en quien tantos respetos merecia por su edad y por su elevacion. Mas no le bastaba ser respetada y servida; queria tambien ser admirada, y cuando hallaba quien le tributase este homenaje, debido mas bien á las dotes de la persona y á las perfecciones del alma, que á la majestad del trono, nadie la igualaba en benignidad, llaneza y blandura, con cuyos medios ejercia un im-

perio irresistible en los corazones, de que abusaba comunmente, como hacen todos los déspotas, cuando hallan esclavos en lugar de amigos. Algunas veces, cuando estaba completamente satisfecha esta ambicion, se le antojaba ponerse de pronto mala, ó se echaba en los almohadones de su estrado, quejándose de melancolía y abatimiento, y era de ver cuán afanados andaban entonces los médicos, inventando nombres y remedios para males imaginarios, y cuánto trabajaban las pobres damas de su corte en trazar juegos, pasatiempos y niñerías, para divertir y recrear á la paciente. El recurso mas eficaz de que en semejantes ocasiones echaban mano, era algun chasco pesado, de que alguna de ellas era víctima, y la reina, que recobraba su alegría y su viveza, si los efectos correspondian á la malignidad de la invención, no se paraba en examinar si aquel deporte convenia á su clase, ó si la pena que de él resultaba á la infeliz que servia de juguete, podia servir de recreo á un corazon noble y jeneroso. Confiaba en el favor de su marido, en su poderosa y encumbrada situacion, y en la aprobacion de las personas que la rodeaban, las cuales no hacian caso de la afliccion que padecía una inocente, con tal que la reina se hubiese divertido. En una palabra, sus solaces y festines eran como los retozos de la leona jóven, que no sabe cuánto daño hacen sus garras, aun cuando solo las usa para jugar con sus compañeras.

Amaba Berenguela á su esposo con la pasion mas vehemente; pero temia la prontitud de sus ímpetus y su carácter altivo é indómito; y como sabia que los alcances intelectuales de Ricardo eran superiores á los suyos, le desplacia sobremanera que prefiriese á su conversacion la de Edita de Plantagenet; sin embargo de que Ricardo no tenia para ello otro motivo, sino encontrar un inje-

nio mas despejado, y mas elevacion de sentimientos y opiniones en su prima que en su esposa; por lo que, aunque le divertia la conversacion de aquella doncella ilustre, no era de creer que padeciesen el menor menoscabo sus afectos legítimos. Berenguela no aborrecia á Edita, ni la deseaba, ni hubiera querido en ningun caso irrogarle el menor perjuicio; porque no obstante algunos síntomas de egoismo que en su conducta se notaban, era buena y de inocentes intenciones. Pero sus camareras y damas habian descubierto que nada restablecia tan eficazmente el espíritu lánguido y abatido de la reina, como alguna alusion maliciosa, alguna crítica amarga dirigida contra Edita; y desde que hallaron este específico, lo aplicaban, con preferencia á otro cualquiera, cuando la ocasion lo requeria.

Ciertamente Berenguela no andaba muy jenerosa en esta disposicion poco amigable para con la parienta de Ricardo; la cual, segun se decia, era huérfana; y aunque usaba el nombre de Plantagenet, y otros la conocian con el de «la linda doncella de Anjou;» y aunque Ricardo la admitia á todas las prerogativas y fueros de las damas de su familia, y como tal aparecia en las ceremonias de palacio, nadie sabia ni se atrevia á preguntar cuál era su parentesco con el rey, ni quiénes eran, ni qué estados y feudos poseian sus padres. Eleonora, la célebre Reina Madre de Inglaterra, la trajo en su compañía, cuando se juntó en Mesina con Ricardo, y la presentó en la corte como una de las damas destinadas á acompañar á Berenguela, cuyas bodas estaban ya tratadas. Ricardo trató desde entonces á Edita con respetuosa cortesía, y Eleonora la tenia siempre á su lado, y la honraba con su confianza, á despecho de la envidia que suscitó su inesperada venida.

Las damas de Berenguela no tu-

vieron otra cosa que censurar en Editaa principio sino tal cual desaliño en el tocado, tal cual mala eleccion en el color y adorno del vestido; materias en que ella misma confesaba injenuamente su inferioridad. Por supuesto, no se les escapó el silencio y reverente afecto del caballero del Leopardo; sus divisas, sus colores, sus libreas, los emblemas de sus armas en los torneos, y aun algunas veces sus tímidas miradas daban lugar á las conjeturas y comentarios de aquellas astutas observadoras. Pero ocurrió despues la romería de la reina Berenguela y de todas las damas de su servidumbre á la capilla de Engaddi: jornada que la esposa de Ricardo habia emprendido en cumplimiento de un voto por el restablecimiento del rey, y á la cual habia estimulado con obstinado empeño el arzobispo de Tiro, aparentando motivos de religion y piedad, pero movido en secreto por los fines de su política. Entonces fué, y en la capilla de aquel santo sitio, que comunicaba por su parte superior con un convento de monjas Carmelitas, y por la inferior con la cueva del anacoreta, cuando una de las camareras de Berenguela observó los dos pimpollos que se desprendieron de la mano de Edita; circunstancia de que dió cuenta inmediatamente á la princesa, considerándola como una prueba segura de la secreta intelijencia que con el caballero del Leopardo mantenía. La reina volvió de su piadosa excursion, provista con aquel nuevo y admirable remedio para sus ataques de melancolía y desabrimiento: á lo que se agregaba la preciosa adquisicion de los grotescos enanos que habian pertenecido á la reina destronada de Jerusalem; tan contrahechos, tan ridículos y tan bufones, que podían pasar por las mas excelentes de cuantas alhajas de aquella especie adornaban á la sazón las cortes de Europa. Uno de los primeros usos que la rei-

na habia hecho de estas dos desventuradas criaturas, fué su aparicion nocturna en la capilla, ante los ojos del caballero escocés, con lo que su festiva imaginacion se habia propuesto asustar á un guerrero intrépido, haciéndole creer que Luzbel le enviaba dos ministros de su corte infernal: mas la chanza no tuvo efecto, como ya lo hemos visto. Despues habia aventurado otra prueba, cuyas consecuencias parecían mas graves y terribles.

Despues que sir Kenneth se hubo retirado del pabellon de la reina, adonde Nectabano le habia introducido, se volvieron á juntar las damas, como era de esperarse que lo hiciesen despues de un lance tan imprevisto. La reina al principio no hizo mucho caso de las quejas y lamentaciones de Edita, y se contentó con hacer algunas alusiones á su gazmoñería y aparente severidad; mas al fin, dando rienda suelta á su humor, ridiculizó en tales términos el equipo, la nacion, y sobre todo la pobreza del caballero del Leopardo, que la pobre lady Edita, como el guerrero inexperto que no sabe cómo parar los golpes de un enemigo ágil y poderoso, abandonó el campo de batalla, y se retiró, llena de amargura y despecho, á su aposento. Pero cuando, la mañana siguiente, Edita supo por una camarera á quien habia encargado la averiguacion de lo ocurrido aquella noche, que el estandarte de Inglaterra habia desaparecido, y que la centinela estaba encadenada, se precipitó en la cámara de la reina, y con la mayor vehemencia le suplicó pasase inmediatamente á la tienda de Ricardo, y emplease cuantos medios estuviesen á su alcance, para evitar las funestas consecuencias que podía acarrear su capricho.

La reina, llena de sobresalto, echó la culpa de su propio desacuerdo á las damas de su servidumbre, que es lo que solia hacer siempre que sus chanzas acarrearán disgustos y compromisos, y procuró tranquilizar á

Edita y disipar sus justos temores, con los mas frívolos y pueriles efujios. Dijo que era imposible que tan ligero accidente tuviese los resultados que se recelaban; que el caballero estaria quizás durmiendo, despues de haber velado toda la noche; que aun dado caso que el pendon se hubiese perdido, todo se reducía á un pedazo de terciopelo bordado; que sir Kenneth era un guerrero oscuro, y por lo tanto no merecía que se diese gran importancia á su negligencia; en fin, que si en realidad estaba preso, sería por poco tiempo, y recobraría su libertad, cuando pasase el primer impulso del enojo de Ricardo.

Otras muchas cosas dijo, á cual mas inoportunas y triviales, con el objeto de persuadirse ella misma, y hacer creer á Edita que su locura, de que tanto se arrepentía á la sazón, no podia en ningún caso dar origen á sucesos graves y de consecuencia. Mientras Edita procuraba en vano detener aquel torrente de palabras inútiles, entró en la pieza una de las damas de la servidumbre, en cuyas miradas se leían la aflicción y el terror. Con solo verla, Edita penetró todo cuanto ocurría, y hubieran desfallecido sus fuerzas, si no la hubieran sostenido la misma urgencia de las circunstancias y la elevación y firmeza de su carácter.

—Señora, dijo la dama recién-venida, no perdáis un tiempo preciosísimo. Salvadle la vida si podeis.... si podeis, repitió oprimida por la angustia.

—Aun es tiempo, dijo lady Calista. El reo ha sido conducido á la presencia del rey; todavía no ha salido de la tienda; pero no tardará, y Dios sabe.... Al decir estas palabras, lady Calista, cuya conciencia la reconvenía por la parte que habia tenido en el suceso, se abandonó al mas congojoso dolor.

—Ofrezco un candelero de oro al Santo Sepulcro, dijo la reina.

—Mas vale moverse que ofrecer, dijo lady Edita, y mas hacen diligencias que votos.

—Lady Edita tiene razon, dijo Calista. Vamos, señora. ¿En qué se detiene Vuestra Majestad? Vamos á la tienda de Ricardo, y no salgamos de ella sin haber salvado al caballero.

—Vamos, vamos, » dijo Berenguela, trémula como la hoja del árbol. Levantóse con precipitación, y ninguna de sus damas se hallaba en estado de presentarle la ropa, como lo hacian ordinariamente, y como su empleo exigía. Todas lloraban al mismo tiempo, y se movian en diferentes direcciones sin objeto. Solo Edita estaba inmóvil, aunque pálida como un espectro. Su dolor era profundo, pero dominado por la razon. Ella fué la que ayudó á la reina, supliendo la falta de las damas de la servidumbre.

—Bien me servís, señoras, dijo la reina, que ni aun en aquellas apuradas circunstancias podia olvidar las pequeñeces de la ceremonia. ¿Posible es que dejeis hacer estas cosas á lady Edita? Edita, ya verás cómo no estoy pronta á tiempo. Mas vale enviar por el arzobispo de Tiro: él entiende mejor de estas cosas.

—No señora: de ningún modo, dijo lady Edita. Vos debeis ir en persona. Pues habeis hecho el mal, emplead todos vuestros esfuerzos en repararlo.

—Vamos, pues, vamos, dijo la reina; pero si Ricardo está de mal humor, yo no despliego mis labios. Capaz es de matarme en un arrebato.

—No haya miedo, señora, dijo lady Calista, que conocia mejor que ninguna otra el temple de la reina. No hay leon en los desiertos que pueda mirar sin amansarse ese rostro y esas facciones. El rey es un amante tierno, un caballero leal y fiel, y una palabra de Vuestra Majestad basta para desarmar su cólera.

—¿Crees tú eso, Calista? dijo la reina. ¡Ah, si supieras cuánto te enga-

ñas! mas no importa.... estoy resuelta. Vamos, pero ¿he de presentarme delante de Ricardo con ese traje verde, que es un color que no puede ver delante de los ojos? Mejor será ponerme un manto azul.... no.... aquel manto de grana, que vino en el rescate del rey de Chipre. Buscadlo: en aquella caja de acero ha de estar.

— Señora, dijo Edita, con indignacion, pensando estáis en trajes y mantos, y pelagra la vida de un hombre. No hay paciencia humana que tanto sobrelleve. Quedaos en buen hora. Yo iré á ver al rey Ricardo: yo soy parte interesada.... veremos si el honor de una prima del rey de Inglaterra ha de ser indignamente violentado, y si es lícito abusar de su nombre, para poner bajo la cuchilla el cuello de un hombre de bien, y convertir la gloria de la nacion inglesa en hazme reir del ejército de la Cruzada.»

Berenguela, tan atónita como turbada, oyó estas espresiones de Edita, y conoció cuán amargas podian ser las consecuencias que semejante resolucion podia acarrearle. Edita se aproximaba ya á la puerta, y parecia resuelta á poner en ejecucion su amenaza; la reina dijo con voz desfalleciente á las otras damas: — Detenedla, detenedla.

— En verdad que no debeis dar ese paso, lady Edita, dijo Calista deteniéndola suavemente por el brazo; y vos, señora, no deis lugar con vuestra irresolucion á que lleguen las cosas al último extremo. Si lady Edita se presenta sola al rey, ¿quién podrá contrarestar su enojo? ¿quién se pondrá al abrigo de su furia?

— Voy sin mas demora, » dijo la reina, cediendo á la necesidad; y lady Edita se detuvo, aunque con repugnancia, aguardando que se pusiese en movimiento.

La reina se envolvió en un gran manto que ocultaba la negligencia de su ropaje. Edita y las otras damas

iban á su lado; precedíanla y seguíanla algunas jentes de armas y alabarderos. Con esta comitiva se dirigió á pasos precipitados hácia la tienda de Corazon de Leon.

CAPITULO XVII.

Los jentilishombres que estaban de guardia en la antecámara de Ricardo, no se atrevieron á dar entrada á su esposa, y en los términos mas comedidos y reverentes, la suplicaron que aguardase las órdenes de Su Majestad. Entretanto pudo oir distintamente la voz de Ricardo, que mandaba no dejar entrar á Berenguela.

— Ya ves, dijo esta, volviéndose hácia Edita, y tan desalentada como si se hubieran agotado todos los recursos de su intercesion. Es inútil cuanto hagamos: el rey no quiere recibirme; ya yo lo habia previsto.»

Al mismo tiempo oyeron á Ricardo que hablaba con alguno en lo interior del pabellon. — Anda, decia, y despacha lo mas pronto que puedas; porque en esto consiste toda la gracia que puedas hacer. Diez bezantes, si no das mas que un golpe; y observa si mudan de color sus mejillas, ó si se turban sus ojos. No pierdas el menor movimiento de sus facciones. Yo gusto de saber cómo mueren los hombres de pro.

— Será el primero que haya visto la cuchilla sin temblar, respondió una voz bronca y asperísima, aunque parecia algun tanto suavizada por el respeto.»

Edita no pudo guardar mas tiempo el silencio. — Si Vuestra Majestad, dijo á la reina, no se abre camino, yo sabré abrírselo; y si Vuestra Majestad no se decide, entraré yo sola. Caballeros, añadió, volviéndose á los de la servidumbre, la reina desea ver á su esposo, y no saldrá de aquí sin verle.

— Noble dama, respondió uno de los jentilishombres inclinando respetuosamente la pértiga de plata que

denotaba su oficio, dueleme oponerme á vuestros deseos, pero el rey está ocupado en negocios de la mayor importancia.

—Negocios de grandísima importancia, respondió Edita, son los que conducen á este pabellon á la reina de Inglaterra. Señora, venid, y yo os daré paso, y al mismo tiempo, empujando al gentilhombre con una mano, levantó con la otra la cortina de terciopelo que colgaba en la puerta de la cámara de Ricardo.

—Haga Vuestra Majestad lo que guste,» dijo el gentilhombre, cediendo menos á la fuerza que á los respetos que aquellas ilustres damas exigian. La reina y Edita se hallaron en presencia de Corazon de Leon.

Estaba el monarca tendido sobre el lecho, y á cierta distancia aguardaba, ó parecia aguardar sus órdenes, un hombre, cuya profesion no era difícil adivinar. Su traje se componia de una chaqueta de grana, abierta, por el cuello, hasta los hombros, y con mangas cortas, que dejaban descubierta la parte anterior del brazo. Cuando iba á ejercer su terrible oficio, como sucedia en la ocasion presente, llevaba sobre la chaqueta una cota ó sobreveste sin mangas, de cuero duro, adornado por delante con sobrepuestos y alamares de oscuro carmesí. Estas dos partes de su traje no pasaban de la rodilla, y descubrian su calzado y gregüescos, que eran del mismo cuero que la cota. El tocado era una gorra de pelo, en que procuraba ocultar sus facciones, como la lechuza entre las molduras de un sepulcro arruinado. Oscurecia la parte inferior del rostro una barba espesa, enmarañada y rojiza, con que se confundian sus desaliñadas melenas. Era hombre de corta estatura, rehecho y doble, y ancho en sus miembros y proporciones; su cuello era grueso en demasia, y sus brazos desmedidamente largos y fuertes. Leíase en sus facciones la fria

impasibilidad de un tigre, y el sobreceño y torvo mal humor de un misántropo. Pendíale del lado izquierdo una espada cuya hoja podria tener sus cuatro piés y medio de largo, y cuya guarnicion, de veinte pulgadas, pasaba sobre su cabeza, mientras él la empuñaba firmemente, en actitud de aguardar las órdenes del rey.

A la entrada inesperada y repentina de las damas, Ricardo, que estaba apoyado en el codo, hablando con el ejecutor, y vuelto el rostro hácia la entrada de la cámara, se incorporó prontamente, con indicios de sorpresa y enojo, y se inclinó al lado opuesto, volviendo la espalda á la reina y á las damas, y envolviéndose en las colchas de su cama, que, por su propia eleccion, ó quizás por un efecto de la adulacion de sus servidores, eran de pieles de leon, preparadas y sobadas por artifices venecianos, con tan extraordinaria destreza, que parecian tan flexibles y suaves al tacto como el terciopelo mas fino.

Berenguela, cuyo carácter hemos procurado dar á conocer á nuestros lectores, sabia lo que ninguna mujer ignora, es decir, el medio mas seguro de vencer la resistencia, y de conseguir el triunfo. Despues de haber echado una mirada de terror, sin la menor reserva ni disimulo, al funesto depositario de los secretos de su esposo, se arrojó á su lecho, se reclinó de rodillas en uno de sus lados, y dejó caer el manto de los hombros, descubriendo el desórden de su larga y rubia cabellera, que se dilatava en toda su estension por la espalda, y demostrando en sus facciones una confusion mezclada de sobresalto, al través de la cual relumbraban sus hermosos ojos como el sol, cuando rompe por entre las nubes que lo oscurecen. Tomó la mano del rey, aquella mano que era el apoyo de la Cristiandad y el terror del Mahometismo, é inclinándose hácia ella, la besó con cierto enajenamiento, que la privó

Por algunos instantes de la facultad de hablar.

—¿Qué significa esto, Berenguela? dijo el rey, dejando la mano entre las de su esposa, y sin atreverse á poner los ojos en ella.

—Despachad antes de todo á ese hombre cuyas miradas me matan, dijo Berenguela.

—Véte, dijo el rey. ¿Qué aguardas?

—¿Qué se ha de hacer con la cabeza? preguntó el hombre.

—Fuera de aquí, perro, respondió el rey... un entierro cristiano.»

El hombre se retiró, no sin haber recreado sus miradas en la hermosura de Berenguela, con una espresion de admiracion, y con una sonrisa aun mas horrible que el odio á los hombres estampado en sus ásperas facciones.

—Dí pues lo que desees, desacordada muchacha,» dijo entonces el rey, volviéndose lentamente hácia la afligida princesa.

Ricardo era admirador de la hermosura, y la apreciaba sobre todas las cosas humanas, despues del honor: pero aunque hubiera tenido un corazon desnudo de toda sensibilidad y ternura, no le hubiera sido posible ver sin conmovirse la amargura de una persona tan perfecta como Berenguela, ni sentir sin estremecerse de compasion, el calor de los besos y lágrimas con que ella sellaba y bañaba las manos de su esposo. Poco á poco volvió enteramente hácia ella su majestuoso y varonil semblante, cuyas facciones y hermosos y grandes ojos azules se habian ya dulcificado y enternecido tanto cuanto su indole indomable y el hábito de mandar y combatir se lo permitian. Alzóse blandamente, acarició aquella linda cabeza, y estampó un beso de amor en las mejillas que agitaban tantos encontrados sentimientos. Su robusto y soberbio continente, su frente espaciosa, su brazo y espalda que anunciaban la plenitud

del vigor, y las pieles de leon que le cubrian, formaban, al lado de una mujer débil y consternada, un grupo admirable, que hubiera podido servir de modelo para representar á Hércules reconciliándose, despues de una riña pasajera, con su esposa Deyanira.

—¿Qué es lo que desea, dijo el rey, la dama de mi corazon, en la tienda de su caballero, á una hora tan desusada y temprana?

—Perdon, mi benigno soberano, perdon, exclamó la reina, cuyos sollozos cerraban el paso á las palabras.

—¡Perdon! dijo el rey. ¿De qué?

—Lo primero, dijo Berenguela, por haber entrado de este modo en vuestra tienda.

—¿Deberá pedir perdon el sol, dijo el rey, por esparcir sus rayos benignos en el calabozo de un infeliz cautivo? Duéleme á la verdad que me hayas sorprendido en un negocio nada propio de damas, y sobre todo que espongas tu preciosa salud al rocío de la mañana, ahora que anda tan lista la enfermedad.

—¿Y la vuestra? preguntó la reina, difiriendo todavía la explicacion del motivo que allí la habia conducido.

—Capaz soy ya, dijo el rey, de romper una lanza en el crestón del primer desleal caballero que no te proclame y reconozca por la dama mas hermosa y mas cumplida de toda la Cristiandad.

—Pues entonces, repuso Berenguela, no me negarás la gracia que voy á pedirte; una vida, una sola vida.

—¡Una vida! dijo el rey, arrugando las cejas... ¿La vida de quién!

—La de ese infeliz caballero escocés, dijo la reina.

—No trateis de eso, señora, respondió el rey con firmeza; no me habéis de él; no me lo nombreis siquiera. Debe morir, y morirá.

—No, mi real esposo, mi amor, dijo Berenguela. ¡Tanta severidad por un pedazo de seda que se ha perdido! Berenguela te dará uno bordado por sus

manos, y será el mas rico y suntuoso que se haya jamás tremolado al viento. Todas las perlas de mis cofres le servirán de adorno, y cada perla irá bañada con una lágrima de agradecimiento y de cariño á mi jeneroso y magnánimo paladin.

—No sabes lo que dices, contestó Ricardo, interrumpiéndola con vehementemente indignacion. ¡Perlas! ¡qué montan todas las perlas del Oriente comparadas al honor de Inglaterra! ¿y qué lágrimas hay en el mundo que puedan lavar la mancha de la fama de Ricardo? Idos, señora, conoced la situacion que ocupa vuestro esposo, y que este tiene obligaciones en que vos no debeis ni podeis tomar parte.

—Ya lo oyes, Edita, le dijo la reina al oido. Está furioso.

—Estélo en buen hora, dijo Lady Edita. Señor, yo que soy vuestra humilde parienta, imploro vuestra justicia, que no ya vuestra conmiseracion, y los oidos de un monarca deben estar siempre abiertos al grito de la justicia, sin distincion de hora, sitio ni circunstancia.

—¡Oh prima! dijo el rey, sentándose de pronto, y estrañando el tono decidido de la doncella. Hablais como quien sois, y como quien soy os responderé, dando por cierto que vuestra demanda no sea indigna de vos ni de mí.»

La hermosura de Edita era mas animada y despierta que la de la reina, aunque no tan brillante ni voluptuosa; pero la ansiedad y la impaciencia, moderadas por el natural orgullo que nunca se borraba de sus facciones, le dieron un aspecto de firmeza y gravedad que impuso silencio al rey, aunque importunado ya sobradamente por los ruegos de la reina.

—Señor, dijo Edita, ese buen caballero, cuya sangre va á ser derramada por órden vuestra, ha hecho en otros tiempos grandes servicios á la Cristiandad. Ha fallado á su deber; ha dejado el puesto que Vues-

tra Majestad le habia confiado, de resultas de un artificio tramado, no con intencion de acarrearle daño ni vilipendio, sino por mero pasatiempo, y sin que sus autores pudiesen prever las fatales consecuencias que de ello iban á resultar. Se le envió un finjido mensaje en nombre de cierta persona que... pero, ¿porqué no ha de saber Vuestra Majestad toda la verdad del caso? El mensaje fué en mi nombre, y este nombre le indujo á dejar por unos breves instantes su puesto. ¿Hay un solo caballero en el campamento que no hubiera hecho lo mismo? ¿Es tan fácil desobedecer el precepto de una dama, que, aunque de prendas humildes, tiene en sus venas sangre de Plantagenet?

—¿Y le visteis, por supuesto? repuso el rey, mordiéndose los labios de despecho.

—Le ví, en efecto, señor, respondió Edita, y no es tiempo ahora de referir dónde ni porqué. Yo no he venido aquí á disculparme, ni á culpar á nadie.

—¿Dónde le visteis? preguntó el rey.

—En el pabellon de la reina Berenguela, respondió Edita.

—¡En el pabellon de mi augusta consorte! exclamó el rey. Por el cielo santo, y por San Jorge de Inglaterra, y por todos los santos que habitan el paraíso, que ya es esta sobrada audacia. He observado adonde fijaba sus pensamientos ese atrevido; mas no creía que pasase de una muda admiracion, y no lo estrañé, apesar de la elevacion de su objeto, pues tambien admiramos el esplendor del sol, con estar tan alto y tan superior á nuestra esfera. Pero ¡cielos! que le hayais dado una cita, que esta cita haya sido de noche, y en el asilo sagrado de la esposa del rey de Inglaterra..... por vida de mi padre..... Edita, que vais á pasar todo el resto de la vuestra en los cuatro muros de un monasterio.

—Señor, respondió Edita, mal se

viene con vuestra magnanimidad la tiranía. Ni mi honor ha padecido menoscabo en esta entrevista, ni el vuestro tampoco. Presente está la reina mi señora que puede atestiguar mi aserto. Pero ya he dicho que no he venido á vuestra real presencia á justificarme, ni á descubrir desacuerdos ajenos. Solamente vengo á implorar, en favor de uno cuya flaqueza está suficientemente disculpada por la fuerza del resorte empleado en seducirle, la misericordia que Vuestra Majestad, con ser un rey tan poderoso, tendrá que implorar un día en otro tribunal y por culpas menos veniales.

— ¡Es esta Edita de Plantagenet! dijo el rey, sin poder contener el enojo. ¡Edita de Plantagenet, la recatada y la noble! ¡O es una insensata, enfermiza de amor, que no se cura de su propia fama en parangon de la vida de su galán! Por el alma del rey Enrique, me falta poco para mandar que se ponga la cabeza de este almirado doncel en tu celda, para que te sirva de crucifijo.

— Y si así lo mandais, respondió Edita, no fiaré una sola vez la vista en ella sino en tí: he aquí la reliquia de un buen caballero, cruel é indignamente sacrificado por uno de quien solo diré que debiera saber galardonar de muy distinto modo los altos hechos de caballería. ¡Almirado doncel le llamis! continuó, dando rienda suelta á la vehemencia de sus afectos. Era mi amante: sí, amante, leal y rendido, y tan humilde como enamorado, y tan apasionado como modesto: amante que jamás osó declarar sus afectos, ni con voces, ni con miradas, bastándole la admiración y el respeto, como si el objeto de su pasión fuera un santo puesto en un altar. ¡Y por esto debe morir! ¡porque fué fiel, y valiente, y comedido!

— Por la Virgen de la capilla de Engaddi, le dijo entonces al oído la reina, que no acabes de irritarle.

— Poco me importan sus iras, respondió en alta voz Edita; la virgen sin mancha no teme al leon furioso. Haga lo que quiera con ese buen caballero. Edita, por quien tan inocentemente muere, sabrá llorar su memoria interin haya sangre en sus venas. Nadie me hable de hoy mas de alianzas políticas, á las cuales nunca servirá esta pobre mano. Ni quería, ni debía ser su dama, siendo tan grande la distancia que de él me separa; mas esto se entiende con el que vive. El sepulcro une al bajo y al alto, y ahora declaro delante del mundo entero que me considero esposa de ese desventurado, y como tal sabré ser fiel á su memoria.

Iba á responder Ricardo con la cólera que estas palabras debían enjendrar en su corazón, cuando entró precipitadamente en la cámara del rey un carmelita, envuelto en su manto y capucha de grosero paño, y arrojándose sin detenerse á los pies del monarca, le suplicó, por los mas sagrados motivos que pudo alegar, mandase suspender la sentencia que contra sir Kenneth había pronunciado.

— Por Dios Santo, y por San Pedro de Roma, exclamó el rey, que el mundo entero se ha conjurado para sacarme de mi acuerdo... locos, mujeres... frailes... ¿qué significa esto?

— Poderoso señor, dijo el carmelita, he suplicado al lord de Gilsland que suspenda la orden que habia dado de conducir el reo al suplicio, hasta que Vuestra Majestad, despues de haber oído...

— ¡Y el baron de Vaux ha tenido el atrevimiento de acceder á tu demanda! dijo Ricardo. Accion es esta digna de su insensatez. ¿Y qué es lo que tienes que decir? Habla en nombre de Satanás.

— Augusto señor, respondió el fraile, soy depositario de un secreto de la mayor importancia; pero está sellado con el inviolable sacramento

de la confesion. Ni puedo decirlo, ni aun murmurarlo: pero juro por la santa órden que profeso, y por el santo hábito que visto, y por el bienaventurado Elías, nuestro fundador, que fué trasladado á los cielos, sin pagar el amargo tributo de la mortalidad, que si me fuera lícito poner en oídos de Vuestra Real Majestad el negocio que ese malhadado jóven me ha revelado, desistiríais sin vacilar del cruel y sangriento designio que abrigais contra él.

— Buen padre, respondió Ricardo, que yo reverencio la Santa Iglesia, y obedezco y ejecuto sus preceptos, bien lo testifica la empresa á cuyo logro he consagrado mi brazo. Dadme á conocer ese secreto de que hablais, y procederé segun juzgue mas conveniente y debido. No creais empero que me dejo llevar por la mano en las tinieblas, ni creais que Ricardo de Inglaterra es hombre de aquellos que ceden á la voz de un eclesiástico, aun cuando les falte la luz del convencimiento.»

El fraile entonces abrió el manto, y bajo la capucha que le cubría, dejó ver su vestidura interior, que se componia de pieles de cabra, y un rostro tan acartonado y consumido por el clima, el ayuno y la penitencia, que mas parecia de un esqueleto animado que de un hombre vivo. — Señor, dijo con acento reverente, pero enérgico y sostenido, veinte años hace que estoy macerando este miserable cuerpo en las cavernas de Engaddí, en penitencia y espiacion de un gran crimen. ¿Pensais que habiéndome despedido para siempre de este mundo frágil y perecedero, seria capaz de hacerme reo de una mentira? Rey de Inglaterra, en el alma de este pecador no hay mas que un solo deseo que se ligue á las cosas de este mundo, y es el restablecimiento de la Sion Cristiana; y ¿creeis que podré hacerme indigno de este piadoso sentimiento, revelando los secretos de la

confesion? ¡Y mi alma, señor, y mi alma!

— ¡Con que eres, dijo Ricardo, ese ermitaño de quien tanto se habla! Confieso que mas que hombre mortal, pareces un espíritu vomitado por el sepulcro; pero Ricardo no tiene miedo á fantasmas. Y tambien eres tú, segun creo, el que, por medio de ese mismo Escocés, recibió una embajada de los príncipes cristianos, sobre no sé qué intelijencias con el Soldan, mientras yo, que hubiera debido antes que otro alguno entender en el asunto, estaba postrado en la cama con la dolencia. Pues bien: ellos y tú podréis ver el caso que hago yo de esa clase de embajadores. Bueno soy para dejarme llevar por el escapulario de un Carmelita. Morirá, y morirá pronto, y basta que tú intercedas por él, para que muera.

— Dios tenga piedad de tu alma, dijo el ermitaño; hartas lágrimas te costará el daño que vas á hacer. Llegará el tiempo en que desees, á costa de un brazo, haberte detenido al borde del precipicio. Ciego, temerario mortal, perdona, que aun es tiempo.

— Afuera con tanta importunidad, dijo el rey enfurecido. El sol ha alumbrado la deshonra de Inglaterra, y todavía no se ha vertido la sangre que la ha de lavar. Afuera damas y frailes, y todos los que no quieran oír la órden que van á pronunciar mis labios; porque, por San Jorje, juro....

— No jures, dijo la voz de uno que entró á la sazón en la cámara.

— Ven, sabio Hakim, dijo el rey, ven á pedir la recompensa de tus servicios.

— Vengo, dijo el Arabe, á pedirte audiencia sobre asunto del mayor interés.

— Antes de todo, respondió el rey, conoce á mi esposa, y ella conocerá á quien ha salvado la vida de Ricardo.

— No me corresponde, dijo el médico, cruzando los brazos sobre el pecho, é inclinandose respetuosamen-

con mesura y acatamiento oriental, no me corresponde fijar mis ojos en la hermosura que no está vedada, y que se presenta vestida de todo su esplendor.

— Retírate, Berenguela, dijo el monarca; retírate, tú también, Edita; no volvais á molestarte con súplicas. Lo único que puedo hacer es dejar la ejecucion hasta medio día. Vosotros, y tranquilizaos.... vete, amada Berenguela; Edita, añadió, lanzando una terrible mirada que confundió á la animosa jóven; vete, y ten juicio.»

Las damas se retiraron precipitadamente, sin observar las reglas y precedencias que la ceremonia de la corte exigia, como la bandada de tímidas aves que el neblí descubre y persigue.

De allí se restituyeron al pabellon de la reina, donde se abandonaron á sus inútiles lamentaciones, y á la afliccion que debia producir en ellas la suerte del caballero, victima de sus chanzas imprudentes. Edita era la única que se mantuvo serena, sin derramar una lágrima, sin lanzar un quejido, como si desdeñara estos órganos comunes del dolor. Su firmeza y presencia de espíritu le permitió asistir á Berenguela, en cuyo delicado temperamento produjo la pena violentos espasmos, arrebatos convulsivos, y otros síntomas de hipocondría.

— Es imposible que Edita ame de veras á ese caballero, dijo Florisa á Calista, que era mas antigua en la servidumbre de palacio, y mas versada en las galanterias de la corte. Nos hemos engañado completamente. Sin duda siente y deplora la suerte que le aguarda: mas solo porque su nombre está de por medio.

— Necia, respondió la astuta compañera; la familia de Plantagenet está amasada en orgullo, y ninguno de esta raza confiesa ni deja ver sus debilidades. Cuando están heridos de muerte, curan los arañes que los

otros han recibido. Florisa, hemos hecho un gran desaguisado: de buena gana diera yo el mejor joyel de mi cofre por no haber andado en semejante enredo.»

CAPITULO XVIII.

El ermitaño salió también del pabellon del rey, siguiendo los pasos de las damas, como la sombra sigue el rayo del sol, cuando se disipan las nubes que ocultaban su disco. Pero apenas habia dado algunos pasos, volvió atrás, se introdujo de nuevo en la cámara del monarca, y estendiendo las manos en actitud fiera y amenazante, exclamó: — ¡Ay del que desoye la voz de la iglesia de Cristo, y se abandona al divan de los infieles! Rey Ricardo, aun no he sacudido el polvo de mis sandalias; aun no he salido del campamento; aun no se ha descargado el golpe terrible; pero la espada pende de un cabello. Monarca altanero, no será esta la última vez que nos veamos.

— Sea así, orgulloso sacerdote, dijo el rey; mas soberbio en tus pieles de cabra, que los príncipes de la tierra en el oro y en la púrpura.»

El ermitaño se retiró de la tienda, y el rey continuó, dirigiéndose al Arabe: — ¿Son los dervises del Oriente, sabio Hakin, tan familiares con sus soberanos?

— El dervis, respondió Adonebec, es sabio, ú loco: no hay medio entre estos dos extremos para el que viste *Khirkhah*, (1) y vela de noche, y ayuna de día. Por manera que no es responsable de sus acciones, puesto que ó no tiene razon para conducirse, ó tiene bastante sabiduría para hablar discretamente en presencia de los monarcas.

— Parece, dijo el rey, que los

(1) *Khirkhah* significa literalmente el vestido roto, y es el nombre que dan los Musulmanes al traje de los Dervises.

frailes cristianos han adoptado el partido de la locura : pero vamos al caso, amigo Hakim, ¿en qué puedo complacerte?

— Gran rey, dijo el médico, haciendo su acostumbrada reverencia, hable tu siervo una palabra, y viva. Séame lícito recordar á tu elevado espíritu, que debes á las inteligencias, y no á mí, que soy un mero instrumento de sus bondades, el tesoro inestimable de la vida.

— ¡Y por una vida que te debo, respondió el monarca, vienes á pedirme otra! ¿No es verdad?

— Tal es el humilde ruego que me atrevo á presentar á tu sabiduría, dijo el Musulman; la vida que vengo á pedir al gran Melec Ric, es la de ese buen caballero, cuya falta no es otra que la que cometió el Sultan Adau, que nosotros llamamos Aboulbeschar, ó padre de todos los hombres.

— ¿Y no sabes que por esa misma falta el padre de todos los hombres perdió la vida? El rey pronunció estas palabras notablemente ajitado y pensativo. Alzóse, y empezó á dar paseos por la cámara, diciendo, como si hablase consigo mismo : Conocí la intencion que traía, apenas le ví entrar por la puerta. Un hombre está condenado justamente á pagar con la vida su delito, y yo, que he mandado destruir millares de hombres, y que he despachado tantos con mi acero, no puedo deshacerme del criminal que ha manchado el honor de mis armas, el de mi casa, y el de la reina mi esposa. Por San Jorje, que el negocio merece mas risa que enfado. Por San Luis, que esto se parece al cuento de Blondel, de aquella torre encantada en que estaba condenado á entrar un caballero, y no pudo hacerlo porque se lo estorbaban las mas estrañas y horribles figuras, que sucesivamente se le presentaban á la puerta, y le cerraban el paso. Desaparecía una, y venía otra en pos. Mujer, parienta, ermitaño, turco; uno se va, y viene

otro. ¡Tantos paladines contra uno solo! » El rey se echó á reir á carcajadas, porque sus arrebatos de cólera eran demasiado violentos para durar mucho, y ya empezaba á ceder la que el lance de sir Kenneth le habia producido.

El físico al mismo tiempo le miraba con la mayor sorpresa, y no sin cierta dósis de desprecio, porque los pueblos de Oriente no conocen, ni saben perdonar esas mudanzas repentinas de humor, y porque además en la risa inmoderada ven un exceso que degrada la condicion del hombre, y solo corresponde á niños y mujeres. Aguardó que pasase aquella intempestiva jocosidad, y volvió á dirigir la palabra al rey, cuando le vió algun tanto mas compuesto.

— No está bien, dijo, que salgan palabras de muerte de los labios que rien. Tu servidor espera que le concedas la vida de ese hombre.

— Toma en lugar de esa vida la libertad de mil cautivos, respondió Ricardo; devuelve á sus familias y á sus tiendas mil Mahometanos. Consiento en ello sin dificultad. La vida de ese Escocés no puede ser útil á nadie. Debe morir, y morirá.

— Todos, dijo El Hakim, todos debemos morir, y moriremos : pero el gran acreedor es misericordioso, y no exige la deuda con tiranía, ni por espíritu de venganza.

— No creo, dijo el rey, que puedas tener un interés muy particular en que este hombre frustre los fines de la justicia, que yo, como rey de Inglaterra, he jurado proteger.

— Tambien has jurado ejercer la misericordia, respondió el Sarraceno; pero sea lícito á tu servidor decir que no es la ejecucion de la justicia lo que tú deseas, sino la de tu propia voluntad. Y en cuanto al interés que tengo en este negocio, baste decirte que muchas vidas dependen de la de ese buen caballero.

— Explica tus palabras, El Hakim;

—Ricardo, pero no creas que puedo alucinarme falsos ni frívolos preceptos.

—Alá aparte semejante designio del alma de su servidor, dijo Adonebec. Sabe pues que la medicina, á cuyos maravillosos efectos, tú, gran rey, y otros muchos deben la vida, es un talisman compuesto bajo ciertos aspectos de los astros, que solo se verifican cuando están propicias y favorables al hombre las divinas inteligencias. Yo no soy mas que el pobre administrador de tan gran beneficio. Mi ciencia se reduce á ponerla en una copa de agua, observando antes la hora favorable de administrarla al paciente, y el talisman hace la cura.

—¡Maravillosa medicina por cierto! exclamó el rey, y no menos cómoda que eficaz. Bien podeis ahorraros el trabajo de cargar tantas caravanas de camellos con yerbas y drogas. Estraño que haya otros breviajes en uso.

—Escrito está, dijo El Hakim: no injurias al trotero que te ha sacado de la batalla. Sabe que está fuera del alcance del hombre la composicion de estos admirables talismanes: mas pocos son los que se han atrevido á ponerlos en práctica. El sabio que ha de aprovecharse de tan celeste remedio en beneficio de sus semejantes, ha de someterse antes á penitencias ríjidas, á duros ayunos, á amargas privaciones, y á otras prácticas que no todos los mortales pueden sobrelevar. Si el que se halla en posesion del talisman, omite, por descuido, ú por apego á los apetitos sensuales, curar doce personas en el curso de cada luna, el talisman pierde su virtud, y el último paciente y el físico quedan espuestos á un pronto infortunio, y mueren en el término de aquel mismo año. Fáltame una vida para cumplir el número necesario.

—Si no es mas que eso, buen Hakim, dijo el rey, sal por ese cam-

pamento, y hartos infelices hallarás en quienes ejercer la virtud del talisman. Yo soy médico tambien, pero de otra especie de dolencias, y no conviene á un hombre de tu saber intervenir en mis curas. Además que no percibo la conexion que puede haber entre la vida de un criminal, y esas extraordinarias circunstancias que de tu medicina me refieres.

—Cuando puedas penetrar, dijo el Turco, la causa secreta en virtud de la cual un vaso de agua fría ha podido hacer en tu salud lo que no han hecho los remedios de los sabios de Franchistan, podrás raciocinar sobre los otros misterios que en este celestial secreto están encerrados. Yo no puedo hacerlo hoy por mí mismo, por haber tocado esta mañana un animal inmundo. De nada sirve que hagas otras preguntas: baste saber que solo con dar la vida al buen caballero, te evitas una gran desventura, y evitas otra gran desventura á tu servidor.

—Basta, Adonebec, dijo el rey. Bueno es que los médicos se expliquen en términos oscuros, y envuelvan su saber en la niebla de su jerigonza, y nos quieran hacer creer que aprendieron su ciencia en las estrellas: mas sabe que cuando hablas á Ricardo Plantagenet de las desventuras que le aguardan por haber omitido una ceremonia, ó por otro agüero de esta clase, no las has con un Sajon ignorante, ni con una vieja supersticiosa. Ricardo no abandona su propósito porque encuentra una liebre en la vereda, ni porque oye graznar al cuervo, ú estornudar al gato.

—No puedo estorbar que pongas en duda mi dicho, repuso el Arabe, pero sepa el gran rey de Inglaterra que la mentira no manchó jamás los labios de su servidor. ¿Sería justo, sería digno de un alma grande privar al mundo y á los desventurados que sufran de ahora en adelante la misma dolencia que iba arrebatarte la antorcha de la vida, de los beneficios

de ese maravilloso talisman, solo por no conceder la suya á un pobre criminal? Considera, potente monarca, que aunque tú puedes matar millares de hombres, no te es dado curar la menor de las dolencias que afligen la humanidad. Los reyes tienen el poder de Satanás, que es el de atormentar; el sabio tiene el de Alá, que es el de dar la vida. No robes el bien que no puedes restituir; no apagues la lámpara que no puedes encender. Corta la cabeza de tu semejante cuando te sea dado curar un dolor de muelas.

—¡Qué insolencia es esta! exclamó Ricardo irguiéndose con altivez á medida que Adonebec hablaba con mas decision y firmeza. Te he admitido como médico, y no como consejero. Trata de mi salud, y deja en paz mi conciencia.

—¡Y este es el modo con que el mas famoso de los príncipes de Franchistan, satisface y recompensa los beneficios hechos á su real persona! Esto dijo El Hakim, alzándose de la humilde postura en que hasta entonces habia estado, y hablando como si diera una orden á alguno de los de su comitiva. Sábetelo pues, añadió, que voy á denunciarte como desleal y desagradecido á todas las cortes de Europa y de Asia, al Musulman y al Nazareno; al caballero y á la dama; do quiera que resuenen arpas, y se esgriman aceros; do quiera que sea encomiado el honor, y detestada la infamia; á todas las rejiones de la tierra. Y si hay alguna en su vasto circuito que no haya oido la fama de las proezas de Melec Ric, en ella resonará la execracion de su ingratitud.

—¿Así hablas á Ricardo de Inglaterra, vil infiel? prorumpió el rey, en cuyo pecho ya no cabia el enojo. ¿Estás cansado de la vida?

—Véngate, dijo El Hakim; tus propios hechos te atormentarán mas que mis palabras, aunque cada una tuviera un aguijon mas penetrante que el de la abeja.»

Ricardo se volvió de espaldas al Musulman; cruzó los brazos; se volvió á pasear por la tienda, y de pronto exclamó: —¡Ingrato y desleal me has llamado! Valiera tanto llamarme infiel y cobarde. Hakim, sea en buena hora: has conseguido lo que deseabas, aunque mas valiera que me hubieras pedido los joyeles de mi corona. Soy rey y debo obrar como rey. La vida del Escocés es tuya. El prevoste te entregará su persona, con que le presentes este papel.»

Dijo, y se sentó, y escribió dos renglones, y dió el papel al físico: —Dispon de él, añadió, segun tu voluntad; esclavo tuyo es; haz de él lo que quieras. Solo te encargo que no vuelva á presentarse ante mi vista. Prudente y sabio eres: ten cuenta. ¿Sabes hasta dónde ha llegado su atrevimiento? Hasta la rejion de aquellas á cuyos bellos ojos y débil juicio confiamos nosotros el depósito del honor, como vosotros guardais vuestros tesoros en arcas de filigrana mas frágil y sutil que los hilos que teje la oruga.»

—Tu servidor entiende la palabra del rey, dijo el sabio, volviendo á inclinarse reverentemente, como lo habia estado al principio de la conversacion. Cuando cae una mancha en la rica alfombra de Estamboul, el necio la indica con el dedo, y el sabio la oculta con el manto. He oido las palabras de mi señor, y oír es obedecer.

—Está bien, dijo el monarca. Que piense ese hombre en su seguridad, y no aparezca nunca á los ojos de Ricardo. ¿Hay otra cosa en que pueda Ricardo complacer á su médico?

—La bondad del rey, dijo El Hakim, ha llenado la copa hasta los bordes. El raudal de su jenerosidad ha sido como la fuente que brotó en medio del campamento de los hijos de Israel, cuando tocó la roca la vara de Muzas Ben Amran.

—Sí, dijo el rey sonriéndose, pe-

ha sido necesario golpear con fuerza la roca, como en el desierto. Holárame de poder contentarte con algo que saliera naturalmente de mi voluntad, como el agua de los manantiales que enriquecen el Nilo.

— Déjame tocar la mano victoriosa, dijo el sabio, en prenda de que si Adonebec El Hakim demanda otra gracia á Ricardo de Inglaterra, no será desatendido su ruego.

— Mano y guante te lo aseguran, dijo Ricardo. Solo te advierto que si puedes acordar las virtudes del talisman, hecho por las celestes inteligencias, con la pena que merece el culpable, cumpliré de mejor talante mi oferta.

— Sean multiplicados tus días,» dijo El Hakim, y salió prontamente del pabellon, despues de haber hecho su profundo y acostumbrado acatamiento.

El rey le siguió con sus miradas, como si no estuviera arrepentido de lo que acababa de suceder.

— ¡Estraña obstinacion! exclamó, ¡y mas estraño aun el empeño que toma un infiel en estorbar que un monarca cristiano castigue al que lo ha merecido! Viva el caballero escocés, puesto que así lo ha querido la suerte, y habrá un hombre valiente de mas en el mundo. Pensemos ahora en el Austríaco. ¡Ola! ¿Está ahí afuera el baron de Gilsland?»

Sir Tomás de Vaux, que aguardaba en la antecámara, oscureció muy en breve con su voluminosa persona la luz que entraba por la puerta del cuarto del rey. Detrás de él, sin que nadie anunciase ni estorbase su entrada, se introdujo el selvático ermitaño de Engaddi, sin otro ropaje que su túnica de pieles de cabra.

Ricardo, sin hacer caso de este último, dijo en alta voz al baron: «Sir Tomás de Vaux, de Lanerscont y de Gilsland, toma heraldos y trompetas, y marcha inmediatamente á la tienda de ese á quien llaman Archiduque de

Austria, y procura que sea cuando haya á su lado mas numeroso acompañamiento de cortesanos y caballeros. Ahora es excelente ocasion, puesto que ese animal alinuerza antes de oír misa; entra en su presencia con el menor acatamiento posible, y acúsale en nombre del rey de Inglaterra de haber arrebatado, en la noche pasada, de su sitio, por su mano propia, ó por mano ajena, el noble pendon de San Jorje. Y dile que por tanto es mi placer y voluntad que, dentro del término de una hora, restituya la bandera con la debida reverencia, presentándose él mismo en el sitio, con sus principales barones, todos descubiertos, y sin los trajes de honor, y que al mismo tiempo, humille con una mano la bandera de Austria, como la que merece esta ignominia, por haber sido deshonorada con villanía, felonía y robo, y en la otra tenga una lanza, clavada en su punta la cabeza del que le aconsejó ú ayudó en este infame desacato; y dile por último que una vez que se haya sujetado en todos sus puntos á este mi real mandato, en cumplimiento del voto, que como caballero cruzado he hecho, y por los respetos de la santa Tierra en que estamos, le serán jenerosamente perdonados por mí sus otros desaguisados.

— ¿Y qué es lo que Vuestra Majestad me manda hacer, en caso que el Archiduque de Austria niegue haber sido el autor del delito? preguntó sir Tomás de Vaux.

— Dile entonces, contestó el rey, que le probaré con las armas en la mano, haber sido él quien profanó el honor del estandarte de Inglaterra, y que lo acreditaré, aunque vengan con él los dos mas valientes campeones de sus tercios, á pié ó á caballo, en el campo ú en el desierto, en el tiempo y sitio, y con las armas que quiera escojer.

— Pensad, señor, dijo el baron de Gilsland, en la paz de Dios y de la

santa Iglesia nuestra madre; en la paz que debe reinar entre príncipes que pelean juntos en la Cruzada.

—Piensa tú, dijo el rey, en ejecutar mis mandatos. ¿Piensas tú que es de hombres mudar á cada paso de pensamiento, como la golondrina muda de direccion? ¿Quién piensa en alterar la paz de la Iglesia? La paz entre Cruzados implica guerra contra Sarracenos, con quienes ahora estamos en treguas. En paz estaremos cuando empecemos á pelear contra los infieles. ¿No ves además que cada uno de los príncipes que se hallan en el campamento trabaja por sus intereses particulares? Yo tambien tengo los míos, y por ellos trabajo. Honor busco, y honor tendré, mas que les pese á mis enemigos. Por honor he venido á estos remotos climas, y no permitiré que falte en un ápice al respeto que me es debido ese Duque ó Archiduque ó lo que sea, aunque le apoyen y sostengan todos los príncipes juntos de la Cristiandad.»

De Vaux volvió la espalda al rey, para obedecer sus mandatos, encogiéndose de hombros, y muy persuadido, apesar de la cortedad de sus alcances, de que aquella era una de las mayores locuras que habia hecho en su vida Ricardo de Inglaterra. Pero el ermitaño de Engaddi se presentó en aquel instante en la tienda, con la actitud del que viene encargado de órdenes superiores á las de los monarcas de la tierra. Su traje de peludos cueros, su barba y cabellera desgrefiadas y ásperas, sus torvas, macilentas y desapacibles facciones, y el casi insano fuego que se veía centellear por entre sus largas pestañas, le daban el aspecto de uno de aquellos hombres de Dios de que habla la Escritura, que bajaban de cuando en cuando de las rocas y cavernas en que vivían en abstraccion y soledad, y se presentaban denodadamente, en nombre del Eterno, á los reyes de Judá ó de Israel, para abatir el poder

humano en su mas sublimado orgullo, y lanzar contra él las terribles maldiciones de la Majestad divina, como la nube descarga los torrentes de fuego de que está preñada, sobre los pináculos y torres de los castillos y de los palacios. En medio de sus ímpetus coléricos, Ricardo respetaba la Iglesia y sus ministros, y aunque le ofendió la inesperada aparicion del anacoreta en su morada, le recibió con comedimiento y suavidad, haciendo seña al mismo tiempo á sir Tomás de Vaux que no se detuviese en la ejecucion de su encargo.

Pero el ermitaño le prohibió con jesto, miradas y palabra que diese un paso adelante, y volviéndose al rey, y sacando de su grosero manto un brazo en que se veían señales evidentes de los estragos del ayuno y de las maceraciones del azote, alzó la voz, y en tono que espresaba el sentimiento profundo de que estaba animado, y el alto carácter de que se creía revestido, habló al rey de esta manera:

—En el nombre de Dios, y en el del vicejerede de la Iglesia Cristiana en la tierra, prohibo este profano, sangriento y brutal duelo, entre dos príncipes cristianos, cuyos pechos están santificados con la señal de la Cruz, y cuyos labios han jurado fraternidad y union por esta señal de nuestra salud. ¡Ay de aquel que ose infringir mi mandato! Ricardo de Inglaterra, retracta inmediatamente las palabras de que quieres que sea portador ese caballero. El peligro y la muerte están cerca de ti. La daga está ya amenazando tu garganta.

—El peligro y la muerte, dijo Ricardo con orgullo, son juguetes para Ricardo; y el que ha arrostrado el furor de tantos aceros, no se estremecerá al ver junto á su cuello una daga.

—El peligro y la muerte están cerca, repitió el ermitaño, añadiendo en voz terrífica y sepulcral, y despues de la muerte, el juicio.

— Buen padre, respondió Ricardo, yo reverencio tu persona y tu cantidad.

— No me reverencies, dijo el anacoreta, puesto que mas reverencia merece el vil insecto que se arrastra en las playas del mar Muerto, y se alimenta de su fango maldito. Reverencia y acata, y humíllate ante Aquel en cuyo nombre estoy hablando; ante Aquel cuyo sepulcro has jurado rescatar. Respeta el juramento de concordia que has pronunciado, y no rompas el vínculo de union y de fidelidad por cuyo medio te has ligado á los otros príncipes de esta confederacion.

— Buen padre, dijo el rey, paréceme, aunque lego é ignorante, que los ministros del altar no deben poner el pié fuera del círculo de sus atribuciones. A ellos atañe sin duda dirigir nuestras conciencias, y Dios me libre de estorbárselo; mas la custodia de nuestro honor es cosa muy diferente.

— ¡Y qué son los ministros del altar, dijo el ermitaño, sino la campana que obedece á la cuerda, y la trompeta que comunica el sonido de quien la alienta! Mírame á tus piés: aquí imploro tu misericordia. Ten piedad de la Cristiandad, de Inglaterra y de tí mismo.

— Alza, alza, dijo Ricardo, obligándole á ponerse en pié. Rodillas que tan frecuentemente se doblan ante la Divinidad, no deben clavarse en tierra en honor de un hombre. ¿Cuál es ese peligro que me amenaza, reverendo padre? ¿Cuándo estuvo tan humillado el poder de la Inglaterra, que fuese parte á poner miedo á su monarca el destemple y el vano ruido de ese reciénhecho Duque?

— Yo he mirado, respondió el anacoreta, desde las cúspides empinadas de las montañas, la hueste estrechada del firmamento, y he oído la armónica sabiduría de su inefable circuito, que á pocos es dado entender.

Yo he visto escrito en caracteres de oro el adorable decreto del que dispuso los jiros de los astros, y esparció luz en sus globos cristalinos. Hay un enemigo en la casa de la vida.... enemigo de tu fama y de tu bienestar; emanacion de Saturno, que te amenaza con pronto y sangriento peligro, y que te confundirá, como la piedra en el Océano, si pones el pié fuera de la senda de tu obligacion.

— Basta, dijo el rey: esa es ciencia de paganos, que los Cristianos no practican, y á que no dan crédito los cuerdos. Anciano... tú deliras.

— No deliro, Ricardo, contestó Engaddi, no me es dada esa ventura. Aun me han quedado algunas centellas de la antorcha de la razon, si no para guiarme á mí, para guiar á los otros en el camino de la Cruz. Yo soy el ciego que lleva la linterna, para que otros se aprovechen de la luz de que él puede gozar. Háblame de cuanto concierne al bien de la religion, y de esta santa Cruzada, y mis palabras serán vida y sabiduría. Háblame de mi flaco y deleznable sér, y no oirás de mis labios sino el desacuerdo de un insensato.

— No quiera Dios, dijo Ricardo, que yo rompa la cadena de paz que debe unir á los príncipes de la Cruzada: pero decidme, buen padre, añadió mitigando la voz, ¿qué satisfaccion pueden darme por la ofensa é insulto que he recibido?

— Poderes tengo, dijo Engaddi, y preparado estoy á hablarte de ese punto, en nombre del consejo, que, reunido apresuradamente por orden de Felipe de Francia, lo ha tomado ya en consideracion, y se dispone á dejar tu honor ileso.

— Estraña cosa es por cierto, exclamó Ricardo, que otros tomen á su cargo reparar las injurias hechas al honor del rey de Inglaterra.

— Lo que desean los monarcas del ejército de la Cruz, dijo el ermitaño, es prevenir tu demanda. Están uná-

nimemente de acuerdo en que se vuelva á colocar la bandera de Inglaterra en el monte de San Jorje; en que se pregone por bando al malhechor ó malhechores que cometieron el delito, y en ofrecer una cuantiosa recompensa al que los entregue vivos ó muertos, á fin de librar sus cuerpos á los lobos y á los cuervos.

— ¡Y Austria! preguntó el rey. ¡Austria sobre quien recaen tan fuertes sospechas, y que todos acusan del atentado!

— Para evitar discordia entre las huestes de Cristo, continuó Engaddi, el Archiduque de Austria se someterá á la prueba que el Patriarca de Jerusalem le imponga.

— ¿No sería mejor la prueba del combate? preguntó el rey.

— Su juramento se lo prohíbe, respondió el ermitaño, y además el Consejo de los Príncipes...

— No quiere ni querrá nunca, dijo Ricardo, que haya combates ni contra Moros ni contra Cristianos. No se hable mas en el negocio, buen padre; tú me has hecho ver cuán desatinado era el partido que habia abrazado. Mas fácil es encender una antorcha cuando la lluvia cae á raudales, que sacar una centella de valor de un frio y mísero cobarde. No se puede adquirir honor con quien no lo tiene. Consiento en lo que el Consejo propone, y no cesaré de insistir en que se verifique el juicio de Dios (1). ¡Cómo he de reirme á carcajadas cuando oiga chirriar sus dedos al agarrar la bola de hierro hecha ascua! ¡Cómo he de burlarme de sus contorsiones

cuando le vea atragantarse al querer comulgar la santa hostia!

— Ricardo, dijo el ermitaño, por caridad, si ya no por vergüenza, cesa tan abominables jocosidades. ¿Quién honrará y obedecerá á los príncipes que se insultan y calumnian entre sí con tanto encarnizamiento? ¡Ah rey de Inglaterra! ¡Qué lástima, que una criatura tan noble como tú; tan exaltada y jenerosa en obras y palabras; tan capaz de honrar con sus hechos á la Cristiandad, cuando la sabiduría modera sus ímpetus, tenga la furia brutal y sangrienta del león, unida á la dignidad y al brio del rey de la soledad!

Al terminar estas palabras, se detuvo, absorto en sus meditaciones, y fijos sus ojos en la tierra: despues prosiguió:— Los cielos que conocen nuestra naturaleza frágil y quebradiza, aceptan la obediencia imperfecta, y han suspendido el golpe sangriento contra tu agitada vida. El ángel destructor se ha detenido, como lo hizo en los tiempos antiguos á la puerta de Aracina, el Jehusita; mas la espada brilla en su mano... la espada que ha de humillar el orgullo de Ricardo Corazon de Leon al nivel del mas desamparado de los mendigos.

— Si la espada está desnuda, dijo Ricardo, no está lejos el golpe. Mas poco importa: sea breve mi vida, con tal que sea gloriosa.

— ¡Ay de mí! exclamó el solitario, y sus secos y enturbiados ojos se humedecieron con desusadas lágrimas; breve y desventurada; en el camino que te conduce al sepulcro, que ha abierto ya su lóbrego seno para recibirte, no crecen mas que calamidades y humillaciones y cautiverio. Llegarás al término espantoso, sin linaje que te suceda; sin que rieguen tu losa las lágrimas de un pueblo, atormentado por tus guerras; sin haber ilustrado la mente de tus súbditos, ni aumentado su bienestar.

— Pero no sin fama ni nombradía;

(1) Llamábanse juicios de Dios las pruebas que se hacian con un reo, para averiguar si era ó no culpable. Las habia de muchas clases. Unas veces el reo se obligaba á tomar en la mano un hierro hecho ascua, y si se quemaba, era condenado como delincuente; otras, comulgaba en presencia de los jueces y del acusador, pues se creia que, en caso de haber cometido la culpa de que se le acusaba, se le audaría la garganta y moriría al tragar la forma.

contestó Ricardo; no sin el llanto de la dama de mi amor. Estos consuelos, que tu no sabes conocer ni apreciar, acompañarán á Ricardo hasta la tumba.

— ¡No sé yo conocer ni apreciar el amor de una mujer, ni los loores de los que profesan la Gaya Ciencia! exclamó el ermitaño, dejando el tono habitual de tristeza que reinaba en su conversacion, y entusiasmándose al par de Ricardo. Rey de Inglaterra, continuó, descubriendo de nuevo el descarnado brazo, la sangre que hierve en tus azuladas venas no es mas noble que la que ya se ha helado en las mías. Pocas y frias son las gotas que de ella quedan; pero es sangre de Lusitan, del santo, heróico, y augusto Gofredo. Yo soy... quiero decir; yo era en el mundo, y el mundo me llamaba Alberik Mortemar.

— ¡Tú! ¡Dios mio! prorumpió el rey. ¡Tú el guerrero cuyo nombre ha propagado por toda la Cristiandad el clarín de la fama! ¡Cómo pudo eclipsarse tan brillante astro en el horizonte de la Caballería! ¡Cómo han podido ignorar los hombres, durante tanto tiempo, el paradero de quien los asombró con sus hazañas!

— No soy astro eclipsado, dijo el anacoreta; fui meteorito pasajero, que solo esparció en su breve carrera una luz incierta y nebulosa. Ricardo, si pensara que con alzar el horrible y sangriento velo que cubre el secreto de mis infortunios, podría lograr de tí que te detuvieses á la orilla del abismo, y doblases el cuello á la disciplina de la Iglesia, aun tendria vigor mi lengua para referirte lo que hasta ahora he ocultado con escrupuloso esmero, y sepultado en lo hondo de mi corazon. Oye pues, Ricardo, la historia que sale por primera vez de mis labios. ¡Ojalá sirvan de ejemplo á tu elevado y generoso espíritu el dolor y el remordimiento que de nada sirven ya á estos míseros vestijios de lo que antes fué hombre! Voy á reno-

var las dolorosas heridas de mi crimen y de mi desventura, aunque me haga perder la vida la sangre que por ellas vierta.»

El rey Ricardo, que en sus juveniles años habia oido con el mas vivo interés la historia de Alberik de Mortemar, cuando los trovadores recitaban en los suntuosos convites de su padre las curiosas leyendas de los caballeros de la Tierra Santa, escuchó con respeto la imperfecta, vaga y oscura relacion de unos hechos, que indicaban suficientemente la causa de la insania que aquejaba algunas veces á aquel singular y desventurado personaje.

— No necesito recordarte, dijo el hombre de la soledad, que fui noble en nacimiento, próspero en fortuna, sabio en el consejo, y fuerte en los combates. Todo esto fui, y mientras las mas hermosas é ilustres damas de Palestina engalanaban mi yelmo con guirnaldas de flores, y mientras todas se disputaban mi corazon y mis obsequios, obsequios y corazon se fijaron en una doncella de clase muy inferior á la mia. Su padre, que habia servido en otros tiempos bajo las banderas de la Cruz, echó de ver la passion que habia hecho de dos almas una sola, y conociendo cuán grande era la distancia que nos separaba, no encontró mas asilo para el honor de su hija que la reclusion de un monasterio. Volví de una expedicion remota, cubierto de gloria, y cargado de ricos despojos: pero hallé frustradas mis esperanzas, perdida mi ventura, y apagada la antorcha que me iluminaba en el sendero de la vida. También me acojí á la sombra del claustro; y Satanás, que me habia designado para ser víctima de sus asechanzas, sopló en mi débil corazon el hálito pestilente de una soberbia espiritual, que solo pudo tener su oríjen en las regiones infernales. Subí en los honores de la Iglesia, como antes habia subido en los del Estado. Los ojos,

la veneracion de la turba me hicieron creer, y lo creí en efecto, que la sabiduría habitaba en mi corazón, y que mi alma, superior á la humanidad, no podía contaminarse jamás con sus miserias y descarríos. Fui el alma de los concilios, el director de los prelados. ¿Qué obstáculos podía hallar en tan altas regiones? ¿Qué tentaciones podían acometerme? ¿Cuidado de mí! En un convento retirado y ejemplar, cuyas religiosas habían puesto sus conciencias bajo mi dirección, hallé á la que tanto había amado; á la que tantas veces había llorado como perdida. ¿Cómo podré referirte la catástrofe á que este descubrimiento dió origen? Basta que sepas que la profanada virgen, que castigó su culpa clavándose un puñal en el seno, yace en las bóvedas de Engaddi, y que sobre su sepulcro jime y solloza una criatura, á quien la Providencia no ha dejado mas uso de su razón, que el que ha menester para descubrirle lo negro de su crimen, y lo espantoso de su suerte.

—¡ Hombre sin ventura! exclamó Ricardo, ya no extraño nada de lo que se cuenta sobre tus maceraciones y penitencias. ¡Y cómo has podido evitar el castigo que los cánones fulminan contra tamaño esceso!

— Los que solo conocen los senderos del mundo, respondió el ermitaño, te dirán que los respetos personales y las consideraciones debidas á la sangre ilustre de Lusitania han embotado la cuchilla de la ley. Pero yo te diré, Ricardo, que la voluntad divina me ha preservado para iluminar al que se estravió, como el fanal que indica al marínero, en las tinieblas de la noche, la rocas que guarnecen la procelosa orilla. Gastados están mis miembros, y encorvado mi cuerpo bajo el peso del crimen; pero en esta frágil y caduca armazón, moran dos espíritus, tan opuestos entre sí, como el resplandor del día, y la niebla de la noche. El uno es activo, emprendedor, incansable

en promover la santa causa de la Iglesia de Jerusalem: el otro misero, prostrado, mezquino, que solo me dicta anhelo para castigar la carne rebelde, y celo y vigilancia en la custodia de la santa reliquia, en que no debo ni puedo fijar los ojos. No me compadezcas; que sería mengua de tu grandeza entender tu piedad á este vil gusano de la tierra. No te apiades de mí; pero aprovéchate de mi ejemplo. Alta es tu condicion; la mas alta que un príncipe cristiano puede ocupar: mas por esto mismo es mas peligrosa. Tu corazón es soberbio; disoluta tu vida; sanguinaria y esterminadora tu mano. Arroja de tu seno esos tres pecados, que tú miras y acaricias como hijas tiernas. Destierra de tu alma esas tres furias, tu soberbia, tu disolucion y tu sed de sangre.

— Se le ha vuelto el juicio, dijo Ricardo, volviéndose á sir Tomás de Vanx, y manifestando que le había hecho una dolorosa impresion la violenta acusacion que acababa de oír. Despues, dirijiendo la palabra al anacoreta, y con una sonrisa amarga entre enojada y burlona, reverendo padre, le dijo, muchas hijas son esas para quien hace tan poco tiempo que se ha casado. Pero puesto que es preciso separarme de las tres doncellas, justo será que, como buen padre, les busques partidos decentes y ventajosos. Por tanto doy mi soberbia á los nobles cañonigos de la Cristiandad; mi disolucion á los frailes de tu orden, y mi sed de sangre á los caballeros Templarios.

— ¡ Oh corazón de acero y mano de hierro, dijo el anacoreta, para quien nada sirven escarmientos ni ejemplos ni lecciones! Vuélvete á Dios, hazte agradable á sus ojos, y vivirás y serás perdonado. Yo te dejo, y me vuelvo á llorar mis pecados. *Kyrie Eleison*. Yo soy aquel por quien pasan los rayos de la gracia divina, como los del sol por un cristal convexo, cuando se concentran y se dirijen á un objeto, y lo quemant

aniquilan, en tanto que el cristal permanece frio y entero. *Kyrie Eleison.* El mendigo debe ser llamado, puesto que el rico desprecia el banquete. *Kyrie Eleison.*»

Dicho esto, salió precipitadamente de la tienda, lanzando gritos agudísimos.

— Ese hombre está loco, dijo Ricardo, de cuyo ánimo habian borrado las fanáticas exclamaciones del ermitaño, la impresion que le habian hecho los varios y lamentables sucesos de su vida. Sigue sus pasos, sir Tomás, y cuida de que no le hagan daño algunas tropas del campamento, porque apesar de que seguimos la bandera de la Cruz, nuestros soldados miran con mas respeto un yuglar que un sacerdote, y quizás podrán insultarle, ó ponerle alguna señal de escarnio.»

El baron salió á obedecer la órden que le habia dado el rey, y este quedó solo, reflexionando en los sucesos de aquella mañana, y especialmente en las profecías ominosas del solitario de Engaddi, cuyas voces resonaban aun en sus oídos, y cuyas miradas penetrantes, y animadas por el fuego de la inspiracion, no podian borrarse de su fantasía. — Morir pronto y sin linaje! decia á sus solas, ¡y sin que me lamenten mis vasallos! Dura sentencia, y formidable oráculo, si merecieran fe los labios que lo han pronunciado. Pero los Sarracenos, que tan versados son en ciencias místicas, dicen que aquel en cuyos ojos la sabiduría del sabio no es mas que locura, inspira saber y espíritu profético en el destemplado cerebro del loco; y ese ermitaño tambien lee y estudia las estrellas, que es arte muy practicado en estas tierras, donde las antorchas del firmamento son objetos de especial idolatría. Quisiera haberle consultado acerca de la pérdida de la bandera, porque ni su Santo Fundador pudo haber manifestado nunca un fuego mas sobrenatural en sus ojos, ni mayor imperio y soberana unción en sus

palabras... De Vaux, ¿qué noticias me traes del loco?

— ¡Loco le llama Vuestra Majestad! respondió el baron. Llamadle mas bien Bautista, que viene del desierto á preparar los caminos al Señor. Hase colocado en una de las máquinas militares del campamento, y desde ella está predicando á los soldados, como nunca se ha oído predicar desde los tiempos de Pedro el Ermitaño. Los tercios, alborotados por sus gritos, acuden á él, ya y hay millares de hombres pendientes de sus labios. Él interrumpe de cuando en cuando su discurso, para hablar á los soldados de diferentes naciones en sus lenguas respectivas, usando de los argumentos mas eficaces y persuasivos, para que se mantengan firmes en la empresa de rescatar de los Infieles el sepulcro del Redentor.

— Eso sí, voto á San Jorje, dijo el rey, y viva el buen ermitaño: pero ¿qué otra cosa puede producir la sangre de Gofredo? El infeliz desespera de su salvacion porque tuvo amores con una monja: hubiera sido una rica abadesa, y el papa le hubiera ya enviado una bula de composicion.»

Al decir estas palabras, el arzobispo de Tiro pidió audiencia para rogar á Ricardo que asistiese, si su salud se lo permitia, á un conclave secreto de los príncipes y caudillos de la Cruzada, y para darle cuenta de los incidentes políticos y militares que habian ocurrido durante su enfermedad.

CAPITULO XIX.

EL arzobispo de Tiro era un emisaño muy á propósito para comunicar á Ricardo noticias y circunstancias que el Corazon de Leon no hubiera podido escuchar en otros labios, sin prorumpir en las mas violentas explosiones de cólera y resentimiento. Aun con ser tan sagaz y respetable, no fué muy fácil al prelado inducir á Ricardo á que escuchase con pa-

ciencia, novedades inesperadas, que destruían todas sus esperanzas de rescatar el sepulcro de Cristo por fuerza de armas, y de adquirir aquella fama y nombradía, que toda la Cristianidad estaba pronta á tributarle, como primer campeón de la Santa Cruz.

El arzobispo puso en noticia del rey de Inglaterra que el soldan Saladino estaba reuniendo toda la fuerza de las cien tribus que obedecían á su voz, y que los monarcas de Europa, disgustados ya, por diferentes motivos, de una expedición tan aventurada y peligrosa, y que prometía serlo mas cada día, habían resuelto abandonar y desistirse de su propósito. Dáales el principal ejemplo de esta determinación, Felipe rey de Francia, el cual había declarado positiva y solemnemente su resolución de volver á Europa, protestando antes con la misma solemnidad, que no lo haría, sino cuando su augusto hermano el de Inglaterra pudiese retirarse ó permanecer, según su gusto, con la mayor seguridad. Su gran vasallo, el conde de Champaña, estaba en las mismas intenciones, y no debía ser de extrañar que Leopoldo, archiduque de Austria, afrentado y ofendido por Ricardo, pensase también en abandonar una empresa, de la cual era jefe su antagonista. Otros varios caudillos habían ya espresado los mismos deseos; así que el rey de Inglaterra, según el aspecto que presentaban las cosas, no podía contar con otros auxilios, en caso de obstinarse en permanecer en Palestina, que con aquellos voluntarios que, á pesar de tan funesta perspectiva, desearan agregarse al ejército de Inglaterra. En cuanto á las ayudas precarias de Conrado de Monserate, y de las órdenes militares del Temple y de San Juan, aunque sus juramentos les obligaban á combatir en defensa del Sepulcro, su política debía oponerse á que un solo monarca tomase á su cargo la conquista, porque tanto el marqués

como los superiores de ambas órdenes, prefiriendo su propio engrandecimiento al bien de la Cristiandad, aspiraban á adquirir y establecer dominios independientes en la tierra de Palestina.

No fué necesario echar mano de muy sutiles argumentos para hacer ver á Ricardo cuán crítica y penosa era su situación. Calmado el primer arrebató de cólera que todas estas novedades escitaron en él, se sentó tranquilamente, bajos los ojos, cruzados los brazos, inclinada la orgullosa cerviz, y oyó con paciencia los raciocinios y comentarios del arzobispo, sobre la imposibilidad de llevar adelante una Cruzada, cuyos sostenedores y apoyos abandonaban la causa que hasta entonces habían defendido. Bastante comedimiento tuvo para escuchar sin interrupción toda la arenga del prelado, aunque este, envalentonado por el silencio del rey, se aventuró á decir que su impetuosidad y altanería habían contribuido en gran manera á desanimar á los príncipes, y á inspirarles el deseo de separarse de la expedición.

— *Confiteor*, dijo Ricardo, con el mas profundo abatimiento, y con una sonrisa que indicaba la amargura de su situación, y el desprecio con que miraba á los otros príncipes Cristianos. Confieso, reverendo padre, que tengo algunos motivos para darme de golpes en los pechos, y esclamar á gritos *mea culpa*. Pero ¿no es cosa terrible que algunas pocas miserables flaquezas me hayan valido una penitencia tan severa y dura, y que por dos ó tres raptos de impaciencia, me vea privado de pronto del mas rico de los galardones, viendo marchitarse las abundantes esperanzas que abrigaba en mi corazón, y que debían redundar en gloria de Dios, y en honor de la Caballería? No se marchitarán empero. No... lo juro por el alma del Conquistador. Mis manos plantarán la Cruz en los muros de Jerusa-

— ¡Ó los soldados de Inglaterra la enterrarán en la huesa de Ricardo.

— Vuestra Majestad, dijo el prelado, podrá obrar como su valor le dicta: lo que puedo asegurarle es que no se derramará en esta guerra una gota de sangre cristiana, salvo la de los soldados que inmediatamente dependen de sus órdenes.

— Ni sarracena tampoco, señor arzobispo, exclamó el monarca. ¿No es verdad? Es asunto tratado ya y concluido. Las partes están de acuerdo.

— Harta gloria será para vos, respondió el arzobispo, haber conseguido de Saladino, por fuerza de armas, y por el respeto que vuestra fama merece, tales y tan honrosas condiciones, como son, restituir el Santo Sepulcro á los Cristianos, franquear la Tierra Santa á los peregrinos, establecer fortalezas para su seguridad, y sobre todo, afianzar la de Palestina, confiriendo á Ricardo el título de Custodio del Santo Sepulcro.

— ¡Cómo! exclamó Ricardo centelleando sus ojos con extraordinario brillo. ¡Yo... yo! ¡Custodio del Santo Sepulcro! La victoria mas completa no bastaría á conseguir tanto, ganada con príncipes discordes, y con tropas desunidas. ¡Y qué dice Saladino! ¡Conservará sus derechos y autoridad en Jerusalem!

— Como soberano unido, y aliado, y confederado con el poderoso Ricardo, dijo el arzobispo, y si se le permite, unido á su familia por medio de un enlace matrimonial.

— ¡Un enlace! dijo Ricardo sorprendido, mas no tanto como lo temía el Prelado. — ¡Ah... sí! Edita de Plantagenet. ¿Lo he soñado yo, ú me han hablado cerca de ese negocio esta misma mañana? Mi cabeza está tan débil con los efectos de la fiebre; mis nervios están tan ajitados. ¿Fué el Escocés, ó El Hakim, ó el ermitaño el que me dijo algo acerca de ese casamiento?

— Seria probablemente el anacoreta

de Engaddi, dijo el arzobispo de Tiro, porque ha trabajado mucho en la materia. Desde que se han manifestado síntomas de descontento entre los príncipes de la Cruzada, con anuncios de una inevitable separacion de sus fuerzas respectivas, ha tenido ese santo hombre muchas conversaciones y entrevistas con Cristianos y Turcos, para convenir en las principales cláusulas de este convenio de pacificación, lisonjeándose con la esperanza de poder obtener por este medio el objeto que toda la Cristiandad se ha propuesto en esta guerra.

— ¡Mi prima, esposa de un infiel! » exclamó Ricardo, quedando profundamente reflexivo y confuso.

El Prelado creyó oportuno no perder tiempo, y prevenir los efectos de su ira.

— El consentimiento del Papa, dijo, es lo primero de que se debe tratar; y el ermitaño, que es muy conocido en Roma, se encarga de pedirlo y obtenerlo.

— ¡Cómo! dijo Ricardo. ¡Antes que yo haya dado mi permiso!

— No por cierto, » dijo el arzobispo, con voz suave y con tono respetuoso. — Nunca se hubiera procedido á negocio tan arduo, sin vuestro expreso mandato.

— ¡Casar á una doncella de la casa de Plantagenet con un pagano! dijo Ricardo, como dudando aun del suceso que se le acababa de referir, mas bien que reprobando ú desechando abiertamente la proposicion. ¡Hubiera yo podido pensar en semejante alianza, cuando salté de la proa de mi galera á la tierra de Palestina, como el leon que se lanza impetuosamente á su presa! Pero, seguid, reverendo padre. Oiré con paciencia cuanto tengais que decirme.»

El arzobispo de Tiro vió con indecible satisfaccion que no era tan penosa ni arriesgada la empresa que se habia puesto á su cargo.

Por tanto entró en larga conver-

sacion con Ricardo, sin dar tiempo á que se resfriasen tan buenas disposiciones, citando los matrimonios que en España se habian contraído entre guerreros sarracenos, y doncellas cristianas, con la aprobacion y dispensa de la Sede Apostólica, y ponderando las incalculables ventajas que á toda la Cristiandad resultarian de la union de Ricardo y Saladino, por medio de un vínculo tan sagrado. Habló por último, con gran uncion y vehemencia, de la probabilidad que Saladino abrazase la fe de Cristo, en caso de que fuese llevada á efecto la propuesta alianza.

—¿Ha mostrado el Soldan, preguntó Ricardo, alguna disposicion favorable á la ley del Evangelio? Si así es, no hay un monarca en la tierra á quien yo dé con mas satisfaccion la mano de mi prima que al noble, jeneroso y magnánimo Saladino. No digo mi prima, mi hermana misma le daria sin inconveniente, aun cuando, en lugar de cetro y corona, solo tuviera que ofrecer su valiente espada y su leal corazón.

—Saladino, dijo el Prelado, ha oído á los ministros de la religion, y aun á mí mismo, y á otros prelados, con dulzura y paciencia; sus respuestas y objeciones han sido blandas y comedidas: tarde ó temprano saldrá de las tinieblas del Mahometismo. *Magna est veritas, et prevalebit.* Además de esto, el ermitaño de Engaddi, cuyas palabras nunca son vanas, ni aéreas, cree que no tardará en haber una gran conversion de Musulmanes y otros Paganos, de resultas de este casamiento. El buen anacoreta sabe leer el curso de los astros. Las macezaciones de su carne, y su continua residencia en aquellos sitios elevados que fueron antes la mansion de tantos varones inspirados por el espíritu de Dios, le han merecido ciertas comunicaciones con el de Elías, santo fundador de su religion, el cual iluminó á Eliseo, hijo de Sofat, cuando le cu-

bró con su manto.»

El rey Ricardo oyó el discurso del arzobispo de Tiro con cierto abatimiento y humildad.

—No sé cómo entenderlo, dijo, mas páreceme que esos frios y pusilánimes consejos de los príncipes de la Cristiandad han comunicado á mi alma una tranquilidad letárgica, que no habia sentido antes. Hubo un tiempo en que hubiera hecho pedazos sin detenerme al primer lego que me hubiese hablado de semejante enlace; y si hubiera sido un eclesiástico, le hubiera escupido en el rostro, como á un renegado y discípulo de Baal. Confieso que ahora esa proposicion no me parece estraña ni injuriosa. ¿Porqué he de desechar la fraternidad de un Sarraceno valiente, justo, jeneroso, que aprecia y respeta á su enemigo, como si fuera su amigo y compañero, en tanto que los príncipes de la Cristiandad abandonan á sus aliados, y abandonan la causa del cielo y de la Caballería? Pero dejemos esto, si hemos de hablar en paz. Que me dejen tan solo dar un golpe en favor de la santa causa que hemos venido á defender, y en bien de esta liga de Cristianos, si todavía puede dársele este nombre, y si no me sale bien, volverémos á tratar de ese plan que me proponéis. Por ahora, ni lo acepto, ni lo rehuso. Vamos al consejo, que ya es la hora señalada. Decis que Ricardo es fiero y orgulloso: vais á verle humilde y sumiso como la oveja.»

El rey llamó á los oficiales de su servidumbre, que le ayudaron á ponerse veste y manto, de igual y oscuro color, y sin otra señal de la dignidad real, que una lijera diadema de oro, se encaminó con el arzobispo de Tiro hácia el consejo, cuyos individuos aguardaban su presencia para dar principio á la sesion.

El pabellon del consejo era una gran tienda, á cuya puerta tremolaban dos banderas. Una era la de la Cruz: en la otra se veia la imájen de

una mujer hincada de rodillas; suelto el cabello, cubierto de dolor el rostro, en símbolo de la abandonada y viuda iglesia de Jerusalem, con una inscripcion que decia: *afflicta sponte ne obliviscaris*: no te olvides de la esposa aflijida. En torno de la tienda, y á muchos pasos de distancia de ella, habia varios piquetes de alabarderos escojidos, á fin de que nadie se acercase durante los debates, que á veces daban lugar á acaloradas y ruidosas disputas.

Allí pues estaban los príncipes y caudillos de la Cruzada, aguardando la llegada del rey de Inglaterra, y el tiempo que tardó en conversar, como lo hemos visto, con el arzobispo de Tiro, le fué en cierto modo desventajoso, porque sus enemigos y antagonistas lo emplearon en censurar su orgullo, altanería y sed de mando, citando muchos lances que lo probaban, y aun alegando tambien su tardanza como un testimonio de la superioridad que sobre todos los jefes de la Cruzada queria ejercer. Fortificáronse unos á otros en sus malévolas intenciones, alegando las circunstanCIAS mas pequeñas é insignificantes, y sin atreverse á confesar que la superioridad que Ricardo se arrogaba, procedia en gran parte del respeto involuntario que le tributaban hasta sus mismos malquerientes, como un homenaje que no le podía negar quien conocia sus altas y jenerosas prendas.

Todos estaban de acuerdo en recibirlo á su entrada con fria indiferencia, y sin otra señal de cortesía que la que rigurosamente exijia el ceremonial. Pero cuando vieron aquel elevado y majestuoso continente; aquel semblante, que, aunque pálido todavía de resultas de su última dolencia, renia la gravedad y la dulzura; aquellos ojos que los trovadores y poetas llamaban brillantes estrellas de la batalla y astros de la victoria; cuando su presencia guerrera y airo-

sa les trajo á la memoria tantas memorables hazañas, tantos rasgos increíbles de fuerza y de valor, todos ellos, sin esceptuar al envidioso rey de Francia, ni al rencoroso y agraviado archiduque de Austria, se alzaron espontaneamente de sus asientos, y rompieron en altas aclamaciones que decian; «Viva el rey Ricardo de Inglaterra: viva y prospere el grande y valiente Corazon de Leon.»

Ricardo contestó con afabilidad y dulzura, dando gracias por estos testimonios de aprecio, y espresando la satisfaccion que le causaba el verse otra vez en medio de sus nobles hermanos, los caballeros de la Cruzada.

— Algunas breves razones quisiera dirigir á esta augusta asamblea, (tales fueron las palabras de Ricardo,) tocante á un negocio, de poca importancia sin duda, pero cuyas resoltas, sin embargo, pueden contribuir al bien de la Cristiandad, y á la prosperidad de nuestra santa empresa. »

Los príncipes se sentaron, segun el órden respectivo de sus dignidades, y mantuvieron un profundo silencio.

— En este dia, continuó Ricardo, celebra la Iglesia nuestra Madre una de sus grandes festividades, y es propio de cristianos, sobre todo cuando se hallan empeñados en una guerra cuyos fines son tan elevados y justos, reconciliarse con sus hermanos, y confesarse mutuamente sus flaquezas. Nobles príncipes, y padres de esta santa expedicion, Ricardo es un soldado; su mano está siempre mas apercibida que su lengua, y su lengua solo habla el idioma de la tosca y dura profesion de las armas. Mas no se menoscabe la gran causa de la redencion de Palestina por las acciones inconsideradas, y desacordadas razones de Plantagenet. No renuncien tan esforzados capitanes y príncipes ilustres á la fama que pueden ganar en la tierra, y á las muy mas dignas recompensas celestiales que esta guerra les promete, solo por las impru-

dencias de un soldado, y por la insensatez de sus discursos, duros como el acero que desde su temprana niñez está manejando. Si Ricardo ha faltado á alguno de vosotros, Ricardo hará la debida reparacion de obra y de palabra. Noble hermano de Francia, ¿he tenido yo la desventura de ofenderle?

—La Majestad de Francia no tiene que pedir reparacion alguna á la de Inglaterra, respondió Felipe, con apacible dignidad, aceptando al mismo tiempo la mano que Ricardo le ofrecia. Cualquiera que sea mi opinion sobre la prosecucion de esta empresa, estriba tan solo en razones particulares, y en las circunstancias interiores de mis reinos, y no ciertamente en ningun sentimiento de envidia ni enemistad para con mi real y muy valeroso hermano.

—Austria, dijo Ricardo, encaminándose con aire de franqueza y majestad al archiduque Leopoldo, que se puso inmediatamente en pie, á manera de un autómatas, cuyos movimientos dependen de un impulso exterior. Austria se cree ofendida por Inglaterra; Inglaterra cree que tiene razones para quejarse de Austria. Perdonense mutuamente sus injurias, á fin de que no se rompa la paz de la Iglesia, ni la concordia de las huestes de la Cruzada. Juntos nos hemos alistado, y juntos combatimos por la mas gloriosa y santa de las banderas: la bandera de la salvacion: dejemos pues á un lado mezquinas rencillas y odiosas rivalidades acerca de los símbolos de nuestras dignidades terrenas. Solo requiero, y solo pido, que Leopoldo de Austria restituya el pendon de Inglaterra, si lo tiene en su poder, y Ricardo dirá, aunque no tiene para ello otro motivo que el bien de la Santa Iglesia, que se arrepiente del colérico arrebató que le indujo á insultar el pendon de Austria.»

Leopoldo no dió respuesta alguna á este discurso de Ricardo. Sus mira-

das estaban fijas en la tierra, y en su rostro se pintaban la confusion, el odio y la incertidumbre; todo lo cual, junto con el natural embarazo y lentitud de su índole, le estorbaba hallar palabras para responder debidamente en tan delicadas circunstancias.

El Patriarca de Jerusalem se apresuró á sacarle de su apuro, y tomó la palabra para asegurar, como testigo de vista, que Leopoldo se habia lavado, por medio de un juramento solemne, de toda inteliencia y participacion directa ó indirecta en la agresion cometida contra el estandarte de San Jorge.

—Entonces, dijo Ricardo, confesaré que he menoscabado el honor de Austria, y agraviado injustamente al noble Archiduque. Imploro su perdón por haberle imputado accion tan indigna y cobarde, y le presento mi mano en señal y prenda de amistad y fraternidad. Pero ¿qué es esto? ¿Austria rehusa mi mano desnuda, como rehusó antes mi guante de malla! ¿Qué! ¿Ni serémos compañeros en paz, ni enemigos en guerra! Bien...; ¡sea así! Tomaré la poca estima en que me tiene, por penitencia del daño que le he hecho en un momento de exasperacion, y nada nos deberémos uno á otro.»

Al acabar estas palabras, se volvió á su asiento, mirando al Archiduque con mas indignidad que desprecio, en tanto que el Austríaco pareció tan aliviado, al verse libre de aquel crítico encuentro, como el tímido muchacho, cuando sale de la presencia de su inflexible pedagogo.

—Noble conde de Champaña, continuó Ricardo, ilustre marqués de Monserrate, valiente Gran Maestre de los Templarios, aquí teneis á un penitente contrito y humillado. ¿Teneis algunos cargos que hacerme? ¿alguna satisfaccion que demandarme?

—Yo tan solo tengo que presentar una queja contra el rey de Inglaterra, dijo el boquidulce Conrado,

ta que coje para sí todos los laureles que produce la tierra de Palestina, y no deja á sus hermanos una sola rama con que puedan adornar sus frentes.

—Mi acusacion, si se me da la venia de presentarla ante los nobles príncipes de la Cruzada, dijo el Maestro de los Templarios, es mas grave y de mas consecuencia que la del ilustre marqués de Monserrate. Estraño parecerá que solo alce la voz en esta ocasion un fraile soldado, mientras enmudecen tantos altos personajes y acreditados caudillos: pero importa á la hueste entera de caballeros cruzados, y tambien importa á Ricardo de Inglaterra, que se espalen en su presencia los cargos que en su ausencia, con tan fundadas razones, se le hacen. Nosotros todos alabamos, y tenemos en gran aprecio y estima el valor y las ínclitas proezas del rey de Inglaterra; pero todos tambien desaprobamos, y no podemos sobrellevar esa superioridad que se arroga, esa precedencia que reclama, y de que se apodera, con respecto á unos príncipes independientes, que por ningun motivo deben someterse á tan manifiesta violacion de su igualdad. De nuestra libre y plena voluntad, seríamos, sin duda alguna, en gran manera condescendientes con quien ha traído á la hueste de Cristo tanta intrepidez, tanto celo, tanta riqueza y tanto poder: pero cuando exige como lejitimos derechos lo que pudiera y debiera aguardar de nuestra cortesía y favor, degrada, menoscaba y envilece á sus hermanos y aliados, cual si fuesen sus vasallos y pecheros, humillando, á los ojos de nuestros soldados y súbditos, el lustre de nuestra autoridad, como si no nos fuera dado ya ejercerla. Puesto que el valiente Ricardo quiere que se le hable la verdad, puesto que la pide con tanta sencillez y franqueza, no estrañe ni se enoje al escucharla de uno que ha renunciado á las pompas

de este mundo, y á cuyos ojos la autoridad temporal es nada, salvo en cuanto pueda conducir á la prosperidad del templo de Dios, y á la humillacion del leon que ruje en busca de una presa que devorar. La verdad quiere saber, y la verdad he dicho, y esta verdad puede ser confirmada, y lo es en efecto por todos los que me oyen, por mas que les cierre los labios el respeto.»

Ricardo mudó muchas veces de color, en tanto que el Gran Maestro dirigia este violento y descubierto ataque á su conducta. El murmullo de aprobacion con que fué recibido el discurso por los príncipes de la asamblea, le dió á conocer que todos ellos asentian en la justicia de la acusacion. Aunque se hallaba tan resentido como avergonzado, al verse espuesto á las hostilidades de sus enemigos, conoció que si daba rienda suelta á los impulsos de su corazon, facilitaba un triunfo seguro á su frio acusador, que quizás no tenia otro objeto que irritarle en presencia de los otros caudillos, y estrecharle á salir de la moderacion que tan ilustre reunion de magnates imponia. Por tanto, reprimiendo con nuevo esfuerzola pasion que en aquel momento le dominaba, se mantuvo en silencio, hasta haber repetido en voz baja un paternoster, que era el remedio que le habia dado su confesor, como el mas seguro y eficaz, para calmar los empujes de su ira. El rey habló despues en los términos siguientes, con comedimiento y apacibilidad, pero con algunos visos de amargura, que se notaron sobre todo al principio de su discurso.

—¿Y no es mas que eso? ¿Y tantas dificultades han hallado mis hermanos en descubrirme las flaquezas de mi índole, y la precipitacion y ceguedad de mi celo, que á veces, involuntariamente y sin intento premeditado, me lleva á dar la voz de mando, cuando quizás seria mas acertado y mas prudente consultar á mis iguales y obrar

de acuerdo con su parecer? Lejos estaba yo de pensar que esas ligeras ofensas, á que alude el valiente Gran Maestre de los Templarios, y en que la intencion no tiene la menor parte, hubieran echado tan profundas raíces en los corazones de unos príncipes cristianos, no menos prudentes que jenerosos. ¿Podía yo sospechar siquiera que por causa mia alzarían la mano del arado mis compañeros, cuando tan poco espacio queda para acabar el surco? ¿que solo por mi causa se detendrían á las puertas de Jerusalem, cuando sus aceros han sabido abrirles el camino? En vano me envanecía yo con la esperanza de que mis pobres servicios contrapesarian el recuerdo de mis errores. En vano me consolaba la idea de que si siempre he sido el primero en el ataque, y el último en la retirada; si mi bandera ondeaba en los campos conquistados por mi acero, esta era la única ventaja que me satisfacía, en tanto que otros se enriquecían con los despojos. Pude llamar mia la ciudad sometida, y cedí su dominio á otros. Quizás habré formado planes temerarios, pero no he escaseado mi sangre, ni la de los míos, para llevarlos á ejecucion. Quizás en la confusion de la marcha ó de la accion, he tomado el mando de huestes ajenas; pero sus soldados han sido tratados como los míos, y con dinero de mis cofres se les han proporcionado víveres y medicinas, que sus propios soberanos no podían suministrarles. Mengua es, señores príncipes, recordar lo que ninguno sino es yo hubiera debido olvidar. Pensemos en cosas de mas peso; pensemos en el porvenir, y no haya miedo que el orgullo, ni la temeridad, ni la ambicion de Ricardo sirvan de obstáculo en el camino á que la religion y la gloria os llaman. No, no, jamás. No sobreviva yo al pensamiento de que mis flaquezas y enfermedades han disuelto y relajado los vínculos de paz y de concordia

que ligan á los príncipes del ejército de la Cruz. Cortárame la mano izquierda con la derecha, si así fuera preciso, para atestiguaros mi sinceridad. Cederé, si quereis, todo mando, toda autoridad en las huestes, y aun en las de mis vasallos naturales. Mándelos y gobiérnelos el príncipe que designeis. Su soberano trocará el baston de jefe, por la lanza de aventurero, y se alistará bajo las órdenes de Beau-Scant, en los escuadrones de los Templarios; ó seguirá el pendon de Austria, con tal de que un hombre de pro le conduzca. Empero si estáis cansados de esta guerra, y el peso de la armadura os abruma y molesta, dejad á Ricardo diez ó quince mil hombres de las tropas que mandais, para que pueda llevar á cabo el cumplimiento de vuestro voto; y cuando se rescate la Ciudad Santa, cuando los hijos de la Cruz se apoderen de Sion, no se escriba en sus puertas el nombre de Ricardo Plantagenet, sino los nombres de los príncipes jenerosos con cuyos auxilios se complete la grande obra del triunfo del Cristianismo.»

La enérgica elocuencia y la expresion animosa y determinada del heroico monarca escitaron de pronto los abatidos espíritus de los príncipes cruzados, encendieron su devocion, y fijando todo su interés y todo su celo en el objeto de la empresa que habian jurado llevar á cabo, hicieron avergonzar á muchos de ellos de la parte que habian tomado en disensiones fundadas sobre tan frágiles cimientos. Miráronse unos á otros como si mutuamente se alentasen á la pelea, y muy en breve sus aclamaciones respondieron unánimemente al impulso que habia comunicado á sus almas la voz sonora é irresistible de Corazon de Leon. Todos prorumpieron en el grito de guerra con que Pedro el Ermitaño conmovió la Europa, y cubrió de guerreros cristianos las playas del Oriente. — Dios lo quiere,

Dios lo quiere. A Jerusalem, á Jerusalem.» A estos gritos siguieron las expresiones de la admiracion y de la confianza que inspiraban las heroicas prendas del monarca inglés.—Todos te seguiremos: mándanos tú con tu formidable acero. Ninguno mas digno de guiar á los valientes. ¡ Bendito sea el que nos envia el brazo que ha de ejecutar sus preceptos! »

Los gritos mil veces repetidos de los príncipes que estaban reunidos en el pabellon del Consejo, llegaron á oídos de los piquetes de alabarderos que formaban la guardia del circuito exterior, y muy en breve resonaron entre los diferentes tercios del ejército de la Cruzada, que sea por efecto de la ociosidad, ó por influjo del clima, habian empezado á desanimarse y á perder el brio que en tantas ocasiones habian manifestado. Pero la presencia de Ricardo, y el bélico rumor que de la tienda del Consejo salia, bastaron á revivir el entusiasmo amortiguado de las tropas. Millares de voces repetian en confusa algazara, y en diferentes idiomas: —A Sion, á Sion. Guerra contra los infieles. A las armas, á las armas. Dios lo quiere: Dios lo quiere.»

Las voces del ejército llegaron á oídos de los príncipes, y redoblaron su fervor. Los pocos que hasta entonces habian permanecido indiferentes, temieron que se sospechase su celo y su religion. Solo se hablaba en el Consejo de marchar intrépidamente á Jerusalem, cuando terminase la tregua; solo se trataba de las medidas necesarias para aprovisionar y aumentar los tercios. El Consejo se separó, con todas las señales de la buena fe y de la resolucion decidida de marchar al enemigo; mas estas intenciones, que nunca habian existido en los ánimos de algunos príncipes, en breve se resfriaron y desvanecieron en los de los otros.

El marqués de Monserrate y el Gran Maestre de los Templarios, que

eran los mas opuestos á la prosecucion de la empresa, se retiraron juntos á sus cuarteles, inquietos y poco satisfechos con las ocurrencias del dia.

—Ya te lo habia dicho, Marqués, dijo el Templario, con la amarga sonrisa que caracterizaba su fisonomía: Ricardo romperá la armazon de tus tramas y enredos, como el leon rompe los débiles tejidos de la araña. Ya lo has visto. Con solo abrir la boca, ha hecho lo que ha querido de esa manada de insensatos, como el viento disipa y arrebató las pajas de una era.

—Cuando el viento ha pasado, respondió el Marqués, las pajas vuelven á caer al suelo.

—Pero, ¿no ves además, dijo el Templario, que tú mismo has echado á perder el negocio, y que Ricardo puede aceptar el convenio que tan contrario á sus ideas y sentimientos te parecia? Buena la has hecho, amigo Conrado. De modo que si esta efervescencia pasa, y los príncipes persisten en retirarse, y Ricardo queda solo y á sus anchas, no por eso dejará de ser rey de Jerusalem, si conviene en ello Saladino, y se estipula así en el tratado.

—Por Mahoma, y por las barbas de todos los califas, dijo Conrado, ya que no es moda echar juramentos cristianos, que eres un pobre hombre, si te imaginas que Ricardo consentirá jamás en unir la sangre de Plantagenet con la de un Soldan mahometano. Toda mi política se ha esmerado en introducir en el convenio una cláusula que siempre mirará con horror este altivo isleño, puesto que tan malo seria para nosotros que fuese rey por pacto ú por derecho de conquista.

—Tu política no ha sabido calcular las disposiciones de Ricardo, respondió el Gran Maestre: yo las conozco; por ciertas cosas que me ha referido el arzobispo. ¿De qué ha servido todo

ese alboroto que has fraguado sobre la bandera? El caso que se ha hecho del tal incidente es el que en realidad merecian dos varas de terciopelo bordado. Marqués, tu ingenio empieza á flaquear, y de ahora en adelante, solo pondré confianza en mis propios designios. ¿Tienes alguna idea de esa jente que los Sarracenos llaman Charejitas?

—Sí, dijo el Marqués; son unos entusiastas devotos y fanáticos que sacrifican la vida al triunfo y á los progresos de su religion... así... por el estilo de los Templarios, con la diferencia de que van de buena fe, y nunca se detienen ni retroceden de su propósito.

—No es tiempo de chanzas, dijo el Templario; sabe pues que uno de esos Charejitas ha hecho voto de quitar la vida al que ellos miran como el principal y mas formidable enemigo de su religion.

—Excelente Turco, dijo Conrado, y Mahoma le dé el paraíso en galardón.

—Ha caído en manos de uno de nuestros escuderos, dijo el Gran Maestre, y habiéndole yo examinado privadamente, ha confesado de plano su proyecto.

—El cielo perdone, dijo Conrado, á quien le impide llevar adelante su designio.

—Es mi cautivo, continuó el Templario, y le tengo separado de los otros, y privado de toda comunicacion; pero un cautivo puede escaparse de su prision.

—Por supuesto, dijo el Marqués, y sobre todo, cuando el que lo guarda deja sin remachar la cadena.

—Si en efecto se escapa, dijo el Templario, no haya miedo que desista del cumplimiento de su voto, porque estos alanos no abandonan la pieza, una vez que la han busmeado.

—No hablemos mas, dijo el Marqués; ya veo adonde vas á parar. El medio es horroroso, pero las circuns-

tancias son muy urgentes. El refrán dice que los muertos no hablan.

—Dígotelo porque no te coja descuidado el tumulto, continuó el Templario; y porque no sabemos donde irá á descargar la rabia de los Ingleses. Hay otro grande inconveniente. Mi paje sabe las intenciones de este Charejita, y es además un mozalbete presumido y entonado, que quiere que yo vea todo por sus ojos, y no por los míos. Quisiera deshacerme de él, y ojalá lo hubiera hecho antes. Pero mi orden me autoriza á ciertas medidas, que en este caso pueden ser muy conducentes... no... aguarda... mejor será que el Sarraceno encuentre un puñal en su calabozo, y es probable que haga uso de él, cuando vea entrar al paje con la comida.

—Eso puede dar otro colorido al lance, dijo el Marqués, pero...

—Pero, dijo el Templario, es palabra de necios. El hombre de seso ni vacila, ni se retracta; sino que resuelve y ejecuta.

CAPITULO XX.

RICARDO, desprevénido objeto de la negra traicion referida al fin del capitulo precedente, persuadido de haber estrechado los vínculos que unian á los príncipes cristianos, y de haber arraigado en sus corazones los deseos de llevar á cabo la gran empresa del rescate del sepulcro de Jesu-Cristo, creyó oportuno tratar de restablecer la paz en su familia; y hallándose ya calmada la agitacion que en él habia producido la pérdida de la bandera, se halló dispuesto á indagar con madurez y sangre fria las circunstancias de aquel suceso, y las relaciones que existian entre su prima Edita de Plantagenet y el caballero del Leopardo.

Sir Tomás de Vaux pasó á la tienda de la reina, y en su presencia, y en la de las damas de su servidumbre, espuso que el rey mandaba llamar in-

mediatamente á lady Calista de Montgaillard, primera camarera de Berenguela.

—¿Qué será de mí? dijo temblando la cuitada doncella. ¿Qué he de responder á sus preguntas? Capaz es de matarme.

—Nada temais, noble dama, repuso el baron; Su Majestad ha perdonado al caballero escocés, que era el reo principal, y le ha puesto á disposicion del físico sarraceno. No es posible que se manifieste muy severo con una dama, por muy criminal que sea.

—Saca de tu cabeza alguna historia peregrina, dijo la reina. Ricardo tiene sobrado que hacer en asuntos mas graves, y no irá á hacer otras indagaciones sobre la verdad.

—Referid el suceso como ha pasado, dijo lady Edita, ó si no, lo sabrá de mi boca.

—Con la venia de Vuestra Majestad, repuso De Vaux, mi opinion es que se adopte en esta ocasion el acertado consejo de lady Edita, porque aunque el rey Ricardo dará entera fe y crédito á lo que Vuestra Majestad le diga, no creo que tenga la misma condescendencia con lady Calista, en el asunto de que se trata.

—El baron de Gilsland tiene razón, dijo lady Calista, cada vez mas ajitada con la idea de su próxima conversacion con el rey, y además que aun cuando me fuera posible forjar alguna historia, creo que me faltaria presencia de espíritu para contarla de manos á boca al rey.

Lady Calista fué conducida por De Vaux á la tienda de Ricardo, y como se lo habia propuesto, le declaró paladinamente todo lo que habia ocurrido, sin omitir la menor circunstancia de los artificios de que el pobre sir Kenneth habia sido víctima, disculpando á lady Edita, porque estaba segura que ella sabria muy bien hacerlo, y echando toda la culpa á la reina Berenguela, con cuyo nombre pen-

saba quedaria bastante escudada la imprudencia. En efecto, Ricardo era un excelente marido; era casi el amante de la reina. El primer impetu de su cólera habia pasado, y ya no era tiempo de reñir por lo que no se podia reparar. La diestra lady Calista, acostumbrada desde su temprana juventud á los manejos y enredos de palacio, y á espiar los jestos y las palabras de los personajes, corrió á la tienda de la reina, á prevenirle que Ricardo vendria muy en breve á hacerle una visita, añadiendo de su caudal un largo comentario, fundado en sus propias observaciones y conjeturas, de las que inferia que la intencion del rey era presentarse con aspecto severo, lo bastante para que Berenguela se manifestase arrependida de su ligereza, en vista de lo cual el rey concedería su perdon á todas las que habian tomado parte en el negocio.

—¿Piensas tú, dijo la reina, que el viento sopla ahora por ese lado? Pues creo que por grande que sea la autoridad del rey de Inglaterra, le ha sido difícil intimidarme; pues, como acostumbran decir los pastores de los Pirineos allá en mi amada Navarra, muchos hay que van por lana y vuelven trasquilados.

Habiéndose enterado menudamente de todos los pormenores que Calista le comunicó, Berenguela se vistió con particular esmero, y aguardó sin recelo la venida del heroico Ricardo.

Al entrar este en el pabellon de su esposa, se halló en la situacion de un príncipe que penetra por una provincia sublevada, creyendo que, arrepentidos los culpables, solo aguardan su presencia para ofrecerle su sumision, é implorar su piedad, y de pronto se halla con nuevas ofensas, nueva desobediencia y nueva insurreccion. Berenguela conocia el poder de su hermosura y de sus gracias; el imperio que ejercia en el corazon de su esposo, y la facilidad con que le reduciria á su propia voluntad, una vez

que hubiera pasado, sin dejar huellas injuriosas, el primer impetu de su cólera. Lejos de mostrarse avergonzada y sumisa, mientras Ricardo la reprehendía y amonestaba, tomó denodadamente la palabra para defender y justificar lo que había hecho, como un juego inocente del cual nadie podía agravarse. Negó con donosos subterfugios que Nectabano estuviese autorizado á sacar al caballero fuera del monte de San Jorje, y en esta parte lo realmente cierto era que el enano no llevaba orden de introducir á sir Kenneth en la tienda de la reina. Berenguela insistió elocuentemente en esta parte de su defensa, y de aquí tomó pié para reconvenir al monarca por su dureza y crueldad, en rehusar á su esposa la vida de un desgraciado, que por ella sola se había comprometido, y había fallado á su deber. Lloró, suspiró, sollozó, y ponderó los tormentos que hubieran atosigado todo el curso de su existencia, si con tan inhumano rigor se hubiera castigado un crimen, á que ella había dado inocentemente motivo, ignorando los usos de la Caballería y las leyes de la disciplina militar. — La infeliz víctima, dijo, me hubiera atormentado en mis sueños, y como tantas veces ha ocurrido en semejantes ocasiones, segun las historias nos dicen, su espectro no se hubiera separado de mi lado en las calladas horas de la noche. Tal era la vida desventurada que me aguardaba, y ¿quién hubiera sido la causa de tan insufrible tormento? Vos.... vos, que tantas veces os habeis manifestado dócil á una mirada de mis ojos, y que sin embargo estabais decidido á ejercer un acto de venganza, no ignorando cuáles serian sus resultados. »

Todo este torrente de elocuencia femenina llevó el acostumbrado acompañamiento de lágrimas y suspiros; y el gesto y el tono de voz de la reina manifestaban que su resentimiento no procedía, ni de orgullo, ni de

obstinacion, sino de la pena que le causaba ver el poco influjo que ejercía en el corazón de su esposo.

El buen Plantagenet se halló entonces en uno de los mayores embrazos de su vida. Procuró en vano entrar en conversacion razonada con Berenguela; mas ella le interrumpia á cada paso, lamentándose de haber perdido el afecto de quien tantas veces se lo había jurado; y en vano también hubiera querido hacer uso de su autoridad con una criatura tan hermosa, y cuya afliccion parecia tan sincera y profunda. No le quedaba mas recurso que tomar la defensiva, y así lo hizo, combatiendo suavemente los recelos de su esposa, rogándola que se desenojase, y haciéndole ver sobre todo que era inútil recordarse de lo pasado con remordimiento y con temor de consecuencias sobrenaturales, puesto que sir Kenneth estaba vivo y sano, por la intercesion de un médico árabe, que mas que ningún otro poseia el arte de prolongar los dias de su protegido y conservar ilesa su salud. Mas esta escusa, lejos de suavizar á la reina, aumentó su exasperacion, y le dió lugar á nuevas reconvenções sobre la facilidad con que Ricardo había concedido á un curandero, á un infiel, la gracia que su esposa le había pedido de rodillas. A estos nuevos ataques, el rey empezó á perder la paciencia, y aunque refrenó cuanto pudo su mal humor, no pudo menos de responder con gravedad y firmeza: — Berenguela, ese curandero, ese infiel me ha salvado la vida. Si esta vida tiene algun precio á tus ojos, no te ofenderás, cuando sepas que el médico no quiso admitir otra recompensa que la vida del Escocés. »

La reina vió que había sacado el mayor partido posible de sus artificios, puesto que los había llevado hasta donde su propia seguridad lo permitia.

— Ricardo, dijo, ¿porqué no me

habeis proporcionado la satisfaccion de espresar á ese sabio mi gratitud? ¿Pensais que no me hubiera sido grato conocer á quien ha salvado la flor de la caballería, la gloria de la Inglaterra, el ancla de las esperanzas, y la antorcha de la vida de la pobre Berenguela?»

La disputa matrimonial terminó muy en breve á satisfaccion de ambas partes, y á fin de satisfacer en algun modo los fines de la justicia, Ricardo y Berenguela quedaron de acuerdo en echar toda la culpa á Neetabano, el cual, con su esposa Jinebra, fué condenado á perpetuo destierro de la corte: medida á que la reina no se opuso por estar ya cansada de los chistes de aquellos personajes. El enano hubiera recibido además una buena dosis de azotes, á no haber asegurado Berenguela que ya se le habia aplicado castigo corporal. Debíendole enviarse muy en breve un emisario á Saladino, para noticiarle la determinacion que habia tomado el Consejo de renovar las hostilidades inmediatamente que espirase la tregua, y queriendo aprovecharse Ricardo de aquella ocasion para remitir un regalo al Soldan, en agradecimiento de los servicios de El Hakim, convinieron Ricardo y Berenguela en que los dos enanos formarían parte de aquel don, como curiosidades que, por la estrañeza de sus formas y de su humor, podían divertirle en sus ratos de descanso.

Ricardo tuvo que sostener aquel dia otra lucha con un enemigo tan débil como Berenguela, á saber, con Edita de Plantagenet, á quien se propuso hablar con dignidad é indiferencia; porque aunque era hermosa, y gozaba de toda la estimacion de su primo, y aunque este tenia ya suficientes motivos para disipar sus injustas sospechas, al cabo no era ni su esposa ni su querida, y el rey no tenia tanto sus reconvencciones, aunque fundadas en razon, como las de

Berenguela, con ser tan aéreas y fantásticas. Habiendo deseado hablarle á parte, entró en su alojamiento, inmediato al de la reina, cuyas dos esclavas coplas habian permanecido arrodilladas en un rincon durante toda la entrevista. Edita estaba cubierta de un delicado velo negro, cuyos anchos pliegues envolvían la graciosa y elevada persona de la ilustre doncella; el resto de su traje era sencillísimo y modesto. Alzóse, cuando vió entrar al rey, hízole una profunda reverencia, y por su mandato volvió á tomar asiento. Ricardo se sentó á su lado, y Edita se mantuvo callada, esperando que él empezase la conversacion.

Ricardo, que solia tratar á Edita con la familiaridad que el parentesco permitía, quedó algun tanto confuso á tan inesperado recibimiento; por lo que se vió embarazado acerca del lenguaje de que debía usar en aquella ocasion.

—Mi hermosa prima, dijo al fin, está todavía enojada. Confiésole que han sido graves y poderosas las circunstancias que me han inducido, aunque sin fundamento real, á sospecharla de una conducta harto diferente de la que ha seguido en el curso de su vida. En este oscuro valle en que estamos condenados á peregrinar algunos años, no es de extrañar que nos estravíen las sombras y nos ofusquen la luz. ¿Será posible que no se le perdone al vehemente Ricardo una falta de esta especie?

—¿Quién puede negar perdón á Ricardo, dijo Edita, si Ricardo logra el perdón del rey?

—Querida prima, dijo Ricardo, ya esta es demasiada gravedad. Por la Virgen nuestra Señora, que me asustas con ese aspecto grave y melancólico. Con ese fúnebre velo parece una viuda, ó á lo menos una terna amante que acaba de perder al bien amado de su corazón. No hay motivo para tanta pena: ya debes saberlo

¿A qué viene pues ese luto?

— Por el honor perdido de Plantagenet, dijo Edita; por la gloria borrada de la casa de mi padre.

— ¡Honor perdido! exclamó Ricardo, arrugando la frente. ¡Gloria borrada! Pero tú tienes licencia para decir lo que gustes, y como yo te he tratado con alguna injusticia, sin duda quieres vengarte, tratándome con sobrada dureza. Dime á lo menos cuál es la falta que he cometido.

— Plantagenet, dijo Edita, hubiera debido tí castigar una ofensa, ó perdonarla. Impropio es de su grandeza entregar hombres libres, cristianos, y bravos caballeros á los hierros de un Musulman: ajeno es de su condicion vender una vida á precio de una libertad. El último suplicio hubiera sido crueldad, pero con alguna sombra de justicia; la esclavitud es tiranía descarada.

— Ya veo, amada prima, respondió el monarca, que tú eres de las que opinan que á muertos y áidos no hay amigos, y que tanto monta tener al galán lejos, como no tener ninguno. Consuélate: veinte buenos jinetes están á mis órdenes para ir en pos del desterrado, y sacarte de tu inquietud, si acaso es depositario de algun secreto que haga necesaria su muerte, y peligroso su destierro.

— Basta de chanzas indecorosas, dijo Edita, cubierta involuntariamente de rubor. Valiera mas que te arrepintieras de haber dado rienda suelta á tu ánimo vengativo, con lo que has privado á esta gran empresa de uno de sus miembros mas útiles; has alejado de la Cruz uno de sus mas intrépidos defensores; has entregado un servidor del Dios verdadero á las manos de los Infieles. A tu misma reputacion y buen nombre has hecho daño, puesto que no habrá quien no diga en todo el campamento: Ricardo se ha deshecho del hombre mas valiente de su ejército por temor de que le eclipsase algun día su fama.

— ¡Yo, yo! exclamó Ricardo, notablemente resentido. ¿Dónde está el hombre de cuya fama puede tener envidia Ricardo? Quisiera que aun estuviera en el campamento, y cuerpo á cuerpo, y dejando á parte los respetos y el esplendor de la corona, saldría á su encuentro en el campo, y viéramos entonces si Ricardo Plantagenet tiene que temer la fama ó las proezas de algun otro mortal. Edita, tú no dices lo que piensas. ¿Porqué has de ser tan injusta con quien desea conservarse en tu buena opinion tanto como en la del que mas? ¿Es acaso efecto del enojo que produce en tí la ausencia de tu amante?

— ¡La ausencia de mi amante! dijo lady Edita. Bien merece ese título quien á tanta costa lo ha pagado. Indigna era yo de su homenaje y adoracion; porque sábele que yo era la luz que le guiaba en la noble senda de la Caballería; pero quien diga que yo he olvidado mi condicion, ó que él ha pasado de los límites de la suya, aunque tenga una corona en la cabeza, falta á la verdad, y calumnia á dos inocentes.

— Palabras me atribuyes, amada prima, dijo Ricardo, que no han salido de mis labios. No he dicho yo que bayas concedido á ese hombre otros favores que los que un buen caballero, sea cual fuere su jerarquía, puede solicitar de la princesa mas encumbrada. Pero por la Virgen, que yo sé lo que son amoríos; que empiezan con mudo respeto y tímido acatamiento, y luego la ocasion trae consigo la familiaridad, y luego.... pero de nada sirve hablar con quien se cree mas juicioso y mas cumplida que los siete sabios de Grecia.

— Los consejos de mi augusto primo, dijo Edita, me serán siempre gratos, con tal que no ofendan mi honor ni mi carácter.

— Los reyes, prima mia, dijo Ricardo, no aconsejan, que mandan.

— Los soldados querrás decir, res-

—Respondió Edita, que son los que reinan sobre esclavos.

—No es extraño, dijo Ricardo, que tanto desprecie á los soldanes quien en tan alta estima tiene á los Escoceses: pero has de saber, Edita, que mas confiaria yo en la palabra y en la fe de Saladino, que en la de Guillermo de Escocia, no obstante el sobrenombre de Leon con que pretende ilustrarse. Ya ves en lo que han venido á parar los grandes refuerzos de hombres que tantas veces me ha prometido. Todavía he de vivir lo bastante para ver que prefieres un Turco leal á un falso Escocés.

—Nunca jamás, respondió Edita, aun cuando el mismo Ricardo, Corazon de Leon, abrazase la falsa Religión que ha venido á combatir á Palestina.

—El tiempo quizás te hará pensar de distinto modo, dijo Ricardo, y baste por ahora de Escoceses y soldanes. Nada de lo que ha pasado me estorbará aprovechar las ocasiones de serle grato.

Ricardo se retiró con aspecto apacible y risueño, aunque nada satisfecho del éxito de su visita.

Cuatro dias habian pasado, despues que sir Kenneth hubo salido del campamento del ejército cruzado, en compañía del sabio y oficioso El Hakim, cuando el rey de Inglaterra se hallaba una tarde sentado en su pabellon, gozando de una agradable brisa, cuya frescura, desusada en aquellos países, parecia venir de la frondosa Inglaterra, para vigorizar á su intrépido monarca, cuando estaba recobrando las fuerzas que le eran necesarias para poner cima á sus atrevidos proyectos. No le acompañaba á la sazón ninguno de sus fieles é íntimos servidores: De Vaux se hallaba en camino de Ascalon, adonde habia ido á conducir refuerzos y municiones, y los otros se ocupaban en los ramos de sus respectivos servicios, disponiendo todo lo necesario para las hostilidades que iban á abrirse de

nuevo, y para una previa gran reseña del ejército de los Cruzados que debia hacerse en el siguiente dia. El rey escuchaba atento el ajitado susurro de los soldados, el golpeteo de los yunques, el estrépito de los armeros, y la alegre vocería de los Cruzados, que parecia animada por el brio y el deseo de combatir, y por la seguridad del triunfo y de la victoria. Mientras Ricardo se deleitaba en esta agitacion tan análoga á su índole, y que fortalecia en su mente las ideas de gloria y conquista que continuamente le alimentaban, entró en su cámara un gentilhombre, con el aviso de estar esperando á la puerta un mensajero de Saladino.

—Dale entrada inmediatamente, dijo el rey, y con los honores debidos.

El gentilhombre introdujo á la presencia del rey una persona, que aunque, segun todas las apariencias, era un esclavo nubiano, escitó en gran manera el interés y la curiosidad del monarca. Era de soberbia estatura, de simétricas y nobles proporciones, de facciones airoas y expresivas, y aunque su color era como el del azabache, no se notaba en él ninguna de las particularidades que distinguen la mayor parte de las castas de los negros. Cubria sus cabellos un turbante blanco como la nieve, y su traje se componia de un manto corto del mismo color, abierto por el pecho y por las sobremangas, bajo del cual se descubria una túnica de flexible piel de leopardo, que no le llegaba á la rodilla. Tenia desnudos sus robustos y fornidos brazos y piernas, salvo unas ligeras sandalias que le servian de calzado, y unas argollas de plata que le servian de brazaletes y collar. Llevaba pendiente de la cintura una ancha espada, con guarnicion de madera de boj, y vaina de piel de serpiente; en la mano derecha un dardo con ancha y brillante punta de acero, de un palmo de largo, y en

la izquierda un cordón de seda y oro, al que estaba atado un alano tan airoso como fuerte.

Postróse el mensajero, descubriendo al mismo tiempo los hombros, en señal de sumisión, y habiendo tocado la tierra con la frente, dejó hincada una rodilla, en tanto que presentaba al rey, envuelta en una cubierta de brocado de oro, y esta en otro de finísima seda, la carta de Saladino, en su orijinal arábigo, con la traducción en inglés-normando. Este documento decía así:

«Saladino, rey de reyes, á Melecric, el Leon de Inglaterra. Ha llegado á nuestra noticia por tu último mensaje, que has preferido la guerra á la paz, y nuestra enemistad á nuestra benevolencia y alianza. Hemos admirado tu obstinación y ceguera, y esperamos muy en breve convencerte de tu error, con la ayuda de las invencibles fuerzas de nuestras mil tribus. Alá, Dios del Profeta, y Mahoma, Profeta de Dios, decidirán entre tus armas y las mías. Por lo demás, te tenemos en alto aprecio, y te damos gracias por los dones que nos has remitido, y por los dos enanos, tan singulares en su diformidad como Esopo, y tan alegres como el laud de Isaac. Y en prueba de la gratitud que nos merecen estas prendas del real tesoro de tu bondad, te hemos enviado un esclavo nubiano, llamado Zohauk, del cual no debes juzgar por el color de su cuerpo, según las ideas erradas que prevalecen entre los hombres, puesto que el fruto que los rayos del sol han ennegrecido, suele tener exquisito sabor. Sábete que obedece la voluntad de su dueño, con la prontitud de Rustan de Zablestan, y que es diestro y sabio en dar consejos, como lo sabrás por tu propia experiencia, cuando hayas aprendido á entenderte con él, porque el Señor de la palabra ha quedado enmudecido en los muros de marfil de su boca. Te lo recomendamos encarecidamen-

te, esperando que no esté lejos la hora en que pueda serte de gran utilidad. Y con esto nos despedimos de tí, rogando á nuestro muy santo Profeta te llame al conocimiento de la verdad, que viene con la iluminación de lo alto; siendo también nuestro sincero deseo que se restablezca prontamente tu salud, á fin de que Alá juzgue entre tú y yo en el campo de batalla.»

Y la carta estaba autorizada con la firma y sello de Saladino.

Ricardo observó al Nubiano, el cual estaba ya en pie enfrente del monarca, fijos los ojos en el suelo, cruzados los brazos sobre el pecho, semejante á una magnífica estatua de mármol negro, que aguarda la centella de la vida de las manos de Prometeo. El rey de Inglaterra, que gustaba de contemplar y estudiar al hombre, cualquiera que fuera su patria y su condición, después de haber examinado la armoniosa simetría de sus formas, el vigor que denotaban sus músculos y huesos, y la esbelta arrogancia de su estatura, le preguntó en lengua franca si era pagano.

El esclavo meneó la cabeza, y poniendo los dedos de la mano derecha en la frente, se hizo la señal de la Cruz, para demostrar que profesaba la religión de Cristo: después de lo cual, volvió á su humilde é inmóvil continente.

—Cristiano de Nubia, sin duda, dijo Ricardo, y mutilado por esos perros.»

El mudo volvió á menear la cabeza, señaló con el dedo al cielo, y le colocó sobre los labios.

—Ya entiendo, dijo Ricardo, Dios es quien te ha quitado el uso de la palabra, y no la crueldad de los hombres. ¿Sabes limpiar una armadura y ajustarla?»

El mudo hizo una seña con la cabeza, inclinándola ligeramente, y dirigiéndose á una cota de malla, que pendía con el broquel y el yelmo, de

uno de los pilares de la tienda, la descolgó con tanto tino, que el morisca conoció su destreza, inteligencia y hábito en las funciones de escudero.

—Veo, dijo Ricardo, que lo entiendes, y no dudo que me serás útil. Tú servirás en mi cuarto, y cerca de mi persona, á fin de que el Soldan sepa en cuanta estima tengo sus dones. Si no tienes lengua, no llevarás chismes, ni provocarás mi mal humor con importunas respuestas. »

El Nubiano se postró de nuevo, hasta tocar la tierra con la frente. En seguida se alzó, y se colocó á alguna distancia, esperando las órdenes de su señor.

—Bueno es que empieces desde ahora tu oficio, dijo Ricardo, porque veo una mancha de orin en ese broquel, y cuando yo lo presente á Saladino, quiero que esté tan puro y tan brillante como su honor. »

Al decir Ricardo estas palabras, se oyó una trompa á la puerta de la tienda, y en seguida entró en la cámara sir Henry Neville con unos pliegos.

—De Inglaterra, señor, dijo sir Henry, y puso los despachos en manos del rey.

—¡De Inglaterra! exclamó Corazon de Leon. ¡De la amada Inglaterra! y se detuvo melancólico y pensativo. ¡Ah! ¡cuán poco saben los Ingleses los males que aquejan á su soberano! enfermedad, pesadumbre, falsos amigos, y enemigos disimulados. Despues, abriendo los pliegos, tambien, dijo, vienen de tierra de enemigos. Neville, márchata. Quiero enterarme de su contenido á solas, y á mis anchas. »

Neville se retiró, y Ricardo entró muy en breve en los tristes pormenores que sus amigos y confidentes le daban desde Inglaterra, acerca de las facciones que destrozaban aquellos dominios; la desunion y enemistad que reinaban entre sus dos hermanos Juan y Gofredo, y las disputas de ambos con el Justicia Mayor Longchamp,

obispo de Ely; las opresiones que ejercian los nobles con los pecheros; las revueltas de estos contra sus señores, y las consecuencias de estos disturbios que habian parado en guerra intestina y efusion de sangre. A estas noticias que abatian su orgullo, y menoscababan su autoridad, seguian los consejos que le daban sus mas sabios y adictos ministros, que se reducian á que no tardase en presentarse en medio de sus vasallos, puesto que solo su presencia podia salvar aquel pais de los horrores de una discordia civil, de cuyos presajios y anuncios estaban ya aprovechándose Escocia y Francia. Ricardo leyó y volvió á leer las malhadadas noticias, con indecible abatimiento y amargura, comparando las circunstancias que en unas cartas se mencionaban con las que se indicaban en las otras, y quedando sumergido en tan profunda distraccion, que parecía insensible á los objetos que le rodeaban, no obstante que, para gozar de la frescura de la tarde, se habia puesto á la puerta del pabellon, con la cortina descorrida, de modo que podia ver y ser visto de todos los que estaban en las inmediaciones.

En lo interior de la misma pieza, y afanado en la tarea que su nuevo amo le habia impuesto, estaba el esclavo nubiano, vuelto casi de espaldas á Ricardo. Ya habia limpiado y ajustado el peto y la gola, y estaba empleado á la sazon en un ancho pavés, cubierto con placas de acero, de que Ricardo se servia en los reconocimientos y ataques de las plazas fortificadas, por ser de mas defensa y proteccion contra las armas arrojadizas, que el pequeño broquel triangular de que se servia cuando combatia á caballo. Este pavés no llevaba ni las armas de Inglaterra, ni ningun otro emblema ni divisa, á fin de no llamar la atencion de los sitiados contra quienes se dirigia. El armero africano se esmeró pues en bruñirlo y dejarlo tan brillante como el cristal mas fino. Junto

al esclavo, y sin poder ser visto de los que estaban fuera de la tienda, yacía el hermoso perro, que podía con razón llamarse su hermano en esclavitud, el cual, medio asustado de verse en la morada del poder y de la grandeza, no se apartaba del lado de su dueño, recojidos todos sus miembros, y clavados en tierra las orejas y el hocico.

Mientras el monarca y el esclavo mudo estaban del modo que acabamos de describir, otro actor se presentó en la escena, y se introdujo entre el grupo de los alabarderos de la guardia, de los cuales los mas inmediatos á la puerta del pabellon se mantenian, contra su costumbre, en profundo silencio, respetando el que guardaba su ajitado y melancólico caudillo. No por esto habia particular vigilancia en la guardia. Algunos de los que la componian jugaban con guijarros á juegos de azar; otros conversaban en voz baja acerca de los preparativos que se hacian para las próximas hostilidades; otros en fin se habian abandonado al reposo y al sueño, cubiertos en sus anchas capas verdes.

En medio de estos descuidados custodios de la persona de Ricardo, apareció la ridícula persona de un viejecillo turco, pobremente vestido como un *marabut*, ó santón del desierto, jente fanática y entusiasta, que solia de cuando en cuando introducirse en el campamento de la Cruzada, aunque los soldados los trataban siempre con escarnio, y algunas veces con violencia. El lujo y la ociosidad de los personajes de la Cruzada habian atraído á las tiendas y cuarteles un gran número de músicos, cortesanas y mercaderes judíos, coftos y turcos, que eran el desecho de las naciones de Oriente. De modo que aunque el caftan y el turbante debian ser y eran en realidad objetos de odio y enemistad á los ojos de los soldados, se solian ver con frecuencia en el campamento, sin escándalo ni inquietud.

Cuando el viejecillo de que hemos hablado se acercó á la guardia, y fué descubierto por los soldados, se quitó el turbante verde que en la cabeza llevaba, haciendo ver que estaba completamente rapada á navaja, á uso de los bufones de Oriente, al mismo tiempo que sus facciones desatentadas y sus contorsiones y visajes denotaban el destemple de su fantasia.

— Baila, marabut, dijeron los soldados, que ya conocian las costumbres de aquella clase de vagamundos. Baila, ó á fuerza de latigazos no dejaremos hueso sano en tu cuerpo.» Todos ellos repitieron las mismas palabras, tan satisfechos de tener algo con que pasar el tiempo, como el muchacho que descubre una mariposa en el jardín, ó un nido de gorriones en el árbol.

El santón, que parecia muy dispuesto á dar gusto á sus espectadores, empezó á dar saltos y cabriolas, con tanta lijereza y soltura, que parecia una hoja arrancada por el viento, y movida en prontos jiros por sus remolinos. Salia de su desnuda cabeza una sola trenza de negros cabellos, que, en medio de todas estas agitaciones, se mantenía constantemente erguida, como si por ella le agarrase y sostuviese la mano invisible de un jenio; y en efecto todos sus ejercicios y contorsiones parecian efecto de una causa sobrenatural, puesto que apenas podia percibirse cuando fijaba la punta del pié en el suelo para tomar nuevo impulso. En medio de estas muestras de su extraordinaria lijereza, mudaba continuamente de sitio, dirigiéndose á uno y á otro lado del círculo que formaban los alabarderos, y salvando con sus brincoos considerables distancias, de cuyo modo logró aproximarse insensiblemente á la entrada del pabellon del rey; así que, cuando cayó exhausto y sin fuerzas en tierra, despues de haber dado dos ó tres saltos superiores á todos

los que hasta entonces habia ejecutado, solo se halló á distancia de treinta varas de la persona de Ricardo.

—Dadle un jarro de agua, dijo un guardia, que estos saltimbanquissiempre tienen sed despues de la danza.

—¡Agua dices, Long Allen! esclamó otro. ¿Quisieras tú refrescarte con brevaje de fuente despues de tu ejercicio como ese?

—Lléveme Satanás, dijo un tercero, si prueba una gota. Es menester que el bailarín aprenda á ser buen cristiano, y que empiece su conversion con un buen trago de vino de Chipre.

—Buena idea, dijo un cuarto, y si acaso se resiste, traerémos el cuerno de Dick Hunter, con el que le da los brevajes á la yegua cuando le entra el torozon.»

Los soldados formaron entonces un círculo en torno del fatigado y exhausto dervís, y mientras uno le tomaba en sus brazos, como si fuera un rollo de esteras, otro le presentaba un enorme jarro de vino. El viejo estaba tan abatido que no le fué posible proferir una palabra; mas con los jestos de su mano, y con los movimientos de su cabeza, dió á entender el horror que le inspiraba la vista del licor prohibido por el Profeta. Sin embargo, los militares no se hallaban muy dispuestos á ceder en sus instancias.

—Venga el cuerno, exclamó uno de ellos. Poca diferencia hay entre un Turco y un caballo. El cuerno puede servir á uno como á otro.

—Por San Jorje, vais á escandalizarlo, dijo Long Allen, y además es un pecado mortal dar á un perro infiel una racion que puede muy bien restaurar el estómago de un cristiano.

—Hombre, respondió Enrique Woodstall, dígame que no conoces la índole de estos Turcos. Verás cómo el vino le produce un efecto contrario que á nosotros. El vino le dará juicio como á nosotros nos lo quita.

¡Escandalizarse! Sí, como la perra negra del cabo, cuando ve una libra de manteca.

—Bueno es que cche un trago de vino en este mundo, dijo Tomás Blackes, el que por toda una eternidad no ha de tener una gota de agua que clame su sed rabiosa.

—¿Y qué ha hecho el pobre, preguntó Long Allen, para merecer ese suplicio? Es Turco y cree en Mahoma, porque su padre, y su abuelo, y su tatarabuelo eran Turcos, y creían en Mahoma. Si hubiera nacido cristiano, y vuelto casaca, eso es otra cosa. Entonces el rincón mas caliente de los profundos debería servirle de cuartetes de invierno.

—Calla por Dios, Long Allen, dijo Enrique Woodstall; ¡qué lengua! Acuérdate de las regañaduras de Frai Francisco, cuando aquello de la Ejipticia de ojos negros. Si el padre llega á saber lo que has dicho, no te aguarda mal enjabonado. Pero aquí viene el cuerno. Vamos á la maniobra. Tenedle abierta la boca con una guarnicion de espada.

—¡Hola, hola! dijo Tomás, no le gustan los preparativos, y prefiere el vaso. Dádselo pronto. Bien empieza, y no es esta la primera zorra que ha desollado. Hasta arriba. Vaya que el Turco tiene trazas de ser un buen cristiano.»

En efecto, el marabut se tiró á pechos sin resollar todo el vino de Chipre que el jarro contenía, y cuando le apartó de los labios, y se estuvo algunos minutos saboreándose y relamiéndose, prorumpió, cerrando los ojos, y cruzando los brazos sobre el pecho, en la exclamacion favorita de los de su clase: Alá Kerin, ó Dios es misericordioso. Las carcajadas universales de los guardias al ver toda esta escena, sacaron al rey de su distraccion, el cual, levantándose enojado, los reprendió severamente por el poco orden y disciplina que guardaban.

Calláronse todos, amedrentados y confusos, porque conocían el temple de Ricardo, que á veces gustaba de familiarizarse con sus compañeros de armas y peligros, y á veces, aunque no con mucha frecuencia, exijia el mas humilde respeto de sus tropas. Los guardias se alejaron de la real persona, procurando llevarse consigo al marabut, el cual, incapaz de dar un paso, sea por la fatiga que aun le duraba de sus piruetas, sea porque el vino habia aletargado todas sus potencias, hizo una tenaz resistencia con sus jestos y con sus gruñidos.

—Dejadle quieto, dijo en voz baja Long Allen á sus compañeros. Quédese ahí junto al centinela, y quitadle la daga por si acaso, que no tardará en dormirse como una piedra.»

El monarca hizo otra señal de impaciencia y enojo, y todos se retiraron precipitadamente, dejando al dervís en el suelo, en la aparente incapacidad de menear una sola coyuntura. Un momento despues todo quedó tan tranquilo como estaba antes que hubiese venido el marabut.

CAPITULO XXI.

DURANTE UN cuarto de hora, ó mas, despues del incidente que se ha referido al fin del capítulo anterior, reinó el mayor silencio en torno del pabellon de Ricardo. El rey leía y meditaba á la puerta; detrás y con la espalda vuelta á la entrada, estaba el esclavo nubiano, ocupado todavía en bruñir el ancho pavés de su dueño. Enfrente, y á cien pasos de distancia, se veían los alabarderos de la guardia, sentados ó tendidos por el suelo, jugando ú conversando en voz baja, y procurando no turbar la quietud de su soberano. En la esplanada que mediaba entre ellos y la puerta de la real habitacion, yacia el marabut, inmóvil como un haz de leña.

Pero el Nubiano se servía del pavés como de un espejo, con cuyo au-

xilio podia descubrir fácilmente todo lo que pasaba por afuera, y en su bruñida superficie observó, no sin extrañeza é inquietud, que el marabut alzaba cautamente la cabeza, como para examinar el sitio, con apariencias de estar en su sentido, y de abrigar alguna siniestra intencion. Volvió á reclinarse, como si estuviera seguro de que nadie le observaba, y empezó á arrastrarse lentísimamente hácia la tienda, deteniéndose de cuando en cuando, á guisa de araña que se aproxima á su presa, y queda de pronto inmóvil y como muerta, cuando ve que ha llamado su atencion. Este movimiento pareció sospechoso al Nubiano, que, sin hacer el menor ruido ni ademán que pudiese ser notado por el rey, se preparó á todo lo que ocurriese, y se puso en actitud de colocarse de un salto, con su acero en la mano, á la puerta del pabellon, y al lado de su dueño.

El marabut al mismo tiempo continuó su maniobra, cada vez con mas precaucion y silencio, como la culebra que se arrastra entre las matas, sin menear ninguna de sus hojas; y cuando estuvo á diez varas de distancia del rey, se puso de pronto en pié, saltó hácia la puerta, con el ímpetu y la lijereza de un tigre, llegó á espaldas del monarca, y blandió sobre su cuello el *cangiar*, ó puñal que hasta entonces habia tenido oculto en una de las mangas de su vestido. La presencia de todos los tercios del ejército de Inglaterra no hubiera sido parte á salvar al heróico monarca de aquel inesperado golpe: pero los movimientos del Etíope habian seguido uno á uno á los del asesino, y los habia calculado con tanta puntualidad y exactitud, que antes que pudiera descargar el golpe funesto, le pudo detener el brazo, que habian armado el entusiasmo y el fanatismo. Volviendo entonces toda su rabia contra el que se habia interpuesto entre él y su víctima, el Charejita, que esto

era en realidad el fingido santón, dió con su puñal un golpe al Nubiano, hiéndole, aunque superficialmente el brazo, lo que no le estorbó valerse de la superioridad de su fuerza, y arrojarlo al suelo con violencia. Ricardo se levantó de pronto, y con pocas mas señales de sorpresa, de odio, ó de terror, que las que espresaria un hombre cualquiera, al aplastar una abispa importuna, alzó el escaño en que hasta entonces habia estado sentado, y le lanzó á la cabeza del malvado, exclamando tan solo ¡Ah perro! El golpe partió el cráneo del Charejita, el cual, despues de haber pronunciado dos veces en voz alta, aunque interrumpida por el dolor: «Alá ackbar, ó Dios es victorioso, espiró á los piés del monarca.

—Cuidadosos centinelas sois en verdad, dijo Ricardo á sus guardias, los cuales empezaron á levantarse atropelladamente, y á acudir á la tienda del rey, aterrados y confusos, aunque inciertos de lo que habia dado lugar al rumor. Fieles servidores, que dejan á su dueño en las manos de un verdugo. Callad, insensatos, y no me aturdaís con inútiles clamores. ¿Es esta la primera vez que habeis visto un Turco? Andad y quitad de aquí ese perro muerto, y echadle fuera del campamento, cortándole antes la cabeza, y clavándola en una pica con el rostro hácia la Meca, para que pueda mas fácilmente decir al Profeta impostor, que sin duda le inspiró su designio, cuán felizmente le ha dado cumplimiento. Y tú, mi celoso y llamado amigo, añadió volviéndose hácia el Nubiano, pero... ¡qué veo! ¡herido estás, y con una arma envenenada! Sí: envenenada debia de estar, pues el solo golpe de tan débil mano no era parte á privar de vida á un leon. Chupad el veneno de la herida, uno de vosotros; ese veneno es inocente en la boca, aunque mortal, cuando se mezcla con la sangre.

Los guardias se miraron confusa-

mente unos á otros, sin atreverse á obedecer al rey, pues los que en tantas ocasiones habian arrostrado los mayores peligros, se horrorizaban á la voz veneno, y no daban crédito á las espresiones con que Ricardo queria disipar sus temores.

—¡Cómo es esto, insensatos! exclamó Ricardo, ¿esos remilgos haceis y tanto miedo teneis á la muerte?

—No tenemos miedo á la muerte, respondió Long Allen, con quien el rey se habia encarado al pronunciar sus últimas palabras: pero en verdad, señor, que los soldados de Vuestra Majestad no son ratones para morir con arsénico, y sobre todo por salvar la vida á una res de mercado, que se vende y se compra como los bueyes en la feria de mi tierra.

—Vuestra Majestad, dijo otro alabardero, habla de chupar ponzoña como de tragarse una ciruela.

—No, dijo Ricardo; yo nunca dejo hacer á los otros lo que puedo hacer por mí mismo.»

Y sin mas ceremonia, y en despecho de las instancias jenerales de todos los que se hallaban presentes, y de la comedida resistencia del mismo esclavo, el rey de Inglaterra aplicó sus labios á la herida de aquel infeliz, burlándose de los que se lo querian estorbar, y venciendo la oposicion del Etíope. Apenas habia empezado su ocupacion, cuando el Nubiano se apartó respetuosamente, y poniendo una faja sobre el brazo, manifestó con sus jestos el firme propósito en que estaba de no permitir que el rey continuase tan humilde servicio. Long Allen tambien intervino diciendo que antes que ver renovar al rey una operacion tan impropia de su dignidad, estaba pronto á poner á disposicion del negro su lengua, sus labios y sus dientes, y aun á comérselo á bocados si era preciso.

Neville, que entró á la sazón en la cámara, se unió con los otros, para oponerse al designio de Ricardo.

— Todo ese clamor es inútil, dijo el rey, puesto que está ya todo concluido, y el riesgo ha pasado. La herida no ha sido mas que un araño, propio de un gato traider y medroso. Apenas ha salido sangre, y con tomar yo una dracma de orvietano, no tengo que temer nada, aunque tambien lo juzgo inútil.»

Así habló Ricardo, algo avergonzado quizás de su condescendencia, y de una accion que estaba de acuerdo con la humanidad y con la gratitud. Pero cuando Neville continuó haciendo comentarios sobre los riesgos de la real persona, el rey le impuso silencio, diciéndole:

— Calla, Neville, y no se hable mas del asunto. Yo enseñaré á esos necios cómo se han de ayudar unos á otros, cuando dejen entrar en el campamento dervises asesinos con puñales envenenados. Lo que importa por ahora es que te llesves ese Nubiano á tus cuarteles. He mudado de opinion acerca de él. Cúidale y aliéndele con esmero, pero no le dejes escapar. Ese hombre es mas de lo que parece. Déjale libre, pero que no pueda salir del campamento. Y vosotros, mastines ingleses, que solo sabeis comer carne de vaca, y agotar jarros de vino, tened de ahora en adelante alguna mas vijilancia con la persona de vuestro rey. No creais que estáis en vuestra tierra, donde los hombres hablan antes de herir, y se dan la mano de amigos antes de pelear. Allí el peligro marcha á cuerpo descubierto, y desafía al enemigo que intenta atacar. Pero aquí lo emplaza con guante de seda, que no con manopla de malla; aquí degüella el asesino con una pluma de palomo; aquí se mata á un hombre con una jaculatoria en los labios, y se ahorca con un cabello. Idos... tened los ojos abiertos y cerrados los labios: bebed menos, y vedad mas, ó veréis que pronto os pongo á pan y agua, como los anacoretas del desierto.»

Los alabarderos, avergonzados y confusos, se retiraron á sus puestos, y Neville empezó á conversar con su amo acerca del riesgo en que acababa de verse, de la negligencia de los guardias en permitir que un Turco se aproximase á la tienda y á la persona del rey de Inglaterra, y de la necesidad de hacer un castigo ejemplar, y de tomar las medidas mas severas para que no se repitiese un acaecimiento, cuyas resultas hubieran podido ser tan fatales. — No hables de eso, dijo Ricardo interrumpiéndole. ¿Quieres acaso que castigue con mas severidad el riesgo de mi persona que el honor de la bandera de Inglaterra? Esta joya de nuestra patria ha sido robada por un ladron, ó vendida por un traider infame, y todavia no se ha vertido la sangre del delincuente. Buen Etiope, dijo Ricardo, dirijiéndose al Nubiano, tú sabes explicar grandes misterios segun la carta del Soldan. Si así es, te ofrezco todo tu peso en oro, con tal que me descubras al perverso, de alma mas negra que tu rostro, cuya mano sacrilega osó profanar los timbres de mi nacion. ¿Qué dices?»

El Nubiano manifestó deseos de hablar, mas solo pudo arrojar un grito imperfecto, como hacen ordinariamente los mudos en momentos de agitacion ó de impaciencia. Despues cruzó los brazos, y clavó sus miradas en el rey, como dándole á entender que estaba pronto, y era capaz de hacerle el servicio que le demandaba.

— ¿Cómo! dijo Ricardo con prontitud y alegría. ¿Puedes descubrir al autor del delito?»

El Nubiano repitió los mismos movimientos.

— Pero ¿cómo nos hemos de entender uno á otro? preguntó el rey. ¿Sabes escribir, camarada?»

El esclavo bajó la cabeza.

— Dad recado de escribir, dijo Ricardo, si acaso los hay en mi tienda, como los habia en la tienda de mi

padre, y si acaso el sol no ha secado la tinta. Este hombre es una alhaja, Neville, es un diamante negro.

—Será todo lo que Vuestra Majestad quiera que sea, repuso el caballero; pero si he de decir lo que siento, yo no me fiaria de él. Ese hombre es astuto y entendido, y pareceme que solo ha venido aquí para servir de provecho á los Infieles, y quizás sembrar zizaña en el trigo, y quizás tambien...

—Basta, Neville, dijo Ricardo. No te figures que estás cazando allá en tus parques de Inglaterra, y que puedes detener tu jauria de podencos, cuando corren en pos de la liebre que han echado. Plantagenet no se detiene cuando ha puesto el pié en el camino que le conduce á la reparacion de su honor ofendido. »

El esclavo, que durante toda esta conversacion, habia estado escribiendo, con una facilidad que probaba su inteligencia y costumbre en aquel ejercicio, se levantó, y alzando el papel hasta la frente, se postró humildemente ante el rey, antes de entregárselo. Lo escrito estaba en francés, aunque Ricardo habia dirigido siempre la palabra en lengua franca. Su contenido era como sigue:

—A Ricardo, el conquistador é invencible rey de Inglaterra, el mas humilde de sus esclavos. Los misterios son las arcas cerradas de los Cielos: pero la sabiduría tiene la llave con que se abren. Si vuestro esclavo pudiera colocarse en un sitio en que viera pasar sucesivamente y en orden, á todos los jefes y caudillos de la hueste cruzada, no dudeis que hallándose entre ellos el que hizo agravio á tu pendon glorioso, haria manifiesta su iniquidad, aunque le ocultasen siete velos.

—Por San Jorje, exclamó el rey, tu oferta viene ahora muy al caso. Neville, ya sabes que en la reseña de mañana, los principes han convenido, para lavar la afrenta que Inglaterr-

ra ha recibido con el robo de su bandera, en pasar uno despues de otro delante de la nueva, que está ya plantada en el monte de San Jorje, y hacerle le debida reverencia y acatamiento. No es regular, ni yo lo creo, que el traidor enmascarado falte á á tan solemne vindicacion, puesto que su ausencia bastaria para hacerle sospechoso. He de colocar junto á mí á este buen consejero, y si sus artes pueden descubrir al villano, déjalo por mi cuenta, que no tendrá que arrepentirse.

—Señor, dijo Neville, con la franqueza natural de un baron inglés; tened cuenta con lo que hacéis. La concordia de nuestra santa liga va á ser renovada mañana. ¿Queréis, sin mas motivo que las sospechas que un esclavo negro pueda inspiraros, abrir de nuevo las heridas que aun no están bastante cerradas? La solemnidad de mañana no tiene otro objeto que la reparacion de vuestro honor, y el restablecimiento de la unanimidad entre principes discordes. ¿Iréis á sacar de tan favorables auspicios nuevos motivos de enemistad, de agravios y de rencillas? Eso seria lo mismo que retractar la formal declaracion que Vuestra Majestad ha hecho en el Consejo de los principes.

—Neville, dijo el rey, tu celo te alucina, y te hace traspasar la línea de tus obligaciones. Nunca he prometido yo abstenerme de los medios que puedan conducirme al descubrimiento de la mano traidora que vilipendió el honor de Inglaterra. Antes de haber aventurado tan infame promesa, hubiera renunciado á la corona, y aun á la vida. Todas mis declaraciones, todas mis protestas han supuesto esa indispensable condicion. Solo en el caso en que el Austria hubiera confesado su delito, y pedido perdon, se lo hubiera concedido, porque somos cristianos, y no por otro motivo.

—Pero, señor, continuó el baron,

¿qué seguridad tiene Vuestra Majestad para creer que ese hombre no le engaña? ¿Es otra cosa al cabo que un confidente de Saladino?

—Tú te crees muy entendido, Neville, dijo el rey, y en resumidas cuentas, eres un necio hecho y derecho. Piensa en hacer lo que te he dicho con el esclavo. Tus pobres alcaneces no bastan á comprender lo que en él se encierra. Y tú, diestro consejero, prepárate á desempeñar la ardua tarea que has tomado á tu cargo, y el rey de Inglaterra te promete, bajo su palabra de honor, el galardón que tú mismo escojas y determines. Pero mira, Neville, otra vez se pone á escribir. »

El mudo escribió en efecto, y entregó al rey, con las mismas formalidades que antes, una tira de papel, en que estaban escritas las siguientes palabras: — La voluntad del rey es la ley de su esclavo. El descargo de su pleito homenaje es la única preza que solicita.

— ¡Prez y pleito homenaje! dijo el rey, interrumpiendo su lectura, y hablando en inglés con Neville; estos pueblos de Oriente van aprovechándose ya de su frecuente trato con los Cruzados: ya van familiarizándose con el lenguaje de la Caballería. Observa, Neville, qué turbado y descompuesto parece el pobre Nubiano: si no fuera por su color, veríamos en sus mejillas los tintes de la vergüenza. No sería extraño que hubiera entendido todo lo que hemos estado hablando; porque entre ellos hay muchos que saben gran número de lenguas.

—El pobre no puede acostumbrarse á estar tan inmediato á la persona de Vuestra Majestad, respondió Neville, y no es otra la causa de su turbación.

— ¡Ola! dijo el rey, que habia continuado leyendo el papel que el Nubiano le habia presentado. ¿Sabes lo que dice? que viene comisionado de parte de Saladino con un mensaje pa-

ra lady Edita Plantagenet, y pide permiso y oportunidad de desempeñar su encargo. ¿Qué piensas tú, Neville, de semejante proposición?

—No sé, respondió el barón, qué opinión formará Vuestra Majestad de la libertad que el Soldán se toma: lo que sé decir es, que si el esclavo lleva semejante mensaje á Saladino de parte de Ricardo, no daba yo cinco sueldos por su vida.

—No haya miedo que tal cosa suceda, dijo Ricardo, porque, gracias á Dios, no apetezco ninguna de las honrrías que el Soldán tiene enmuralladas en su harem: y por lo que hace á castigar á ese desgraciado por querer obedecer las órdenes de su señor, justamente cuando acabo de deberle la vida, es cosa en que debo mirarme muy despacio. Voy á decirte un secreto, Neville, porque, aunque esté presente el Nubiano, y dado caso que nos entienda, carece de los medios de propalarlo. Digo, pues, que hace quince días que estoy como encantado por algun nigromante, y quisiera que me exorcizaran, á ver si acababa con dos mil de á caballo el hechizo. Apenas alguno me hace un servicio importante, me quita la ganas de recompensarle, haciéndome inmediatamente un agravio, que convierte mi gratitud en resentimiento. Al contrario, si otro ha merecido que le dé muerte con mis manos, por alguna traición ó insulto, seguro es que ese mismo no tardará en serme de gran utilidad y provecho, quitándome las ganas de imponerle el castigo que merece, y obligándome en honor y conciencia á perdonarle, y aun á darle gracias. Ya ves que de este modo estoy privado de la parte mas noble de mis atribuciones reales, puesto que no me es dado ni castigar al que me ofende, ni recompensar al que me sirve. Hasta que pase el maléfico influjo de este planeta, nada diré acerca de la proposición que por medio de ese hombre me hace Saladino: si na-

es que me parece aventurada en demasía, y que lo que puede hacer para mitigar el enojo que semejante negocio debe inspirarme, es que redunde en gloria y provecho mío el descubrimiento que se ha ofrecido á hacer. Entretanto, Neville, no olvides lo que te he encargado acerca del trato que debes darle, y de camino, dijo estas palabras al oído del baron, busca á ese ermitaño de Engaddi donde quiera que esté, y tráelo cuanto antes á mi presencia, sea santo ú diablo, loco ú cuerdo.»

Neville se retiró del pabellon de Ricardo, haciendo señas al esclavo que le siguiese, y lleno de estrañeza y admiracion por todo lo que habia visto y oído, y especialmente por la conducta que habia observado el rey, tan contraria á sus hábitos, y al temple ordinario de su carácter. No habia cosa mas fácil que descubrir los sentimientos, opiniones y deseos de Ricardo; mas á veces era difícilísimo calcular su duracion, por que las olas del mar que vienen á romperse contra las peñas de la orilla, no son mas movedizas ni instables, que lo eran las resoluciones y partidos que sus pasiones le dictaban. Pero en la ocasion presente, se notaba en sus modales y palabras, cierto aire misterioso y reservado, cuya significacion no podia entenderse; ni tampoco se sabia si en la conducta que observaba con su nuevo servidor, y en las miradas que de cuando en cuando le dirigia, dominaban el afecto y la confianza, ó el recelo y el disgusto. La prontitud con que el rey habia acudido á cortar los funestos efectos de la herida, parecia el pago justo y debido de la deuda que con él acababa de contraer, debiendo la vida á la lijereza y presencia de espíritu con que detuvo el brazo del asesino: pero al mismo tiempo, se conocia que Ricardo se hallaba en la posicion del que tiene que ajustar con otro, cuentas dudosas y enredadas, y que no sabiendo si re-

sultará deudor ó acreedor, se mantiene inactivo y suspenso, sin reclamar lo debido, ni ofrecer el pago. En cuanto al Nubiano, el baron no sabia cómo habia adquirido el conocimiento que parecia poseer en los idiomas europeos; pero estaba convencido de que no entendia una palabra del inglés, y su conjetura se fundaba en la perfecta indiferencia en que el Nubiano se habia mantenido, durante una conversacion de que él solo habia sido objeto.

CAPITULO XXII.

TENEMOS que retroceder con nuestra historia á varios sucesos, poco anteriores á los últimos que hemos referido; á saber, á la época en que, como debe tenerlo presente el lector, sir Kenneth del Leopardo, entregado por orden de Ricardo al médico árabe, mas bien como esclavo que de otro modo, fué desterrado del campamento del ejército de la Cruz, en cuyas filas se habia distinguido tantas veces por su intrepidez, valor y destreza. El Escocés siguió á su señor, porque lo era en realidad, á las tiendas moriscas en que estaban su acompañamiento y su equipaje, como un hombre que cae de la cima de un precipicio, y escapa milagrosamente con vida, conservando tan solo fuerzas bastantes para salir de la hondonada, incierto todavía del daño que ha recibido. Cuando llegó á la tienda, se arrojó sin desplegar los labios sobre una piel de búfalo, que su conductor le indicó, como el asiento que le estaba destinado, y cubriéndose el rostro con las manos, se puso á sollozar amargamente, como si el corazon se le quisiese salir del pecho. El físico le oyó, mientras hablaba á la turba de esclavos que le servia, para darles la orden de preparar su salida, que debia verificarse en la mañana siguiente, antes de romper el día; y movido á compasion, se aproximó á él, se sentó á su lado,

cruzadas las piernas, y empezó á administrarle los consuelos que su posición exijia.

—Amigo, le dijo, ten buen ánimo, y no desmayes ni decaigas en abatimiento, porque, como dice el poeta: mas vale ser esclavo de un buen señor, que de pasiones violentas. Ruégote encarecidamente que cobres valor y confianza. Eserito está que Isouf Ben Yagoube fué vendido al rey por sus hermanos el cual rey, lo era de Egipto, y se llamaba Faraon, y tu rey te ha dado á un dueño que te tratará, no como siervo, sino como hermano.»

Sir Kenneth hizo un esfuerzo para dar gracias á El Hakim, pero su corazon estaba demasiado oprimido, y en gran manera turbadas todas sus facultades, así que solo prorumpió en sonidos confusos é interrumpidos por sus sollozos y suspiros, y el médico desistió del empeño de consolarle, pareciéndole que aun no estaba dispuesto á escuchar la voz de la amistad. Dejóle pues tranquilo, para que se abandonase sin empacho á su dolor, y habiendo tomado todas las medidas necesarias para su viaje, tomó asiento sobre una alfombra á la puerta de la tienda, donde sus esclavos le sirvieron algunas sencillas viandas. Despues de haber concluido su merienda, mandó que llevasen los mismos manjares á sir Kenneth; mas aunque se le dió á entender que al dia siguiente, seria muy tarde cuando se haria el primer alto, para tomar algun refresco, no le fué posible vencer su repugnancia, y solo se consiguió de él que bebiese un jarro de agua fria.

Despertáronle, aunque ciertamente no lo necesitaba, porque no habia gozado de un momento de sueño, mucho tiempo despues que los Arabes habian hecho sus acostumbradas oraciones, y en seguida se notó el movimiento de los esclavos, que sin hablar palabra, y haciendo poquísimo ruido, empezaron á cargar los camellos, y á disponerse para la marcha. Todos estaban

ya en pie menos el médico, y sir Kenneth, al cual se acercó el mayordomo de la comitiva, para anunciarle que era hora de ponerse en camino. Levantóse sin responder, y siguió al mayordomo, á la luz de la luna, hasta el sitio en que se hallaban los camellos, todos cargados ya y apercibidos, excepto uno solo, que se mantenía arrodillado, aguardando los fardos que debian completar su carga.

A cierta distancia de los camellos, se veian algunos caballos, enbridados y ensillados, en uno de los cuales montó El Hakim con toda la lijereza que la gravedad de su carácter le permitia, dando orden á los esclavos para que presentasen otro que señaló, á sir Kenneth. Un oficial de los tercios ingleses aguardaba á la comitiva, para escoltarla por el campamento, y evitar que fuese molestada é insultada. Al mismo tiempo, los sirvientes desarmaron el pabellon con singular lijereza, y las estacas y cubiertas de que se componia formaron la carga del último camello. Todo estaba ya en orden, y dispuesto para romper la marcha. Entonces el médico pronunció en voz grave y sonora este verso del Koran: — Dios sea nuestro guia, y Mahoma nuestro protector en el desierto, y en el campo regado,» con lo que toda la cabalgata se puso en movimiento.

Al atravesar el campo del ejército cristiano, las centinelas les dieron el quién vive, dejándolos pasar, cuando recibian la respuesta del oficial inglés que los escoltaba. De cuando en cuando se oia tal cual maldición contra Mahoma, proferida por alguna centinela devota. Al fin, se abrieron las últimas barreras, y la comitiva se formó en orden militar para emprender la marcha. Dos ó tres jinetes se adelantaron para descubrir el camino, á guisa de vanguardia: uno ú dos quedaron detrás, á tiro de flecha de los viajeros, y, cuando el terreno lo permitia, se destacaban otros para guardar los cos

todos. De este modo procedían tranquilamente, mientras sir Kenneth, volviendo la vista á las tiendas de los cristianos, iluminadas de lleno por la luz suave de la luna, solo pensaba en la suerte injusta y funesta que le habia privado de su honor, y de las esperanzas de gloria y engrandecimiento, arrancándole á las banderas bajo las cuales habia combatido, y alejándole para siempre de la Cristiandad, de la Caballería, y de Edita de Plantagenet.

El Hakim, que caminaba á su lado, le dijo en su acostumbrado tono de amistad y de consuelo: —De nada sirve mirar hácia atrás, cuando el camino está delante,» y al decir esto, el caballo de sir Kenneth dió un tropezon, que podia muy bien servir de comentario al documento moral del sabio.

El caballero conoció entonces que debia estar algo mas atento al manejo de la bestia que le habia tocado en suerte, la cual era una yegua, de paso comodísimo, ligero é igual, pero que de cuando en cuando necesitaba de la ayuda del freno.

—La condicion de ese animal, dijo el sabio, es como la de la fortuna del hombre, pues cuanto mas ligero anda, mas cauto debe ser el jinete, y con mas esmero debe evitar la caída; y del mismo modo, cuanto mas nos favorece la prosperidad, mas despiertos y advertidos debemos estar, afin de que no nos coja desprevenidos el infortunio.»

El apetito satisfecho no recibe sin repugnancia los mas esquisitos manjares, y no es extraño que el caballero escocés, aburrido y despechado, y harto de desventuras, recibiese con impaciencia aquellas continuas aplicaciones de símiles y alegorias á los últimos lances de su vida; documentos, que, aunque discretos é ingeniosos, le parecian cansados é inoportunos en aquella ocasion.

—Páreceme, dijo con algun enfa-

do, que no necesito yo por ahora nuevos comentarios sobre la inestabilidad de las cosas humanas. Por lo que hace al caballo, te doy gracias, señor Hakim, por tu bondad, aunque mayores las merecias si me hubieras escojido otro que tropezara menos.

—Hermano, respondió el sabio árabe con imperturbable gravedad, hablas como uno que está privado del uso de la razon. Dices en tu corazon que el sabio hubiera debido destinar á su huésped el mejor y mas jóven de todos los caballos, reservando el mas viejo para su uso. Sabe que los defectos del caballo viejo se corrijen con la enerjía del jinete jóven, entanto que la violencia y fogosidad del potro requieren la prudencia y la índole fria y reflexiva del anciano.»

Así habló el sabio; mas á esta observacion, no dió sir Kenneth respuesta alguna que pudiese servir de pié á la conversacion, con lo que el físico, cansado de administrar consuelos á quien no los queria admitir, hizo señá á uno de los Turcos de la comitiva.

—Hasam, dijo, ¿no tienes nada con que distraer el fastidio del viaje?»

Hasam, historiador y poeta de profesion, apretó espuelas al caballo, y se acercó á El Hakim, para ejercer su ministerio. Señor del palacio de la vida, dijo, dirijiendo la palabra al físico, tú ante quien el ángel Azrael esparce sus alas al viento, y huye de la habitacion del que padece; tú, mas sabio que Solimaun ben Davud, en cuyo sello está grabado el nombre verdadero del que domina los espíritus de los elementos, no permitas Alá que mientras viajas por el camino de la benevolencia, dando salud y esperanza donde quiera que llegas, te falten historias y cantos que distraigan tu mente, y alivien tu imaginacion. He aquí á tu lado á tu humilde siervo, dispuesto á abrirte los tesoros de su memoria, como la fuente envía sus cristales al sendero, para refrescar

los pasos del que viaja.»

Después de este exordio, Hasam alzó la voz, y empezó á referir un cuento de hechizos y de amores, con intermedios de hazañas heroicas, y abundantes citas de los poetas persas, en cuyas composiciones parecia muy versado. La comitiva del físico, escepto los hombres que guiaban á los camellos, se acercó al historiador, guardando sin embargo la distancia que los respetos del amo requerian, para gozar del inefable placer con que los Orientales oyen siempre las ficciones poéticas.

Si sir Kenneth se hubiera hallado en otras circunstancias, apesar de su imperfecto conocimiento de la lengua árabe, hubiera podido oír con interés una relacion, que, aunque dictada por la imaginacion mas estravagante, y espresada en lenguaje hinchado y metafórico, tenia mucha semejanza con los romances de caballería, entonces tan á la moda en Europa. Pero en medio de los males que le oprimian, apenas sabia lo que pasaba en torno de sí, apesar de que el orador, ó poeta, ó historiador, que de todo tenia, estuvo por el espacio de dos horas modulando su voz en los diferentes tonos que su narracion exijia, escitando ora un murmullo de aplauso, ora exclamaciones de espanto ú de admiracion, ora lágrimas y suspiros, y, lo que todavia es mas difícil, un tributo de sonrisas, y aun de carcajadas.

Durante toda esta larga narrativa, lo único que atrajo la atencion del caballero, y le sacó de la profunda distraccion en que iba envuelto, fueron los ahullidos de un perro, que iba encerrado en una jaula, sobre uno de los camellos de la comitiva. No tardó en conocer que procedian de su fiel alano, y por el tono plañidero y espresivo de este inteligente animal, se veia que, habiendo descubierto á su amo entre los otros viajeros, imploraba su auxilio, para sacarlo de la prision en que se hallaba.

— ¡Ah! pobre Roswal! dijo sir Kenneth; tú pides ayuda y proteccion á quien se ve en mas dura esclavitud que la tuya. ¿De qué me sirve mirarte? ¿De qué me serviría acercarme á tí, y recibir tus caricias? De sentir mas amargamente la separacion que nos amenaza: mas vale que no hagamos caso uno de otro.»

Así pasaron las largas horas de la noche, y el espacio de incierta y rápida claridad que forma el crepúsculo en aquellos ardientes climas: pero cuando la primera línea del disco del sol empezó á despuntar en la última barrera del horizonte, y cuando sus primeros rayos empezaron á reflejar variados tintes y fujitivas vislumbres en las gotas de rocío que humedecian el desierto, al cual habia llegado ya la comitiva, la voz sonora de El Hakim, imponiendo silencio á la del historiador, anunció á los Arabes que era llegada la oracion, como lo hacen los muezines desde las torres de las mezquitas.

— A la oracion, decia, á la oracion. Dios es el verdadero Dios. A la oracion, á la oracion. Mahoma es el profeta de Dios. A la oracion, á la oracion. El tiempo huye de nosotros. Ala oracion, á la oracion. El juicio se acerca.»

De pronto echaron pié á tierra todos los Musulmanes, volvieron el rostro á la Meca, y sirviéndose, para las acostumbradas abluciones, de arena en lugar de agua, dirijieron fervorosamente sus votos al cielo, implorando la proteccion, y pidiendo el perdon de sus pecados al Dios del profeta, y al profeta de Dios.

Sir Kenneth, que estaba acostumbrado á mirar con odio y abominacion las ideas religiosas de los Musulmanes, y que además, por lo que de ellas sabia, las consideraba como un tejido de absurdos y necedades, no pudo menos de mirar con cierto respeto la sinceridad de su estraviado y fanático celo. Estimulado por su

fervor, alzó su corazón al Padre de las luces, y rogó y oró devotamente, como si quisiera desagraviar al Dios de los Cristianos, de la idólatra profanacion que de su nombre se hacia, en aquella tierra de milagros, primer oriente del astro que trajo á los hombres la vida y la salvacion.

Este homenaje religioso, que, aunque tributado en circunstancias tan extraordinarias, procedía de los sentimientos sinceros y naturales del Escocés, calmó y suavizó la agitacion que en su alma habian producido tantos y tan repentinos sucesos. La elevacion del alma del Cristiano hacía el trono de la Divinidad, le da lecciones de sublime paciencia en sus aflicciones y calamidades. El que murmura de sus decretos, el que resiste á su voluntad, la insulta cuando la implora. El que espresa en cada una de las palabras que le dirige la mezquindad y pequeñez de las cosas mundanas y terrestres, quiere engañar al que lee en los corazones de los hombres, y mira en el fondo de ellos el imperio que ejercen las pasiones y las pequeñeces humanas. No eran estas las disposiciones en que se hallaba sir Kenneth. Despues de haber presentado al Criador el humilde sacrificio de su resignacion, despues de haberse puesto enteramente en manos del Padre de las misericordias, conocia que le animaba una fuerza irresistible, y se sintió dispuesto á someterse tranquilamente á todas las amarguras y tribulaciones que le tuviese preparadas la Providencia.

Los Arabes, terminadas las ceremonias de la oracion de la mañana, montaron á caballo, y se volvieron á poner en camino, mientras Hasam tomó el hilo de su narracion. Pero sobrevino muy en breve otra interrupcion inesperada. Uno de los jinetes, que iba de descubierta, y que habia llegado á una pequeña altura situada á mano derecha del camino,

volvió á rienda suelta hácia El Hakim, y le habló al oido. Inmediatamente se adelantaron otros cuatro ú cinco, y toda la comitiva, que podria constar de veinte ó treinta personas, fijó atentamente los ojos en ellos, como si de sus movimientos dependiese la determinacion que deberian tomar. Hasam, que vió que su auditorio estaba distraído por cosas de mayor interés, y que pareció tambien interesado en las resultas de aquel pronto movimiento, puso fin á su declamacion, y el silencio profundo que reinaba en todo el acompañamiento, era tan solo interrumpido por tal cual observacion que los Arabes se comunicaban unos á otros en voz baja, sobre la ocurrencia que escitaba la curiosidad y la atencion de todos.

Esta suspension continuó hasta haber pasado una línea de montecillos de arena, que ocultaba el objeto, origen de aquella inquietud. Sir Kenneth pudo entonces distinguir, á distancia de milla y media, una línea oscura, que se movia rápidamente en el seno del desierto, y por su conocimiento práctico de los sucesos militares, vió que era un cuerpo de caballería. Eran europeos, como lo denotaban su formacion y sus maniobras, y su número parecia superior á la partida de El Hakim.

Las miradas ansiosas que dirigieron entonces á este todos los que le seguian, indicaban que no estaban muy tranquilos, y que aquel descubrimiento les inspiraba graves recelos. Él, con la misma gravedad inturbable, con que habia llamado á sus hermanos á la oracion, despachó dos hombres bien montados, con orden de acercarse, tanto cuanto la prudencia lo permitiese, á aquellos viajeros del desierto, y observar atentamente su direccion, sus movimientos, y, si posible fuese, sus designios. La proximidad del peligro sirve de estimulante á los ánimos abatidos y apáti-

cos. Sir Kenneth salió de su distraccion, y pensó en su situacion y en sí mismo.

—¿Qué tienes que temer de esos, que, segun todas las señales, parecen Cristianos? preguntó á El Hakim.

—¡Temer! respondió el Turco con desdenosa sonrisa; el sabio no teme á nadie; sino que aguarda que los malos hagan todo lo peor que pueden hacer.

—Son Cristianos, continuó el caballero, y estamos en treguas. ¿Qué razon hay para que los molestes?

—Son, dijo El Hakim, los frailes militares del Temple, y sus votos les prohiben observar treguas, celebrar tratados y convenios con los fieles de Islam. ¡Maldígalos el Profeta, y arranque de esta tierra tan mortífera planta! Su paz es guerra, y su fe es falsía. Los otros invasores de la Palestina observan á veces las leyes de la cortesía y de la humanidad. El leon Ricardo perdona á los vencidos; el águila de Francia pliega las alas, cuando se ha apoderado de su presa, y aun el mismo oso de Austria duerme y reposa cuando está harto de manjares y de vino: mas estos insaciables lobos no ponen jamás término á sus rapiñas. ¿Ves cómo han destacado ya una columna del cuerpo principal, y cómo cambian de direccion, y se encaminan hácia Oriente? Esos son sus pajes y escuderos, iniciados en sus misterios detestables, y que tratan de cortarnos la retirada. Mucho se engañan, si creen llevar adelante su intencion. Nosotros conocemos mejor el modo de pelear en el desierto.»

Terminada esta conversacion, dió algunas órdenes á uno de los principales de la comitiva, y cambió su aspecto de flemática compostura en la actividad y prontitud de un militar diestro y animoso, que ha previsto el riesgo, y confía en su superioridad.

La crisis que se aproximaba se presentaba bajo un aspecto muy diferente á los ojos de sir Kenneth, y

cuando el Turco le dijo que no se separase de su lado, contestó resueltamente que no le obedecería.

—Esos, dijo el Escocés, son mis hermanos y compañeros. He jurado del modo mas solemne pelear por la misma causa que ellos defienden, y bajo la misma bandera que ellos tremolan. El signo representado en ella es el de mi salvacion. ¿Quieres que abandone la cruz por la media luna?

—¡Insensato! exclamó El Hakim, su primer movimiento será castigado con tu muerte. Tú espíarás su perfidia.

—Tendré paciencia, respondió sir Kenneth: sufriré el yugo de los infieles, hasta que se me presente la primera ocasion de sacudirlo.»

—Me seguirás por fuerza, dijo El Hakim.

—¡Por fuerza! dijo sir Kenneth. Si tú no fueras mi bienhechor, ó á lo menos, si no hubieras obrado como tal, y si no debiera á tu mediacion la libertad de estas manos, que hubieras podido cargar de prisiones, si tal hubiera sido tu voluntad, yo te haria ver que, aun desarmado como estoy, no sé ceder á la fuerza de ningun hombre.

—Basta, respondió el Turco: estamos perdiendo el tiempo, y ahora nos es muy precioso.»

Al decir estas palabras, estendió el brazo, y prorumpió en un grito agudo y prolongado, que era la señal de que en semejantes casos se servía. Obedecieronla inmediatamente todos los Turcos, dispersándose por el desierto, cada uno en direccion diferente, como las perlas que se desensartan sobre una mesa de mármol. Sir Kenneth no pudo observar lo que siguió á este movimiento, porque cuando empezó, El Hakim tomó por las riendas el caballo que montaba el Escocés, y apretando espuelas al suyo, ambos se lanzaron con una prontitud comparable solo á la del relámpago; y tal fué la velocidad de este arran-

que, que el jinete europeo casi perdió la respiración, siendo enteramente inútiles todos los esfuerzos que hacia para detener el ímpetu que involuntariamente le arrebatava. Sir Kenneth era diestrísimo jinete, y desde su niñez estaba acostumbrado al manejo de aquel noble animal, que formaba una de las principales defensas del caballero y del soldado; pero los mejores caballos que habia visto en su vida, eran tortugas comparadas con los del sabio árabe. Nubes de arena salían de entre sus cascos; parecia que iban á devorar el desierto, y mientras mas espacio atravesaban, mayor era su alinco, y mas holgados y libres sus movimientos. Tenian la respiración tan segura como cuando iban á paso natural. Su carrera, tan cómoda para el jinete como pronta, era semejante á un vuelo no interrumpido, sin sacudimiento, sin desigualdad, sin producir otro inconveniente que el temor de una caída, y la dificultad de respirar, en el que no estaba acostumbrado á tan violento ejercicio.

Una hora habia durado este admirable esfuerzo de destreza y agilidad, cuando El Hakim, viéndose ya libre del alcance de sus enemigos, moderó el escape, galopó suavemente, y con voz tan sosegada como si no se hubiera movido en todo aquel tiempo, empezó á ponderar la excelencia de sus caballos árabes, dirigiendo la palabra á sir Kenneth, el cual, atolondrado y confuso, apenas podia entender las palabras de su compañero.

— Estos animales, dijo, son de la casta llamada *de las alas*, y á ninguno otro ceden en la carrera sino es al Horak del Profeta. Se alimentan con la cebada dorada de Yemen, mezclada con especería, y con carne abumada de oveja. Son tan incansables en la vejez como en la juventud, y los reyes de Oriente dan provincias enteras por poseer uno de ellos. Tú, Nazareno, eres el primer infiel que ha

montado una bestia de tan noble y privilegiada raza, la cual fué dada por el Profeta mismo al bendito Ali, su pariente y segundo en mando, justamente apellidado el leon de Dios. Tan poca impresion hacen los años en estos jenerosos cuadrúpedos, que la yegua que tú montas ha comido ya la yerba de veinte y cinco primaveras, sin haber perdido un ápice de su vigor y rapidez. Solo se le conoce la edad, en que necesita la ayuda del freno, cuando la monta un jinete mas diestro y acostumbrado que tú. ¡Mil veces alabado sea el Profeta, que ha dado á los verdaderos creyentes los medios del ataque y de la retirada, mientras sus enemigos ceden al enorme peso de inútil hierro que los cubre! ¡Cuán estropeados y mustios deben hallarse á la hora esta los caballos de esos perros templarios, que sin embargo no han andado ni la vigésima parte del terreno que los nuestros se han dejado atrás, sin tener una gota de sudor en su fina y reluciente piel, mas suave que el terciopelo!»

El caballero escocés, que habia empezado á recobrarse de su sobresalto y agitacion, no podia menos de reconocer la gran ventaja que daban á los Arabes, unos animales tan útiles en el ataque como en la fuga, y que además parecían tan sufridos y dóciles en las penalidades del desierto, y tan acostumbrados á su arenosa superficie. Pero no quiso aumentar la vanidad de El Hakim, conviniendo en sus enfáticos elogios; así que, guardó silencio, y examinando el país en que se hallaba, vió que no le era enteramente desconocido.

Las tristes orillas y las fangosas aguas del mar Muerto, la cadena de desnudas y escarpadas rocas que se elevan á la izquierda, las dos ó tres palmeras que interrumpen por aquella parte la uniforme aridez del desierto; estos objetos, que, vistos una vez, no pueden olvidarse, dieron á

entender á sir Kenneth que iba aproximándose á la fuente llamada Diamante del Desierto, que en otra ocasion habia sido la escena de su encuentro con el Emir sarraceno Shirkohf ó Ilderim. En efecto, poco tiempo despues llegaron los viajeros á la fuente, donde El Hakim convidó al Escocés á echar pié á tierra, para descansar un rato en aquel sitio tan agradable como seguro. Toda la comitiva desmontó, y los jinetes quitaron las bridas á los caballos; pero El Hakim dijo que no era necesario cuidarlos, puesto que no tardarian en llegar algunos de sus esclavos, que se encargarian de darles agua y pienso.

—Entretanto, dijo á sir Kenneth, poniendo algunos manjares sobre la yerba, come y bebe, y no te desanimas. La fortuna eleva ó abate al hombre vulgar: pero el sabio y el guerrero saben ponerse fuera de sus alcances »

El caballero escocés procuró manifestar su agradecimiento, siguiendo los consejos del Arabe; y ya iba á tomar algun alimento, cuando se le presentó á la imaginacion el contraste de su situacion, con las circunstancias en que se habia hallado en el mismo sitio, cuando le era lícito hablar de sus triunfos en la guerra, y cuando los príncipes y los reyes le habian honrado con su confianza. Este recuerdo fué una nube que contristó su alma, y le echó un nudo en la garganta. La tristeza, la debilidad y el cansancio abatieron las pocas fuerzas que le quedaban. El Hakim examinó la agitacion de su pulso, el color encendido de sus ojos, el calor extraordinario que despedian sus manos, y la dificultad de su respiracion.

—El alma, dijo, se fortifica velando: pero su hermano el cuerpo es de un material mas tosco, y necesita descansar y sueño. Lo que debes hacer ahora es dormir, y para que el sueño te aproveche, debes tomar un vaso

de agua, con algunas gotas de elixir.»

Sacó entonces del pecho una redomita de cristal cubierta de un forro de filigrana, y echó en una copa, de oro llena de agua, una pequeña porcion de un licor oscuro y espeso.

—Esta, dijo, es una de aquellas admirables producciones que Alá ha dado al hombre para su bien, aunque él la ha empleado muchas veces en daño, muerte y perdicion. Sirve de cortina á sus ojos, como el vino del Nazareno, cuando el sueño le niega sus beneficios, y alijera la pesadumbre que agobia su corazon: pero el que abusa de su virtud, y se sirve de ella para halagar su sensualidad, lo que hace es destruir la fuerza de sus nervios, debilitar su entendimiento, y emponzoñar la fuente de la vida. No temas que te haga daño, porque el fuego en manos del sabio calienta y vivifica; y en las del necio, quema la tienda y el campamento.

—Hartas pruebas me has dado, dijo sir Kenneth, de tu extraordinario saber: no me toca disputar contigo, sino someterme dócilmente á tus preceptos.» Dijo estas palabras, bebió la medicina, y envolviéndose, segun las instrucciones del médico, en el *haik*, ó capa morisca, que hasta entonces habia estado atada al pomo de su silla, se recostó á la sombra, á esperar el reposo prometido. Al principio no se sintió inclinado á dormir, sino que todos sus nervios se conmovieron en suave y deliciosa agitacion. A esto siguió una especie de suspension, durante la cual no le era posible darse cuenta de su existencia, ni de las circunstancias que le rodeaban: antes bien consideraba los últimos sucesos de su vida sin susto y sin amargura, como si estuviera viéndolos representar en un teatro, ú como si el alma, separada del cuerpo, los contemplara desde una rejion mas pura y elevada, libre y exenta de los sobresaltos y penalidades de la realidad. Sus pensamientos, que con tanta indiferencia se

fijaban en lo pasado, abrazaban con ardor la vasta escena del porvenir, que apesar de todo lo que hubiera podido oscurecerla, en vista de las escenas anteriores, le ofrecia la mas lisonjera perspectiva, cual nunca la habia concebido, aun en las épocas en que su ambicion se hallaba satisfecha, y en que la fortuna sembraba de flores el sendero de su juventud. En lugar de esclavitud, destierro y deshonor, solo veia como realidades palpables, libertad, fama, y amor feliz y recompensado, habiendo desaparecido de un todo las barreras que siempre habian contenido é imposibilitado sus audaces esperanzas, y sus temerarios deseos. A medida que sus potencias se embargaban, todo este encantador aspecto se cubria de una nube lijera, como la que se eleva del lago cuando lo hieren los primeros rayos del dia. Al fin sir Kenneth quedó sepultado en tan profundo sueño á los piés de El Hakim, que solo por su respiracion podia distinguirse de un cuerpo inanimado.

CAPITULO XXIII.

CUANDO el caballero del Leopardo despertó de su largo sueño, que mas bien le habia parecido letargo, se halló en una escena tan diferente de aquella en que tomó la bebida soporífera y cerró los ojos, que le parecia estar todavía soñando, ú mas bien que tan inesplicable mudanza era efecto de alguno de aquellos poderes sobrenaturales, que tanto papel hacian en las novelas y ficciones del siglo. En lugar de la mullida y húmeda yerba en que se habia recostado, se vió en un magnífico lecho, adornado con toda la riqueza y lujo del Oriente. No se componia ya su traje del colete de gamuza, de que usaba siempre debajo de la armadura; sino de una blanca camisa de delicada tela, y de una túnica de seda, ancha y floja, cuyo tejido era tan suave como

vistosó. Ni le servian de techo las palmas del desierto, sino un primoroso pabellon en que relucia todo el esplendor de la industria china, y cuyas cortinas trasparentes le defendian de los importunos insectos, á cuya molestia se habia resignado sin oposicion, desde su llegada á aquellos paises. Miró en torno de sí, para averiguar si todo lo que estaba viendo era efecto de las ilusiones que habian agitado su fantasía, y creció de punto su estrañeza, cuando observó que los demás objetos de la cámara en que se hallaba, correspondian á la suntuosidad de su lecho y de su traje. Vió junto á sí un hermoso baño de cedro, forrado de plata, lleno de agua tibia y perfumada con los mas esquisitos aromas. Sobre una mesita de ébano, puesta á la cabecera de la cama, habia un vaso de plata, con sorbete delicado, y que apaciguó deliciosamente la sed que le habia ocasionado la bebida narcótica. Para disipar de un todo el entorpecimiento que aun sentian sus nervios, se puso en el baño, y esperimentó una frescura agradable, que le dió nuevo vigor y flexibilidad. Enjugóse con servilletas de lana de la India, y de buena gana se hubiera puesto otra vez su tosco vestido, para salir de aquel sitio encantado, y ver si correspondia á este la metamórfosis exterior: pero su antiguo ropaje habia desaparecido, y en su lugar halló todos los arreos de un Emir, sin exceptuar el puñal y el sable, con guarnicion de oro y pedrerías. Largo tiempo estuvo procurando adivinar el objeto de tan delicadas atenciones, y solo pudo presumir que eran otras tantas asechanzas, por cuyo medio trataban de hacerle abandonar la religion de sus padres; pues era fama que el Soldan, que apreciaba en gran manera el saber y el valor de los Europeos, no perdonaba gasto ni sacrificio, para inducir á los que caian en sus manos, á abrazar la fe de Mahoma. Sir Kenneth, en virtud de

estas reflexiones, se encomendó devotamente á Dios, y resolvió oponer á tan peligrosas tentaciones una resistencia invencible y obstinada, y para poderlo hacer con mas seguridad, formó el propósito de usar con la mayor moderacion de aquellos funestos dones, limitándose á lo que le era absolutamente necesario para vivir, y no exasperar con un grosero desden al misterioso seductor. Conoció al mismo tiempo que su cabeza estaba oprimida y necesitaba de mas reposo, y viendo que el traje ligero en que se hallaba no le permitia salir donde pudiese ser visto, volvió á reclinarse y quedó otra vez dormido.

Mas este segundo reposo no fué de larga duracion. Sacóle de él la voz del fisico, que sonó á la puerta de la tienda, el cual le preguntó cómo estaba, si habia descansado bastante, y si le daba permiso para entrar, puesto que no sabia si le era lícito hacerlo, estando corrida aun la cortina de la entrada.

Sir Kenneth deseaba hacer ver á El Hakim que no se olvidaba de su condicion. — El amo, le dijo, no necesita licencia para entrar en la tienda del esclavo.

— ¿Y si no vengo como amo? preguntó el Arabe desde fuera.

— El médico, respondió sir Kenneth, tiene entrada libre en la tienda del enfermo.

— Tampoco vengo como médico, dijo El Hakim, y por tanto no puedo entrar en tu tienda, sin que me des permiso.

— Para el que viene como amigo, dijo sir Kenneth, y tú me has dado pruebas de serlo mio, la habitacion del amigo está siempre abierta.

— Supon que no vengo como amigo, continuó el sabio.

— Ven como quieras, repuso el caballero escocés, á quien ya impacientaban tantos rodeos: seas quien fueres, bien debes saber que ni puedo ni debo rehusarte la entrada.

— Eso supuesto, dijo El Hakim, entro como tu antiguo enemigo, pero como enemigo noble y jeneroso.»

Dijo estas palabras en el acto de levantar la cortina y de entrar en el aposento del Cristiano; y cuando se puso á su lado, este no pudo desconocer la voz de Adonebec, el médico árabe, ni las facciones, traje y persona de Ilderim de Kurdistan, llamado tambien Shirkof. Sir Kenneth fijó en él la vista, como si aguardase alguna otra mudanza que bastase á calmar las dudas que tan estraña aparicion habia suscitado en su mente.

— ¿Porqué te espantas? dijo Ilderim. ¿Tan estraño te parece que un guerrero experimentado tenga alguna tintura del arte de curar los males que afligen á los hombres? Sabe que para el soldado que desea cumplir con su deber, tan importante es el arte de aparejar su caballo, como el de dirijirlo con la espuela y con la brida; tanto le conviene saber forjar la espada en el yunque como manejarla en el campo de batalla; bruñir sus armas como esgrimir las, y que la humanidad exige de él que sepa curar heridas, como su obligacion le manda hacerlas en el calor de la refriega.»

Durante este discurso, el caballero cerró varias veces los ojos, y entonces se presentaba exactamente á su fantasia la imájen del médico El Hakim, con su anchuroso ropaje, su gorro de pieles á lo Tártaro, y sus jestos graves y comedidos; pero cuando los abria, se borraba la figura del sabio, y veia en su lugar al guerrero intrépido, con su gracioso turbante, cubierto de joyas, y su tahalí de anillos de acero y oro, dócil á todos los movimientos del cuerpo. En las facciones no se notaba ya la afectada compostura del fisico árabe, y en lugar de la espesa barba que le ocultaba la mitad del rostro, solo habia quedado otra mas corta y rizada, que, sin desfigurarle, le servia de adorno;

y de realce.

—¿Todavía no vuelves de tu sorpresa? dijo el Emir. ¿Con haber andado tanto en el mundo, ignoras que los hombres no son siempre lo que parecen? ¿Eres tú acaso lo que representas?

—No, por San Andrés, dijo el del Leopardo; todos los Cruzados del campamento me tienen por traidor, y yo sé que, aunque débil é imprudente, soy fiel, leal y constante.

—Así me lo has parecido, dijo el Turco, y puesto que hemos comido sal juntos, mi obligacion era librarte del riesgo y de la perdicion que te amenazaba. Mas ¿porqué yaces todavía en la cama, hallándose el sol á tanta distancia del horizonte? ¿No te parecen acaso dignos de tí los vestidos que te han traído mis servidores?

—No me han parecido indignos de mí, respondió el caballero cristiano, sino impropios de mi situacion. Dame ropas de esclavo, noble Ildeirim, y no tendré inconveniente en usarlas; mas ¿cómo podré ataviarme con los adornos de un guerrero de Oriente, y con el turbante de un Musulman?

—Nazareno, respondió el Emir, vosotros los Francos sois tan desconfiados, que no hay que extrañar si tambien os miran con recelo los de mi nacion. Ya te he dicho y te repito que Saladino no desea convertir sino a los que el santo Profeta dispone á recibir con sumision los preceptos de su ley. La violencia y la sumision no son los medios de que echa mano para aumentar el número de los creyentes. Préstame atencion, hermano. El ciego recobra la vista milagrosamente, porque la voluntad divina disipa con un soplo la niebla que le ocultaba la luz. ¿Qué médico hubiera podido hacer otro tanto? Ninguno. Le atormentaria con sus instrumentos y operaciones, y quizás le hubiera aliviado sus padecimientos con bálsamos y cordiales; mas jamás hubiera conse-

guido abrir aquellas puertas, cerradas por la mano de Dios á la claridad del día. Si algunos Francos han tomado el turbante del Profeta, movidos por la codicia de un lucro mundano, conciencia tienen que responda de accion tan baja y de tan vil falsía. Ellos han querido morder el anzuelo, mas no podrán decir que les fué presentado por la mano del Soldan. Ellos, y no el Soldan, sufrirán la debida pena, cuando sean sentenciados, como hipócritas, á un abismo mas hondo que el de los Judíos y el de los Cristianos, y cuando se vean condenados á alimentarse de los frutos del árbol de Yacub, que son cabezas de demonios. No te detengas pues, ni escrúpules en usar de la ropa que se te ha preparado, pues si vas al campamento de Saladino, el traje de tu nacion te acarreará muchas molestias é insultos.

—¡Al campamento de Saladino! exclamó sir Kenneth, repitiendo las palabras del Emir: no soy libre, y por consiguiente debo ir adonde quieras, y me mandes.

—Tu voluntad, dijo el Sarraceno, será la guía de tus acciones. Tan libre eres como el viento que sopla en el desierto, y mueve á su arbitrio las arenas que le cubren. El noble enemigo que respondió con su acero á mi acero, no puede ser mi esclavo, como el que se postra á mis piés y me dobla el cuello. Si la riqueza y el poder te incitan á seguir mis banderas, yo te haré rico y poderoso: pero ¿de qué sirve ofrecer recompensas y venturas al que está libre, cuando ese mismo supo rehusarlas hallándose cerca del patíbulo?

—Pon el sello á tu jenerosidad, noble Emir, dijo sir Kenneth, indicándome el modo de satisfacer la deuda que contigo he contraído, sin comprometer lo que exigen de mí la obligacion y la conciencia. Y entretanto, déjame espresarte, como debo, la gratitud que merece tan caballero

sa bondad, y tan no merecidas distinciones.

—No digas que no las mereces, respondió el Emir Ilderim; tu conversacion, y todo lo que me dijistes acerca de las bellas damas que adornan la corte de Malce Ric, fueron los poderosos incentivos que me obligaron á presentarme disfrazado en el campamento de los Cristianos. Allí se ofreció á mis ojos la imájen mas hechicera de cuantas han gozado hasta ahora, y de cuantas gozarán en el porvenir, hasta que me embriaguen las dulzuras del paraíso.

—No te entiendo, dijo sir Kenneth demudado y confuso, como temeroso de tratar de un punto delicado.

—¡No me entiendes! exclamó el Emir. Si no llamó tu atencion el objeto que encadenó y arrebató la mia en la tienda del rey Ricardo, digo que eres como el filo de la espada de madera de que usan los bufones. Es verdad que estabas á la sazón condenado á muerte; pero si en aquella ocasion me hubiera yo visto bajo el hacha del verdugo, creo que mis últimas miradas hubieran sido para aquella perla de la hermosura, y que al separarse del cuello, mi cabeza hubiera ido rodando hasta los piés de tan incomparable hourís, y mis trémulos labios hubieran besado la guarnicion de su vestido. Hablo de aquella princesa de Inglaterra, que merece por su lindeza ser reina del mundo. ¡Qué suavidad en las miradas de sus azulados ojos! ¡Qué brillo en las hebras de sus profusos cabellos! Por la huesa de Mahoma, no creo que merezca tanta adoracion la doncella celestial que me ha de presentar despues de esta vida la copa de diamantes llena del licor de la inmortalidad.

—Sarraceno, dijo con gravedad y firmeza sir Kenneth, estás hablando de la esposa de Ricardo, y los hombres no piensan ni hablan de aquella noble dama, como de una mujer que merece amor, sino como

de una reina á quien se debe el tributo del mas profundo acatamiento.

—Perdona, dijo el Emir: me habia olvidado de la veneracion supersticiosa con que vosotros los Francos mirais á las mujeres, y de que las contemplais como simulacros de idolatría, y no como alhajas que se pueden apetecer y codiciar. Mas pues tan humilde respeto te merece esa de quien hablas, frágil y débil como todas las de su sexo, y cuyos movimientos, pasos y miradas van diciendo que es mujer como las otras, ¿qué otra cosa, si no es una absoluta adoracion, podrás tributar á la de los cabellos negros, y ojos penetrantes y expresivos? Confiésote que su majestuoso continente anuncia elevacion y magnanimidad: mas yo te aseguro que esa misma, si se le proporciona una ocasion y un amante, le agradecerá con todas las veras de su alma que la trate mas bien como á una mortal que como á una diosa.

—Respetará la parienta de Corazon de Leon, dijo sir Kenneth, con todas las señales del enojo.

—¡Respetarla! contestó el Sarraceno, burlándose del entusiasmo del Escocés. Por la Caba te juro que si llego á respetarla, será cuando vea en ella la esposa de Saladino.

—El infiel Soldan, dijo el caballero, alzándose precipitadamente, no es digno de besar la tierra en que estampa el pié Edita de Plantagenet.

—¡Qué dice el Giaur! exclamó el Emir, poniendo la mano en la guarnicion del puñal, y agitados todos sus miembros por el temblor de la cólera. Pero el Escocés á quien no habia intimidado el ruido del Leon de Inglaterra, miró con fria indiferencia las contorsiones del tigre de Palestina.

—Lo que yo he dicho, respondió el Escocés, cruzando los brazos, y mirando fijamente al Sarraceno, sabré sostenerlo á pié y á caballo contra todo el universo, y no será la mas gloriosa accion de mi vida mantener

mi dicho con mi espada enfrente de cien alfileres y guadañas como las que llevas en la cintura.»

El Sarraceno se repuso entanto que el Escocés hablaba, y soltó el puñal, como si hubiera sido involuntario su primer movimiento: mas no por esto se aplacó su ira.

—Por la espada del Profeta, dijo, que es la llave del cielo y de la tierra, en poco aprecia su vida el que habla como tú hablas ahora, hermano. Créeme: si estuvieran libres tus manos, un solo creyente bastaría á darte tanta ocupacion, que no tardarias en preferir verlas cargadas de anillos de hierro.

—Antes quisiera verlas cortadas, respondió sir Kenneth.

—Bien, y sea como gustes; dijo el Sarraceno en voz mas templada y apacible: por ahora, tus manos están atadas, no con esposas ni cadenas, sino por tu urbanidad y cortesía, de cuyos vínculos no desco todavía libertarte. Antes de ahora nos hemos dado reciprocas pruebas de fuerza y de valor, y quizás llegará el día en que nos hallemos frente á frente en el campo de batalla, y peleemos como lo exigen las leyes del honor; y entonces, eterna infamia al que vuelva la espalda á su enemigo. En la actualidad somos amigos, y lo que yo aguardo de tí es consejo y ayuda, que no malas razones ni desconfianzas.

—Amigos somos, » respondió el Escocés, y los dos quedaron por algun rato en silencio, durante el cual el Sarraceno se puso á dar paseos por la tienda, como el leon, que despues de una violenta irritacion, procura calmarse y refrescarse la sangre, antes de ir á descansar á su caverna. El Europeo, menos iracundo que su libertador, se mantuvo en la misma postura, aunque probablemente luchaba con sus propios sentimientos, y hacia cuantos esfuerzos podia por templar el arrebató que habian escitado en su alma las palabras del Emir.

—Hablemos sin enfadarnos, dijo el Sarraceno: yo soy médico, segun te consta, y está escrito que el que quiere curar de su herida, no debe estorbar que el médico la examine. Cristiano, vas á ver cómo yo pongo el dedo donde está tu enfermedad. Tú amas á esa dama, parienta de Mellec Ric. Arroja el velo que cubre tus pensamientos, ó no lo arrojes, si no quieres; pues mis ojos leen, al través de su tejido, todo lo que pasa en tu corazon.

—La amé, dijo el caballero, despues de haber guardado algunos instantes de silencio; la amé como los hombres aman la proteccion del cielo; descé sus favores, como los hombres imploran el perdon de lo alto.

—¿Y ya se acabó tu amor? preguntó el Sarraceno.

—¡Ah! respondió sir Kenneth; ya no soy digno de amarla..... mas ruégote que dejes esa conversacion, porque tus palabras son puñales que me atreviesan el alma.

—Permíteme solo hacerte una pregunta, dijo el Emir: cuando tú, siendo un pobre y oscuro soldado, osaste fijar tu amor en una dama de condicion tan elevada y superior á la tuya, ¿tenias alguna esperanza de conseguir el objeto de tus deseos?

—El amor, dijo sir Kenneth, no puede existir sin esperanza; pero la mia rayaba en desesperacion, como la del marinero que lucha con la mar embravecida, y cuando logra escapar de una ola furiosa que le amenaza, descubre el fanal distante que le indica el puerto de salvacion, aunque el abatimiento de sus fuerzas le dice que nunca llegará á alcanzarla.

—Y ahora, dijo el Emir, el marinero ha perecido en la tormenta, y no volverá á ver la luz que le guiaba.

—Jamás, respondió el Escocés, en voz desfalleciente como el eco del sepulcro.

—Paréceme, repuso el Sarraceno, que si todas tus esperanzas se redu-

cian al fugitivo meteoro que desde tan lejos mirabas, no es difícil volverlo á encender, para que se renueven en tu corazon los sueños de tu aérea felicidad, y tú vuelvas á recrearte en la dulce ocupacion de alimentar tu pasion con manjares tan sólidos como el vapor de la mañana: por que supongamos que se restablece tu buena opinion, y la situacion en que te hallabas hace pocos dias: no por eso, dejará de ser la dama de tus pensamientos parienta de un rey, y esposa elejida de Saladino.

—Quisiera verme en ese caso, dijo sir Kenneth, y entonces.... detúvose al pronunciar estas palabras, como quien teme aventurarse á una suposicion que no puede ser realizada. El Emir sonrió, y dijo, concluyendo la sentencia que el Escocés había empezado, entonces retarias al Soldan á medir las armas contigo.

—Y aun en ese caso, dijo sir Kenneth, no sería el Soldan el primero ni el mejor turbante que mi lanza hubiera echado al suelo.

—Puede ser, respondió Ilderim, mas no creo que Saladino adoptase semejante medio para celebrar una alianza, y poner término á una guerra.

—¿Y si le busco en el campo de batalla, y al frente de sus tropas? dijo el Escocés, entusiasmado con la idea de pelear por su dama con uno de los mas poderosos monarcas del mundo.

—Si le buscas, respondió el Emir, le hallarás, pues no es hombre que abandona su puesto, ni vuelve espaldas al enemigo valiente: pero no hablemos por ahora del Soldan. Lo que yo deseo es que tu restablezcas tu fama, y vuelvas á gozar de la consideracion que merecias. Si para esto crees que basta poner en tus manos los medios de descubrir quien fué el que robó el pendon de Inglaterra, yo te los ofrezco, con tal que te dejes gobernar por mis avisos, porque Lokruan ha dicho: si el niño quiere an-

dar, es necesario que la madre le conduzca por la mano; si el ignorante quiere aprender, es preciso que el sabio le instruya.

—Tú eres sabio, dijo sir Kenneth, aunque sarraceno, y jeneroso, aunque infiel. De ambas cosas soy testigo. Toma pues á tu encargo la direccion de todo este negocio, y no exijas de mí nada que sea contrario á mi lealtad como caballero, ni á mi fe como cristiano. Con estas dos condiciones, mi obediencia á tus mandatos no tendrá límites. Haz lo que me propones, y despues pide mi vida en galardón.

—Oyeme atento, dijo entonces el Sarraceno. Tu valiente alano está ya recuperado de sus heridas, gracias á aquella medicina celestial que tan saludable es á la bestia como al hombre. ¿No crees tú que su sagacidad podrá descubrir á los que le hirieron al tiempo de arrebatarse el pendon?

—¡Ah! dijo sir Kenneth, ¡necio de mí que no he caído antes en ello!

—¿Tienes, preguntó Ilderim, algunos amigos ó sirvientes en el campamento por quienes el animal pueda ser conocido?

—Cuando esperaba la muerte por instantes, dijo sir Kenneth, despedí con cartas para Escocia á mi antiguo servidor, el escudero que á tu sabiduría debió el pronto y total recobro de su salud. Nadie pues ha quedado en el campamento que sepa si el alano es mio. Pero todos conocen mi persona, y aunque me difrazara del modo mas completo, mi voz bastaría á denunciarme entre jentes que me han visto tantas veces en el campo de batalla.

—Tú y el perro podeis desfiguraros de tal modo, dijo el Sarraceno, que ni tu mismo hermano podrá reconocerte, por mas de cerca que te examine, si te muestras dócil á mis consejos. Dificultades mas arduas he vencido yo, y tú has sido testigo de ello. Pero sabe, antes de pasar adelante, que exijo una condicion indis-

pensable en cambio de este importante favor. La condicion es esta: que lleves una carta de Saladino á la parienta de Melec Ric; á esa criatura incomparable, cuyo nombre es tan difícil para la lengua y labios de un Oriental como su aspecto es hechicero á nuestros ojos. »

Sir Kenneth se detuvo antes de responder, y observándolo el Sarraceno, le preguntó si temia encargarse de aquel mensaje.

—No le temeria, respondió sir Kenneth, aunque supiera que habia de recibir la muerte al entregarlo. Mi duda no nace de temor; nace de que ignoro si es compatible con mi honor el llevar esa carta, y compatible con el honor de lady Edita de Plantagenet el recibirla.

—Por la cabeza de Mahoma, dijo el Emir, y por el honor de soldado; por el sepulcro de Meca, y por las barbas de mi padre, te juro, valiente caballero, que la carta no puede ofenderen un ápice el honor de esa princesa, ni el respeto que le deben todos los hombres. Tan fácil es que el canto del ruiseñor asuste al amante pensativo, que vaga de noche en la soledad de los bosques, como que las palabras del Soldan ofendan los oídos de la amable parienta del Leon inglés.

—Pues bien, dijo sir Kenneth, yo me encargo de llevar la carta de Saladino, con tanta fidelidad como si hubiera nacido su vasallo. Pero ten entendido que, salvo el simple hecho de ponerla en manos de lady Edita, nada mas tiene que esperar de mí el Soldan en este negocio, que me parece tan extraordinario é incomprensible.

—Saladino es noble y generoso, dijo el Emir, y nunca pone espuelas al caballo, cuando sabe que no puede correr. Ven conmigo á mi tienda, en poco tiempo te hallarás en un disfraz mas impenetrable que la oscuridad de la media noche, de modo que bien podrás ir al campamento de los Naza-

renos, con tanta seguridad como si llevaras contigo el sello de Gisaougi (1). »

CAPITULO XXIV.

EL lector ha adivinado sin duda á la hora esta quién era el esclavo etíope que llevó al campamento de los Cristianos la carta del soldan Saladino, y cuáles eran sus secretas intenciones cuando se colocó al lado de la persona de Ricardo, en tanto que este monarca, rodeado de sus valientes pares de Inglaterra y de Normandía, estaba en la cima del monte de San Jorge, junto al estandarte de su ejército, llevado por el mas distinguido de sus guerreros, que era su propio hermano, Guillermo el de la Larga Espada, conde de Salisbury, fruto de los amores de Enrique Segundo con la famosa Rosamunda de Woodstock.

Receloso estaba el Nubiano de que el rey hubiera penetrado su disfraz, en virtud de ciertas espresiones que este monarca habia dirigido el día antes á Neville, y de las cuales se podia colegir que fundaba en el alano toda la esperanza del importante descubrimiento que tanto interesaba á su honor; aunque por otra parte no sabia si Ricardo habia tenido noticia de la herida del perro. El rey sin embargo continuaba tratándole como su exterior requería, y él fingido esclavo, incierto de la opinion que de él tenía, resolvió no quitarse la máscara sino forzado por una necesidad imperiosa.

Al mismo tiempo, los tercios de los diferentes Príncipes de la Cruzada, mandados por sus jefes respectivos, estaban formados al pié del monte, de donde empezaron á desfilar, uno á uno, por delante de la bandera de Inglaterra. Al llegar enfrente de ella, cada jefe se adelantaba dos ó tres pasos, y saludaba á Ricardo y al pendon con una profunda reverencia; cere-

(1) Así llaman los Arabes al anillo de Gíges.

monia, que, segun las palabras del protocolo, indicaba respeto y amistad, empero no sumision ni vasallaje. Los prelados y otros individuos del clero, que en aquellos tiempos no se descubrían ante los reyes de la tierra, se contentaban con echar una bendicion á Ricardo y al símbolo de su grandeza y de su poder.

Los tercios, aunque considerablemente disminuidos por tantas pérdidas y desastres, ofrecían todavía el aspecto de una enorme mole de hierro, capaz de hacer en pocos días la conquista de Tierra Santa. Los soldados se presentaban con gallardía y vigor, animados por la confianza que inspira siempre la fuerza unida. Los alegres ecos de las trompetas resonaban en todos los ámbitos del campo, y los caballos, restablecidos de sus fatigas por el largo descanso de que habian disfrutado, tascaban los frenos, y herían orgullosamente la tierra con sus sonoros cascos. Así pasó todo el ejército de la Cruz, con banderas desplegadas, y lanzas enhiestas, lo que unido á las ondas que formaba el viento en los pomposos penachos de las cimbras, recreaba la vista de los espectadores, mientras la mente se entusiasmaba al considerar aquella vasta reunion de hombres de tan distintos climas, costumbres y lenguajes, animados con el santo y atrevido designio de libertar á la desconsolada hija de Sion de su penosa esclavitud, y redimir la tierra sagrada, escena de tantos prodijios, del yugo de un infiel pagano. En otras circunstancias, aquel homenaje tributado al rey de Inglaterra por tantos Príncipes que no le debían vasallaje ni feudo, hubiera parecido impropio del orgullo de tan eminentes personas: pero en presencia de un caudillo tan famoso por sus hazañas, tan digno de dirigir aquella temeraria expedicion, se olvidaban los resentimientos particulares y los escrúpulos del amor propio, y solo se consideraba

la señal de sumision como una deuda pagada al mérito sin rival, al honor sin mancha, y á la noble ambicion de fama y de gloria.

El buen rey estaba á caballo, en la mitad del declive del monte, con el morrion en la cabeza, y encima una corona, que realzaba la nobleza y dignidad de sus facciones. Miraba con gravedad y dulzura las tropas que por delante de él pasaban, y respondia urbanamente al acatamiento de los Príncipes. Llevaba una túnica de terciopelo celeste, con placas de oro, y un manto de brocado, forrado de seda carmesí. A su lado estaba el finjido Etíope, teniendo en la mano la cuerda á que iba atado su inseparable y fiel compañero: mas su presencia no llamó la atencion de los espectadores, porque muchos príncipes cristianos habian admitido esclavos negros en su servidumbre, imitando en esto la pompa y el capricho de los monarcas de Oriente. Sombreaban al rey los pliegues del pendon de San Jorge, al cual dirigia frecuentemente sus ojos Ricardo, como si se deleitase al considerar, que aquella ceremonia, insignificante en otras circunstancias, era en aquella ocasion el símbolo del respeto con que las potencias de Europa miraban á Inglaterra. Detrás del rey, y en la cúspide de la elevacion, se habia erijido una torre de madera, en que se habian colocado la reina Berenguela y las damas principales de su corte. Mirábalas el rey de cuando en cuando, y otras veces observaba al Etíope y á su perro, sobre todo cuando pasaba algun príncipe ó caudillo de quien desconfiaba, ó á quien sospechaba capaz de haber tomado parte en el insulto que su pendon habia recibido.

No lo hizo así cuando tocó la vez á Felipe de Francia, el cual venia á la cabeza de su numerosa y brillante caballería; antes bien le salió al encuentro, y los dos monarcas se saludaron, no con la fria espresion de la

urbanidad, sino con el afecto y ternura de dos hermanos cariñosos. Esta union de los dos Monarcas mas poderosos de Occidente, sancionada por sus demostraciones de mútuo aprecio y sinceridad, arrancó estrepitosos aplausos al ejército de los Cruzados, que, formado á los dos lados del monte, ocupaba una línea de algunas millas de estension, y tal fué el rumor con que las tropas dieron rienda suelta á su entusiasmo, que sus gritos resonaron en el campamento de los Sarracenos, y les hicieron creer que los Cristianos meditaban algun ataque repentino. Pero ¿quién sino el rey de reyes puede leer en el corazon de los monarcas? Bajo esta máscara de benevolencia, Ricardo alimentaba las mas negras sospechas y desconfianzas contra Felipe; y este, su secreto designio de separarse con sus tropas, de la Cruzada, dejando á Ricardo solo, en medio de los peligros que en tan remotos paises debian amenazarle.

Diverso fué el aspecto de Ricardo, cuando se aproximaron los caballeros y escuderos del Temple, hombres tan notables por el color bronceado de sus rostros, efecto del ardiente clima de Palestina, como por el admirable estado de sus caballos y harneses, que eclipsaban la mejor caballería de Francia y de Inglaterra. El rey echó una ojeada al Etiope: mas este se mantuvo quieto, y el alano que estaba á sus piés, continuaba observando con atenta sagacidad las filas que por delante pasaban. Ricardo volvió á mirar á los Templarios, cuando el gran Maestre, valiéndose de su carácter equivoco, le bendijo como sacerdote, en lugar de acatarle como caudillo.

—El orgulloso y anfibio avechacho, dijo Ricardo á su hermano, representa ahora el papel de fraile, pero dejémosle pasar, y no nos privemos por un pique mujerial, del poderoso auxilio de sus lanzas. Mas aquí viene

mi valiente adversario el gran duque de Austria: obsérvale atentamente, Salisbury; y tú, Nubiano, deja que tu perro le olfatee á sus anchas. Por San Pedro de Roma, que trae consigo á sus bufones.»

En efecto, sea por costumbre, sea en señal del desprecio con que miraba aquella ceremonia, Leopoldo venia acompañado de los dos ridículos personajes que tanto ruido hacian en su corte. Al pasar por delante de Ricardo, se conoció que hizo cuantos esfuerzos pudo para mostrarse indiferente, y aun desdeñoso; mas sin embargo, sus facciones y rubor indicaban el involuntario miedo que le inspiraba la presencia de su terrible enemigo, á guisa de travieso muchacho, que pierde su natural alegría, cuando columbra las arrugadas cejas del severo pedagogo. Al mismo tiempo que el Archiduque hacia de malísima gana, como su jesto lo denotaba, la reverencia á que los otros jefes se habian sometido, el orador de su cámara, alzó y ajitó el baston, y proclamó, á manera de rey de armas, que el alto, noble, poderoso y ennobrado Leopoldo, Gran Archiduque de Austria, etc. etc. etc., al cumplir con la ceremonia del día, no entendia derogar en un ápice la dignidad y prerogativas á que era acreedor como príncipe soberano: á cuya inesperada arenga, respondió su compañero el bufon con un sonoro *amen* que escitó una carcajada jeneral de risa en el auditorio.

El rey Ricardo miró otra vez al esclavo y á su perro, y viendo que ni uno ni otro habian hecho el menor movimiento, — Amigo mio, dijo al Nubiano, mucho temo que tu sagacidad, aunque ayudada por la de ese animal, de quien tanto esperábamos, no te dará gran nombradía, ni grandes derechos á mi proteccion y gratitud. »

El Nubiano respondió inclinando casi hasta el suelo la cabeza, y cru-

zando los brazos, como lo tenia de costumbre.

En pos de los tercios austríacos venian los del marqués de Monserrate. Aquel poderoso y astuto barón, afin de dar mayor ostentacion á las fuerzas que obedecian sus órdenes, las habia dividido en dos cuerpos. A la cabeza del primero, que se componia de sus vasallos y otros hombres reclutados en sus señoríos de Oriente, iba su hermano Enguerrando. El marqués marchaba detrás, seguido de un hermoso escuadron de Estradiotas. Eran estos unos esforzados combatientes, que siempre formaban cuerpos de caballeria lijera, y que los Venecianos habian sacado de las provincias que poseian en Dalmacia, confiando su mando al marqués, con quien la república tenia grandes y estrechas conexiones. El traje de estos Estradiotas era en parte europeo, y en parte oriental y moruno. Llevaban cortas y lijeras armaduras, y encima unas túnicas de vistosas y delicadas telas de varios colores, calzones anchos, semejantes en todo á los que usan los Turcos, y medias botas de tafilete. Cubrianles la cabeza unos gorros angostos y derechos, como los de los Griegos de entonces, y su armamento constaba de pequeñas rodela, arcos, flechas, cimitarras y puñales. Sus caballos eran todos escelentes, y habian sido escojidos con gran esmero por orden del senado de Venecia. Sus harnesses y demás equipo eran casi como los de los Turcos; montaban y corrian á caballo como estos, con estribos cortos y sillas altas. Estas tropas eran de grande utilidad en las escaramuzas que los Cristianos tenian frecuentemente con los Arabes; mas no sabian mantener un encuentro serio y empuñado, ni peleaban en línea como los hombres cubiertos de hierro de las naciones del Norte y del Occidente de Europa.

Delante de los Estradiotas, marchaba Conrado, vestido como ellos, aunque con mas lujo y esplendor, puesto que deslumbraban el oro y la plata de que iba cubierta su túnica, y la pomposa pluma blanca de su birrete, y el soberbio boton de magníficas joyas que lo sujetaba. El bello animal en que iba montado, lleno de vigor y lozanía, se erguia de cuando en cuando en graciosas corbetas, y otras veces ajitaba los fuertes brazos, sin adelantar una pulgada de terreno, de modo que desconcertaba frecuentemente al marqués, que no gozaba la reputacion de ser el mejor jinete de la Cruzada. El lo manejaba como podia con una mano, y en la otra llevaba el baston de jefe, simbolo de la autoridad absoluta que ejercia en las tropas de su mando. Sin embargo, la que tenia en calidad de jefe de los Estradiotas, era de mas aparato que realidad, porque los Venecianos no habian olvidado el sistema de política que distinguia todas las acciones de su gobierno, y habian enviado á Palestina un agente de su confianza, ó mas bien, un espía condecorado, para que observase, no solo la conducta de las tropas que la república pagaba, sino tambien, y con mas particular atencion, la del caudillo á quien se habia confiado su mando. Este hombre, que iba vestido de negro, sin barbas ni bigote, y que montaba un caballo de mediano valor, seguia los pasos del marqués, y su ruin aparicion formaba un extraño contraste con la gala y el esplendor que le rodeaba.

Conrado habia seguido siempre el humor de Ricardo, y este le trataba con mas familiaridad que á los otros príncipes del ejército. Cuando le vió venir hácia el monte, el rey se adelantó dos ó tres pasos, y le dijo en tono, festivo:—¡Ah, marqués de Monserrate! ¿Posible es que siempre traigas tu cuerpo una sombra detrás, que luzca el sol, que no luzca? ¿Podrás

decirme, amigo, quién de los dos manda las tropas, la sombra ó el cuerpo?»

El marqués iba á responder, y ya había empezado á sonreirse, según su costumbre, cuando Roswal, que hasta entonces había permanecido tranquilo y silencioso, lanzó un tremendo ahullido, se puso en pié, y saltó con impetu hacia adelante. El Etíope, al mismo tiempo, soltó la cuerda con que le sujetaba, y el alano, viéndose libre, se abalanzó furioso al caballo del marqués, sujetó á este por el cuello, le desmontó y le arrastró consigo al suelo. El engalanado jinete no pudo oponer resistencia alguna á este formidable é inesperado agresor, y el trotero, asustado de tan repentino ataque, echó á correr por el campamento.

—El perro ha echado la pieza que ibamos buscando, dijo Ricardo lleno de orgullo y satisfacción al Etíope. Por San Jorge, que es un venado de los que mas diversion pueden darme: pero aparta á ese animal, no sea que lo despache antes de tiempo.»

El Etíope marchó hacia el alano, en cumplimiento de la orden del rey, y aunque no sin dificultad, pudo arrancarle del marqués, y atarle otra vez con la cuerda, no obstante sus repetidos esfuerzos para volver á donde yacia su mal parado enemigo. Al mismo tiempo se agolparon hacia este los que mas cerca de él se hallaban, que eran algunos jefes de sus tercios y oficiales estradiotas, los cuales viendo en tan misera situacion á su caudillo, empezaron á gritar desaforadamente: —Muera el perro, y muera el esclavo.»

Pero la voz sonora y penetrante de Ricardo apaciguó inmediatamente aquella gritería. —Morirá hecho hastillas á mis manos, dijo, el que ose poner las suyas en ese animal. Su deber ha hecho, y no mas, aprovechándose del sagaz instinto de que Dios y

la naturaleza le han dotado. Y tu, Conrado, marqués de Monserrate, falso y traidor te declaro, y como tal te acuso ante todo el ejército de Cristo.»

A esta sazón se habian ya aproximado al sitio del tumulto algunos de los príncipes y caudillos del ejército. Conrado, lleno de confusion y despecho, y queriendo al mismo tiempo aparentar orgullo y dignidad, prorumpia en descompuestas é interrumpidas exclamaciones. —¿Qué significa esto? ¿De qué crimen me acusa Ricardo de Inglaterra? ¿Es este el modo de tratar á un príncipe cristiano? ¿Es este el lenguaje que corresponde á su jerarquía? ¿Es esta la liga de concordia que Inglaterra acaba de ratificar?

— Parece, exclamó con voz sepulcral el Gran Maestre de los Templarios, que los príncipes se han convertido en liebres á los ojos de Ricardo, y que quiere divertirse dándoles caza.

— Algun grave accidente ha ocurrido, alguna funesta equivocacion, dijo el rey de Francia, dirigiéndose á carrera tendida hacia el sitio del alboroto.

— Asechanzas de los enemigos, dijo el arzobispo de Tiro.

— Estratajema de los Mahometanos, respondió Enrique de Champaña: bueno fuera ahorcar al perro de un árbol, y poner á su amo en el potro.

— Nadie le toque, exclamó Ricardo, si no quiere haberlas conmigo. Conrado, álzate, y ponte en mi presencia si á ello te atreves. Niega la acusacion que hace contra tí este fiel animal, puesto que te echa en cara el daño que de tu mano ha recibido, y la injuria que has hecho traidora y deslealmente á Inglaterra.

— Jamás puse las manos en tu bandera, respondió Conrado.

— Tus propias palabras te venden, dijo Corazon de Leon, por que cómo

podrías saber, si tu conciencia no te acusara, que se trata ahora del robo del pendon?

—¿Y para eso, contestó el de Monserrate, traes revuelto, con el pretesto de una ceremonia, á todo el campamento cristiano? ¿Y tienes valor para imputar á un aliado, á un príncipe, lo que sin duda ha sido obra de algun malsin seducido por el oro de un enemigo oculto? ¿Darás mas crédito á un can que á un confederado?»

Ya á la sazón habia cundido por todo el ejército el desórden. Felipe de Francia se hallaba entre Ricardo y el marqués, y creyó que le tocaba mediar en tan áspera contienda.

—Príncipes y nobles, dijo, estáis hablando en presencia de las tropas que respectivamente os obedecen, y que no tardarian en esgrimir los aceros, unas contra otras, si oyeseis los denuestos de que sus jefes se sirven. En nombre del cielo, retirémonos de este sitio, enviemos los tercios á los cuarteles, y reunámonos dentro de una hora en el pabellon del consejo, para poner algun órden en tan extraordinaria y no vista confusion.

—Qué me place, dijo Ricardo, aunque mas hubiera convenido examinar á ese perverso, ahora que su ropa está cubierta de sangre y arena: pero la voluntad de Francia será siempre la mia en esta materia.»

Los jefes se separaron en virtud de la proposicion de Felipe, colocándose cada príncipe á la cabeza de sus tropas, y solo se oian por todas partes los gritos de los soldados, y los variados ecos de los clarines y atabales, que llamaban los tercios de las diferentes naciones á sus respectivas banderas. No tardaron las tropas en ponerse en movimiento, dirigiéndose por diversos caminos, á los cuarteles en que residian. Pero aunque esta medida evitó muchas revueltas y discordias, cada cual reflexionaba de distinto modo sobre el accidente que

habia ocasionado tan agria disputa entre aquellos dos altos potentados. Los Franceses, Austríacos y demás extranjeros que aquella misma mañana habian aclamado á Ricardo, como la perla de los guerreros, el honor de la Cruzada, y el caudillo mas digno de capitanear los soldados de Cristo, miraban con desconfianza su conducta, y murmuraban de su intolerancia y altanería. Los Ingleses, entretanto, que creian comprometido el honor de su patria en el éxito del conflicto, atribuian á las otras naciones sentimientos de envidia y de injusticia contra Inglaterra, y el malicioso y secreto designio de frustrar los planes, y marchitar la gloria de su soberano. Corrian de tienda en tienda rumores diversos y á veces contradictorios sobre el lance del perro: los unos lo atribuian á causa sobrenatural, los otros á las dañadas intenciones de Ricardo. No faltó quien dijera que la reina y sus damas se habian asustado al ver aquel tumulto, y aun hubo quien añadió que una de ellas se habia desmayado.

El consejo se reunió á la hora que habia indicado el rey de Francia. Conrado, entretanto, se habia despojado de las vistosas galas tan maltratadas por su furioso enemigo, y con ellas, de la vergüenza y confusion, que, en despecho de su destreza y sangre fria, habian aparecido en su rostro, cuando fué juguete de tan singular estratajema, y victima de tan imprevisto ataque. Entró en el consejo con los pomposos atavíos que á su dignidad de príncipe soberano correspondian, marchando con grave y mesurada lentitud, y acompañado por el archiduque Leopoldo de Austria, por los Grandes Maestres de las órdenes relijiosas y militares del Temple y de San Juan de Jerusalem, y por otros varios potentados, que parecian dispuestos á defender su causa y abrazar su partido. Los unos procedian por motivos de política;

los otros por la enemistad personal que tenían á Ricardo, y por la envidia que les inspiraban sus altos hechos y merecida gloria.

Estas disposiciones favorables á Conrado de Monserrate no abatieron el ánimo, ni cambiaron los designios de Corazon de Leon, el cual se presentó en el pabellon, donde ya estaban reunidos todos los otros príncipes, con su acostumbrada indiferencia y serenidad, y vestido del mismo modo que cuando echó pié á tierra. Miró con cierto desprecio á los que se habian colocado, no por casualidad, sino con espreso designio, al lado del marqués, como si adivinara sus intenciones, y tomando inmediatamente la palabra, le acusó terminantemente, y del modo mas positivo y enérgico, de haber robado el pendon de Inglaterra, y de haber herido al fiel animal que le guardaba.

Conrado se levantó para responder, y hablando en tono firme y soberbio, aseguró que estaba inocente de aquella acusacion, y que lo sostendria en despecho de hombres y animales, y de todos los monarcas y perros del mundo.

—Hermano de Inglaterra, dijo Felipe de Francia, que hacia comunmente en semejantes ocasiones el papel de mediador, esta acusacion no está hecha por los términos ordinarios y recibidos en las prácticas de la Caballería. Hasta ahora no nos habeis manifestado ninguna prueba del hecho que habeis articulado, ni ningun dato seguro, ú á lo menos verosímil, en que fundéis vuestra queja. Toda vuestra persuasion se apoya en el perro que asaltó al noble marqués, cuando pasaba por delante de la bandera de Inglaterra, y cierto que la palabra de un príncipe es de algun mas peso que el ladrido de un can.

—Hermano de Francia, contestó Ricardo sin alterarse; tened presente que el Todo Poderoso, que nos ha

dado el perro para quē nos acompañe en nuestras diversiones y trabajos, le ha dotado de una índole leal, generosa, é incapaz de engaño y falsía. El perro no olvida jamás al amigo ni al enemigo; al que le hiere y molesta, ni al que le acaricia y halaga. Participa de la inteligencia del hombre, mas no de su doblez y perfidia. No es imposible hallar quien por un puñado de oro clave el puñal en el seno del delincuente; quien apoye con un testimonio falso una acusacion injusta; pero jamás se conseguirá del perro, con cariños ni con amenazas, que ataque ni haga el menor daño á su bienhechor. Es amigo del hombre, salvo cuando el hombre ha merecido su enemistad y su resentimiento. Que se vista el marqués á guisa de pavo real, como estaba hace una hora; que se disfrace del modo que guste; que se desfigure el rostro con drogas y enjuagues; que se oculte entre centenares de hombres el cetro y la corona, apuesto á que el alano le descubre, y manifiesta su odio como lo hizo en el monte de san Jorje. No es nuevo este incidente, aunque parece extraño é inesplicable. Antes de ahora, asesinos y ladrones han sido descubiertos por el olfato y diligencia del perro, y han sufrido la muerte que merecian, sin otra prueba ni testimonio, y los hombres decian: aquí está el dedo de Dios. En tu tierra, noble hermano, y en una ocasion como esta, se resolvió la duda por medio de un duelo solemne, en que el perro hizo de actor, y el hombre de reo, en una causa de homicidio. El perro venció, y el hombre fué castigado, confesando antes su delito. Creedme, muchos crímenes ocultos han sido manifestados por las sustancias inanimadas, y por brutos, inferiores en sagacidad y olfato al perro, que es el amigo y el compañero de la especie humana.

Cierto es, respondió Felipe, que habo en duelo de que hablas en

el reinado de uno de nuestros pasados, que de Dios goce. Pero este suceso ocurrió en época remota, cuyas costumbres son harto diferentes de las de nuestros días. El reo de la causa era un caballero particular, sin dignidad ni título; en el acto del duelo, se presentó armado con un palo, y defendido por un colete de cuero. Mas nosotros no podemos degradar á un príncipe, obligándole á pelear con semejantes armas y con semejante enemigo.

—Ni yo deseo tampoco, dijo Ricardo, que así se verifique, pues fuera lástima esponer la vida de un perro fiel é inteligente, con un contrario tan doble y falaz como ese Conrado ha manifestado serlo por sus acciones. Sea como fuere, aquí está mi guante, y con esta señal reto y emplazo á Conrado de Monserrate, sin necesidad de otras pruebas de su maldad que las que ahora tengo. ¿Qué pretexto podrá alegar para no admitir mi desafío? Que al cabo un marqués puede tener á honra tomar las armas con un rey.»

Conrado no se dió mucha prisa á recoger la prenda que Ricardo había echado en medio de la sala: así que Felipe tuvo tiempo para responder, antes que el marqués se levantase de su asiento.

—Un rey, dijo el de Francia, es enemigo demasiado encumbrado para el marqués de Monserrate: pero un perro no lo es bastante. Ricardo, lo que propones no debe llevarse á efecto. Tú eres el jefe de la expedición de que todos hacemos parte; la espada y el escudo de la Cristiandad.

—Protesto contra ese combate, dijo el *proveditor* veneciano, y protestaré interin el rey de Inglaterra no pague á Venecia los cincuenta mil bezantes que le debe. Harto arriesga la república este dinero, con los continuos peligros á que se espona Ricardo, sin necesidad de aventurarse

de nuevo con peleas sobre perros y banderas.

—Y yo, dijo Guillermo, el de la Larga Espada, conde de Salisbury, protesto tambien contra ese combate, y me opongo, y me opondré constantemente á que mi noble hermano esponga su vida, que es propiedad del pueblo inglés, en semejante causa. Toma el guante, Ricardo, como si el viento te lo hubiera arrancado de la mano. El mío ocupará su lugar, que aunque mis barras no ocupan en el escudo el mismo lugar que las tuyas, soy hijo de rey, y basto para un mequetrefe como el marqués de Monserrate.

—Príncipes y nobles, dijo Conrado, no es mi ánimo aceptar el duelo á que el rey de Inglaterra me emplaza. Ha sido elegido jefe y caudillo supremo de esta empresa, en que todos los príncipes cristianos nos hemos coligado. Si su conciencia le permite provocar á un aliado fiel, con tan frívolo y despreciable pretexto, la mia se opone á sufrir el desdoro de aceptar su provocacion. Pero defenderé mi honor en el campo, contra su bastardo hermano Guillermo de Woodstock, y contra cualquiera otro que sostenga tan vil y calumniosa acusacion, y sostendré que miente como villano y mal nacido, y como indigno del nombre de caballero, y de llevar al pecho la cruz de Cristo.

—El marqués de Monserrate, dijo el arzobispo de Tiro, habla como hombre de seso y de honor, y mi opinion es que la rencilla debe quedar aquí sin pasar mas adelante, y sin que padezca la reputacion de ninguno de los que han tomado parte en ella.

—Lo mismo pienso yo, dijo el rey de Francia, con tal que Ricardo retracte la acusacion que ha hecho con tan deleznales fundamentos.

—Felipe de Francia, respondió Corazon de Leon, mis palabras no

Un contradicho nunca mis pensamientos. He dado y doy actualmente á Conrado de Monserrate el dictado de ladrón que merece, por haber robado, á favor de las tinieblas de la noche, el pendón, emblema de las glorias de Inglaterra. De tal le acuso, y tal lo creo. Cuando se señale el día del combate, ya que Conrado se niega á medir sus fuerzas con las mías, no le faltará caballero noble y leal que sostenga lo que he dicho. Por lo que á tí respecta, Guillermo, no debes esgrimir tu larga espada en esta disputa, sin mi especial licencia y autorizacion.

—Puesto que la obligacion me fuerza á ser árbitro en este fatal negocio, dijo el rey de Francia, de aquí á cinco dias tendrá lugar el duelo, conforme á las leyes y usos de la Caballería. Ricardo de Inglaterra comparecerá como provocador, por medio del campeón que elija, y Conrado de Monserrate en persona como provocado. Ignoro sin embargo cuál ha de ser el sitio en que el combate se verifique, porque debe ser tierra neutral, y lejos de este campamento, á fin de que los soldados no armen facciones ni rencillas.—Lo mejor sería, dijo Ricardo, acudir á la jenerosidad de Saladino, que, aunque pagano, no cede á ningún caballero en pundonor y lealtad, como tantas veces nos lo tiene acreditado. Seguros podemos estar en su buena fe; y hablo así para aquellos que puedan recelar alguna falsía del Soldan, pues por lo que á mí toca, la tierra del enemigo es la que elijo siempre para campo de batalla.

—Sea como dices, respondió Felipe; enteremos á Saladino de todos estos particulares, aunque será darle la satisfaccion de que conozca las discordias que á nosotros mismos deberíamos ocultarnos. Retiraos ahora todos á vuestros cuarteles respectivos, y os encargo y recomiendo, como fieles cristianos y buenos caballeros,

que eviteis por todos los medios imaginables, se propaguen y cundan entre los soldados la desunion y el odio que desgraciadamente prevalecen entre algunos de sus caudillos. Puesto que la decision del punto está remitida al juicio de Dios, roguémosle que disponga de la victoria en favor de la justicia y de la verdad. Hágase su voluntad en todo.

—Amen, amen, exclamaron unánimemente los miembros del Consejo; y en tanto, el Templario, hablando al oído al marqués, Conrado, le dijo, riega también á Dios, como lo hacia el Salmista, que te libre de perros. »

—Calla, respondió el marqués, y ten cuidado con tus propias operaciones. Algun májico ú diablo anda suelto por el campamento, y quizás por su ministerio podrá enterarse Ricardo del verdadero sentido de la empresa de tu orden : *feriatur Leo*.

—¿Mas qué será de tí? preguntó el Templario.

—Todo saldrá, dijo Conrado, á medida de mis deseos. Es cierto que no me hubiera servido de satisfaccion haberlas con el brazo de hierro de Ricardo, y te confesaré francamente que no me disgusta verme libre de tan formidable enemigo. Mas por lo que hace á su bastardo hermano, no hay hombre en el campamento que menos crédito me merezca y menos temor me inspire.

—Bueno es que no te falte confianza, dijo el Templario, y si sales con bien de lo que te aguarda, menester es confesar que el caa del Etíope ha hecho mas para desunir esta liga de príncipes, que todos nuestros planes, y que la daga del Charejita. ¿No estás viendo que á pesar de todo su estudio y afectada compostura, no puede disimular Felipe la satisfaccion que le resulta de todos estos alborotos, como si viera aproximarse el día en que se desmorone todo este aparato de alianza que tanto le pesa sobre el corazón? Mira bien las sonrisas de

Enrique de Champaña, y la alegría que le retoza en los ojos, cómo la espuma del vino blanco de su tierra. Pues, ¡y el de Austria! Observa cómo se regocija de que todo esto se acabe sin que se le toque al pelo de la ropa. Pero aquí viene. Ilustre príncipe, continuó el astuto hipócrita, dirigiendo la palabra al archiduque Leopoldo, menester es confesar que estos funestos disturbios que turban la paz de los muros de Sion.....

— Si por muros de Sion, dijo el Archiduque interrumpiéndole, entendeis esta Cruzada, mas valiera que estuviera hecha pedazos, y cada uno tranquilo en su casa. Esto os lo digo en confianza.

— Sea como fuere, dijo Conrado, lo cierto es que la causa de toda esta desunion y revuelta es Ricardo; Ricardo que tantas fatigas y penalidades nos ha hecho padecer, y á cuya voluntad nos hemos sometido, como rendidos esclavos, con la esperanza de que ejerciera su valor contra el enemigo comun, en lugar de volver las armas contra sus amigos y compañeros.

— En punto á valor, dijo el Archiduque, yo no sé si tiene mas que los otros; antes bien creo que si el noble marqués hubiera aceptado el combate con él, cuerpo á cuerpo, todo el ejército hubiera apostado contra Ricardo. Ciertamente es que maneja con brio y destreza la maza; pero en el uso de la lanza no es de los primeros. Cuando ocurrió nuestra desavenencia, ningun inconveniente hubiera yo tenido en hacerle ver quien soy; pero temí escandalizar al ejército de Cristo, ofreciéndole el espectáculo de dos soberanos, armados uno contra otro por querellas personales. Si lo tienes á bien, noble marqués, yo seré tu padrino en el combate.

— Y yo tambien, dijo el Gran Maestre.

— Vamos, pues, á mi tienda, nobles señores, dijo Leopoldo, y tome-

mos las once con un excelente vino que acabo de recibir de las márgenes del Rin.»

Los tres pasaron juntos al pabellon de Austria.

— ¿Qué dice nuestro amo, y qué dice toda esta caterva de locos? preguntó Jonás Schwanker á su amigo el orador, que valiéndose de las prerrogativas de su oficio, se habia acercado al duque, cuando salió del pabellon del Consejo, mientras el bufon se mantenía á una distancia respetuosa.

— Hijo de la locura, respondió el decidor, modera tu curiosidad: no es conveniente que yo deposite en tus estúpidos oídos los secretos arcanos de mi señor.

— Hijo de la sabiduría, replicó el bufon, mucho te engañas en arrogarte ese privilegio que en manera alguna te corresponde. Los dos asistimos al duque, y por consiguiente los dos estamos igualmente interesados, tú como sabio, y yo como loco, en los dichos y hechos del que vive sometido al influjo de la sabiduría y de la locura.

— El Archiduque, respondió el orador, ha dicho al marqués y al Gran Maestre, que está cansado de estas guerras, y que quisiera verse tendido á la larga en su palacio de Viena.

— De nada sirve decir y no hacer, contestó el bufon: mas valiera que tocara tabletas, y se guardase de hacer tan peligrosas confianzas.

— Tambien dijo, continuó el sabio, que Ricardo no es tan valiente ni tan diestro guerrero como la fama le pregona.

— Dios le libre, respondió el bufon, de que lleguen á oídos de Ricardo esos dicharazos.

— Lo principal se me olvidaba, añadió Jonás; los convidó á echar un vaso del Rin.

— Sapientísima sentencia, dijo el otro, y como tal pertenece á tu mi-

isterio, pero el Archiduque, en lugar de un jarro, beberá cuatro, y esto pertenece al mío. ¿Hay algo mas?

—Sí, dijo el orador; no sé qué dijo acerca de sus deseos de venir á las manos con Ricardo.

—Ese hombre está loco, dijo el compañero, rematadísimo loco, y toda tu sabiduría no basta á curarle. Pero dejemos esto, amigo perorador, y vamos á imitar el ejemplo de nuestro amo, bebiendo algunos tragos de su óptimo vino recién-llegado.

CAPITULO XXV.

CUANDO el rey Ricardo volvió á su tienda, mandó comparecer inmediatamente ante su presencia al esclavo etíope. Entró este en actitud humilde, y habiéndose postrado delante del rey, quedó en pie aguardando las órdenes que quisiera comunicarle. Y fortuna tuvo en que el papel que representaba exijia que sus miradas estuviesen fijas en el suelo, porque Ricardo le examinó atentamente con las suyas, y quizás el Nubiano hubiera perdido su serenidad, si hubiera observado el gesto del rey cuando le miraba de piés á cabeza.

—Bien entiendes de cosas de montería, dijo el monarca, puesto que has echado la mejor pieza del monte con tanta destreza como hubiera podido hacerlo el mejor cazador de Inglaterra. Pero no basta lo que has hecho: es necesario correr la liebre, y parece que hay consideraciones graves que se oponen á que yo mismo la corra. Disponte para regresar al campamento de Saladino, á quien llevarás una carta mía, en que le ruego señale terreno neutral para este duelo, y asista á él como testigo, si así lo tiene á bien. Y ahora, sin que lo que voy á decir pase de mera conjetura, paréceme que no será difícil hallar en el campamento del Soldan algun guerrero intrépido que solo por amor á la justicia y deseo de adquirir

fama, se encargue de tomar mi defensa contra ese traidor de Monserrate.»

El Etíope alzó los ojos, y los clavó en el rey, espresando en sus miradas el entusiasmo que agitaba sus pensamientos; despues los levantó al Cielo, cubiertos de lágrimas, que indicaban su gratitud; bajó la cabeza, en señal de consentir en lo que Ricardo proponia, y volvió á colocarse en su acostumbrada postura de sumision y obediencia.

—Basta, dijo el rey; ya conozco que deseas complacerme en este asunto. Excelente servidor eres, y dotado de una propiedad que da mayor precio á tus servicios, puesto que ni te es dado hacer objeciones á los mandatos de tu dueño, ni pedirle esplicaciones sobre lo que ha determinado. Un servidor inglés, en tu lugar, no hubiera dejado de aconsejarme que confiase el dueño á una de las mejores lanzas de mis tropas, asegurando entáticamente que desde mi hermano, el de la Larga Espada, hasta el último soldado de los tercios ingleses todos arden en deseos de derramar su sangre en mi defensa. Un Francés parlero hubiera empleado mil circunloquios y artificios, para descubrir mis mas secretos designios, sobre el guerrero á quien yo desearia confiar esta hazaña. Pero tú no sabes argüir ni responder, sino obedecer y callar.»

El Etíope respondió inclinándose é hincando la rodilla ante quien le habia abierto de nuevo la carrera de la gloria.

—Hablemos de otra cosa, dijo Ricardo: ¿has visto ya á lady Edita de Plantagenet?»

El mudo al oir estas espresiones, iba ya á romper el silencio, y aun sus labios empezaron á prorumpir en un sonido que inmediatamente contuvo, procurando imitar el ronco é inarticulado de los desgraciados á quienes la naturaleza ha privado del uso de la palabra.

—¡Qué maravilla es esta! exclamó el rey. ¡El nombre de una doncella hermosa basta para romper los lazos en que están encadenados tus órganos! Si eso produce su nombre, ¿qué no hará su persona! Pronto lo veremos, buen amigo. Voy á dar las órdenes necesarias para que comparezcas á su presencia, y vayas en seguida á llevar mi carta á Saladino.»

El Etiope repitió sus jenuflexiones y reverencias; pero cuando se alzó, el rey le puso la mano en el hombro y le dijo con gravedad: —Una sola advertencia debo hacerte. Aun cuando el benéfico influjo de la noble dama á quien vas á ver baste en efecto á restituirte la facultad de que careces, y á poner en libertad tu lengua, que ahora, según la espresion del buen Soldán, está aprisionada en muros de marfil, guárdate de hacer uso del don que tan milagrosamente hayas adquirido; guárdate de articular una sola palabra. Si faltas á esta condicion, te haré arrancar la lengua, y las piedras de su palacio una á una.»

El Nubiano, cuando el rey le hubo retirado la mano del hombro, puso los dedos sobre la boca, en señal de que estaba pronto á obedecer sus mandatos.

Ricardo le dijo, volviendo á apoyarse en él, aunque mas ligeramente que antes: —Lo que acabo de decirte, prueba que te trato como esclavo. Si fueras noble y caballero, exigiría tu palabra de honor, acerca de esta condicion especial del encargo que te permito desempeñar cerca de Lady Edita de Plantagenet.»

El Etiope irguió la cabeza, miró al rey con orgullo, y puso la mano derecha sobre el corazon.

Ricardo llamó en seguida á Neville.

—Baron, le dijo, lleva ese esclavo al pabellon de mi augusta consorte, y hazle saber mi voluntad de que tenga una entrevista á solas con mi prima Edita. Tú puedes enseñarle el camino, en caso que así lo requiera,

aunque ya habrás observado cuán perfectamente conoce todos los rodeos y puntos del campamento. Y tú, amigo Etiope, despacha pronto, y antes de media hora vuelve á mi presencia.

—Estoy descubierta, decia allá en sus adentros el Nubiano, en tanto que con los ojos bajos, y los brazos cruzados sobre el pecho, seguia los pasos de Neville, hácia el pabellon de la reina Berenguela. Estoy descubierta á los ojos de Ricardo, y sin embargo no veo que sea muy agrio su resentimiento. Si he entendido bien sus palabras, y seguramente no puede haber equivocacion en su sentido, su intencion es ofrecermela oportunidad de lavar la mancha de mi honor, abatiendo el orgulloso crestón del falso marqués, cuyo crimen se leia en sus turbados ojos y trémulos labios, en tanto que Ricardo le acusaba con tanta actitud. ¡Ah Roswal! ¿cuán fielmente has servido á tu amo, y cuán cara va á costar á tu enemigo la herida que de su traidora mano recibiste! Pero ¿qué significa este permiso que ahora se me da de contemplar de cerca y sin testigos á la que ya no tenía esperanzas de ver en todo el curso de mi existencia? ¿Cómo y porqué puede consentir Ricardo en que yo vea á su divina parienta, sea en calidad de mensajera de Saladino, sea como envilecido criminal ignominiosamente arrojado del campamento? ¿Pues no fué á sus ojos el mayor de mis delitos la sincera confesion que le hice de ese amor, que jamás sé desarraigará de mi corazon? Que Ricardo permitiera á su prima recibir cartas de un amante pagano, y por medio de otro amante de tan desproporcionada condicion y fortuna, son cosas tan increíbles como contradictorias entre sí. Pero Ricardo, cuando no le hacen obstinado y terco sus pasiones, es noble, franco, generoso y liberal; y así debo yo serlo con él, observando escrupulosamente sus mandatos, y

divinando si puedo sus intenciones; contentándome al mismo tiempo con saber lo que buenamente pueda, sin imprudentes indagaciones ni preguntas. Debo obedecer y someterme al que me ofrece la ocasion bienhadada de restablecer mi fama, y volver al seno de la Caballería, por duro que sea poner en ejecucion la condicion que de mí exige. Pero este Corazon de Leon debería medir los sentimientos de los otros hombres por los suyos. ¿Por qué me prohibe hablar á la que soy incapaz de ofender? ¡Yo que jamás le dirijí la palabra, cuando tantas veces recibí de sus manos el premio de los torneos y de las justas! Yo que temblaba en su presencia cuando mis hechos me daban algun crédito, y me ofrecian un lugar no de los mas humildes entre los defensores de la Cruz! ¡Y podría abusar del permiso que me concede, en este bajo disfraz; reducido á la condicion de esclavo, y con una innunda mancha en el acero de mi broquel! No: Ricardo no me conoce: pero, yo le agradezco la coyuntura que me ofrece de enmendar su opinion, así como de averiguar hasta dónde se estiende su grandeza.»

Al terminar estas reflexiones, se detuvo por orden de Neville, á la puerta del pabellon de la reina.

Admitidos inmediatamente por los guardias, Neville pasó á la cámara de Berenguela, dejando al Etiope en una antecámara, que harlo presente estaba en su memoria. El baron notificó la voluntad de Ricardo, en voz baja y respetuosa, diferente del tono familiar y ruidoso de que solia valerse sir Tomás de Vaux, para quien Ricardo era todo en el universo, y los demás personajes de la corte, sin escluir á Berenguela, poco mas que nada. Una estrepitosa carcajada fué la respuesta de aquella princesa á la embajada de Neville.

—¿Y qué esperas de hecho, dijo la reina, es ese esclavo nubiano, á como se llama, que sirve de tercero á

los amores del Soldan? ¿Un negro? ¿No es verdad, Neville? Y por supuesto tendrá el cutis como el azabache, y los cabellos á guisa de lana de carnero merino, y los labios gruesos como el puño. ¡Ah, sir Enrique! ¡qué donoso embajador!

—Vuestra Majestad, dijo una de las damas, se olvida de las quijadas corvas á manera de cimitarra turca.

—Mas bien, dijo la reina, como el arco del amor, puesto que es mensajero de galanterías. Buen sir Enrique, tú debes tener un poco de paciencia con estas pobres mujeres, encerradas entre lanzas y broqueles, y ansiosas de que la suerte les proporcione algo con que pasar el tiempo. Preciso es que veamos á ese nuncio de Cupido. Moros y Turcos he visto á centenares, pero negros nunca.

—Nací para obedeceros, dijo sir Enrique Neville, mas permítame Vuestra Majestad asegurarle que en esta ocasion no puedo hacerlo, sin espreso mandato del rey. Lo que puedo asegurar es que el esclavo es muy diferente de lo que Vuestra Majestad imagina.

—¡Mas feo todavía! exclamó la reina. Tanto mejor, con eso nos reiremos mas de la pasion del Soldan, que tales embajadores envía á las damas á quienes galantea.

—Señora, dijo lady Calista, párceme lo mas acertado, supuesta la venia de Vuestra Majestad, que este buen caballero conduzca inmediatamente ese Etiope, ó lo que sea, á lady Edita, á quien vienen dirigidas sus credenciales. Tenga presente Vuestra Majestad cuán caros suelen pagarse semejantes caprichos.

—Aténdome, dijo la reina, y convido contigo. Vaya pues en buen hora el embajador negro á desempeñar su encargo. Pero dicen que es mudo. ¿Lo es en efecto, sir Enrique?

Sí, señora, respondió Neville.

—Eso es lo que yo envidio á las damas de Oriente, repuso Berengue-

la; estar servidas por quien no puede decir lo que pasa; no es así en este campamento, donde los pájaros del aire llevan las noticias, como dice el prelado de San Júdas.

—No es extraño, respondió Neville; las paredes son de lienzo.»

Esta observacion puso fin al diálogo. Sin embargo las damas se dijeron algo al oído, y Neville volvió adonde el Etiope le aguardaba, y le indicó por señas que le siguiese. Hízolo así, y Neville le condujo á un pabellon inmediato al de la reina, destinado á lady Edita y á su servidumbre. Una de las doncellas coptas recibió el mensaje comunicado por sir Enrique, y pocos minutos despues, el Nubiano fué introducido á la presencia de lady Edita, mientras su conductor se puso á esperarle fuera de la tienda. La esclava copta se retiró, habiéndoselo mandado su señora, y el desventurado caballero hincó una rodilla en tierra, avergonzado y confuso, no ya de la postura en que se habia colocado, sino de su disfraz ignominioso, de la imposibilidad en que estaba de dar una explicacion satisfactoria, y del extraño ministerio que las circunstancias le obligaban á desempeñar. Edita estaba vestida como cuando habia recibido la visita de Ricardo. El velo sombreaba sus delicadas facciones, como la lijera neblina de otoño suaviza los tintes de un hermoso paisaje. Llevaba en sus manos una lámpara de plata, cuya luz despedía un resplandor brillantísimo, en tanto que sus emanaciones esparcian el mas suave de los perfumes.

Cuando Edita se aproximó al inmóvil y tímido esclavo, dirigió hácia su rostro la luz de la lámpara, deseosa sin duda de examinar el aspecto de la persona que Ricardo le enviaba. Inmediatamente despues la colocó de modo que el perfil del Nubiano se dibujaba de lleno en la cortina que servia de puerta al aposento. Al fin rompió el silencio, y le dijo en voz baja

y alterada por la sorpresa y la pesadumbre:

—¿Sois vos? ¿Sois vos en efecto, valiente caballero del Leopardo? ¿Posible es que con este disfraz se presente á mis ojos el gallardo Escocés sir Kenneth? ; Vos, en medio de tantos peligros! ; Vos, en tan humilde condicion!»

Al oir la voz de la que adoraba, modificada por la ternura y la compasion, y dirigida, no ya al esclavo, sino al amante, iban ya los labios de este á prorumpir en exclamaciones de admiracion, de amor y de gratitud, y apenas bastó el espreso mandato de Ricardo á comprimir el deseo que en aquel instante nació en su alma de asegurar que las espresiones que acababa de oir, bastaban á recompensarle de todos los males de la esclavitud, y de los riesgos que por do quiera le rodeaban. Tuvo sin embargo bastante prudencia para dominarse, y respondió con un profundo suspiro á las preguntas de Edita.

—Os conozco; ahora veo que no me he engañado, continuó la dama. Os conocí cuando os vi al lado del rey, desde la torre en que me hallaba con Berenguela. Conocí tambien á vuestro fiel alano. No es mujer de nobles pensamientos, ni merece tener un caballero leal que la sirva, la que no sabe distinguirlo al través de todos los disfraces que la necesidad y las circunstancias puedan sugerir. Hablad pues sin recelo á Edita de Plantagenet. Ella sabe acoger en la adversidad al caballero que la sirvió, la honró, é hizo proezas en su nombre en tiempos mas felices. ¿No hablais! ¿Qué significa ese silencio? ¿Procede de temor ó de vergüenza? El temor te es desconocido; la vergüenza no es propia del que ha obrado bien: ténganla los que te han perseguido y ultrajado.»

Sir Kenneth, á quien estas palabras hacian conocer mas y mas su desventurada situacion, respondia

tan solo con suspiros, y poniendo los dedos sobre la boca, como si quisiera dar á entender á la que adoraba, que su silencio procedia de una causa superior é irresistible.

—¡Qué! dijo lady Edita; ¿eres en efecto mudo, como lo indica el papel que representas? Cierito que no lo esperaba. ¿O quizás he perdido en tu estimacion porque he sabido distinguir y apreciar el homenaje que me has tributado? Te engañas, si has formado de mí semejante idea. No ignoro las barreras que me señalan la modestia y mi condicion, y sé hasta dónde debe llegar mi gratitud, y el deseo de que la suerte me hubiera colocado en una situacion, en que me fuera lícito reparar el daño que por causa mia ha recibido el que se ha consagrado á servirme. ¿Porqué cruzas los brazos? ¡Dios mio! ¿Será posible que los malvados te hayan privado en efecto del don de la palabra! Me das á entender que no. Pues bien: yo tambien guardaré silencio, cualquiera que sea la causa del tuyo. Desempeña tu encargo, como mas te convenga, y no esperes de mí respuesta alguna.»

El desfigurado caballero hizo un gesto que indicaba la amargura de los sentimientos que en aquel instante despedazaban su corazon, y al mismo tiempo le presentó la carta del Soldan, envuelta, segun costumbre, en una cubierta de seda y otra de brocado. Edita la tomó, la examinó por encima sin desdoblarla, la puso sobre una mesa, y fijando otra vez sus ojos en el fujido esclavo, —¡Y qué! le dijo, ¡ni una sola palabra!»

Sir Kenneth puso la mano derecha sobre el corazon: mas ella volvió el rostro con enfado y desprecio.

—Vete, le dijo; mas he hablado de lo que debia; mucho mas de lo que merece quien no se digna honrarme con una palabra. Vete, y sabe que si por mí has recibido daño, mucho caro me cuesta, puesto que la humillacion

en que yo misma me he colocado á tus ojos, y el modo en que me he degradado ante quien no lo merece, vale tanto como la culpa que por causa mia has cometido.»

Edita pareció extraordinariamente agitada al pronunciar estas últimas palabras. Sir Kenneth quiso aproximarse, mas ella se alejó con precipitacion.

—Detente, le dijo, tú, cuya alma parece digna de la situacion en que te hallas. ¿Por qué permaneces aquí? Vete.»

El disfrazado caballero dió á entender con sus ademanes que su detencion consistia en que no habia recibido respuesta á su mensaje. Ella entonces tomó la carta, y dijo en tono irónico y burlon: —Me habia olvidado de tu comision. Ya veo que aguardas una respuesta.... ¡Cómo!.... ¿Es posible?... ¡el Soldan!..»

Edita leyó la carta, que estaba en arábigo y en francés, y cuando acabó, prorumpió en carcajadas de amarga risa.

—Esto sí que es mas de lo que la imaginacion puede concebir, dijo lady Edita, con todos los indicios de la cólera mas violenta. ¿Habrá quien crea que un caballero cristiano se encargue de tan vil ministerio? ¿Habrá quién crea que el que fué guerrero de la Cruz traiga á una doncella cristiana recados de amor de parte de un Turco insolente? Mas ¿de qué aprovecha reconvenir á quien voluntariamente se ha prestado á tan inhumano oficio? Díle á tu amo, cuando su azote te haya restituido el uso de la palabra, que Edita de Plantagenet trata de este modo los galanteos de un Musulman.» Y al decir esto, arrojó la carta al suelo, y estampó en ella los piés. —Díle, repitió, que una princesa de Inglaterra desprecia el poder del Soldan de Egipto.»

Iba á salir del aposento, cuando el esclavo la detuvo arrodillándose de pronto, y tomando la guarnicion

de su vestido en sus manos.

—¿No me has entendido, esclavo? preguntó con arrogancia. Dí al pagano Soldan, tu dueño, que desprecie la declaración de amor que me hace, como al indigno renegado que olvida su religión, su Dios, su patria y su dama.»

Dijo, arrancó el vestido de las manos del esclavo, y salió del aposento.

Al mismo tiempo Neville gritó desde afuera que ya era hora de retirarse. Atónito y confuso por los bochornos que acababa de sufrir, y que únicamente hubiera podido evitar rompiendo el pacto que con Ricardo había hecho, sir Kenneth siguió maquinalmente los pasos de su conductor, y con él llegó al pabellón del rey, á cuya puerta acababan de desmontar algunos caballeros. Todo era ruido, y voces, y conmoción en lo interior; y cuando sir Enrique entró con su desfigurado compañero, hallaron al rey y á los caudillos de los tercios ingleses, dando la enhorabuena y abrazando cordialmente á los recién-venidos.

CAPITULO XXVI.

En medio del alboroto que reinaba en la tienda de Corazon de Leon, dominaba la voz sonora del monarca.

—Tomás de Vaux, decía Ricardo, por la cabeza del rey Enrique, has venido mas á tiempo que un jarro de vino á una partida de cazadores sedientos. ¿Qué hubiera sido de mí, en caso de tener que venir á las manos con esos perros en tu ausencia? Tomás, pronto andarémos á golpes, y si no te hubiera visto llegar á la hora del combate, hubiera creído que estabas colgado á un árbol, como estafermo para ahuyentar gelondrinas.

—De menos nos hizo Dios, respondió el baron, aunque confieso que no me acomoda la muerte de Judas, solo por que fué la de un apostata. Doy gracias á Vuestra Majestad

por tan favorable acogida, y le ruego que si llega caso de dar de cuchilladas, nos deje algo que hacer á los demás, y no lo quiera todo para sí; como lo ha de costumbre. Pero ahora vea Vuestra Majestad al que viene conmigo, que me parece no le será desagradable su llegada.»

Sir Tomás presentó entonces á Ricardo un joven de mediana estatura, y en cuya persona nada se notaba de sobresaliente. Su traje era tan modesto, como insignificantes las facciones de su rostro. Solo se distinguía en sus ojos una mirada tan fogosa y espresiva, que parecia capaz de interpretar todos los sentimientos del corazon, y todos los primores de la poesía y de la elocuencia, y en su gorra, un magnífico joyel, cuyo brillo solo podia compararse al de sus ojos. Llevaba al cuello, pendiente de una cinta azulada, una llave de oro macizo, que servia para templar el harpa.

Este personaje iba á ponerse de rodillas en presencia del rey, mas Ricardo le detuvo, le abrazó afectuosamente, le estrechó contra el pecho, y le besó en una y otra mejilla.

—¡Blondel! exclamó el monarca, arrebatado de alegría: Bien venido seas de Chipre, rey de los arpistas. Bien venido á los cuarteles del rey de Inglaterra, que no estima en mas su dignidad que la tuya. Hombre, he estado enfermo, y por san Jorge, tú tienes la culpa, porque si me hallara en mitad del camino hacia el cielo, creo que tus trobas me harian volver atrás. ¿Y qué noticias me traes de la tierra de las canciones? ¿Qué has aprendido de nuevo entre los alegres Normandos y los suaves Provenzales? Ya sé que no has estado ocioso. ¿Y cómo puede estarlo el que siente en su corazon el fuego del número, y la inspiración ardiente de la música y de la poesía.

—Algo he aprendido, algo he hecho, noble señor, respondió Blondel, con aire modesto que no bastaban

á disipar el entusiasmo y las exclamaciones de Ricardo.

— Pronto lo veremos, y pronto nos deleitarás con los dulces acentos de tu voz, dijo el rey; y despues de haberse parado unos momentos, le puso la mano en el hombro, y añadió: — te oíremos, si te lo permite la fatiga del viaje, porque mas bien quisiera reventar al mejor de mis caballos, que abusar un solo instante de tu incomparable melodía.

— Mi voz, respondió Blondel, está y estará siempre al servicio de mi amo; pero Vuestra Majestad tiene que hacer, segun veo por esos papeles que acaba de recibir, y con su venia, me retiraré si estorbo.

— Ni por pienso, amigo mio, respondió Corazon de Leon. Tengo que concertar un plan de ataque contra los Sarracenos, pero es cosa de un momento, y tanto tardaré en ello como en derrotarlos.

— Paréceme, sin embargo, dijo sir Tomás de Vaux, que convendria saber cuáles son las tropas con que Vuestra Majestad enenia para este ataque; pues sobre este asunto traigo datos importantes de Ascalon.

— Eres un mulo, dijo Ricardo; un mulo hecho y derecho, en tu necesidad y obtinacion. Vamos, caballeros; sentaos á la redonda. Un sillón á Blondel.... el arpa. Si la suya está estropeada del camino, que le traigan la mia.

— Quisiera, señor, dijo sir Tomás, que Vuestra Majestad se enterase de los despachos que traigo. He andado muchas leguas, y mas ganas tengo de echarme en la cama, que de prestar el oído á romances y estribillos.

— Oreja querrás decir, contestó Ricardo, y sabe que hay mucha diferencia entre uno y otro. ¿Eres capaz de distinguir el canto de Blondel del rebuzno de un asno?

— En verdad, señor, respondió el baron, que no sabré decirlo. Lo que sé es que puede haber ocasiones en

que el servicio de Vuestra Majestad me obligue á buscar un asno; mas no creo que pueda llegar el caso en que ese mismo servicio requiera que preste atención á un cantor, y sea dicho esto sin ofensa de Blondel, que es caballero y de grandes dotes y perfecciones.

— No ofendes á Blondel, dijo el rey, pero me ofendes á mí, que tambien soy cantor, como tú dices, y gran aficionado á la Gaya Ciencia.

— Vuestra Majestad, dijo sir Tomás, sabe que no es dable esperar modales muy corteses de un mulo hecho y derecho.

— Verdad dijiste, contestó el rey, y como mulo obstinado te has de salir con la tuya. Ven pues aquí, y deja la carga, afin de que puedas ir en seguida á descansar á pierna suelta. Entretanto, hermano Salisbury, pasa á la tienda de Berenguela, y dile que ha llegado Blondel, con una buena provision de cosas nuevas. Acompañala á mi pabellon, y procura traer con ella á Edita de Plantagenet.»

El rey miró entonces al Nubiano con aquella espresion dudosa y desconfiada que con él habia usado siempre.

— ¿Estás ya de vuelta? le dijo. Colócate detrás de Neville, y da gracias á Dios de que no te ha privado de oír como de hablar, puesto que, aunque Africano, vas á gozar de un deleite que bastaria á amansar las fieras de estos desiertos.»

Dichas estas palabras, se volvió de espaldas á todos los presentes, y empezó á discurrir con sir Tomás de Vaux, sobre los preparativos militares de la proyectada expedicion.

Ya habia casi terminado su audiencia el Lord de Gilsland, cuando entró un mensajero, y anunció que la reina y su comitiva se aproximaban al pabellon. — Un jarro de vino, exclamó entonces Ricardo; de aquel que hallamos en las bodegas del rey Isaac de Chipre, cuando tomamos á

Famagosta. Bebamos á la salud del Lord de Gilsland, caballeros; ningun príncipe tuvo jamás un servidor mas fiel ni mas celoso.

— Alégrome, dijo sir Tomás, que Vuestra Majestad halle algo de bueno en el mulo, aunque tanto entiende de música como el cuclillo ó la rana.

— ¡Que no puedas decir la comparacion! respondió Ricardo. Anda, hombre, anégala en vino. Y ya que has bebido toda la copa, te digo que en los estrados batallamos con lanzas festivas, como en la justa con escudo y lanza, y á fe mia que si aquí no te portas mejor que en el último torneo, bien puedes retirarte á cuarteles de invierno. Pero hay una gran diferencia entre tú y Blondel. Tú eres mi camarada, y puedo decir que mi discípulo en el arte de la guerra. Blondel es mi maestro en la Gaya Ciencia y en la música. Yo soy tu superior en un arte, y él lo es mio en otro. Vamos, no seas dormilon, y quédate á tener un buen rato.

— Por tal de ver á Vuestra Majestad de buen humor, dijo sir Tomás, me quedaré á oír á Blondel, aunque cante el romance del rey Arturo, que duró tres dias con sus noches.

— No abusaré tanto de tu paciencia, dijo Ricardo; pero ya veo las antorchas de la comitiva de Berenguela. Sal á recibirla, y procura que te reciban bien les ojos mas lindos de la Cristiandad. Aguarda... ponte algo mas galan; abróchate la sobreveste; mas ya es tarde, que Neville te ha ganado la delantera.

— Nunca me la ganó en el campo de batalla, dijo sir Tomás, algo resentido de que sir Enrique le hubiese privado del honor de salir al encuentro de la reina.

— Nadie marcha delante de tí al enemigo, dijo Ricardo, escepto yo, alguna que otra vez.

— Seamos justos con los desgraciados, dijo sir Tomás; el caballero del Leopardo corrió una vez mas que yo

en el ataque; mas tambien es cierto que pesa menos que yo á caballo.

— No me lo nombres, dijo el rey, con voz áspera; é inmediatamente se puso en pié para recibir á Berenguela, á quien presentó á Blondel, como rey de los trovadores, y su maestro en la Gaya Ciencia. Berenguela, que sabia que la aficion de su esposo al canto y á los versos corria parejas con su inclinacion á la guerra, y que tenia noticias del favor de que Blondel gozaba, procuró recibirle con la distincion y aprecio que merecia un hombre á quien Ricardo honraba con señalada proteccion. Blondel respondió cortesmente á la bondad de aquella princesa, en cuyas espresiones se notaba mas artificio que sinceridad. Edita le acogió con una graciosa y sencilla bienvenida, que pareció mucho mas satisfactoria al arpista que los encomios de Berenguela.

Tanto la reina como su esposo echaron de ver esta distincion, y Ricardo, viendo que su consorte se resintió de la preferencia dada á Edita, preferencia que tampoco le habia sido á él muy grata, dijo en su acostumbrado tono de buen humor: — Has de saber, Berenguela, que nosotros los poetas respetamos mas á los jueces severos, que á los amigos parciales, y tú lo eres de Blondel, por todo lo que de su mérito te he dicho. »

Edita conoció la intencion de Ricardo en esta amarga indirecta, y respondió sin detenerse, que la severidad y la dureza en los juicios eran atributos de la casa de Plantagenet.

Mas hubiera dicho, movida por el enojo que le habian ocasionado las espresiones de Ricardo, pues Edita participaba en gran manera del temple de su familia, la cual habiendo tomado por emblema la retama, que lo es de la humildad, descolló, entre todas las que han reinado en Inglaterra, por su orgullo y altanería: mas sus miradas se cruzaron casualmente con las del Nubiano, cuando este

procuraba oscurecerse entre la turba de cortesanos, y ella quedó tan pálida y demudada, que la reina mandó pedir agua y esencias, y tomó las otras precauciones acostumbradas en los desmayos de las damas. Ricardo, que conocía mejor que Berenguela el jenio de su prima, mandó á Blondel que se sentase y empezase á cantar, añadiendo que la música era el remedio universal de los males de la familia de Plantagenet. — Cántanos, dijo, lo mejor que hayas aprendido en tus correrías, y sobre todo, algo nuevo y nunca oído hasta ahora; que la novedad suele ser el alma de la poesía, aunque otros dicen que los versos son como el vino: mientras mas añejos mas gustosos.» (1)

El trovador entretanto no apartaba la vista de lady Edita, y solo se determinó á empezar su canto, cuando vió algun tanto recobrada á la ilustre doncella. Templó el arpa, preludió algunos instantes, y entonó en una especie de recitado, sostenido por algunas notas sueltas y sencillos arpejos, una de las innumerables aventuras caballerescas, que entonces eran los asuntos favoritos de los que profesaban la Gaya Ciencia. Con sus primeros acentos, mudó enteramente de aspecto su fisonomía; sus mejillas se cubrieron del subido carmin que producen siempre las fuertes conmociones del alma; centelleaban sus ojos con el fuego de la ternura y de la inspiracion, y su voz, tan melodiosa como llena, y tan flexible como sonora, comunicó á todos los que le oían su agitacion y su entusiasmo. Ricardo, con la misma actividad y celo que ostentaba en los preparativos de una accion militar, llamó la atencion de los concurrentes, los colocó en círculo al rededor de Blondel, y mandó que se guardase el mas profundo silencio. En seguida tomó asien-

to, en la actitud de un aficionado inteligente que observa con atencion, y que se dispone á criticar con severidad y gusto. Los cortesanos volvieron los ojos al rey, á fin de arreglar sus aplausos á las demostraciones de aprobacion que notasen en su fisonomía. En tanto sir Tomás hostezaba desmesuradamente, como quien se somete de por fuerza á pasar un mal rato. El canto de Blondel era en idioma normando; pero los versos siguientes pueden dar alguna idea de su sentido.

OMAR.

En la fuente de los mirtos
Luce ya la rica tienda,
En que á Juzef el de Tánger,
Quiere dar Omar audiencia.
Y apenas brillan los rayos
Del sol en las altas peñas,
Cuando trompas y añafles
Anuncian que el rey se acerca.

Viene torvo y pensativo,
Sobre una alazana yegua,
Mas que el león animosa,
Mas que las auras lijera.

Cien Arabes le acompañan,
Sin galas y sin libreas,
Pobres en sus atavíos,
Pero ricos en proezas.

Juzef le sale al encuentro,
Con espléndida caterva
De poderosos Amires,
Y de entendidos Ulemas.

Al verlo, suelta el estribo,
Hínca la rodilla en tierra,
Y el rey baja del caballo,
Y la mano le presenta.

A la tienda se dirijen,
Y en un albornoz que ostenta
Del Yémen los blandos tintes,
En tulipas y azucenas,

Siéntanse los dos caudillos,
Y mutuamente se observan,
Como si ninguno osara
Saltar antes la barrera.

Al fin Omar suspirando,
«Juzef, dice, no aprovecha,
Negar que hay fuego en el bosque,
Cuando los pinos humean.

Ni es parte á curar la herida
Cubriirla de ricas telas,
Sino aplicarle el ensahno
Que amortigüe su crudeza.

El necio cierra los ojos,
Y al hondo abismo se entrega,
Y en la corriente ajitada
Vida y esperanza deja.

(1) El Traductor se ha visto obligado á hacer grandes alteraciones en este pasaje, á fin de acomodarlo al gusto de sus lectores.

El cuerdo llega á la orilla,
Mide su estension inmensa,
Y vuelve atrás cauteloso,
Y da gracias al Profeta.

Abismo de negros males
Es la autoridad suprema,
Para quien con brazo débil,
Su enorme peso sustenta.

Mis reinos están turbados
Con discordias y revueltas;
Mis vasallos me desoyen,
Y á obedecerme se niegan.

Solo triunfa el poderoso:
Todo lo manda la fuerza;
La espada de la justicia
Solo en el pobre se emplea.

Yo soy la causa del daño;
Yo que, nacido en la guerra,
Sé solo esgrimir alfanjes,
Blandir picas, lanzar flechas.

Los artesones dorados,
Y las alfombras de Persia,
Los cantos y los perfumes,
No me balagan, me molestan.

Muy mas quiero que me cubra
La tosca piel de mi tienda,
Y que mis miembros reposen
En blanda y mullida yerba.

Hízote Dios entendido,
Ingenio te dió y prudencia,
Con que profundas doctrinas,
En sabios libros aprendas.

Por tí claman las provincias;
Tu nombre en victores suena;
La fama de tus virtudes
De una tribu en otra vuela.

Gobierna tú mis estados;
Cura el mal que los aqueja,
Y en tus sienes mi corona
Con mas brillo resplandezca.»

Juzef postrado responde:
«Tu voluntad es mi regla.
Soy tu sobrino y vasallo.
Haz de mí lo que convenga.»

Omar llama á los caudillos,
Y á la entrada de la tienda,
A Juzef por rey proclama,
Y el cetro de oro le entrega.

Muzamadas y Alcatibes,
Jeques y Walies llegan,
Y ante Juzef se arodillan,
Y le juran obediencia.

Omar á caballo monta,
Y apretando las espuelas,
«Al desierto, dice, hermanos:
Que allí se vive sin pena.

Y no allí en dorados grillos
Nos cautiva la opulencia,
Ni el álito respiramos
De la adulacion perversa.»

Los cien Arabes le siguen,
Y en nubes de blanca arena,
Al desierto se dirigen,
Y de los mirtos se alejan.

—Nuevo es ese jénero, Blondel,
dijo el rey Ricardo, cuando el cantor hubo acabado, y no me desagradó esa idea de adoptar á los metros de Normandía, los hechos y aventuras de los Sarracenos, que en verdad hay entre ellos hombres esforzados y emprendedores, dignos de que la poesía inmortalice sus loores, y propague su fama entre todos lo que saben dar precio al valor.

—Y aun por eso, respondió Blondel, las hazañas de los Moros, y sus guerras continuas con los Godos, son en el dia asuntos muy comunes de los trovadores de Provenza, que es donde yo aprendí el romance que acabo de cantar.

—Lástima es, dijo el rey, que no se presten las costumbres de esos infieles á cantos de amor y galanteria, que son las flores que suavizan la aspereza de las armas, y no hay verdadero heroismo, si no lo anima la aprobacion de una dama.

—Por lo que he oido en mis viajes, dijo Blondel, los Sarracenos van ya sometién dose al yugo del amor, y empiezan á galantear como rendidos esclavos, á guisa de los caballeros castellanos, con quienes tan frecuentemente miden los aceros.

—Si así es, dijo Ricardo, no dejarán de tener historias amorosas, como todos los pueblos que conocen y acatan el imperio de la hermosura. Cántanos algo por ese estilo, amigo Blondel, mas refréscate antes los labios con un vaso de vino de Chipre, aunque seguramente no lo harán así los poetas árabes, puesto que su ley les prohibe acudir á este manantial de las inspiraciones poéticas.

—Yo no sé cómo lo entienden, dijo Blondel, despues de haber apurado la copa que el rey le habia presentado; lo que sé es que no habiendo aprendido cancion alguna del jénero que Vuestra Majestad desea oír, necesito algun auxilio extraordinario para cantarla y componerla al mismo

tiempo, y sin premeditacion ni estudio.

— No ponderes la dificultad, dijo el rey, que entre sastres no se pagan hechuras, y no es esta la vez primera que has empezado una copla sin saber cómo la acabarás, y aun estoy por decir que en semejantes casos brilla mas tu ingenio, que cuando entonas alguna composicion estudiada con esmero.

— Verémos, » dijo Blondel, y sin detenerse, cantó otro romance, que puede traducirse del modo siguiente:

ALDINA.

« Oye, Mora desahrida,
Lo que te dice un amante,
Que viene de luegas tierras,
Para decir sus pesares.

« Soy poderoso y valiente,
Jóven, y de ilustre sangre;
Joyas tengo que te adornen,
Y telas que te engalanen.

« Mil Arabes agnerridos
Siguen do quier mi estandarte,
Y nunca vencidos fueron,
Quando yo marché delante.

« Mis torres brillan soberbias,
Con capiteles de jaspé,
Y hermocean mis jardines
Deleitosos naranjales.

« Todo es tuyo, Mora bella,
Y cuando todo no baste,
Tambien es tuya la vida,
Que rue quitan tus desaires.

« Mira el trance en que me pones,
Doncella, por no ablandarte;
No pido ya que me quieras,
Tan solo que no me ultrajes.

« No vuelvas al verme el rostro,
No del mirador te apartes,
Quando en mi yegua andaluza,
Rondo afanado tu calle.

« No al suelo arrojes las flores,
Símbolos de mis afanes;
Tímidas como mi afecto,
Como mi dicha fugaces.

« No me devuelvas los dones
Que te presentan mis pajes,
Con primorosas cubiertas,
En dorados azafates.

« Conoce al que desestimas,
Ni pretendas arrogante,
Sin saber quien te lo ofrece,
Desechar el homenaje.

« A veces en lo profundo
De la aspereza salvaje
Oculta la clavellina
Los perfumes mas suaves.

« En las mas quebradas rocas,
Y entre incultos arenales,
Halla el Africano diestro
Los reflejos del diamante.

« Yo venceré, si me escuchas,
Tu rigor, que á otras beldades,
No menos que tú orgullosas,
Vencen afectos leales. »

Esto Aldemerin cantaba,
Sobrino del moro Tarfe,
A las ventanas de Aldina,
Mora de ilustre linaje.

Hija de un noble guerrero,
Que es de Castellon alcaide;
En el consejo entendido,
Y en el campo formidable.

« Ya sé quien eres, responde,
Y no es bien que así te causes,
Que pretender imposibles,
Es como vivir del aire.

« Sé que en Sevilla descuellas,
Entre ricos personajes,
Y que los Cristianos tiemblan,
Quando ven lucir tu alfanje.

« Que las doncellas te temen,
Y te maldicen las madres,
Porque en ti corren parejas
Proezas y liviandades.

« Sé que en toda Andalucía,
No hay hombre que te aventaje
En torneos y en perfidias,
En bazañas y en desmanes.

« Que eres falso en juramentos,
Y en venganzas implacable,
Hipócrita con la altiva,
Y con la tímida audace.

« Y esto á tus cantos respondo,
Que antes los limpios cristales,
Retrocedían el curso
A las fuentes de dó nacen;

« Y andarán amistosos
Tortolillas y alcotanes,
Que en las redes que apercibes,
Desacordada me enlace. »

Cerró de pronto la reja,
Y el Moro la vió alejarse,
Como cuando desaparecen
Las vislumbres de la tarde.

Al último verso de este romance, siguió un murmullo jeneral de aprobacion, á que dió principio el rey, que no pudiendo contener su entusiasmo, se levantó del asiento, y puso al dedo de Blondel una sortija de gran precio. La reina se apresuró á imitar el ejemplo de su esposo, y dió al arpista uno de los brazaletes que llevaba. Otros nobles de los concurrentes creyeron congraciarse en el ánimo del rey, haciendo preciosos re-



galos á su favorito.

—¿Ha perdido mi prima, dijo Ricardo, su afición á los versos y á la música?

—Tan lejos de eso, respondió Edita, que doy sinceras gracias á Blondel por su romance, y muchas mas á Vuestra Majestad por haberse-lo sujerido.

—Quizás, respondió Ricardo, estás algo resentida de ver que hay mujeres que te imitan en firmeza y resolución. Yo procuraré desenojarte, y si me lo permites, te acompañaré algún rato, cuando vuelvas á tu pabellon, y te hablaré de cierto negocio que te interesa.»

La reina y las damas de la comitiva se pusieron en pié, y á esta señal se retiraron todos los barones y caballeros que en la tienda del rey se hallaban. A la puerta estaba formada la escolta que debia acompañar á Berenguela, y se componia de una partida de archeros, y de los pajes con hachas encendidas en las manos. Ricardo se puso en camino con las damas, acercándose á su prima Edita, á quien ofreció el brazo, y con quien se puso á hablar en voz baja.

—¿Qué respuesta he de dar al Soldan? preguntó el rey á su prima. Ya ves que los reyes y príncipes de la Cruzada solo piensan en abandonarme. Las últimas disputas y desavenencias me han adquirido muchos enemigos, y si algo he de hacer en favor del Santo Sepulcro, ha de ser por convenio, y no por victoria. Por desgracia, todo depende del capricho de una mujer, mas terrible para mí que las diez mejores lanzas de la Cristiandad. ¿Qué he de responder, Edita? Mi contestacion ha de ser pronta y decisiva.

—Respóndele, dijo Edita, que la doncella mas pobre de la familia de Plantagenet prefiere la miseria á la deshonra.

—Tambien podré responderle,

dijo Ricardo, que prefieres la esclavitud.

—Tu sospecha me injuria, dijo Edita. La esclavitud del cuerpo es digna de compasion; pero la del alma merece desprecio. Y en verdad no sé qué disculpa puedes alegar por haber reducido á tan ignominiosa situacion á un guerrero cristiano, cuya fama y cuyas proezas han corrido parejas con las de Corazon de Leon.

—Ibas á beber veneno, dijo Ricardo, y he ensuciado el vaso para que no le apliques á la boca.

—Y al mismo tiempo, dijo Edita, me presentas otro veneno en copa dorada.

—Edita, respondió Ricardo, yo no puedo ni debo forzar tu resolución: solo te pido que no cierres esta puerta que los cielos nos abren. El ermitaño de Engaddi, que los papas y los concilios reverencian como profeta, ha leido en las estrellas que este enlace me reconciliará con un enemigo poderoso, y atraerá á la iglesia de Dios uno de los magnates mas encumbrados del mundo. Edita, tú eres el instrumento escogido por la Providencia para conducir á Saladin, y á los hijos de Ismaél, al seno del Cristianismo. Algun sacrificio merece tan feliz perspectiva.

—¿Sacrificar el honor y la conciencia! exclamó Edita. He oido que la deshonra de una doncella cristiana abrió las puertas de España á los Sarracenos. ¿Crees tú que sea preciso deshonrar á otra para echarlos de Palestina?

—¿Deshonra es ser emperatriz? preguntó el rey.

—Es deshonra, contestó Edita, profanar un sacramento de la iglesia de Cristo, con quien no conoce su fe, ni sigue sus mandatos; es deshonra poner una princesa cristiana á la cabeza de un haren de esclavas prostituidas.

—Está bien, dijo Ricardo; no ri-

ñamos por eso, aunque se me figura que en tu condicion deberias mostrarte algo mas sumisa á mi voluntad.

—Señor, dijo Edita, Vuestra Majestad ha heredado toda la riqueza, el poder y la dignidad de mi familia: lo único que ha heredado vuestra pobre parienta es el honor.

—Esa respuesta me desarma, dijo Ricardo; toma un beso, y seamos amigos. Voy á dar tu respuesta al Soldan, aunque mejor fuera diferirla hasta que le veas á él mismo, puesto que, segun todas las noticias, es uno de los mejores mozos del Oriente.

—No hay probabilidad, dijo Edita, de que mis ojos se encuentren con los suyos.

—Por san Jorje, dijo el rey, que le has de ver antes de poco, pues de su cortesía es de esperar nos conceda un terreno neutral para ese duelo sobre el estandarte, y á él ha de asistir Berenguela con todas las damas de su corte, y no has de faltar tú en tan importante y solemne ocasion. Pero, debemos separarnos, y no ha de ser sin usar otra vez del derecho, que como rey de Inglaterra tengo, de besar á las doncellas de mis estados.»

El rey abrazó respetuosa y cariñosamente á su prima, y volvió á su pabellon, entonando las últimas coplas del romance de Blondel.

Inmediatamente preparó los pliegos para el Soldan, y los puso en manos del esclavo etíope, con orden de que partiera sin pérdida de tiempo.

CAPITULO XXVII.

Al dia siguiente, Ricardo recibió un mensaje de Felipe de Francia, pidiéndole una entrevista, á lo que accedió el de Inglaterra, marchando sin detenerse al pabellon de su augusto aliado. Felipe, despues de haber expresado la gran estima que hacia de Ricardo, por su valor y todas sus eminentes prendas, le hizo saber, en términos corteses, pero positivos, la

intencion en que estaba de regresar á su reino, y su persuasion del mal éxito de la Cruzada, en la que sus propios auxilios serian de poco valor, puesto que sus tercios se hallaban considerablemente disminuidos, y sus estados aflijidos por discordias y revueltas. Ricardo quiso en vano oponerse á esta determinacion, y cuando salió de la conferencia, recibió sin sorpresa un manifesto firmado por el archiduque de Austria y por otros príncipes, en que manifestaban el mismo designio que Felipe, aunque no ocultaban los motivos que á ello los determinaban, y señalaban como tales, la desenfrenada ambicion, y la autoridad arbitraria y suprema que el rey de Inglaterra se habia arrogado. Entonces se disiparon de un golpe todas las ilusiones de Ricardo, y se borraron de su fantasía los sueños de gloria y de heroismo que la habian alucinado. Derramó lágrimas amargas; deploró el triste desengaño que acababa de recibir, y se quejó de su imprudencia, que habia suministrado tan poderosas armas á sus enemigos, y particularmente en los últimos sucesos, que tan á las claras habian dado á conocer el destemple de su índole.

—No hubieran abandonado así al rey mi padre, decia volviéndose á De Vaux que le acompañaba, ni nadie hubiera osado denostar su fama en las cortes de la Cristiandad, sin ser tratado de desleal, follon y embustero, que tal era la veneracion en que le habian colocado sus virtudes y altas prendas. Pero ¡yo!.. necio de mí, ¿qué he hecho mas que desacuerdos y locuras? No solo les he dado motivo para que me dejen solo en esta empresa, sino para que toda la Europa me eche en cara el vencimiento de las armas cristianas, y el desdoro y la esclavitud del Santo Sepulcro.»

Estos pensamientos se arraigaron de tal modo en el ánimo del rey, y le envolvieron en tan profunda melancolía,

colía, que al llegar á la tienda no sabía De Vaux de qué medio echar mano para distraerle y alegrarle. Por fortuna acababa de desmontar un emisario de Saladino, de lo que recibió gran satisfaccion sir Tomás, sabiendo por experiencia que los pensamientos graves se borraban con facilidad de la imaginacion del rey, bastando para ello el incidente mas trivial y lijero.

Era este nuevo enviado un Emir muy respetado por el Soldan, llamado Abdalah El Hadgi. Descendia de la familia del Profeta y de la tribu de Hashem, en testimonio de lo cual usaba el turbante verde, permitido tan solo á los de aquella ilustre familia, tan venerada entre todas las naciones musulmanas. Tres veces habia hecho la romería de la Meca, de donde habia tomado el sobrenombre de Hadgi, que en lengua arábiga es lo mismo que peregrino. No obstante estas esterioridades de santidad, era, como buen Arabe, hombre de humor festivo; gustaba de conversaciones alegres y de dichos agudos, y cuando estaba con jente segura, y sabia que no causaria escándalo á los de su creencia, no se negaba á regar la palabra con el sabroso jugo de las vides. Sobresalía en el manejo de los asuntos del estado, por cuya razon Saladino le habia empleado en varias negociaciones con los príncipes cristianos, y especialmente con Ricardo, de quien El Hadgi era personalmente conocido, y á quien siempre habia manifestado afecto y confianza. Animado por la condescendencia con que Saladino se prestaba, no solo á señalar el campo en que debia celebrarse el duelo, sino á concederle á él y á todos los que le acompañasen, libre paso y salvo conducto, saliendo él responsable con su persona, el rey olvidó al instante todos sus pesares, y el golpe funesto que acababa de recibir su ambicion, fijando únicamente sus pensamientos en las interesan-

tes discusiones que debian preceder al duelo, y en las curiosas circunstancias que sin duda alguna iban á acompañarle.

Saladino señalaba para campo de batalla, la fuente llamada el Diamante del desierto, por estar á igual distancia del campamento sarraceno y del ejército de la Cruzada. Allí debia comparecer, el dia mismo del combate, Conrado de Monserrate, con sus padrinos el archiduque de Austria y el Gran Maestre de los Templarios, con cien hombres armados, y no mas. Ricardo de Inglaterra, y su hermano Salisbury, se presentarian tambien, como sostenedores del cargo, en compañía del campeon que habia de pelear en su defensa, y de otros cien hombres. Saladino traeria consigo una guardia escogida de quinientos hombres, número que se consideraba igual al de doscientas lanzas cristianas. Las personas de nota y jerarquía, que desearan asistir al combate, podian acudir sin impedimento, con tal que solo llevasen sus espadas, y ninguna pieza de armadura. El Soldan se encargaba de todos los preparativos necesarios, no solo para el combate, sino para el acomodo y víveres de toda la comitiva. La carta en que noticiaba todas estas condiciones, terminaba con grandes expresiones de urbanidad, acerca de la satisfaccion que le resultaba de la coyuntura que se le ofrecia de conocer personalmente á Melec Ric, y tener con él una entrevista pacífica y amistosa, como igualmente de contribuir con todo su esmero á hacérsela agradable.

Dispuestos todos los preliminares, y notificados á Conrado y á sus padrinos, Abdalah El Hadgi fué admitido sin ceremonia á la presencia de Ricardo, y oyó con arrebatos de admiracion los cantos suaves de Blondel. En esta visita, se despojó de su gran turbante verde, y se puso un gorro á la griega, despues de lo cual entonó

una canción persa en loor del vino, apoderándose en seguida de un jarro del de Chipre, con el que acreditó que su práctica estaba de acuerdo con sus principios. Al día siguiente, se presentó á Saladino, ante quien inclinó la frente hasta el suelo, con toda la gravedad de un filósofo, y aparentando tanta sobriedad y moderación como un santón del desierto.

La víspera del día señalado para el combate, Conrado, sus padrinos y comitiva, se pusieron en camino, antes de amanecer, y Ricardo salió del campo á la misma hora, pero por distinta dirección, según convenio entre los dos adversarios, precaución que había parecido necesaria, á fin de evitar disputas y provocaciones entre los soldados.

El buen rey estaba de humor alegre, y casi se sentía compadecido al prever la suerte que aguardaba á su enemigo. Nada inflamaba tanto su imaginación como los preparativos de un combate, y lo único que entibaba la alegría que sentía en aquella ocasión, era la fatalidad que le privaba de representar el primer papel en la escena que se apercibía. Ligeramente armado, vestido con esplendor y riqueza, y tan lleno de satisfacción como la doncella que se engalana para recibir la mano del esposo, galopaba al lado de la litera de la reina, explicándole los sitios por donde pasaban, y procurando distraerla, con chanzas y canciones, del fastidio que inspiraba aquel uniforme y vasto arena. El camino que la reina había tomado en su romería al Santuario, era el que lindaba con el lado opuesto de las colinas; por consiguiente no tenía la menor idea del paisaje que á la sazón se ofrecía á sus ojos. Berenguela oía con atención cuanto decía Ricardo, y aunque procuraba manifestarse alegre y tranquila, no estaba muy satisfecha al verse en medio del desierto con tan reducida escolta, que, en tan vasta extensión, parecía una

bandada de insectos. Sabía que no estaba lejos del campamento de Saladino, y pensaba en la facilidad con que el Soldan podría enviar una parte de su caballería, y aprovecharse de la ocasión que se le presentaba de destruir de un golpe las más lisonjeras esperanzas del mundo cristiano. Cuando comunicó estos temores á Ricardo, el generoso monarca los recibió con desagrado y enojo. — Dudar de la buena fe del Soldan, dijo, sería mas que ingrátitud. »

La reina se tranquilizó al oír esta respuesta de su esposo; no así Edita de Plantagenet, cuyo carácter era mas firme, y que no mudaba de opinión con tanta facilidad. A cada instante aguardaba la noble doncella los gritos de *Alla hu*, y la esterva de jinetes árabes, corriendo á todo escape á lanzarse sobre la presa que la suerte les había deparado. Creció de punto su terror, cuando se descubrió un Moro á caballo, con lanza embiastada, apostado en la cima de una de las colinas, como el águila que observa desde una roca empinada los hondos valles y extendidas vegas; el cual echó á correr apenas divisó la comitiva, con la celeridad de la reina de las aves, al ver en lo profundo de una hondonada la tímida y descuidada paloma.

— Cerca debemos estar del sitio señalado, dijo Ricardo: aquel jinete es sin duda una centinela avanzada del noble Soldan, y si no me engaño, ya se oyen los atambores y añafiles de la morisma. Orden, caballeros; formaos al lado de la reina. Orden y firmeza. »

A esta orden del rey, los caballeros, archeros y escuderos del acompañamiento, formaron una columna cerrada en torno de la litera de la reina, presentando menor volumen que antes; y es cierto que aunque ninguno de los que allí se hallaban tenía miedo, ni recelaba ningún infortunio, todos sin embargo fijaban ansio-

tera de la reina. Berenguela no pudo contener un chillido de terror. Ricardo montó en cólera, y exclamó, jurando por San Jorge, que ya empezaban á incomodarle las clauzas pesadas de aquella canalla.

Pero Edita, cuya litera seguia inmediatamente á la de la reina, alzó la cortina, sacó la cabeza, y dijo al rey: —Mira bien lo que haces, Ricardo, las flechas no tienen punta.

—Razon tienes, advertida doncella, respondió Corazon de Leon, y tu observacion debe avergonzarnos á todos los soldados que aquí venimos. Ahora noto que tampoco tienen hierro sus lanzas. Caballeros, exclamó, dirigiéndose á los de la escolta; no hay que hacer caso de estos bárbaros, puesto que estas demostraciones con que nos reciben, son señales de aplauso y alegría, que ellos manifiestan á su modo. Sin duda tendrian una satisfaccion particular en asustarnos. Marchemos pues sin confusion, y cada cual en su puesto.»

Procedieron adelante los Cristianos, acompañados por los Arabes, que corrian en torno, continuando su gritería, en tanto que los flecheros ostentaban su tino y soltura, disparando flechas á los Cristianos, las cuales pasaban sobre sus altos crestones sin llegar á las plumas que los adornaban. Los lanceros se atacaban unos á otros, arrojándose las picas, de cuyas resultas algunos caian al suelo, y otros se sostenian con gran dificultad en las sillas, despues de haber evitado el golpe con las contorsiones del cuerpo y de los brazos. Todos estos ejercicios no tenian otro objeto que dar la bienvenida á los Cristianos, mas estos los miraban con recelo y desconfianza.

Cuando se hallaron á mitad de camino del campamento, formaron el rey y los suyos el punto central en torno del cual jiraban, galopaban y corrian, con insufrible alboroto, los jinetes árabes; sonó otro grito, y ellos

inmediatamente se replegaron á retaguardia, quedando en columna de mucho fondo y estension, con lo cual desapareció algun tanto el nubarron de polvo que hasta entonces habia incomodado á los Cristianos. Estos vieron venir otro cuerpo de caballeria, completamente armada, y cuyo traje y arreo ostentaba todo el lujo y toda la magnificencia del orgullo asiático. Cada caballo de los quinientos que componian aquel nuevo escuadron podia servir de rescate á un príncipe. Los jinetes eran esclavos circasianos y georgianos en la flor de la juventud. Su lijera y elegante armadura se componia de anillos de acero, tan resplandeciente como la plata mas fina. Sus ropas eran de vistosos tejidos de los mas brillantes colores, y algunos de brocado de plata y oro. Pomposas plumas y ricos joyeles adornaban sus turbantes, y en las guarniciones y vainas de sus puñales y sables de damasco, lucian los metales mas preciosos y las mas costosas pedrerías.

Abrió este magnífico escuadron sus filas al acercarse al cuerpo de los Cristianos, quedando, mientras pasaba, á sus dos costados, entanto que los instrumentos bélicos que traia despedian sonidos algo menos ásperos y desordenados que los que hasta entonces se habian oido. Ricardo se puso á la cabeza de su tropa, creyendo que Saladino se acercaba. Y en efecto no tardó en presentarse aquel monarca, en medio de su guardia y de sus cortesanos, y esclavos negros, cuya fealdad contrastaba con los atavíos suntuosos que les cubrian. Las miradas y talante del rey de Egipto manifestaban que la naturaleza le habia destinado á ocupar uno de los tronos mas encumbrados del mundo. Sin embargo, su traje era sencillísimo, y por esta circunstancia, como por la dignidad de su aspecto, se distinguia de la brillante comitiva que le rodeaba: mirándole empero con mas atencion, se echaba de ver en su turbante aquella inestimable joya lla-

mada por los poetas el mar de luz: el diamante que llevaba al dedo, y que le servia de sello, valia mas que todas las alhajas de la corona de Inglaterra, y el záfiro en que remataba el puño de su daga, no podia pagarse con diez camellos cargados de oro. Para defenderse del polvo, que en las orillas del mar Muerto, es semejante á la mas delicada ceniza, llevaba pendiente del turbante un ancho velo, que ocultaba en parte sus facciones. Montaba una gallarda yegua árabe, color de leche, que parecia conocer la dignidad y poder del jinete.

Los dos heroicos monarcas, porque ambos merecian igualmente este título, echaron pié á tierra; las tropas hicieron alto; calló la música, y ellos se adelantaron uno hácia otro en profundo silencio, y despues de un reverente acatamiento, se abrazaron como hermanos y compañeros. Ni uno ni otro fijaron la atencion en otro objeto que en ellos mismos. Sin embargo las miradas de Ricardo denotaban mas ansiosa curiosidad que las de Saladino. Este fué el que rompió el silencio.

— El Melce Ric, dijo, es tan bien venido á la tienda de Saladino, como la lluvia á las secas arenas del desierto. El Corazon de Leon no debe mirar con desconfianza el numeroso acompañamiento que conmigo viene. Excepto los esclavos armados de mi servidumbre, todos los que os rodean con pechos benévolos y miradas atónitas, son los nobles privilegiados de mis cien tribus. Ninguno de ellos hubiera querido permanecer en su tienda, y perder la ocasion de ver á un príncipe como Ricardo de Inglaterra, cuyo nombre espanta los desiertos de Yémen, y sirve al Árabe para domar su fogoso trotero.

— ¿Y estos son los nobles de Arabia? » exclamó Ricardo, examinando con estrañeza un tropel de hombres, groseramente vestidos, tostados por el sol, y en cuya fisonomía lucian, como rasgos característicos, la blancura

de los dientes semejante al marfil, y la miradas vivísimas y penetrantes de sus grandes ojos, negros como el ébano de la India.

— Estos son, repitió Saladino, los nobles de Arabia, y aunque vienen en gran número, solo traen la cimitarra, en virtud de las condiciones que yo he establecido, y ni aun les ha sido lícito poner los hierros en las lanzas.

— No estarán muy lejos de aquí, dijo De Vaux al oído á Ricardo, ni tardarian mucho en ir por ellos, si se presentase la ocasion. Pero si estos son los lores de Arabia, digo que formarían una hermosa cámara de pares, aunque presumo que no cabrian todos en Westminster (*).

— Silencio, dijo Ricardo: noble Saladino, la sospecha no puede habitar donde tú estés. Yo tambien traigo conmigo algunos campeones; pero no vienen armados de espadas ni picas, sino de lindas facciones, y ojos que están acostumbrados á vencer y subyugar.

El Soldan volvió el rostro á las literas, haciéndoles una inclinacion tan profunda como podria hacerla al mismo sepulcro de Mahoma, y besando la arena en señal de respeto.

— No basta eso, dijo Ricardo, es necesario acercarse á reconocer al enemigo. Vamos, vamos á ver á la reina, y á las damas que la acompañan.

— No me lo permite Alá, respondió Saladino, puesto que ningun Árabe debe ofender el rostro de la mujer, cuando no está protegido su pudor por el velo.

— Mas tarde podrás verlas en confianza, dijo Ricardo.

— ¿Y de qué podrá servirme? dijo Saladino, en tono apesadumbrado. Tu última carta ha sido para mis esperanzas, lo que el agua es para el fuego. ¿Para qué he de alimentar la llama, que no podrá guiarne, si no

(*) Sitio en que se reune la Cámara de los Pares de Inglaterra.

consumirme? Mas ya es tiempo de que mi hermano-pase á la tienda que su servidor le ha preparado. El jefe de mis esclavos negros ha dispuesto todo lo necesario para el recibimiento de las damas, y los caballeros de mi servidumbre cuidarán de los de la tuya. En tanto yo seré el gentilhombre y el escudero del rey Ricardo.»

Saladino condujo entonces á Ricardo á una tienda que ostentaba en todos sus pormenores la riqueza, el lujo y la hospitalidad de su dueño. De Vaux despojó á Ricardo de la capa, y este se quedó en presencia de Saladino, en traje corto y ceñido, que dibujaba la vigorosa simetría de su persona, formando contraste con el pomposo atavío que ocultaba la breve y delicada del Soldan. Pero lo que mas llamó la atención del Sarraceno fué la espada de dos manos del rey de Inglaterra, cuya ancha hoja casi era del largo de su estatura.

—Si no te hubiera visto, dijo, esgrimir ese acero en el campo de batalla, como el ángel Azrael esgrime la espada de la muerte, apenas podría creer que eran parte á manejarla los brazos de un mortal. ¿Tendrá algun inconveniente Melec Ric en hacer alguna prueba con esa arma, para lucir la fuerza de que Dios se ha servido dotarle?

—De buena gana, noble Saladino, respondió Ricardo; y habiendo buscado un objeto en que ejercer su vigor, vió la maza de armas de uno de sus barones, que era de fino acero, con el mango del mismo metal, y tendria pulgada y medio de diámetro. La tomó y la colocó sobre un leño.

De Vaux sin embargo temia que Ricardo quedase desairado. — Por la Virgen Santísima, le dijo en inglés, no comprometa Vuestra Majestad su reputacion. Aun no estáis restablecido de la última enfermedad, y todo lo que ceda en desdoro vuestro, causará gran satisfaccion al pagano.

— Calla, insensato, respondió el

rey, manteniéndose firme en su puesto, y echando con orgullo una ojeada al rededor, ¿piensas que puedo esponderme á un chasco en su presencia?»

Ricardo empuñó con las dos manos su terrible espada, la alzó hasta mas arriba de la cabeza, y la dejó caer con tan terrible impulso, que la maza cayó al suelo, dividida en dos fragmentos, á guisa de rama de pino que cae bajo el hacha del leñador.

— Por la cabeza del Profeta, dijo Saladino, que es golpe portentoso, y tomó los dos pedazos de la maza, observándolos con la atención de un inteligente, y despues la espada de Ricardo, en que no se notaba la menor alteracion ni mella. En seguida colocó su delicada y enjuta mano al lado de la robusta y fornida de Ricardo, y se echó á reir al ver el contraste que las dos presentaban.

— Ríete, dijo De Vaux en inglés; muchas fanegas de sal has de comer antes que tus dedos de araña puedan hacer otro tanto.

— Silencio, De Vaux, exclamó el rey: este hombre entiende ó adivina todo lo que decimos. Ten un poco de sensatez y disimulo.»

El Sultan, despues de haber expresado en poéticas exclamaciones la admiracion que le habia inspirado la fuerza del rey de Inglaterra, dijo: — Ahora es necesario que yo procure responder á tu cortesía, aunque el débil debe oscurecerse y ocultarse ante el fuerte. Sin embargo, cada nacion tiene sus ejercicios particulares, y puede ser que Melec Ric no desapruebe el que va á presenciarse. Diciendo esto, tomó uno de los cojines de seda y pluma que sobre las alfombras de la tienda estaban colocados, lo puso derecho, y dijo: — ¿Puedes tú cortar ese almohadon con tu espada, rey Ricardo?

— No por cierto, dijo el rey; no hay espada en la tierra, ni aun la famosa excalibur del rey Arturo, que

pueda cortar lo que no ofrece ninguna resistencia.

— Observa, pues, dijo Saladino, y levantando la manga de la túnica, descubrió un brazo seco y descarnado, pero lleno de vigor y soltura, y cuyos movimientos denotaban que el hábito le había dado todo el empuje y firmeza que le había negado la naturaleza. Desenvainó en seguida su cimitarra, que era una hoja corva y estrecha, sin el brillo que se notaba en las de los guerreros europeos, sino con innumerables líneas y ondas, que variaban el azulado color del acero, y manifestaban el esquisito trabajo empleado en su construcción. Moviéndola en círculo algún rato en torno de la cabeza, balanceando todo el cuerpo sobre el pié izquierdo, que estaba algo adelantado, en ademán de calcular el golpe y tomar vuelo para descargarle, y de pronto se avanzó en línea recta, y partió el cojín por medio, con tan exacto tino, y tan poco esfuerzo, que el cojín cayó al suelo, como si hubiera cedido á un soplo y no á la violencia.

— Esto es cosa de pacto diabólico, ó algún juego de manos, como los que hacen los charlatanes en Europa, dijo sir Tomás, alzándose de su asiento, y tomando los dos pedazos del cojín, para examinar si podía descubrir el artificio.

El Sultán comprendió el sentido de sus palabras, y quitándose el velo que de su turbante pendía, le colgó de la punta de la cimitarra, dejándole pendiente por uno y otro lado, y aplicándole ligeramente el filo, el velo quedó cortado por medio en dos partes iguales, manifestando al mismo tiempo el admirable temple del arma, y la destreza del brazo que la manejaba. — Asegúrote en verdad, hermano, dijo entonces Ricardo, que nada he visto comparable á tu lijereza y acierto. Sin embargo, prefiero el golpe de una buena espada inglesa que consigue á veces por la fuerza lo que

no basta á desempeñar la habilidad; mas esto no me estorba confesar que eres tan esperto en destruir, como el sabio El Hakim en curar. ¿Y dónde está mi médico? Tengo que darte gracias por habérmelo enviado, y le traigo algunas frioleras, en prenda de gratitud.»

Saladino, al oír estas palabras, se quitó el turbante, y se puso en su lugar un gorro á lo tártaro. De Vaux abrió en toda su amplitud la boca, y Ricardo miró con inesplicable estrañeza la transformación. El Soldan, en voz grave y disimulada, — el enfermo, dijo, conoce por los pasos al médico, pero cuando ha recobrado la salud, le mira de hito en hito, y no le conoce.

— Milagro, exclamó Ricardo.

— Milagro de Mahoma, dijo sir Tomás de Vaux.

— ¡Es posible, continuó el monarca, que el Soldan Saladino haya sido el médico del rey de Inglaterra!

— Ese es el mundo, contestó el Soldan; el hábito no hace al dervís.

— ¡Con qué, según lo que veo, continuó Ricardo, á tíes á quien debe la vida el caballero del Leopardo, y con tu auxilio, y quizás por tus consejos, se introdujo en mis reales, bajo el disfraz de un esclavo etíope!

— Verdad has dicho, contestó el Soldan; conocí, como médico, que si no se cerraban las heridas de su honor, breves y sobremanera amargos serían sus días. Su disfraz me pareció bastante bien dispuesto, y no creí que tan fácilmente lo descubrieras.

— Fué una casualidad, dijo Ricardo, aludiendo á cuando aplicó los labios á la herida del supuesto Nubiano. De resultas de un suceso inesperado, vi destañida una parte del brazo. Esto me bastó para conocerle, puesto que no es fácil confundir con otra alguna su presencia. ¿Crees tú que puedo contar con él para el duelo de mañana?

— Dispuesto está, respondió Saladino, y esperando con ansia el momento de acreditar su fidelidad. Le he dado armas y caballo, pues confío mucho en él, despues de lo que he visto.

— ¿Sabe el Escocés, preguntó Ricardo, á quién debe tantos favores?

— Lo sabe, respondió Saladino, pues me fué preciso darme á conocer, cuando le di parte de mi proyecto.

— ¿Y te lo ha confesado todo? añadió Ricardo.

— No, dijo el Sarraceno, pero bastante he visto para conocer que sus pensamientos se han colocado en esfera muy alta, y que nunca podrán llegar adonde aspiran.

— ¿Y sabes tú, dijo Ricardo, que su pasion insensata y atrevida es el mayor obstáculo que se opone al logro de tus deseos?

— No me fué difícil penetrarlo, dijo el Soldan; pero no negarás, hermano, que mis deseos nacieron despues que su pasion, y probablemente esta durará mas que aquellos. No puedo en conciencia enojarme contra quien no ha tenido la intencion de ofenderme. Y por otro lado, si la noble dama en quien ha puesto los ojos, le prefiere á mí, que le soy desconocido, ¿hace, por ventura, otra cosa que pagar un justo tributo al valor, á la fidelidad y á la nobleza de sentimientos?

— Su linaje, dijo Ricardo, no corresponde á la ilustre alcurnia de Plantagenet.

— Esas serán las máximas que vosotros seguis en Franchistan, dijo el Sarraceno: pero en Oriente reinan otras, y nos va muy bien con ellas. Porque el poeta ha dicho: Un conductor de camellos valiente es digno de estampar sus labios en los de una hermosa reina; y un príncipe cobarde no es digno de saludar la punta de su chinela. » Y ahora, con tu venia, noble hermano, debo separarme de tí por un rato, y salir al encuentro del

archiduque de Austria, y de ese otro Nazareno, no tan dignos de la hospitalidad como tú, mas á quienes debo tratar con la dignidad que corresponde, no á su honor, sino al mio: porque como dice Lokman: no pienses que es perdido el pan que das al extraño. Cuando fortificas y alimentas su cuerpo, fundas y consolidas tu buen nombre. »

El monarca de Oriente se separó de Ricardo, y despues de haberle indicado, mas bien con jestos que con palabras, la tienda de la reina, y las otras de la comitiva, salió á recibir á Conrado y á los suyos, para cuyo alojamiento habia tomado las medidas necesarias, si no de muy buena voluntad, á lo menos con su acostumbrada profusion y magnificencia. Las tiendas de los dos acompañamientos estaban provistas de abundantes refrescos y viandas, acomodadas al gusto de Europa y al de Oriente, y no habia olvidado Saladino los esclavos griegos que debian servir á los magnates cristianos el licor que los creyentes abominan. Antes de haber acabado Ricardo su banquete, entró en la tienda el Emir que le habia llevado la última carta del Soldan, y venia á fijar todo el ceremonial que debia observarse en el combate del dia siguiente. Ricardo, que no olvidaba la aficion de su antiguo conocido, mandó traer un jarro de vino de Schiros; pero el Musulman se negó respetuosamente á probarlo, diciendo en voz baja y tono misterioso, que el menor descuido en aquellas circunstancias podia costarle la vida, porque Saladino, que en otros puntos de la ley era benigno y tolerante, no dispensaba jamás la mas pequeña infraccion de aquel mandato del Profeta.

— Segun eso, dijo Ricardo, pocas trazas le veo de convertirse, y mucho temo que salga fallida la prediccion del ermitaño de Engaddi. »

El rey entró en la discusion de las formulas y preparativos del combate.

operacion que duró mucho tiempo, por haberse presentado algunas dificultades que no pudieron resolverse, sin haberlas consultado antes con el Soldan y con la parte contraria.

Al fin todo quedó allanado y dispuesto, y consiguado en un protocolo, estendido en francés y en árabe, firmado por Saladino, como juez del campo, y por Ricardo y Leopoldo, como fiadores de los campeones. Al salir Abdalah del pabellon del rey, entró en él, con su acostumbrada precipitación, sir Tomás de Vaux.

—El buen caballero, dijo, que ha de pelear mañana, desea saber si le será lícito besar la mano de Vuestra Majestad esta noche.

—¿Le has visto? preguntó Ricardo. ¿Habeis renovado vuestro antiguo conocimiento?

—Por la Virgen de la parroquia de mi tierra, respondió sir Tomás, que las sorpresas y tramoyas de esta tierra han de acabar de trastornarme los cascos. Imposible me hubiera sido conocer á sir Kenneth de Escocia, si no hubiera venido á lamerme y acariciarme su alano; y aun con todo eso, viendo estaba al can sin dar en el hito, puesto que está pintado y disfrazado como cortesana de Venecia.

—Mas entiendes de animales que de hombres, dijo el rey.

—Verdad es, respondió el baron; y ¿sabe Vuestra Majestad por qué? Porque los hombres no me han tratado tan bien como los animales. Vuestra Majestad suele honrarme con el título de bestia; mas no es extraño que lo sea quien sirve al leon, que es el rey de los brutos.

—Bravo, sir Tomás, dijo Ricardo; siempre dije yo que eras hombre de ingenio; mas tu ingenio es como el guijarro, que no da chispas sino es á fuerza de golpes. Vamos al negocio del día. ¿Está bien armado y equipado el buen caballero?

—Completamente, respondió el baron, y segun corresponde á la cau-

sa que va á sostener. La armadura que lleva no me es desconocida: es aquella que el comisario de Venecia ofreció á Vuestra Majestad, poco antes de su enfermedad, en quinientos bizantes.

—¡Y apuesto, dijo el rey, que la habrá vendido al pagano, por algunos ducados mas, á dinero contante! Capaz es Venecia de vender al mismo Santo Sepulcro.

—La armadura, respondió el baron, no podia emplearse en causa mas justa ni mas noble.

—Gracias, dijo Ricardo, á la magnanimidad de Saladino, y no á la codicia de los Venecianos.

—Quisiera yo, dijo el honrado baron, que Vuestra Majestad hablase con alguna mas cautela: aquí estamos abandonados de todo el universo; sin amigos, sin aliados, y lo que es peor, sin la menor esperanza de podernos sostener solos, en medio de tantos peligros. Si nos reñimos con esa república de anfibios, se nos acaba el recurso de retirarnos por mar... y ¿entonces?...

—Hablaremos de eso en otra ocasion, respondió Ricardo; lo que por ahora te ruego, es que no te metas en darme lecciones, y que me digas si el Escocés tiene aquí algun confesor que cuide de los negocios de su alma.

—Sí, señor, dijo sir Tomás; el ermitaño de Engaddi, que le asistió en otra ocasion, ha venido á darle sus auxilios en esta; porque la fama del combate de mañana ha llegado hasta las rocas en que está labrada su ermita.

—Está bien, continuó Corazon de Leon, y en cuanto al permiso que pide de comparecer ante mi presencia, dile que le será concedido cuando haya lavado en el Diamante del desierto la mancha de que se cubrió en el monte de San Jorge; y de camino, pon en noticia de la reina que no tardaré en hacerle una visita, y dí á Blondel que allí nos veremos. »

De Vaux salió á cumplir sus encargos, y media hora despues, embizado y bien cubierto en la capa, Ricardo se encaminó al pabellon de su esposa. Los Arabes que encontró, apartaban el rostro, al descubrirle, ó fijaban en el suelo las miradas, aunque despues que pasaba, se detenian y le observaban con estrañeza y veneracion. Por estas demostraciones vino á entender que les era conocida su persona, pero que los mandatos del Soldan, ó las fórmulas de la cortesía nacional, les obligaban á dejar pasar, sin ceremonia, al personaje que deseaba permanecer incógnito.

Cuando el rey llegó al pabellon de la reina, lo encontró custodiado por aquellos desventurados seres, á quienes los celos de las naciones de Oriente confían la guarda del Zenana (*). Blondel se paseaba delante de la puerta, y de cuando en cuando tocaba algunas notas del arpa, divirtiéndose en observar la impresion que aquel sonido hacia en los Arabes, los cuales llevaban el compás con violentas contorsiones y penetrantes chillidos.

—¿Qué haces aquí, Blondel, preguntó el rey, con este ganado? ¿Porqué no entras en el pabellon de Berenguela?

—Porque esos espantosos figurones, respondió el poeta, me han amenazado con cortarme una á una las coyunturas, si daba un paso adelante, haciendo á Vuestra Majestad la honra de creerle tan celoso como Saladino.

—Entra conmigo, dijo el rey, y yo te serviré de salvaguardia.»

Los eunucos, al ver aproximarse á Ricardo, inclinaron las puntas de las picas y de las espadas, y bajaron los ojos, como si se creyeran indignos de fijarlos en el rostro de uno de los primeros monarcas de Occidente. En lo interior del pabellon estaba sir-

Tomás de Vaux en conversacion con la reina. En tanto que Berenguela daba la bienvenida á Blondel, Ricardo se acercó á Edita, y se puso á conversar á parte con ella sin interrumpir el canto que ya habia empezado á entonar el arpista.

—¿Somos al cabo amigos ó enemigos? preguntó Ricardo á su parienta.

—Nadie puede ser enemigo de Ricardo, respondió en voz baja lady Edita, cuando se muestra lo que es en realidad; jeneroso, noble, bizarro y valiente.»

Al decir estas palabras Edita, presentó la mano al rey en señal de reconciliacion. Ricardo la besó respetuosamente, y siguió hablando.

—Sin duda te has imaginado que era fingida la cólera que me ocasionaron los desaciertos de quien sabes: te engañas: el castigo que le impuse ha sido justísimo: faltó á un deber sagrado; abandonó el puesto del honor, no importa el motivo ni los pretestos que pueda alegar en su favor. Lo que puede consolarte, y lo que á mí tambien me causa gran satisfaccion, es que mañana se le presenta la mejor ocasion que podia apetecer de ganar lo que ha perdido, humillando al que profanó las glorias de Inglaterra. La historia podrá echar en cara á Ricardo sus impetuosos arrebatos, pero tambien dirá que fué justo cuando quiso, y jeneroso cuando pudo.

—Eso diria quizás la historia, respondió Edita, si tú mismo la escribieras: otros habrá que llamen crueldad á tu justicia, y capricho á tu jenerosidad.

—Muy envanecida te veo, dijo Ricardo, y muy segura de la victoria, como si ya estuviera desarmándose lleno de triunfos y gloria, el que todavia puede ceder á un adversario poderoso. Sabe que Conrado de Monserrate es una de las mejores lanzas del ejército. ¿Qué dirias si al fin quedara dueño del campo?

(*) Lo mismo que Harem; sitio en que los musulmanes encierran á sus mujeres y concubinas.

—Imposible, dijo llena de entusiasmo la noble doncella. Con mis propios ojos he visto temblar y mudar de color á Conrado, como un infame ladrón. Es culpable, y el juicio por duelo es una apelación á la justicia divina. Yo misma no tendria inconveniente en salirle al encuentro con una lanza en la mano.»

—Por el alma de mi padre Enrique, dijo Ricardo, que mas de un esforzado guerrero podria temblar delante de tan formidable enemigo. Eres Plantagenet, y reunes en alto grado todas las prendas de la familia.»

El rey se detuvo algunos instantes, y continuó en tono mas serio: —Eres Plantagenet, y no debes olvidar lo que requiere de tí la sangre que circula en tus venas.

—¿Qué significan, dijo Edita, esa gravedad y esa advertencia en esta ocasion? ¿Tan liviana me crees que pueda olvidar mi condicion y mi nombre?

—Voy á hablarte, dijo el rey, con el corazon en las manos, y no ya como rey, sino como amigo. ¿Qué piensas hacer con ese caballero, si sale vencedor del combate de mañana, y limpio de la mancha que deslustra su honor?

—¿Qué pienso hacer con él? exclamó Edita, cubriéndose al mismo tiempo sus mejillas del rubor de la modestia, y del orgullo ofendido. Honrarle y estimarle como valiente, leal y jeneroso. Lo mismo que haria la reina Berenguela, si hubiera puesto los ojos en ella, en lugar de haber escogido un objeto mas humilde. El mas oscuro de los caballeros de la Cristiandad puede consagrar sus pensamientos á una emperatriz. Bástale por recompensa la gloria de amar sin esperanza.

—Pero sir Kenneth, el Escocés, dijo Ricardo, ha sufrido mucho por tí, y por tí se ha visto á la orilla del precipicio.

—Mi estimacion, respondió Edita,

ha galardonado sus servicios, y mis lágrimas han pagado sus padecimientos. Hubiera amado una igual suya, y tendria otro jénero de recompensa.

—¿Con qué no puede desear otra! preguntó Ricardo. Así dicen siempre las doncellas, y luego cuando el galán, á fuerza de lágrimas y de importunidades, logra el fin de sus deseos, acuden al destino y á las estrellas, y dicen que así estaba escrito en los astros.

—Vuestra Majestad, dijo Edita alzándose de su asiento, me ha amenazado ya dos veces con el influjo de mi horóscopo. Cualquiera que sea el poder de los planetas, crea Vuestra Majestad que su parienta no será nunca la esposa de un aventurero, ni la concubina de un pagano. Y permitame que disfrute de la dulce melodía de Blondel, mas agradable al oído que los consejos y prevenciones con que Vuestra Majestad se ha servido honrarme.»

CAPITULO XXVIII.

El combate que habia de verificarse en el Diamante del desierto, y para el cual se habian reunido tantos personajes de tan diferentes naciones, debia empezar una hora despues de amanecer, lo que evitaba los inconvenientes del calor de aquel riguroso clima. Las barreras, dispuestas bajo la inspeccion del caballero del Leopardo, incluian un espacio de ciento y veinte varas de largo, y cuarenta de ancho. El terreno era de arena dura y gruesa, no tan incómoda á los caballos europeos, como la fina y menuda del desierto. La direccion de las barreras era de Norte á Sur en su conjitud, á fin que el sol naciente fuese de igual ventaja á los dos contrarios. El trono de Saladino estaba en el medio de la barrera de Occidente, enfrente del punto en que los combatientes debian encontrarse. En la parte opuesta se habia erijido una ga-

lería cubierta de celosías, donde se debían colocar las damas, y presenciar el duelo sin ser vistas. En cada lado de los de la anchura, había una puerta. También se habían preparado dos tronos para los dos soberanos cristianos, pero Leopoldo no quiso ocupar el suyo, viendo que era mas bajo que el de Ricardo, y este propuso que los dos padrinos se mantuviesen á caballo dentro de las barreras, durante la lucha, pues estaba resuelto á no diferirla bajo ningún pretexto. En una de las estremidades del palenque se colocó la comitiva del rey de Inglaterra, y en otra la del archiduque de Austria. Al rededor del trono del Soldan se formó su suntuosa guardia de Georgianos, y los espectadores cristianos y sarracenos guarnecían el cuadro.

Mucho antes de rayar el día se agolparon á las barreras grandes cuadrillas de Mahometanos, superiores en número á las que Ricardo había visto el día antes. Cuando el primer rayo del sol doró la vasta llanura del desierto, el sonoro llamamiento del Soldan, repetido por todos los Arabes, indicó la hora de la oración de la mañana. Todos ellos se postraron al mismo tiempo, vueltos los rostros hácia la Meca, y por algunos instantes reinó en aquella vasta muchedumbre el mas profundo silencio. Cuando se levantaron, y volvieron á colocarse en sus puestos, los hierros de las lanzas reflejaron en variados vislumbres, el esplendor del astro del día. De Vaux observó con inquietud esta novedad, y dijo al rey que sus sospechas se confirmaban, puesto que los Sarracenos estaban armados, y no presentaban un aspecto tan pacífico como el día anterior. Ricardo contestó: — Jamás podré dudar de la buena fe de Saladino: el que tenga miedo bien puede retirarse. »

Oyóse en seguida el estrépito de los timbales, á cuya señal toda la caballería árabe volvió á desmontar, y los soldados se postraron segunda vez,

como si fueran á repetir sus acostumbradas devociones. El objeto de esta ceremonia era dar paso á la reina Berenguela, á lady Edita de Plantagenet, y á las otras damas de la servidumbre, que habían salido del pabellon, y se encaminaban á la galería que les estaba destinada. Escoltábanlas con sable en mano cincuenta esclavos negros de la guardia del Serrallo, y tenían orden de dar muerte, sin distincion de clase ó jerarquía, á cualquiera que osase fijar la vista en las damas, interin pasaban, ó alzar la cabeza en tanto que sonase la música, la cual cesó cuando las princesas hubieron entrado ya en la galería, y se hallaron fuera del alcance de las miradas profanas de los Sarracenos.

Esta supersticiosa veneracion de los Musulmanes dió lugar á que Berenguela se burlase de Saladino y de las costumbres de los galanes de Oriente: pero viendo que la jaula, segun ella decia, estaba cerrada con llave, y custodiada por sus horrorosos satélites, tuvo que contentarse con el placer de ver, y renunciar por entonces al de ser vista, que es todavía mas grato y apetecible á las personas de su sexo.

Al mismo tiempo los padrinos de los dos campeones pasaron á examinar, segun se lo dictaba la obligacion, si estaban bien armados y prevenidos. El archiduque de Austria no se sentia muy dispuesto á desempeñar los deberes de su cargo, por haber pasado toda la noche en el desórden de la embriaguez, con sus barones y cortesanos, á quienes habia gustado sobre manera el espirituoso y aromático licor de Schiraz. Pero el Gran Maestre de los Templarios, á quien mas de cerca tocaba el éxito de la pelea, se encaminó, antes de amanecer, á la tienda de Conrado. Los guardias que estaban á la puerta lo detuvieron.

— ¿No me conocéis, villanos? preguntó lleno de cólera el Gran Maestre.

— Os conocemos, valiente y reve-

rendo señor, le respondió uno de los escuderos; pero el marqués está confesándose, y tenemos orden de no dejar entrar á nadie.

—¡Confesándose! exclamó el Gran Maestro, en tono que espresaba al mismo tiempo el desprecio y la inquietud. ¿Y quién es su confesor?

—Debo guardar el secreto,» dijo el escudero. El Gran Maestro le empujó, y se introdujo en la tienda.

Conrado de Monserrate estaba arrodillado á los pies del ermitaño de Engaddi, en el acto de empezar la confesion de sus pecados.

—¿Qué significa esto? preguntó el Gran Maestro. ¿No os cubrés de vergüenza? Alzaos, alzaos por Dios, y si necesitais de auxilios espirituales, aquí estoy yo que puedo suministrarlos.

—Gran Maestro, respondió Conrado con voz trémula, tantas confianzas os he hecho, y harto enterado estáis de los secretos de mi corazón. Por Dios os ruego que me dejéis confesar mis culpas á este santo hombre.

—¿En qué es mas santo que yo? dijo el Gran Maestro. Ermitaño, profeta, loco, ó lo que seas, ¿te crees superior á mí en algo?

—Hombre temerario y perverso, contestó el anacoreta, sabe que yo soy como la celosía al través de la cual pasa la luz del cielo para iluminar á los otros; pero ¡cuitado de mí! que de nada me aprovecha. Tú eres como la puerta de hierro que ni recibe luz, ni la deja pasar.

—Basta de comparaciones, dijo el Gran Maestro, y marcha de aquí sin detenerte. El marqués no se ha de confesar sino es conmigo, y yo no me separo de él hasta la hora señalada para el combate.

—Saldré, dijo el ermitaño, si así lo desea el marqués. Si necesita de mis auxilios, no creas, hombre altanero, que he de obedecer tus mandatos.

—¿De qué puede aprovechar lo que yo diga? exclamó el marqués. Déjame por ahora, buen ermitaño: lue-

go nos veremos.

—¡Luego! dijo el anacoreta. O ahora ó nunca. Ese perverso es el asesino de tu alma. Nos veremos, sí, pero será en la eternidad. Y tú, continuó volviéndose hácia el Templario, tú en cuya alma ha escavado su hondo abismo la iniquidad, tiembla.

—¡Temblar! dijo el Gran Maestro: aunque quisiera, no me fuera posible.

El ermitaño no oyó estas últimas palabras, habiendo salido precipitadamente de la tienda.

—Vamos á despachar pronto, dijo el Templario, puesto que absolutamente quieres pasar por esta ceremonia. No te molestes en referirme una á una tus miserias y fragilidades. Todas, ó á lo menos, las principales me son conocidas. Empecemos por la absolucion, y dejemos aparte el catálogo de las culpas que no dejara de ser algo voluminoso. ¿De qué sirve examinar las manchas del lienzo, cuando lo vas á echar á la fuente?

—¿Hablas de absolucion? dijo Conrado. Por ventura, ¿sabes tú perdonar?

—Eres mas escrupuloso que inteligente en materias canónicas, respondió el Gran Maestro. La absolucion de un mal sacerdote es tan eficaz como la de un santo. Si no fuera así, pocos penitentes lograrían el perdón de sus pecados. ¿Cuál es el herido que se cuida de saber si el cirujano que le cura tiene las manos sucias ó limpias? Salgamos del paso, y no hablemos mas del asunto.

—No, dijo Conrado, mas quiero morir sin confesion, que profanar el sacramento.

—Vamos, noble marqués, dijo el Gran Maestro, ten ánimo y no hables en esos términos. Antes de una hora saldrás victorioso del combate, y te confesarás con tu yelmo, como buen paladin.

—¡Ah, Gran Maestro! dijo Conrado. ¡Bajo qué tristes auspicios se presenta el día de hoy! Todo es estra-

ordinario, y, estoy por decir, prodigioso y sobrenatural en esta aventura. El instinto de un animal, por cuyo medio se descubre mi atentado; este caballero escocés, que yo creía sepultado en las arenas de la Libia, y que de pronto aparece como un espectro..... ¿Quién no ha de aguardar infortunio y desastre de tan funestos anuncios?

—Simpleza, dijo el Templario: muchas veces te he visto en justas y torneos con ese mismo sir Kenneth, y en verdad que no te llevaba mucha ventaja. Cobra ánimo, y figúrate que todo es cosa de juego. Vamos, caballeros, escuderos y pajes; vuestro señor quiere armarse.»

Los servidores del marqués entraron con todas las piezas de la armadura, y empezaron á ajustarlas.

—¿Qué tiempo hace? preguntó el marqués.

—El sol, dijo un escudero, se ha levantado algo opaco.

—¿Qué dices de esta circunstancia, Gran Maestre?

—Digo, respondió el Templario, que la suerte favorece á los combatientes, puesto que modera el ardiente calor de Palestina, para que puedan manejar con mas holgura las lanzas y los caballos.»

Las chanzas del Gran Maestre no hacian impresion alguna en el ánimo de Conrado. El Templario calló y quedó por algun rato torvo y pensativo.

Temia en efecto que los remordimientos de Conrado bastasen á paralizar sus fuerzas, y á encadenar su brio. — Yo, decia en su interior, no hago caso de visiones ni de agüeros. Mis propósitos son firmes como la roca, y no hay poder humano que baste á conmovellos. De buena gana trocaria yo mi puesto por el suyo: pero no: mas vale que el caballero escocés le despache, puesto que los muertos no hablan. Suceda lo que sucediere, no ha de tener otro confe-

sor que el que ha tomado parte en sus fechorías.»

Mientras ocupaban estos pensamientos el ánimo del Gran Maestre, ayudaba á los escuderos á armar á Conrado.

Llegó la hora, sonaron las trompetas, y los caballeros se dirigieron al palenque, perfectamente montados y armados de punta en blanco. Llevaban altas las viseras, afin de mostrar el rostro á los espectadores. Tres veces pasearon la arena, escitando la admiracion jeneral, con la gallardía de sus personas, y el fuego y hermosura de sus caballos. Sin embargo, se notaba alguna diferencia entre los dos. Las miradas del caballero escocés parecian alegres y animadas. La esperanza y la seguridad del triunfo brillaban en su varonil fisonomía. En Conrado se observaban algunos esfuerzos para mantenerse sereno y animoso, esfuerzos que daban mas realce á la nube de inquietud que le cubria. El caballo que montaba no parecia tan dispierto ni dócil como el de sir Kenneth, que era un alazan árabe, de las caballerizas de Saladino. El decididor de Leopoldo observó todas estas circunstancias, y notó además que el paseo de sir Kenneth seguia el curso del sol, esto es, de derecha á izquierda, mientras Conrado paseaba en direccion contraria, lo cual era, en opinion de aquel docto personaje, señal infalible de desgracia.

Debajo de la galería en que estaba la reina con lady Edita y las damas de la corte, se habia dispuesto un altar portátil, junto al cual se habia colocado Teodorico de Engaddi, en traje de fraile Carmelita, con otros eclesiásticos, cuyo ministerio era necesario en aquella solemnidad. Los dos caballeros se presentaron sucesivamente al altar, en compañía de sus padrinos, para sancionar, por medio de juramento sobre los Evangelios, la justicia de la causa que cada uno de

fendia, y pedir á Dios que el éxito del combate acreditase la verdad y la falsía de la buena y mala causa. También prestaron juramento que observarían la lealtad propia de caballeros, sirviéndose de armas comunes, sin ensalmos, encantos, ni hechicerías. Sir Kenneth pronunció los juramentos en voz firme y sonora, y con gallardo y brioso continente. Al retirarse del altar, miró á la galería, é inclinó profundamente la cabeza, en señal de respeto y veneración á las beldades invisibles que allí estaban, y á pesar del grave peso del hierro que le cubría, saltó á caballo, sin apoyarse en el estribo, tomó las riendas, y dirigió el caballo, caracoleando airosa y pausadamente, al sitio que le estaba señalado. Conrado se presentó al altar con bastante compostura, mas su voz flaqueó al articular la fórmula sagrada. Temblábanle los labios al representar aquella farsa impía, y al implorar la justicia del Cielo, para que concediese la victoria al defensor de la verdad. Cuando iba á montar á caballo, se le acercó el Gran Maestre, con el pretexto de ajustarle la gola, y le dijo en voz baja: — Cobarde, ten ánimo, y pelea como debes. Por el Cielo Santo, que si no lo haces así, y escapas de las manos del Escocés, las has de haber conmigo. »

El tono iracundo en que el Templario pronunció estas palabras, acabó de confundir al marqués, el cual tomó mal el estribo, y cayó al lado del caballo; pero se recobró muy en breve, montó con su acostumbrada lijereza, y galopó con la maestría de un jinete consumado, hasta colocarse enfrente de su adversario. Observaron estos incidentes los que espían con supersticioso anhelo todas las circunstancias que ocurrían, para vaticinar por ellas el resultado de la lucha.

Los eclesiásticos se retiraron, después de haber entonado una solemne plegaria en favor de la inocencia y de

la justicia. Sonaron entonces las trompetas del rey Ricardo, y un rey de armas proclamó en estos términos el desafío: — Aquí está el buen caballero, sir Kenneth de Escocia, campeón del rey Ricardo de Inglaterra, el cual acusa á Conrado, marqués de Mouserate, de la traición y afrenta hecha al dicho rey. »

Cuando resonó en la estension del pabellón el nombre de sir Kenneth de Escocia, que hasta entonces había sido poco conocido entre los soldados ingleses, prorumpieron todos en un murmullo de aplauso, que á pesar de los jestos y órdenes de Ricardo, duró algunos minutos, y estorbó que se oyese la respuesta del retado, la cual no era mas que una declaracion de su inocencia, y la oferta que hacia de sostenerla contra el retador, en batalla campal y cuerpo á cuerpo. Los escuderos de los campeones se acercaron entonces á cada uno de ellos, y les entregaron la lanza y el broquel, ayudándoles á colgar este del cuello, á fin de dejar libres las dos manos, una para dirigir la lanza, y otra para manejar la rienda.

En el escudo del caballero escocés, además del leopardo, que era el emblema de que habia usado desde que se habia presentado en Palestina, se veía una cadena con collar, rota en varios fragmentos, lo cual simbolizaba el cautiverio que habia sufrido. El escudo del marqués llevaba las armas de su título, que eran una roca desnuda y escarpada, y una sierra, colocada en su cima, y en actitud de partirla. Ambos blandieron las lanzas, como para asegurarse de su peso, y las pusieron en ristre. Los padriños, escuderos y comitivas se retiraron á las barreras, y los dos contrarios quedaron solos, frente á frente, caladas las viseras, y tan perfectamente ocultos bajo las armaduras, que mas que personas humanas, parecían inmóviles estatuas de hierro. Todo quedó entonces suspenso y silencioso,

como si aquella vasta muchedumbre se compusiese de troncos mudos é inanimados, oyéndose tan solo el manoteo de los caballos, que se manifestaban impacientes de su quietud, y deseosos de lanzarse á la carrera. Tres minutos duró aquella pausa general, pasados los cuales, á una señal de Saladino, cien instrumentos bélicos hirieron al mismo tiempo los aires con sus penetrantes y sonoros ecos. Los campeones apretaron espuelas, aflojaron las bridas, y se encontraron en medio de la arena, con un choque terrible como el del trueno. Ni un solo instante fué dudosa la victoria. Conrado en verdad se mostró guerrero inteligente y práctico, y su lanza vino á dar en línea recta, y con formidable empuje, en el centro del escudo de su adversario, con tanta exactitud y firmeza, que el hierro saltó en mil fragmentos. El caballo de sir Kenneth retrocedió algunos pasos, al sentir el golpe, doblándose al mismo tiempo el cuarto trasero. Sir Kenneth se rehizo, mas no así Conrado, el cual cayó de la silla, habiendo recibido en el pecho una profunda herida, en que quedó clavado el hierro de la pica de su contrario, despues de haber atravesado el escudo, el peto de finísimo acero de Milan, y una cota de malla excelente que llevaba debajo. Los padrinos, los reyes de armas, y el mismo Saladino, bajando apresuradamente de su trono acudieron á dar asistencia al herido. Sir Kenneth, que habia sacado la espada, antes de conocer la peligrosa situacion de Conrado, se acercó á él, y le mandó que confesara su delito. Los escuderos de Conrado le quitaron el yelmo, y él, fijando sus turbados ojos en el cielo, exclamó dirijiéndose á su vencedor: ¿Qué mas quieres? Dios ha pronunciado. Soy culpable; mas no el único traidor del ejército de la Cruzada. Dadme un confesor, si tenéis piedad de mi alma. Al decir estas últimas palabras, cobró algun aliento.

—El Talisman, noble hermano, gritó ansiosamente Ricardo á Saladino. Danos tu poderoso remedio.

—El traidor, respondió el monarca sarraceno, es mas digno de morir colgado por los piés en una horca, que de aprovecharse de aquel divino brevaie. La providencia, añadió contemplando de hito en hito al herido, ha dispuesto ya de su suerte, porque aunque la herida puede ser curada, Azrael le ha señalado ya con su sello.

—No importa, continuó Ricardo; ruégote que hagas por él cuanto puedas, á lo menos, á fin de que tenga tiempo para cumplir los deberes que su religion le impone. No mates el alma al mismo tiempo que el cuerpo. Media hora, no mas que media hora, le será mas preciosa en esta ocasion, que en otra la vida de cien Patriarcas.

—Los deseos de mi hermano serán satisfechos, dijo Saladino; esclavos, llevad ese hombre á mi tienda.

—No le lleveis, exclamó el Templario, que hasta entonces habia estado contemplando en silencio aquellos grandes é importantes sucesos. El archiduque de Austria y yo, que somos los padrinos de ese malaventurado príncipe cristiano, no permitiremos jamás que sea entregado á los Sarracenos, para que ejerzan en él sus ensalmos y conjuros. Está bajo nuestra proteccion, y debe quedar á nuestro cargo.

—Segun eso, dijo Ricardo rehusas el medio seguro que se presenta de curar su herida.

—No, dijo el Gran Maestre, despues de haber meditado su respuesta. Si el Soldan quiere usar medicinas legales, venga á aplicarlas á nuestra tienda, donde debe estar el herido.

—Házlo así, buen hermano, dijo Ricardo á Saladino; y este consintió en ello, aunque con repugnancia. Y ahora, continuó el rey de Inglaterra, pensemos en cosas mas alegres. Suenen los clarines: viva Inglaterra: viva

el campeón de la bandera de san Jorge. »

De pronto estalló el variado y estrepitoso concierto de atambores, clarines, trompas y timbales, y el grito simultáneo y enérgico que por muchos siglos ha sido la aclamación guerrera de las tropas inglesas, formando con los gritos irregulares y agudos de las catervas árabes, la misma contraposición que los registros de un órgano enmedio de los ruidos del huracán. Cuando hubo cesado aquel primer saludo, hecho en honor del triunfo de Inglaterra, valiente caballero del Leopardo, dijo Corazon de Leon, tú acabas de probar que el Etiope puede mudar la piel, y el leopardo sus manchas, aunque los frailes sostienen lo contrario, y citan en su apoyo no sé qué testos latinos. Mucho tengo que decirte, mas no será aquí, sino en presencia de las damas, que son los mejores jueces de los hechos de caballería, y las que tienen á su cargo darles la debida recompensa. »

El caballero del Leopardo respondió con una profunda reverencia.

—Y tú, ilustre y magnánimo Saladino, continuó el rey de Inglaterra, ruegote que también nos acompañes al pabellon de Berenguela mi esposa, la cual nada desea tanto como darte gracias personalmente por la acogida benévola y magnífica que de mi real hermano ha recibido. »

El Soldan inclinó la cabeza, y dió á entender que no podía admitir el convite.

—La obligación, dijo, me llama á la cabecera del herido. El médico no debe dejar al enfermo, ni el guerrero el campo de batalla, aunque sean convidados á fiestas como las que gozan los bienaventurados en el paraíso. Además que la sangre de los hombres de Oriente no corre, en presencia de las damas, como la de los hombres de Franchistan. El libro dice: El ojo de la mujer es como el filo de la espada del Profeta. El que no quiere quemar-

se, huya de los carbones encendidos. El hombre prudente no acerca la madero de cáñamo á la antorcha. El sabio ha dicho: Quien encuentra el tesoro ajeno, pasa sin volver el rostro á contemplarlo. »

Ricardo respetó los motivos que alegó Saladino, por lo mismo que se fundaban en costumbres tan diferentes de las suyas.

—A medio día, dijo el Soldan al separarse, espero que aceptarás un puñado de dátiles bajo la tienda de piel de camello de un jefe del Kurdistan. »

El mismo convite fué hecho á todos los personajes cristianos que se hallaban á la sazón en el campamento sarraceno, y que por sus dignidades y jerarquías podían sentarse á la mesa con aquellos dos poderosos monarcas.

—Mirad, dijo Ricardo á los suyos, cuando se hubo retirado Saladino, los añafiles anuncian que la reina y sus damas salen ya de la galería. Los turbantes se precipitan á la arena como si los hubiera tocado el ángel de la muerte. Todos se postran, y fijan las miradas en el suelo, como si los ojos del Arabe tuvieran la virtud de marchitar las mejillas de las bellas. Vamos al pabellon, y llevemos en triunfo al que ha ganado la victoria. Saladino no conoce el placer de leer en unos ojos lindos los aplausos del valor y del heroísmo. Mucho le compadezco, si solo ama como las fieras de los bosques. »

Blondel entonó un himno triunfal, cuando el campeón entró por las puertas del pabellon de Berenguela. Venian á sus dos lados, Ricardo y Salisbury, como padrinos. Arrodillóse el caballero al ver á la reina, aunque es de creer que su homenaje interior se dedicaría á Edita de Plantagenet, que estaba sentada á la derecha de aquella princesa.

—Desarmadle, bellas damas, dijo Ricardo, que se deleitaba en todos los usos y prácticas de la Caballería.

Honre y galardone la hermosura las proezas del valor.»

Por órden, y siguiendo las instrucciones del rey, Berenguela descalzó las espuelas de sir Kenneth, y lady Edita le desató las cintas del yelmo; la primera con aquella prontitud y satisfaccion con que hacia siempre cuanto podia ser grato á su esposo; la segunda, con la timidez y rubor que siente toda doncella bien nacida, al acercarse al hombre que le ha consagrado todos los afectos de su alma.

—¿Y qué esperas debajo de esa armazon de hierro? preguntó Ricardo á sir Kenneth, al quitarle de la cabeza el yelmo, que dejó descubierto el rostro en que se pintaban los sentimientos que en aquel instante luchaban en su corazon. ¿Qué pensais de este paladin, damas y caballeros? ¿Crecis que es un esclavo etiope, ó bien un aventurero oscuro y sin nombre? Pues no es ni uno ni otro. Se ha arrodillado, conocido tan solo por sus hechos y hazañas; pero se levanta tan ensalzado por el nacimiento como por la fortuna. Alzaos, noble David, conde de Huntingdon, príncipe real de Escocia.»

Estas palabras escitaron una exclamacion jeneral de aplauso y de sorpresa. Edita mudó de color, y dejó caer el yelmo que acababa de recibir de manos de Ricardo.

—Sí, dijo el rey, aquí teneis al heredero de la corona de mi vecino. Escocia faltó á la palabra que nos habia dado de enviar á la conquista de Tierra Santa sus mejores y mas nobles guerreros, mandados por este valiente príncipe, el cual, lleno de honor é intrepidez, y creyendo que seria denuesto de su fama dejar de concurrir á tan noble y santa empresa, se reunió con nosotros en Sicilia, bajo el nombre de sir Kenneth, el del Leopardo dormido, y acompañado por unos pocos guerreros y fieles servidores, á que se agregaron despues otros de la misma nacion,

que se alistaron bajo sus banderas, sin saber la condicion illustre del jefe que los mandaba. Todos los confidentes del príncipe han sido víctimas de los azares de la guerra y de los estragos de la enfermedad. Uno solo ha sobrevivido, y tan escrupulosamente ha sido guardado este secreto, que por ignorarlo yo, me he espuesto á cortar de un golpe las esperanzas de una de las mas illustres familias de Europa. ¿Por qué no me descubristeis vuestro nombre, valiente Huntingdon, cuando ibais á ser víctima de mi cruel y precipitada sentencia? ¿Temiais que Ricardo abusara del acaso que trajo á sus manos al heredero de un monarca contra quien tantas veces ha esgrimido las armas?

—Nunca os hize tamaña injusticia, gran Ricardo, respondió el conde de Huntingdon; pero mi orgullo me prohibia salvar mi vida á la sombra de mi verdadera condicion, cuando el delito que se me imputaba era contrario al honor y á la lealtad. Además, habia hecho voto y juramento de no descubrir mi nombre hasta la terminacion de la Cruzada. Y en efecto solo lo revelé *in articulo mortis*, y bajo el secreto de la confesion, al santo anacoreta de Engaddi.

—Y aun por eso, dijo el rey, se mostró tan empeñado en que yo revocase la sentencia. Razon tuvo en verdad cuando dijo que llegaria el tiempo en que yo desearia rescatar mi imprudencia con la pérdida de un miembro de mi cuerpo. No digo yo un miembro; la vida hubiera dado de buena gana por borrar tan feo baldon, pues el mundo hubiera dicho que Ricardo habia abusado de la confianza y jenerosidad de un príncipe cristiano, y de la condicion en que voluntariamente se habia puesto el heredero de Escocia por los mas nobles y honoríficos motivos.

—¿Será posible saber, pregunto Berenguela, cuál fué la estraña é imprevista casualidad que descubrió;

Vuestra Majestad este arcano?

—Las últimas cartas de Inglaterra, dijo Ricardo, me decían, entre otras desagradables noticias, que el rey de Escocia se había apoderado de tres nobles ingleses cuando iban de romería á San Ninian, bajo el pretexto de tener rehenes por la seguridad de su hijo, de quien acababa de saber que estaba en mis reales, aunque hasta entonces le había creído alistado entre los caballeros teutónicos, y haciendo guerra en sus filas contra los paganos de Borussia. Esto fué lo que me dió la primera luz sobre la verdadera condicion de sir Kenneth de Escocia. Confirmáronse mis conjeturas, cuando sir Tomás de Vaux regresó de Ascalon, trayendo consigo al único resto de la comitiva del conde, el cual era un escudero tan afecto á su amo, como testarudo y desacordado, puesto que anduvo treinta leguas para confiar al baron el secreto que hubiera debido descubrir al rey de Inglaterra.

—El pobre Straughan merece alguna disculpa, dijo sir Tomás; sabía por experiencia que mi corazon es algo mas blando que el de quien se llama Plantagenet.

—Blando como el hierro, contestó el rey, ó como los pedernales de Cumberlandia. La familia de Plantagenet no desconoce los sentimientos tiernos y afectuosos, y en prueba de ello, Edita, dame tu mano, y tú, príncipe de Escocia, dame la tuya.»

Edita, que se había puesto de mil colores, cuando el rey le dirigió la palabra, respondió con la afectada intencion de poner á prueba la credulidad de su augusto pariente: ¿Qué hace, ó qué pretende hacer Vuestra Majestad? ¿Ha olvidado que mi mano debe ser el instrumento de la conversion del Arabe y del Sarraceno, de Saladino, y de sus cien tribus?

—El viento de la profecía sopla ahora por otro lado, respondió Ricardo.

—No te burlas de los decretos divinos, dijo el anacoreta, que á la sazón entraba en el pabellon. Los cielos escriben la verdad en sus resplandecientes anales; pero los ojos del mortal están ofuscados por la culpa y la flaqueza. Sabe que cuando Saladino y Kenneth de Escocia se alojaron en mi gruta, leí en las estrellas que mi techo cubría aquella noche á un príncipe, enemigo natural de Ricardo, con quien uniría su destino Edita de Plantagenet. Presumé que esta predicción se refería á Saladino, á quien conocía muy particularmente, por haber venido muchas veces á mi habitación, á conversar conmigo sobre el curso de los planetas y otros puntos de astrología. Las luces de las estrellas decían tambien que este príncipe, el futuro esposo de Edita, sería cristiano, y yo, pobre y desacordado intérprete, inferí de aquí la conversion de Saladino, de cuyas buenas prendas se debía esperar que abriría los ojos al conocimiento de la verdadera religion. Ahora he conocido mi ignorancia, y he humillado mi frente hasta el polvo, pero el polvo me ha dado consuelo. No he sabido leer el destino de los otros; ¡ay de mí! ¿cómo podré penetrar en los arcanos del mío? Dios no permite que se alee el velo bajo el cual se ocultan los misterios del porvenir y los tesoros de su sabiduría. Aguardemos el día en que todo se descubra, con temor y con esperanza; preparémonos con ayuno y mortificacion. Yo vine aquí con el orgullo de un profeta para instruir á los reyes, y envanecido con la creencia de que me inspiraba la luz sobrenatural; mas sobrecargado al mismo tiempo con un peso superior á mis débiles fuerzas. Pero ya se rompió la ilusion; ya conozco mi miseria. Perdon, Dios mío; en tí confío, y en tí espero.»

Dijo y se retiró apresuradamente, y cuenta la historia que desde aquella ocasion, pocas veces sintió los

Impetus frenéticos que tanta fama le habian dado entre los Arabes; que sus penitencias eran mas suaves, y mas seguras sus esperanzas. La idea de haber hecho una predicción falsa, obró en él como la pérdida de sangre en el cuerpo humano, calmando la efervescencia de su cerebro y la irritablez de sus pasiones.

Es inútil entrar en los otros pormenores de la conferencia que tuvieron aquellos eminentes personajes en la tienda de Berenguela. Probablemente David, conde de Huntingdon, no guardaría delante de Edita de Plantagenet el mismo silencio que cuando tuvo que representar en su última entrevista el papel de un mudo etíope. Nuestros lectores saben que en ocasiones semejantes no faltan palabras que interpreten los sentimientos de un corazón enamorado y tanto tiempo comprimido por el respeto y por las circunstancias.

Acercábase la hora de mediodía, y Saladino esperaba á sus ilustres huéspedes en una tienda que solo por su vasta estension se distinguia de la comun habitacion del Arabe y del Kurdo; pero bajo su negro y sencillo techo se habia preparado un banquete en que lucian toda la prodigalidad y todo el esplendor de las cortes de Oriente. No nos detendremos en describir los magníficos brocados, los vistosos bordados arabescos, los *chales* de Cachemira, las delicadas y transparentes muselinas de India que adornaban lo interior de la tienda; ni tampoco los manjares y compotas, las enormes columnas de aves asadas, dispuestas en ricas fuentes de oro, plata y porcelana, y las anchas baquetas de sorbete, helado con el hielo y la nieve de las cavernas del monte Líbano, que se sirvieron en aquella ocasion, sobre costosas y matizadas alfombras, de las mas raras y finas que se tejen en Persia. Al testero de la mesa habia una fila de multidos y soberbios cojines, destinados para

Saladino y para los mas dignos é ilustres de sus huéspedes. Del techo y de los pilares que lo sostenian, colgaban innumerables banderas y pendones, trofeos de las victorias ganadas, y de los reinos sometidos por el Soldan. Entre ellas se distinguia la bandera de la muerte, que pendia de una lanza dorada, y en la que se leia esta inscripcion: SALADINO REY DE REYES, SALADINO VENCEDOR DE VENCEDORES, SALADINO HA DE MORIR. En medio de este suntuoso aparato, estaban distribuidos en sus respectivos puestos los esclavos que habian de servir el banquete, silenciosos é inmóviles como estatuas en torno de un monumento, ú mas bien como autómatas que aguardan la señal del artífice para ponerse en movimiento.

El Soldan se paseaba por la tienda esperando á sus huéspedes. De pronto se acordó de un horoscopo que le habia enviado el anacoreta de Engaddi, y como, aunque sabio y poderoso, daba asenso á las supersticiones y falsas creencias que dominaban en su siglo, se detuvo á contemplar aquella obra misteriosa.

—Estraña ciencia, por cierto, decia á sus solas, que pretende descorrer la cortina del porvenir, y en lugar de guiar, descarria, y en lugar de iluminar, deja en tinieblas á sus adeptos. Al ver esta posicion de los astros, y las consecuencias naturales que de ella debian sacarse, ¿quién no diria que era yo el contrario poderoso de Ricardo, cuya enemistad debia terminar por un enlace con una princesa de su familia? Y el resultado ha sido un casamiento entre este Escocés y la parienta del rey, por cuyo medio se reconcilia con un enemigo menos fuerte, pero mas temible que yo, como el animal doméstico es mas peligroso que el leon que ruje en un desierto lejano. El horoscopo dice que el futuro marido de la princesa seria cristiano, y de aqui infirió el insen-

sato monje que yo debía abandonar la fe de mis padres. ; Yo.... el mas fiel de los creyentes ! ; Yo..... el mas celoso de los defensores del Profeta ! Apartate de mí, insana y páfida prediccion, dijo arrojando el horoscopo al suelo ; indigna del hombre sabio es la ciencia que te ha dictado, puesto que engaña con la verdad, y produce con ella todos los efectos de la mentira.»

Al terminar estas reflexiones, entró en la tienda el enano Nectabano, extraordinariamente ajitado y despa- vorido, contraidas todas sus facciones, y abriendo una boca desmesurada, que daba mayor realce á la irregularidad de su rostro.

—¿Qué solicitas? preguntó Saladino.

—*Accipe hoc*, respondió gruñendo la diforme criatura.

—¿Qué dices? exclamó airado el Soldan.

—*Accipe hoc*, repitió el enano, sin saber que era la misma respuesta que habia dado antes.

—No estoy ahora para locuras, dijo Saladino.

—Tampoco estoy yo de humor de decirlas, repuso Nectabano, sino es cuando no puedo ganar de otro modo el pan que me alimenta. Oyeme, gran monarca.

—Seas loco ú cuerdo, dijo el Sarraceno, si vienes á pedir justicia, dispuesto estoy á escucharte.» Saladino se retiró con el enano á lo interior de la tienda.

La conferencia fué muy en breve interrumpida por los ecos de los clarines, que anunciaban la llegada de los príncipes cristianos, á quienes Saladino recibió con la dignidad y cortesía propias de su urbanidad, y correspondientes á tan distinguidos personajes. Hechos los saludos jenerales, se acercó al conde de Huntingdon, á quien dió la enhorabuena por la feliz mudanza de su suerte, aunque en parte habia frustrado sus propios designios, y disipado sus esperanzas.

—Pero no pienses, intrépido jóven, añadió el monarca sarraceno, que el príncipe de Escocia es mas precioso á los ojos de Saladino, que Kenneth lo fué á Ilderim, cuando se encontraron en el desierto, ni que lo fué el desventurado Etíope á El Hakim Adonebec. Un ánimo valiente y jeneroso como el tuyo no aumenta su precio por el nacimiento ni por la condicion, como el sorbete que voy á presentarte no pierde ni realza su perfume ni su frescura por estar en una vasija de barro ú en una de oro.»

El conde de Huntingdon contestó en los términos mas corteses, reconociendo los varios é importantes favores que habia debido á la magnanimidad de su huésped, y al gustar el sorbete que este le presentaba, observó sonriéndose que Saladino entendia mas de hielos y de nieves que Ilderim, puesto que este ignoraba los efectos que produce el frio en el Océano.

—Un Arabe vagamundo, un Kurdo grosero, dijo el Soldan, no puede poseer los conocimientos de un médico docto como El Hakim. El que se disfraza debe hablar y opinar segun el traje de que se ha vestido. Mi intencion era saber cómo se conduciria un caballero de Franchistan con un guerrero desnudo de instruccion y educado en los arenales del Africa. Por esto finjé dudar de un hecho conocido, para saber de qué medios te valdrias para responder á mis objeciones.»

Durante esta conversacion, el archiduque Leopoldo, que se habia quedado á cierta distancia, empezó á hacer grandes exclamaciones al ver las copas de sorbete, y tomó la que el conde habia dejado, despues de haber bebido un poco.

—Deliciosa bebida,» exclamó el Austriaco, cuando la probó, y tal efecto debia parecerle, no solo por la sed que en aquellos climas se siente, si no tambien por la que le habian

ocasionado los desórdenes de la noche anterior. Despues de haber calmado el ardor que le devoraba, entregó la copa al Gran Maestre de los Templarios. Saladino hizo una seña al enano, el cual se presentó en medio de la concurrencia y exclamó en áspera voz: *accipe hoc*. El Templario quedó espantado, como el caballo que descubre al leon escondido en la maleza que guarnece el camino: recobróse sin embargo, y para disimular su confusion, iba á aplicar la copa á los labios, mas estos no llegaron á tocar el borde. Saladino sacó la cimitarra con la prontitud del rayo que hiende la nube, la alzó con ímpetu, y la cabeza del Templario rodó á la estremidad de la tienda. El cuerpo permaneció inmóvil por el espacio de un segundo, con la copa en la mano; despues cayó de golpe, mezclándose con el licor la sangre que brotaba de las venas.

Estalló entonces el grito jeneral de traicion en todos los ángulos de la tienda. Leopoldo, que estaba cerca de Saladino, dió un paso atrás, temeroso sin duda de experimentar la misma suerte que su amigo. Ricardo y los otros príncipes echaron mano á las espadas.

—Nada temas, noble archiduque de Austria, dijo Saladino, tan sereno como si nada hubiera ocurrido; ni tú te inquietes por lo que acabas de ver, hermano Ricardo. No ha muerto á mis manos ese perverso por sus innumerables traiciones, aunque cada una de ellas merecia la misma pena: no ha muerto por el plan que habia trazado contra la vida del rey de Inglaterra, como su escudero lo ha declarado; no por habernos perseguido al príncipe de Escocia y á mí en el desierto, obligándonos á salvar la vida por la lijereza de nuestros caballos; no por haber incitado á los Maronitas á atacarnos en aquella misma ocasion, lo que hubiera conseguido, si no hubieran acudido inesperadamente

los Arabes de mi escolta: sino por que hace media hora que ha contaminado nuestra presencia, como el viento del desierto contamina la atmósfera, dando muerte con sus manos á su compañero, á su amigo, á su cómplice Conrado de Monserrate, evitando de este modo que se descubriesen los planes inicuos en que ambos tenian parte.

— ¡Cómo! exclamó Corazon de Leon. ¡Monserrate asesinado! ¡Y por manos del Gran Maestre! ¡Por su confidente y padrino! Noble Soldan, yo no dudo de tus palabras; mas un hecho de tanta importancia requiere pruebas irrefragables.

—Aquí están las pruebas, dijo el Soldan, señalando al atónito Nectabano. Alá, que envia la luciérnaga para iluminar las tinieblas de la noche, descubre los crímenes secretos por los medios mas humildes.»

El Soldan refirió entonces lo que habia sabido de boca del enano, que se reducía á lo siguiente: movido por su insensata curiosidad, como él mismo confesó con sendos llantos y sollozos, Nectabano se habia introducido en la tienda de Conrado, en la que ya no se hallaba ninguno de los individuos de su comitiva, pues los unos se habian puesto en camino, para llevar la noticia de lo ocurrido á su hermano, y los otros estaban comiendo y bebiendo en las mesas dispuestas por orden del Soldan. El herido dormia profundamente, gracias al influjo del poderoso talisman de El Hakim: de modo que el enano le estuvo considerando á sus anchas, hasta que oyó los pasos de una persona que entraba en el pabellon, y entonces, sobrecojido de espanto, se ocultó detrás de una cortina. El Gran Maestre se acercó al marqués, despues de haber asegurado por dentro la mampara de la tienda. Su víctima despertó con sobresalto, y sin duda sospechó las intenciones del malvado, pues le preguntó con inquietud y re-

celo porqué venia á interrumpir el sueño de que disfrutaba.

—Vengo, respondió el Templario, á confesarte, y á darte la absolucion.»

El enano no pudo acordarse de la conversacion que los dos tuvieron, porque su miedo era superior á su curiosidad: solo tenia presente que Conrado le suplicó no amargase los últimos momentos de su vida, y que el Templario le hirió en el corazon con un puñal turco, pronunciando al mismo tiempo las palabras *accipe hoc*, palabras que se grabaron profundamente en la aterrada imaginacion del oculto testigo.

—Yo me he asegurado, dijo Saladino, de la verdad de la historia, haciendo examinar cuidadosamente el cadáver de Monserrate, y para cerciorarme mas del autor del crimen, mandé á ese enano repitiese en vuestra presencia las palabras del asesino: todos habeis visto el efecto que produjeron en su conciencia.»

El Soldan concluyó, y el rey de Inglaterra rompió el silencio jeneral.

—Si lo que acabas de decir es cierto, y yo estoy muy lejos de dudarlo, menester es confesar que hemos sido testigos de un gran acto de justicia, aunque al principio presentó un aspecto harto diferente. Mas ¿porqué se han manchado tus manos con la sangre de ese inícuo, y porqué le has dado muerte en nuestra presencia?

—No fué esta mi primera intencion, dijo Saladino, pero me fué preciso aprovechar el tiempo, porque si le hubiese dejado gustar de mi copa, como ya iba á hacerlo, ¿cómo me hubiera sido posible, sin faltar á las santas leyes de la hospitalidad, darle el castigo que merecia? Aunque hubiera vertido la sangre de mi padre, no podía yo tocar á un cabello de su cabeza, después de haber gustado la vianda ó el licor de mi tienda. Mas basta de esto, y aléjese para siempre de nosotros su cadáver y su memoria.

Los esclavos de Saladino llevaron el cuerpo, y limpiaron las trazas de aquel suceso, con tanta prontitud y destreza, que bien se conocia estaban acostumbrados á escenas de aquella naturaleza en el servicio de su señor.

Pero los príncipes cristianos, á quienes aquella inesperada catástrofe habia hecho una profunda impresion, y que la comentaban de diversos modos, segun sus opiniones y partidos, se sentaron, silenciosos y confusos, al rededor de la mesa, no obstante las instancias que Saladino les hacia, para que disfrutasen sin enojo ni pesadumbre de los placeres del banquete. Ricardo fué el único que se manifestó tranquilo y sereno, porque su alma grande y jenerosa no podia abrigar largo tiempo las espinas de la sorpecha, ni sostener el peso del embarazo. Sin embargo, de cuando en cuando parecia distraido, como si estuviese pensando en alguna negociacion grave, y buscando palabras para darle á entender, sin escitar enojo ni ofensa. Al fin, después de haber bebido una gran taza de vino, preguntó al Soldan, si era cierto que habia hecho la honra al conde de Huntingdon al medir con él sus armas.

Saladino respondió sonriendo que habia probado sus armas y caballos con el heredero de Escocia, como suelen hacer dos soldados de ejército enemigos, cuando se encuentran en el desierto, y añadió modestamente que, aunque el combate no fué decisivo, él por su parte no tenia gran motivo para envanecerse del éxito. Al cual el Escocés respondió que el Soldan, en aquella ocasion, habia manifestado su superioridad como guerrero y como jinete.

—Harto honor, dijo Ricardo, ha cabido en el encuentro, y mas lo envidio que las sonrisas de lady Eta de Plantagenet, aunque una de ellas basta á galardonar un año de combates y proezas. Pero ¿qué decís, príncipes y nobles personajes? ¿Será

sible que se disuelva esta gloriosa reunion de caballería, sin dejar nada que decir á los futuros siglos? ¿Qué importa la muerte de un traidor á la nata del honor, de la lealtad y del heroísmo? ¿Nos hemos de separar, sin hacer algo digno de tan ilustres compañeros? ¿Qué decís, hermano Saladino? ¿No sería bueno que tú y yo terminásemos de un golpe, delante de estos nobles espectadores, esa larga contienda sobre la tierra de Palestina, poniendo fin en un momento á guerras tan largas y enojosas? Todavía están puestas las barreras, y el paganismo no puede hallar un campeón mas digno ni mas seguro que tú. Aunque menos digno que el Soldan de Egipto, yo lanzaré el guante en defensa de la Cristiandad, y así podremos, con todo honor, y sin odio personal, darnos combate de muerte por la posesion de Jerusalem.»

Todos los concurrentes aguardaban silenciosos y atentos la respuesta del Soldan. Subiósele el color á las mejillas, y jeneralmente creían los convidados que vacilaba entre admitir ó no aquel inesperado desafio. Al fin dijo: — Alá daría fuerza á mi brazo, si le empleara en combatir por la Santa Ciudad, contra los que nosotros miramos como idólatras, que adoran leños, guijarros, simulacros hechos por la mano del hombre. Si, por el contrario, cayese bajo el acero de Mellec Ric, no podia entrar en el paraíso con muerte mas gloriosa. Pero Alá ha dado los muros de Jerusalem á los verdaderos creyentes, y sería tentar al Dios del Profeta confiar á mi vigor y destreza lo que puedo mantener por la superioridad de mis armas.

— Si no por Jerusalem, dijo Ricardo, como si pidiera una gracia á su superior, á lo menos, por deseo de fama y gloria, corramos tres lanzas.

— Ni aun eso me es lícito, respondió Saladino, sonriéndose al ver la decidida afición de Ricardo á peligros y combates. El dueño pone el pastor

á la cabeza del rebaño, para bien y seguridad de este, y no para recreo y satisfaccion del pastor. Si tuviera un hijo á quien entregar el cetro, en el lecho de la muerte, podría admitir este glorioso partido, al cual se siente muy inclinada mi voluntad. Pero tus libros dicen: hiere al pastor, y se esparcirán las ovejas.

— Tú has sido mas dichoso, repuso Ricardo medio enojado, y volviéndose al conde de Huntingdon. El mejor año de mi vida diera yo de buena gana por la media hora que pasastes junto al Diamante del desierto. »

La caballerosa estravagancia de Ricardo despertó el buen humor de los concurrentes. Terminado el banquete, y cuando ya estaban todos en pié para retirarse, Saladino se adelantó, y tomó la mano á Corazon de Leon.

— Noble rey de Inglaterra, le dijo, vamos á separarnos para siempre. Que vuestra liga cristiana se ha disuelto, y que tus fuerzas solas no bastan á seguir esta atrevida empresa, es notorio á todos los presentes. Tú lo sabes, y yo no lo ignoro. Yo no puedo cederte esa Jerusalem que tanto ambicionas. Santa es á los ojos de los Mahometanos, como á los de los Nazarenos. Fuera de esto, todo lo que Ricardo pida á Saladino, será tan fácilmente concedido, como la fuente del desierto concede sus cristales al viajero. Saladino lo promete, y así lo hará, aunque Ricardo se presente en el desierto con dos ballesteros por escolta »

El rey de Inglaterra volvió el día siguiente á su campamento, y poco tiempo despues el conde de Huntingdon dió la mano de esposo á Edita de Plantagenet. El Soldan envió por regalo de boda el famoso talisman, y aunque por su medio se hicieron muchas curas en Europa, ninguna de ellas tuvo tanto éxito ni celebridad como las que el mismo Soldan habia conseguido. Todavía existe esta allaja.

la cual fué legada por el conde de Huntingdon á un valiente caballero de Escocia, llamado sir Mungo de Lee, en cuya ilustre y antigua familia se conserva, y aunque la farmacopea moderna desecha el uso de las piedras encantadas, aun se suele

aplicar el talisman en casos de hidrofobia.

Aquí termina nuestra historia: en las de aquellos siglos se refiere cómo Ricardo evacuó las tierras que había conquistado.



El Sitio
DE LA ROCHELA,

6

El infortunio y la conciencia,

POR MADAMA GENLIS,

Nueva traducción por E.

El Sitio de la Rochela.

A la caída del mas hermoso día de un ardiente verano, el jóven y virtuoso Valmore y su respetable hermana, cansados de un largo paseo que habían dado por el campo, se detuvieron á la entrada de una pradería. Valmore, que llevaba de la mano á su hijo Julio, le permitió que fuese á cojer flores, y este, con la alegría propia de su poca edad, se alejó corriendo. Valmore se sentó al lado de su hermana, sobre un pequeño otero cubierto de verde y menuda yerba, y cruzando las manos sobre el pecho, contemplaba con arrobamiento un pais encantador. De cuando en cuando sus ojos se dirigian á Julio y se fijaban en esta amable criatura, objeto de su mas tierna solicitud y de sus mas lisonjeras esperanzas. Valmore abandonándose á las gratas ilusiones de su fantasia, goza de su felicidad y de sus proyectos; él puede, sin remordimientos y sin necesidad de arrepentirse, excitar en sí la memoria de lo pasado, ¡se atreve á contar con el porvenir!... Despues de un largo silencio, se vuelve hácia su hermana, y tomándole afectuosamente una mano, que aprieta entre las suyas:—¡Oh mi querida Amelia, la dice, qué benigna estrella me ha visto nacer bajo su influencia! Tu sabia vigilancia me ha preservado de los extravíos demasiado comunes en la juventud; la diferencia entre tu edad y la mia, sin

ser tan grande que pudiese destruir entre nosotros la igualdad fraternal, ha bastado para darte sobre mí todos los derechos y toda la autoridad de una aya y de una madre. Sujeta, como todas á sinsabores y penas, has tenido que llorar la muerte de los autores de nuestros dias: en aquella época era yo demasiado niño para participar de tu dolor; desde entonces, guiado por tí, he tenido acierto en todas mis operaciones. Es verdad que he perdido la compañera que me habias dado; una esposa virtuosa y madre de Julio debía sin duda serme muy querida; pero su corazon poco sensible, como tú sabes, no inspiraba al mio mas que una fria estimacion; yo he sentido su pérdida sin dejar de ser feliz. Una herencia tan pingüe como es la del duque de***, asegura á Julio un título brillante y una fortuna inmensa; y, sin perjudicar á los intereses de mi amado hijo, puedo al fin disponer libremente de mi corazon y de mi mano. Sin duda, respondió Amelia suspirando, teniendo solamente veinte y seis años, es muy natural que desees contraer un nuevo enlace. Pero ahora eres dichoso, y vas á entrar en una nueva carrera... Tu porvenir me ofrecia una perspectiva brillante y serena; y al presente la veo cubrirse de una negra nube. ¡Es tan jóven aquella con quien vas á enlazarte! ¡Clara no tiene mas

que diez y siete años!.. ¡Pero es tan sencilla y tan pura! ¡hermana, con toda la inocencia de su edad, tanta discrecion y un carácter tan perfecto! Confieso que es un ángel; y como por otra parte es de ilustre nacimiento, nada tiene de particular que des la preferencia á Clara sin bienes de fortuna, sobre esa rica heredera que el cardenal de Richelieu queria darte por esposa. —¿Porqué pues, hermana mía, parece que te aflige este himeneo? —¡Ah! ya te lo he dicho otras veces; siento una aversion invencible al padre de Clara, á este taciturno Montalban, cuya repugnante fisonomía forma un contraste tan señalado con la aparente dulzura de sus palabras. —No puedo concebir, atendida la indulgencia natural de tu carácter, cómo puedes abrigar una prevenccion tan tenaz contra un sujeto en quien hasta ahora nada has visto reprehensible. —¿Qué quieres que te diga? Él me da miedo. Yo descubro algo de espantoso en sus lóbregas miradas siempre errantes, cuando otro clava en él la vista; siempre fijas, cuando cree que no le miran. Él no observa, él espía mas bien con una inquietud que da indicio de una conciencia desasosegada. Por otra parte, todo es misterioso en su conducta y en su vida. Nacido en Francia, ha pasado veinte años en Alemania, los quince desde que envió, y sin embargo envió á Francia su hija única que estaba todavía en mantillas. Ella ha sido educada en el convento con cierta magnificencia; ningun gasto se ha perdonado para su instruccion; y con todo su padre está arruinado; no se sabe lo que él ha hecho, ni qué puesto ocupaba en la corte del Elector de... Por una contradiccion inexplicable, enviaba á su hija joyas de mucho valor y pedrería, sin haber hecho jamás un solo viaje para visitarla. Deja entrever que esta gozará algun día de una fortuna considerable, y rehusa dar esplicaciones sobre el par-

ticular. Por fin, él no la conoce sino de un año á esta parte; y, frio y severo con ella, no parece que le tenga el menor cariño. —¿Qué nos importa la singularidad de su carácter? Él no ha educado á Clara... Gracias á Dios, no hay entre ellos el menor rasgo de semejanza.» Al oir estas palabras, Valmore se sonrió, y mudó de conversacion. Pocos momentos despues, el cielo se cubrió de nubes, y un horroroso trueno hizo resonar el valle... —Julio, Julio,» exclamó Valmore fuera de sí, corriendo hácia la pradera. Deslumbrado por el resplandor de un relámpago, habia creído ver al otro lado de ella á Julio abrasado por el rayo. Pero Julio se halló luego entre sus brazos. Despues de una agitacion tan violenta, el ánimo demasiado conmovido no puede abrirse de nuevo fácilmente á una alegría pura y cabal. Este espectáculo habia trastornado á Valmore de tal manera, que llegó á conocer por primera vez la posibilidad de perder su hijo. ¡Ah! ¡Qué padre tuvo jamás de su propio movimiento esta triste prevision! ¡el amor convierte tan facilmente en certidumbre la esperanza de que nuestros hijos nos sobrevivirán! ¡y divisamos su sepulcro á una distancia tan grande del nuestro! ¡Ay! este es un deseo de la naturaleza mejor que no una ley; es una promesa necesaria, pero á menudo fementida, y que á nuestra vista puede ser quebrantada mil veces, sin que perdamos jamás enteramente la seguridad que ella nos da. Valmore con un movimiento apasionado estrechaba á Julio contra su corazon. Una profunda tristeza estampaba en su alma abatida los mas aciagos presentimientos; las lágrimas inundaban su semblante; Amelia le hablaba, pero en vano, él no la escuchaba. No obstante al cabo de algunos minutos se sosegó un poco. Entonces Amelia le instó para que volviesen á su castillo, observando que el horizonte cargado y los frecuentes

relámpagos presajaban otra tempestad. — Sí, respondió Valmore suspirando, el rayo se oculta bajo de estas espesas nubes, y ¡hace un momento que el cielo estaba sereno y despejado! ¡Ay! ¡imájen harto fiel de la vida, y tal vez de mi porvenir!» Al decir estas palabras, se levantó; cogió de la mano á Julio, porque en estos momentos de agitacion no habria permitido que se apartase de él, y echó á andar tristemente hácia su castillo.

Tan dolorosas impresiones las borró en breve la presencia de Clara que, habiendo salido del convento, llegó aquella misma noche con su padre. Las bodas debian celebrarse luego que Montalban hubiese regresado de un viaje de algunos dias que iba á emprender.

Clara, entonces á la edad de diez y siete años, sensible, inocente é ingenua, amaba á Valmore sin inquietud, y sin esforzarse á disimular los sentimientos tan puros que él le habia inspirado. Respetaba tanto á Valmore que, al mismo tiempo que buscaba los medios de agradarle, aspiraba principalmente á granjearse su estimacion. El voto de Valmore era para ella de un precio inestimable; y ni estaba segura de la rectitud de sus mismas intenciones, sino cuando habian merecido la aprobacion de aquel. A una alma tan candorosa y sensible juntaba Clara todas las prendas exteriores. Su tez blanca como la azucena, sus facciones delicadas y regulares, y su talla, á un tiempo alta, esbelta y majestuosa, daban á su incomparable belleza un carácter anjelical.

Solo habia un año que Clara conocia á su padre; y no habiendo recibido jamás de él la menor señal de ternura, no podia hacer mas que respetarle, y aun temerle. Montalban habia deseado mucho al principio la union de Valmore y de Clara; pero era por el error en que estaba sobre

el patrimonio de Valmore. Viéndole poseedor de una de las mas hermosas fincas de todo el reino, habia creido que podria disponer de ella en favor de los hijos de segundo matrimonio, y esto era lo que Valmore no podia hacer. El duque de..., padre de la primera mujer de Valmore y del mismo nombre que este, habia sobrevivido tres años á su hija, y al morir habia legado á su yerno aquella posesion bajo las condiciones siguientes: «que este tendria el usufructo de ella durante su vida, si no pasaba á segundas nupcias; en cuyo caso hasta despues de su muerte no iria la finca á poder de Julio; pero que, volviendo á casarse Valmore, Julio, al salir de su menor edad, entraria en el dominio de aquella; y finalmente que, si Julio premoria á su padre sin dejar hijos legítimos, Valmore la adquiriria en plena propiedad.»

Luego que Montalban tuvo conocimiento de estas disposiciones, formó el proyecto de estorbar el casamiento, no por el interés de Clara, sino por consideraciones personales á las que queria sacrificarlo todo.... Una ardiente pasion al juego y una serie de desórdenes secretos habian consumido todos sus bienes. Entre sus deudas habia una sobre todas, que ponía en gran riesgo su reputacion y su libertad. Si Clara lograba un establecimiento muy ventajoso, Montalban, sin necesidad de recurrir al marido de aquella, tenia un medio seguro para pagar su deuda; pero este debia faltarle, no haciendo Clara mas que un medianio casamiento. Valmore, propietario de los bienes del duque de..., era uno de los mejores partidos de Francia; pero, sin esta herencia, no era mas que un partido regular. Montalban, pues, estuvo al canto de romper con Valmore; pero con todo disimuló cuidadosamente este intento, y bien pronto, mudando de idea, se decidió á consentir en esta union, sin que nadie hubiese

tenido tiempo para sospechar la irresolucion en que habia estado acerca de este asunto.

Montalban era uno de aquellos entes monstruosos que es imposible pintar: el conocimiento mas profundo de los hombres, de sus pasiones y de sus vicios, no es bastante para hacernos penetrar en lo interior de un corazon que ya no tiene rastro de humanidad; una corrupcion anticipada habia envilecido su alma desde la niñez; sus fogosas pasiones abultaban sus vicios; cada uno de sus proyectos era una trama oscura; sus deseos, sus votos, sus esperanzas mismas eran otros tantos delitos.

Entretanto se iban haciendo los preparativos para las bodas de Valmore y Clara. Valmore era dichoso por sí mismo, por el contento que reinaba en toda la familia, y sobre todo por la sencilla alegría de Julio, y por el tierno amor de Clara hacia este niño á quien él idolatraba. Quería confundir en su corazon estos dos objetos tan queridos, y que Clara hiciese lo mismo en el suyo con Julio y con Valmore. Mandó hacer el retrato de Clara de grandor natural, teniendo á Julio en sus brazos, y le colocó en su gabinete. Regaló á Clara un brazaletes con su retrato y el de Julio, y Clara lo hizo roblar en su brazo, á fin, dijo ella, de guardarlo hasta la muerte. La alegría se habia hecho tan jeneral en el castillo, que hasta el mismo Montalban aparentaba gozar de ella. Clara lo reparó con una grata satisfaccion; pero cuando tuvo ocasion de hablar á su padre sin testigos, no pudo menos de experimentar cierto temor, al observar que su tono era mas siniestro y sus modales mas toscos y feroces que de ordinario.

Una mañana que Montalban habia salido á caza, entregaron á Clara una cajita que venia de Alemania, y suponian dirigida á ella, pues nadie habia sabido leer el sobrescrito que

estaba en aleman. Clara muy á menudo recibia directamente de Alemania remesas de joyas y pedrería. Montalban le habia dicho que aquellos regalos venian de un pariente que él tenia en el principado de***, y que no escribia nunca, por no saber el francés. Clara recibia con agradecimiento estos magníficos presentes, sin pararse en reflexionar sobre la singularidad del profundo silencio de su bienhechor.

No dudando, pues, que la cajita era para ella, la puso encima de una mesa, y la abrió; pero quedó muy sorprendida al ver que no contenia mas que un pañuelo de seda azul con guarnicion encarnada, un gran cuchillo con mango de ébano, y una escala de cuerda. Entonces miró el sobre con atencion, y conoció que aquel recado iba dirigido á su padre. Como temia escesivamente la dura severidad de este, sintió en extremo haber abierto la cajita; pero creyó que podría volver á cerrarla de modo que él no lo conociese. En aquel momento pasó Valmore por delante de su ventana que estaba abierta, y situada en un cuarto bajo que daba al jardin. Paróse; y aunque Clara le volvia las espaldas, no por eso dejó de ver el cuchillo, el pañuelo de seda azul, y la escala de cuerda que ella tenia en las manos, y que se preparaba á meter otra vez en la cajita. Despues de haber observado algunos instantes en silencio y sin ser visto, Valmore continuó su camino, y fué á llamar á la puerta de Clara, para preguntarle si queria ir á dar un paseo. Al tiempo de abrir Valmore la puerta, Clara, creyendo que era su padre, se puso colorada, y se apresuró á cerrar la cajita y esconderla, echándole encima un gran velo de muselina que habia sobre la mesa. Valmore vió muy bien su turbacion, pero sin poder adivinar la causa, y sin la menor inquietud, creyendo que dimanaba de algun fruslería: ¿qué estaba Vd. haciendo?

le dijo él sonriéndose. » A esta pregunta, Clara, enteramente cortada y sin saber lo que decía, respondió que *estaba bordando*. Valmore quedó algo sorprendido de esta mentirilla, pero no queriendo confundirla mas, dió otro jiro á la conversacion, y de allí á poco se despidió. Apenas hubo salido, cuando Clara, cerrando bien la cajita, la llevó al aposento de su padre, sin que este llegase á saber que habia sido abierta, pues ella al recibirla, habia encargado al criado que á nadie hablase de este presente.

Montalban marchó á Pontoise, asegurando que dentro de dos ó tres dias estaria de vuelta. Valmore se fué aquel mismo dia á Paris por un asunto, dando palabra de volver el dia siguiente, pues su hacienda no distaba de la capital mas que unas doce leguas. Amelia y Clara, hallándose solas en aquel vasto castillo, se acordaron, no sin algun miedo, de que la selva que lindaba con una parte del parque estaba infestada de ladrones, y de que recientemente se habian cometido en ella muchos asesinatos. Sabian que una casa de campo vecina, tres meses antes, en ausencia de sus dueños, habia sido atacada á viva fuerza y saqueada por aquellos bandidos. Estando allí Valmore, hubieran desafiado todos los peligros, pero en su ausencia todo lo temian. Los criados estuvieron de centinela durante la noche; y el dia siguiente, al amanecer, todos los temores se desvanecieron, con la esperanza de que Valmore llegaría aquella misma mañana.

Clara madrugó mucho, pues estaban en el mes de agosto. Julio, la noche anterior, habia manifestado deseos de comer fruta, y Clara se proponia divertirse en darle aquella mañana una sorpresa agradable..... Después de haber llenado una cesta de albérchigos, iba á bajar á la habitacion de Julio, cuando le anunciaron la llegada del padre Arsenio, religioso

venerable en quien Clara desde la mas tierna niñez habia depositado toda su confianza. Salíó volando á recibirle, y le introdujo en un gabinete, en donde abriendo enteramente su corazon, pintó al buen religioso la felicidad de que gozaba. — Oh hija mia, dijo el padre Arsenio, ¡quiera el cielo realizar vuestras esperanzas! — ¡Ah! mi ventura es cierta; dentro de dos dias Valmore será mi esposo. La razon, la virtud, la bondad mas cabal van á unirse conmigo. Padre mio, de hoy en adelante ya no debeis temer para mí ni los peligros del mundo y de los malos ejemplos, ni la inesperienza de la juventud. Valmore será mi modelo y mi guia. Para seguir constantemente la senda que me habeis trazado, no debo hacer mas que imitarle y obedecerle. ¿Podré yo hacer alguna accion sospechosa? ¿podré dar algun paso imprudente? ¡Ah, no! Su estimacion y su confianza me son demasiado apreciabiles. — Hija mia, vos tendréis que cumplir con un deber de que hasta ahora no habia querido hablaros; un hijo de primer matrimonio reclamará vuestros tiernos cuidados..... — ¡Ah! ¿Julio? ¿este amable niño? él me tiene robado el corazon. ¿No es él quien me ha inspirado sentimientos maternales? y ¿Valmore podrá amar con igual ternura á ningun otro hijo? Él será, pues, siempre la prenda mas querida de mis entrañas. »

El virtuoso padre Arsenio aprobó con todas las veras de su alma este modo de pensar, y su gozo era inefable al leer en aquel corazon injenuo que él mismo habia formado. — Hija mia, le dijo, sed dichosa; pero no olvideis jamás que la felicidad es volandera, como todos los demas bienes de este mundo. Estad preel jar cada momento para sacrificar á los quejados, á la voluntad os! dijo Valdel árbitro de nuestrosa, el pañuedecir estas palabras, eldida debajo de se levantó para dirijiron la sangre de campo vecina, prom.Hable Vd.,prosi

dirse que volvería el día antes de las bodas de Clara.

Luego que él hubo salido, Clara tomó su cestita de albérchigos para llevarla á Julio. Este dormía en una pequeña habitación, al extremo de la cual había un lindo jardín separado enteramente del parque del castillo por unas paredes. A lo último del jardín se hallaba una puerta que caía al bosque, pero que, por miedo de los ladrones, estaba muy bien cerrada, y cuya llave guardaba Valmore cuidadosamente. Julio estaba en esta habitación, que comunicaba con la de su padre, al cargo de una niñera joven y de un criado anciano. Este último, atacado de la gota, si bien no guardaba la cama, no estaba con todo en disposición de acompañar á Julio al jardín. La niñera tenía una intriga amorosa, y solía recibir á su querido antes que sus amos se hubiesen levantado: en consecuencia vestía de prisa á Julio, le dejaba ir solo al jardín, y no iba á buscarle ó no le llamaba hasta pasada hora y media. Habría cosa de un cuarto de hora que estaba dentro el amante de aquella joven: Clara entró, y pasó sin detenerse, y sin entrar en el aposento de Julio por ser tan de mañana. Por otra parte, como le preparaba una sorpresa, quería ir directamente al jardín, á donde no pensaba que él hubiese salido todavía. En efecto atravesó el jardín sin encontrarle, pues estaba jugando solo en un bosquecillo retirado, y entró en un pequeño cenador, en donde sabía que Julio iba á desayunarse todas las mañanas. Puso su cestita de albérchigos encima de una mesa; y, como á esta la cubría enteramente un

pete muy ancho que por todos lados llegaba al suelo, le ocurrió la idea de darse debajo, y esperar allí á

Una noche gozar mejor de su sorpresa. Cuando Clara entraba en este salido á cazar, la cajita que veía, y de su hermosura ponían dirigida á su cabeza. sabía leer

Este fatal tapete, esta mortaja en que ella se envuelve riendo, cubre ya la mas desgraciada de todas las víctimas; ya no la arrancarán de allí, sino para precipitarla en el profundo abismo de las miserias humanas. Gloria, felicidad, reputacion, frágiles bienes de la tierra, vosotros dejaréis de existir para ella dentro de pocos momentos. ¡Ay! ¡qué le quedará entonces! la compensacion de todos los males, el precio de todos los sacrificios, una conciencia pura.

Habría solo unos diez ó doce minutos que Clara estaba escondida debajo de la mesa, cuando sintió ruido de pasos que se encaminaban hácia el gabinete; y pronto creció su sorpresa al reconocer la voz de su padre que ella creía estar á diez y ocho leguas de distancia. Un sentimiento vago de temor la contuvo para que no se mostrase; no obstante iba á verificarlo, cuando oyó que su padre y el niño Julio entraban en el gabinete. Clara, atónita y sin saberlo que le pasaba, se mantuvo inmóvil y en el mayor silencio..... — Dios mío, señor de Montalban, dijo Julio, ¿qué quiere V. de mí? V. me hace miedo..... Déjeme V. ir con mi niñera..... » Aquí la dulce voz de Julio se apagó repentinamente.... Al mismo instante lanza un doloroso gemido, y cae.... Levantan el tapete sin mirar debajo de la mesa; arrojan con precipitacion un puñal sangriento sobre el vestido de Clara; la infeliz se desmaya, y el asesino, el execrable Montalban se escapa aceleradamente..... Este monstruo había sabido por medio de su ayuda de cámara los amoríos de la niñera, y que el niño Julio pasaba todas las mañanas una hora y media en el jardín sin compañía alguna. El malvado se había hecho con una llave de la puerta que caía al bosque, y calculado que si, contra su esperanza, topase con la niñera en el jardín, le sería fácil colorear el lance con visos de burla; porque en efecto, á pesar de su ines-

perada aparicion en aquellos lugares, ¿quién podía sospechar que hubiese concebido la idea de un atentado semejante? Cuando, al entrar en el jardín, se hubo asegurado de que el niño estaba solo, tomó la precaucion de cerrar la puerta de la habitacion por la parte del jardín con dos vueltas de llave, á fin de que á todo evento no le faltase el tiempo necesario para consumar un crimen que debia estarlo en tres minutos. Despues del asesinato, salió por la puerta del bosque, dejándola bien cerrada; en seguida colgó de la pared del jardín por la parte de afuera la escala de cuerda que habia recibido de Alemania, y que la desdichada Clara habia tenido en sus manos; y por fin montando á caballo, y echando por un atajo, tomó á escape la vuelta de Pontoise.

Montalban, bien persuadido de que nunca recaerian en él las sospechas de este atentado, creyó que se atribuiria á los bandoleros del bosque; la escala que habia dejado colgando del muro, debia á su parecer sugerir esta idea, pues era público que aquellos habian asaltado así otros jardines. Por fin, este crimen aseguraba á Valmore la propiedad plena y entera del ducado de***. Entonces Clara se casaba con el caballero mas rico de la corte; y, como ya hemos dicho, por una causa misteriosa que aclararemos mas adelante, solo así podia Montalban hacerse con una suma considerable que necesitaba para satisfacer su deuda, sin cuyo pago iba á verse, dentro de tres meses, arruinado y privado para siempre de su libertad, ó forzado á huir y espatriarse por la vida.

Al cabo de una hora, la niñera de Julio yendo á buscarle, halló con admiracion que la puerta estaba cerrada por la parte del jardín; hizo algunos esfuerzos inútiles para abrirla, y llamó dos ó tres veces, aunque en balde, al malhadado niño que ya no existia. Entonces corre á buscar al-

gunos criados; descerrajan la puerta, ábrenla; recorren el jardín, y el niño no parece. La niñera y los criados entran en el cenador. ¿Qué horroroso espectáculo hirió su vista! Julio con un pañuelo atado á la boca, sin vida, pasado con dos puñaladas, bañado en su sangre y tendido sobre el pavimento! Los criados levantan un grito de dolor; corren al castillo; la horrible noticia cuende; Amelia desolada sale de su cuarto; Valmore llega de París en aquel instante. Al bajar de su coche, siente el rumor que andaba por toda la casa, pregunta, y no le dan otra respuesta que las lágrimas: entra sin detenerse, oye pronunciar el nombre de Julio; vuela á su habitacion; traspasa el jardín como un rayo, y entra en el cenador.... Amelia, pálida y desmelenada, acababa tambien de llegar á él, y tenia en sus brazos el cuerpo ensangrentado de Julio prodigándole inútiles socorros... Valmore se arroja sobre el cadáver de su hijo, le arranca de las manos de su hermana, y cree que va á espirar estrechándole contra su corazon; le llama con acento lastimero, y repite en tono aterrador: *¿Dónde está el asesino? ¿dónde está?* En medio del movimiento convulsivo que le ajita, tira sin querer del tapete de la mesa; el tapete se escurre y cae en el suelo, y descubre á Clara, que se levanta con el rostro desencajado; Valmore mira teñido de sangre sobre su blanco vestido el cuchillo que dos dias antes habia visto entre sus manos, y reconoce tambien el pañuelo de seda azul atado todavía al rededor del cuello de Julio... El pasmo, el horror y la desesperacion le petrifican. Al mismo instante un criado trae la escala de cuerda encontrada en la cerca del jardín, diciendo que sin duda los asesinos la han olvidado. — ¡Oh Dios! dijo Valmore; la escala de cuerda, el pañuelo, el cuchillo... y escondida debajo de esta mesa, y teñida con la sangre de mi desgraciado hijo... Hable Vd., prosí-

guió con una voz de trueno, dirigiéndose á Clara, hable Vd...» A estas palabras, Clara, reducida á la horrorosa alternativa de denunciar á su padre y enviarle al cadalso, ó de cargar sobre sí misma el peso de un crimen tan execrable; la infeliz Clara, anonadada y perdiendo toda esperanza, responde sin saber lo que decía:—Nada tengo que alegar en mi defensa. — Que la carguen de cadenas, esclama Valmore animado por el furor y la venganza; que sea atada con estas cuerdas que su astucia infernal ha colgado del muro para atueinarnos; que se la encierre estrechamente hasta que sea entregada en las vengadoras manos de la justicia. ¡Monstruo! tú perecerás entre los mas atroces tormentos, y yo viviré bastante para presenciar tu suplicio...» En acabando estas palabras, el desdichado Valmore, perdiendo el sentido, cae desmayado en los brazos de su hermana. Llévanele á su cama, y por medio de cordiales le hacen volver en sí; pero el uso de su razon quedó interrumpido por un estupor tan grande, que hizo temer por ella y por su vida. Sus ojos no derramaban una sola lágrima, su boca no proferia la menor queja; solo de cuando en cuando sus manos rechazaban con horror algun objeto fantástico que parecia atormentarle, y dos ó tres veces el nombre de Clara anduvo errante entre sus labios. Entretanto los criados de Valmore arrancan ignominiosamente á la desdichada Clara de debajo de la mesa; atan sus inocentes manos con gruesos cordeles, y en este estado la arrastran á la torre del castillo, la encierran, y la dejan sola.

Clara, insensible á todos los ultrajes, no conservaba mas que dos ideas distintas, pero tan unidas entre sí, que formaban una sola en su imaginacion: el asesinato de Julio y el funesto error de Valmore. Veia sin cesar las miradas terribles y amenazadoras de Valmore, y aun oia aquellas pala-

bras fulminantes:—*¡Monstruo! ¡viviré bastante para presenciar suplicio!* Tú quieres ver mi suplicio, dijo ella, ya estás satisfecho; lo has visto; ¡ningun otro igualará horror al que he sufrido y sufro! ¡visto tu furor y tu odio, he oido boca maldecirme! En aquel instante los mayores tormentos han destrozado mi corazon: y todo el oprobrio reservado á las mas negras maldades ha caido sobre mí... Cuando yo su al cadaiso, á lo menos estará allí muerta. La muerte, ¡mi único refugio!» A estos tenebres lamentos, se cedia, no el llanto, sino una espantosa inmovilidad. En aquel estado ¡saba algunos minutos, pálida, y con los ojos desencajados y fijos en suelo, mirando sin ver, sufriendo y pensando, dichosamente privada de todas las facultades de la memoria y la imaginacion, y sustraída por un profundo abatimiento á la mitad de sus dolores. Pero ellos no parecia estar suspendidos, sino á fin de dar fuerzas para tolerar despues sin morir toda su intensidad. De repente clavó su vista sobre su vestido teñido de sangre:—¡Cielos! exclamó levantándose impetuosamente; ¡el crimen y la muerte me rodean! ¡justo Dios! de qué sangre estoy manchada! ¡la sangre inocente que quisiera recatar á costa de toda la mia! y ¡quién la ha derramado! A estas palabras vuelve á caer sobre su asiento. ¡Oyes posible, dijo, que el autor de esa maldad inconcebible me haya dado la vida? ¡He de inmolarle yo por él! ¡Qué digo! sacrificar esta miserable existencia que le debo, nada sería pero ¡morir deshonrada! ¡dejar el nombre execrable que la atrocidad del crimen immortalizará! ¡llevar conmigo á la tumba las maldiciones de Valmore! ¡Dios mío! ¡y no puedo probar mi inocencia sin cometer un delito abominable! ¡no puedo justificarme sino por medio de un sacrificio, acusando á mi mismo padre.

Cuando yo cayese en la infame bastardía de denunciar al verdadero culpable, ¿de qué me serviría una existencia tan afrentosa? Valmore sería perdido por siempre para mí. Él miraría con horror á una hija desnaturalizada; y yo tendría que sufrir entonces el único suplicio que me falta; yo me vería obligada á aprobar su desprecio. Por lo menos ahora mi conciencia nada me afea.... Muramos, pues; cumplida sea la voluntad del Cielo.-Al decir estas últimas palabras, corrió por fin de sus ojos un llanto consolador; y á este desahogo debió seguramente el no morir de dolor y sobresalto en aquella torre solitaria.

Entretanto habian mandado á buscar los dependientes de justicia, para entregarles la desgraciada Clara. El preboste de la *marchaussée* (*) llegó con su brigada á las cinco de la tarde. El patio y la avenida principal del castillo estaban llenos de jente de aquellos alrededores. Ciegos de furor contra la que ellos creían culpable del mas horrible crimen, y adorando á Valmore de quien eran vasallos, se propusieron vengarle; temian que la belleza y juventud de Clara ablandasen á los jueces; y así habian concertado hacerse la justicia por sus manos, inmolándola sin dilacion. Eran muy superiores en número á los archeros de la *marchaussée*, y estaban casi todos armados. No obstante dejaron pasar sin resistencia la brigada, y esta se formó al pié de la torre. El preboste entró en ella y fué á buscar á Clara; pero no bien se dejó ver esta desventurada, cuando la muchedumbre furiosa se arrojó hácia ella para arrancarla de las manos de los archeros. Con todo la sola presencia de Clara debía haber sido bastante para desarmar la cólera y el aborrecimien-

to; sus delicadas manos, atadas por detrás, dejaban ver toda la elegancia y morbidez de sus formas; su larga cabellera rubia destrenzada ondeaba sobre su pecho y espaldas; y su rostro celestial, en que estaban pintados el dolor y el espanto, tenia en aquel momento una espresion patética y sublime. Aunque ella habia ofrecido ya al Eterno el sacrificio de su vida, con todo el jénero de muerte que la amenazaba, la hizo estremecer. La espada de la ley hiere sin ira y sin pasion; es la Parca hecha visible que corta el hilo de la vida con melancólica tranquilidad; cabe morir con serenidad en un cadalso; pero es demasiado terrible el perecer víctima de la rabia implacable de una muchedumbre irritada, y exhalar el postrer suspiro en medio de los feroces gritos del odio y de la venganza. Los archeros cumplieron con su deber, y defendieron á Clara. El preboste la ceñía con sus brazos, y amenazó que mandaría hacer fuego contra el pueblo. Esta amenaza llevó al colmo el furor de los sediciosos; dos de ellos descerrajaron sus fusiles, hirieron á un archero, y se empeñó un combate sangriento. Clara aterrorizada invoca al cielo, y desea ardientemente que una muerte pronta llegue á finalizar la prolongada agonía de aquel horroroso trance.

El pueblo tocaba al momento de su triunfo, la brigada estaba para dispersarse, y varios archeros se hallaban ya fuera de combate; los revoltosos iban á apoderarse de su presa, cuando de repente una voz respetada, una voz poderosa y libertadora, se dejó oír, gritando con fuerza: «¡Deteneos! ¡deteneos!...» Todos obedecieron: esta voz resonó hasta lo íntimo del corazón de Clara; era la de Valmore... La ira del populacho se apagó como por una majia desconocida; la confusion, el temor y el arrepentimiento ocuparon súbitamente el lugar del furor en aquella gavilla de

(*) Compañía de soldados de á caballo que había en Francia, para perseguir y prender malhechores, y asegurar los caminos.

amotinados. Valmore, empezando á salir de su largo abatimiento, habia oido aquel tumulto espantoso, y saltando de su cama, y echándose encima una bata, habia salido precipitadamente; al llegar al patio, atravesó la turba intimidada á su vista, y poniéndose al frente de la brigada que guardaba á Clara, se encontró á dos pasos de la trémula jóven, y cara á cara con ella... Al aspecto de aquel rostro anjelical, en cuyas interesantes facciones se veia pintado el mas amargo dolor, Valmore se siente turbado, oprimido, inmóvil... Una compasion irresistible, los punzantes recuerdos de su amor y de la horrible catástrofe que escitaba en su alma los violentos arrebatos de un odio implacable, tantos y tan contrapuestos movimientos trastornaban y partian su corazon..... Por fin, cubriéndose el rostro con ambas manos, dió orden paraque fuese desatada, y conducida á Paris con todos los miramientos debidos á su sexo y nacimiento. — Seria una vileza, añadió, el insultarla, cuando va á ser juzgada por las leyes. » Al decir estas palabras, desapareció, y los amotinados habian hecho ya lo mismo.

Clara no podia tenerse en pié, y así fué preciso llevarla en brazos hasta el coche; el preboste, á la cabeza de su brigada, se puso al lado de la portezuela, y en seguida tomaron el camino de Paris. Valmore hizo acompañar el coche por todos sus criados hasta cierta distancia: pero esta precaucion era inútil, pues nadie se atrevió á seguirle, ni siquiera á dejarse ver.

Valmore entró otra vez en el castillo, y fué á vestirse, con intencion de partir al momento á Paris y presentarse al cardenal de Richelieu, amigo y protector suyo y de su familia. Luego que se hubo vestido, queriendo tomar algunos papeles que necesitaba, entró en su gabinete. El primer objeto que hirió su vista fué el

cuadro que representaba á Clara tendiendo en sus brazos al malogrado Julio... El llanto de la rabia y del dolor inundó sus mejillas. — ¡Oh furia, exclamó, con rostro de ánjel! ¡Monstruo de hipocresía y de crueldad! ¿tú no abrazabas á esta inocente víctima, sino para inmolarla! el candor está en tu frente, el homicidio y la alevosía en tu corazon. ¡Libradme, ó Dios, de este continuo sajador de mi memoria, de esta figura fementida que turba mi odio y confunde mi razon!... Al acabar estas palabras, descolgó el cuadro, llamó á sus criados, y les mandó que cortasen el lienzo en dos pedazos, que guardasen la imagen de su hijo, y arrojasen al fuego la de Clara. En seguida, aunque estaba en una fuerte accesion de calentura, marchó á Paris sin detenerse.

La desdichada Clara fué conducida á Paris, y encarcelada como el mas atroz delincuente; una cama de correas, una silla de paja, y una mesita componian todo el ajuar de su triste aposento. Clara se sentó echando tristes miradas al rededor suyo. — ¡He aquí pues, dijo ella, mi última morada sobre la tierra! ¡la postrera habitacion del crimen! ¡A cuántos gemidos ha respondido el eco de estas bóvedas! ¡cuántas lágrimas se han derramado en este sitio! las mias, á lo menos, corren sin remordimiento..... ¿Porqué, pues, el sueño no viene á suspender mis males? Mis dias, en verdad, están contados; ¿dentro de algunas horas habré dejado de existir! Pero, para el oprimido, cuya conciencia está tranquila, cuya vida ha sido pura y sin mancha, ¿no es el sueño el dichoso precursor de un eterno reposo? Sin embargo, ¡morir odiada de Valmore! ¡Oh Dios! ¿cómo toleraré el peso de tanto dolor é ignominia!...» Un raudal de lágrimas interrumpió este melancólico discurso. Eran las once de la noche; Clara se acostó vestida, y su mismo abatimiento le proporcionó algunas horas de sueño; pero al desper-

tarse, todos sus dolores la asaltaron á un tiempo, y se hicieron sentir con mayor intensidad; vió á Valmore desesperado pidiendo su muerte; vió en todo su horror el cadalso y el baldon, y sus fuerzas la abandonaron...

A las nueve de la mañana se abrieron los cerrojos de su puerta; estremejóse creyendo que iban á llevarla delante de sus jueces; pero un instante despues entró el venerable padre Arsenio. La sorpresa de Clara fué sin igual, y no podía concebir cómo su alma era todavía capaz de un movimiento de alegría.—¡Oh, Dios! exclamó, ¡por fin hay aun sobre la tierra un sér á quien puedo abrir mi corazón y manifestar mi inocencia! ¡Oh, padre mio! prosiguió, deseo hablaros delante de Dios; escuchadme...» Al decir estas palabras se hincó de rodillas, y el santo religioso se dispone á oírla bajo el sello sagrado de la confesion. Clara, lejos de tener de que acusarse, solo podía hablar en descargo suyo; el nombre de su padre no se le escapa de la boca, y aun evita el dar la menor seña que pudiese hacerle conocer; pero cuenta circunstanciadamente todo el suceso de aquella horrible mañana, y el modo con que *el asesino* inmoló al malogrado Julio... A pesar de tanta reserva, su relacion y las respuestas que da á las preguntas del padre Arsenio, no dejan á este la menor duda de que Montalban es el asesino, y por la primera vez, al ejercer su santo ministerio, no solo no tiene necesidad de ser indulgente, sino que su corazón queda penetrado de la mas viva compasion y ternura. No obstante quiso disimular estos sentimientos al responder á aquella que debia, en medio de su heroismo, conservar toda la humildad cristiana.—Hija mia, le dijo, si el mundo conociese vuestra conducta, diria que habeis hecho una accion sublime; pero estos ojos profanos, inventados por el orgullo, no sientan bien en la boca de un pastor de almas. La piedad no admira las ac-

ciones humanas; solo puede aprobarlas como meros resultados de la obediencia á los decretos divinos; pues que todo lo grandioso lo enseña y prescribe la religion. Ella sola es quien nos da la idea de la belleza moral en su mas alto grado de perfeccion; inmanental perenne de la virtud, ella es además su primer móvil, su objeto y su recompensa. Así es que ni aun á los santos concede otro dictado que el de justos. ¿En qué podrémos fundar nuestro orgullo? Sin la revelacion; ¿conoceríamos acaso la verdadera virtud? sin la sumision, ¿podríamos ejercerla? Cuando practicamos una obra buena, no hacemos mas que seguir el espíritu ó el texto mismo de la ley que la ordena; el único mérito que contraemos es la obediencia. ¿Y qué cosa mas justa que obedecer ciegamente al Criador? Así, pues, aun cuando parecemos mas perfectos, no hemos hecho otra cosa que seguir las reglas de la justicia. Glorificad, pues, glorificad, hija mia, al Dios que os inspira é ilumina, y guardaos de ensalzaros á vuestra propia vista. Pero, victima inocente de este horroroso acontecimiento, no debeis sin embargo acusaros falsamente; es preciso que procureis justificaros, si podeis hacerlo, sin descubrir al asesino. Por ejemplo, podriais decir que un bandido de los del bosque cometió el delito... ¡Ay! respondió Clara, ¿de qué serviria esta declaracion, cuando todas las apariencias están contra mí? ¿cuando estas forman un conjunto de pruebas, cuya falsedad solo puede mostrarse á la luz de la verdad entera? Yo entré furtivamente y á deshora en la habitacion de Julio... En aquel primer momento de turbacion, de espanto y horror, no hice mas que decir la verdad, y no obstante todos creyeron con razon que yo confesaba formalmente el crimen: estas palabras, *nada tengo que alegar en mi defensa*, no hacian en realidad mas que pintar mi situacion; pero al mismo tiempo me delataban en la

apariciencia como autora del asesinato. En fin, Valmore reconoció el puñal, el pañuelo y la escala de cuerda que el día anterior había visto en mis manos, y que yo creía haber ocultado á su vista; él se habrá acordado sin duda alguna de la turbacion manifesta que me causó en aquel momento su presencia, y del embuste que yo forjé para esconder la fatal cajita. ¿Cómo, pues, no ha de estar convencido de que yo soy quien ha cometido este bárbaro homicidio?...» Al oir esto, el padre Arsenio guardó por un breve rato el mas triste silencio; en seguida tomando la palabra:—A la verdad, dijo, vuestra justificacion es casi imposible... ¿Y sabeis, hija mia, que vuestro padre ha sido detenido, y que hoy van á carearos con él? ¡Gran Dios! exclamó Clara, ¡he de verle otra vez!—Sí, hija mia..... Yo no espero que el autor de un crimen semejante se acuse á sí mismo por salvaros; pero puede descubrirse involuntariamente...—No no, mi suerte está echada... ¡Ah, padre mio! ¿concebís todo el horror de mi situacion? Para arrancar del cadalso á aquel á quien ninguna ley puede al presente obligarme á amar, ¡me entrego á la muerte mas ignominiosa, á la execracion pública, á la del único objeto que he querido en este mundo! Porque en fin es inútil callaros lo que vos habeis adivinado fácilmente... No es la piedad filial quien ordena mi sacrificio, sino el respeto á un nombre sagrado. Voy á morir en la infamia por aquel que la mas fea ambicion convirtió en un bárbaro asesino; sacrifico la estimacion, la ternura ó á lo menos la compasion de Valmore, el honor, la reputacion y la vida á aquel que jamás cuidó de mi educacion, y de quien nunca he recibido una sola caricia, un consejo paternal; á aquel cuya sola vista causará en adelante un trastorno jeneral en mis potencias...—Hija mia, vuestro sacrificio está hecho. Ningun motivo humano, ninguna vanidad terrestre mancha

su pureza. Solo Dios lee en lo intimo de vuestro corazon. Apartad, pues, vuestras miradas de este valle de lágrimas, del cual habeis desaparecido en el momento en que han dejado de veros tal como sois; aborrecida de los hombres, pero inmolándoos á la virtud, ¿quién mejor que vos puede menospreciar la fama y el oropel mundano? toda sois de Dios; mientras que aquí os cubren de maldiciones, él os bendice; mientras que aquí os condenan, él os aprueba; mientras que unos jueces alucinados se preparan á vilipendiaros, y á quitaros la vida, el juez soberano os guarda una corona de gloria, y os destina una dichosa inmortalidad. — Sin embargo, padre mio, un secreto terror se ha apoderado de mí. — ¿Y vos temeis la muerte? ¿vos? — No es la muerte lo que yo temo; ¿tengo acaso algun motivo para desear que se dilate mi deplorable existencia? Pero el tormento.... Yo nunca me acusaré á mí misma, y ellos tal vez querrán arrancarme una confesion... — ¡Y bien! Dios os ayudará; él os dará aquella fuerza sobrenatural que hizo triunfar á tantos mártires de todos sexos y edades; le invocareis, hija mia, y él responderá á la voz del inocente oprimido... Vos sois aun mas que inocente, pues con una sola palabra podriais libraros de los tormentos y del cadalso. Si pereceis, ¡qué hermosa será vuestra muerte á los ojos del Criador! ¿Qué impresion pueden hacer en nosotros todos los esfuerzos del poder humano, cuando el cielo está de nuestra parte? ¿podréis acaso sentir los dolores, cuando veais que el Eterno os abresus brazos, cuando oigais que os llama á sí, y cuando vuestra alma tome su vuelo para ir á descansar eternamente en su seno? No lo dudeis, hija mia, la fese aumenta por medio de los sacrificios: la vuestra, en la hora postrera, será la de los santos: vos gozaréis del cielo, antes de poseerle. Dios no permitirá que estas alegrías inefables del alma sean

acibaradas por dolores materiales: sus promesas son realidades, sus consue-
los borran todos los males; y ninguna
dicha de este suelo es comparable á
sus beneficios. Dios querrá que, en
medio de la ignominia de los tormen-
tos humanos, conozcáis la gloria eter-
na, y la bienaventuranza de los eleji-
dos, cuya inmensidad no nos deja
concebir la debilidad de nuestros ór-
ganos; en fin vuestra muerte será mas
bella y mil veces mas dichosa que la
del justo, espirando tranquilamente en
su cama, rodeado de los suyos. — ¡Oh,
padre mio! exclamó Clara, ¡el mismo
Dios os inspira y se digna hablarme
por vuestra boca! vos me fortaleceis,
¡qué digo! vos me elevais sobre mí
misma; yo no pensaba mas que en mi
flaqueza, pero ya no pensaré sino en
la mano poderosa que me ha de soste-
ner... Pero, padre mio, prometedme
que diréis á Valmore, cuando yo ya
no exista, estas únicas palabras: *mu-
rió inocente*. — Yo os lo prometo. —
Me basta; ya moriré contenta. » En
esto oyeron ruido de pasos en el ves-
tíbulo inmediato. Clara, juntando sus
manos, se postró en silencio á los piés
del venerable Arsenio, y este se apre-
suró á darle sus santas bendiciones. Al mis-
mo tiempo entró el carcelero anun-
ciando que Clara iba á ser conducida
ante el tribunal. Id, hija mia, le dijo
el santo religioso, id con serenidad;
el valor y la resignacion no os aban-
donarán. Clara permaneció algunos
instantes en un piadoso recojimiento,
siempre de rodillas, con las manos
juntas, la cabeza inclinada sobre el
pecho; en seguida se levantó y siguió
con firmeza al carcelero. Despues de
haber atravesado los corredores y pa-
tios de la cárcel, llegaron á las puer-
tas exteriores de ellas, y allí la hicie-
ron subir en un carruaje que la con-
dujo al palacio de justicia, en donde
sus jueces estaban ya reunidos.

Cuando entró en la sala donde son
interrogados los reos, su vista causó
una especie de sorpresa á aquellos

ancianos majistrados, que, á tenor
de lo declarado por los criados de
Valmore, tenían ya pronunciada la
sentencia en el fondo de sus corazo-
nes. Su belleza, su juventud, su ma-
jestuosa talla, y el aire de inocencia
y de candor que reinaba en su sem-
blante, desterraron por un momento
la ira, y escitaron en todos la lástima
y la admiracion. Mandáronle que to-
mase asiento en el banquillo, y enton-
ces vió á Montalban que debia ser
careado con ella, y á quien instaban
para que se aproximase á su hija. Cla-
ra se estremeció, y apartando los ojos,
fijó sus miradas en un gran crucifijo
que estaba colocado delante de ella:
su vista la reanimó, y su rostro, que
acababa de palidecer, recobró su na-
tural color y la dulce espresion de
la serenidad. Montalban, por medio
de la acusacion intentada contra Cla-
ra, acababa de saber con tanta sorpre-
sa como espanto, que esta desventu-
rada habia sido testigo de su crimen.
Admirado de que no le hubiese de-
nunciado todavía, estaba persuadido
de que lo haria en aquel interrogato-
rio, y se preparaba á negarlo todo.
Adelantándose hácia ella con un aire
feroz, y con los ojos inflamados de
cólera, le dijo: — ¡Miserable! muestra
á lo menos que eres capaz de arre-
pentimiento; piensa cuán inútil es ya
que quieras retractar la formal con-
fesion que ayer hiciste... » Al oir es-
tas palabras, hijas de la maldad y del
mayor descaro, Clara se estremece,
levanta los ojos al cielo, y enmudece.
Entonces uno de los jueces dió prin-
cipio al interrogatorio. Despues de
las fórmulas acostumbradas, pregun-
tó á Clara qué motivos la habian in-
ducido á cometer aquel crimen. — Yo
no he cometido ningún crimen, res-
pondió. Mientras que ella daba su
respuesta, le presentaron de impro-
viso el fatal cuchillo teñido aun con
la sangre de la inocente víctima, el
pañuelo deseda y la escala de cuerda.
Clara, perdiendo casi el conocimien-

to, se tapó los ojos con entrambas manos, y prorumpió en lágrimas. ¿Reconoceis estos instrumentos del crimen? le preguntó el magistrado. Los sollozos no la dejaron responder. He aquí, continuó aquel, el criado que os entregó la cajita que los contenia; y este hombre declara que vos, al recibirla, le encargasteis sobre ello el mayor silencio. — Es verdad.... — Valmore, antes del asesinato, vió este puñal en vuestras manos; al entrar en vuestro cuarto, observó que estabais turbada; y habiéndoos hecho él alguna pregunta, le dijisteis una mentira con intencion de ocultarle lo que contenia la cajita; ¿podréis negar estos hechos? — No: pues son conformes á la verdad. — Esta cajita ha venido de Alemania; ¿quién os la envió? — Lo ignoro. La casualidad hizo que llegase á pararen mis manos. — ¿Porqué la recibisteis con tanto misterio? ¿porqué la abristeis? — Me es imposible responder á estas preguntas, y sin embargo soy inocente. — ¿Quién pues, ha cometido el crimen? — Nada puedo añadir sobre el particular. — Esto es confesaros culpable. — Repito que soy inocente. — ¿Os ha aconsejado alguien este atentado? — No. — ¿Os ha dicho alguna vez vuestro padre que por miras de interés debiais desear la muerte del niño Julio? — Nunca. — ¿Acaso vuestra pasión hácia Valmoreos habia hecho concebir celos de este niño que él amaba tanto? — Yo sentia una ternura maternal por aquella malhadada criatura. — ¿Porqué, pues, la asesinasteis con tanta premeditacion? — Mi conciencia y mis manos están igualmente limpias. — ¿Teneis cómplices? — No puedo tenerlos, pues no he cometido delito alguno. — ¿De qué podrá servirnos la simple y vaga denegacion del crimen, cuando por otra parte constais formalmente todos los hechos que os condenan? Defendeos, pues. Explicadnos porqué razon los instrumentos del crimen estuvieron en

vuestras manos. Explicadnos vuestro mortal embarazo en aquella ocasion; porqué os introdujisteis en el jardin a hurtadillas y en una hora desusada; porqué os escondisteis debajo de la mesa; porqué se os encontró desmayada allí mismo despues del asesinato; porqué, al volver en vuestro acuerdo, proferisteis, en el primer movimiento, estas espresiones: *Nada tengo que alegar en mi defensa*. Responded. — Yo entré á escondidas en el jardin, porque queria causar una sorpresa agradable al infeliz muchacho; le llevaba una cesta de fruta que puse encima de la mesa, y me escondi debajo de ella para gozar de su admiracion.... » Esta sencilla explicacion pareció tan pueril, tan inverosímil, y, por su misma frivolidad, ofrecia un contraste tan marcado con la atrocidad de las deposiciones anteriores, que horrorizó á todo el tribunal; y los jueces llenos de indignacion no pudieron dejar de manifestarla por medio de un murmullo sordo, pero jeneral, que acabó de consternar á la pobre Clara, tan aflijida ya por la fuerza de las pruebas acumuladas contra ella.

Despues de algunos instantes de silencio, el juez volvió á tomar la palabra y dijo: — Vos os sentisteis acosada de remordimientos al tiempo mismo del delito, pues que perdisteis el conocimiento, y despues lo confesasteis todo: que la relijion haga revivir en vos tan saludables ideas. Por medio de una confesion sincera lograriais tal vez que se conmutase en una reclusion perpetua la pena de muerte que mereceis. — Vuestra conciencia pronuncie mi fallo: la mia ha dictado mis respuestas. — ¿Ignorais acaso los tormentos á que os espone vuestra obstinacion? — Conozco todo el rigor de esta espantosa prueba; pero la he previsto, estoy dispuesta á sufrirla, y espero que Dios me dará constancia para ello. — El Dios de la verdad no protege la mentira. — ¡ Ah! él será mi

fuerza y mi apoyo. — La vista de los instrumentos de la tortura os hará dejar ese lenguaje hipócrita que excita nuestra indignacion. — Yo hablaré así hasta la muerte. — Llevadla. » Esta palabra fué dicha con un tono de voz tan siniestro, que llenó á Clara de terror; su imaginacion le presentó repentinamente el horrible aparato de los tormentos, y se le heló la sangre en las venas. La idea de que podía morir en aquel suplicio, le hizo desear la asistencia del padre Arsenio; iba á suplicar que fuesen á buscarle; pero la palabra espiró en sus trémulos labios; su vista se oscureció, sus ideas se confundieron, y su razon estraviada no le permitió en aquel punto conocer enteramente el horror de su situacion; conservando tan solo un temblor maquinal, agitada de movimientos convulsivos, y no pudiendo sus piernas sostenerla, le fué imposible obedecer á la órden que le dieron de salir á la pieza inmediata, por lo que fué preciso llevarla en brazos hasta ella. Hiciéronla sentar, y le dieron algunos cordiales; mas á pesar de esto, nada pudo sacarla de aquel estado de estupor y de inmovilidad, hasta que al cabo de tres cuartos de hora fueron á anunciarle que ya estaba decidida su suerte, y que la esperaban para ir á escuchar su sentencia. Entonces volvió del todo en su acenredo, y mirando con asombro al rededor de sí, dijo: — Yo no veo los preparativos de la tortura; ¿acaso no he de pasar por ella hasta despues que me hayan juzgado? — No, le respondieron; se ha determinado no ponerlos en cuestion de tormento. — ¡Oh Dios de bondad! exclamó Clara, se acabaron ya mis temores. Vamos, pues. » Dichas estas palabras, se levantó, y siguió con paso firme á los que debían acompañarla. No obstante se turbó un poco á la vista del tribunal; pero su piedad y una rápida ojeada sobre su situacion triunfaron pronto de este instinto de la naturaleza. Antes de

leerle la sentencia, le declararon que habia sido condenada á muerte. Quedó inmóvil por un instante; y en seguida cruzando las manos sobre su pecho, se hincó de rodillas, alzando los ojos al cielo. Borrada del libro de los vivientes, se figuraba ya dejar la tierra, y refugiarse en el seno de la eternidad. Sus jueces entretanto la contemplaban absortos y en silencio: la duda circuló rápidamente por todas las almas, y cada uno se decia en secreto: *¿es posible que sea criminal?* Por fin le mandaron que se levantara, y escuchase su sentencia. Clara experimentó una sensacion indefinible cuando oyó dar enteramente por libre á Montalban; le costó mucho el reprimir su indignacion; pero al mismo tiempo se dió el parabien de salvar la vida de su padre á costa de la propia, y de quedar así desobligada con el mas malvado de los hombres. Sin embargo, cuando le anunciaron el género de muerte que le estaba destinado, un sudor frio corrió por todo su cuerpo; sus piernas temblaban, y el color de su rostro desapareció, mientras leian estas palabras: *Ana-Clara de Montalban, de edad de diez y siete años, convencida de asesinato con premeditacion en la persona del niño Julio de Valmore, condenada á que le corten la cabeza, mañana al medio dia, en la plaza de Greve (*) etc.* A estas palabras *convencida de asesinato*, exclamó con vehemencia: — ¡No, no! » Habiéndole impuesto silencio, obedeció, y bajando la cabeza, prorrumpió en lágrimas. Cuando se acabó la lectura de su sentencia, pidió la palabra, y habiéndola obtenido, dijo: — Yo protesto contra este fallo, no porque tenga la menor esperanza de librarme de la muerte, sino por respeto á la verdad: yo no he pedido defensor, porque, obligada á guardar

(*) Nombre que se da á la plaza pública de Paris en donde se ejecutan los suplicios.

silencio acerca de los puntos mas importantes, tampoco me hubiera sido posible ministrar pruebas en favor mio. He sido condenada injustamente, pero he debido serlo; y mis jueces no son por esto menos integros ni menos respetables á mis propios ojos. Yo me resigno á la voluntad del Cielo; pero declaro á la faz de todo el mundo, y lo sostendré hasta mi postrer aliento, que esta sentencia no se funda sino en errores, y que estoy del todo inocente.» Clara pronunció estas palabras con tanta calma, dulzura y dignidad, que todos los circunstantes se sintieron enternecidos. Entonces los dependientes del tribunal, que debían volverla á su prision, la rodearon, y ella, juntando todas sus fuerzas, los siguió con modestia, pero con paso firme y seguro. Eran las seis de la tarde cuando entró otra vez en su prision. Allí encontró un crucifijo, un libro de oraciones y un reloj de arena, y en esto reconoció al momento un rasgo de caridad cristiana del padre Arsenio. El carcelero le dijo que el buen religioso volveria al rayar el alba, y que ya no la dejaría mas; esta última frase la hizo suspirar, y decirse á sí misma: ¡esta promesa no le obliga sino á dedicarme algunas horas! El carcelero añadió que aquella noche el padre Arsenio habia de asistir en sus últimos instantes á un cortesano que le habia hecho llamar. «Ese conde de***, prosiguió, es ya algo entrado en días, pero muy opulento, y el personaje mas distinguido de la corte; sin duda se le hará muy duro el dejar la vida.» Al decir estas palabras, se fué el carcelero.

Clara, habiendo quedado sola, se postró á los piés del Crucificado, y estuvo en oracion toda aquella noche, la última que debia pasar sobre la tierra. La religion sostenia su alma pura y sin mancha; Clara sentia en su corazon un valor tan grande, que por sí sola no era capaz de inspirárselo

toda la filosofía humana; aquella inocente victima no cesaba de rendir gracias al Sér Eterno, que le daba fuerza en tan horrible trance para apurar hasta las heces el cáliz de amargura. No salió de este estado de contemplacion, hasta que empezó á clarear el día; la débil luz del crepúsculo, aumentándose progresivamente, y aumentando por las rejas de su prision, iba amortiguando el resplandor de su lamparilla.—¡Ah! exclamó ella, esta aurora es para mí el principio de un día que nunca se acabará. ¡Qué me importa la sentencia que me cubre de ignominia á los ojos de los hombres! Apenas se habrá puesto en ejecucion acá en la tierra, cuando será revocada en el cielo por el Juez supremo de todas las potestades humanas. En este momento la voz de la indignacion pública pregona con regocijo mi muerte; pero una voz misteriosa me consuela y me dice: tú vivirás para siempre en la morada eterna de la gloria.» Entonces, cruzando las manos, y apretándolas contra su pecho, estuvo largo rato en un delicioso arrobamiento. A las cuatro se levantó, y se puso un vestido blanco; en seguida tomó su libro de oraciones, hincóse otra vez de rodillas, y oró con fervor hasta las seis de la mañana.

A esta hora entró en la prision el padre Arsenio. Aquel santo religioso temia hallar á Clara pálida, trémula y abatida; pero su admiracion no tuvo límites cuando la vió tranquila y animosa, y su rostro lleno de una alegría celestial. —¡Dónde estoy! exclamó él; ¡con qué brillo resplandece aquí la majestad divina! ¡Gran Dios! vuestra omnipotencia no es á mis ojos tan prodijiosa cuando cambia de repente la faz de los imperios, ó suspende las leyes de la naturaleza, como en este momento revistiendo de fuerza y heroismo á una jóven tímida y delicada. ¡Oh, Clara! prosiguió; acabo de asistir en sus últimos instantes á un anciano guerrero, famoso

entre los mas valientes por su travesura y proezas, y no me ha sido posible disipar sus temores; los recuerdos de su ambicion y el miedo á la eternidad le han atormentado hasta el postrer suspiro... Y vos, hija mia, que solo habeis conocido la santidad del claustro, que no habeis buscado en el matrimonio mas que un protector virtuoso y un amigo fiel, vos, en fin, cuya inocencia no han alterado jamás las pasiones humanas; no veis en la muerte otra cosa que el dichoso término y la dulce esperanza de los males de esta vida. Llegad, hija mia, llegad á aumentar todavía vuestro milagroso valor; llegad á uniros con este Dios de misericordia y de bondad, que os llama, y va á recibirlos en su seno. Yo he obtenido las licencias necesarias para administrarlos aquí el mas augusto de los sacramentos.» Al oir estas palabras, Clara se postra de nuevo, y el padre Arsenio se sienta á su lado; escucha su confesion durante algunos minutos, y en seguida, abriendo una urna de plata que contenia la hostia consagrada, le administró el viático. Entonces, sí, que Clara se creyó verdaderamente trasportada al cielo. ¡Ella poseia á Dios! La fe le atestiguaba esta union sobrenatural y divina; el universo se anonadó delante de ella. Guardaba un profundo silencio, y, al lado del padre Arsenio, estaba sola con Dios.

A poco rato entró el carcelero con un aire misterioso, que llamó la atencion del padre Arsenio: tomó aquel la palabra comenzando por exigir un secreto inviolable sobre lo que iba á decir, el cual le fué prometido. Entonces presentando á Clara una carta cerrada:—Aquí teneis, le dijo, un billete que el mas anciano de vuestros jueces ha venido á traerme para vos, encargándome que os le diese en secreto, y que os callase su nombre; acordaos de la palabra que me habeis dado.» El carcelero volvió á salir in-

mediatamente: Clara, que habia tomado la carta, la entregó al padre Arsenio; y este, rompiendo el sobre, leyó en voz alta lo que sigue:

«Sois inocente. No tengo de ello otra certeza que la que me han dado vuestra fisonomía, vuestra noble postura, la firmeza y la calma de vuestras respuestas: mas todo esto, unido á la esperiencia de medio siglo, me ha bastado para absolveros por mi parte, sin embargo de las fulminantes pruebas que se han acumulado contra vos. La juventud no puede ni debe juzgar de este modo, pues no ha tenido aun bastante tiempo para comparar el lenguaje del crimen hipócrita con el de la inocencia. La verdad oscurecida por falsas apariencias puede conmovér á un majistrado jóven, pero no convencerle. Por otra parte, casi todos vuestros jueces han debido temer, al escucharos, el riesgo de ceder á la seduccion de la belleza, ó á lo menos el ser acusados de ello. Yo tengo setenta años, he votado en favor vuestro, y aun quisiera salvaros. Un medio hay para esto; finjíd que os ha dado un accidente súbito y violento; el médico de vuestra prision, á quien he podido ganar, favorecerá la estratagemá; prolongad esta ficcion: entretanto yo obraré, veré al ministro, me constituiré vuestro abogado y defensor, obtendré una segunda vista de vuestro proceso, y yo os respondo del buen éxito. Vivid, este es el sincero deseo del mas anciano de vuestros jueces.»

—¿Y bien, hija mia? preguntó el padre Arsenio. —Padre mio, respondió Clara, ayer deseaba la muerte; pero sobre todo para libertarme de una existencia odiosa; hoy he olvidado ya el penoso sueño de la vida; durante la noche que acabo de pasar, ni una vez siquiera se ha ofrecido á mi imaginacion el recuerdo de mis inclinaciones terrestres, ó el de mi trágica aventura; no he visto mas que á Dios, no he escuchado mas que á él; la tier-

ra ha desaparecido para mí; mi alma ha tomado su vuelo hacia el empíreo, y no bajaría otra vez sino con mucho sentimiento sobre este miserable suelo. No obstante sé muy bien que no me es lícito abreviar por mí misma mi destierro, y que si hubiese algún medio legítimo de alargar mi vida, tendría obligacion de emplearle; pero se me propone una ficcion que me sería imposible sostener; yo puedo y debo rechazar semejante propuesta. » Al oír esta contestacion, sintió el padre Arsenio una conmocion tan viva, que le fué imposible responder. No se cansaba de admirar tanto valor unido á tanta sencillez, o, por mejor decir, admiraba la religion que da semejantes virtudes. Despues de un rato de silencio:—Hija mia; le dijo, llenad, pues, vuestro noble destino. Habeis vivido para la virtud, id á morir por ella. Vuestra vida ha sido dichosa y tranquila; una espantosa borrasca termina su curso; pero Dios ha permitido esta borrasca momentánea, para doblar en la eternidad el galardón que os está reservado. Empleemos útilmente los instantes preciosos que os restan, dedicándolos á la oracion. » Diciendo estas palabras, se puso de rodillas al lado de Clara, y leyó en alta voz las preces solemnes que la iglesia ha consagrado para los moribundos. Mas de una vez, durante esta lectura, se le llenaron los ojos de lágrimas al venerable religioso, viendo la ejemplar constancia y el fervor con que oraba la inocente víctima, cuyo semblante, lejos de anunciar la hora de la muerte, brillaba con un resplandor sobrenatural.

Apenas el padre Arsenio habia concluido la lectura de las preces, cuando el reloj de la cárcel dió las once y tres cuartos. ... Clara escucha, y dice con serenidad: — ¡ Pronto va á dar mi hora postrera! ¡ Oh, Dios mio! exclamó, yo os doy gracias por vuestros innumerables beneficios, os las

doy por haberme preservado del contagio de los vicios, poniéndome bajo la direccion de este venerable religioso, y porque me llamais á vos, antes que yo haya podido conocer las pasiones y la seduccion del mundo; os las doy en fin por haberme destinado un jénero de muerte sin padecimientos, y que me ha dejado el tiempo necesario para disponerme á parecer delante de vos... » Entonces volviéndose al respetable anciano que la escuchaba con el mayor asombro:—Y vos, prosiguió, vos, mi verdadero padre, ¿os dignaréis darme vuestra bendicion paternal?—Sí, hija mia, respondió el anciano, pero acordaos delante de Dios del infeliz á quien debeis la vida. ¡ Ah! ¡ él solo es digno de lástima; y no su inocente víctima! — ¡ Oh, padre mio! respondió Clara, yo estaré dentro de poco á los piés del supremo tribunal, é imploraré para él la divina misericordia.... »

Clara fué interrumpida al llegar aquí por un ruido que sonó en el vestíbulo de la prision.— Padre mio, dijo ella, bendecid á vuestra hija; ¡ recibla yo, antes de morir vuestro á Dios paternal!—Dios mio, exclamó el santo anciano estendiendo sobre la cabeza de Clara sus trémulas manos, soberano protector de la inocencia, recibid á esta jóven en vuestro seno.... perdonadme las lágrimas que derramo por su injusta suerte; pues bien conozco que solo deberia bendeciros por una muerte tan gloriosa, que en este instante llena de regocijo las moradas celestiales.... Y vos, hija mia, id á recibir la corona inmarcescible que os está reservada; id, virgen pura, Dios os llama, y los ángeles os aguardan.... Id en paz, y que ninguna inquietud perturbe la alegría de tan glorioso triunfo. Dios no permitirá que vuestra memoria quede largo tiempo calumniada sobre la tierra; dejad á su cuidado los medios de justificaros completa y brillantemente. Por lo que á mí me toca, fiel á

mi palabra, iré mañana á visitar á Valmore, y le diré con todo el acento de la verdad: *Clara fué inocente*. Al oír el nombre de Valmore, Clara se sobresaltó; este nombre hizo en ella el efecto de una antigua memoria súbitamente renovada. Durante las quince últimas horas, su alma había estado tan íntimamente unida con Dios, que ningún pensamiento mundano había podido entrar en ella. — ¡*Valmore...*! respondió ella; no, padre mío, no os veais con él.... Solo á Dios dirijo mis últimos votos. No, no habéis á Valmore. ¿No hemos de reunirnos algún día en el cielo? ¿Y no estoy segura de justificarme entonces para con él en presencia de Dios?»

A este tiempo dieron las doce.... El padre Arsenio se estremeció: Clara, aun de rodillas, levantando al cielo sus manos inocentes, exclamó con vehemencia: — ¡He aquí pues mi hora postrimera! y cruzando los brazos sobre su pecho, estuvo algunos instantes sepultada en el mas profundo recojimiento. En seguida se levantó, tomó el reloj de arena, y, restituyéndole al padre Arsenio: — Volved, dijo, á tomarle; el tiempo se ha acabado ya para mí. Aquí tenéis el libro de oraciones; él me ha consolado y fortalecido; conservadle siempre en memoria mía.... Pero el crucifijo me acompañará hasta mi último suspiro... » En esto se abrió de golpe la puerta de la prisión, y entraron los que debían llevar á Clara al cadalso. Entonces ella se quitó una rica sortija de diamantes, y la dió al padre Arsenio, encargándole que la vendiese y distribuyese su producto entre los pobres. Despues acordándose que llevaba un brazalete con los retratos de Valmore y de Julio, rompió la cadenilla con que le tenía sujeto al brazo, y entregándole al padre Arsenio, rogó á este encarecidamente que enviase el brazalete á la hermana de Valmore. En seguida tomó el crucifijo; cubrióse con un gran velo

blanco, y dejóse llevar por sus conductores. El padre Arsenio la siguió; y le hicieron subir con ella en un coche entutado que atravesó lentamente todo París. Clara, tapada con el velo, burló así la ávida curiosidad del populacho que se agolpaba en el tránsito; y, por lo tocante á sí misma, exaltada por los mas sublimes sentimientos de la piedad, nada vió de lo que pasaba al rededor de ella, ni oyó mas que las dulces exhortaciones del padre Arsenio. Cuando llegaron al lugar del suplicio, hubo mucha dificultad para que el acompañamiento pudiese abrirse paso por entre el inmenso gentío que se había reunido en la plaza. Los soldados pudieron al fin lograrlo, y el coche siguió su camino hasta el pié del cadalso: abrióse la portezuela, y bajó Clara; dos ministros de justicia quisieron sostenerla, pero ella lo rehusó con la mayor dulzura. Adelantóse con paso rápido y firme hácia el cadalso, miró atrás para ver si la seguía su venerable confesor, detúvose un instante para esperarle, y luego subió por la escalera del cadalso. Cuando hubo llegado á lo alto de él, se quitó el velo, y su belleza apareció en aquel momento tan brillante y tan majestuosa, que dejó mudos de admiración á todos los espectadores. Despues de algun tiempo de silencio, Clara se puso de rodillas, y dijo en alta voz: — ¡Yo muero inocente! En seguida apretando el crucifijo contra su pecho, y levantandolos ojos al cielo, exclamó: — ¡Dios mío! ¡perdonad al autor desconocido del crimen, y abrid su corazón al arrepentimiento! ¡Perdonadme mis faltas, y dignaos aceptar, con vuestra paternal bondad, el sacrificio voluntario de mi vida...! » Al oír esto, se levantaron mil voces gritando con vehemencia: ¡*Es inocente! ¡es inocente!* Clara, no viendo mas que á Dios, y no deseando sino la muerte, se volvió al padre Arsenio para recibirla última bendición, y despues inclinando la cabeza sobre

el tajo fatal, dijo:— ¡Criador mío! ¡padre mío! recibid mi alma en vuestro seno... » La mortal cuchilla brillaba ya en las manos del verdugo, que la levantaba en el aire para descargar el golpe..... cuando he aquí que un hombre á caballo entra en la plaza, rompiendo á galope por medio del concurso, y gritando al mismo tiempo:— ¡Gracia! ¡gracia! ¡Su Majestad perdona á la real! » A tan inesperada noticia, el aire resonó por largo tiempo con las aclamaciones de alegría de todos los circunstantes... El padre Arsenio dió gracias á Dios; pero Clara, cayendo otra vez del cielo sobre la tierra, no pudo sobrellevar esta revolución sin un vivo sentimiento.— ¡Ay! dijo ella, ¡hay que esperar y sufrir! » Al pronunciar estas palabras quiso levantarse, pero las fuerzas le faltaron, cayó desfallecida en los brazos del padre Arsenio, y la bajaron desmayada de aquel cadalso, al cual acababa de subir con tanto valor. Lleváronla al coche, y los ministros de justicia recibieron una orden reservada del rey para conducirla á un convento, destinado á la reclusion de aquellas personas de su sexo que se habian hecho culpables de algun grave delito, ú se hallaban infamadas con una conducta escandalosa.

Valmore habia alcanzado ya el perdón de Clara aun antes que se hubiese pronunciado la sentencia. Dos ó tres horas despues que aquella, escoltada por un destacamento de la *marechaussée*, habia salido del castillo, Valmore, como se ha dicho, marchó á Paris con la mayor diligencia; y aunque, á pesar de ella, entró en la capital demasiado tarde para poder visitar aquel mismo dia al cardenal de Richelieu; sin embargo, el inmediato á las siete de la mañana, obtuvo una audiencia privada. Aquel ministro, á quien una larga serie de actos de rigor hace pasar comunmente por un hombre cruel y vengativo, tenia no obstante un corazon sensi-

ble y jeneroso (1). Analizando la conducta de este grande hombre, no debe perderse de vista que solo fué un mero depositario, y no un verdadero poseedor de la suprema autoridad. La clemencia en política es una virtud tan elevada y de un carácter tan divino, que únicamente el soberano tiene derecho para ejercerla. Así pues, este puede algunas veces no escuchar, en los negocios de estado, mas que los impulsos de su corazon; pero el ministro, á quien ha dado toda su confianza, no debe obrar sino por el interés de su príncipe, y para sostener la autoridad real. El uno puede ser clemente, sin dejar de ser grande; el otro debe ser inflexible como la ley. Richelieu, habiendo llegado al colmo de la privanza, se propuso sostener los derechos del trono, aumentar la gloria de su patria, y humillar el orgullo de los enemigos de la Francia. Al formar tan nobles proyectos, era preciso además tomar la resolución de mantenerse en su puesto, y de arrollar todo cuanto se opusiese á sus planes. De aquí es que sus actos de violencia solo deben mirarse como unos golpes de estado que exijia la política, que no quebrantaron jamás las leyes de la mas severa justicia, y que la Francia les debió su salud y su elevacion. Richelieu, bien lejos de abrigar un carácter violento, era de jenio apacible; llenó de terror á los facciosos, pero se hizo adorar de todos los que le rodeaban. Desdeñando los senderos trillados, consiguió llegar á la cumbre del fervor, no por medio de una baja intriga, sino dándose á conocer por sus elevados talentos. Una vez revestido de la autoridad suprema, jamás procuró hacerse un partido á fin de conservarla; él no mantuvo su poder sino á fuerza de grandes acciones. Por conclusion, fué el único favorito de su tiempo

(1) Véanse todas las memorias particulares de aquella época

que supo conciliarse el aprecio de sus compatriotas y la admiración de las cortes extranjeras y rivales.

El cardenal estaba ya instruido de la desgracia de Valmore. Este, al entrar en el gabinete del primer ministro, corrió á echarse á sus piés, diciendo con voz sufocada:—¡Monseñor! nada de tortura, nada de muerte..... yo debía recibir su mano..... sea encerrada para siempre en un claustro... Su muerte debilitaría mi odio, y yo quiero alimentar todo el horror que ella me inspira. — Mi querido Valmore, dijo el cardenal enternecido, haciéndole alzar afectuosamente, y convidándole á tomar asiento, ¡cuánto os compadezco! ¡este crimen es inaudito! convendría que se hiciese un castigo ejemplar. — ¡Ah! monseñor, ¡quién será capaz en adelante de repetir semejante atentado! — En efecto, un rasgo de ferocidad como este no es regular que se renueve... ¡tan joven, y tener un corazón tan bárbaro! ¿Y su belleza, á lo que dicen, es incomparable?» A estas palabras, Valmore se estremece, se levanta, y vuelve á caer sobre su asiento, perdiendo el color del rostro. Su imaginación le representó tan vivamente á Clara, que creyó verla allí mismo, y hubiera querido huir de aquella pieza para evitar su presencia.—¡Ah! exclamó, ¡perezca su ominosa beldad, ó que á lo menos se borre de mí para siempre tan insoportable recuerdo! Pero, monseñor, yo conjuro á vuestra Eminencia que me conceda su perdón. — Para que me fuese posible el rehusaros alguna cosa en el estado en que os miro, sería preciso que el interés público se opusiese á vuestros deseos. Ella conseguirá su perdón, yo me encargo de obtenerle; pero el rey querrá seguramente que sea juzgada con todas las formalidades, y conducida al cadalso; es necesario que á lo menos pase por todos los grados de terror que pueda hacerle sentir su justa condenación. Por lo

que toca á vos, mi querido Valmore, podeis esperar de mi amistad todos aquellos consuelos que me sea dable proporcionaros. Haced lo posible para tranquilizar vuestro corazón, cuidad de vuestra salud, que me parece estar muy alterada, y cuando os halleis en estado de reflexionar sobre aquellas cosas que pueden conveniros, y que dependan de mí, venid á verme; entonces me hablaréis con toda franqueza, y podeis contar de antemano con mi activa cooperación en todo aquello que pueda contribuir á vuestros adelantamientos, y al lustre de vuestra apreciable familia. — Monseñor, respondió Valmore, yo no tengo otra ambición que la de distinguirme en la carrera de las armas; en ella á lo menos hallaré tal vez una muerte gloriosa. — No, dijo el cardenal, es necesario vivir para servir al rey y á la patria.» En esto el cardenal se levantó; Valmore se despidió de él, retiróse, y regresó al momento á su castillo. Una ardiente calentura le devoraba sin cesar desde el día de la horrorosa catástrofe; sin embargo no quiso absolutamente acostarse, á pesar de las instancias de su hermana, hasta haber presidido en los funerales de su hijo. El ataúd que contenia sus restos fué depositado en la capilla del castillo; y aquellos fueron embalsamados, para poderse guardar hasta trasladarlos al magnífico sepulcro que el desolado padre se proponía erigir en su memoria.

Valmore, rendido por la fatiga y el dolor, consintió al fin en acostarse á las ocho de la noche, y la triste Amelia se sentó á la cabecera de su lecho, determinada á velarle una parte de aquella. Aunque el médico había prescrito silencio, no obstante Valmore, que estaba en su pleno conocimiento, pasó toda la noche en conversacion con su hermana.—¡Ah! déjame hablar, le decía él; el silencio me consume. ¿Porqué me condenas á encerrar en mi corazón los crueles

tormentos que le despedazan? ¡Ay! Bien sé que no se aliviarán con mis gemidos; pero ¿tengo yo acaso bastante valor para reprimirlos y abogar mis quejas?... ¡Oh delirio de la ambición! ¡El cardenal ha creído darme algún consuelo con hablarme de adelantos y de fortuna! ¡Ah! ¡yo desprecio el poder humano! Este famoso ministro, este grande hombre, tiene en su mano los destinos de Europa; pero aun cuando le fuese posible cambiar enteramente la faz del globo, y conquistar el universo, ¿qué podría él sobre un corazón que acaba de perder lo que amaba? — Sin duda, replicó Amelia, en semejantes desgracias solo la Providencia puede consolarnos; ella es, por lo tanto, á quien debemos recurrir. Oigámosla; oigamos á la religion que te dice: tu hijo es bienaventurado, él goza de una dicha inefable que nunca se acabará. » Así procuraba la discreta Amelia calmar la desesperacion de su infeliz hermano. Este, á cosa de las diez, cesó de hablar, pero no de estar en continua agitacion, y de lanzar profundos gemidos; de repente, á media noche, exclamó: — No, ¡yo no quiero que su sangre sea derramada!... Aquel ángel me ordena, desde lo alto de los cielos, que me oponga á su muerte... No obstante, si el cardenal olvidase su promesa, dentro de pocas horas moriría aquella desventurada... » Al acabar estas palabras, pidió recado de escribir; escribió de prisa al cardenal, conjurándole en los términos mas espresivos para que no se olvidase de que le habia prometido formalmente el perdon de Clara, y envió sobre la marcha un espreso á caballo para llevar su carta á Paris. Hasta la vuelta del correo estuvo Valmore con una agitacion tan grande, que la calentura se le aumentó de un modo extraordinario, y aun tuvo algunos momentos de delirio; ya creia ver á Julio en figura de ángel, pidiéndole que defendiese la vida de Clara,

ya se figuraba presenciar el suplicio de esta; entonces se estremeceia, quería saltar de la cama, y llenaba de espanto á todos los que le rodeaban. Otras veces, sosegándose un poco, y volviendo en sí, preguntaba si habia regresado su correo; no era posible engañarle sobre este particular, pues sabian que él no creeria otra relacion sino la que le hiciese el mismo correo en persona. Por fin volvió este con un billete del cardenal, quien decia en pocas palabras que Clara, llevada al patíbulo, habia mostrado un valor extraordinario, que se le habia concedido el perdon, y se la habia destinado á reclusion perpetua en un convento. Valmore respiró. Habia prohibido que, bajo ningun pretexto, se le hablase una sola palabra relativa á Clara, y hasta habia dicho á su hermana: si alguna vez tuviese yo la debilidad de hablarte de ella, no me respondas; escúchame en silencio, y sobre todo no llegue jamás á mis oídos este nombre execrable.

Algunas horas despues hizo varias preguntas acerca del convento de Clara, y del tratamiento que en él se daba á las reclusas que lo estaban por alguna órden reservada del gobierno. Amelia respondió que cuando sus familias pagaban una pension estipulada al efecto, se les permitia tener habitaciones particulares, mientras que las demás tenían que acostarse en el dormitorio jeneral, y comer juntas en el refectorio. Amelia cesó aquí de hablar, temiendo que el hilo de la conversacion la obligase á pronunciar el nombre de Clara. — Hermana mia, dijo entonces Valmore, *aquella desgraciada* se ve probablemente abandonada de todo el universo... tal vez no tiene quien pague por ella esta pension... es preciso tomar informes.... — Así lo haré, replicó su hermana, y me conformaré con lo que tú dispongas sobre este asunto. Por ahora no pienses mas en ello. » La única respuesta de Valmore fué apretar la ma-

no de Amelia. Desde aquel momento pareció menos ajitado; pero cayó en una debilidad tan grande, que muy pronto dió que temer por su vida.

Entanto que el dolor arrastraba á Valmore con rapidez hácia el sepulcro, y que los facultativos, prodigándole todos los auxilios del arte, le obligaban á luchar penosamente con la muerte, la malhadada Clara estaba sufriendo nuevos tormentos que pusieron á prueba igualmente su paciencia y su valor.

El lector tendrá presente sin duda que Clara fué llevada sin conocimiento desde el patibulo al coche, y trasladada en este de allí al monasterio de las *Arrepentidas*; el traqueo del carruaje la hizo volver en sí, y entonces se halló al lado de su confesor, quien le dió cuenta del paraje adonde la conducian. Clara exhaló un profundo suspiro, y dijo:—No tengo mas que diez y siete años, y he de pasar allí toda mi vida!...—Hija mia, respondió el padre Arsenio, ningún ser viviente ha visto la muerte tan de cerca como vos, con mayores fuerzas físicas, y mayor entereza en las facultades mentales. Acordaos siempre de aquel momento en que, pronta á recibir el golpe mortal, dirigisteis al cielo una súplica tan ferviente; vuestro fin no era ya solo inevitable; la muerte misma estaba delante de vos, y estendia sus heladas manos para arrebatáros... vuestros piés llegaron entonces á tocar en los últimos confines de la vida... vuestros ojos levantándose hácia el firmamento, debieron penetrar su espesor, descubrir sin velo el paraíso, y compasar la distancia que media entre el tiempo y la eternidad. ¿Qué deben, pues, pareceros ahora estos instantes que se deslizan rápidamente sobre la tierra? ¿murmuraréis aun por tan corta dilacion? — ¡Murmurar! no, jamás. Yo me resigno. Sin embargo, cuando Dios me ha desechado de su presencia por tantos años, ¿puedo yo menos

de jemir sobre mi suerte?— Vos habeis mostrado todo el valor que puede dar la relijion; Dios quiere que tengais además el mérito de la paciencia. — Guíadme siempre, padre mio, y le contraeré. — No os abandonaré jamás; sois mi hija predilecta, y velaré sobre vos hasta mi último suspiro. — ¡Oh, padre mio! mi único apoyo sobre la tierra, ¡vos solo conocéis á la infelice Clara! » Diciendo estas palabras, empezó á llorar amargamente. A las dos de la tarde llegaron al monasterio, y Clara se sintió penetrada de dolor al separarse del padre Arsenio, no obstante que este le dió palabra de ir á visitarla todos los días.

Aquella santa casa estaba puesta bajo la direccion de una priora y una subpriora, y de otras cuatro religiosas, de las que se llaman en los conventos *dignitarias*. Estas seis personas eran de una conducta pura é irreprehensible, y cuando moria alguna de ellas, era reemplazada por otra religiosa escogida en un convento de la provincia; pero por lo tocante á las demás religiosas de aquel monasterio, todas eran mujeres convertidas que, despues de haber pasado una juventud licenciosa, se dedicaban á la penitencia. Así las víctimas de las pasiones y del vicio, desechadas por la sociedad, eran admitidas en aquel asilo; la relijion, mas indulgente que el mundo, las recibia en su santuario; las acogia con tierna compasion; y aun se dignaba cubrir ella misma la cabeza profana de aquellas pecadoras escandalosas con el santo velo del rubor y de la virginidad. Allí el vicio arrependido podia recobrar el esplendor de la virtud, y gozar de todos los derechos de la inocencia. Estas instituciones religiosas no permitian hacer distincion alguna con los culpables; el ejercicio austero de la penitencia era comun á todos; y en estos refugios del vicio desengañado, la caridad cristiana prohibia la

menor reconvenccion; la humildad se confundia con el arrepentimiento, y los efectos mas claros del remordimiento no parecian mas que frutos de la piedad. Tal era la comunidad religiosa; pero habia además en el mismo convento un crecido número de pensionistas encerradas allí, por su mala conducta, en virtud de órdenes reservadas del gobierno, bajo el réjimen y custodia de la priora y de las cinco religiosas *dignitarias*. Las mujeres cuyas familias pagaban cierta pension, vivian en habitaciones solitarias, separadas entre sí, y no veian mas que á las religiosas. Las demás estaban divididas en clases, se acostaban en dormitorios muy espaciosos, hacian vida comun, comian juntas, y se ocupaban en diferentes labores de su sexo, bajo la inspeccion de las religiosas. Unas estaban encerradas por la vida, y otras solamente por un término limitado. La pobre Clara fué destinada á una de estas clases, y no á una habitacion privada. Estaba tan débil, que las dos religiosas que la habian recibido se vieron precisadas á llevarla á la pieza de recreo, donde las pensionistas acababan de entrar despues de comer. Clara experimentó una mezcla indefinible de dolor, vergüenza y espanto al fijar su vista en aquel agregado de hembras despreciables, manchadas con tantos crímenes, y al pensar que estaba condenada á ser en adelante su eterna compañera. Ya era conocida su deplorable historia; y al murmullo que se dejó oír en toda la estension de la sala, á la insultante expresion de todos los semblantes, conoció fácilmente que inspiraba á aquellas mujeres aun mas horror, si era posible, del que ellas le habian hecho concebir. Hiciéronle tomar asiento, y una religiosa hizo lo mismo á su lado; dióle á oler un poco de vinagre; pero ella estaba tan sobrecojida y asustada, que no podia alzar la cabeza, ni proferir una sola palabra. Al cabo de al-

gunos minutos le presentaron una taza de caldo, y la tomó. Preguntándole despues si queria comer, dió á entender que tenia necesidad de descanso, y al momento la acompañaron al dormitorio. La priora, que le daba el brazo, observando que se inmutaba á vista de aquella multitud de camas que llenaban el dormitorio, le dijo con mucha dulzura:—Nada temais, pues el mas pequeño insulto se castiga aquí con la mayor severidad; vuestra situacion reclama todos mis cuidados, y estoy dispuesta á hacer por vos todo aquello que pueda servir de algun alivio.» Clara pagó este corto pero afectuoso razonamiento con una mirada dolorosa y penetrante que acabó de enternecer á aquella buena religiosa, ya antes vivamente conmovida por su sola presencia.

Luego que Clara se hubo acostado, la priora se sentó á la cabecera de su cama, diciéndole:—Procurad tranquilizaros; yo no me moveré de aquí hasta que hayais logrado atraer el sueño; despues colocaré á vuestro lado una hermana donada para guardaros y servirlos; y, cuando querais hablarne, mandadme un recado, y volveré al instante.»

Clara, privada enteramente del sueño por dos dias consecutivos, cedió muy pronto á su estremado decaimiento, y se durmió, quedando sumergida durante algunas horas en el dulce y profundo sueño de la juventud y de la inocencia. No despertó hasta las ocho y media de la noche al ruido que hicieron todas las pensionistas cuando entraban para acostarse; y entonces corrió enteramente las cortinas de su cama á fin de no ver, ni ser vista de nadie, y de disminuir el temblor que la sobrecojía al ocurrirle el pensamiento de que iba á pasar la noche en medio de todas aquellas mujeres. Poco despues oyendo á la priora que leia en voz alta las oraciones, se arrodilló sobre su cama para escucharla; esta lectura,

que fué bastante larga, y el metal de voz de una persona tan respetable, endulzaron un poco la amargura de las reflexiones de Clara; y esta discursó que entre aquella infinidad de mujeres desterradas de la sociedad, podian existir muchas á quienes hubiese tocado la religion, y aun tal vez otras que, siendo inocentes, habrian sido condenadas por falsas apariencias. Esta idea la enterneció, y le hizo menos insoportable aquella horrible asociacion. Despues de las oraciones, todo el mundo se acostó, encendieron las lámparas, tocaron á silencio, y Clara volvió á quedarse dormida. A eso de media noche despertó sobresaltada por un ruido extraño; escuchó, y percibe al lado de su cama el sonido de una voz que en tono bajo, pero con el acento del furor, le dirigia las mas atroces injurias; al mismo instante la cortina se entreabre, una figura se aparece con el brazo levantado en actitud amenazadora, y Clara reconoce en esta furia á la niñera de Julio, encerrada para siempre en el mismo convento, en pena de la intriga criminal que le habia hecho abandonar la custodia del desgraciado niño. Clara, asustada, no solamente por su accion, sino tambien por la sola vista de aquella miserable, saltó desatinada al suelo, por el lado opuesto de la cama, dando un agudo grito. Las hermanas donadas que estaban por turno en vela, se levantaron apresuradamente; pero ya no hallaron mas que á Clara fuera de su cama, quien, no queriendo descubrir la despreciable criatura que acababa de insultarla, se contentó con decir que habia creído oír un ruido espantoso. Rogó á una de las hermanas que acercase un poco su cama, la hermana consintió en ello, y Clara se acostó de nuevo; pero la vista de aquella mujer que le recordaba tan vivamente el desastroso fin de Julio, la privó de dormir en todo el resto de la noche. Hasta entonces la idea de su sentencia y de

su muerte, y el fervor de su piedad, habian apartado de su imaginacion todos los demás objetos; pero, condenada á vivir en aquel lugar de ignominia, la asaltaron de nuevo todas las reflexiones que podian afligir mas su corazon. Valmore llegó de nuevo á ocuparle el pensamiento bajo un aspecto á la vez terrible y lastimero. ¡Infeliz! decia ella entre sí, él se vé forzado á odiarme hasta la tumba, y ¡yo á lo menos puedo admirarle y quererle todavia! existe, pues, un tormento que yo no he sufrido aun, ¡el de pasar con rapidez del amor al aborrecimiento! ¡Hay un dolor que el cielo ha querido evitarme! Pero Valmore lo siente. ¡Ah! ¿no es esto sentirlo yo tambien? No, á pesar de la ilusion y vehemencia de las mayores presunciones, yo no hubiera podido jamás creerle manchado de un crimen. Y ¡él no ha titubeado en condenarme! ¡Ay! el espanto y el extravio de la razon pintados en mi semblante, mis propias palabras, la vista de su hijo degollado, la desesperacion, todo, en aquellos primeros momentos, ha debido alucinarle y prevenirle contra mí. ¡Ah! Si él hubiese asistido á mi interrogatorio, si entonces hubiese podido oírme, ¿no se habria hecho cargo de mi inocencia, como este desconocido, este juez, á quien tantas declaraciones y pruebas contrarias á ella no han bastado para engañarle? ¡Y qué! si con el tiempo la reflexion no descorre enteramente el velo que cubre sus ojos, ¿no podrá á lo menos sembrar algunas dudas en su entendimiento? cuando él se acuerde de la infeliz Clara, de su educacion, de su vida, de sus conversaciones y de su ternura, ¿le será posible continuar en su error? No, no, él me aborrecerá hasta la muerte.... Es cierto que él fué quien vino á librarme de aquella multitud frenética y desencadenada, próxima á sacrificarme; que él es tambien, sin duda alguna, quien me ha arrancado de

las manos del verdugo; y aun me atreví á creer que no es él quien me ha puesto en este sitio, en esta clase llena de las mujeres mas viciosas y abominables; él habria solicitado para mí una reclusion decente, y por consecuencia solitaria. Su jenerosidad nunca se desmentirá, lo creo firmemente, pero ¡su odio tendrá la misma constancia!..... Estas melancólicas ideas no dejaron sosegar á Clara en toda la noche. A las seis tocaron á levantarse; todas las mujeres obedecieron esta señal, y Clara las imitó. Entonces tuvo que pasar por una nueva humillacion; hiciéronle tomar el hábito uniforme de la clase, compuesto de ropas interiores de lienzo muy tosco y un vestido de paño gris burdo y ordinario; y cuando se vió revestida con esta librea de la infamia, se creyó deshonrada como las prostitutas que la llevaban justamente, y á quienes se le igualaba en lo exterior. Despues de un desayuno de penitencia, esto es, de pan y agua, que la necesidad de alimento le obligó á tomar, siguió á la priora y á la sub-priora, quienes la hicieron sentar junto á la mesa de labor, exhortándola con dulzura á adelantar su tarea. La priora salió á poco rato, y la sub-priora se quedó para presidir al trabajo. Clara, muerta de vergüenza, no osaba moverse, ni alzar los ojos, y sentia aquella especie de estupor y confusion que hace inútil el testimonio de una buena conciencia. Colocada en medio de dos prostitutas, procuraba igualmente evitar sus impúdicas miradas, y todo roce con ellas; con la cabeza y los ojos bajos permanecia inmóvil en su asiento; con las manos estendidas por debajo de la mesa, apretaba contra sí misma cuanto le era dable los pliegues de su ropa, y su única idea era dejar todo el espacio que pudiese entre ella y sus viles compañeras. De repente una de aquellas mujeres cojió con fuerza por debajo de la mesa una mano de Clara;

un hierro ardiendo aplicado sobre aquella mano tan pura no habria producido una impresion mas dolorosa y terrible. Levantóse precipitadamente con una espresion tan tierna y patética, que la religiosa se sintió conmovida en lo íntimo de su corazon. Esta habia visto el movimiento y adivinado la causa de aquel terror maquinal, producido por la antipatía que hay naturalmente entre la desvergüenza y el pudor. En pié y teniendo á Clara por el brazo, echó una mirada severa sobre la prostituta, y le dijo:— Ya sabeis que la familiaridad y las chanzas están prohibidas en este lugar. Nosotras estamos en él como se debería estar en todas partes sobre esta tierra de proscripcion, que no es mas que una triste romería; estamos para llorar nuestras faltas pasadas, y santificar el tiempo presente, haciéndole útil por medio de la oracion y del trabajo.» La que hablaba con tanta dulzura dándose por semejante á aquella hembra deshonrada, era una vírgen pura y sin mancilla; este lenguaje delicado y sublime de la caridad cristiana era en su boca tan humilde como sincero; y del mismo modo hablaba de sí á Dios todos los días en el retiro de su celda. Despues de haber dado esta reprehension, la madre Santa-Ana (este era el nombre de la sub-priora) se volvió á Clara, preguntándole si sabia bordar; habiendo esta contestado afirmativamente, mandó aquella traer un bastidor, y Clara puso al instante manos á la obra, colocándose de manera que pudiese estar de espaldas á las demás mujeres. Habíase trabajado ya cerca de una hora con el mas profundo silencio, cuando entraron á buscar á la madre Santa Ana, la cual salió diciendo que volveria pronto, y dejando interinamente á dos donadas el cuidado de la sala. Al cabo de pocos minutos oyó Clara algunas carcajadas; este son tan discordante á sus oidos le pareció á la vez

un insulto, una crueldad y el colmo de la indecencia; y entonces creyó ver renuido á su vista lo mas horrible que hay en este mundo, el vicio en el oprobio, sin vergüenza ni arrepentimiento. Estuvo un rato encojida sin atreverse á despegar los labios, y en seguida derramó algunas lágrimas; las donadas impusieron silencio, la madre Santa-Ana pareció de nuevo, y todo volvió á entrar en el órden.

A medio día se levantaron para ir al refectorio. Clara, pudiendo apenas sostenerse, y siempre con la cabeza baja, dejaba pasar adelante á todas las demás, queriendo ser la última, á fin de poder andar mas libremente. Pero habiéndole hecho señal la religiosa para que siguiese como las otras, le fué preciso obedecer, y colocarse en la hila. Al momento de entrar en el refectorio, se apretaron las unas contra las otras, y en aquella especie de desórden, una mujer acercándose al oído de Clara, le dijo rápidamente en voz baja: — Nosotras no tenemos que echarnos en cara mas que flaquezas; pero tú has cometido un crimen espantoso; todas estamos conjuradas contra tí, y vas á perecer con el puñal ó el veneno.... » Clara se estremeció al reconocer la voz de la niñera de Julio; quiso huir, pero una mano robusta y furiosa la detuvo con fuerza cojiéndola del vestido, hasta que lo hubiese oído todo. Entonces la soltaron. Clara se metió corriendo en el refectorio, y allí, apoyándose en el respaldo de una silla, quedó inmóvil de terror. Bien pronto las pensionistas se acercaron y la rodearon; puesta en medio de aquel enjambre de mujeres tan desenvueltas, se hubiera creído, al ver la palidez del rostro de Clara, su abatimiento y consternacion, que ella era la única delincuente; si la modestia virginal esparcida por toda su persona no hubiese mostrado en ella todos los caracteres del pudor que sufre, y no los de la confusion que acompaña al remordi-

niento. La madre Santa-Ana voló á socorrer á Clara, y esta le dijo que habia temido le diese una congoja, pero que ya se sentía mejor.

En esto se sentaron á la mesa. Clara se halló colocada al frente de su enemiga; una vez sus ojos se encontraron con los de esta, y desde entonces no levantó mas la vista del plato en que comia. Durante la comida tuvo el consuelo de oír la dulce voz de la madre Santa-Ana, que recitó en voz alta una lectura ascética, y su voz respetable, que solo articulaba palabras religiosas, suspendió por aquel rato los males y los terrores de Clara.

Despues de la comida se dió licencia para pasear una hora por los claustros, pero Clara no se aprovechó de ella, sino que volvió á la sala de trabajo, y allí pudo respirar un poco; hallóse sola con una hermana donada que se quedó á hacerle compañía, y se puso otra vez á bordar. Al tiempo de volver á entrar las pensionistas, le anunciaron una visita del padre Arsenio: este digno religioso era uno de los mejores predicadores de su tiempo, las religiosas le veneraban mucho, y así dieron permiso á Clara para ir sola al locutorio á recibir su visita. Cuando el padre Arsenio vió comparecer á Clara con el hábito uniforme de las reclusas, se turbó, la miró un instante sin hablar, y sus ojos se llenaron de lágrimas; pero una reflexion rápida le devolvió al punto toda su serenidad. La sabiduría humana no hubiera hecho mas que indignarse y afligirse con aquel espectáculo; pero la religion ofrece consuelos para todas las situaciones de la vida.

—Hija mia, dijo el religioso, héos aquí con la libra del oprobio y de la miseria; y mientras que vos la llevais, un gran número de mujeres depravadas viven en medio de la opulencia y de las grandezas. Dios nos enseña de este modo á despreciar estos bienes perecederos que da con tan poca frecuencia á sus amigos, y nunca por via

de recompensa, sino como cargas muy pesadas, ó como pruebas de su virtud. ¡Oh, hija mia! alegraos con este traje que os pone tan interesante á los ojos de Dios. ¡Qué bien sienta en un cuerpo cuya alma es pura y resignada!— ¡Ay, padre mio! respondió Clara, vos tomáis por resignacion mi abatimiento; es verdad que yo no me quejo, pero es porque el terror no me lo permite...» Entonces Clara le contó todo lo que le habia pasado, desahogando así sus penas en el seno de su venerable amigo.— Vos no teneis apoyo, le dijo este; vuestro inhumano padre os abandona; y por otra parte sus negocios están en tan mal estado, son tantos los acreedores que se presentan, que habria sin duda quien se opusiese fuertemente á cualquier pension que él os señalase, de modo que, aun cuando hubiese querido darla, los acreedores la hubieran hecho embargar, y de todos modos os veriais reducida á vivir en la clase comun pagada por el gobierno. Pero yo sé un medio fácil para apartaros de esta sociedad infame y peligrosa, y ponerlos en seguridad en esta misma casa en el departamento privado de las religiosas. Os queda aun la joya que me confiasteis, la he hecho estimar, y vale doce mil francos; es vuestra, pues hace seis semanas que os la enviaron de Alemania directamente, y aun sin conocimiento de vuestro padre. Iré á venderla hoy mismo; pagaréis vuestra pension, y esta noche dormiréis ya en un cuarto separado.» Al oír esta proposicion, Clara reflexionó un momento, y en seguida, tomando la palabra, dijo:—No, padre mio, no; esta joya no es ya mia. Antes de ir al cadalso dispuse de ella, prometiendo á Dios que la daria á los pobres; este fué mi testamento, y no tengo facultades para revocarlo. ¿No he muerto ya civilmente? Mi dicho no hace fe en juicio, y mi firma es nula, pues Clara ha dejado de existir. ¡Sobrevívale á lo menos el poco bien que ha podido hacer! Guardad esta joya,

y la venderémos para invertir su producto en la primera obra de caridad que vos me indiquéis. — Mi querida hija, vos me entregasteis esta joya en la creencia de que ibais á morir. Pero vivís aun, y aquella es en el día vuestro único recurso; por consiguiente podeis hacer uso de ella sin el menor escrúpulo. — No, padre mio, yo prefiero quedarme en el estado en que me hallo; la memoria de esta accion me sostendrá: es la única de esta especie que podré hacer en toda mi vida; ¿he de desperdiciarla?—Yo no debia aconsejároslo, pero confieso que vuestra resolucion sobre el particular me conmueve y edifica. Por lo tocante al brazalete que os regaló Valmore, teneis obligacion de restituirle, no siéndoos permitido conservar el retrato de un hombre que ya no puede ser vuestro esposo. — Sin embargo, padre mio, yo habia hecho propósito de llevar este brazalete todos los dias de mi vida. — Sí, pero porque no dudabais de que Valmore os daria su mano en el altar antes de muchos dias.—Sí, yo estaba bien lejos de dudarlo, exclamó ella con el acento del dolor; no hace seis dias que solo veia en el porvenir la dicha y la tranquilidad.... Valmore me estimaba, me queria; pero al presente, ¡gran Dios!...» Sus lágrimas le impidieron continuar. El padre Arsenio no mostró en esta ocasion una severidad intempestiva; jamás hacia sermones inútiles; entonces siguió aquel divino precepto del supremo Consolador: *Plorad con los que lloran*, y muy pronto las lágrimas de Clara corrieron menos amargamente. — Padre mio, dijo ella, vos teneis razon en esto como en todas las demás cosas... Volved á su antiguo dueño este brazalete. — Y vos, hija mia, replicó el padre Arsenio, en cuanto os lo permita la fragilidad humana, apartad de la imaginacion estas ideas que os trastornan demasiado. Bajad hasta el fondo de vuestra conciencia, y en ella hallaréis grandes consuelos. En medio

de vuestro aparente envilecimiento, considerad, hija mía, en qué maravillosa altura os ha colocado la Providencia; vos no habeis sido el juguete de los acontecimientos; os han declarado culpable, y dependia de vos el justificaros; os han conducido al cadalso, y con una sola palabra que hubieseis dicho, podiais libraros de esta pena. Heos aquí en la sociedad mas vil, en la morada mas humillante, pero sin que nadie pueda obligaros á descubrir vuestro secreto; en vuestra mano está el salir de aquí esta noche misma; solo una voluntad jenerosa os retiene en este lugar. Así, cada uno de vuestros infortunios desarrolla en vos una virtud. No es una insuperable necesidad quien os ha abismado en esta sima de miserias humanas; vuestra alma es siempre la que dispone de todo; ella es quien, llevándoos á la presencia de Dios, hace que lo sacrifiqueis todo al deseo de agradarle; ella es quien os da á conocer una gloria que no se marchita jamás; ella es por fin á quien debeis tanta resignacion, y quien os dará fuerzas para continuar en una santa perseverancia..... ¡Hija de mis entrañas, reanimaos! Vuestras penas me enternecen; pero vuestro triunfo me llena de regocijo. Acordaos que la noble victima que se inmola ella misma á la virtud, no debe afligirse ni lamentarse de este sacrificio. — ¡Y bien! padre mio, exclamó Clara, yo procuraré hacerme digna de vuestra indulgente bondad; yo me esforzaré á vencer todas mis debilidades.»

Estaba hablando todavía, cuando entró una donada en el locutorio, y le dijo que la priora deseaba hablarle. Clara, fortalecida con los paternales discursos del piadoso Arsenio, se despidió de él para acudir al instante al llamamiento de la priora. Quedó sorprendida viendo que no la hacian entrar en la sala comun, sino que la conducian al departamento mismo de las religiosas; pero esta sorpresa llegó á su colmo, en llegando á la cel-

da de la madre priora. Esta, despues de haberle hecho tomar asiento, — Tengo, le dijo, la satisfaccion de anunciaros que ya no volveréis á entrar en la clase comun; vais á dejar estos hábitos, y á tomar de nuevo vuestros vestidos que acaban de enviar aquí.» Al oir esto, Clara no pudo contener las lágrimas, reflexionando que su ropa venia de la quinta de Valmore en donde la habia dejado. — Aquí teneis además, continuó la priora, la cajita que encierra vuestras joyas y pedrería. Todo esto no es mas que una resolucion. Pero otra mano, que quiere permanecer oculta, pagará por vos una pension; un escribano acaba de traerme la escritura de ella. — ¡Ah! no lo dudeis, interrumpió Clara deshaciéndose en lágrimas, no es mas que una sola mano..... — Sea como quiera, dijo la priora, no podeis rehusar esta pension anónima; yo tenia el derecho de aceptarla por vos, y he usado de él, firmando la escritura. Se está preparando vuestra habitacion, y dentro de una hora tomaréis posesion de ella: una hermana donada estará en la misma para servirlos: se os llevará vuestra comida, que debe guisarse aparte, y se os suministrará cuanto necesiteis para vuestros bordados. Ya no trabajaréis mas en beneficio de la casa, sino de vos misma; en fin, nada os faltará de aquello que razonablemente podais desear en este retiro. Las seis religiosas que estamos encargadas de la direccion de esta casa, iremos á visitaros por turno, cuando vos estéis dispuesta á recibirnos. Las demás no hacen visitas, por estar del todo ocupadas en el servicio interior de la comunidad. Respecto al corto número de pensionistas que viven en nuestro departamento interior, podréis verlas ó no segun fuere vuestro gusto. — No, señora, respondió Clara, voy á consagrarme á una completa soledad, y deseo no conocer aquí mas personas que á vos, señora, y á

la madre subpriora. Por otra parte, añadió, solo la caridad cristiana puedes hacer soportable la vista de una infeliz que fué condenada á muerte por un crimen inaudito...» Aquí se detuvo, viendo que la religiosa se estremecía. No obstante, señora, prosiguió con voz trémula y baja, he protestado de mi inocencia hasta sobre el cadalso.... y lo haré incesantemente, sin duda con desconfianza, porque sé que nadie me creerá; pero este es el idioma de la verdad.— Escuchad, le dijo la priora, nosotras no permitimos jamás á las personas encerradas aquí que nos cuenten sus desventuras; sus relaciones, ó solamente sus quejas, podrian ser hijas de una culpable ficción. No me habéis, pues, de vuestra funesta aventura; yo no quiero saberla. Pero, al rehusar oiros, no creáis que os juzgue; pues ni tengo el derecho de condenaros, ni la potestad de absolverlos. Me basta, para compadecer vuestra situación, cuidar de vos y amaros, el haber visto correr vuestras lágrimas, y saber que sois desgraciada.— ¡Ah! exclamó Clara, vuestra compasion es tan dulce y jenerosa, que puede muy bien tomarse por amistad; á lo menos posee todos sus encantos. Pero mi intencion no era contaros mi lamentable historia; las palabras que he aventurado eran las únicas que yo podía decir; vos las habeis oido, y esto me ha servido de consuelo. En adelante guardaré rigurosamente el silencio que me prescribís» En esto la priora se levantó, y la acompañó á su habitacion, compuesta de tres pequeñas piezas muy lindas, adornadas con sencillez, pero con mucha elegancia y aseo, cuyas ventanas daban á un espacioso jardín, que fué puesto á disposicion de Clara. La priora se marchó, y Clara gozó del placer de hallarse sola con Dios. La Providencia, por medio de Valmore, acababa de separarla de sus infames compañeras. ¿Porqué habia de temer que en esta

nueva soledad, tan apacible, sus dias fuesen llenos de amargura? ¿hay alguna situacion que Dios no pueda embellecer? ¿no habia experimentado ya ella misma que cabia aguardar la muerte con tranquilidad, y subir al cadalso con la mayor alegría? Despues de semejantes milagros, ¿porqué habia de desechár la esperanza de algun cambio repentino y favorable en su suerte? tal vez el cielo le ha preparado una brillante justificacion; pero si no es así, si su inocencia debe quedar, hasta el sepulcro, desconocida de los hombres, ¿no tiene Dios en su mano compensaciones muy superiores para el alma fiel que se le entrega sin reserva? tales eran los pensamientos que la religion inspiraba á nuestra heroína, quien al mismo tiempo deseaba con ansia que llegase el dia siguiente, para ver al padre Arsenio, bien persuadida de que este se alegraria de la mudanza de su suerte, y que daria gracias por ella á la Providencia.

Los primeros dias, Clara permaneció muy poco en su aposento, pues no se hallaba aun en disposicion de aplicarse á cosa alguna, y no podia hacer mas que rogar á Dios, y dar algunos paseos. No bien queria ocuparse en algo, las ideas mas aflictivas se agolpaban en su espiritu. Los tremendos recuerdos de su padre la llenaban de espanto, su atrocidad le parecia un oprobio que justificaba todas las humillaciones que ella habia de sufrir; cuando se representaba su feroz semblante, le veia siempre agarrando al inocente Julio, y envañándole un puñal en el pecho, veia á aquella pobre criatura bañada en su sangre, y á Valmore desesperado: este horrible cuadro turbaba á menudo su imaginacion; entonces, fuera de sí, se levantaba, pidiendo socorro á gritos y exclamando: ¡Veré yo sin cesar esta sangre inocente que cae sobre mi cabeza! Aquel delirio, aquellos terrores se parecian tanto al remordimiento y á una confesion inae-

quívoca del crimen, que las religiosas, testigos de estas escenas, se confirmaban en un error, que, de otro modo, Clara habria desvanecido fácilmente con su dulzura, con el hechizo de su rostro, y sobre todo con su piedad.

Clara pasaba los dias casi enteros en la iglesia; y, al caer el día, gustaba de pasearse sola por el jardín lleno de monumentos y emblemas de la religion. Ningun adorno profano embellecia aquel lugar solitario; ningun ruido turbaba su quietud, sino era el canto de las aves y el murmullo de una fuentejilla. Clara se enternecía contemplando aquella soledad fundada en el recinto de un gran pueblo, en medio de la depravacion y la insensata alegría del mundo; templo de la misericordia abierto al arrepentimiento é inaccesible á la vana curiosidad. Veia á las reclusas que, esparcidas por aquí y por allí, arrastrando sus largos velos negros, y paseándose lentamente por debajo de los árboles, parecian otras tantas sombras melancólicas y taciturnas; pues en aquel convento, las religiosas, entregadas á la penitencia, no tenian la comunicacion franca y recíproca que, en algunos otros, presenta un cuadro cuya sencillez, inocencia y alegría recuerdan sin cesar los bellos dias de la infancia. Aquí, decia Clara, todos los recuerdos son punzantes, se llora, se june, pero la conciencia agitada se tranquiliza, y los remordimientos se convierten en amor. La religion, en todas partes tan hermosa, es aquí mas admirable; ella purifica los corazones, reanima en las almas envilecidas los sentimientos delicados, apaga el fuego destructor de las pasiones, y reenciende la llama jenerosa de la virtud. ¡Cuán felices deben ser estas humildes penitentes, libres ya de las ataduras del vicio! ¡cuánto deben amar al Dios que perdona! ¡Ah! en este recinto es donde se encuentra todo lo que mas puede cautivar el entendimiento y el corazón, la om-

nipotencia y la misericordia, la flaqueza y el reconocimiento.

Una mañana Clara necesitaba algunas flores para adornar una capillita; pero como en el jardín no las habia, tuvo que salir una criada á comprarlas. A la vuelta pasó por la clase, y se dejó olvidado en ella el canastillo de flores por mas de una hora. Las pensionistas supieron que estas pertenecian á Clara, y la niñera de Julio halló medio para meter disimuladamente un billete en el canastillo. La criada volvió poco despues, tomóle y llevóle á Clara. Esta, habiendo puesto las flores en vasos, reparó en el billete, abrióle, y leyó estas palabras: *¡Valmore está espirando! ¡matadora de su hijo, tú eres quien le asesina!..* Clara dejó caer el papel de las manos, sus ojos se cerraron, y perdió el sentido. Al volver en sí, su primer movimiento fué postarse de rodillas, vertiendo un torrente de lágrimas, y pidiendo al cielo que conservase los dias de Valmore. Despues de haber orado largo tiempo, se levantó exclamando: *¡Él vivirá....* Esta confianza profética del fervor y de la fe no salió vana.

Valmore en efecto habia corrido mucho peligro, mas una dichosa crisis le salvó la vida, bien que su convalecencia fué larga y penosa. Al cabo de tres semanas se levantó, débil todavía, para ir á ver á los artistas que trabajaban por orden suya en el sepulcro de Julio.

Valmore, desde los primeros momentos, habia desechado la idea de suceder en los bienes de su hijo, de aquel hijo adorado que perdiera de un modo tan trágico. Renunciando al himeneo, habia declarado á su hermana que queria destinar á la fundacion de un establecimiento de beneficencia aquella magnífica hacienda y sus rentas. Amelia, que conocia la firmeza de sus resoluciones, no se propuso hacerle variar esta última; antes bien, quiso tener parte ella

misma en aquella obra de caridad. Se decidió que serian admitidos doscientos niños pobres en la quinta, despues de haberla trasformado en hospital; y Amelia prometió que se dedicaria á cuidarlos y servirlos, y que pasaria en aquel sitio el resto de su vida. Los niños podian ser admitidos desde la edad de un año hasta la de cinco, y debian estar divididos en clases: el establecimiento se obligaba á mantenerlos hasta que hubiesen cumplido los diez años, y en seguida ponerlos de aprendices, ó colocarlos de otra manera. El producto de la venta de los ricos muebles que habia en la quinta debia pagar los primeros gastos del establecimiento. La religion consagró el patio principal de la quinta en el cual fué depositado el cuerpo de Julio. Su sepulcro era de mármol blanco, y debia tambien contener algun día las cenizas de Amelia y de Valmore; el monumento estaba circuido de rejas doradas y de una doble hilera de cipreses, y en una de sus caras se leia esta inscripcion dirigida á los niños que debian habitar en la quinta:

Él tuvo las virtudes propias de su edad. Fué religioso, dócil y agradecido. Niños, imitad su ejemplo. Vosotros gozais de lo que él debia poseer en este mundo. Honrad su memoria, y desde lo alto del cielo velará sobre vosotros.

La noche del dia en que, con las ceremonias de costumbre, se habia dado sepultura al cuerpo de Julio, quiso su padre velar mas tiempo del que solia, y mandó á todos los criados que se acostasen. Retirado en un gabinete con su hermana, se sentó á su lado, y mirándola en silencio por algunos instantes, se enterneció al contemplar su palidez y la mudanza que habia ocurrido en su semblante. ¡Cuánto has padecido, hermana mia! dijo él. — Sí, respondió Amelia, yo padezco doblemente y sin cesar. — ¡Oh, hermana mia, replicó Valmore,

mi única amiga!.. Yo no soy ingrato... Ven; voy á pagarte la deuda del agradecimiento.» Diciendo estas palabras, se levantó, la cojió de la mano, y saliendo con ella del gabinete, la condujo al sitio donde reposaban las cenizas de su hijo. Amelia, vivamente conmovida, le preguntaba, mas en vano; él estaba ajitado; pero, por la primera vez, desde su enfermedad, marchaba con paso rápido y firme, y el sublime entusiasmo de una alma ardiente y sensible daba á su cuerpo abatido nueva fuerza y existencia. Llegando al sepulcro de Julio, abrió el enrejado, y postrándose de rodillas sobre las gradas del monumento, exclamó: — ¡Oh, hijo mio! ¡yo juro ante tus restos consagrar mi vida entera á la virtud! Yo renuncio en este lugar al odio que devora mi corazon, para entregarme en adelante á la santa amistad y al reconocimiento; yo abandono la frívola y vana esperanza de una felicidad mentirosa ó pasajera; todos mis sueños se han desvanecido; pero privado de las ilusiones que emblesaban mi existencia, seguiré con resignacion el penoso camino de la vida; y cuando una memoria horrible venga á turbar mi imaginacion, hago voto solemne de distraerme de ella por medio de una obra de caridad; á lo menos un dolor tan lejítimo producirá algunas utilidades, y así lograré inmortalizar tu nombre y mi justo sentimiento.»

Al oir estas palabras, Amelia se arrojó en los brazos de su hermano; sus lágrimas se confundieron; Valmore apretó con ardor á Amelia contra su pecho, y conoció en aquel momento que no se habia agotado en él todavia el manantial de las conmociones gratas y consoladoras.

Desde aquel dia, aunque su melancolía era tan profunda que parecia en él el efecto de una disposicion natural, salió de su estado de abatimiento, ocupóse en sus negocios, y trazó él mismo el plan del estableci-

miento que quería fundar; la quinta se llenó de trabajadores, y se firmó la escritura de donación, con todas las cláusulas y demás formalidades necesarias para hacerla irrevocable.

Todas estas ocupaciones no consolaban á Valmore, pero le reconciliaban con la vida; cabe, especulativamente, hacer proyectos de beneficencia solo por principios ó por cálculo; pero cuando se llega á ponerlos en ejecucion, se hace siempre con gusto; y el hombre que jamás deja de ser benéfico, nunca será enteramente desgraciado.

Sin embargo Valmore no podía apartar de sí la memoria de Clara; á pesar de todas sus resoluciones, hablaba á menudo de ella á su hermana, pero esta no le respondía. Despues de mil reflexiones sobre el horrible suceso, se habia fijado en la idea de que la pasion de los celos habia precipitado á Clara en este crimen incomprehensible; «ella es bárbara, ella es atroz, decia, pero incapaz de codicia; todo en ella anunciaba el desinterés y la grandeza de alma.... ¡Ay! ¿no le hallaba yo tambien el candor y la bondad?... ¡Gran Dios! yo he deseado ardientemente poseer su corazon, ¡y mis afanes para conseguirlo preparaban la muerte de mi hijo! ¡un amor tan puro inspiraba una pasion tan feroz! ¡Si yo pudiese traer á la memoria alguna accion, una sola palabra reprehensible, anterior á esta horrosa época!... Pero no, hasta entonces un ángel, ¡y de repente una furia! Mi razon pierde el hilo en este laberinto, como si se le presentase la idea de un infierno. ¡Yo creo, me estremezco, y nada puedo comprender!...» Hablando así, Valmore lloraba amargamente; en seguida, avergonzándose de estos ratos de flaqueza, renovaba el juramento de no hablar mas de Clara, y se alejaba corriendo de su hermana, única persona con quien buscaba desahogar sus penas.

Entretanto Clara supo desde su

retiro, por medio del padre Arsenio, que Valmore estaba fuera de peligro; todos los dias el buen religioso la enteraba de los progresos de su convalecencia, y por fin la instruyó detalladamente de la filantrópica metamorfosis de la quinta. Esta última narracion conmovió profundamente á Clara, pero sin admirarla. ¡Padre infeliz! dijo ella, ¡tan digno de mejor suerte! privado de tu hijo, ¡la primera inspiracion de tu dolor ha sido abrir un asilo á la orfandad desvalida! ¡Ah! ¡cuán dichosa seria yo si pudiese participar de los nobles cuidados de la virtuosa Amelia!... Y.... ¿es posible?... mientras que yo me traslado sin cesar con el pensamiento á los sitios que ella habita, mientras lloro con ella, y tomo parte en sus penas y aflicciones, ¡soy para ella un objeto de execracion! ¡bajo aquel techo donde la virtud desgraciada halla en si misma todos los consuelos, me aborrecen, me maldicen! ¡Ah! si ellos me viesen, ¡si yo pudiese hacerme oír! Sí, yo convenceria sus corazones, sin descubrir mi terrible secreto. Solo haciendo esfuerzos para olvidarme, pueden ellos persistir en su funesto error. Sin duda que, en aquella morada de la beneficencia, habrán destruido todo cuanto pudiese resucitar mi memoria. Mi retrato está hecho pedazos, mi aposento demolido, las flores que yo planté arrancadas, y cortados los árboles, en que estaba grabado mi nombre; ¡nada existe ya de mí cerca de ellos!...

Estas ideas destruían el corazon de Clara; habia hecho propósito de olvidar á Valmore, y creia hacer mucho absteniéndose de pronunciar su nombre, y esforzándose en fijar en Amelia todos sus pensamientos; por otra parte, cuando preguntaba al padre Arsenio, no le hablaba jamás sino de Amelia y del nuevo establecimiento á que ella debia presidir; y de este modo su pasion, haciéndose cada día mas reservada, se aumenta-

ba por el mismo cuidado que ella tenía de reconcentrarla en lo íntimo de su corazón. Un día el padre Arsenio le dijo que en el sitio de la glorieta en donde Julio había perdido la vida, acababan de levantar una capillita bajo la invocación de los Angeles. Hacía cosa de un mes que Clara estaba bordando un hermoso frontal de altar; tenía ya á punto de concluir, y deseó ardientemente que su mas bello trabajo pudiese contribuir al adorno de la capilla. Había hecho vender la joya confiada al padre Arsenio, y con el producto de ella socorría á algunos infelices, en cuyo número había una pobre viuda que una hermana donada le había hecho conocer. Encargóle, bajo el mayor sigilo, que llevase el frontal á la quinta de Valmore, y le ofreciese á Amelia por mucho menos de lo que valía. La comisión fué ejecutada con discreción y fidelidad, y Amelia compró el frontal, haciéndole colocar al momento en el altar de la *capilla de los Angeles*. La pobre viuda recibió en pago todo el dinero que había sacado de la venta; y Clara halló un consuelo en este homenaje tributado á la memoria de Julio, considerando que la capilla debería á aquel su mayor adorno, y que Valmore todos los días pondría la vista en su trabajo.

Clara, que había pasado ya mas de dos meses en el convento, vivía en él absolutamente aislada, sin recibir otras visitas que las de la priora y de la madre Santa-Ana, á quienes edificaba con su conducta; trabajaba sin descanso para la iglesia y los pobres, y no mantenía relación alguna con las demás reclusas pensionadas por sus familias. Estas mostraban hacia Clara, cuya historia era tan pública, una aversión, un horror, muy natural en verdad, pero cuya expresión debían á lo menos haber reprimido, en vista de lo que sufría aquella desgraciada. Pero muy al contrario, todas ellas, con el mayor

descaro y crueldad, hacían alarde del desprecio que les inspiraba. Parecía que hallaban un placer en poder indignarse; y en efecto, lo es para el vicio, que cree vengarse de las humillaciones que sufre, ejerciendo sin miramientos el triste derecho de despreciar. Aquellas mujeres, no contentas con huir afectadamente de Clara, al encontrarla en los corredores ó en el jardín, llegaron hasta el extremo de impedirle formalmente en la iglesia que tomase asiento en la tribuna destinada para todas ellas. La priora, habiendo observado aquel escándalo, salió del coro, y fué á buscar á la pobre Clara que temblaba de pies á cabeza; condujola á la iglesia, y la hizo sentar entre ella y la sub-priora; distinción que aun no se había hecho con ninguna pensionista.—En adelante, dijo á Clara, os sentaréis aquí con nosotras; cuando se trata de defenderos contra una injusta opresión, creo que en ninguna parte estaréis mas segura que á mi lado, pues yo debo ser vuestro apoyo; así dependiese de mí el ser tambien vuestro consuelo!.....» Despues del oficio divino, la priora, seguida de las cinco religiosas dignitarias, entró en una sala por donde habían de pasar todas las pensionistas al salir de la tribuna, y allí, haciéndolas detener, les dijo: —Permitidme, señoras, que os haga presente, que ningún derecho teneis para escluir una pensionista de la tribuna, mientras quede un solo puesto vacante. Podríamos, pues, hacer entrar en ella á la que habeis tan injustamente desechado, mas preferimos guardarla con nosotras; y solamente queremos advertiros que cada humillación, cada ofensa que ella sufra por parte vuestra, nos impondrá el deber de una nueva preferencia en su favor.»

Este discurso inspiró disposiciones mas pacíficas, y Clara no volvió á ser insultada.

Esta se hallaba tan agradecida á las bondades de la priora y de la

madre Santa-Ana, que le vino la idea de entrar religiosa en aquel monasterio. Comunicó su proyecto al padre Arsenio, y este se lo desaprobó.— Esto sería, le dijo, reconoceros criminal, y vos no debéis jamás acusaros falsamente; reflexionad que en las *Arrepentidas* no se admiten sino personas culpables; esta institucion no se ha hecho para vos. — ¡Ay! respondió Clara, en ningún otro convento querrán admitirme. — ¡Y bien! hija mía, Dios no os llama á la vida monástica.»

Clara renunció á este proyecto; pero fué con un vivo sentimiento.

Un día, á las seis de la tarde, la priora entró en el aposento de Clara, de lo que esta se admiró bastante, pues nunca solia aquella visitarla tan tarde. — Os traigo, le dijo la priora, una buena noticia.» Estas palabras, que anunciaban á Clara una mudanza en su situacion, lejos de alegrarla, le causaron una grande inquietud, pues ya no esperaba mas felicidad sobre la tierra. Quedóse cortada; latíale el corazon con violencia, y no tuvo valor para responder. — Ya estáis libre, continuó la priora; he recibido orden para ello, firmada del ministro. — ¡Cielos! ¿Y quién ha pedido esta orden? — Vuestro señor padre.» Clara, al oír esto, casi se desmayó. — Sí, prosiguió la religiosa; ha obtenido el permiso de trasladaros á un castillo que posee á cien leguas de aquí, á orillas del Ródano, y ha prometido que no os dejará salir de él; pero viviréis en un hermoso pais, y bajo la custodia de un padre...» Aquí Clara cesó de oír; una palidez mortal cubrió su rostro, los ojos se le cerraron, y perdió el conocimiento. La priora creyó que la alegría causaba en ella esta revolucion. La infeliz Clara, al recobrar el uso de los sentidos, dijo, como fuera de sí, á la priora: — ¡Y qué! señora, ¿no se me permitirá quedarme aquí? ¿podrán arrancarme de este lugar á pesar mio? — Yo no os entiendo, dijo la priora. ¿No comprendéis cuán hon-

roso asilo es el de la casa paterna, y que despues de todo lo que habeis sufrido, nada teneis que temer de la severidad de un padre? Por otra parte no se os deja la facultad de elegir; es una orden que debemos obedecer. — ¡Oh, Dios mio! exclamó dolorosamente Clara juntando las manos.... Y ¿cuándo vendrán á buscarme? — Esta noche misma, dentro de poco. — ¡Oh cielos! ¿Y no podré hablar con el padre Arsenio? — Está ausente, y no volverá hasta mañana. — ¿Tendréis la bondad, señora, de entregarle una carta mia? — Sí, os lo prometo.»

Clara escribió al momento lo que sigue:

«¡Oh padre mio, mi único protector! van á robarme, á arrastrarme lejos de vos, al castillo de Rosmal, á orillas del Ródano. ¡Oh! no abandonéis á la desdichada Clara...»

Cerró este billete y le entregó á la priora.

Media hora despues, avisaron á Clara que una silla de posta la aguardaba á la puerta del convento. Trémula y fuera de sí, no tuvo ánimo para preguntar si estaba su padre en el carruaje; no le era dable articular su nombre, ó concederle un título que el corazon le negaba. Por fortuna le dijeron que su padre habia de detenerse en París por un asunto, pero que no tardaria mucho en ir á reunirse con ella: esta dilacion la reanimó un poco. Entonces se arrojó en los brazos de la priora, y le dijo: — ¡Oh madre mia! ¿porqué no he podido yo acabar mis tristes dias bajo vuestra obediencia? En este momento, cuando ya no puedo tener el menor interés en engañaros, ¡sufrid que os repita que soy inocente! — ¡Ah! respondió la priora enternecida, ¿quién, habiéndoos visto una sola vez, será capaz de teneros por culpable? Vuestra memoria no me ofrecerá jamás otra idea que la de la virtud infeliz. — ¡A Dios, madre mia! dijo Clara deslaciéndose en lágrimas, ¡á Dios! ¡ro-

gadle por esta desventurada!...» Al acabar estas palabras, se arrancó de sus brazos, y salió presurosamente de su cuarto. A la sazón corría el mes de octubre: la campana del reloj señaló las ocho de la noche, y sus golpes hicieron en Clara la impresion mas melancólica.—¡Qué lúgubres serán para mí, exclamó, las horas que van á seguirse!» Al pasar por el claustro, alumbrado por una sola lámpara, fijó la vista en el cementerio.—¡Yo esperaba, dijo, que mis cenizas descansarían allí! ¿Y quién sabe....?» No se atrevió á concluir la frase; su corazón temblaba al pensar que tal vez los abismos del Ródano le servirían de tumba... Apoyóse en una pilastra, y contemplando por entre los arcos un cielo puro y despejado, logró con aquella vista disminuir un poco el horror de sus pensamientos.—¡Oh Dios mio! dijo Clara, en cualesquiera manos que yo pueda caer, ¿no estaré siempre en las vuestras? Dispone de mí; el terror es una especie de rebelion contra vuestros decretos; yo quiero vencer el mio....» Y en esto siguió rápidamente su camino. Cuando llegó á la portería, el corazón se le partió al dejar aquel asilo del arrepentimiento; sus lágrimas corrieron de nuevo, y, faltándole las fuerzas, tuvieron que llevarla en brazos á la silla de posta.

Montalban, resuelto á espatriarse para burlar á sus acreedores y ponerse á cubierto de sus persecuciones, había querido antes de todo apoderarse nuevamente de Clara, teniendo siempre que al fin y al cabo descubriría la verdad, sobre todo cuando supiese que él había salido de Francia. Solicitó en secreto la orden del ministro, y la obtuvo, bien que con mucha dificultad; pero al tiempo en que Clara le fué entregada, podia aun quedarse un mes en Francia sin riesgo de ser detenido. Tenia ya entonces muchas deudas cuyo plazo habia caído, y por las cuales podían embar-

garse los bienes; pero las letras de cambio, que daban contra él derecho de captura, no vencían hasta últimos de noviembre del mismo año. ¡Aquel monstruo no se habia hecho entregar su hija sino para sacrificarla!... La servidumbre de Montalban era enteramente nueva, á escepcion de un solo individuo, el conserje de su castillo de Rosmal. Este hombre le habia servido en otro tiempo en Alemania; no sabia una palabra de francés, y hacia un año que estaba en el castillo junto con una criada alsaciana que le servía de intérprete. Montalban, creyéndole incapaz de cometer un crimen, y por otra parte no queriendo fiarse de nadie, se guardó bien de instruirle del asunto. Mandóle que compareciese en Paris, y habiéndole enterado de la sentencia proferida contra su hija, le encargó que la condujese á Rosmal, y la tuviese allí bien custodiada. Dijo á este hombre, á quien conocia muy interesado, que le autorizaba para apropiarse todo el dinero y joyas que Clara tuviese, y de que le ordenaba despojarla; con cuya precaucion quitaba á Clara toda posibilidad de ganar á su carcelero. Pero Clara no llevó consigo mas que sus vestidos y algunas monedas de oro, pues habia depositado en manos de su confesor el resto de su dinero y todo lo demás que poseia de algun valor.

Montalban, detenido en Paris por algunos negocios, procuraba así con tiempo asegurar su presa y enviarla á Rosmal, aguardando con impaciencia el momento en que pudiese seguirla y deshacerse de ella por medio de un veneno.

Entretanto Clara, encerrada en la silla de posta, y con un hombre montado á la portezuela, seguia velozmente su camino. La hermosura de la noche, realzada por el apacible brillo de la luna, escitaba en ella una viva sensacion, que hubiera sido mas agradable, sin la incertidumbre de la suerte que la esperaba. Al amanecer lle-

garon á una parada, y allí se detuvieron para mudar los tiros: durante esta corta operacion, vió que al extremo del horizonte se desplegaba un vasto y sombrío bosque, hácia el cual se dirijian: contempló con horror aquella masa sin límites, y llegó á imaginar que tal vez iban á asesinarla bajo aquellas espesas sombras casi impenetrables á la luz del dia.... Estaba en esta reflexion, cuando una pobre mujer, con dos niños en los brazos, llegó á pedirle limosna. Al oír aquella voz suplicante, Clara se enterneció. -- ¡Oh Dios mío! exclamó, ¡al fin os dignais todavía proporcionarme ocasion para hacer una obra buena!... ¡tal vez esta será la última!... ¡Ah! ¡gozemos aun de la vida!... Diciendo estas palabras, sacó su bolsillo que contenia diez luises, y lo dió á aquella desgraciada. El coche arrancó en aquel instante: y Clara, cierta de que llevaba consigo las bendiciones de la indijencia, sintió que su valor se aumentaba, y que sus siniestros presentimientos iban desapareciendo por grados. Durante el camino quiso hacer algunas preguntas á su conductor, pero luego conoció que este no entendia el francés. Frickmann (que así se llamaba) era alemán, y tendria unos cincuenta y cinco años; era de rostro sereno, de una calma imperturbable, hombre de bien y morigerado; pero no imaginaba que pudiese haber en esta vida otro objeto que el de amontonar riquezas; y toda la adhesion que tenia á sus amos se limitaba á no robarles, á no meterse en sus cosas, á cumplir exactamente sus órdenes, y á no dejarles mientras le pagasen bien su salario. Frickmann no era á la verdad un hombre delicado y sensible, pero tampoco existia otro criado mas perfecto.

Por fin llegaron al castillo de Rosmal, á las ocho de la mañana, despues de haber viajado dos días y medio con sus noches sin descansar. Clara sintió una terrible angustia al

entrar en aquel antiguo castillo vasto, desierto y medio arruinado. El silencioso Frickmann la llevó inmediatamente á una habitacion situada en el segundo alto; allí la dejó sola; fuése al instante, y al retirarse cerró todas las puertas, metiéndose las llaves en la faltriguera.

Frickmann, persuadido que Clara habia muerto un muchacho, hallaba muy natural que la tuviesen encerrada toda su vida. Por otra parte, como jamás se metia en asuntos que á él no le interesasen, tampoco se paraba en discurrir sobre este suceso, no considerando á los asesinos y ladrones, sino como individuos de especies particulares diseminadas por la tierra, lo mismo que los animales carnívoros: clasificando así todos los hombres, ninguna de sus acciones le sorprendia, y de este modo era igualmente incapaz de admiracion, de indulgencia y de indignacion. Subió otra vez al cuarto de Clara para llevarle su equipaje, pues habia recibido orden de no permitir que la criada se acercase á ella, y despues que hubo colocado las maletas, dió á entender á Clara, por señas, que queria examinar lo que contenian; pues creia hallar en ellas un cofrecito de joyas que, siguiendo las instrucciones de su señor, no hubiera dejado de apropiarse; pero el pobre hombre tuvo la desgracia de no hallar mas que ropa blanca y vestidos. Obligóla despues á desatarse las faltrigueras y entregárselas, mas quedó tan poco satisfecho de este exámen como del primero, pues no topó con nada de lo que buscaba. Clara por fin habia logrado ocultar á sus pesquisas un corazon de oro esmaltado, que un secreto instinto le hacia apreciable, y que llevaba en su seno desde la niñez. Sobre el corazon estaba grabado por una parte este nombre: *Elisa*, y por otra este: *Gustavo*. Abríase, y en lo interior, al rededor de una trenquilla de cabellos rubios, se veian las palabras siguientes. *Guar*

dad siempre esta primera prenda.

Entretanto Clara, habiendo vuelto á quedar sola, recorrió con mucho cuidado y con cierto temor, las cuatro piezas de que se componia su habitacion; abrió las ventanas, y vió que caian á un terrado cuyas paredes bañaba el Ródano: la vista de este rio impetuoso, cuyas ondas rodaban con un terrible bramido por debajo de sus ventanas, renovó en su alma las mas fúnebres ideas, de que no logró distraerse hasta que tomó su librito de oraciones. La noche no hizo mas que aumentar su desasosiego, pues á pesar de la fatiga propia de un viaje tan rápido, no pudo conciliar el sueño hasta ser ya muy entrado el dia siguiente. Creyó despues que nada tenia que temer de Frickmann, y que la ejecucion del crimen no seria obra de otra persona que de la misma que lo habia concebido. Entonces todos sus temores se fijaron en el regreso de Montalban, y el menor ruido que oia en aquel castillo solitario la llenaba de espanto. Tres dias despues de su llegada, al anochecer, sintió ladrar los perros, y creyó firmemente que este era el anuncio de un suceso tan terrible para ella. Puesta en manos de un bárbaro que la habia acusado de su propio crimen, que la habia visto subir al cadalso con ojos enjutos, y que no habia dado la menor señal de compasion, al mismo tiempo que ella se sacrificaba por él; en tal situacion, le era imposible desconocer su inminente riesgo. Todas sus fuerzas la abandonaban al representarse la horrible suerte que la amenazaba. No era bastante perder la vida... era necesario ser víctima del mas atroz delito... ¡era preciso exhalar el último suspiro bajo los golpes de su mismo padre!...

Cuando Frickmann subió para darle la cena, creyendo que iba á ver entrar su padre, retrocedió maquinalmente hasta el extremo opuesto de la pieza, y fué corriendo á esconderse

tras las cortinas de su alcoba. Frickmann no viéndola, la llamó con un tono grave y tranquilo, y el son de aquella voz ronca fué mas agradable á sus oidos que la mas deliciosa melodía. Queriendo saber si Montalban habia llegado, probó á hacer á Frickmann algunas preguntas: mas este, no entendiéndola, y en consecuencia no pudiendo responderle, ni siquiera dió muestras de que la oia; sin mirarla ni distraerse un momento de su tarea, seguia poniendo la mesa, con su acostumbrada calma, la escuchaba como si fuese enteramente sordo, y la dejó sin haber dado la mas lijera señal de atencion á sus palabras. Un nuevo pensamiento vino entonces á aterrar á Clara, y fué que los alimentos, que le presentaban, estarian seguramente envenenados por su padre..... así fué que no comió otra cosa que pan. Durante la noche no quiso acostarse, y al otro dia por la mañana durmió algunos ratos, echada en un sofá, pero despertando á cada instante sobresaltada, creyendo siempre que oia abrir las puertas y que distinguia á lo lejos la terrible voz de Montalban. Aquel dia tampoco se atrevió á comer mas que pan. Por la tarde, á cosa de las dos, abrió una ventana; el viento soplaba con fuerza, el horizonte estaba encapotado, y el Ródano se agitaba con furia; el terror forma presajios de cualquier cosa: — ¡Qué dia tan sombrío! dijo Clara: parece que se ha levantado para presidir á la ejecucion de un crimen... » En seguida echó una mirada triste sobre las encantadoras márgenes del rio, y enterneciéndose á medida que contemplaba aquel sublime cuadro, dió un solemne adios á toda la naturaleza; cerró precipitadamente la ventana, se dejó caer en una silla, y empezó á llorar amargamente.

A las diez de la noche oyó bien distinto el ruido de un carruaje que entraba en el castillo, y á poco rato percibió un movimiento extraordinario

rio en toda la casa; bajaban y subían aprisa las escaleras, abrían las puertas con estrépito, y andaba jente por todos los corredores.—¡Ah! exclamó ella, esta vez no es ilusión... él es... él llega....» Media hora despues Frickmann pareció: estaba ajitado, y no podía verse mayor contraste que el que ofrecían algunas señales de emoción diseñadas en aquel rostro naturalmente frío. Frickmann se acerca á Clara, la coje de la mano, y la arrastra consigo; asustada quiere oponer alguna resistencia; pero viendo que él se preparaba á usar de la fuerza, y no queriendo, por un movimiento de pavor, que un hombre la llevase en sus brazos, se resignó á seguirle, bien persuadida de que la llevaba á morir. Bajaron al piso principal, entraron en la habitacion del dueño, y allí la dejó Frickmann encerrada. La sangre se le heló á Clara en las venas al encontrarse en un sitio donde hubiera debido hallar un protector, y donde en cambio iba tal vez á dar con un asesino.... Pero á poco rato volvió Frickmann á buscarla, y le hizo señas de que le siguiese.—¡Con qué va á cumplirse mi destino!... dijo Clara con una voz apagada. ¡Oh Dios mio! ¡ten piedad del matador y de la victima!... No pudo continuar, la palabra murió en sus labios descoloridos, y, sin perder el sentido, cayó en un desfallecimiento tan grande, que no le era posible moverse por sí sola. Frickmann le dió el brazo, ú por mejor decir, la llevó, apresurándose á dejar aquel puesto. Despues de haber atravesado tres piezas inmensas, la hizo pasar por un largo corredor estrecho y oscuro; en seguida bajaron por una escalerilla escusada, y salieron á un terrado. Allí Clara oyó distintamente el mugido del Ródano, á la sazón muy ajitado.—¡Por fin, dijo entre sí, por fin conozco el jénero de muerte que me está reservada! Van á precipitarme en el rio!...» La luna, escondida detrás de las nubes, no daba

el mas pequeño resplandor.... Los silbidos del huracan, el ruido tumultuoso de las ondas, el sordo bramido del trueno que retumbaba á lo lejos sin cesar, la profunda oscuridad de la noche interrumpida á menudo por los relámpagos que de cuando en cuando parecían abrasar las dos riberas: todo, á los ojos de Clara, estaba en armonía con el horror de su situación; parecía que la naturaleza entera se levantaba contra un crimen que violaba todas sus leyes. De repente Frickmann se detiene, y, esforzando la voz, dice en aleman cinco ú seis palabras que fueron repetidas por los ecos de las dos orillas. Al cabo de un minuto se oyeron tres silbidos, y Frickmann, abriendo una puerta, salió á la orilla del rio: anduvo signiéndola cosa de treinta pasos, y entonces Clara, á favor de un relámpago, vió cerca de sí un barquichuelo, en el cual habia un hombre embozado en una capa que le tapaba el rostro enteramente. *Él es*, pensó Clara estremeciéndose.... Sus cabellos se erizan.... Frickmann la entrega moribunda en los brazos de aquel hombre, y se aleja al momento con la mayor rapidez.... Clara, inmóvil, yerta de espanto, sin atreverse casi á respirar, cierra espontáneamente los ojos para no ver á su asesino, y queda así un momento suspensa entre la vida y la muerte. Pero repentinamente, ¡oh sorpresa inexplicable...! siente que los brazos de aquel desconocido la aprietan con dulzura, le oye suspirar, y conoce que está derramando lágrimas... ¡Oh Dios! El asesino de Julio, el padre desnaturalizado que sacrificó á su hija, ¿sería capaz de un movimiento de compasion? ¿La naturaleza ultrajada va á recobrar tal vez sus derechos y á triunfar de tanta barbarie? Estas estrañas ideas, lejos de reanimar á Clara, le causaron una nueva especie de terror. Si vence la crueldad, pensaba ella, esta lucha no habrá hecho mas que prolongar mi su-

plicio; si la compasion es mas fuerte, ¿qué escena va á seguirse á estos momentos llenos de horror! ¿Cómo recibir los abrazos de este padre inhumano! ¿Cómo besar aquella mano homicida!... En esto las nubes comenzaron á desvanecerse, y los pálidos rayos de la luna volvieron á jugar sobre las aguas; amainó el soplo de los vientos, y en tanto el barquichuelo, atracado aun á la orilla, iba templando por grados el violento balance que le agitaba; los brazos que sostenian á Clara la levantan, y un momento despues se halla sentada al frente del desconocido que le inspiraba tan horribles inquietudes; le mira con timidez; la luz del astro de la noche bañaba un rostro humedecido por el llanto....—¡Oh mi libertador! esclama ella en aquel instante trasportada de alegría y arrojándose á sus piés... Clara reconoce á su venerable amigo. ¡Clara abraza las rodillas del padre Arsenio!... —¡Hija mia, dijo él, solo á Dios habeis de dar las gracias! Él es quien os salva; él es quien aplaca el furor de los elementos, para que no seais engullida por las aguas, pues durante cinco horas no tendréis, para bogar en este peligroso rio, mas que el débil brazo de un anciano; pero Dios, protector de la inocencia, guiará esta frágil navicilla; no temamos pues; y creed, hija mia, que el que apacigua las olas y encadena los vientos, puede tambien disipar las tempestades de vuestra vida y concederos aun sobre la tierra dias de serenidad y de bonanza!» Clara, acabando de pasar de una horrible agitacion al mas perfecto reposo, y del colmo del terror á una dulce seguridad, Clara estaba embelesada oyendo al padre Arsenio, y no se cansaba de mirarle. — Padre mio, le dijo apretando las trémulas manos del piadoso anciano, mi salvacion es obra de vuestra caridad; ¡la Providencia vela sobre esta desgraciada que vos protejeis! ¡Ah! no obs-

tante mi deplorable situacion, me reconciliais con esta vida, siempre amenazada, que os debo: vamos, pues, padre mio, abandonémonos á las olas de este rio, su corriente nos llevará á otras riberas mas afortunadas donde hallarémos un asilo pacifico é ignorado.—Sí, hija mia, respondió el padre Arsenio, he escojido ya para vos este asilo en mi idea, y en él gozaréis de una entera tranquilidad: mañana lo sabréis todo; ahora atendamos solamente á nuestra navegacion.» Al decir esto, la hizo acostar en una especie de cama de mullido bálago, que habia formado á propósito dentro del barquichuelo, y apoyar la cabeza en una tabla que servia de banco; pues estaba tan débil que no podia sostenerse. Entonces el padre Arsenio desamarró el barco y empezó á remar; pero, al cabo de una hora, sus fuerzas le abandonaron, y se vió obligado á seguir el consejo de Clara; soltó, pues, los remos, dejó andar el barco á merced del viento y de la corriente que lo dirigian por sí mismos al lugar de su destino, y levantando al cielo las manos, exclamó: — ¡Gran Dios! yo entrego esta jóven á vuestro paternal cuidado.» Habiendo dicho estas palabras, lleno de confianza, se levantó, y apoyándose en los dos remos, se mantuvo en pié, á fin de no perder de vista la direccion que tomaba el barco.

Entretanto Clara, despues de cuanto habia sufrido, despues de haber estado seis dias encerrada y temiendo la muerte sin cesar, se entregaba al descanso, bien segura de que el cielo la habia puesto bajo la proteccion del mas virtuoso de los hombres. Muy pronto, cediendo menos á la fatiga, que á la benigna influencia de su nueva situacion, comenzó á adormecerse. ¡Dios mio! pensó entonces, nosotros vamos navegando en una endeble barquilla por medio de los escollos de un rio peligroso; ¡pero estáis con noso-

troso! ¿que podemos temer? este sueño delicioso que se apodera de mis sentidos es un homenaje de mi confianza. . . . Al decir esto, sus párpados se cerraron, y durmióse profundamente.

Mientras que el sueño de los justos reparaba las fuerzas de Clara y le restituía la salud, velaba sobre ella el padre Arsenio. Este santo anciano hallaba tambien los mas dulces consuelos para sí mismo en sus propias meditaciones y recuerdos. Su vida, consagrada enteramente á la religion y á la humanidad, no contaba ninguna desgracia personal. Huérfano desde la niñez, hijo de madre alemana, á quien un enlace desigual habia colocado en Francia en una familia de labradores, no habia conocido otros parientes que un tio establecido en Alemania, y una hermana y sobrinos á quienes amaba tiernamente, y que vivian en una casa de campo cerca de la Rochelle. Ordenado de sacerdote en su juventud, habia sido desde entonces el religioso mas ejemplar y mas perfecto; y ajeno de toda ambicion, habia rehusado e instantemente los honores de la mitra.

No harémos el retrato del padre Arsenio, porque un santo no tiene carácter particular, inclinacion, ni sistema que le sea propio; no obra sino guiándose por principios muy conocidos; sus acciones mas heroicas no son otra cosa que el resultado de su obediencia; ha perdido hasta el frívolo derecho de admirar á los demás; solo se dice de él: es fiel, es consecuente; no es él á quien admiran, sino á la ley divina que le guia.

Solo la religion puede inspirar la abnegacion de sí mismo, haciendo de sus magnificas promesas un móvil muy poderoso para que nos dediquemos al alivio de los que sufren. El padre Arsenio no conocia mas que los nobles dolores hijos de la compasion; cada una de sus penas habia dejado en su alma y preparado para su últi-

ma hora un recuerdo consolador. Nada era mas fácil que adivinar sus pensamientos. Cuando se le veia meditando ó muy ocupado, era indudable que proyectaba una obra buena, ó que trabajaba en llevarla á cabo. Si derramaba lágrimas, era cierto que lloraba por los males del prójimo. Si brillaba la alegría en su respetable semblante, todos se honraban en participar de ella, seguros de que su origen era la misma virtud.

El padre Arsenio habia concebido por Clara un afecto paternal, que fortalecido por las desgracias y la conducta irreprehensible de aquella jóven, se habia hecho el sentimiento dominante de su corazon y el mas tierno que hubiese experimentado en toda su vida. Su piedad le preservaba de las inquietudes que naturalmente hubiera debido tener acerca de él. Por lo demás, lleno de confianza en Dios, estaba persuadido que Clara llegaría con el tiempo á justificarse de un modo maravilloso; y era tanto el ardor con que lo pedia al Cielo, que habia llegado á no dudar de este futuro triunfo de la inocencia. Durante el resto de la noche, el padre Arsenio volvió mas de una vez á tomar los remos. Clara continuaba durmiendo; pero un cuarto de hora despues de la salida del sol, el anciano, lleno de regocijo al descubrir el bosque en que habian de detenerse, la llamó, diciendo: — Despertad, hija mia, despertad; he aquí la orilla solitaria donde vamos á desembarcar: ya estáis fuera de todo riesgo. » Al oir esto, Clara se levanta, junta sus inocentes manos, alza los ojos al cielo, y da gracias al Criador. Un momento despues el barco tocó á la orilla. El buen religioso cargó sobre sus espaldas una pequeña maleta que contenia parte de los vestidos de Clara, y que Frickmann habia embarcado, mientras que ella estaba encerrada en la habitacion de Montalban. Pasaron á tierra; y el padre Arsenio, dando el brazo á Clara

le dijo: — Desde ahora vais á dejar para siempre el nombre que lleváis, y en adelante os llamaréis Olimpia. No temais que os obliguen á contar vuestra historia, ni os veréis con este motivo precisada á faltar á la verdad; bastará que digais, en el paraje á donde os llevo, que habeis sufrido grandes infortunios sin merecerlos, y que teneis necesidad de un asilo. Clara se alegró mucho de cambiar de nombre, pues le pareció que esto era mudar tambien de destino, y empezar nuevamente la carrera de la vida; no esperaba que pudiese haber ya felicidad completa para ella en este mundo, pero hallaba cierto alivio en abandonar un nombre que solo le recordaba su ignominia, y en no depender en adelante mas que del padre Arsenio.

Despues de haber andado como seiscientos pasos tierra adentro, llegaron á la entrada de un hermoso bosque; entonces Clara volviéndose admiró la deliciosa perspectiva formada por el Ródano y por la orilla opuesta, y coronada por los diversos efectos de la luz del sol naciente. El padre Arsenio le propuso que se detuviesen y tomasen allí un bocado, pues habia traído consigo algunas frutas en una pequeña cesta que Clara llevaba entonces colgada del brazo. Sentáronse sobre la yerba, y, despues de un almuerzo frugal, preguntó Clara al padre Arsenio de qué medios se habia valido para conseguir su libertad, á cuya demanda satisfizo este en los términos siguientes: « La lectura de vuestra cartita me allijó mucho, pues fácilmente creí adivinar la suerte que se os preparaba; no obstante, sabiendo que el dueño del castillo de Rosmal habia de detenerse aun quince dias en París, concebí la esperanza de salvaros, con el favor del Cielo. Yo deseaba, siguiendo las intenciones que me habiais manifestado, no tocar á la suma que me quedaba todavía de la venta de vuestra joya; por consiguiente, mientras que un ami-

go hacia los preparativos de mi viaje, vendí, por cuatro mil francos, lo restante de vuestra pedrería; y pareciéndome insuficiente esta cantidad, recurrí, para aumentarla, á un medio que me salió muy bien. Tengo algunas relaciones con la asociacion de caridad, compuesta de señoras de todas clases y edades, y fundada por el virtuoso Vicente de Paul. Yo sabia que estas señoras no titubean jamás cuando se trata de hacer una obra buena, y que su brillante munificencia suministra á un tiempo los fondos necesarios para algunos establecimientos públicos, é inmensas sumas para limosnas particulares y secretas. Me presenté á la jóven y piadosa dama que está al frente de esta asociacion (1), y logré interesarla vivamente, sin nombrar ni designar á persona alguna, y sin necesidad de finjimientos. Díjele que una jóven inocente, de quien era director, acababa de ser robada por órden de un hombre poderoso; pero que yo tenia esperanzas muy fundadas de salvarla, con tal que pudiese acudir prontamente á su socorro. Esta relacion me valió cien luises, y partí inmediatamente, en un calesín que me prestaron, hácia este pais, en donde he estado otras veces de mision, y que con este motivo conozco perfectamente. Desde luego me dirijí al lugar adonde voy á acompañaros, seguro de hallar en él un amigo que podria serme útil. Dejé mi carruaje á tres leguas de esta soledad, y vine aquí á caballo. Dije solamente á mi amigo que volveria á pasar un dia con él, en compañía de una jóven llamada *Olimpia*, y acordamos lo que él debia hacer por mí entretanto. Se cuentan ocho leguas de aquí á Rosmal, pero como yo queria ir solo, no me fué dable ejecutarlo por el rio arriba, atendida la imposibilidad de vencer su corriente. El camino por tierra ofrece tambien

(1) La presidenta Goussault

muchas dificultades, y no se puede hacer sino á pié; es necesario trepar continuamente por montañas y rocas escarpadas, ó andar por senderos angostos, tortuosos y rodeados de precipicios. A pesar de todo esto fué preciso resolverme á seguir este camino, y el miércoles pasado salí una hora antes de amanecer, es decir, un poco antes de las cinco de la mañana, habiendo metido algunas provisiones en una alforja, pues me aguardaban trece ó catorce horas de camino, y no quería pararme en ninguna cabaña. Como he dicho ya, había venido yo aquí otras veces con el objeto de predicar la palabra divina á los habitantes de estas montañas, que carecían entonces de iglesias y de pastores. Últimamente contribuí á procurarles estos auxilios espirituales, y tuve la satisfacción de poner la primera piedra de la primera iglesia edificada entre estas peñas. Así que amaneció, me hallé con placer en estos lugares solitarios que había recorrido por la primera vez en mi juventud. Complacíame en recordar cuanto había dulcificado la religión las costumbres rústicas y groseras de estos habitantes, y las pruebas de reconocimiento y adhesión que me habían prodigado; pero al mismo tiempo temía encontrarme con ellos, seguro de que querrian que me detuviese algunos días. Evité, pues, cuidadosamente el pasar por delante de las cabañas y de una pequeña aldea, la única que se halla en todo este territorio. Diez años habían trascurrido desde mi último viaje, y no obstante me acordaba perfectamente del camino. A medio día me ví obligado á tomar algun descanso, pues el calor era excesivo, y estremada mi fatiga. Sentéme á la sombra, junto á un manantial, cuya frescura y murmullo parecían convidar al reposo, y, al cabo de algunos minutos, me quedé dormido. Desperté cosa de una hora despues, pero me hallé tan debilitado, que apenas tenía fuerzas

para levantarme y continuar mi marcha. Habría sentido vivamente la pérdida del vigor de mis primeros años, si no hubiese pensado que el cielo nos da siempre el que es necesario para completar una obra buena; y en efecto, sin la ayuda de Dios, no hubiera yo llegado aquel mismo día á Rosmal. Seguí lentamente mi camino; pero apenas había dado cien pasos, cuando creí percibir un ruido confuso de voces que cuchicheaban cerca de mí. continué andando, y me quedé admirado al descubrir una mesa, puesta para comer, bajo la sombra de seis hermosos morales: estaba colocada delante de un asiento natural tapizado de céspedes, y cubierta de frutas y lacticios; á la derecha del poyo rústico se elevaba una peña, y, de lo alto de ella, manaba, en forma de cascada, una fuentecilla limpia y trasparente. Aquellos buenos pastores me habían visto y conocido mientras que yo estaba durmiendo, y juntándose apresuradamente hasta veinte y cinco ú treinta de ellos, me habían preparado tan dulce sorpresa. Fué necesario, pues, detenerse también allí y sentarse á la mesa para contentarlos. Agolpábanse todos al rededor de mí, y hablaban todos á un tiempo; el uno se gloriaba de haber sido el primero en conocerme; el otro de haber ido á buscar á sus vecinos; las mujeres que yo había casado en otro tiempo, me daban entonces las gracias por ello; presentábanme niños de nueve á diez años que yo había bautizado en mi último viaje; me suplicaban que me quedase en sus montañas, y me hacian mil preguntas, sin esperar jamás mis respuestas. Durante mi comida campes tre, fueron acudiendo otros montañeses, y muy pronto la muchedumbre que me rodeaba se halló triplicada; mas á pesar de esto, no bien hice señal de que deseaba hablar, cuando todos guardaron el mas profundo silencio. Díjeles que me era forzoso ha-

llárame al anochecer en el paraje donde se pasa el río con la barca, para ir á Rosmal, pero que les daba palabra de volver el verano inmediato únicamente para ellos, si mis superiores me daban licencia, y Dios no disponía de mí antes de aquella época. Entonces no me detuvieron mas, pero dijeron que era necesario acompañarme durante las dos primeras leguas, porque el camino era muy malo, y que ellos me llevarían á cuestras en los sitios mas peligrosos. Quisieron que la suerte decidiese quienes habian de ser mis guías, y esta cayó sobre cuatro montañeses jóvenes que en efecto me siguieron. Al punto de partir, toda la muchedumbre me pidió la bendicion, y yo se la di con la mayor ternura, puesto de pié sobre el asiento que me habia servido durante la comida. Así fué como me separé de aquellas buenas jentes; y jamás un conquistador, recorriendo los países que habia sujetado en otro tiempo con las armas, experimentó una satisfaccion igual á la que sentia en mí, al verme de nuevo en esta comarca salvaje, y en medio de este rebaño fiel de quien yo habia sido el primer pastor. Mis guías me fueron muy útiles, pues me ahorraron casi toda la fatiga, llevándome á cuestras, á pesar de mi resistencia, la mayor parte del camino, y aun me lo abreviaron mucho, poniéndoseme en hombros para pasar un torrente en el cual tenian agua hasta la cintura. Llegados á un sitio llamado *la peña de los agavanzos*, nos despedimos, y, sacando de entre las hojas de mi breviario cuatro estampitas, se las distribuí; recibieronlas con una fe sencilla y con agradecimiento, se separaron de mí, y continué solo mi viaje.

«Llegué á la barca á las siete de la noche, y en menos de veinte minutos me hallé en la banda opuesta, á doscientos pasos del castillo de Rosmal. Aunque ya habia anochecido, el tiempo era claro y sereno, y ben-

dije la Providencia al divisar las torres de aquel antiguo castillo. Vi una luz en el segundo piso, y me enternecí, pensando que aquella era tal vez vuestra estancia; adelantéme solo hasta la puerta del castillo, llamé á ella, y al momento vino á hablarme una criada anciana cuyo acento era aleman. Díme á conocer por un religioso, pedí hospitalidad, y me abrió inmediatamente. Hízome entrar en un cuarto bajo inmediato á la puerta, dejéme allí solo, y volvió un poco despues trayendo luz y ropa blanca para mi cama. Preguntéle si estaba allí el dueño del castillo, y me respondió que no, pero que llegaría dentro de pocos dias. Hicele algunas otras preguntas, y observé que no se atrevia á hablar, pero que tenia grandes deseos de hacerlo, lo que daba á su conversacion un carácter muy singular. Al principio respondia con una sequedad que me dejó mudo; y luego, sin ser preguntada, me contó de su propio movimiento varias cosas en tono de misterio y confianza; de modo que poco á poco me fué diciendo que Erickmann, conserje del castillo, era aleman, que no entendia una palabra de francés, que era muy aficionado al dinero, y que mandaba en todo durante la ausencia de su amo, á quien servia por interés y por hábito mas que por inclinacion. Me aproveché de estos informes, y coloqué que el cielo me habia escogido realmente para libraros, pues, por una feliz casualidad, hablo perfectamente el aleman, habiendo pasado los primeros años de mi vida con unos parientes de mi madre, y si yo no hubiese sabido expresarme en este idioma, mi viaje hubiera sido enteramente inútil.

«Acostéme lleno de esperanza levantéme con el dia, mandé decir á Erickmann, por medio de la criada, que deseaba hablar con él un rato, á cuyo fin le esperaba á la orilla del río cerca de la casilla del barquero, y

luego salt del castillo, no queriendo, despues de mi conversacion con el aleman, hallarme encerrado en su poder. A las siete de la mañana llegó Frickmann al paraje de la cita. Díjele en pocas palabras que una persona caritativa, movida á compasion de veros en manos de un padre severo y riguroso, queria proporcionaros un asilo, por el resto de vuestros dias, en una soledad donde jamás seriais conocida; que mudariais de nombre; y que se esparciria la voz de que habiais muerto. En seguida le di cuenta del plan que yo habia imaginado para llevaros conmigo, haciéndole ver la probabilidad del buen éxito; y por fin añadí que, si consentia en lo que acababa de proponerle, le regalaria cincuenta luises. Frickmann estuvo discurriendo algunos minutos como un hombre muy tentado, y al último me contestó que su señor le acababa de escribir que le recompensaria magníficamente, si os guardaba con una perfecta vijilancia. A esto le respondí que su señor estaba arruinado. Pareció que no me daba un entero crédito; me pidió algunas horas de tiempo para reflexionar, y se fué sin que quedásemos en nada. Pero un suceso inesperado le sacó repentinamente de esta perplejidad. Aquel mismo dia los ministros de justicia, acompañados de dos acreedores, fueron á registrar el castillo y lo embargaron todo. Entonces Frickmann, conociendo el verdadero estado de los negocios de su amo, ya no vaciló mas; vino á encontrarme; y quedamos en que á media noche subiria á buscaros y os entregaria en mis manos. Díle en prenda diez luises, y le prometí darle el resto cuando vos entraseis en la barca, lo que cumplí religiosamente. Vuestra turbacion no os dejó reparar en que yo le daba una bolsa que él recibió deteniendo la barca por medio de una cuerda, que no la solté hasta haber examinado y contado la suma, y que volvió poco despues á

traerme la maleta que contenia vuestros vestidos. He aquí la historia que Frickmann debe contar á su amo: le escribirá que habiéndoos encerrado en la habitacion designada por él, habiais concebido la estravagante idea de escaparos por una de las ventanas de aquella, que cae perpendicularmente sobre el Ródano, de resultas seguramente de haber visto un barquichuelo vacío, que estaba amarrado á una argolla fija en el mazo; que durante la noche habiais atado á la ventana las sábanas de vuestra cama cortadas en tiras; que el dia siguiente se habia hallado rota esta especie de cuerda, abierta la ventana, ensangrentado en algunos parajes el barquichuelo, y enganchado en uno de sus bordes un pedazo de muselina de vuestro vestido. En efecto todo esto, preparado así de antemano por Frickmann, será visto por testigos, y de este modo se dará por cierto que habeis perecido en el Ródano. Por otra parte, no puede recaer en Frickmann sospecha alguna, pues vos no teniais alhajas, joyas, ni dinero con que seducirle. Tampoco teme la vuelta de su amo, pues avisado este por un espreso del embargo del castillo, no se atreverá á presentarse en él. Frickmann va á buscar otra colocacion, y le he dicho que si guardaba el secreto de vuestra existencia, aun despues de haber dejado el amo á quien sirve actualmente, podia contar con mi proteccion, á cuyo fin le he dicho cómo habia de dirigirme las cartas en caso necesario. Hubiera querido instruiros anticipadamente de estos pormenores, y ahorraros así el terror que sin duda experimentasteis al veros arrebatada en medio de la noche á la orilla del río; pero Frickmann, por una desconfianza ridicula, no quiso encargarse de ningún modo de entregaros una carta escrita en frances que él no entendia, ni siquiera un firmetela, diciendo que una cosa y otra eran inútiles para el resultado

del asunto. Bien es verdad que, ignorando el crimen de su amo, no podía él saber cuánta razón teníais para asustaros. Cuando entrasteis en la barca estabais casi sin conocimiento; temí causaros algún trastorno dándoos á conocer repentinamente, y estuve algunos minutos sin atreverme á hablaros. Lo demás, hija mía, ya lo sabéis.»

Clara, enternecida y penetrada de agradecimiento, se enjugó los ojos que tenía llenos de lágrimas.—Sí, dijo, vuestra hija soy; en adelante no quiero vivir sino para obedeceros, convencida de que así cumpliré siempre con la voluntad del cielo.»

En esto oyeron el sonido de una campana, lo que, en aquel lugar desierto, sorprendió á Clara.—Son las siete, dijo el padre Arsenio; vamos, hija mía, vamos á oír misa; yo hubiera querido informaros de mis proyectos en orden á vos... —Padre mío, interrumpió Clara, durante esta noche en que el cielo nos ha guiado tan milagrosamente, ¿me habeis acaso consagrado á Dios? ¡Ah! yo ratificaría este voto con toda mi alma..... —No, hija mía; sois libre. ¿Por ventura sabemos los designios que el cielo ha formado sobre vuestra persona? —Confieso que un claustro sería el asilo más de mi gusto, si me permitieseis fijar en él mi destino por medio de votos irrevocables. — En vuestra actual situación, no hay que pensar en esto: si se llegaba á descubrir quien sois, no querrian admitiros, ó tal vez vuestro padre se opondría á ello; caeríais de nuevo en su poder, y además me haríais faltar á la palabra que dí á Frickmann. Sería pues necesario haceros entrar bajo un nombre supuesto, y hasta producir una partida de bautismo falsificada. Ya veis que nada de esto es lícito; y, pues me daís sobre vos los derechos de padre, yo os prohibo, hija mía, el ligaros en este punto con ningún voto secreto ni condicional. Yo os obedecere, y

creed, padre mío, que jamás hubiera hecho tales votos, sin consultarlo con vos de antemano.»

Durante esta conversacion, el padre Arsenio y Clara atravesaban el bosque; habrían andado cosa de medio cuarto de hora, cuando esta descubrió una ermita situada en lo alto de una colina, y rodeada de un hermoso viñedo. Casi al mismo tiempo empezó á bajar de la colina un venerable ermitaño, al parecer diez ó doce años menos viejo que el padre Arsenio. ¡Ved aquí, dijo este, á mi mejor amigo! En efecto, la alegría se veía pintada en el semblante del ermitaño, mientras se iba acercando al padre Arsenio, á quien saludó tierna y respetuosamente. Clara, que jamás había visto ningún ermitaño, miraba á este con una curiosidad acompañada de admiracion; pues su bella presencia y la nobleza y finura de sus modales le hacían muy interesante. Seguía un jóven de trece á catorce años, discípulo suyo, y su único compañero en la soledad, quien, por orden suya, desembarazó al padre Arsenio del equipaje de Clara y lo llevó á la ermita. Subieron á lo alto de la colina, y, dejando á la izquierda la ermita, entraron en una gruta bastante espaciosa, cortada en la roca viva por la misma naturaleza, y cerrada únicamente por un cercado de espinos. Su interior estaba perfectamente iluminado por una abertura que había en medio de la bóveda, coronada de festones y guirnaldas de rosas silvestres, pámpanos, yedra y campanillas. En el fondo de la gruta se levantaba un sencillo altar de piedra labrada, rodeado de hermosos naranjos, y á su lado corría una fuente natural, formando con sus aguas un cristalino arroyo en medio de aquel templo agreste. El ermitaño, al consagrar esta gruta en donde estaba señalado el lugar de su sepultura, había hecho una fundacion á tenor de la cual uno de los religiosos de

un convento vecino tenia obligacion de irle á decir misa todos los dias.

Aquí fué donde Clara, dando gracias á Dios con toda la efusion de su corazon sensible y agradecido, no solamente cobró nuevas fuerzas, si que tambien una nueva vida. Clara rogó con esperanza por Valmore..... El cielo se dignó responderle..... Repentinamente se conmueve; sus mejillas se cubren de rosas, sus ojos, bañados en lágrimas, se fijan en la bóveda... Dios le habla... Clara aprieta las manos contra su seno palpitante, y apenas se atreve á respirar; escucha, y una voz secreta, pero distinta, le dice: *tu serás dichosa aun sobre la tierra. Mas de medio siglo de felicidad te indemnizará de algunos meses de sufrimientos.* Este oráculo consolador, que podia ser producido por la imaginacion, fué recojido con la fe mas viva, y cambió súbitamente el destino de Clara. En vez de la fortaleza que le habian dado hasta entonces el valor y la resignacion, se armó, no por un momento de exaltacion, sino para siempre, de aquella fortaleza que solo puede ser inspirada por la certidumbre del mas brillante triunfo; una alegría celestial entró en su corazon, curó todas sus heridas y se fijó en él, llenándole enteramente. Esta revolucion en la existencia de Clara fué preparada por tantas ideas habituales, por una vida tan llena de inocencia y por un número tan grande de jenerosos sacrificios, que, aun considerándola solamente como el simple efecto de una imaginacion exaltada, no causará la menor sorpresa á aquellos que tienen esperiencia del corazon humano.

Desde la gruta fueron á la casilla del solitario, en donde hallaron preparada una comida campestre y sencilla. El padre Arsenio dijo entonces á Clara que habia proyectado llevarla á casa de su sobrina, en una rica quinta cerca de la Rochela; y para evitar, prosiguió, el ser observados por la

jente de estas cercanías, permaneceremos aquí hasta que anochezca; en-tonces, nos dirijiremos á caballo á una pequeña poblacion que está aquí cerca, y en ella subiremos, á las nueve de la noche, en un carruaje público que nos llevará á la Rochela. Clara aprobó este plan; y, despues de la comida, manifestando vivos deseos de conocer el orijen de la mutua amistad entre el padre Arsenio y el ermitaño:—Tendré, dijo este, mucho gusto en satisfacer vuestra curiosidad, pues el padre Arsenio es el único héroe de mi historia; y la relacion de mis desgracias lo será siempre tambien de sus beneficios y de su jenerosidad.» Aquí el padre Arsenio interrumpió á su amigo con cierta severidad para rehusar estos elogios y prohibirselos: el ermitaño le dió palabra de contar los hechos sencillamente, y, despues de un momento de silencio, volviendo á tomar la palabra, contó la historia que sigue:

«No entraré en la narracion de los estravíos de mi mocedad, pues no debo acordarme de ellos sino para llorarlos delante de Dios. Solo hablaré de sus consecuencias, y del suceso que me ha conducido á este lugar.

«Soy el último vástago de una familia ilustre; pero mi nombre, que tengo hecho voto de callar, no debe ser conocido de otra persona mas que del padre Arsenio. Las pasiones mas violentas corrompieron mi juventud, y me arrastraron á un sinnúmero de imprudencias y prodigalidades que causaron mi desgracia en la corte y la ruina casi total de mi patrimonio. Tenia yo veinte y cinco años, cuando un accidente desastroso me procuró la dicha de conocer al padre Arsenio. Estando en Paris, en el mes de setiembre, me despertó repentinamente un gran tumulto, hácia la madrugada; vestime aprisa, y supe que acababa de prender el fuego en una casa contigua á la mia. Los primeros auxilios fueron mal dirijidos, y así

taé que en menos de veinte minutos tomó el incendio un cuerpo espantoso. Yo había bajado á la calle; empezaba á clarear el día, y ví que las llamas iban á apoderarse de mi casa, si no se cortaba prontamente la comunicacion; ninguna esperanza tenia de esto, porque el incendio era demasiado violento por aquel lado para que nadie osase aproximársele; los albañiles, puestos encima de los tejados, huían todos de allí, cuando ví aparecer una cuadrilla de religiosos andando valerosamente por encima de aquellos techos abrasados, que se hundían por todas partes; ¡soldados intrépidos de la religión, héroes de la caridad cristiana, arrojando el peligro y la muerte, no por la gloria humana, ó por las riquezas, sino para salvar la vida ó solamente las propiedades de sus hermanos, cuando ellos renuncian para siempre á todos los bienes de la tierra!... recojieron las destrales que habían abandonado los albañiles fugitivos; delante de aquellos religiosos iba uno que, por su talla alta y majestuosa, y la serenidad que mostraba, parecía hecho para mandar á los demás. En efecto, metióse en el sitio mas peligroso, y dió el primer hachazo, sin perder por eso de vista á sus compañeros, á quienes indicaba lo que debían ejecutar; por fin lograron cortar la comunicacion, y su retirada fué muy peligrosa, sobre todo para aquel cuyo valor y presencia de ánimo me habían causado tanta admiracion; pues, habiéndose adelantado mucho mas que los otros, fué el último en retirarse, y su agilidad no pudo preservarle de varias quemaduras en las piernas y brazos, y aun recibió otra herida mucho mas grave, pues una viga encendida le cayó sobre un hombro y se lo dislocó. A la violencia del golpe dió consigo en el suelo; todos los espectadores reunidos en el patio de mi casa y en la calle le tuvieron por muerto; había fijado la atención del concurso, y el

interés que inspiraba se manifestó por un grito unánime; así también la alegría fué jeneral cuando vieron que se levantaba y volvía á andar... Volé á su socorro, y llegué en el momento en que este intrépido religioso, cubierto de heridas y en el estado mas deplorabile, había logrado bajar á un pequeño jardín, sostenido por varias personas, pues sus fuerzas le habían abandonado. Me apoderé de su persona, diciendo que á mí me tocaba este derecho, pues había salvado mi casa del incendio; ayudé á llevarle á ella, hice llamar un cirujano, le hice curar, y le detuve hasta que se halló en estado de poder ser trasladado sin riesgo á su convento, donde, á pesar de mis instancias, quería volver absolutamente. Bien podeis adivinar que este religioso era el padre Arsenio, entonces de edad de treinta y ocho años. Treinta años han trascurrido desde aquella época... ¡El tiempo ha alterado sus facciones, pero su corazón es el mismo! Desde entonces, mi vida no fué mas que una cadena de infortunios; y en fin, la traicion mas negra y el abandono total de una mujer á quien yo tenia la desgracia de amar apasionadamente, llenaron la medida de mis desventuras. Sin embargo aun me quedaba un amigo fiel, y esto me hacia soportable la vida. Habiéndose vuelto á encender la guerra, partí con mi amigo al ejército de los realistas, y nos hallamos en la batalla de Villemur, en donde el duque de Joyeuse, cabeza de los rebeldes, fué derrotado y se ahogó en el Tarn (1). La victoria empezaba ya á declararse á favor nuestro, cuando ví caer muerto á mi lado el único amigo que me quedaba sobre la tierra.

«Yo le había dado palabra de no atentar contra mi vida; pero en el exceso de mi dolor, creí que su muerte

(1) Antonio-Escipion de Joyeuse, hermano del guerrero capuchino, el padre Anjel de Joyeuse.

me volvía la libertad para disponer de mí mismo.... ¡Con qué al fin puedo morir! exclamé, y me precipité entre las filas enemigas, no para buscar en ellas una gloria que despreciaba, sino el fin de una existencia que aborrecía. Batíme largo tiempo como un desesperado, sin poder recibir una sola herida; por fin, al cerrar la noche, y cuando el enemigo iba ya en derrota, recibí dos bayonetazos; atropellado, pisoteado por los caballos, quedé sin sentido, y me dejaron por muerto en el campo de batalla. Esta, que había sido muy larga, no se acabó hasta la noche; y los vencedores, llenos de fatiga, resolvieron no enterrar los muertos hasta que rayase el alba. El sitio del combate estaba lejos de poblado, y la habitación mas cercana era la rectoría de una pequeña aldea, cuyo párroco acababa de morir. Hacia ocho días que un religioso, esperando que se proveyese la vacante, rejentaba aquel curato. El piadoso ecónomo sabiendo por algunos soldados extraviados ó fujitivos que el combate se había terminado, formó el plan de ir solo á visitar el campo de batalla con la esperanza de librar de la muerte algunas víctimas de la guerra. Habiendo andado un cuarto de legua, entró en aquella llanura que, pocas horas antes, presentaba el cuadro del tumulto, del odio y del furor, y que entonces, silenciosa y solitaria, no ofrecía á su vista mas que los funestos resultados de la discordia. El caritativo religioso atravesó aquellos campos talados y vueltos mansion del dolor y de la muerte, llorando á vista de tantos guerreros que yacían en el polvo, y examinando sus cadáveres desfigurados. Aquí los llama con voz compasiva; allí, este enviado del cielo pone una rodilla en el suelo, para ver si podrá recojer un suspiro, ú dar la última bendición á algun desgraciado. Mientras que su ardiente caridad se emplea inútilmente en este trabajo,

todo en derredor suyo se mantiene inmóvil y sin vida; y estrechando en sus brazos aquellos cuerpos inanimados, mancha de sangre, sin provecho alguno, sus hábitos y sus manos. Pero el Dios que le inspira está á su lado; un zelo tan ferviente no será infructuoso... Se acerca á mí, aplica la mano á mi corazón, percibe unos débiles latidos, y lleno de gozo, me levanta, venda mis heridas, me carga sobre sus espaldas y se resuelve á llevarme á su casa.

« Al recobrar el conocimiento, me hallé en una estancia, encima de una cama, y en los brazos de un hombre á quien no podía ver la cara. Pasaron algunos instantes sin que me fuese posible cojer de nuevo el hilo de mis ideas; al fin, volviendo en mí enteramente, ví con horror que todavía respiraba, y me abandoné á todo el furor de la desesperacion.... ¿Quién me ha evocado de entre los muertos? exclamé, ¿qué mano enemiga quiere prolongar mi suplicio?.. Quien quiera que seas, no esperes el menor agradecimiento de un infeliz que todo lo ha perdido y que quiere morir.... déjame... Al acabar estas palabras, hice un esfuerzo para levantarme; volviéndome del otro lado, fijé la vista en la persona que me tenía en sus brazos, y quedé absorto reconociendo en ella al padre Arsenio... No le había visto mas desde la época en que salvó mi casa del incendio, y de esto hacia dos años; su vista, sin alterar en nada mi resolución, me dejó estático y con la palabra en la boca. No, dijo él, no moriréis, me atrevo á salir garante de ello. Estas palabras me volvieron todo mi furor. Escuchad, le dije, dejaos de sermones inútiles, sé cuanto me podeis decir contra el suicidio, pero yo estoy abandonado de Dios y de los hombres, y quiero gozar del placer de saciar toda mi rabia. Al decir esto, quise arrancarme el vendaje que había puesto sobre mis heridas; pero él se apode-

ró de mis manos y me quitó el uso de ellas; en el estado de debilidad en que me hallaba, no podía oponerle mas que una leve resistencia; la cólera me ahogaba... Escuchadme ahora vos, me dijo; bien veo que habeis renunciado á todo sentimiento de religion; pero vos sois militar; tal vez el honor os es apreciable todavia; en un francés puede sobrevivir á la razon... Entonces dejé de forcejear y le escuché. ¿No es una accion indigna, prosiguió, despues de la fatiga que he pasado para trasladaros aquí en medio de la noche, el darme en mi casa, en mi propia cama que os he cedido, el horrible espectáculo del crimen que meditaís? Fuera de este recinto, ningún derecho tengo sobre vuestra persona; pero aquí la hospitalidad me los asegura todos.... Este discurso hizo en mí una impresion muy profunda; el padre Arsenio aprovechó esta ocasion para arrancarme mi palabra de honor de que, mientras estuviese en su casa, no atentaria contra mi vida, que me dejaría curar, y que tomaría las bebidas y los alimentos que él me presentase. Prometí solemnemente todos estos artículos, pero con la espresa condicion de que no iria á buscar ningún cirujano, que no me llamaria sino por mi nombre de pila, y que dejaría creer que yo no era mas que un simple soldado, para impedir el que vienesen á buscarme á aquella casa, de la cual no estaban aun muy lejos las tropas. La aldea vecina estaba en aquel momento absolutamente desierta; la guerra habia ahuyentado de ella á todos los moradores, á escepcion de cinco ú seis ancianos y algunos enfermos que estaban al cuidado del padre Arsenio.

«Este, que deseaba con igual ardor el restablecimiento de mi salud corporal y el de la espiritual, se portaba con zelo y con prudencia. Yo hubiera deseado sus exhortaciones; ninguna me hizo; pero su presencia

y sus acciones me hablaban de Dios á todas horas. La doctrina evangélica brillaba en toda su conducta. Me cuidaba con un afecto y sencillez que, á mi pesar, me obligaban al reconocimiento. Habíame yo impuesto la ley de no contestarle sino con monosílabos, de hablarle siempre con sequedad y aun algunas veces con aspereza; pues conocía que por poco que alojase, tomaría sobre mí un ascendiente que yo no quería concederle. Díjele varias veces que me incomodaba velándome, y él respondía solamente: aunque me acostase, tampoco dormiría; y así pasaba á mi lado todas las noches. Servíame siempre en silencio, y cuando tenia un rato de descanso, se ponía á leer en algun libro ascético. Oraba una gran parte de la noche, pero siempre en voz baja, arrodillado detras de mi cama, y puesto de manera que yo no podia verle sino levantándome y volviéndome hácia aquel lado. Durante estas escenas, me sentia vivamente conmovido; no me cabia duda de que yo era el principal objeto de sus oraciones; parecíame que estas influían en mí; mi agitacion crecia progresivamente; pero yo me defendia contra estas inspiraciones saludables, y muy amenudo el solo recuerdo de mis desgracias me sumergia de nuevo en la desesperacion.

Mis heridas eran de peligro; el padre Arsenio, que en su juventud habia estudiado cirugía, conoció fácilmente mi estado, y al octavo dia perdió las esperanzas de que yo viviese. Por la noche, despues de haberme curado, se sentó al pié de mi cama, y mirándome con ojos de compasion: ¡desgraciado jóven, me dijo, vas á morir!... ¡y yo lloraré por tí toda mi vida!... El tono con que pronunció estas palabras me traspasó el corazon. No te aflijas, le dije, ningún consuelo me queda sobre la tierra; la desgracia ha corrompido mi alma... soy indigno del interés que me manifiestas.

tas.... Al decir esto, una fuerte congoja me quitó el uso de la palabra: El padre Arsenio me creyó próximo á espirar; tomome el pulso, y, lleno de espanto, se postreé, exclamando: Dios de misericordia, conservadle la vida, ó dignaos de hacer resplandecer a sus ojos la antorcha de la verdad!.. El efecto que produjeron en mí estas palabras no es fácil de concebir. No habia oido jamás al padre Arsenio orar en voz alta, ni siquiera le habia visto ponerse de rodillas, sino misteriosamente y á escondidas; su actitud, su acento patético me causaron una conmocion inesplicable... Borráronse todas mis ideas para hacer lugar á una sola, nueva y terrible, el temor del fallo eterno, pronunciado irrevocablemente tal vez dentro de pocos minutos... De repente el padre Arsenio se levanta, viene á abrazarme y exclama con todo el entusiasmo de la inspiracion: Sí, tus ojos van á abrirse y á recibir un rayo de luz celestial!; Dios mismo va á hablar á tu corazon!; purifica tu alma para escucharle! Estas palabras, en la boca de un profeta, no me hubieran infundido mas respeto y sumision. Obedecí, sin vacilar, con todo el candor de la fe mas viva; pues la fe religiosa se puede adquirir en un momento, y entouces no se pierde jamás. Confesé sin disfraz alguno todos mis extravíos, y me complacia en pensar que mi amigo, mi bienhechor habia recibido del mismo Dios el poder de absolverme. Por toda exhortacion, me dijo estas palabras: Hijo mio, si tus dias están contados, muere en paz; si Dios te conserva la vida, acuérdate que no hay piedad sin reconocimiento, ni verdadero arrepentimiento sin espacion.

«Pasé una noche tranquila. El dia siguiente por la mañana el padre Arsenio me halló menos mal; y al cabo de tres dias estuve fuera de peligro. No me quedó de mi desesperacion otra reliquia que una profunda mi-

santropia, y la firme resolucion de dejar creer que habia muerto en el combate de Villemur. Podia ejecutar este proyecto, pues habia pagado todas mis deudas, y además me quedaba una suma de dinero bastante considerable, que el dia del combate me habia puesto encima en un ceñidor. No quise meterme en un claustro; tenia necesidad, no solamente de un retiro, sino tambien de una soledad absoluta. Pasé ocho meses en compañía del inapreciable amigo que me habia dado la Providencia. Al cabo de este tiempo dejó su economato, y fué enviado por sus superiores á predicar en este país salvaje, adonde le seguí: estas riberas solitarias me hechizaron, construí en ellas esta ermita, y me fijé en ella para siempre. Aquí es donde, despues de haber sufrido todo cuanto las pasiones tienen de mas violento y mas amargo, gozo veinte y ocho años hace de una tranquilidad cuyo precio me ha hecho conocer la experiencia. Libre de toda inquietud y de los horribles tormentos de una sensibilidad mal dirijida, mis dias, consagrados á la contemplacion, no son por esto del todo inútiles á mis semejantes; esta pobre ermita sirve de hospederia á los viajeros; y, á imitacion de los antiguos solitarios, voy á la poblacion vecina, en tiempo de enfermedades contagiosas y epidémicas, para cuidar á los atacados de ellas; lo que desgraciadamente sucede muy á menudo. En fin hago todos los años un pequeño viaje por esa comarca agreste, doctrinada y civilizada por el padre Arsenio, y aquella buena jente ve siempre con el mayor gusto á un discípulo de su *primer padre*; que así llaman ellos al que fué á un tiempo su maestro, su legislador, su primer pastor y su mas tierno amigo.

Aquí dió fin el ermitaño á su historia, que agradó mucho á Clara, porque el padre Arsenio hacia en ella el papel mas interesante. Aquella mis-

ma noche se despidieron del ermitaño; un coche que este les proporcionó, los llevó á la poblacion, y allí subieron á media noche á un carruaje público que salia para la Rochela.

El viaje fué feliz, y no hubo en él accidente alguno digno de contarse. A fines de octubre, llegaron á la quinta, en donde Clara fué depositada y puesta al cuidado de una familia respetable que vivia allí con todas las comodidades y en la mas perfecta union. El dueño de la quinta, llamado Jerson, sujeto que apenas tendria cuarenta años, era tenido en el lugar por un dechado del amor filial, y por el mejor de los esposos y de los padres; así es que pasaba por el hombre mas de bien de toda la comarca; pues en el campo, las virtudes domésticas son todavía la base de una buena reputacion.

Jerson tenia una esposa digna de él, dos hijas de edad de trece á catorce años, tres hermosos niños, y una madre de cincuenta y siete años, sobrina del padre Arsenio, objeto de la mayor veneracion y del mas tierno cariño del virtuoso Jerson. Un gran número de criados, reunidos á la familia siempre activa y laboriosa, daban un gran movimiento á aquella habitacion aislada, que estaba bastante lejos del pueblo y situada á la orilla del mar. El padre Arsenio, tan respetado como querido por aquella familia, fué recibido con el entusiasmo que era natural despues de diez años de ausencia. Sabian que habia predicado con lucimiento en la corte y en las provincias, y no obstante la sencillez campesina, se envanecian de ser de los suyos. Presentáronle las dos hijas que él no habia vuelto á ver desde que estaban todavía en mantillas, y pusieron en sus brazos los tres niños que habian nacido durante su ausencia. Clara, recibida con la mayor cordialidad bajo el nombre de Olimpia, quedó prendada de sus huéspedes, que nada tenían de la rusticidad del

campo, ya porque la riqueza por sola preserva siempre un poco de elegancia ya porque, descendiendo de una sangre ilustre, habian heredado hasta cierto punto la delicadeza y fin propias del estado noble. Se habian enriquecido por medio de un trafico constante y de una honrosa industria y habian llegado á poseer fincas mucho precio, aunque permaneciendo vasallos de un señor. La hermana de Clara sorprendió á toda la familia, mucho mas viéndola sola de acuerdo en la flor de su edad; pero el carácter de aquel que la presentaba era suficiente para desvanecer toda sospecha, y así fué recibida como hija. Habria sido admitido con gusto sin interés alguno; pero el padre Arsenio quiso pagar una pension, y el fin de hacer á Clara mas independiente. Pasóse la velada al redeo del padre Arsenio, pidiéndole consejos y escuchándole con un respeto filial; sobre todo las dos hijas, que le oian por la primera vez, estaban atentas á sus discursos, que nunca era capaz de distraerlas. De cuando en cuando su abuela las miraba para gozar de su admiracion, y parecia decirles con los ojos: ¿Cuando yo os hablaba del padre Arsenio, os engañaba?

Pero el regocijo de aquella familia se agrió muy pronto, cuando el padre Arsenio les anunció que su deber le llamaba á otra parte, y que partiria el dia siguiente al amanecer. Esta noticia les causó mucha afliccion principalmente á Clara que miraba esta ausencia casi como indefinida, pues el santo religioso no debia volver sino en el caso de que Clara viese de él una necesidad absoluta.

La despedida del padre Arsenio de Clara fué muy tierna y dolorosa. —Hija mia, dijo el anciano, lloro separarme de vos, y sin embargo tengo cierta satisfaccion en dejaros encomendada al solo cuidado de la Providencia... A mi edad, es muy triste una separacion semejante... Cont

siempre conmigo, mientras yo exista; pero, hija mía, no contéis con mi existencia.... — ¡Oh respetable padre mío! dijo Clara, ¡qué dichosa sería yo en esta soledad, si vos pudieseis vivir en ella conmigo!..» Al decir esto, un torrente de lágrimas inundaba su semblante. El padre Arsenio, demasiado conmovido para poderle responder, le da en silencio su bendición paternal; Clara la recibe de rodillas; el anciano levanta las manos al cielo, se aleja suspirando, desaparece, y Clara se encuentra sola en el universo.

Luego que el abatimiento en que había quedado se lo permitió, salió de su cuarto y de la quinta, y, después de haber dado cosa de cien pasos, se halló á la orilla del mar que nunca había visto, y que de aquel lado estaba escondido con grandes planicies. Advertida, por el ruido cercano de las ondas, del sitio en que se hallaba, detúvose para recoger sus ideas,

fin de no padecer distracción alguna en la primera ojeada que iba á echar sobre aquel magnífico espectáculo. El cuadro que se ofrecía á su vista unia el aspecto melancólico de los últimos días del otoño con la tristeza característica de las riberas del océano. Los antiguos olmos, plantados en ellas con profusión, ya no eran el emblema de la fuerza y del orgullo; lejos de alzar su frente hácia las nubes, inclinaban humildemente ácia el mar sus troncos descortezados y sus ramas medio deshojadas; habían podido resistir á las tempestades, pero se veía bien cuán combatidos habían sido por ellas. Así es como las tormentas de la vida, aun después de la mas heroica lucha, dejan siempre en el hombre algunas señales funestas de su violencia. ¡Ah! las llagas del infertunio causado por las pasiones son muy profundas, y sus cicatrices indelebiles!

Clara adelantándose hasta la orilla, paseó por la primera vez su vista

por la inmensa estension de los mares. El primer movimiento de su sorpresa, fué un homenaje de admiración y reconocimiento al Autor de tantas maravillas; hincó una rodilla en tierra, alzó los brazos al cielo, y, fijos los ojos en el Océano, quedó sumerjida en un éxtasis delicioso.

Al cabo de un gran rato fueron á buscarla para que volviese á la quinta, y la hicieron pasar por el pueblo, en donde se detuvo bastante tiempo. Esta villa marítima no se parecía en nada á las demás poblaciones que Clara había visto hasta entonces. En las familias, el primojénito, reputado ya de antemano por heredero, era destinado por sus padres al cultivo del campo paternal; sus hermanos, no recojiendo de la herencia mas que una módica suma pagada por una sola vez, iban á buscar, al través de los mares, la fortuna, ó á lo menos la esperanza; y después de largos viajes, regresaban á su pais natal, atraídos por el amor de la patria, por la ternura filial, ó por otros vínculos no menos dulces. Estos hijos, maltratados por la ley, olvidados en sus primeros años, no habían gozado del amor maternal hasta el momento de su partida; entonces, acompañados hasta la orilla del mar por sus madres bañadas en lágrimas, gozaban, por la vez primera en el amargo trance de la despedida, de las dulzuras de la naturaleza. La idea de sus peligros, la vista de aquel mar profundo y borrascoso que los arrebatava tan lejos de sus hogares, todo parecia concurrir á preservarlos del olvido. ¡Cuántos temores! ¡cuántas lágrimas derramadas durante su ausencia! Pero la relijion sostenia la esperanza de volver á verlos, ó destruia la espantosa ilusión de algunos presajios siniestros. ¡Cuántas veces, entre aquellos aldeanos, una vela encendida ante las aras de una Virgen, un novenario, una romería, fueron bastantes para calmar las mayores in-

quietudes y restablecer la paz en el corazon de una madre ó de una esposa!... Pero á la vuelta de los viajes, ¡qué triunfo para ellos! ¡qué alegría para sus padres y para toda la aldea! Muchas veces habían visto partir un muchacho, y le veían regresar hecho todo un hombre, robustecido por la fatiga, ennoblecido con largos trabajos y grandes riesgos. Todos los ojos se fijan en él con admiracion. ¡Vuelve de la India! ¡ha dado la vuelta al globo! ¡ha visto la China, y he aquí!... ¡Cuántas aventuras contará en adelante para entretener las largas veladas del invierno! ¡con qué atencion es escuchado! ¡cómo se estremecen las jóvenes al oírle! Su hermano mayor, pacífico labriego que jamás ha salido del rincón de su aldea y de su cortijo, zeloso tal vez en secreto de tanta gloria, es el único que algunas veces muestra un poco de incredulidad; pero muy pronto le obliga al silencio la indignacion de la asamblea. El rústico navegante cuenta de buena fe increíbles sucesos, y habla de países que no existen; él ha creído verlos, y esto basta; y por otra parte la realidad parecería á su auditorio tanto ú mas prodijiosa que sus fábulas é ilusiones.

La mezcla de las costumbres rústicas con las ocupaciones marítimas daba á aquella poblacion un aspecto singular. Hallábase en las familias cierta dosis de una instruccion admirable, hija de la esperiencia y de la tradicion, unida con las preocupaciones de la ignorancia y con la simplicidad de la aldea. El interior de casi todas las habitaciones estaba adornado con preciosidades de la India y del mar, que eran como otros tantos trofeos de largos viajes y de peligrosas navegaciones. Allí, con frecuencia unos mismos brazos se empleaban alternativamente en la construccion de buques y en la de arados; y los hombres, divididos en dos clases, ofrecían por un lado, en su existen-

cia, el cuadro de la audacia, de temeridad, y de todas las agitaciones que nacen de la ambicion y la curiosidad; y por otro, la encantadora imájen de la paz y la inocencia, de los frutos de la moderacion y una vida sedentaria.

Clara quedó muy contenta de haber visto aquella pequeña poblacion y al llegar á la quinta le dijeron que el día siguiente la acompañarian á la *colina de la esperanza*. En ese día la buena Elena, madre de Jersu, dueño de la quinta, salió con Clara al amanecer, y ambas se dirigieron hácia una montaña situada á la orilla del mar. Habiendo llegado á la cima del promontorio, Clara quedó sorprendida al ver una especie de monumento á su parecer simbólico, y como no esperaba encontrar en una aldea una áncora apoyada en una ermita aquí, dijo, la esperanza sostenida por la religion! ¡ingenioso emblema colocado muy á propósito en un lugar desde donde se descubren todas las embarcaciones que pueden arribar á este pequeño puerto, y aun aquellas que se dirigen á la Rochela! Clara en esta ocasion, juzgaba, como hacian casi todos los viajeros, segun sus propios conocimientos é ideas, y segun las costumbres, la educacion y modo de vivir de las gentes del país. La buena Elena se quedó en ayudo de cuanto acababa de decir Clara pues nunca habia oído hablar de emblemas. Este cabo, dijo ella, se llama la *colina de la esperanza*, porque cuando aguardamos el regreso de algun buque, todas las madres é hijas vienen aquí para verlo llegar (1). Pero ¿qué significan esta cruz y esta áncora? dijo Clara. — Ah, respon-

(1) En las cercanías de Hamburgo se ve un monumento á la orilla del mar, llamado el *cabo de las vueltas*, porque las esposas de los marineros, ¡cuando de sus maridos durante los viajes de estadia van á él continuamente, con la esperanza de encontrar á los lejos los navegantes. Este hecho me recuerda la *colina de la esperanza*.

Flena, es una historia, y es la mía; si quereis, os la contaré despacio, pues como hace buen tiempo, y yo no he de hacer falta en casa hasta de aquí á dos horas, podemos sin inconveniente alguno detenernos un rato en este sitio.» Diciendo esto, se sentó en un poyo cubierto de céspedes que habia al pié de la cruz, y pidiéndole Clara que empezase su relacion, lo hizo poco mas ó menos en los términos siguientes:

«El cielo no me ha dado otro hijo que Jerson, quien era todavía muy niño cuando yo enviné; entonces hice voto de no volverme á casar, y nada me ha costado el cumplirlo, pues he encontrado siempre en mi hijo el báculo de mi vejez. Yo era dichosa al pensar que, siguiendo la costumbre del país, este hijo querido, debiendo ser heredero de la quinta, se haria labrador, que no se apartaria jamás de mi lado, y que nunca tendria el sentimiento de ver que se embarcaba para países remotos. Eduquéle tan bien como es posible hacerlo en un pueblo corto, y no fueron vanos mis cuidados; en su niñez, su maestro le proponia por modelo á todos sus condiscípulos; en su adolescencia, era tenido por el jóven de mejor conducta y mas laborioso, y por el mas entendido en el manejo y cuidado de una finca. ¡Yo era la mas dichosa de las madres, y muy pronto iba á ser la mas digna de compasion! Mi hijo acababa de entrar en los diez y siete años, y habia tiempo que observaba en él una mudanza muy grande. Estaba triste, meditabundo y taciturno, y se obstinaba en ocultarme la causa de su mal humor. Creí que tal vez sentia alguna inclinacion por Cecilia, hija de una vecina nuestra, con la cual se ha casado despues, y me confesó que en efecto la amaba. Cecilia no tenia mas que quince años, no era muy rica, y mi hijo habria podido hacer un casamiento mas ventajoso, pero yo no queria mas

que su felicidad, y así le prometí que, en teniendo Cecilia diez y ocho años, le daria mi consentimiento para casarse con ella. Creí que esta promesa le dejaria satisfecho, mas á pesar de ella continuó sumergido en la misma tristeza. Estábamos en el corazon del invierno; como yo no atribuía la pesadumbre de mi hijo á otra cosa que á su amor por Cecilia, le propuse que fuésemos á pasar las veladas en casa de la madre de aquella, cuya casa, algo apartada del pueblo, está á poco trecho de la nuestra. Cecilia tiene tres hermanos: los dos mas jóvenes iban por la mar mas de tres años habia, y regresaron en esta época. La alegría que causó su llegada fué muy grande, y tanto mas, cuanto que poco tiempo antes corrieron voces de que habian perecido en un naufragio. En adelante ya no se pensó mas que en ellos. Contaban por turno sus aventuras, y eran escuchados con una atencion que, á pesar mio, me desazonaba interiormente. Tenia envidia á su madre que se vanagloriaba de tener unos hijos que habian visto tantas cosas, ó, por mejor decir, me enfadaba de que mi hijo no tuviese parte en esta gloria, y no fuese escuchado y admirado como lo eran aquellos dos jóvenes. Estaba descontenta de que Cecilia atendiese tanto á las relaciones de sus hermanos, que mi mismo hijo podia apenas distraerla un momento en el curso de una velada; y estas ideas me causaban una tristeza mortal. A cada paso me ponía á contradecir á los dos jóvenes marinos, y á rebajar el mérito de aquellas acciones que los demás elogiaban; y despues, temiendo que se conociesen mis celos, me turbaba, tartamudeaba, y acababa por enfadarme, casi siempre espresamente, con el fin de interrumpir á lo menos aquellas historias de tempestades y naufragios que oia con tanto disgusto. Una nueva inquietud vino muy pronto á acrecentar mis penas. Observé

que las narraciones de los hermanos de Cecilia causaban á mi hijo una agitacion extraordinaria. Durante aquellas, apenas respiraba, poníase colorado y se quedaba absorto; sus ojos inflamados se llenaban de lágrimas; en fin se hallaba en un estado que daba que pensar á todo el mundo, y que me hizo adivinar el secreto que él se había esforzado en ocultarme por tanto tiempo. Conocí, pues, que ardía tambien en deseos de viajar. Preguntélelo, y me confesó que esta era en efecto la causa de su tristeza habitual, añadiendo que jamás se hubiera atrevido á manifestármela, si yo no la hubiese penetrado.—No me arrepiento, le dije, de haberte preguntado, pues una vez que habias podido concebir y alimentar un designio que me traspasa el corazon, tambien un día ú otro me lo habrías dicho de tu propio movimiento, y á lo menos mis preguntas te han aborrado esta crueldad.» Diciendo esto lloraba amargamente: mi hijo se arrojó á mis plantas, mezcló sus lágrimas con las mías y exclamó:—¡Oh madre mia! el amor que os profeso me ha impelido mas que todo á formar esta resolucion.... ¿Qué es lo que dices? ¡Dios mio! — Sí, madre mia; ¿pensais que no he conocido cuánto sufrís desde que han vuelto los hermanos de Cecilia? ¿y puedo yo soportar que haya en el pueblo una madre mas ufana de sus hijos que vos del vuestro? ¿una madre que os cause envidia?.... Es verdad que deseaba hacer un viaje por mar; pero jamás me hubiera determinado á ello, si no hubiese visto que vos seriais despues mas dichosa....» A estas palabras volvieron á correr mis lágrimas. Juzgad de mi dolor, y como me echaba en cara una debilidad que era inútil negar, pues mi hijo tenia demasiada penetracion, y me conocia demasiado bien, para que me fuese posible disuadirle. Viendo que los sollozos me ahogaban, me dijo mi hijo: — Calmaos, madre

mia, pensad en mi regreso, y cuando me veréis festejado y bien recibido — ¡Ay, hijo mio! le respondí, yo puedo pensar sino en tu ausencia...

Esta conversacion fué muy larga. Mi hijo, á pesar de su ardiente passion por los viajes, no queria pasar sin mi consentimiento; yo se lo permití, cedí á mi voluntad, pero con mucha pesadumbre. Cayó en una melancolía tan profunda, que su salud se alteró visiblemente. Entonces cedí; y aunque con la muerte en el corazon, desde aquel momento cedió de quejarme. Mi hijo me dió palabra de no hacer en toda su vida mas que aquel viaje. Pero ¡qué viaje! El día que en que queria embarcarse deliró á la India Oriental y hacerse á vela el primero de mayo; ¡estában á últimos de marzo!... ¡Cuán tristes fueron para mí todos los días que transcurrieron desde aquella época! Pero embargo yo manifestaba un valor que todo el mundo estaba admirando: mi vivo dolor hubiera puesto á mi hijo de mal aspecto á los ojos de los demás; nada me costaba el disimularlo, y así lograba tambien que partiese sin inquietud ni remordimientos. ¡Llegó al fin aquel día terrible para mí! ¡Abrazé, sin derramar una sola lágrima, á un hijo tan loco que partía á la India! ¿Podía pensar en mi dolor, viendo á mi hijo sobrecojido de una turbacion que no habia previsto, no pudiendo rancarse de mis brazos, arrepintiéndose demasiado tarde, y pronto á criticarme aquel viaje por tanto tiempo deseado? Si yo hubiese dicho una palabra, iba á quedarse, pero su honor me era mil veces mas caro que mi reposo y aun que su vida. Ya era tiempo de desdecirse. Manifesté una firmeza que le engañó; ¡creyó que podría vivir tranquila separada de por tantos mares!... Pálido y bañado en lágrimas, se hincó de rodillas. ¡Oh madre mia! dijo con una voz dolerosamente, perdonad á vuestro hijo! ¡A

¡si yo hubiese podido saber!... Yo le interrumpí para darle la bendición maternal.... Entonces me dejó..... ¡Pero dos veces tornó desde la orilla para volverme á abrazar!... ¡Por fin se embarcó!...

«Pasé los quince días primeros de la ausencia de mi hijo en una soledad absoluta, sin querer recibir á ninguno de mis parientes. No podía soportar la idea de que los que viniesen á verme tendrían esperanza de darme algun consuelo; que unos me encontrarían poco razonable, otros culparían á mi hijo por haberme abandonado. Érame igualmente desagradable el que alabasen ó vituperasen su conducta; solo una cosa me daba gusto, y eran los elogios que se tributaban generalmente á su valor.

«Cuando volví á ver la jóven Cecilia, la encontré pálida y abatida; su vista me enterneció, y desde aquel momento la miré como hija mia. Pedí á su madre que la dejase venir conmigo; consintió en ello, y de este modo tuve á lo menos el consuelo de poder hablar de mi hijo á todas horas.

«Con todo yo hubiera probablemente sucumbido á mis males, sin los cuidados de nuestro buen párroco. Me visitaba muy á menudo, me hablaba de la Providencia, me aseguraba que Dios protege á las buenas madres, y sus discursos me reanimaban. Desde tiempos muy remotos ha habido siempre en la cumbre de la colina de la Esperanza esta cruz de piedra que veis. Mandé poner aquí este poyo de céspedes, é hice voto de venir á hacer oración al pié de la cruz todos los días por la mañana y por la tarde hasta la vuelta de mi hijo. Además hice una romería á Nuestra Señora de la piedad, que está en una ermita á tres leguas de aquí, donde se halla una imájen de la Virgen que ha hecho muchos milagros, é hizo uno para mí, pues despues de mi peregrinacion me hallé muy fortalecida y llena de esperanza. El cielo me dió

paciencia y valor, y en adelante, si me asaltaba alguna idea melancólica, un rato de oración al pié de esta cruz la desvanecía enteramente. Sin embargo algunas veces presenciaba en esta colina un espectáculo que me hacía derramar muchas lágrimas. Hallaba en ella continuamente madres, hijas, hermanas y esposas de los marineros, que venían aquí para ver si descubrirían á lo lejos en el mar los bajeles cuyo regreso esperaban. Veía sus trasportes al descubrirlos; alzaban los brazos al cielo, le daban gracias, ¡y yo... yo no podía hacer mas que implorarle!.. Aquellas mujeres, en el colmo de la alegría, bajaban corriendo de la montaña para ir á la orilla á abrazar á sus padres, sus hijos, sus esposos y sus hermanos!.. Triste y consternada me quedaba sola en la colina y me decia: ¡Cuán desgraciada soy, pues la felicidad de los demás no es para mí mas que un aumento de penas!...

«Así se pasó el tiempo de la ausencia de mi hijo, es decir, muy cerca de dos años eternos.... En fin varias cartas me anunciaron su próxima llegada, y así tuve la dicha que tanto había envidiado á aquellas mujeres de hallarme en esta colina con las mas lisonjeras esperanzas!.. Una mañana (el 3 de agosto) supe de positivo que se había avistado desde la costa el buque en que iba mi hijo, que entraría probablemente aquel mismo día en nuestro pequeño puerto, y que por consiguiente abrazaría á mi hijo antes de ponerse el sol. Al oír estas buenas noticias, Cecilia me dió mil abrazos, exclamando: ¡Ah! madre mia, ¡hoy justamente se acaba mi última novena!... Y al momento corrimos á la colina de la Esperanza. ¿Creeríais que, sabiendo que mi hijo estaba tan cerca de nosotros, no experimentaba una alegría pura, sino mezclada de temor? Faltábale aun hacer una pequeña travesía, y cuando yo me le figuraba poniendo el pié en

estariuera que ya no volveria á abandonar, apenas me era posible creer que una dicha tan grande estuviese reservada para mí. Es verdad que el cielo estaba encapotado, que todo anunciaba una tempestad, y que yo no ignoraba cuán difícil y arriesgado es en tiempo de borrasca el acercarse á nuestras costas. Miraba con espanto las nubes que se iban amontonando sobre nuestras cabezas, y temblaba, como una hoja de árbol, contemplando la agitacion de las olas.... Los latidos de mi corazon se aumentaban á medida que el mar se embravecia.... Bien pronto el huracan empieza á silbar horriblemente, el trueno retumba, el dia desaparece casi del todo á nuestra vista!... ¡hijo mio! ¡hijo mio! exclamé, ¡después de haber escapado de tantos peligros, no vuelves á tu pais natal sino para morir ante mis ojos! No, no, Dios tendrá piedad de la desesperacion de una madre!... Al decir estas palabras me arrastré hacia la cruz, la abracé estrechamente, y sin duda el ardor de mis ruegos y mi confianza en Dios sostuvieron entonces mi existencia. Al cabo de media hora me levanté, fijé la vista en el mar, y quedé horrorizada del tumulto y elevacion de las aguas. De repente, á la luz de un relámpago, descubrí el navío de mi hijo, cuya proa, impelida hacia arriba por las ondas, parecia tocar con las nubes. Creí que el fuego del cielo que lo alumbraba me iba á abrasar, caí con el rostro hacia la tierra, diciendo: ¡Oh Dios mio! salvad á mi hijo... Al mismo tiempo oí un ruido espantoso; mil voces gritaron á un tiempo desde la orilla (pues toda la poblacion se habia juntado allí) ¡Socorro! ¡socorro, que van á perecer!... Yo me desmayé.... Al volver en mí, me encontré en mi aposento, á donde me habian llevado, y encima de mi cama; yo no estaba del todo en mi acuerdo, pero mi delirio estaba muy lejos de mitigar mi dolor, pues yo lo sentia todo entero, y

me decia á mí misma, mi hijo ha muerto!.... No queriendo ver ni escuchada, ni vivir, dejé de quejarme; dé inmóvil y cerré los ojos; entonces sentí una mano helada que tomaba la mia y la apretaba con fuerza, estremecí, abrí los ojos, y vi junto á mí una figura trémula y descolorida; ¡Dios mio! exclamé, ¡la sombra de mi hijo!... y volví á perder el conocimiento.... Me socorrieron; cobréle de nuevo, pero fué con delirio horroroso que me duró ó doce dias; yo no me acordaba de la pretendida muerte de mi hijo, y de haber visto su espectro. El que me hablaba inútilmente, yo no le escuchaba; pedíale que rogase por mi hijo; y repetia á cada paso él pídeme, estoy segura de ello; rogad por él, rogad por él... ¡Ah! ¡sin duda decia! El estaba allí, inundado en lágrimas, mi estado le atravesaba el corazon, y no se atrevia á dejarse de mí, seguro de que, en la situacion en que me hallaba, me pareceria si prentaba un fantasma, pues yo creía haberle visto perecer.

« En este intermedio llegó á nuestra casa el padre Arsenio, á quien conocia y respetaba mucho, pues habia sido maestro mio en mi niñez. Al instante que le ví, le supliqué derramando un torrente de lágrimas que rogase por mi hijo. Quieren, además, quieren hacerme creer que no he perecido, pero yo le he visto muerto, yo he visto dos veces su sombra que gemia. El padre Arsenio conoció que yo tenia la imaginacion demasiado exaltada para poder reducirme la razon por los medios ordinarios, y después de haberme escuchado en silencio por largo tiempo, me dijo: Helena, ¿creéis que todo sea posible á Dios? -- Sí, padre mio. -- ¿Os acordáis de la historia de la viuda de repta, y sobre todo de la otra de Sunamita, que leñamos juntos, y que os gustaba tanto? -- La Sunamita Sí.... Dios resucitó su hijo... ¡Oh

dre mio!... Aquí el exceso de mi conmoción me quitó la palabra. Tranquilizaos, hija mía, me dijo el padre Arsenio, porque tengo que deciros grandes cosas.... — Sí, sí, exclamé, Dios lo puede todo.... ¿Pero, soy yo acaso digna de obtener un milagro? — Ninguna criatura lo es, respondió el padre Arsenio; no obstante la misericordia divina es tan grande, que algunas veces ha llegado á hacerlos en favor de los mas grandes pecadores. Así pues, sin carecer de humildad, podeis esperar todo. Apenas habia él acabado estas palabras, que, á pesar de mi estremada debilidad, me levanté presurosamente de mi poltrona, y me puse de rodillas, diciendo: ¡Oh padre mio! acabad de explicaros.... — Y bien, hija mía, respondió el padre Arsenio, Dios os ha vuelto vuestro hijo.... — Mi hijo ha resucitado.... — Sí, hija mía, vive.... Pareced, Jerson, prosiguió con voz mas alta, pareced, venid á abrazar á vuestra madre, y uniros con ella para bendecir y dar gracias á Dios. Al decir él estas palabras, mi hijo se arrojó en mis brazos. Yo no sé que fué de mí, ni lo que pensé en aquel momento, el mas hermoso de toda mi vida. Mi hijo y yo nos teníamos estrechamente abrazados, y estávimos largo tiempo de rodillas, ofreciendo á Dios nuestra felicidad. ¡ Ah ! ¿ no debía yo en efecto dar gracias á la bondad divina por un milagro? ¿ no lo era el haber salvado á mi hijo (y haberle salvado á él solo) del mas horrible naufragio?... Con la dicha y la salud, recobré en poco tiempo mi razon. Venimos juntos á orar á la colina de la Esperanza; mi hijo colocó al pié de la cruz el áncora de su navío, del cual habia salvado algunos restos; vertió amargas lágrimas por la suerte de sus desgraciados compañeros, y tomamos á nuestro cargo el sustento de tres niños que habian quedado huérfanos de resultas de aquella horrenda catástrofe. »

Aquí dió fin Helena á su relacion, y Clara le dió un tierno abrazo, como para demostrarle el vivo interés que le habia inspirado tanto por sus pasadas aflicciones, como por sus prendas personales. En seguida volvieron ambas á la quinta, y Clara en todo aquel dia no se apartó un instante de Helena; por la noche, durante la velada, tuvo el gusto de hacer á Jerson varias preguntas relativas á sus viajes, y de oírle contar sus aventuras al lado de Helena, quien mas de una vez dejó caer el huso para mirar á Clara, cuya sencilla admiracion la hechizaba.

Clara sintió desde aquel dia un placer indecible en vivir en aquella agradable soledad. Admiraba y amaba igualmente la sencillez de costumbres y la union que reinaban en aquella familia; y bendecia en este punto, como en todos los demás, al padre Arsenio que le habia proporcionado un asilo tan dulce y tan seguro.

Clara tomó la costumbre de ir sola todas las mañanas, cuando el tiempo lo permitia, á la colina de la Esperanza. Allí sentada al pié de la cruz, alejando de sí la funesta memoria de sus desgracias, se representaba aun con entusiasmo la especie de inspiracion que tuvo en la capilla de la ermita, y creía estar oyendo sin cesar aquella voz interior que pronunció este oráculo: *tú serás dichosa aun sobre la tierra; mas de medio siglo de felicidad te indemnizará de algunos meses de sufrimientos.* Clara no existia mas que en el porvenir, y su imaginacion estaba tan llena de la idea de que tarde ó temprano se verificaria una mudanza muy grande en su suerte, que siempre estaba esperando de un momento á otro la llegada de algun suceso extraordinario. Todas las mañanas, al levantarse, preguntaba con ansia si habian traído alguna carta para ella. El padre Arsenio era la única persona que le escribia; y cuando recibia una carta suya, experimen-

laba, antes de abrirla, una conmoción tan grande, como si debiese hallar en ella una noticia muy importante. Si oía desde la quinta el ruido de un caballo que galopaba, se figuraba al momento que era un correo para ella. Esta perpetua agitación la animaba sin fatigarla, pues como no tenía mas que presentimientos lisonjeros, tampoco podía experimentar mas que sensaciones agradables. Mas de un año se pasó de esta manera; al cabo del cual los pacíficos lugares, en que habitaba Clara, tomaron de repente un aspecto muy diverso.

Los Calvinistas de la Rochela, siempre inquietos y sediciosos desde casi doscientos años, acababan por fin de levantar el estandarte de la rebelión, y el duque de Rohan se había puesto á su cabeza. Este príncipe renia todas las prendas y todos los defectos que hacen de un jefe de partido el ídolo del pueblo. Jóven todavía, elocuente, jeneroso, lleno de valor é intrepidez, tenía cuanto se necesita, si no para gobernar bien á los hombres, á lo menos para seducirlos momentaneamente y atraerlos á sus banderas (1).

(1) El duque de Rohan estaba en efecto al frente de los Calvinistas, es decir, de los rebeldes, de aquellos Calvinistas sediciosos y perseguidores que movieron tantas turbaciones en Francia, y particularmente en la Rochela, por espacio de cerca de doscientos años. Un escritor que en sus obras muestra siempre una gran predilección por todos los facciosos, M. de Voltaire ha prodigado á este duque de Rohan los elogios mas exagerados. He aquí lo que dice acerca de este príncipe:

El cielo le habia dado todos los talentos; obró como un héroe, y escribió como un sabio; fué un grande hombre, aun peleando contra su señor; sirviéndole, lo fué mas todavía.

Este príncipe, no tuvo todos los talentos, ni fué grande peleando contra su señor y prolongando el horror de las guerras civiles; mostró poco talento en el sitio de la Rochela, y abandonó con ligereza su partido para reconciliarse con la corte. Tampoco fué grande sirviendo á su señor, pues que sus servicios dieron fin con una defecion que le obligó á espatriarse. Ni menos escribió como un

Los Ingleses, llamados por los de la Rochela, llegaron en auxilio de los rebeldes, é hicieron un desembarco en la isla de Ré; pero fueron batido por el valiente Toiras, y Schomberg les hizo levantar el sitio del fuerte de San Martin, al cual habian dado un asalto sin fruto alguno. Los Ingleses se reembarcaron con pérdida de och mil hombres (1), y el duque de Arglema, jeneral del ejército real, viendo que los rebeldes permanecian en su obstinacion, se puso con sus tropas sobre la Rochela (2). Entonces todo mudó de aspecto en aquella campaña; ya no se habló mas de danz ni de juegos; la inquietud y el temo desterraron la dulce seguridad. Los instrumentos pastoriles enmudecieron, y el eco solo repetia los toques de guerra y el ruido de las armas. Las tímidas zagalas evitaban el encon-

sabio, pues sus obras no gozan de la menor reputacion. Bien es verdad que están llenas de ideas republicanas, y que encierran algunos rasgos bastante atrevidos para aquella época.

El duque de Rohan manifestó siempre mucho valor, y aun en ciertas ocasiones talento militar pero era ambicioso, inconstante y revulso, é hizo un mal uso de sus conocimientos: todo esto forma un grande hombre.

He aquí lo que dice el presidente Henault sobre la rendición de la Rochela en 1628:

« Así se rindió esta población rebelde que, espacio de casi doscientos años, se armaba cesar contra sus reyes, y elegia siempre para seguir la política de todos los sediciosos, el tien en que aquellos se hallaban en mayores apuros. Tal fué su insurrección en el reinado de Luis mientras las tramas del duque de Guena, su hermano, contra Carlos VIII, cuando toda la Italia le esperaba en Tornone; contra Luis XII durante la lucha que sostenia por los milaneses; contra Francisco 1.º cuando estaba en guerra con Carlos 5.º; contra Francisco 2.º y Carlos 9.º en menor edad; contra Henrique 3.º armándole contra él á su hermano; contra Henrique 4.º, cuando estaba para llegar á las manos con el duque Saboya; y en fin contra Luis XIII, á quien habia hecho tres veces la guerra, y á quien este último sitio costó cuarenta millones. »

(1) Hecho histórico

(2) Idem.

tro de los soldados que andaban por aquellos campos; pero al mismo tiempo, llenas de curiosidad, se escondían para verlos pasar, y admiraban en secreto su porte siroso y marcial. Co-tejábanlos con los aldeanos, y mas de un zagal se mostró quejoso de su pastora..... Los tranquilos labradores no recibían á los soldados en sus cabañas sino con zelos y desconfianza, pues los defensores del estado y los que le mantienen no se acomodan á vivir juntos; aquellos jamás deben pensar en el reposo, y estos serian desgraciados si apeteciesen el brillo de la gloria.

En medio de este tumulto, era muy grande la ansiedad de Clara, pues sabia que Valmore mandaba una division en el ejército del duque de Angulema. Ya no se atrevia á ir á la colina de la Esperanza, ni siquiera á salir de la quinta ó dejarse ver; pero rogaba á Dios de dia y de noche por el triunfo de las armas del rey y por la conservacion de la vida de Valmore. Este, siempre sumergido en el dolor, hallaba un consuelo digno de su noble carácter en los peligros de aquella guerra emprendida contra unos súbditos rebeldes que se habian aliado con los enemigos de la Francia.

Valmore, engañado por las voces que Frickmann habia esparcido, creía que Clara, al querer evadirse del castillo de Rosmal, se habia ahogado en el Ródano. Creía deber aborrecerla; pero la imájen de aquella hermosa jóven pereciendo de un modo tan trágico, le perseguía sin cesar, y abría de nuevo continuamente las llagas de su corazon.

Valmore, juzgando que para las operaciones del sitio era necesario establecer un puesto militar en la quinta de Jerson, dió orden paraque un destacamento de su division se encaminase á ella, y él mismo fue á acompañarlo. Eran las diez de la mañana del 20 de noviembre, cuando el destacamento llegó á la quinta. Aunque

ya comenzaba á hacerse sentir el invierno, no obstante hacia tan buen tiempo, que Clara aquel dia no pudo resistir al deseo de ir á respirar un aire tan puro; estaba en el jardin, cuando oyó el ruido que hacían los piés de los caballos sobre el enlosado del patio principal, y quedó inmóvil de sorpresa. Pero á pocos instantes vió aparecer algunos soldados, quienes al descubrirla se fueron corriendo hácia ella. Entonces asustada se puso en fuga dando agudos gritos; el espanto le daba alas, y sin embargo los soldados iban á alcanzarla, cuando oyó á sus espaldas, cosa de veinte pasos distante, á Valmore atraído por sus gritos, y cuya voz no pudo desconocer..... Los soldados se escaparon. Clara, fuera de sí, tuvo sin embargo bastante serenidad para taparse el rostro con su delantal que se puso encima de la cabeza, y al mismo instante, no pudiendo sostenerse mas, cayó en el suelo. Valmore, sorprendido al ver su elegante talla y su excesivo temor, se sintió algo conmovido. El traje indeciso de Clara le ponía en duda de si esta era ó no aldeana, pero la veía con guantes, y la finura de sus manos daba bien á entender que no eran de una persona ordinaria. Valmore, despues de un exámen rápido y hecho con alguna turbacion, se acercó á ella, y alargándole la mano le dijo: Tranquílícese Vd., señorita, voy á acompañarla á Vd. a la quinta, y luego á tomar mis medidas paraque se goce en ella de una perfecta seguridad....» Al decir estas palabras, la ayuda á levantarse. Clara vacila; pero con la mano derecha tiene siempre asido fuertemente el delantal que cubre su semblante. Valmore no duda de que es hermosa, y queda prendado de este tímido pudor que la retrae de dejar ver á un militar un rostro sin duda jóven y hechicero, que poco ha la espuso á perder el honor..... El atentado de los dos soldados, y las insolentes palabras

con que habian espresado su brutal admiracion de aquella beldad, hacian efectivamente muy natural el cuidado de ocultarla en aquel momento á la vista de todos. ¡Qué estremecimiento se apoderó de Clara al poner la mano, que tenia libre, en la de Valmore!..... Su temblor y sus sollozos no interrumpidos, enternecieron en sumo grado á este, quien para aquietarla le habló con un tono dulce y aun afectuoso; pero cuanto mas sensible él se mostraba, tanto mas parecia aumentarse en ella la agitacion. Para sacarla de un estado tan penoso, Valmore se apresuró á acompañarla á la quinta y redobló el paso; pero Clara, no pudiendo resistir mas á su emocion, perdió de repente el uso de los sentidos y cayó tendida en el suelo. Valmore al ver esto se detuvo; y por una delicadeza, de que muy pocos serian capaces, creyó que debía respetar el tímido pudor de aquella interesante desconocida; el delantal de esta le tapaba aun la cara; mas la débil mano que lo tenia asido iba ya á soltarle; Valmore entonces lo cojió con la suya y la tuvo sobre él fielmente, á pesar de una secreta curiosidad que le atormentaba. Tomó en brazos á Clara, y, llevándola hácia la quinta, encontró á la vieja Helena que la estaba buscando, y le contó en pocas palabras lo que acababa de suceder. Aun estaba hablando, cuando Clara volvió en sí; su primer movimiento fué llevar la mano al rostro, y hallando en él la de Valmore, la apretó con la mayor ternura, pues su corazon supo apreciar al momento la delicadeza á que debía la conservacion del mas importante secreto..... ¡Mas cual fué su sobresalto al verse en los brazos de su libertador! Un gemido sordo se le escapó del fondo del corazon y penetró en el de Valmore, quien, viéndola ya en estado de poder andar, la dejó en el suelo con suavidad: entonces Clara hizo una profunda inclinacion como para darle las gracias, tomó el brazo

de Helena, y Valmore turbado y enternecido se alejó con rapidéz.

Llevaron á Clara á su aposento que solo estaba separado del de Helena por un simple tabique. Valmore castigó y echó de la quinta los soldados que habian perseguido á Clara; estableció rigurosas consignas en su tropa, y dió órdenes muy severas para mantener en la casa el buen orden, la decencia y la tranquilidad; y para que se pagase al instante lo cuanto se consumiese. Jerson, encatado de este proceder, mostró por parte toda la benevolencia y el zelo de un buen ciudadano. Alojó á Valmore en la mejor estancia de la quinta que era la de Helena, y quiso que madre y sus dos hijas se metiesen en la de Clara, que como ya se ha dicho estaba contigua á la de Valmore.

No dejó de causar á Clara un secreto disgusto el tener que recibir en su aposento á Helena y sus dos hijas; siempre habia amado el silencio y la soledad; pero en aquella ocasion la sociedad llegaba á serle importuna. En efecto, acababa de ver á Valmore y necesitaba repasar todos los pormenores de aquel encuentro importante..... ¡Cuánto la incomodaba la conversacion de las dos muchachas y de la abuela! Solo la presencia de estas ya le impedia entregarse del todo á sus pensamientos. Por otra parte Valmore estaba alojado al lado suyo, cualquier ruido que hubiese en aquel cuarto, aunque no fuese mas que el de una silla ó de una mesa que moviesen de sitio, era de mucho interés para ella, y á fin de que nada se le escapase, se habia sentado arrimada al tabique..... Por fin logró persuadir sus compañeras que no era decoroso que Valmore la oyese reir y hablar y á lo menos desde entonces hablaba bajo, lo que Clara ya habia hecho hasta aquel momento, pues no la dejaba el miedo de que Valmore la conociese y este miedo terrible acibaraba toda la alegría que le causaba el hallar

tan cerca de él. Sin embargo estaba segura de que este la creía muerta, y este pensamiento la tranquilizaba en órden á las sospechas que hubiera podido concebir en lo sucesivo viendo su perseverancia en ocultarse á sus ojos. Al anochecer, Helena dejó á Clara y fué en persona á dar disposiciones para la cena de Valmore. Al cabo de una hora, Clara oyó que Helena entraba en el aposento de este y que él le dirigía la palabra..... Clara, trémula y enternecida, aplica un oído atento..... Valmore habla de ella..... pregunta su nombre..... Se llama Olimpia, respondió Helena, y tiene la hermosura y el jenio de un ángel. Al oír estas palabras, Valmore exhaló un profundo suspiro, guardó silencio, y al cabo de algunos minutos, dando las gracias á Helena por su buen cuidado, la despidió. Clara estaba todavía escuchando; pero sus compañeras vinieron á distraerla, y por la primera vez notaron en ella un lijero viso de mal humor, que se atribuyó á la impresion desagradable que habia dejado en ella el lance de aquella mañana.

Por fin, á las ocho y media de la noche, Helena y sus nietas se acostaron, y muy pronto durmieron profundamente; mientras que Clara, so pretexto de acabar una lectura interesante, se quedó levantada. Un sosiego completo reinaba en toda la casa; pero Valmore y Clara estaban bien lejos de poderse entregar á las dulzuras del reposo..... Aquellos dos corazones, divididos por la suerte, estaban reunidos entonces por una agitacion simpática..... La estatura y la gracia de aquella desconocida habian recordado á Valmore la que en vano queria olvidar. Luego que creyó que todos dormian en la quinta, se abandonó libremente á su viva emocion..... Paseábase como fuera de sí por su estancia, y cada uno de sus pasos resonaba hasta el fondo del corazon de Clara..... Su andar desigual

y precipitado parecia que pintaba todo el desórden de un alma fuertemente ajitada..... Repentinamente se para junto al tabique; Clara se sobresalta... ¡Solo el delgado espesor de una tabla la separa de él! Detiene su respiracion, y oye á Valmore que decia con una voz sofocada: ¡Sí, este funesto encuentro ha producido en mí el terrible efecto de una aparicion! ... Desgraciada, prosiguió; Dios en su infinita misericordia ha perdonado tu crimen. ¿Estás en la morada de esperanza y sufrimiento en donde el alma se purifica? ¿Imploras tal vez la piedad de los fieles?... ¡Tu inconcebible barbarie me ha condenado á unos dolores sin fin, mas no obstante yo quiero rogar por tí!... Al decir esto se hincó de rodillas. Clara, bañada en llanto, junta sus manos y deja escapar un doloroso suspiro... Valmore entonces fuera de sí se levanta esclamando: ¿Es acaso una ilusion? ó ¿será verdad que esta alma arrepentida y purificada se corresponde con la mia? ¿acaso la muerte ha restablecido la armonía entre nosotros?... Al decir esto se deja caer sobre una silla, escucha con ansiedad y nada mas oye! y, llamando al socorro la razon, se persuade fácilmente que solo su imaginacion acalorada ha producido aquel suspiro tan penetrante que creyó percibir. Clara, temiendo prolongar y aumentar su agitacion, habia tenido valor para contenerse, y se mantuvo inmóvil hasta que oyó á Valmore que llamaba un criado; entonces se acercó de puntillas á su cama y se acostó; pero la imájen de Valmore no le dejó cerrar los ojos en toda la noche. Este tampoco la pasó mas tranquilamente; mas no obstante, una hora antes de apuntar el alba, cediendo á su profundo abatimiento, se quedó dormido.

Al amanecer entraron en su cuarto para decirle, de parte del duque de Angulema, que se hallase á las nueve en el cuartel jeneral. Levantóse pues, al momento, y luego que se hubo ves-

tido, le asaltó de nuevo la idea de aquella jóven desconocida, de aquella Olimpia... Sin duda, dijo él entre sí, pelearémos en este día: antes de abandonar esta casa, tal vez para siempre, antes de ir á derramar sangre, quisiera dejar aquí algun rastro de bondad... Los dueños de esta casa viven en la opulencia; todo lo que puede hacerse por ellos es preservarlos de toda vejacion.... ¡Pero esta jóven que no es de su familia!... ofrezcámosle los socorros y la proteccion de que acaso necesita. Al momento Valmore toma recado de escribir y traza con rapidez estos cuatro renglones:

«No me he atrevido, señorita, á hacer una sola pregunta en órden á la situacion de V., pues tal vez quiere V. ocultarla: respeto la soledad en que V. vive, y no pretendo interrumpirla... Solamente sé que es V. estraña en esta familia, y supongo que, habitante de la Rochela, ha venido V á refugiarse aquí, para sustraerse á los horrores de una plaza sitiada. ¿Puedo yo prestar á V algun servicio? Hable V. con una entera confianza á un hombre que, sobre todo despues de este ofrecimiento, está resuelto á no verla á V. jamás.

«Contestacion franca y pronta.

«**VALMORE**».

Clara, al recibir este billete, conociendo la letra de Valmore, estuvo para perder los sentidos... Abrió temblando aquel escrito, y le bañó en llanto, haciendo lugar al leerle el temor á la admiracion: sin embargo, era preciso contestar sobre la marcha, y Valmore conocia el carácter de su letra... Al extremo del aposento habia un pequeño gabinete; corre á él haciendo señal á la jóven Honorina (la hija mayor de Jerson) de que la siga, se encierra con ella en el gabinete, y allí, despues de enseñarle el billete de Valmore, le dice:—La aventura de ayer y toda esta jente armada

que llena la casa, me han sobrecojido tanto, que me siento ajitada sin cesar por un temblor universal que no me dejaría trazar un solo renglon. Vos haceis muy bonita letra, mi querida Honorina; hacedme pues el favor de escribir lo que yo os dictaré. — De muy buena gana, respondió Honorina tomando la pluma que Clara le presentaba.» Sentóse en seguida, y Clara, rectificándole la ortografía cuando era necesario, le dictó esta respuesta:

«¡Olimpia le mirará á Vd. toda la vida como á su bienhechor! ¡Si ella tuviese necesidad de proteccion, no buscaría otra que la de Vd!.... Pero sin hacer uso por ahora de tan generosas ofertas, le da á Vd. las gracias por haberle proporcionado un nuevo motivo de reconocimiento.»

Esta contestacion aumentó el vivo interés que Valmore tomaba por aquella jóven. Leyóla y relejóla con emocion, y no queriendo al ir á un combate llevarla encima, la encerró cuidadosamente en una cajita. Salió en seguida de su estancia, fué á dar órden para que se formasen los soldados, púsose á su cabeza y partió con ellos.

Clara supo á poco rato la partida de Valmore, quien habia dejado algunos bagajes en la quinta, diciendo que esperaba estar de vuelta antes de la noche; pero sin embargo se creía que iba á pelear... La triste Clara fué á encerrarse en su gabinete para llorar en él con libertad. Reflexionando en los beneficios que habia recibido de Valmore, tenia en la mano su billete y volvía á leerle de cuando en cuando á pesar de que ya lo sabia de memoria. ¡Ay! decía ella, ¡este precioso escrito que ha trazado su mano y que pinta tan bien su noble carácter, este escrito tan tierno, que guardaré hasta el sepulcro, no va dirigido á la infelice Clara!.... ¡Si él supiese que existo, siempre sería generoso conmigo, pero acaso me maldeciría!... Diciendo estas palabras, apretaba

contra su corazón el billete de Valmore, cuando repentinamente oye un estruendo horroroso, el de un cañon. ¡Cielos! exclamó temblando; ¡un combate!... ¡Dios mío! ¿y Valmore?.... Entonces hace un movimiento para postrarse é implorar al Dios de los ejércitos; ¡pero una idea humillante la asalta y la deja estática!... ¿Es digna todavía de orar con confianza? Su memoria le recuerda que prometió al padre Arsenio combatir un sentimiento demasiado tierno hacia un objeto de que todo la separa... Es verdad que no ha estado en su mano evitar este dichoso encuentro; pero en las últimas veinte y cuatro horas, ¿no se ha entregado voluntariamente y sin reserva á pensar en Valmore? Cuanto más examina su conciencia, mas se aumentan sus temores... ¡Encuentra en el fondo de su corazón una turbación tan grande, una inclinación tan viva y tan tierna!... Jamás había conocido este sentimiento, reprimido hasta entonces por la religión; acababa de entregarse á él enteramente, y su espanto fué inexplicable al descubrir que amaba con pasión..... Estando ella en estas reflexiones, el estruendo del cañon volvió á retumbar con mayor fuerza... Un sudor frío inunda su semblante, palidece, sus fuerzas la abandonan y cae en el suelo sin conocimiento. Helena, entrando en el gabinete, la vió en aquel estado; socorrióla, y se halló muy natural que el miedo del combate, dado á corta distancia de la población, causase un trastorno semejante á una jóven tan sensible. Leváronla á su cama; todas las mujeres de la casa se juntaron en su aposento, y allí se comió. Todo cuanto se le dijo acabó de despedazarle el alma. Hicieronle saber que los sitiados habían hecho una salida y atacado á los realistas, y que Valmore mandaba las tropas opuestas á los rebeldes; añadiendo que estos se batían como desesperados, y que el combate, igual-

mente sostenido por ambas partes, sería sin duda muy sangriento. A las tres, como el cañoneo no paraba, tocaron las campanas, y vinieron á avisar que era una señal para ir á la iglesia, en donde iba á reunirse todo el vecindario para rogar por el triunfo de las armas reales. Clara se sintió entonces con bastantes fuerzas para ir á cumplir con este deber, y se dirigió, aunque con trabajo, á la iglesia con todos los habitantes de la quinta.

Cerca de tres horas estuvieron en el templo, y á lo menos durante este tiempo el eco de los himnos y de los salmos impedía que Clara oyese el estruendo del cañon. Pero en el estado en que ella se hallaba, ¡cuán lúgubre le pareció aquel aparato religioso! La tristeza pintada en todos los semblantes, aquellas rogativas públicas cantadas con un acento melancólico, aquellas antorchas que ardían sin iluminar, la oscuridad de aquella iglesia gótica; ¡todo causaba en el fondo de su alma la impresión mas dolorosa! Deshacíase en lágrimas, y no obstante mezclaba su voz interrumpida por los sollozos con los cantos de la muchedumbre.

Media hora después de haber regresado á la quinta, cesó enteramente el cañoneo, y todo quedó en silencio. El combate se había terminado, pero se ignoraban todavía sus resultados; y el fin de aquel ruido espantoso no pareció á Clara sino el silencio profundo de la muerte... Representábase el campo de batalla, aquel campo que ella conocía tanto y en el cual había cojido las últimas flores del otoño, empapado ahora en sangre y sembrado de muertos y de moribundos..... ¡Y Valmore!... ¿Qué será de él? ¿estará herido? ¿habrá ganado la victoria? ¿existe todavía?..

Pero muy pronto se sabe por varios conductos que las tropas reales han salido victoriosas, y que Valmore, su comandante, cubierto de gloria, no ha recibido ninguna herida... Clara,

fuera de sí al oír estas primeras noticias, no se atreve con todo á entregarse á la alegría; aun duda, y esta incertidumbre, que le deja traslucir una felicidad suprema, aumenta, si es posible, la amargura de la mortal inquietud que la aqueja todavía.

Entretanto, aunque ya hacia mucho tiempo que era de noche, todo estaba en movimiento en la quinta y en el pueblo... De repente las campanas empiezan á voltear de nuevo; resuenan los gritos de alegría; las tropas vuelven coronadas de laureles; el vencedor marcha á su cabeza.... Hombres, mujeres, ancianos, niños, todos abandonan sus cabañas para correr á recibirle; la mayor parte de ellos llevan hachas de viento encendidas á toda prisa, otros faroles; algunas mujeres ancianas tienen en la mano el único candil que daba luz á su choza. El venerable cura, seguido de su clero, sale de la iglesia, donde había permanecido desde el principio del combate; á la luz de los cirios se descubre la cruz de madera levantada en alto, al rededor de la cual, se juntan los aldeanos; y los himnos sagrados redoblan el entusiasmo y las aclamaciones públicas, pues cada uno de aquellos buenos habitantes, gritando *viva el rey!*, pensaba honrar á Dios y creía rogarle.

Durante aquel tumulto, ¿en dónde estaba la dichosa Clara?... Habíase quedado sola en la quinta, teniendo cuidado de dos niños que estaban en la cuna y dormían tranquilamente en el rincón de una alcoba. Una virgen de yeso colocada en un nicho se eleva encima de sus pequeñas camas que la ternura maternal ha puesto bajo su protección; y en este oratorio es donde Clara, bañada en deliciosas lágrimas y postrada entre las dos cunas, da gracias al cielo con el mas profundo reconocimiento; sin interrumpir sus oraciones sino para mecer blandamente y para acariciar á los niños cuando se despiertan... Pero muy

pronto Clara se levanta presurosamente: Honorina y su hermana llegan corriendo á anunciarle que las tropas y el joven héroe que las manda entran en el pueblo.... Clara desearía iluminar el frontis de la casa, y Honorina aplaude esta idea: buscan y recojen todas las candelillas que había en casa, y las colocan apresuradamente en las ventanas; en seguida Clara se escapa y corre á encerrarse en su aposento. Llega Valmore, entra en la sala grande, y se ve rodeado de toda la familia; el uno le presenta la silla poltrona de la vieja Helena, el otro le trae un vaso del vino mas añejo de la bodega, mientras que Jerson y su esposa gritan que se disponga la cena para Valmore y algunos oficiales y para los soldados. La buena Helena acompaña á estos últimos á un granero inmenso, en donde ya habían estado alojados, y en el cual toda la servidumbre se apresura á llevarles comida y bebida. Cinco ó seis guerreros están heridos levemente; las jóvenes se estremecen viendo ensangrentados sus vestidos; y llevan diez veces mas trapos é hilas de lo que es necesario para curar las heridas; toda la casa está en movimiento; Jerson da á la vez cien órdenes diversas, y muy á menudo contradictorias; las mujeres vuelan á la cocina ó bajan á la bodega; unos van, otros vienen, gritan, tropiezan, y á veces se hacen rodar por el suelo unos á otros; todo pinta el celo de la benevolencia, todo manifiesta respeto á aquellos valientes guerreros.

Entretanto Valmore echa una mirada inquieta y curiosa por todos los rincones de la sala; pero busca en vano; *¿ella no está allí!....* Valmore aprueba esta reserva. Ella es extraña en la familia; y, siendo tan joven y tan bella, debe mantenerse oculta en una casa que parece un campamento. Valmore ha hecho prodigios de valor; todo el buen éxito de esta importante jornada se debe á él solo;

y no obstante su tristeza es mayor que nunca; ni siquiera puede sufrir la alegría en los demás, y reprehende severamente la que manifiestan en su presencia dos jóvenes oficiales. Es verdad, dijo él, que hemos tenido la fortuna de hacer triunfar la buena causa, pero ¿acaso no debemos algunas lágrimas á los valientes camaradas que hemos perdido? ¡Ah! ¡el día de la victoria es tambien el del llanto, aun para el vencedor, si tiene humanidad!..... ¿Y quiénes son los enemigos que acabamos de derrotar? ¡Unos hombres extraviados, pero tambien unos compatriotas nuestros!..... ¿Quién de nosotros no ha de desear que los rebeldes vuelvan á entrar en el camino del deber, y que la clemencia real les conceda el perdón?..... Dichas estas palabras, se levantó y dió las órdenes convenientes para que todos sus soldados estuviesen prentes el día siguiente á las siete de la mañana, pues aun tenían que batirse otra vez y probar un asalto. Clara recibió esta noticia con el mayor susto; estremeciase al pensar que al otro día habría de sufrir nuevamente todos los tormentos que le habian despedazado el corazon en el largo espacio de aquel día tan terrible. Una vez oyó hablar á Valmore, y el sonido de aquella voz idolatrada la hizo prorumpir en lágrimas. Retiróse á su gabinete, resuelta á pasar en él aquella noche; tomó el libro de oraciones que le habia dado el P. Arsenio, y que habia leído en su prision la noche antes del día en que fué conducida al cadalso... Este libro, dijo ella, fué mi único consuelo y me inspiró todo el valor de que yo necesitaba en un trance en que los mas animosos han carecido de él ó de resignacion; pero entonces no se trataba sino de mi vida.... Un sér inútil y desgraciado puede con facilidad hacer este sacrificio.... Pero al presente, ¡cuánta diferencia!..

Clara, con el objeto de distraerse de estos pensamientos, abrió el libro

y se puso á leer con toda la atencion de que era capaz; pero de cuando en cuando una lágrima caia sobre el papel!..... Todos dormian; un silencio profundo reinaba en toda la casa, cuando á media noche oyó Clara un ruido confuso; escucha atentamente. Era un hombre á caballo que se detenía á la puerta de la casa y llamó á ella; abriéronle, y pocos minutos despues entró una criada á participar á Clara que el P. Arsenio acababa de llegar. Al oir esto, sale ella corriendo de su gabinete y vuela á dar la bienvenida á su único amigo y querido protector. El P. Arsenio, al saber que habian puesto sitio á la Rochela, habia arregiado todos sus asuntos para correr en ayuda de su familia y de Clara. Pudo lograr algun dinero de las damas de la Caridad, y venia á ofrecer á Jerson que le proporcionaria un asilo en Paris, y á Clara que la acompañaria á Alemania, en donde, como ya lo dijimos, tenía él algunos parientes de la parte de su madre. Jerson no quiso abandonar su casa; pero Clara no dejó escapar aquella ocasion de hacer á Dios un sacrificio, que miraba como una espiacion. — Estoy pronta á seguir, dijo al P. Arsenio. — ¡Y bien! hija mia, dijo este; en tal caso es preciso partir sin dilacion; el combate debe empezarse al amanecer; aprovechemos el sosiego de esta noche, partamos.... » Al oir estas palabras, Clara perdió el color: pensaba que Valmore iria al asalto, y que iba á pasar un espacio de tiempo inmenso sin tener de él noticia alguna.... Sin embargo no vaciló un momento, y despidióse llorando de Jerson y su muger, que se oponian fuertemente á su partida. Pidió solamente media hora de tiempo para empaquetar su reducido equipaje; bien que lo que mas deseaba era poder hablar dos palabras á Honorina. Al entrar en el aposento de esta, corrió de nuevo su llanto; dispartóla con cuidado, abrazóla vertiendo un torrente de lágrimas; pidióle

con el mayor encarecimiento que le escribiese muy á menudo y *bien circunstanciadamente*. Repitió muchas veces esta frase; y, temiendo que esto no bastaria, aventuróse á añadir estas palabras: ¡Y no os olvidéis de darme noticias de mi libertador! Honorina, desesperada por la partida de Clara, le dió palabra de escribirle continuamente, y quedaron en que esta dirigiría las cartas á Jerson, á quien el P. Arsenio dejaba el itinerario de la ruta que seguirían.

Clara, estando ya á punto de bajar, volvióse hácia el tabique que la separaba de Valmore, y levantando al cielo los ojos anegados en lágrimas, imploró el auxilio divino para aquel de quien iba á alejarse, y á quien tal vez no volveria á ver..... El corazon se le partia al salir de este aposento, y cuando entró otra vez en el de Jerson, quedaron asustados de su palidez. Este y su mujer la colmaron de bendiciones, pues toda la familia idolatraba en ella y admiraba sus virtudes, su dulzura, y el embeleso de su carácter y modales. El P. Arsenio abrigó á Clara con una gran capa de paño negro ordinario; salieron de la quinta; montó él á caballo, poniéndosela en la grupa, y partieron en seguida. El buen religioso, ya antes de llegar á la quinta, habia sabido que Valmore estaba alojado en ella, y así era que sentia una alegría inexplicable sustrayendo á Clara de todos los peligros actuales de aquel asilo. Apenas hubo salido Clara de la quinta, cuando sintió renacer en su alma una calma deliciosa; ¡poder supremo de una conciencia satisfecha!..... El corazon se nos parte al formar el proyecto de un sacrificio virtuoso que nos separa de aquello que amamos; pero, cuando el sacrificio está hecho, una voz interior y celestial, aprobándole, nos fortifica, nos consuela, y nos eleva sobre nosotros mismos.

Clara no siente ya sino un dulce enternecimiento, contempla arroba-

da el cielo tachonado de estrellas, y esta contemplacion renueva en su mente todas las ideas de esperanza. ¡Alejándose de su voluntad del objeto que ama, se atreve á contar con la proteccion divina, y erce asegurar la vida de Valmore! Estos pensamientos la tenian en un profundo silencio. — Hija mia, le dijo el santo religioso, ¿no teneis miedo en medio de la noche en un pais lleno de soldados? — No, padre mio, respondió Clara, yo no temo nada yendo con vos; jese viaje me trae á la memoria el que hicimos por el Ródano!..... Por otra parte en este momento estoy satisfecha de mí misma. — Este es sin duda alguna un motivo de confianza; pero vos, hija mia, no pensais seguramente que la inocencia baya de hallar siempre su recompensa sobre la tierra. — ¡Oh! no, padre mio; pues si así fuese, ningun mérito contraeríamos cumpliendo nuestro deber. » Al decir Clara estas palabras, llegaron á un puesto militar. El padre Arsenio, viendo á Clara un poco asustada, la tranquilizó diciéndole que él habia tomado todas las precauciones necesarias para la seguridad de su viaje. Habia salido de Paris llevando consigo recomendaciones muy poderosas para el duque de Angulema, á quien, antes de dirigirse á la quinta, habia hecho entregar una carta de la reina madre, y, en vista de ella, habia expedido el príncipe órdenes muy formales para que se diese paso libre á aquel religioso, y se le protegiese en caso necesario. Clara y su virtuoso conductor no se detuvieron hasta que amaneció para descansar en una cabaña; al cabo de algunas horas volvieron á seguir su camino, y al anochecer atravesaron una pequeña ciudad, donde encontraron un carruaje público que iba á salir y los llevó á la frontera, por la cual querian pasar á Alemania. El resto del viaje fué tambien muy feliz. Llegaron por el mes de diciembre á la hermosa capital de los estados del elector

de *** , uno de los príncipes mas poderosos de Alemania. Clara habia oido hablar varias veces de esta ciudad, pues en ella habia pasado Montalban parte de su juventud. Este recuerdo entristeció á Clara; sin embargo, no temió encontrar á su padre, sabiendo que las deudas de que estaba agobiado le impedían regresar á aquel país. El malvado se escapó de Francia por iguales motivos, y pasó á Inglaterra poco tiempo despues que Clara se habia evadido del castillo de Rosmal, llevando consigo una inquietud menos por la certidumbre que creia tener de la muerte de su desdichada víctima.

El padre Arsenio encargó á Clara, siempre bajo el nombre de Olimpia, á una viuda anciana, prima hermana de su difunta madre. La buena vieja, muy devota y caritativa, un poco regañona, económica y ríjida en esfuerzo, recibió á Clara como una huérfana echada de la Rochela por la guerra, y sobre todo por la persecucion que se ejercia allí contra los católicos. Marcela (este era el nombre de la viuda) se hallaba rica, pero queria á un mismo tiempo hacer buenas obras y amontonar dinero, dos cosas muy difíciles de conciliar, y que no obstante sabia ella hermanar perfectamente. No negaba á nadie la limosna, mas siempre la daba muy pequeña, diciendo que debía reservarse fondos para las limosnas futuras; y llevaba tan lejos esta prevision, que el caudal se aumentaba prodijiosamente cada año; este tesoro de los pobres venideros era tan sagrado, que costaba mucho á Marcela separar de él una corta cantidad para los pobres presentes. Así fué que nada separó de él para la infeliz Clara, pues se resolvió que esta solo recibiria de aquella la habitacion y la comida, y que emplearia en pagar ambas cosas el producto de su trabajo.

El padre Arsenio, despues de dos dias de descanso, se volvió á Francia,

dejando á Clara harto triste en su nueva situacion, y echando muy á menos la quinta en donde habia pasado dias tan tranquilos. La familia de Marcela se componia de una cocinera, un criado, una doncella y una ama de llaves muy vieja, que en todo presentaba la caricatura mas estremada de su señora, pues era infinitamente mas avara, mas áspera y regañona que Marcela, y su hipocresia era excesiva. Marcela, que no veia en su ama de llaves mas que sus propias cualidades llevadas al mas alto grado de perfeccion, sentia por ella una profunda veneracion y le profesaba un tierno afecto. Esta última alimentaba su ciega confianza atormentando á los demás criados, á quienes regañaba sin cesar todas las mañanas, acusándolos de hurtos, y uniendo á este celo ardiente una baja adulacion para con su señora.

La tertulia de Marcela se reducía á dos ó tres señoras ancianas, algunos caballeros tambien ancianos, y el canónigo director. Cuando estas personas se hallaban reunidas, conversaban en alemán y jugaban. Clara, siempre en el salon, estaba continuamente trabajando. Los primeros dias la miraban con mas sorpresa que benevolencia, pero despues parecia que ni siquiera reparaban ella. Marcela nunca habia sido hermosa, y sentia naturalmente una especie de aversion contra las personas que lo eran. No amaba á Clara, y esta tampoco habia caido en gracia al ama de llaves, la cual no veia en ella mas que un aumento de gastos. No obstante, Marcela, que tenia fama en el vecindario de hablar muy bien el francés, se alegraba en parte de poder cultivar este idioma que tenia algo olvidado, conversando con Clara mientras estaban solas. Marcela tenia un acento tan duro y una pronunciacion tan extraña, que su lenguaje era igualmente ininteligible y ridículo; y para que nada faltase á esta última cua-

lidad, no hablaba jamás á Clara sino con un tono entático, ni de otros asuntos que de la fragilidad de la hermosura y de los deberes de una jóven. En medio de estos sermones, Clara, á pesar de su melancolía habitual, tuvo la desgracia de sonreirse mas de una vez, y estos accidentes produjeron escenas bastante desagradables.

Sin el continuo trabajo, Clara no habria podido resistir al fastidio que reinaba en aquella casa. No salia jamás, sino para ir con Marcela á alguna iglesia, y entonces se tapaba el rostro con un velo negro; de este modo, á pesar del brillo de su hermosura, permaneció enteramente desconocida en la ciudad y aun en el barrio en que vivia. Sin embargo, la perfeccion de sus bordados, que se vendian en algunas tiendas, le dió celebridad al cabo de dos meses. Como este arte no era cultivado en aquella parte de Alemania, los bordados de Clara excitaron la admiracion de todas las damas de la corte y de la ciudad; tomáronse informes, y se supo que esta excelente bordadora era una jóven francesa llamada *Olimpia*, que vivia en casa de la viuda Marcela.

Una mañana, el coche de la jóven condesa de Kleben paró á la puerta de Marcela. Toda la casa se puso en movimiento al oir el nombre de la condesa. Era esta señora una dama de la corte, nieta del aya que habia sido de la princesa Eufemia, hija querida del elector. La condesa no bajó del coche, en el qual estaba con un señor anciano de la corte, chambelán del elector. Mandó aquella un recado á Clara, para que tuviese la bondad de bajar y llegar á hablarle en el coche. La poca formalidad de semejante recado desagradó á Clara, y esta rehusó bajar; pero Marcela, siempre pronta á contrariarla en todo, le mandó imperiosamente que fuese á ponerse á las órdenes de la señora condesa de Kleben, aunque en el fondo le parecia muy irregular que

esta no subiese á honrar aquella casa. Clara suspiró, pero tomó el partido de obedecer. Bajó lentamente y llegó junto al coche; abrióse la portezuela, entró Clara en él y se sentó al vidrio. Espera que le hablen, previniendo solamente que no entienda el alemán; pero en vez de hablarle, la miran y la examinan con una viva sorpresa. El caballero anciano en particular parecia confuso. Despues de muchas exclamaciones, dirigió la palabra en alemán á la condesa; esta respondió con un aire y un tono desdenoso; y por fin cortó la conversacion haciendo algunas preguntas á Clara sobre el precio de sus bordados, y encargándole un vestido de gala. En seguida abrieron de nuevo la portezuela, y Clara se despidió de la condesa, proponiéndose interiormente buscar un pretexto á fin de no trabajar por una persona de tan groseros modales. Marcela, que estaba rabiando por no haber merecido la visita de la condesa, agradeció á Clara el descontento que esta le manifestó, y pasó lo restante de la mañana en hacer reflexiones críticas sobre los cortesanos. La mañana siguiente, el viejo chambelán, que el día anterior habia acompañado á la condesa, hizo pedir á Marcela un momento de conversacion particular, que le fué concedido al momento. Este chambelán, que se llamaba el baron de ****, cuyo nombre y la cabida que tenia con el elector eran muy conocidos, se informó muy por estenso sobre el nacimiento, carácter, costumbres y conducta de Clara. Marcela, incapaz de mentir ni de causar perjuicio á nadie, se esplicó muy bien en favor de Clara. Entonces el baron suplicó á Marcela que le confiase á Clara para llevarla á palacio, pues el elector queria verla y ser su protector. Al oir estas palabras, Marcela asombrada fué á buscar á Clara, y con un tono agasajador que nunca habia tenido, le anuncia esta gran novedad. Clara no

sabe si es una dicha ó un nuevo lazo de la fortuna, pero se deja conducir; entréganla al chambelan, y este la hace subir en el coche y se dirige con ella á palacio. Llegan, el chambelan toma por la mano á la tímida Clara, llévala con rapidez por angostos corredores y escalerillas escusadas, y bien pronto Clara se halla en la habitacion del elector. Este príncipe estaba solo y sentado delante de su bufete; su vista tranquilizó á Clara, pues la bondad estaba pintada en su semblante, y su edad avanzada, sus canas y su noble fisonomía le hacian sumamente respetable. Clara hizo una profunda cortesía y se mantuvo en pié; su timidez, su emocion y su rubor daban un nuevo realce á su belleza. El elector la miró atentamente y sus ojos se llenaron de lágrimas... Clara, mas conmovida que nunca, no sabia qué pensar, cuando reparó que el príncipe y el chambelan comparaban su figura con la de una dama joven y hermosa, representada en un cuadro que estaba colocado al frente del elector. Entonces comprendió que desearian en ella una semejanza ^{mu y graciosa} con un objeto que interesaba vivamente al elector, y un instante de reflexion le hizo adivinar que este objeto era la princesa Eufemia, hija de aquel. Clara sabiendo que la princesa era de edad de cuarenta años, pensó que el retrato habia sido hecho en su juventud. El chambelan, á quien el elector acababa de dar orden para ir á buscar á la princesa, salió, y Clara se halló sola con el elector. Este príncipe, con un tono muy afectuoso, le mandó que se sentase.—Sin duda os sorprende, le dijo sonriéndose, el efecto que produce en mí vuestra vista; pero os pareceis tanto á lo que era mi hija en vuestra edad, que no me es posible miraros sin enternecerme; yo me rejuvenezco al miraros; ¡yo veo á mi hija en la primera flor de su juventud!.. Esta semejanza, vuestras des-

gracias y los buenos informes que ha dado de vos una persona de la mas austera virtud, todo os asegura mi proteccion y mi amistad: yo mismo voy á presentaros á mi hija, y deseo que os quedeis en su compañía.» Clara manifestó su admiracion y su reconocimiento en la dulce expresion de su fisonomía. El elector, con los ojos fijos en ella, no se cansaba de mirarla, cuando se abrió la puerta, y vieron entrar la princesa, apoyada en el brazo del Chambelan. Clara se levantó; la princesa, prevenida ya por el chambelan, se detiene un momento; mira alternativamente al retrato y á Clara, y despues dice: —En efecto, es su retrato mucho menos hermoso que ella!.. Al decir estas palabras se adelanta, toma á Clara de la mano y la abraza. Clara entonces se enterneció de tal suerte, que no pudo contener las lágrimas. Eufemia participó de su conmovicion, la apretó mas entre sus brazos, y ambas prorumpieron en llanto. Esta escena inesperada enterneció tambien al elector, quien dijo: —Hija mía, queria recomendaros esta joven huérfana, pero felizmente me parece ya inútil dar este paso. Encargaos de su suerte, y, para que vuestra mutua semejanza sea mas interesante, ¡ojalá que su alma se parezca á la vuestra! Eufemia suspiró, y dió las gracias á su padre con una mirada llena de ternura y melancolía. Despues de una corta conversacion, la princesa se despidió de su padre, y apoyada en el brazo de Clara, se retiró.

Eufemia conservaba todavía una fisonomía llena de expresion, y sus modales encantadores habrian sido suficientes para atraer las miradas de todo el mundo y granjearle todas las voluntades; pero su rostro pálido y estenuado, al paso que era por lo mismo mas interesante, habia perdido enteramente su antigua hermosura. Una tristeza habitual y profunda descubria en ella una secreta pesa-

dumbre, que unos atribuían á su poca salud, y otros al arrepentimiento de haber rehusado el trono para dedicarse esclusivamente á su padre y no abandonarle jamás.

Eufemia, á pesar de la rectitud de su carácter, no estaba libre de una desgracia que no pueden evitar los príncipes, esto es, la de dejarse arrastrar algunas veces por prevenciones injustas. Pero Eufemia sabía amar, y cuando se trataba de sus amigos, todo el arte profundo de dañar, tan apurado en la corte, era inútil con ella. Llevóse, pues, á Clara á su gabinete, en donde permaneció cerca de tres horas. Clara, á fin de cortar todas las preguntas que se le hiciesen, y huir de entrar en pormenores finjidos, se contentó con decir que habiendo estado siempre desde la niñez en un convento, no había conocido jamás á sus padres; que desde el principio de las turbaciones de la Rochella, el venerable padre Arsenio la había conducido á una quinta, en los alrededores de la ciudad, y poco después á Alemania. La manera con que habló del padre Arsenio y de la familia de Jerson, dejó encantada á la princesa, la cual, desde esta primera conversacion, concibió una ternura tan viva hácia Clara, que resolvió en el fondo de su corazon portarse en adelante con ella como una madre.

Esta nueva intimidad hizo mucho ruido en la corte, y no mereció la aprobacion de ninguna de las damas que rodeaban á la princesa. Todo desagradó á la baronesa de Kleben, quien dijo á su nuera que, sin que ella lo quisiera, había sido (por la visita que hizo con el chambelan) la primera causa de tan singular privanza. Sin embargo, la jóven condesa nada tenía que reprehenderse sobre el particular; ella se había guardado muy bien de elogiar la gracia y la belleza de Clara, y hasta negaba su semejanza con la princesa; pero la relacion del chambelan había bastado para interesar al

elector y escitar su curiosidad.

La baronesa de Kleben, mujer de unos cincuenta y cinco años, era la señora de su edad que podía con mas justicia vanagloriarse de no haber casi perdido nada desde la de veinte y cinco. Habia conservado todo el ardor y toda la actividad para dañar á los que temia, toda la ambicion, la frivolidad y las pretensiones de la época mas brillante de su juventud. Su casa era la mas fastuosa y elegante de la corte. Tres veces la semana, en sus grandes tertulias, oia indefectiblemente la baronesa repetir á los concurrentes que parecia la hermana de su nuera; ¿cómo dudar de una cosa tan generalmente reconocida? Por consiguiente la baronesa se adornaba siempre el peinado con rosas; cuatro horas de tocador, y doce consagradas á la representacion y á la intriga; tal era, treinta años habia, la ocupacion constante de su vida. Una persona de semejante carácter no podia ser amada de Eufemia; pero esta guardaba, sin embargo, con la baronesa todos los miramientos debidos á su antigua aya.

Clara se estrechó tan tiernamente con la princesa, que ya adelante ya no echó á menos la quinta de Jerson. Honorina le escribía de cuando en cuando, ¡cómo en qué ansia recorría Clara aquellas cartas para dar con un nombre adorado! Su amiga le participaba que Valmore aumentaba cada dia su gloria con nuevas hazañas, y que la familia de Jerson, siempre protegida por él jenerosamente, gozaba de una profunda tranquilidad. Clara habia depositado en manos del padre Arsenio el billete de Valmore, pero á lo menos podia conservar y leer á cada instante las cartas de Honorina, y esto ya era un consuelo.

Eufemia no dió á Clara ningun puesto en la corte, ni siquiera ningun título, pues no hubiera podido colocarla sino en un rango subalterno, en una corte donde no se admitia mujer al-

guna que no fuese de muy alto nacimiento. Pero la princesa quiso que Clara habitase en su mismo cuarto; esta no se dejó ver ni en los festines ni en las tertulias, sino que pasaba una parte del día en el gabinete de la princesa, conversando con esta señora, y aun era admitida en el del elector, á donde la princesa no permitía que le acompañase ninguna de sus damas, excepto Clara; lo restante del tiempo, cuando la princesa estaba de corte ó en el teatro, Clara se quedaba sola en su gabinete, ocupada en leer ó en bordar para Eufemia.

Esta vida sedentaria y retirada convenia perfectamente á Clara. Mas de una vez la princesa, á fin de proporcionarle alguna distraccion, quiso llevarla consigo al teatro en un palco cubierto; pero Clara se resistió á ello constantemente, y su gusto por la soledad, unido á tanta juventud y belleza, llevó al colmo la estimacion de la princesa hacia aquella.

Clara no se dejaba ver de otros hombres que del elector, del príncipe hereditario, hermano mayor de Eufemia, y del viejo chambelan, su primer protector; así era que los cortesanos no habian podido verla sino á hurtadillas, pero lo bastante para quedar encantados y sorprendidos de su gracia y hermosura. En vano las damas de la corte, y sobre todo la baronesa de Kleben, que habian visto mas veces á Clara en el cuarto de la princesa, sostenian que esta no era hermosa sino á primera vista, y que su figura tenia mil defectos; á pesar de esto todos quedaron persuadidos que la jóven *Olimpia* era la beldad mas perfecta que se hubiese visto nunca en la corte. La envidia y la malignidad probaron entonces á descubrir alguna mancha en la vida de esta nueva favorita; tomáronse informes en el barrio donde vivia Marcela, y aun se preguntó á esta misma; pero todas estas indagaciones no tuvieron otro resultado que patentizar

que Clara era efectivamente una huérfana llena de inocencia y de piedad, que no habia dejado el convento sino para ir á buscar un asilo en Alemania, en casa de la parienta del religioso su protector. Por lo tanto, fué preciso limitarse á aprovechar todos los medios de ridiculizarla. Pero no habia cosa mas difícil. Nadie podia decir que ensoberbecida con su privanza, prometiese su proteccion, y que se vanagloriase de gobernar á la princesa ó al elector, sobre el cual tenia Eufemia un ascendiente irresistible. Clara, cuando la baronesa se hallaba en el gabinete de Eufemia, no dejaba por esto de trabajar, y sin levantar los ojos de la labor, guardaba un profundo silencio. Si la baronesa le hablaba, respondia con tono dulce y respetuoso, pero siempre en pocas palabras. En vista de eso se tomó el partido de decir que Clara era una muchacha de cortísimos alcances, y al mismo tiempo altiva y presuntuosa. Se negó que gozase de favor; pues los cortesanos creen que hacerlo dudoso en la opinion de los demás, es casi hacerlo nulo, porque envidian mucho menos la estimacion de los príncipes que los homenajes que ella procura. Se afirmó que Eufemia no miraba á Clara sino como una jóven aplicada, cuyo trabajo le gustaba; y aun hablando de ella, se puso gran cuidado en no darle otro nombre que el de *la bordadora de la princesa*.

Eufemia supo con certidumbre, al cabo de dos ó tres meses, el modo con que se hablaba de esta jóven á quien iba queriendo mas cada día. Propúsose, pues, vengarla ruidosamente. Las fiestas que se le daban cada año para celebrar su cumpleaños le proporcionaron muy pronto ocasion para ello. Estas fiestas duraban tres dias; el elector y el príncipe hereditario hacian con la mayor solemnidad todo el gasto de los dos primeros, y siempre era un personaje de la corte el que daba la tercera fies-

ta, de la cual exijia la princesa que se desterrase enteramente la etiqueta. La baronesa tenia aquel año el honor de dar esta última fiesta, y por consiguiente de recibir en su palacio al elector y sus hijos. Llegado este día, Clara, á pesar de su resistencia, de su estrema repugnancia y de su timidez, se vió obligada á dejarse adornar ostentosamente; pusieronle un riquísimo vestido, bordado de plata, y colgada de su seno modestamente cubierto una soberbia cadena de piedras preciosas; en seguida la princesa la condujo en triunfo á casa de la baronesa de Kleben. Clara, en medio de este, sentia una opresion tan grande en su corazon, que tuvo necesidad de hacer un esfuerzo sobre sí misma para no prorumpir en lágrimas; ¡aquel brillante y cándido vestido le recordaba el que habria debido llevar el día de sus bodas!.... Por otra parte, pensando que su verdadero nombre, famoso por toda la Europa por una maldad sin ejemplo, se pronunciaba jeneralmente con horror, le parecia, á pesar de su inocencia, que usurpaba la ternura de esta princesa sensible y bienhechora. Se avergonzaba de los beneficios que recibia de ella, y su favor se le tornaba en enorme peso, y en un objeto de penosa inquietud; pues que privada por un destino cruel y caprichoso de la dulce seguridad de la virtud, temia mortalmente el brillo y la ostentacion. Solo dirijiéndose á Dios, disfrutaba completamente de su inocencia; y encontraba en el mundo todas las ideas necesarias á la sociedad, que hacen de nuestro nombre una parte tan esencial de nosotros mismos, que no puede atacarlo la calumnia sin herirnos profundamente. Entonces agriando el resentimiento natural, causado por la injusticia, la conciencia mas pura puede suavizar algunas veces nuestros males; pero solo los calma y disipa enteramente lejos de la vista de los hombres.

Sin embargo Eufemia montó en el coche sola con Clara; se dirijieron á casa de la baronesa: llegaron. La baronesa y todas las señoras salieron á recibir la princesa en la escalera... y quedaron sorprendidas viéndola apoyada al brazo de Clara. Los cumplidos, los agradecimientos de estilo espiraron en los trémulos labios de la baronesa, la cual se puso encendida, perdió el color, no podia articular las palabras, y estaba fuera de sí. ¡Qué acontecimiento!.. La bordadora de la princesa admitida en una tertulia, que, aunque sin etiqueta, solo se reunian en ella las señoras que por su nacimiento podian alternar en todas las reuniones de Alemania... ¡La bordadora de la princesa, mil veces mas hermosa, mas majestuosa, mas brillante que todas estas grandes señoras!.. ... Mientras que se admiraban, que envidiaban, y que murmuraban entre dientes, Eufemia se adelantó y dijo á la baronesa, señalándole á Clara: ¿No estáis sorprendida de verla en una tertulia, mayormente no habiéndose querido presentar á ninguna de las de la corte?... — Sí, señora, contestó la baronesa, estoy muy sorprendida.... — Así lo esperaba, dijo, Eufemia; pero no debiendo haber encontrado aqui mas que á mis amigos, he querido que me acompañase mi hija adoptiva.» Diciendo esto, siguió su marcha, acompañada de mucho séquito, y siempre de bracero con Clara, entró en un salon soberbiamente adornado, y cuyas ventanas, que estaban abiertas, daban á un jardin iluminado. Clara, aunque bailaba perfectamente, se escusó diciendo que no bailaba nunca. La princesa se colocó en un sofá, é hizo sentar á Clara á su lado en un taburete, y principió el baile.

La princesa disfrutaba con la mayor delicia de uno de los mas dulces placeres del soberano poder y de la grandeza, esto es, el de realzar al objeto amado, dar al mérito públicas de-

mostraciones de estimacion y favor, y humillar y confundir á los intrigantes y envidiosos. ¡Cuántas enemigas acarreó á Clara esta brillante noche!... Las coquetas, las ambiciosas, todas las madres que tenian hijas de su edad, y que comparando sus blasones, no concebían cómo la princesa, queriendo adoptar á una joven, habia hecho tal eleccion... El tormento del odio y de la envidia llegó á su colmo, por la admiracion que manifestaron los hombres. Causó tambien un jeneral asombro la semejanza que se advertia entre Eufenia y Clara; particularmente los señores ancianos creyeron ver la princesa en la edad de diez y ocho años, aunque secretamente convenian que Clara era mucho mas hermosa de lo que lo habia sido aquella.

El elector y el príncipe hereditario llegaron á la hora de la cena: nada faltó al triunfo de Clara: estos dos príncipes se dedicaron á ella con el aire de la mas lisonjera confianza, y el elector la hizo sentar á la mesa. En medio de tantos honores, Clara, melancólica, pero sencilla, amable, obsequiosa, hablaba poco, respondia siempre con gracia, y jeneralmente con talento; su conversacion fué sostenida, y su reconocimiento hácia los príncipes, tuvo la justa expresion del respeto y dignidad personal, que evita la exajeracion y la lisonja. Su política para con los cortesanos no se parecia á la afabilidad, la que siendo propia de los príncipes, es en los particulares fatua é impertinente; no guardó hácia las mujeres un continente frio y desdeñoso: tampoco manifestó á ciertas personas el aire protector de una favorita que desea agradar; y se sostuvo jeneralmente noble, natural y amable. Se observó que ni una sola vez afectó hablar al oido de la princesa ó decirle algunas palabras en secreto; y fué el encanto de todos los que no estaban previamente decididos á odiarla.

La princesa y Clara se despidieron de la tertulia un poco antes de media noche, y se volvieron á marchar á un cuarto de legua del castillo de la baronesa, á una quinta del elector, en donde debia pasar la princesa todo el verano. Era á principios de junio. La noche estaba tan quieta y hermosa, que despues que Clara se quitó los atavíos, bajó sola á una pequeña alameda que estaba dentro del circuito del jardin particular de la princesa. Se sentó al extremo del bosquecillo á orillas de una fuente rodeada de musgo, y sus ojos se fijaron sobre un canal bastante lejano, pero que reflejando los rayos de la luna, formaba un prolongado surco de luz, en medio de un camino determinado por tiernos sauces. El bosque, las aguas, la naturaleza entera, todo permanecia silencioso y tranquilo. Despues de una reunion tan ruidosa, disfrutaba Clara con delicia de la calma y del silencio... ¡Qué bien me encuentro en este sitio! se decia á sí misma; ¡ya no siento el peso del fatal nombre que llevo, ni la inquietud del misterio que para siempre debe encubrir mi existencia!... ¡Sola con el autor del universo, yo soy Clara sin avergonzarme!... ¡Oh cuánto te envidio, dichosa soledad del desierto! ¡Pacíficos lugares en donde las almas puras y religiosas han descubierto la embelesadora imájen del cielo! La sola majestad de Dios llena vuestra estension inmensa; y los ecos de vuestras cavernas y peñascos, no han repetido mas que alabanzas al Eterno! ¡Tierra dichosa, que aunque despreciada por la humana ambicion, no te ha regado el sudor del pobre, ni te ha teñido la sangre! ¡Ah! no conozcas jamás el cultivo, y aun quedará en la tierra un asilo para la inocencia oprimida. ¡Ay! ¡el arado que trae tu primer surco, abrirá al propio tiempo el camino de la industria, el de la avaricia y el del crimen!... ¡Que no pueda yo sepultarme en el olvido en es-

tos santos retiros, á donde tantas veces me ha trasportado mi imaginacion! En ellos, las pasiones se anadan y se exalta la sensibilidad; en ellos, purificándose el corazon, queda poseido de un amor sublime, de un amor ardiente, que sin agitacion ni inquietudes, nada le combate ni perturba... ¿Pero por dónde dejo yo vagar mi pensamiento?... La suprema sabiduría no aprueba estos superfluos votos. ¿No puede encontrarse á Dios mas que en estas profundas soledades? ¿y el destino que nos señala en esta corta vida, no es por ventura con el que debemos conformarnos?... ó á lo menos ¿no nos debemos esforzar á hacerlo soportable? Sí, quiero arrojar lejos de mí estas melancólicas ideas; pues que aproximándose á la murmuracion, pueden conducir á la misantropía.

De este modo, Clara, siempre ilustrada y guiada por la moral evangélica, combatía esta tristeza vaga y continúa, demasiado natural á los corazones contristados. Así es como la verdadera piedad reprime y rectifica todos los sentimientos reprobables; como tambien los mas especiosos; no quiere que la aversion á los falsos bienes nos haga despreciar las instituciones humanas que la Providencia sostiene y perpetúa. Si la religion conduce á algunos elejidos al desierto, ha fijado muchos mas en el raudal y en el trono. Ella bendice la humilde oscuridad del cenobita; pero mil veces ha santificado el talento, el espíritu y la gloria. Nos recuerda particularmente las cualidades y virtudes que mejor convienen á nuestra situacion; exige que la resignacion y perseverancia nos encadenen con el estado en el cual podamos ser mas bienhechores; señala á todos los hombres el mismo objeto, les promete la misma recompensa, y les ofrece la esperanza mas sublime. De este modo esta inquietud y este secreto descontento que cubren con

un velo tan fúnebre los objetos presentes y venideros, solo pueden producir un estado habitual de melancolía en la descarriada inajuiacion de los desgraciados que todo lo dudan: tales son, para los corazones sensibles, los tristes resultados del escepticismo. Las almas piadosas están al abrigo de estos funestos desvíos.

Sin embargo, á la mañana siguiente á la funcion, la gran señora baronesa de Kleben fué á visitar á la princesa bajo el pretexto de darle las gracias por el honor que le habia dispensado la noche antes; pero en particular para tener con ella una conferencia acerca de Clara. Habiendo sido educada Enfemia por la baronesa, tenia esta el derecho de hablarle, á solas, con una libertad que el reconocimiento de la educanda debia autorizar. La baronesa tomó la palabra en nombre de todas las señoras de la reunion; por lo menos aseguró que espresaba sus sentimientos: y despues de un largo discurso sobre las conveniencias, el decoro y la etiqueta, concluyó con esta frase.—«Creí, señora, deber presentaros estas verdades, y á riesgo de disgustaros, he tenido la resolucion de decíroslas.»

La baronesa pronunció estas palabras con un énfasis que oscuro la sonrisa de la princesa; y le dijo:—«Os aseguro, señora, que no veo ninguna resolucion en todo lo que acabais de decirme, pues que sabeis perfectamente que nada aventurais hablándome así. ¿De qué pueden quejarse? ¿De haber presentado en una tertulia particular y sin etiqueta, á una joven huérfana, bien nacida, y que es así mismo interesante por sus desgracias, su perfecta educacion, su inocencia y sus virtudes? Yo puedo admirarme á la vez de que no hayan sido suficientes para recibirla con esmero y agrado ni los sentimientos que me inspira, ni mi ternura de madre para con ella... — Pero, señora, V. A. la conoce de poco tiempo á esta

parte... — Este me ha bastado para conocerla, quererla y adoptarla.. — ¡Adoptarla, señora!.. En verdad nadie creería en esta rara adopción.—Y bien, yo probaré su realidad; y también es manifiesto, señora, que la intención del elector es elevar al mayor grado de fortuna al que reciba su mano; de modo que por mi parte estoy decidida á señalarle un dote tal, que no me deje ciertamente otro obstáculo que vencer que el de la elección. »

A estas palabras, la baronesa vivamente sorprendida, acaló momentáneamente su fogosidad; y una reflexión rápida cambió del todo su plan. Ella conocía á Eufemia, y sabía que esta princesa era invariable en sus resoluciones y en sus afectos.... La ambición le presentó de golpe todas las causas que la movían.... La baronesa vió en un instante á esta joven huérfana, heredera de todos los bienes, de todas las joyas de la princesa; vió todos los honores acumulados en la persona de su marido, vió en fin el partido mas brillante de la corte y de Alemania; y despues de un largo silencio : — ¡Qué, señora, dijo con un tono mas dulce, amais hasta este punto á esta joven!... — Sí, señora, el elector y mi hermano harán por ella todo cuanto mi afecto pueda desear.—Vos la amais efectivamente, contestó la baronesa, y esto basta. ¡Yo puedo pues, continuó con un tono solemne y sentimental, yo puedo pues daros una grande prueba de mi cariño!... yo tengo un hijo segundo de edad de veinte y cinco años; yo suplico por él á V. A. la mano de Olimpia...» Fué muy grande la sorpresa que causó á Eufemia este razonamiento; pero la sorpresa estaba mezclada con el placer y el desprecio, descubriéndose no obstante alguna ternura. Eufemia tenía mucha penetración; su espíritu le revelaba bien que solamente el deseo inmoderado producía en las ideas de la baronesa un cambio

tan repentino, y sin embargo, su corazón y su vanidad estaban tan reconocidos á esta oferta, que observado por la baronesa, creyó esta deberle por ello algun reconocimiento. Es tan extraño que nada se adelante en adelantar la pasión dominante de los príncipes, que en la corte no se admiraría bastante la inflexible justificación y constante sinceridad, cuando casualmente se encuentran en ella.

La princesa demostró su agradecimiento á la gran señora, con tal gracia, que parecia sensibilidad; y le decia las espresiones mas lisonjeras. La baronesa se enterneció. Eufemia le apretó afectuosamente las manos, dándole en seguida un abrazo; y la baronesa creyendo recibir un favor que jamás habia obtenido, salió de casa de la princesa con un aire mas altanero é impertinente de lo que acostumbraba. Estuvo todo el resto del dia intratable para con las personas indiferentes, y afable con su familia. Fastidiaba con su desdeñosa distracción á todos los que no eran de su mayor agrado: su porte, su tono y su conversacion manifestaron cierto aire de triunfo. Confió á sus íntimos amigos la grande entrevista; no olvidó adornar vanamente la conversacion que habia mediado en ella, con una infinidad de frases hermosas y penetrantes, de su propia invención; y mientras que aplaudía su conducta, mirándola como un rasgo admirable de presencia de espíritu y de talento, mientras que formaba mil nuevos proyectos de grandeza, Clara, retirada con la princesa, refusaba con tanta firmeza como frialdad el honor de unirse á la ilustre casa de Kleben. Además, anunció Clara que estaba decidida á quedarse siempre soltera; añadiendo que no preveía mas dicha en lo futuro, que la de consagrar enteramente su vida á su generosa bienhechora. Este discurso, pronunciado con el acento de la verdad, que logra persuadir, conmovió

y penetró á la princesa hasta el fondo de su alma. Admiró una resolucion que le prometia la certeza de disfrutar enteramente del afecto de Clara, y de no separarse nunca de ella ni un solo instante. Sin embargo combatia su proyecto, le pintaba las brillantes ventajas de un gran himeneo, y le hizo el elogio del jóven conde de Kleben; mas todo fué inútil, y la princesa conoció, con una satisfaccion inesplicable, que Clara estaba absolutamente prevenida contra las mas naturales seducciones de la vanidad y de la mas legítima ambicion.—Y bien, mi querida Olimpia, exclamó Eufemia, apretándola esajenada entre sus brazos, nada perderéis en vuestra resolucion; disfrutaréis en esta corte del rango, del título y de los honores que el mas distinguido enlace hubiera podido proporcionaros.—¡Ah! señora, interrumpió Clara, no me obligueis á que me haga visible... —Seréis siempre libre para poder vivir en esta profunda soledad; pero quiero que se sepa hasta qué punto os amo; elevándoos de este modo, es á mí misma á quien pretendo satisfacer.» Clara se opuso vanamente á este proyecto, pues la princesa unia á él su gloria y su felicidad.

Durante este largo intermedio, circulaba ya sordamente en la corte el ruido del enlace del conde de Kleben con la jóven Olimpia. Los enemigos de la baronesa, envidiando en secreto su dicha, manifestaban la mas viva indignacion por lo que ellos llamaban una bajeza y una desigualdad de enlace. Los indiferentes se admiraban; los amigos se revelaban misteriosamente el secreto, ú lo negaban débilmente, pero con un tono seco y capaz de engañar al vulgo de los cortesanos. Muchas personas que, careciendo de antecedentes, sabian únicamente que se trataba de formar la suerte de la jóven favorita, se aprovecharon de esta noticia para inventar y esparcir las anécdotas mas ab-

surdas, no en la corte, pero sí en la ciudad, en donde los cortesanos sin crédito persuaden tan á menudo que están iniciados en todos los secretos del estado. De este modo la noticia mas valida en la ciudad, porque se decia que *la sacaban de buen conducto*, fué que Olimpia iba á desposarse con el príncipe hereditario, *dándole la mano izquierda*. Así se pasó el dia. La baronesa solo vió á Eufemia, y esta afectó tratarla con mas distincion de lo que acostumbraba. Antes de que se despidiese de ella, le dijo en secreto que le suplicaba volviese á verla al dia siguiente por la mañana.

La baronesa se dió mucha prisa para no faltar á la cita indicada, y llegó tan temprano á casa de Eufemia, que no esperándola esta todavía, la encontró desayunándose mano á mano con Clara. Al entrar la gran señora, levantóse Clara y quiso retirarse. La baronesa atribuyó este movimiento á timidez; y creyendo que el objeto de su ida era para presentársela como á su futura yerna, se adelantó precipitadamente y la detuvo. Entonces dirigiéndose á la princesa, la dijo: —Señora, ¿me permitís que abrace á nuestra niña?...» Clara recibió este abrazo con tanta confusion como respeto, y despues de haber hecho una pequeña reverencia, se escapó al momento. Fué necesario en fin entrar en esplicaciones, causando á la baronesa una violenta agitacion de orgullo y de cólera el saber que la bordadora de la princesa habia tenido la insolente demencia de rehusar la mano de su hijo, del conde de Kleben, tan inmediato pariente de la casa de Brandeburgo y de la del elector..... La princesa creyó excusar esta denegacion, asegurando que Clara estaba penetrada de las bondades de la baronesa, y que conservaria toda su vida la memoria del honor que se habia dignado dispensarle. — Su propension al retiro,

añadió, y el cariño que me profesas, forman en ella el deseo de conservar su libertad, y consagrármela enteramente para siempre.» La baronesa interrumpió á Enfemia, y esforzándose en vano á ocultar su despecho, le respondió con tanta aspereza, y con una ironía tan insultante hácia Clara, que la princesa cortó de repente la conversacion, y la despidió sin cumplimiento.

Incomodada la baronesa, dijo á su familia que había mediado una escena muy viva entre ella y la princesa; que, *gracias al cielo*, ya se había desbaratado el proyectado enlace, pues *confesaba* que nunca había deseado con sinceridad una union tan *extraordinariamente desigual*. De este modo, les dió á entender que el rompimiento procedía de una discusion acerca de las condiciones, y no de la denegacion de Clara; denegacion insuperable que disimuló con el mayor cuidado; pero que sin embargo llegó á noticia de todo el mundo en aquel mismo dia.

La baronesa se había manifestado siempre enemiga de Clara, y se sabía que interiormente tampoco amaba á la princesa; de consiguiente no podian dudarse los motivos que la habían impelido á solicitar la mano de Clara. Jeneralmente en la corte cuando se emplean algunos medios bajos para conseguir algun fin, si estos producen el éxito que se desea, se miran comunmente como un plan mañoso y bien combinado; y lo que aun mas se admira allí, son los resortes que se han movido (sean los que fueren) para conseguir el buen resultado: y por la misma razon cuando se comete alguna bajeza sin utilidad, cubre al individuo de una memorable ridiculez, particularmente por haber manifestado falta de gusto, de destreza y de talento. Así fué que se despertó tal alarma contra la baronesa, que hasta sus mismos amigos que habían recibido su confidencia con una per-

fecta aprobacion, convinieron en secreto, que su conducta era inescusable; añadiendo que la habían juzgado tal desde un principio. Por lo demás, no es difícil entre las jentes de rango el ser consecuentes á los deberes de la amistad; pues mientras que se sepa afectar un tono y aire de consternacion, repetir injeniosamente, y lamentarse de las injusticias y estravagancias á que hay necesidad de sucumbir, ya se llena el objeto de una amistad verdadera y perfecta.

Sin embargo, á pesar de la sincera oposicion de Clara, la princesa le consiguió todo lo que su ternura deseaba; y además la hizo donacion de una hermosa hacienda, cuyo nombre llevó, á voluntad del elector. Clara obtuvo además una ejecutoria, que la honraba con el título de condesa; y se decidió que de allí en adelante se llamase condesa de Niemen. Enfemia la exigió que compareciese una sola vez á la corte, públicamente, para ser presentada con su nuevo título al elector y al príncipe hereditario. Se le arregló la librea, proveyéndola de criados y coche con sus correspondientes tiros; se le señaló una renta, y se le dispuso una magnífica estancia, contigua y en comunicacion con la de la princesa. Todo esto confirmó la noticia que se había propagado por la ciudad, y que muy luego llegó á ser valida hasta en la misma corte; creyéndose en jeneral que Clara se había casado clandestinamente con el príncipe hereditario.

Colocada Clara en este nuevo rango, ninguna innovacion hizo en su vida solitaria. Siempre retirada, ocupada de continuo en sus oraciones, en su labor y en la lectura, dispuesta á denegarse á cualquiera otro partido que se le propusiese, viviendo en un continuo recojimiento, y no ofreciéndosele gastos que hacer, solo destinaba sus rentas, en secreto, al alivio de la pobreza. No mezclándose en ningun negocio, invirtió sus intereses en

redimir una deuda de reconocimiento: obtuvo una gracia á favor de la viuda Marcela, que le procuró doblar su fortuna; y esta fué la única solicitud que hizo. Su afecto para con Eufemia era igual al que habia concebido por el padre Arsenio. Además del vivo reconocimiento que la tributaba, sentia hácia ella una inclinacion natural, que la hacia disfrutar del placer, siempre nuevo, de su intimidad; pero esta adhesion tan profunda y tierna no llevaba el carácter de la felicidad verdadera. Lejos Clara de poder franquear su corazon á la persona que amaba como á la mejor de las madres, se veia obligada á contenerse, y ocultarle todos sus funestos secretos. Solo disfrutaba de la confianza de la princesa con una especie de remordimiento, al contemplar que ella la privaba de la suya.... ¿Pero cómo era posible concedérsela? ¡Montalban existia aun! y aquella que por no delatar á su padre, habia preferido parecer á la vista del objeto de su amor como autora de tal delito, aquella que se habia resignado á la ignominia y á la muerte, ¿podia determinarse á descubrir á persona alguna lo que no confiaba á Valmore? Además, cuando se habia principiado á instruir el proceso, una sola palabra podia haberla justificado enteramente; pero el tiempo que habia trascurrido, y la distancia que la separaba de los lugares en donde se habia cometido el crimen, presentaban la justificacion difícil y mas dudosa. ¿Y cuál seria el fruto de una confidencia culpable y peligrosa, suponiendo aun que la princesa guardase fielmente el secreto? El afligirla inútilmente, y perder por semejante imprudencia una parte de la estimacion de su bienhechora, la del padre Arsenio y la suya propia. Sin duda que se guarda inviolablemente un secreto, cuando por su reserva se ha consentido perder la vida, y la religion prescribe el no revelarlo jamás. Así es que Clara

no tuvo nunca la tentacion de darse á conocer á la princesa; pero esta reserva indispensable despedazaba á menudo su corazon. Todavía la afligia una pena de otra naturaleza que la afectaba vivamente. Adornaba á la princesa la reputacion mas perfecta. Todo el mundo admiraba la piedad filial que la habia impelido á rehusar los enlaces con personas de sangre real, y á despreciar las coronas, para consagrar su existencia á su padre; el elector la adoraba, publicaba incesantemente su virtud, la perfeccion de su conducta, y los generosos sacrificios que habia hecho por él. Eufemia recibia el justo respeto de toda la corte, y su poder se extendia aun mucho mas allá que el del príncipe hereditario: pero como nunca echaba mano de él sino para usos sabios y benéficos, recibia por este motivo el amor y reverencia universal. Sin embargo Clara conocia demasiado que, lejos de ser feliz, alimentaba una secreta tristeza, igualmente invencible y profunda. Eufemia en sus conversaciones particulares con Clara, habia dejado escapar mas de una vez algunas palabras misteriosas, dándole bastante á entender que no solamente estaba descontenta de su suerte, sino que tambien jemia oprimida bajo la afliccion de un grande pesar ignorado de todo el mundo: pero Clara no se habia atrevido nunca á hacerle pregunta alguna sobre el particular; y se habia limitado á sentir con ella su tristeza.

Una mañana recibió Clara el mas dulce placer al recibir una carta de Honorina, que contenia noticias muy satisfactorias de Valmore, participándole al propio tiempo que los Rochelenses y los realistas habian suspendido las hostilidades, y que á esta trenga seguiria inmediatamente la paz, segun la opinion jeneral. Fué natural en Clara el grande interés que tomó con respecto á la paz; de consiguiendo tenia necesidad de desahogar su alegría, y al efecto salió de su apo-

sento, mas pronto de lo que acostumbra, para pasar al de la princesa. Ella tenía una llave del gabinete de Eufemia, entró con mucho silencio, y entreabriendo la puerta, la vió sola, sentada en un sofá y anegada en llanto. El primer movimiento de Clara fué el echarse á las rodillas de la princesa, y tomándole una mano la apretó contra su corazón, y con palabras mal articuladas, le dijo:—Vos sufrís unos pesares que ignoro; mas yo puedo partiros con vos sin conocerlos: ¡Oh!; permitid á vuestra Olimpia que lloremos juntas!...» Eufemia levantó á Clara, la estrechó largo tiempo entre sus brazos, y haciéndola sentar á su lado, le dijo:—Hija mia, solo hace ocho meses que os conozco; pero esta simpatía incomprensible que nos une, os ha dado sobre mi corazón, desde los primeros momentos, todos los derechos de una antigua amistad... Un secreto que he guardado inviolablemente hasta aquí; un secreto terrible me oprime de mucho tiempo á esta parte; y á pesar de que me sienta con firmeza para reservarlo, sin embargo la ternura que os profeso, lo depositará con reflexion en vuestro seno....» Aquí se redobló el llanto de Eufemia. Clara, trémula y sobresaltada, mezcló sus lágrimas con las de ella; y después de un largo silencio, continuó Eufemia:—Todo el mundo se me manifiesta sensible á los males de un ser desgraciado, humillado y perseguido por la calumnia, y á lo menos en este caso puede oponerse á la injusticia el testimonio secreto de una conciencia pura; queda la esperanza de que tarde ó temprano se verá confundida la impostura, y que la Providencia hará triunfar la verdad. ¡Toda la dulzura, todo el encanto de esta esperanza, está reservado para los corazones inocentes!..

Este discurso hizo á Clara la mas profunda impresion... Pero, continuó la princesa, ¡descubrir en el fondo del alma un testigo que deponga con-

tra la pública opinion, y desmienta las usurpadas alabanzas!.. recibir homenajes y pruebas de reconocimiento no merecidas, recibir engañosamente tiernos afectos, aborrecer la falsedad, y representar el detestable papel de hipócrita... ¡he aquí tormentos sin consuelo, y estos son los que padezco!—No, no es posible, exclamó Clara, vos, señora, cuyas secretas acciones son tan piadosas, tan benéficas...—Sí, interrumpió Eufemia, soy dadivosa, protectora del infortunio; sí, sin duda, yo he nacido para ejercitar la virtud;... pero culpada por una debilidad inescusable, abuso de la jenerosa credulidad del mejor de los padres... Yo he aparentado despreciar los tronos que se me han ofrecido. ¡Ay! solo los he abandonado por la pasión mas funesta.... ¡Oh cielo!.. Yo contraí matrimonio clandestino veinte años hace...» A estas palabras, Clara, pasmada de admiracion, quedó por un instante inmóvil; y luego inclinando la cabeza sobre las rodillas de la princesa, le apretó afectuosamente las manos, bañándose en lágrimas.—Hija mia, exclamó Eufemia, ¡vos sois mi solo, mi único consuelo!.. Dejadme reponer de una emocion tan violenta, para que pueda continuar este triste relato; él os servirá en vuestra juventud de una leccion saludable, veréis en él que si puede uno evadirse de la censura de sus semejantes, no deja de hallarse otra mas severa en el fondo de la propia conciencia; veréis finalmente en él el castigo que prepara el justo cielo á la temeraria inesperienza que se atreve á abandonar la senda de la obediencia filial, y contraer lazos indisolubles é inconsiderados... Mañana todo lo sabréis.»

Esta primera confianza avivó en Clara el reconocimiento y compasion hácia esta interesante princesa, la cual le daba de este modo la prueba menos equívoca y mas penetrante de un verdadero afecto. Al día siguiente

muy de mañana Eufemia la mandó llamar. Clara se sentó en una almohada á los piés de la princesa, la que empezó su historia en estos términos :

«Aun no habia salido de la cuna cuando tuve la desgracia de quedar sin madre. Mi hermano, que contaba diez años mas que yo , se hallaba ya en estado de poder enjugar las lágrimas de mi padre ; pero muy pronto llegué á ser objeto de los mas tiernos desvelos de este padre tan indulgente y tan sensible ; desde entonces sintió para mí este vivo afecto , que formó despues , para siempre , el sentimiento dominante de su corazon. ¡ Mi ternura correspondia á la suya , y me sirve del mayor consuelo el traer á mi memoria este tiempo en el cual le consagraba todo mi amor , y hubiera hecho por él toda suerte de sacrificios !.. Por su parte nada descuidaba para darme una brillante educacion. Se me destinó por aya la baronesa de Kleben , bien que para ella fué mas bien un título , que un cargo , cuyas obligaciones debia desempeñar. Mi verdadera directora fué mi segunda aya , madama de Merthal. Esta respetable señora reunia en un grado eminente las prendas mas distinguidas á las cualidades mas afectuosas del corazon y del espíritu. Yo la queria , me aprovechaba de sus lecciones ; y cuando arreglaron mi palacio , supliqué al elector que permitiese quedar en mi compañía á madama Merthal , como una amiga , de la cual no podia separarme , y como una directora cuyos consejos me eran todavia necesarios. Apenas cumplí los diez y ocho años , cuando ya se trató de desposarme ; pero el afecto que tenia á mi padre y á mi pais , fué el motivo que desechase esta proposicion sin titubear , haciendo presente que jamás consentiria , sino con un pesar mortal , á dejar á mi padre y espatriarme. El elector agradeció estos sentimientos ; pero creyó que el tiempo los trocaria.

«Acababa yo de cumplir los veinte y un años , cuando el conde de Rosenberg , jóven de veinte y cuatro años , se presentó en la corte.... Una figura noble é interesante , una fisonomía en la que se descubrían la confianza y la grandeza , notables , particularmente en su edad , unos modales frios , pero políticos y llenos de gracia y elegancia : tal era el exterior del conde de Rosenberg. Nacido con un espíritu dominante , entraba en el corto número de los hombres que desde sus primeros pasos en el mundo , se han formado , segun su inclinacion y carácter , un plan invariable de conducta , del cual no se separan jamás. El conde de Rosenberg solo habia cultivado las cualidades que podian ser útiles á su ambicion : posee en sumo grado el valor , la actividad , la prudencia , la discrecion , y su perseverancia es infatigable. Demasiado arrogante para no ser codicioso ; ama el brillo , y es desinteresado , magnifico y liberal. La peor baja que se puede cometer , segun sus sentimientos , es la de abandonar un plan despues de haberse examinado con detencion. Reservado en extremo cuando se trata de llevar algun asunto á cabo , es al propio tiempo incapaz del menor disimulo cuando no aventura ningun interés. Ni tiene ni demuestra ninguna especie de pretension en la sociedad ; no toma parte en asuntos de poca monta , y es orgulloso sin ser vano. Aunque la ambicion sofoca su sensibilidad , exaltando sus ideas , no por eso se ha corrompido su alma. La necesidad de engrandecerse y brillar se une en él con la del amor propio que siempre ha conservado. Es cierto que solo merecen su estimacion las virtudes y las acciones brillantes , y que mira como defectos ó puerilidades todos los procedimientos delicados , que son un deber para los corazones sensibles. La grandeza lo conmueve y trasporta ; su generosidad natural podria sobresalir en su

corazon sobre la ambicion misma; y jamás se privará de la gloria de-realizar una accion verdaderamente heroica, aunque debiese quedar ignorada, ó costarle su fortuna.

«Solo la experiencia pudo hacerme conocer enteramente al conde Rosenberg, tal como acabo de describirle; y por mi desgracia lo ví por mucho tiempo bajo otras apariencias, á lo menos con respecto á muchos puntos.... En esta época tenia yo en mi compañía á una jóven de distinguido nacimiento, que aunque sin fortuna, estaba contratado su enlace con el príncipe de Lobeck, uno de los señores mas poderosos de esta corte, el cual se habia ausentado por algunos meses, y debian celebrarse las bodas á su vuelta, sin retardo. Ulrica (este era el nombre de la jóven) iba á casarse sin amor, pero sin ninguna repugnancia.

«Apenas habia cinco ó seis dias que el conde de Rosenberg se habia presentado en la corte, cuando se observaron jeneralmente las atenciones y cuidados que manifestaba por la jóven Ulrica; á mí misma me llamaron vivamente la atencion. En este estado tuvieron á bien advertir al conde que Ulrica estaba comprometida; sin embargo nada contuvo el ardor de sus procedimientos; lo que pareció extravagante, pues á pesar de que él perteneciese á una de las casas mas antiguas é ilustres de Alemania, era el último vástago de una familia arruinada, y parecia imposible que se pudiese lisonjear de que los parientes de Ulrica le prefiriesen al príncipe de Lobeck, con el cual, á mayor abundamiento, habian empeñado su palabra.

«Estando una tarde de tertulia, se deshizo un nudo de la cinta de la cabellera de Ulrica, y le cayó: el conde, que estaba de continuo á su lado, la levantó, y Ulrica alargó la mano, creida de que se la iba á entregar. So-

lo la entregó con la vida, dijo en alta voz, y se la guardó. Al dia siguiente se presentó de comparsa en un baile que se dió en la corte, y llevaba el brazo ceñido con la misma cinta. Ulrica le hizo entender que esta especie de galanteo la disgustaba; mas su respuesta fué: Si esto lo considerase una fineza, la hubiera guardado: es una conquista, y me adorno con ella. Se- mejantes ocurrencias interesan naturalmente, y en particular á las mujeres. La poca edad del conde y sus gracias personales, daban realce á su atrevimiento, y á esta pasion romancesca. Todas las miradas se dirigian á él; y oia yo repetir de continuo que tenia muchísima gracia, y que merecia ser estimado..... Sobresalia entre todos los jóvenes, pero sin causarles celos; pues aunque agradaba á todas las mujeres, solo se dirigia á la que ninguno se hubiera atrevido á pretender.... Yo lo observaba con un interés que solo me parecia curiosidad; ni tampoco me sorprendí cuando noté que el corazon de Ulrica se hallaba interesado á su favor; pues á pesar de no haberme confiado francamente sus sentimientos, me los dejó penetrar, y ninguna razon encontré para combatirlos. Un dia que nos encontrábamos solas, recayó nuestra conversacion acerca de las pasiones desgraciadas; y aunque hablábamos en jeneral, sin embargo Ulrica se enterneció; mis lágrimas tambien corrieron; y besó mis manos como para demostrar que me agradecia el haberle conocido su secreto, y la parte que tomaba en su pesar.... En este instante sentí cierta turbacion que parecia remordimiento.... No engañaba yo á Ulrica, mas se equivocó sobre la causa de mi ternura, de la cual no era ella el objeto. Entre tanto madama Merthal tuvo que emprender un viaje á Suiza con el fin de tomar posesion de una herencia; y con este motivo perdí mi única guía.... ¡Cuán cara me costó su ausencia!... Madama Merthal hubiera feido al momen-

to en mi corazon; y sus prudentes consejos, dirijiendo mi conducta, me habrian evitado el caer en una falta irreparable.

«El conde de Rosenberg interesó personalmente al elector y á mi hermano, y á pesar de sus pocos años, lo admitieron en su confianza. El elector le habló sobre la locura de su passion por Ulrica: mas la respuesta del conde les hizo temer que cometiese alguna estravagancia en público; por cuya razon habiendo dado el elector, cuatro ó cinco dias despues, una pequeña diversion en una de sus quintas, no convidó al conde, ya porque Ulrica debía acompañarme, ya porque los parientes de esta la habian prevenido evitase cuidadosamente todo encuentro con él, hasta el momento que debía quitarle toda esperanza, esto es, hasta la vuelta del príncipe de Lobeck.

«Yo asistí á esta partida y me dominó en ella una distraccion invencible. Despues de la cena nos fuimos á pasear por los jardines, que estaban iluminados. Ulrica y yo íbamos de brazo, y nos seguían la baronesa de Kleben y algunas otras personas; pero como nosotras caminábamos bastante apriesa con la intencion de hablar, sin que nos oyesen, les tomámos mucha ventaja. No queria yo tratar de la desazon que experimentaba; y deseando que Ulrica me hablase de la que sentia, le pregunté sonriéndome si le agradaba aquella diversion. — Confieso, contestó, que me parece bien insulsa... — Pero ¿qué es lo que falta, pues? — ¡Ah! falta lo que ninguna esperanza tengo de encontrar en ella....» Cuando decia estas palabras estábamos ya á lo último del jardin; y seguimos por un paseo estrecho que habia sobre nuestra derecha, desapareciendo á la vista de los que nos seguian. Vímos en el mismo paseo, á algunos pasos de nosotras, á un hombre vestido á lo jardinero, á quien conocimos al momento.

Era el conde de Rosenberg, que se adelantó precipitadamente hácia nosotras. Ulrica me soltó el brazo al instante, huyó, y desapareció: yo quise seguirla; pero el conde me asió del vestido, y deteniéndome me presentó una carta. Por el cielo, señora, me dijo, dignaos admitir estos renglones que solo confio á vos. Sobre todo os encargo que Ulrica lo ignore. Este papel contiene mi secreto y mi suerte: cuando lo hayais leído, dispondréis de uno y otro segun fuere de vuestro agrado; y al concluir estas palabras con rapidez, se alejó precipitadamente. Yo habia admitido la carta, la guardé en el seno; y en medio de mi confusion inesplicable, me esforcé á encontrar á Ulrica. Esta sentia cierta inclinacion hácia el conde, mas su afecto era casi del todo producido por la vanidad; y se lisonjeaba vivamente de haber inspirado tal passion al sujeto mas interesante de la corte. Para hacerse un mérito de su fuga, y jactarse de la temeridad del conde, que solo por verla se habia introducido secretamente en los jardines, contó este lance á muchas personas, y al dia siguiente ya fué público.

«¿Cuán largo me pareció este divertimento!; y cuánto pesaba sobre mi corazon la carta que con tanto cuidado guardaba en mi seno! Por fin, pude retirarme á media noche. Tan luego como estuve sola en mi gabinete, abrí, temblando, esta misteriosa carta que he conservado; vedla:

«A estas palabras, abriendo la princesa la carta del conde de Rosenberg, me leyó su siguiente contenido: «No, no es la mia una vulgar temeridad... Soy mil veces mas insensato, mas culpable de lo que parezco!... He debido emplear el solo medio que estaba á mi alcance para acercarme á vos, para veros sin ser despedido, y seguirlos sin ser alejado... ¿Mas cómo no habeis penetrado este finjimiento? ¿Hay algun objeto que pueda interesar donde estáis vos? ¿Es posible que no ha-

yais leído en mi corazón?... ¿No era vuestra la cinta con la cual me he adornado? ¿No os la habia yo visto hacer, y regalarla?... Sí, lo repito, solo la cederé con la vida; me seguirá en los combates; no será este un premio del amor; pero, lo dije, *es una conquista*; y para mí el presajio de todas las demás.

«Conozco á lo que me espone el atrevimiento de este paso. ¿Cómo habia yo de abusar de mi audacia? ¡ella me envanece!..... Si en esta corte no sois vos el único objeto de todos los homenajes, es porque ninguno se atreve á elevaros sus promesas y pensamientos; pero no hay gloria que no pueda alcanzar una alma grande: desprecio el corazón bajo y cobarde que no se atreva aspirar á agradaros. Por mi parte nada me arredrará para conseguirlo; y el peligro de sacrificaros la vida, forma á mi vista otro atractivo, que bastaria para garantizar mi perseverancia y mi fidelidad. Puedo, sí, sufrir vuestro enojo y vuestro rigor; mas no soportaria una fria indiferencia parecida á desprecio. ¿Qué digo? ; vuestro desprecio!... No, no lo creería. Una pasión cual la mía no puede ser echada en el olvido; vuestro silencio solo me indicaria un fino reconocimiento, y una tácita voluntad. Si desechais el noble sentimiento que me inflama, en este caso mi atrevimiento debe enojaros; vos debeis castigarlo. Pensadlo bien, señora; si mañana no se ha resuelto mi destierro, me abandonaré con entusiasmo á las mas dulces esperanzas: no procurando anonadarlas por medio de una venganza ruidosa, vos misma las autorizais.»

«La lectura de esta carta extraordinaria me causó una confusión inesplicable. Debí conocer que no era este el lenguaje del amor, y sí el de una alma orgullosa y altanera; pero mi corazón alucinado vió todavía los rasgos seductores de una grande pasión. Yo amaba antes que pudiese presumir

ser correspondida; todo lo disimulaba en vista de este sorprendente secreto... Ninguna reflexion hice acerca de su carácter altanero y del culpable engaño que, abusando de Ulrica, amenazaba el reposo de su vida... Solo podia yo repetir: *¡Es él quien me ama!* Sin embargo volvía á leer atemorizada esta frase singular: *Si mañana no se ha resuelto mi destierro, me abandonaré con entusiasmo á las mas dulces esperanzas.* Mi inesperienza me hacia encontrar en esta alternativa una angustia mortal. Seguramente no estaba decidida á declarar al elector esta temeraria empresa; mas tampoco queria autorizar las mas atrevidas esperanzas con mi silencio é inaccion. Despues de muchas agitaciones y discursos, me determiné á una resolución, á mi parecer tan acertada, que me hizo recobrar alguna tranquilidad. Al dia siguiente por la mañana pasé á ver á mi padre; le instruí de la decision con que Rosenberg se introdujo disfrazado en el jardín, para ver un momento á Ulrica; y añadí, que debiendo estar de vuelta el príncipe de Lobeck, dentro de quince dias, era tiempo de poner fin á estas escenas; que era mi opinion debía alejarse el conde, y no hacerle volver hasta tanto que se hubiese celebrado el enlace de Ulrica. Apenas el elector habia acabado de aprobar esta idea, cuando se abrió al instante la puerta del gabinete, y pareció Rosenberg. Mi sorpresa fué grande, y quise levantarme para salir; pero el elector me detuvo, con el objeto de que oyese lo que iba á decir al conde. Este se adelantó con su calma y seguridad ordinaria, pues nada en el mundo le infundia temor ni lo atajaba; efectuando ó diciendo las cosas mas extraordinarias con un tono de autoridad y un aire de sencillez y tranquilidad propios solamente de él. Este inesplicable modo de portarse le daba cierto ascendiente, difícil de evitar; él no

ganaba partido, y si mandaba, y se le obedecía. Sus mas caprichosas temeridades no se descubren tales sino por medio de la reflexion, cuando vienen á la memoria; pero presenciándolas se encuentra en ellas una especie de originalidad imponente, y casi producen el efecto de ser admiradas. Rosenberg, le dijo el elector, os encargo de una comision para la corte de Viena, y marcharéis mañana. A estas palabras se quedó Rosenberg un momento reflexivo; y contestó en seguida: Señor, ¿es esto un destierro?—Cómo, repuso el elector sonriéndose, ¿vos temeis un destierro? Podria ser motivado por tal causa, replicó el conde, que siéndome bastante honorifica, no consentiria que se ocultase ó disfrazara; y en este caso yo la publicaria. Estas palabras me estremecieron, é interrumpiendo al conde de improviso, le dije con la mas viva emocion; pero si aquí no se trata de destierro.—Señora, me respondió, esta palabra proferida por vos, desvanece todos mis temores, y colma mis deseos. Yo me quedé confusa y desesperada por mi imprudencia, y no concibiendo de que modo repararla, no tomé parte en el resto de la conversacion. Rosenberg la continuó placentero; y conociendo el momento en que el elector podia dispensarle una gracia, le pidió una dilacion de seis dias para su marcha, la que obtuvo, con la condición de que habia de gobernarse con prudencia.

«De esta manera solo conseguí la inquieta certeza de haber conocido Rosenberg que era estimado. Efectivamente yo lo amaba en extremo; pero esta última conversacion me habia inquietado á causa de su carácter y de mi situacion; pues yo conocia que era indispensable perderme, ó procurar que Rosenberg decayese del buen concepto que merecia á mi padre. Yo estaba bastante sobre mí para desear un consejo saludable, y acor-

darle con pena de madama de Merthal, esta amiga ilustrada y fiel, la única que me hubiera podido guiar y salvarme. Me estremecía al pensar en la intrépida locura y tranquila osadía de Rosenberg; yo habria podido resistir mi pasion; pero el temor cooperó particularmente á mi pérdida.

«Mi padre acababa de hacerme donacion de la tierra de Niemen, que solo dista de aquí tres millas, y es en el dia vuestra propiedad, mi querida Olimpia. Pedí permiso á mi padre para ir á pasar allí ocho dias, con el objeto de no encontrarme con Rosenberg, y de no volver hasta que hubiese verificado este su marcha; y como llevé á Ulrica en mi compañía, pareció que este corto viaje se habia dispuesto para ponerla al abrigo de las persecuciones del conde, cuyo plan fué aprobado por mi padre. No volví á ver á Rosenberg en todo el dia, ni tampoco se presentó en la corte. Por la noche despues de cenar partimos para Niemen, y no venian conmigo mas señoras que la baronesa y Ulrica; ni mas séquito que un antiguo escudero, llamado Blomer, que me conservaba cariño desde mi niñez; un capellan, mis doncellas, y un corto número de criados. Dormia en mi aposento una dama que me habia criado, y ocupaba el lugar de la baronesa, cuya señora habia un año que no conservaba ya el título de aya.

«El primer dia lo empleamos en visitar mi nueva posesion; y al siguiente por la mañana así que me levanté, salí á un balcon bastante alto del primer piso que miraba hácia la carretera; y observé que en el camino, en frente de donde yo miraba, habia un mendigo con barba crecida y canosa; tan luego como me percibió, se adelantó hácia el balcon, y enseñándome un papel lo escondió debajo de una piedra; desató en seguida la mitad de su postiza barba, y reconocí al conde de Rosenberg!

«Generalmente estos disfraces romancescos tienen cierto carácter atractivo para con las mujeres, que lisonjea su vanidad; y cuando aman, estas imprudencias, que pueden causar la ruina del objeto á quien se dirijen, son atendidas como pruebas de la mas violenta pasion. Asi que reconocí á Rosenberg, mi primer movimiento fué el de la alegría. Un encanto fatal me detuvo inmóvil en el balcon; se me escapó un acento, y Rosenberg, que vió correr mis lágrimas, hincó una rodilla, puso una mano sobre su corazon, y levantó la otra hácia el cielo en ademán de ponerle por testigo de un juramento inviolable... y levantándose de repente, se alejó con pasos precipitados. Era fácil de comprender que el papel que me habia enseñado lo puso debajo de una piedra, como invitándome á que lo fuese á buscar. Yo consideré que no podia dejarlo sin que corriese un gran riesgo, y me decidí á bajar por él, con demasiada facilidad. Llamé á mis doncellas, les dije que me habia caído una sortija, y bajé con ellas. Mientras que estaban distraídas buscándola, les volví la espalda; me acerqué á la piedra, y levantándola, saqué la carta, gritando que ya habia encontrado la sortija. En seguida me retiré y encerrándome en mi gabinete, leí el siguiente contenido:

«¡Qué imperio me fué preciso tomar sobre mi mismo para no echarme á vuestros piés, cuando dijisteis *no se trata de destierro*....! Os habeis dignado recibir mi carta, y así estas palabras encantadoras pronunciadas por vos, nada me dejan que desear; y han fijado irrevocablemente mi suerte.... Temiendo que se conozcan claramente los trasportes de mi alegría, no me presentaré en la corte, y abreviaré mi partida. Mi ausencia será mucho mas larga de lo que podeis imaginaros; quiero ir en busca de la gloria, pues que ella sola puede justi-

ficar mi audacia, mi dicha y vuestras bondades. Sin embargo, señora, me atrevo á suplicaros que antes de mi separacion me concedais una corta entrevista. Esta noche á las diez estaré á la puerta escusada de vuestro jardin particular que da sobre el camino real: podeis pasearos sola en aquel pequeño recinto separado del parque y contiguo á vuestra habitacion; cuyo paseo dabais algunas veces, antes de ser dueña de este castillo. No solicito mas que media hora de audiencia. Vuestra alma es demasiado grande y os garantiza la certeza de que en esta entrevista no teneis que temer el idioma de la pasion, que el respeto me impide emplear; pues una prueba de confianza tan noble y tan penetrante me priva del derecho de hablaros de mi amor. Solo pretendiendo confiaros mis proyectos, mis esperanzas, y poner en vuestras manos mi destino. Estad bien segura que me esperaré á la puerta del jardin mucho antes que den las diez en el reloj del castillo».

«Al acabar de leer esta carta me quedé inmóvil de admiracion, y sobrecojida de espanto, conociendo hasta donde me habian conducido su temeridad y mi imprudencia.... No volvia de mi sorpresa... ¡Un vasallo de mi padre proponerme una cita, sin que se le conociese siquiera el aire de dudar de mi consentimiento!.. Sin embargo, si me negaba á ella, ¡cuánto no tenía que temer de un carácter como el suyo!.. El contenido austero y respetuoso de su carta me era agradable é imponente: estaba cierta que no se atrevería á hablarne de su pasion; ¿mas qué proyectos tenía que confiar-me? con todo, ¿no era importante saberlos? Una negacion me esponia á mil persecuciones, y tal vez á escenas las mas ruidosas. ¡Solo me suplicaba una *media hora de audiencia*! ¡Estaba para marcharse, y por mucho tiempo!.... Tales eran mis reflexiones, cuyo resultado fué el decidirme

indispensablemente á concedérsela, prometiéndome hacerle entender el lenguaje de la razon, y quitarle toda esperanza. Todo el dia se me pasó discurrendo lo que le habia de decir: proyecté discursos tan sensatos, tan fuertes é imponentes, que no dudaba surtiesen el efecto que me proponia. Por las resoluciones del conde buscaba yo misma encubrirme un porte indisculpable: pero á medida que se acercaba el momento, sentia desvanecerse estas peligrosas ilusiones; y mi conciencia ajitada me causaba una confusion que iba creciendo progresivamente.... Yo temblaba, no podia permanecer un instante quieta en un mismo sitio; nada veía, y nada observaba de cuanto sucedia junto á mí. Finjí que me hallaba indispuesta, y todos se retiraron antes de las nueve. Así que estuve sola, me pareció hallarme abandonada de la naturaleza entera: hubiera dado la mitad de mi vida por un consejo que me hubiese sacado de aquella mortal posicion... ¡Ay! Dios mio, exclamó candorosamente Clara, interrumpiendo á la princesa, ¡por qué no teniais un director sabio como el padre Arsenio! él os habria privado de comparecer á la cita, y vos misma conoceriais que por nada de este mundo debiais aventuraros á una accion semejante. Mientras que Clara hablaba de este modo, los ojos se le llenaban de lágrimas, pues le causaba el mayor disgusto esta debilidad de la princesa, y no podia concebir la su alma, á la vez tan fuerte y tan pura. ¡Ojalá mi querida Olimpia, continuó Eufemia, hubiese yo conocido los principios de relijion; pero me hallaba distante de poseer esta virtud profunda y consumada, tan extraordinaria en vuestra edad, y por consiguiente á la que yo entonces tenia!.. ¡Dichosos los que, como vos, han tomado siempre á la relijion por guia! Escuchadme y conoceréis cuán caro cuesta separarse de la severa prudencia que ella prescribe,

particularmente á nuestro sexo!...

«Sin embargo, habia yo prevenido á mis doncellas que se recojiesen, y mandé á la que se quedaba en mi aposento que se echase en la cama, pretestando que tenia intencion de velar (lo que solia hacer con frecuencia), diciéndola que la llamaria cuando quisiese acostarme. Ellá obedeció, y á poco rato se quedó profundamente dormida. ¡Al cabo de una media hora, dió el reloj las diez! yo estaba atemorizada, y tomé la firme resolucion de no arriesgarme á un paso tan poco digno de mi rango y de mi carácter. Despues de un momento de reflexion me armé de todo mi valor; estaba yo en un gabinete contiguo á la pieza en donde se acostó mi camarista: esta habitacion en donde yo tambien dormia, y la en que me hallaba, eran las únicas que daban al camino real. Abrí con mucho silencio la ventana, y aunque la luna estaba cubierta de celajes, percibí al conde que se esperaba á la puerta del jardín. Al momento vino debajo de mi ventana; mas como yo no me atrevia á hablar, temiendo que me oyese mi camarista, procuré hacerle entender por medio de señas, que no queria bajar, y que le mandaba se marchase.... Esta pantomima duró largo rato; él me miraba con mucha atencion, cuando descubriéndose de repente la luna, pude verle claramente. Entonces volví á hacerle los mismos jestos, y cuando concluí, me dijo en voz baja. *Ya os entiendo, esto es practicable*, y afectando haber entendido que yo le habia propuesto que subiese por el balcon, intentó trepar por el muro. Fué tan grande mi espanto al ver su determinacion, que sin saber lo que me hacia, le tiré la llave del jardin. El la oyó caer, al instante se apoderó de ella, y yo entré en mi gabinete en un estado que no es fácil describir. Ya no habia que titubear, era indispensable bajar al jardin y comparecer delante de aquel

á quien acababa de entregar la llave fatal!.... ¡y cuánto me arriesgaba en diferirlo!.... Él no hubiera dejado de tentar la entrada en el castillo, con esposicion de alarmar mi servidumbre: y esta idea me decidió á bajar inmediatamente... Mi conmocion era estremada; pero el resentimiento y el enojo dominaban sobre todos los afectos de mi corazon; estaba bien decidida á no hablarle mas que un solo momento, y despedirle del modo mas arrogante y absoluto... Sin embargo, apenas puse los piés en el jardín, en donde sabia que él estaba, cuando ya me faltó parte de mi decision. El temor de irritarle se presentó de tropel á aumentar mi horrible desórden. Fui caminando con paso vacilante, y encontré al conde al extremo de un pasco de tilos. Luego que me percibió, se adelantó hácia mí, echándose á mis piés. Yo me dejé caer sobre un asiento, pues ya no podia sostenerme. No me fué posible contener mi llanto, ni proferir una sola palabra. El conde permaneció un momento de rodillas delante de mí; y me enternecia la actitud de respeto y de reconocimiento que guardaba... despues de un largo silencio, se levantó, y manteniéndose de pié, me dijo con un tono dulce, pero firme y tranquilo: Señora, os he prometido no hablaros de mis sentimientos;... pero me interesa conocer los vuestros. El estado en que os contemplo me affije é inquieta. Los momentos son preciosos; tened la bondad de explicaros con franqueza. Confieso que antes de atreverme á escribirlos, creí que vuestro corazon, sin adivinar el mío, participaba de estos secretos sentimientos, y vuestra conducta posterior ha debido afirmar en tan gloriosas esperanzas. Sin embargo, puede que me haya equivocado, y que solo os impeliese el temor que os inspira mi carácter. Mas ya lo dije; no podria yo soportar el desprecio, aunque la atencion y comportamien-

to que os merezco, me honran bastante para escitar todo mi reconocimiento, y satisfacer mi amor propio por exaltado que parezca. Habladme pues sin rodeo: si es que no me améis, esta entrevista solo es un secreto que vuestra estimacion confia á mi honor; y este secreto será sagrado, y lo guardaré inviolablemente hasta mi último suspiro. Os dejaré para siempre al momento; no volveré á parecer en esta corte; y muy lejos de que por mi parte podais temer escándalos peligrosos y escenas desagradables, estad segura de que no hallareis en mí mas que respeto, discrecion y profundo silencio; y me alejaré de vos, sin diferirlo, con dolor estremado, dándoos un eterno á Dios.

«Acabó el conde de hablar para esperar mi contestacion. El tono austero de este lenguaje, y la grandeza de alma que en él se descubria, me causaron la mas viva admiracion; y en este momento de entusiasmo, me escapó la declaracion mas formal de mis sentimientos. —¿Vos me amais? dijo el conde.—Demasiado cierto es, le contesté, y no quiero recibir de vos un *á Dios para siempre*. No obstante es preciso que nos separemos, pues la razon debe triunfar de una pasion desgraciada. —Sí, dijo Rosenberg, marcharé pasado mañana; partiré en busca del combate y de la gloria. Pero, ¡yo soy amado! Vos acabais de decidir vuestra suerte y la mia. ¡Vos me amais! esta palabra me ha hecho adquirir todos los derechos sobre vos... No marcharé hasta haber recibido vuestra fe al pié de los altares... —¿Qué decís, gran Dios!... —Mañana nos unirá un nudo secreto, pero inviolable... —¡Y qué! ¡Rosenberg, os atreveis á esperar!... —Me mereceis bastante estimacion para que pueda dudaros. —¡Yo! ¡yo habia de engañar al mejor de los padres!... —El conseguirá con esto la felicidad de su vida; vos no podréis separaros mas de él. — ¡Una union clandestina, nula

ante los ojos de la ley! — Consagrada por la religion, hará lejítimo nuestro amor... — ¡Yo engañaré á mi padre, á vuestro soberano y el mío!... — Los dos serémos culpables, lo confieso... Pero pensadlo, solo os queda que elegir entre una falta grave, pero que no empañará el lustre de vuestro carácter, ó la pérdida de vuestro honor y reputacion; porque tal es el resultado de un mutuo amor que se profesa sin ser santificado por la religion. Cierito de que me amais, nunca renunciaré á mis esperanzas, y es indispensable que sea vuestro esposo ú vuestro amante.... De ningún modo me sujetaré á vuestra rigurosa voluntad, y si insistis en ella, haréis que me pierda por mi desesperacion, y por las mas públicas imprudencias; pero si me veo honrado delante de Dios con el título de esposo vuestro, mi dicha y reconocimiento os garantizan de que mi porte será prudente, discreto y sumiso.» A estas palabras derramé un torrente de lágrimas: el silencio que yo guardaba, fué un presajio de consentimiento para Rosenberg, dándome, por la primera vez, las mas espresivas gracias con todo el acento de la pasion. Él no me seducia, ni tampoco le afeaba yo semejante falta; pero sí me subyugaba; le hice algunas promesas, y cuando iba á dejarle, me dijo: — Mañana volveré á media noche; me acompañarán un sacerdote y un testigo, del cual yo respondo, pues es un ayuda de cámara á quien debo mucha voluntad desde mi infancia. Será menester otro testigo; este podrá ser vuestro paje Blomer, y nos asegura su reserva el cariño con que siempre os ha servido: nada le reveleis; solamente hacédle venir á la hora indicada: yo ya estaré, y en dos minutos lo tendré decidido; tened prontas las llaves de la capilla; disponiendo que haya en ella una lámpara encendida. A Dios, señora; sobre todo no oscurezcáis con vanos temores la brillantez del

dia mas glorioso y el mas feliz de mi vida. Quedad á Dios, hasta mañana.» Y al decir estas palabras, se marchó precipitadamente, llevando consigo la llave del jardin.

«¡No podría pintaros el terrible estado en que caí, despues que me encontré sola con mi conciencia!... No podeis haceros cargo de mi debilidad; pero sí imaginar fácilmente los remordimientos que me asaltaron.

«Al dia siguiente me retiré al anochecer, y todos se acostaron tambien temprano, como en la noche anterior; solo que le dije á Blomer reservadamente, que á las doce menos cuarto entrase en mi aposento, previniéndole que tenia un asunto particular que comunicarle. Blomer me observó con mucha atencion, sorprendido de mi palidez y de la espresion de mi fisonomia; pero no se atrevió á preguntarme la causa.

«Prevenida de una linterna sorda, bajé á las diez al jardin con direccion á la capilla que es enteramente solitaria, y está situada en el parque. Se apoderó de mí un temblor jeneral al entrar en este lugar sagrado; me parecia que lo profanaba, y arrodillándome al pié del altar, exclamé: ¡Oh Dios! ¡No me atrevo á suplicaros que bendigais esta union culpable! ¡Será consagrada por la religion, mas esta tambien anuncia los terribles castigos preparados para los hijos rebeldes!... Sé muy bien que no debe esperarse la felicidad de un himeneo celebrado sin el consentimiento paternal... pero ¡ojalá caiga solo sobre mí todo el castigo!... En seguida me levanté derramando lágrimas, encendí la lámpara, y volví á mi habitacion. Al cabo de una hora, poco antes que diesen las doce, entró Blomer en mi gabinete: yo estaba sumerjida en una dolorosa y profunda meditacion, y su presencia me hizo estremecer; me levanté, y con paso errante, apoyándome en su brazo: — Vamos, le dije, ¡esto es hecho!.. Seguidme... — Gran

Dios, exclamó Blomer, ¿de qué se trata? ¿qué es lo que sucede? — Dentro de pocos momentos todo lo sabréis; no me pidais mas explicacion.» Blomer se contuvo, y me siguió con silencio. Cuando llegamos al jardín, ya nos esperaba el conde acompañado de un capellan y de su ayuda de cámara. Inmediatamente se adelantó, y cogiendo á Blomer por el brazo, lo separó á algunos pasos de nosotros, le habló en secreto y con precipitacion, y segun me ha dicho él mismo despues, supo intimidarle é inclinarle á sus designios por medio de amenazas y ofrecimientos. Sin dejarle del brazo, volvió hácia mí, y á entrambos nos condujo, siguiéndonos el capellan y el otro testigo... ¡Así se celebró este desgraciado himeneo que tantas lágrimas me cuesta!...

«El conde marchó á los dos dias; y al mismo de su partida, me llamó mi padre á la corte, en donde no habia estado desde mi casamiento... ¡Oh! ¿qué fué de mí, cuando mi padre me estrechó entre sus brazos, cuando advertí en su semblante angusto y querido, la misma serenidad y la misma expresion de ternura!... Sus miradas descubrían la confianza y la dulce seguridad, y su vista paternal me alteraba: deseé entonces haberme podido ocultar en las entrañas de la tierra... Mas ¡ay! ¿cómo puede uno evadirse de los cargos de su conciencia! no hay asilo ni refugio para el delincuente perseguido por sus propios remordimientos!... Me tenia desconsolada la ausencia de Rosenberg. Su cruel prudencia, de la cual nunca se habia dispensado, me habia impuesto la ley de no poder escribirle; y así era que yo no recibia ni una sola carta suya; sin embargo, no me faltaban noticias bastante á menudo, por conducto de mi hermano, con quien se escribia; y aunque yo no me atrevia á hacer preguntas acerca del particular, no obstante se hablaba de él, y Blomer me informaba de todo lo que

adquiria cuidadosamente relativo á este objeto. Ulrica no me habló mas del conde; pues era ya esposa del príncipe de Lobeck. Al cabo de seis semanas supe que Rosenberg, intimamente de acuerdo con el duque de Neuborg, iba á defender el partido de este príncipe, pasando al servicio de Alemania bajo las órdenes del príncipe Guillermo de Nasau y del mariscal de la Chatre. Esta campaña, en la cual Rosenberg se cubrió de gloria, acabó del modo mas satisfactorio para el duque de Neuborg y el marqués de Brandeburgo; pero no terminó aun esta dilatada guerra de la sucesion de Cleves.

«Además del dolor que me afligía á causa de los peligros á que se esponia Rosenberg, sufrí una nueva inquietud que acabó de abatir mi espíritu: llevaba en mis entrañas el desgraciado fruto de este himeneo clandestino. Conocía que mi fiel amiga, madama de Merthal, era la única que podia guiarme en mi crítica situacion: ella no habria jamás consentido en ser cómplice de mi extravío, ni por mejor decir, sus sabios consejos me hubieran preservado de él; mas estaba persuadida que haria en mi beneficio todo cuanto estuviese á su alcance. Le escribí para que apresurase la vuelta; y sus negocios aun la detuvieron mucho tiempo en Suiza. No obstante, con motivo de haberse restablecido la paz en Alemania, Blomer me pidió, públicamente, una licencia de algunos meses, para pasar á su país, y yo lo dirigí en secreto al conde de Rosenberg, con el encargo de que le instruyera acerca de mi situacion. Volvió en fin madama de Merthal, seis meses despues de mi enlace... ¡Cuán terrible fué para mí tener que sonrojarme á su vista! ¡sin embargo, le confié francamente mi deplorable historia; ella lloró conmigo, y me indicó el plan que debia seguir! Poco tiempo despues Rosenberg volvió á comparecer en la corte; mas yo no le veia en pi

Ellico, porque bajo el pretexto de mi quebrantada salud, vivia sin representacion y muy solitaria en Niemen. Rosenberg, á pesar de su juventud, estaba encargado de negociar no sé qué intereses políticos, con cuyo motivo tuvo muchas conferencias con mi padre; quien de resultas de estas negociaciones, emprendió un viaje de algunos meses para Viena y el Brandeburgo. El conde tuvo mucha influencia en esta determinacion, no por haberse valido de medios finos y políticos, pues no es este su modo de manejarse, sino porque todo lo consigue á la fuerza, por medio de una elocuencia al parecer fría, pero fuerte en la realidad y seductora.

«La marcha de mi padre me sacó de la mortal situacion en que me hallaba; y todos creyeron, en jeneral, que la vida solitaria á que me habia entregado, era efecto de su ausencia y de mi delicada salud. Mi secreto fué impenetrable, gracias á las precauciones que tomó Rosenberg, y á los cuidados de madama Merthal. Dí á luz un niño, al cual recibió Rosenberg en sus brazos; y llevándosele inmediatamente, solo vivió algunas horas... ¡Oh! ¡mi querida Olimpia! Si este niño hubiese vivido, seria de vuestra edad, y si hubiese conservado mis facciones, os pareceriais. Yo hubiera procurado vuestro enlace; y por este medio Rosenberg lo habría hecho comparecer en la corte, sin descubrir nuestro secreto, bajo un nombre supuesto, y de un modo digno de su nacimiento. ¡Pero mi destino solo era el no conocer mas que las penas del himeneo, y los dolores de la maternidad!...» Al pronunciar estas palabras la princesa derramó algunas lágrimas, y despues de un corto silencio continuó así:—Yo amaba apasionadamente á Rosenberg, y conocí muy pronto que los únicos sentimientos que lo movian eran la ambicion y el amor de la gloria. Conservaba hácia mí aquella especie de afecto que inspira un pro-

fundo reconocimiento á las almas grandes, pero no me tenia amor. Desconociendo la sensibilidad que habria podido hacerme feliz, creia formar mi dicha ilustrando su nombre, y guardando con el mayor cuidado mi secreto. Solo me hablaba de sus proyectos de fortuna y grandeza. Me trazó el plan que debia yo seguir para poderle ser útil con respecto á mi padre; pero sin que se me conociese que tomaba un interés por él, ó que lo protejia: y cuando le hablaba acerca de mis sentimientos, me contestaba con cierta amabilidad parecida á respeto ú deferencia. Probé producirle algunas quejas, mas le admiraron de modo que las recibió con una especie de severidad, y privó para siempre á mi corazon de este jénero de esperanza. La vuelta de mi padre me ocasionó nuevos pesares; pues allegó tanto Rosenberg á su persona, que le elevó poco tiempo despues á un importante destino, desempeñado hasta entonces solo por sujetos de avanzada edad, y prácticos en los negocios.

«Ulrica, que ya era princesa de Lobeck, volvió á la corte despues de un año de ausencia; y á su vista Rosenberg afectó en público mucha conmocion, haciendo creer jeneralmente que habia conservado por ella un grande cariño. Algunas imprudencias cometidas por Ulrica, dieron á conocer que esta sentia tambien un afecto de igual naturaleza; y muy pronto la opinion jeneral fué que el conde era el amante de la princesa de Lobeck. No puede acusarse á Rosenberg de fatuo; pero sus frias espresiones trocadas en amabilidad para con Ulrica, y el afecto demasiado cierto de esta, no dejaban ninguna duda sobre el particular. Casi en esta misma época solicité un empleo para un sujeto á quien yo protejia, cuya gracia se me negó á causa de que Rosenberg lo hizo conceder á un favorito suyo. No me fué dable descubrir el artificio de semejante proceder, y fué tal mi

resentimiento, que me quejé vivamente al elector; mas esto era lo que el conde deseaba para fomentar la opinion de nuestro desafecto. A propósito hizo correr la voz de que habia caído enteramente en mi desgracia; y desde entonces solo me habló en público con un tono afectado del respeto mas indiferente. Esta conducta escitó en mí un humor que no podia disimular, y acabó de persuadir tanto que yo era su enemiga, que aquellos que me rodeaban creian lisonjearme hablándome mal de él. Se trataba con tanta franqueza en mi presencia de sus amores con la princesa de Lobeck, y se contaban á menudo tantas anécdotas supuestas, que hiríendome el corazon, despertaron mi odio contra Ulrica: por cuyo motivo la trataba yo con una estremada frialdad; lo que contribuyó á que se mirase esto jeneralmente como una prueba mas de mi resentimiento con el conde; quien, decian, procuraba apartar de mí á todas las personas que le eran afectas. En una conversacion que tuve con él me atreví á manifestarle mis zelos; pero me contestó de un modo tan áspero que me hizo callar sin persuadirme, á lo menos enteramente. — Detesto, me dijo, esta clase de intrigas; los que me conocen, no verán mas que calumnias en el asunto de que me habláis: en resúmen podrán suponerme una pasion desgraciada. — ¿Y esto es nada? — Sí, porque es una idea que no debiais sostener. — ¡Ay! ¡porqué! — Porque si la hubiese amado, habria preferido su mano á la de una reina. — Pero no os hubiera sido dable conseguirla. — Todo lo que se quiere se puede alcanzar; la hubiera robado. — Habriais causado su desgracia y la vuestra. — Cuando el amor es correspondido, no es uno digno de lástima. — ¡Ah! sin duda!... ¿vos sois dichoso pues? Mas, y yo Rosenberg... — Fidelidad, prudencia, un noble deseo de justificar vuestra eleccion; ¿qué mas quereis? — Al-

go menos de prudencia, ¡pues la vuestra es tan cruel! — Es indispensable con vos. Si no hubiese observado esta conducta que os disgusta, hace mucho tiempo que nos habríamos perdido los dos.

«Esta reconveucion no carecia de fundamento; pero la mia era mucho mas justa.

«Una mañana me manifestó Rosenberg que dos reyes, que deseaban ser aliados de mi padre, pedian mi mano: que se me dejaria el derecho de eleccion; pero que me mandaria aceptar el uno ú el otro. El conde me previno que yo debia repetir lo que habia dicho ya antes de conocerle, esto es, que de ningun modo queria separarme de mi padre. Esta noticia me hizo estremecer... Era indispensable perder á Rosenberg, ó portarme con falsedad para con el mejor de los padres, y esta sola idea me horrorizaba. Declaré mi sentimiento al conde, y me contestó con frialdad: todo esto se compondrá muy bien; vos os produciréis con mucha confusion y desorden, lloraréis naturalmente, el elector os adora, y enterneciéndose preferirá la dicha de teneros á su lado, á la vanidad de veros ocupar el solio.

«En efecto, á la noche el elector me pasó un recado para que entrase en su gabinete, y como estaba decidido á disponer de mi mano, me habló con un tono de autoridad que jamás habia usado conmigo. Cada una de sus palabras me hacia temblar; y pensé que me seria imposible cambiar una voluntad tan resuelta y absoluta. Cuando concluyó de intimarme su resolucion, me exigió la respuesta; pero yo no tenia aliento para contestar. Sin embargo, despues de algunos minutos, le dije con voz entrecortada, que no podia menos de repetirle lo mismo que le habia ya manifestado en otro tiempo, de que solo me separaria de él con desesperacion, y que habia concebido una repugnancia invencible hácia el himeneo. Enton-

ces apenas habíais salido de la infancia, replicó mi padre, y no os proponía un rey para esposo. -- Vos sois el árbitro de mi suerte, le contesté; pero si me alejais de vuestra presencia, moriré de dolor. Al decir estas palabras, ví á mi padre conmovido y confuso. Recobré entonces el valor y la esperanza: me eché á sus piés suplicándole encarecidamente que no me echase de junto á sí, y que me permitiese consagrarle enteramente mi existencia. Mi padre me levantó, y estrechándome entre sus brazos: -- ¡Oh modelo del cariño filial, exclamó con trasporte, mi querida Eufemia, no puedo resistir á vuestras lágrimas y ternura!... ¡ah!; pensé que en vuestra separacion solo yo me sacrificaba!... Vivid tranquila en adelante; no os separaréis de mí hasta que exhale el último suspiro; vos sois, hija mía, la que cerraréis los ojos al padre feliz que os echa todas sus bendiciones.» Es verdad que este discurso me sacó de la mortal inquietud en que me hallaba; mas penetrando hasta el fondo de mi corazón, me llenó de remordimientos! Bajé la cabeza para ocultar en el seno paterno mi rubor y confusion.

«Desde este dia en adelante, las caricias y bondades de mi padre se convirtieron para mí en objetos de pesar. Mi conciencia me reconvenia á cada instante los beneficios que él me prodigaba, como tambien el reconocimiento que le debía, fundado sobre un error, y los ojos usurpados que hacia continuamente á mi cariño filial, y á los sacrificios de los cuales se creia ser el objeto. ¡Con cuánta mayor facilidad hubiera soportado la injusticia y la calumnia, que este enorme peso de ojos no merecidos!... ¡y esta obligacion de aparentar y engañar á una alma grande que detestaba la ficcion y la mentira!... Pasé muchos años en esta situacion, descontenta siempre de mí misma y de Rosenberg. En vano procuré moderar

el cariño que le profesaba: no se me ocultaban sus defectos; pero no podia menos de amarle por las grandes cualidades que le adornaban. Se amparaba siempre del valimiento que tenia yo con mi padre, para alcanzar todo lo que no se atrevia á pedir directamente para sus amigos; y así fué que todos los destinos se dieron á sus favoritos, sin traslucirse que él los hubiese solicitado. Por lo demás, siempre usó con dignidad de su poder y de su favor. Él restableció la union entre la familia electoral: se aprovechó de la amistad del príncipe hereditario para hacerle volver á la compañía de su esposa, y del ascendiente que tenia sobre mi padre para inclinarle á perdonar á mi hermano algunos estravíos propios de la juventud. En fin, en los varios empleos que obtuvo, mostró tanta destreza, probidad y talento, que se adquirió justamente la publica estimacion.

«Un acontecimiento inesperado me acabó de probar cuantos recursos abrigaba Rosenberg para salir de las situaciones mas dificultosas que se le presentaban. Murió el príncipe de Lobeck, y generalmente se creia que daría la mano de esposa á la viuda, y tal vez Ulrica misma lo esperaba. El elector, que tampoco lo dudaba, habló á Rosenberg sobre el particular; mas este le contestó que jamás habia sido su amante, y que bastaba el que así se hubiese presumido para que alejase de sí la idea de ser su esposo; pues que jamás daría su fe y su nombre á una mujer que no gozase de la mas perfecta reputacion, aun cuando conociese su inocencia. Esto era sin duda sacrificar la justicia y la sensibilidad á la opinion; pero como este exceso de orgullo, estaba íntimamente unido con su carácter, el elector no entrevió en ello mas que una delicadeza que no le sorprendió.

«Entonces fué cuando los protestantes de Bohemia se sublevaron

contra el emperador Matías, el cual había coartado sus privilejios. Mi padre se vió obligado á tomar parte en esta dilatada campaña, y resolvió pelear en ella en persona. Acompañóle Rosenberg, y al tiempo de su partida me dijo: — Juro por el honor que me es mil veces mas apreciable que la misma existencia, que no abandonaré al elector un solo instante en los combates, y que para ofenderle, será menester primero que me derriben y que pierda la vida.

— ¡Haceos cargo del estado á que me ví reducida durante esta campaña!... ¡Temerosa á la vez por mi padre y por mi esposo!... ¡Pero cuánta recompensa conseguí por estas crueles alarmas!... En el último combate de esta guerra mataron el caballo en que iba montado mi padre; Rosenberg le dió el suyo al instante, y en seguida recibió mi esposo una peligrosa herida, al momento de libertar al elector de las manos de los enemigos, escudándose con su propia persona de los golpes que le amenazaban.... en efecto el elector le debió la vida y la victoria.... y yo fui instruida de estos pormenores por un extraordinario que me envió mi padre... Este memorable dia fué uno de los mas felices de mi vida.... Me pareció sin duda que Rosenberg acababa de reparar nuestra falta.... Volvió al fin mi padre, y presentándose á Rosenberg, que llevaba aun el brazo suspendido por causa de la herida, me dijo: — ¡Hija mía, abraza á mi libertador!... A estas palabras el conde hizo una profunda inclinacion para besarme la mano. Yo dejé caer mi cabeza sobre su espalda, y bañé de lágrimas el brazo que había salvado los dias de mi padre....

— Las fatigas de esta campaña quebrantaron en gran manera la salud del autor de mis dias, y despues de haber arrostrado su dolencia por espacio de algunos meses, últimamente cayó peligrosamente enfermo. Al mo-

mento propuso el conde que se enviase á Viena en busca de un facultativo muy famoso que habia entonces en aquella capital. No consentia en ello mi padre; pero alarmado Rosenberg por los síntomas de la enfermedad, partió él mismo sin demora para proporcionarle la asistencia del médico que se deseaba.

— Sin embargo como el estado de mi padre iba empeorándose todos los dias, en muy poco tiempo lo vimos reducido al último extremo; con todo conservaba aun todo su conocimiento, é instó para que se le administrasen los últimos sacramentos. Yo no me separaba de su cámara de noche ni de dia, penetrada del mas profundo dolor; contemplaba á mi padre, poseído siempre del mas tierno afecto, pronto á descender al sepulcro: y se presentaba continuamente á mi imaginacion que despues que lo perudiese, llevaria sobre mí para siempre el peso de la irreparable falta; pues que no me quedaria ya la esperanza de que pudiese obtener algun dia su perdón... No podia yo disponer de mi secreto sin el consentimiento de mi esposo; y por otra parte, revelándolo, habria emponzoñado y acaso precipitado los últimos momentos de mi padre!... No me quedó pues otro recurso sino entregarme al silencio; pero no puedo pintaros el exceso de mi dolor cuando mi padre, despues de haber recibido los sacramentos, nos llamó á mi hermano y á mí para echarnos su bendicion! Nos hincamos de rodillas junto á su lecho; nos bendijo, y en seguida dirigiéndome la palabra, me dijo: — y tú, mi Eufemia, acuérdate para tu consuelo de la felicidad con que has colmado mis dias; recuerda los nobles sacrificios que te he merecido, y la penetrante confianza de que tantas pruebas me has prodigado!... ¡Oh Dios mio, exclamó, juntando sus manos, derramad vuestra bendicion sobre esta hija querida á quien la piedad filial ha

preservado de todas las pasiones peligrosas! ¡sobre esta criatura, cuyo corazon tan puro no conoció para conmigo la reserva, y que consagró su existencia á la tranquilidad de mis años!..

«A esta terrible bendicion, creí que un rayo iba á caer sobre mi culpable cabeza... ¡A medida que mi padre me hablaba me parecia que el Eterno me maldecía y reprobaba!.... Helada de horror, y anonadada, caí en los brazos de mi hermano.

«Por la tarde de aquel mismo dia mi padre preguntó muchas veces si Rosenberg estaba ya de vuelta..... Yo no podia oírle pronunciar su nombre sin estremecerme, y él lo repetía á menudo. Por la noche se le entorpeció la cabeza, y llamándome de repente, me preguntó si consentiría en dar la mano de esposa á Rosenberg, y añadió: *Esto labraria mi felicidad...* Yo me sorprendí, y derramé un torrente de lágrimas; y á pesar de su delirio me persuadí que ya habia concebido esta idea algunos meses antes, y en efecto no me equivocaba.

«Al dia siguiente cayó en una especie de letargo, y á las diez de la noche, tomándole el médico el pulso, declaró que ya no existía; prorumpí entonces en gritos lamentables, y me sacaron del gabinete.

«Yo no sé lo que fué de mí, en aquellos momentos; y cuando volví en mi acuerdo al cabo de algunas horas, me encontré tendida sobre el lecho en los brazos de mi hermano y de madama de Merthal..... Cuando este se separó de nosotras, me entregué á todo el exceso de la desesperacion, nacida de la naturaleza y de los remordimientos, y no me fué posible aplacar el grito de mi conciencia hasta que condescendieron en que me encerraria en el claustro, renunciando para siempre á Rosenberg... En vano madama de Merthal me hizo varias reflexiones acerca de que no podia yo tomar un partido tan

violento sin el consentimiento de mi esposo..... ¡Ah! la dije, él prestará su consentimiento, pues que no contempló serle necesaria para su felicidad.— Vos sois injusta, me contestó; el conde, es verdad que no abriga vuestra sensibilidad; pero su noble corazon no es por eso menos susceptible de un grande afecto; contentaos de sus sentimientos, pues que os ama con toda la fuerza de su carácter y con toda la grandeza de su alma.— ¡Ay! repliqué apegada en llanto, ¡solo debo en adelante llorar al mejor de los padres, y mi falta!..... En efecto, yo hubiera insistido en esta resolucion, si el cielo, penetrado de mi dolor y arrepentimiento, no se hubiese dignado obrar un milagro que acabó de estrechar para siempre el nudo que me unia con Rosenberg. Al dia siguiente no ví á mi hermano; pues tal era lo intenso de mi dolor que ni pregunté por él, ni pude levantarme. Al anocheecer, el exceso de mi abatimiento me proporcionó algunas horas de descanso. Disperté á las tres de la mañana, y oí un movimiento extraordinario en el palacio; entre el rumor distinguí unos gritos que no me dejaron duda de que era la pompa fúnebre de mi padre. Me precipité entonces fuera de la cama para postrarme en el suelo que inundaba con mis lágrimas; pero acudieron mis doncellas y me volvieron á meter en cama... En este momento madama de Merthal fuera de sí entró en mi gabinete, diciéndome: —Estoy encargada para prepararos á que recibais la noticia de un acontecimiento el mas maravilloso... — ¡Oh Dios! ¡oh Dios! exclamé, ¿pues qué ha sucedido?.... —Reunid todas vuestras fuerzas, continuó, y dad gracias al cielo...—Acabad... acabad, ó yo me muero...—No, otra persona debe anunciaros que el elector... Al pronunciar este nombre, abrieron la puerta y compareció Rosenberg... ¡Ah! su sola vista me reanimó!.... Le tendí los brazos, y se

precipitó de rodillas ante mi lecho diciéndome:—el elector solo estaba alestargado, el médico que condujo lo sacó de este estado, y responde de su curacion. Sin embargo, Eufemia, continuó con un tono bajo y trémulo, perdonadme los remordimientos que tantas lágrimas os han costado; ¡el cielo se ha aplacado y bendecirá nuestra futura suerte!... Su llanto le impidió proseguir... ¡Oh momento de felicidad sobrenatural!... ¡Estraordinario contento que mi imaginacion no hubiera podido jamás concebir!... Mi padre, á quien habia ya dos dias que le contaba en el descanso eterno; mi padre vivia, y era Rosenberg el que acababa de sacarlo del sepulcro..... Estas palabras de indeleble memoria las oí yo misma de la boca de Rosenberg: encontré en fin en mi adorado esposo una sensibilidad igual á la mia, y ví por la primera vez correr sus lágrimas.

«Entró en seguida mi hermano, quien quiso que Rosenberg me participase este grande acontecimiento. Yo me esforzé para levantarme, y mi esposo me condujo á los brazos de mi padre.

«¿Con cuánta delicia trascurrieron para nosotros este y los ocho dias posteriores!.... ¡Dos veces mi padre era deudor de su vida á Rosenberg!... Casi libre ya de los remordimientos que me afligian, me entregué á las mas lisonjeras esperanzas; y particularmente creí que en adelante Rosenberg se portaria conmigo del mismo modo que en los ocho dias anteriores.

«Tan pronto como mi padre entró en una perfecta convalecencia, conté á Rosenberg todo cuanto me habia dicho en su delirio, y le añadí que estaba cierta de que antes ya de su enfermedad habia formado la idea de unirnos, en prueba del afecto que le merecíamos.—Sí, me contestó el conde, estoy persuadido de lo mismo.—Y bien, le dije, convengamos entre

los dos los medios que debemos emplear para que se decida á ello.—Esto es inútil. Ayer él mismo se dignó ofrecerme vuestra mano.—¡Oh cielo! —Y con el modo mas respetuoso y reconocido, le refusé el ofrecimiento. A estas palabras quedé petrificada. Pensad, continuó el conde, que solo en el caso de que se hubiese declarado nulo nuestro himeneo, podria acompañaros por segunda vez al altar. Así es que para no proceder á una profanacion impia, seria necesario declarar al elector que hace ya mas de diez años que soy esposo vuestro. Sin duda que nos perdonaria esta falta; pero seríamos menos caros á su corazon, su felicidad se disminuiria, y llenaríamos sus ancianos dias de pesar. Hasta ahora hemos podido guardar el secreto en favor de nuestro interés; ennoblezcamos pues este artificio, prolongándolo para su propia dicha. Por otra parte yo no vacilaria un instante en sacrificar la ambicion á la gloria. Por el mismo hecho de entregarme mi soberano su hija, el brillo de la recompensa eclipsaria el mérito de cuanto hice en su servicio, y prefiero que quede para conmigo con la obligacion de una deuda que no le sea posible desquitar. Este modo de producirse tan orgulloso y frio me hizo conocer claramente que Rosenberg no desmentia el concepto que habia formado siempre de su carácter. No pude contener mi llanto, pero me impuse el silencio. Esta alma altanera podia á veces enternecerse y aun conmoverse fuertemente, mas no abrigaba la sensibilidad, á lo menos en muchos lances de la vida.

«Rosenberg me dió muy pronto un pesar inesperado. Pidió y obtuvo la embajada de Francia, y partió. Todo cuanto habia hecho en servicio de mi padre, habia aumentado todavía mi afecto hácia él, y esta ausencia, que duró tres años, me llenó de amargura, pues que, segun su costumbre,

me previno que no me escribiría. Sin embargo, al cabo de año y medio, por un capricho que no he podido jamás adivinar, me escribió una sola vez, al hacer un pequeño viaje, cuyo motivo ignoro, por una provincia de Francia. Esta carta, cuyo sobre iba dirigido á Blomer, estaba concebida en unos términos tan tiernos, cual podía mi corazón desear. Solo me hablaba de sus sentimientos con toda la fuerza de la espresion; y esta era la primera carta que recibía de él despues de nuestro enlace, esto es, en doce años. Este escrito me consoló y aun me fortificó; todos los dias de correo lo volvía á leer, pues que no tuve el gusto de recibir mas letra suya.

«Por fin, regresó, y algunos meses despues de su vuelta, me asaltó la pena mas acerba: perdí á la respetable amiga que desde mi infancia me hacia las veces de madre: murió madama de Merthal; y fué escesoivo mi dolor, aunque Rosenberg nada descuidó para distraerme. Sin embargo desde su vuelta de Francia, conocí constantemente en la conducta que observaba conmigo, mas dulzura, miramientos y terneza. De este modo pasaron cinco ú seis años. Ya vivía mas satisfecha de su comportamiento, y por consiguiente mas feliz, cuando el repentino cambio de su humor me sumerjió en nuevos pesares, mas amargos aun que todos los que ya me habia hecho probar. Sin motivo ninguno aparente, se le vió de pronto sombrío, distraído, feroz y extravagante. A pesar del dominio que conservaba sobre sí mismo, observé, á no caberme duda, que le dominaba un secreto pesar. Cuando me determiné á hacerle alguna pregunta sobre este particular, me contestó con sequedad y dureza, negándome tambien el que le aflijiese ninguna pena; pero en adelante se ha abstenido de verme particularmente. ¡Parece-me que he llegado á serle insopor-

table y odiosa!... Finalmente, para separarse sin duda de mí, y que nos sirva el mar de barrera, se encargó de una comision para Inglaterra. Hace un año que está en Lóndres. ¡Se asegura no obstante su vuelta, y que estará aquí dentro de pocos dias!..

«¡Ya no soy el objeto de su cariño! ¡Ay! ¡qué digo! ¡soy despreciada! ¡Todos los remordimientos, endulzados por el amor, han vuelto de nuevo á destrozar mi corazón con mas violencia que nunca, desde que Rosenberg me trata con tanta ingratitud!.. He aquí, mi querida Olimpia, mi secreto y mi suerte; vos sois á la vez mi confidenta y mi único consuelo.» A estas palabras se precipitó Clara á los brazos de la princesa, la cual, estrechándola contra su seno, le dijo: —¡Oh mi Olimpia, no me abandoneis jamás, y contendré el llanto que derriamo sobre mi destino!»

La historia de Eufemia afligió extraordinariamente á Clara; pero la relacion que acababa de oír le proporcionó el poder hacer algunas reflexiones sobre su propia situacion, las que le sirvieron de algun consuelo. No queriendo Eufemia volver á ver al conde ni en su estado de favorito ni en público, tomó el pretesto, para retirarse á vivir por algun tiempo en el campo, de acompañar á Clara á Niemen, en la posesion que acababa de cederle, cerca de esta ciudad. Esperimentó Clara mucha connoccion en este lugar, en donde su bienhechora se habia unido con Rosenberg por medio de un enlace clandestino. Frecuentaba la capilla, y pedía al Omnipotente que bendijese este desgraciado himeneo, y que enjugase las lágrimas de Eufemia, haciendo que su esposo fuese sensible á sus virtudes y padecimientos. Eufemia aguardaba á Rosenberg con una turbacion indecible. Clara, despues de sus desgracias, experimentaba por la primera vez una curiosidad, de que ella misma se admiraba; y tenia un vivo deseo

de ver á este hombre extraordinario , que le parecía tan culpable en fuerza del afecto que profesaba á Eufemia ; mas aunque detestaba su carácter , le era interesante á su pesar, por la elevacion de sus sentimientos. Al mismo tiempo un secreto presentimiento le hacia temer su llegada y su presencia. La princesa deseaba que ella lo viese, y Clara, aunque temerosa, consintió en ello.

Al dia siguiente de su llegada á Niemen, supo la princesa la vuelta de Rosenberg, y que el elector pasaria á verla con él aquella misma tarde. Eufemia y Clara sentian ambas casi igual agitacion mientras estaban esperando la visita... En fin á las cinco se oyó en el patio el ruido de las carrozas. Clara vió perfectamente á Rosenberg por entre unas celosías, y la sorprendió la imponente gallardía de su noble figura ; pero cuando entró en el salon, detrás del elector, se mantuvo escondida detrás de la princesa, de modo que el conde de pronto no la percibió ; y acercóse á la princesa con un semblante melancólico, que expresaba al mismo tiempo el mas delicado afecto. ¡Cómo es posible no leer en los ojos del objeto amado! Eufemia, satisfecha y afectada hasta el fondo de su corazon, alargó la mano al conde, el cual besándosela, la estrechó con la mas viva conmocion....

El elector, que habia ya contado á Rosenberg la historia de esta jóven Olímpia, que tanto se parecia á la princesa, mandó á Clara que se adelantase... entonces Eufemia la tomó de la mano y la presentó á Rosenberg. ¡Oh cielo ! exclamó este, y se quedó con los ojos fijos sobre ella. Se creyó en efecto que este movimiento era causado por la sorpresa que le ocasionaba una semejanza tan singular ; pero su mirada penetrante y feroz hizo estremecer á Clara, pues á pesar de que poco antes admiraba la dulzura de su fisonomía, sin embargo ella no encontraba ya en su rostro

mas que la expresion de una espantosa severidad.

No obstante Rosenberg disimuló su turbacion ; volvió á tomar la palabra, y la conversacion se hizo jeneral. Llegaron en seguida otros personajes ; pero en lo restante de la noche se apoderaron del conde la tristeza y la preocupacion ; y no pudiendo Clara soportar sus miradas fijas y escudriñadoras, se retiró un poco antes de la cena.

Eufemia habia tambien notado la impresion poco favorable que habia producido en el conde la vista de Clara, y en vano buscaba la razon que lo habia causado. Si él me profesase mas cariño del que le debo, decia Eufemia á Clara, creeria que está zeloso de lo mucho que os amo ; mas ¡ay ! ¡qué le importa ! Pero con todo no puedo adivinar porqué está pensativo : los caprichos son ajenos de su carácter ; y sin embargo dos años hace que se los observo, pero de naturaleza para mí inconcebible.

La vuelta del conde causó á la princesa la mas viva agitacion ; su salud se resintió, y se vió acometida de una calentura que le duró quince dias. Le ordenaron particularmente el sosiego, y pasó este tiempo echada en un sofá de su gabinete. Una mañana que Clara estaba en compañía de la princesa, entró Rosenberg encargado de una comision de parte del elector, y al instante se levantó Clara, salió del aposento, y bajó al jardin. Al cabo de una media hora se encontró á lo último del parque, y dió la vuelta para volverse al castillo ; en este momento oyó pasos precipitados en una pequeña senda sobre su derecha ; y creyendo que la buscaban de parte de la princesa, se dirigió hacia aquel lado ; mas de repente se encontró con el conde de Rosenberg á dos pasos de distancia. Él estaba solo. Clara sobresaltada quiso escapar. — Deteneos, le dijo el conde, que no os entretendré mucho tiempo, pues

solo tengo que deciros pocas palabras... Mas se explicaba con un desorden, conmocion y con una voz tan alterada, que acabó de amedrentar á Clara. Sin embargo ella se detuvo, y manteniéndose de pié, se apoyó contra un árbol. Entonces el conde acercándose se puso delante de ella, y mirándola de hito en hito: ¿Quién sois vos? la dijo, con un tono amenazador. A esta pregunta terrible é inesperada, perdió Clara el color, y su turbada lengua no le permitió contestar. ¿Quién sois vos? repuso el conde, con un acento aun mas espantoso... ¿Cómo se llama vuestro padre?... ¿Conoceis á Montalban?... Clara no pudo tampoco contestar... y no siéndole posible ya sostenerse sobre sus trémulas piernas, se sentó, dejándose caer al pié del árbol... ¡Desgraciada! exclamó Rosenberg, ¡qué espíritu enemigo del reposo de esta infortunada princesa os ha conducido aquí!.. ¡Ah! ¡qué no hayais perecido en las aguas del Ródano, como habia creído! Escuchad. Es indispensable que abandonéis este palacio; es indispensable, pues de lo contrario, os denuncio. Imaginad un pretexto para que mañana por la mañana partais para la casa de la viuda Marcela; allí encontrareis un carruaje que os conducirá á otro pais, en el convento que vos elijais; mi ayuda de cámara os servirá de guia..... ¿hacia dónde quereis dirijiros?... El conde hablaba con tanta precipitacion y con un tono tan absoluto, que demostraba exigir una respuesta pronta y precisa. Entonces reuniendo Clara todas sus fuerzas, le dijo, quiero ir á las Ursulinas de la Rochela..... ¿mas puedo, añadió, escribir á la princesa al tiempo de partir? Y diciendo estas palabras inundaban su rostro las lágrimas... Sí, le contestó el conde; pero de modo que ella ignore para siempre que soy yo quien os obligo á abandonarla; advirtiéndole que si os escapa la mas lijera indiscrecion, todo se lo

descubriré, y le diré vuestro horrible nombre.--Ningun delito he cometido, dijo Clara entre sollozos, y de ello pongo por testigo al cielo..... A estas palabras le echó el conde una furiosa mirada, y volviéndole bruscamente la espalda, se alejó con pasos precipitados, y Clara le perdió de vista luego.

La sorpresa, el espanto y el dolor habian abatido de tal modo las fuerzas de Clara, que estuvo mas de dos horas en el mismo lugar y en la propia actitud en que el conde la habia dejado. Mandó la princesa muchas personas en su busca, y aun la encontraron al pié del árbol. Clara disimuló diciendo que le habia dado una especie de desmayo; lo que se creyó efectivamente, pues no podía dar un paso sin apoyarse en el brazo de alguno. Sobresaltóse Eufemia al verla en aquel estado, y con una palidez que manifestaba cuánto habia padecido; pero Clara esforzándose lo mas que pudo, procuró consolarla. La princesa le contó al momento, que estaba muy contenta de Rosenberg, pues que jamás se le habia manifestado tan tierno, y que le habia pedido que lo recibiese al otro dia particularmente. Clara conoció que el conde habia proyectado consolar á la princesa de la dolorosa separacion, y esta idea endulzaba en algun modo sus pesares. Este dia fué para ella muy cruel, jamás le habia parecido Eufemia tan agraciada y digna de ser querida: todos los testimonios que recibia de su afecto, le atravesaban el corazon, y muchas veces se vió precisada á salir del gabinete, para poder dar secretamente libre curso á su llanto; y al darle el á Dios por la noche para ir á acostarse, estuvo á pique de caerse desmayada en su seno. ¡Era este un último á Dios!.. La desgraciada Clara se separó en fin de sus brazos, se encerró en su aposento, y despidió á sus doncellas, para entregarse libremente á todo su dolor. Cuando creyó que todos estaban ya

dormidos en el castillo, á las doce y media, trató de efectuar un proyecto que habia formado por el dia; quiso antes de marchar ir á orar por la última vez en la capilla en donde se habia desposado la princesa, y con este objeto bajó sola al jardin, lo atravesó, se fué á la capilla, encendió la lámpara, y postrándose delante del altar, exclamó: ¡Oh soberano bienhechor! ¡vos maldecís á los ingratos, y escucháis los ruegos y los votos del reconocimiento! ¡ah! ¡dignaos atender mis súplicas! ¡dignaos derramar la paz y la felicidad sobre aquella que solo ha encontrado en su falta congojas y quebrantos! ¡sobre aquella que ha espiado su debilidad con veinte años de remordimientos!.... ¡Ojalá que pueda depositar esta confesion en el seno paterno, y que un generoso perdon y el amor de su esposo puedan hacerle olvidar tantos pesares!

Despues de haber hecho esta súplica, sintió Clara su corazon algo aliviado, se levantó, y se marchó dejando la lámpara encendida. ¡Ay! dijo, esta es la única prueba de reconocimiento que puedo yo dejar aquí. ¡La luz de esta lámpara durará hasta la noche venidera, y tal vez adivinará Eufemia que yo misma la encendí!.

La desconsolada Clara no se acostó. Habia mandado que los caballos estuviesen prontos al amanecer; pero á las dos, no pudiendo resistir al deseo de volver á ver la princesa una vez siquiera, resolvió pasar á su gabinete; prometiéndose encontrarla profundamente dormida, y con la intencion de contemplarla un solo momento; pensando además que si la encontraba despierta, le diria que la inquietud en que estaba por su salud la habia obligado á ir junto á ella. En efecto Clara pasó al gabinete de la princesa con mucho tiento, pero fué grande su sobresalto al verla levantada, sentada en un sofá, y rodeada de sus doncellas que en vano procuraban calmar los vivos dolores que sentia.

Clara corrió, llorando, á echarse en sus brazos. La princesa le dijo que un violento dolor de cabeza la habia obligado á levantarse, y despidió á las doncellas para quedarse sola con Clara, la cual se encontró en la imposibilidad de poderse marchar, á lo menos aquel dia. A eso de las seis de la mañana, calmaron en fin los dolores de la princesa, y entonces apoyada en el seno de Clara, se adormeció en sus brazos. Clara la miraba con un indecible sentimiento de ternura y de dolor, pensando cuán pronto iba á separarse de ella para siempre.... Al cabo de una hora de un sueño agitado, despertó la princesa nuevamente atacada del dolor, y abrió los ojos: los gemidos que despedía atemorizaron de tal modo á Clara, que iba ya á llamar á las doncellas, cuando de improviso se abrió la puerta del gabinete, y entró el conde de Rosenberg. Clara estaba tan inquieta á causa de Eufemia, que la aparicion del conde, lejos de intimidarla, aun la animó. Su presencia fué para ella un socorro; y le preguntó si seria necesario llamar á un facultativo. En medio de su turbacion iba el conde á dar la orden al efecto, mas se opuso á ello la princesa, á pesar de que parecia que su mal se aumentaba por minutos, y permanecía constantemente en los brazos de Clara, á la cual prodigaba las mas tiernas caricias. El conde estaba de pié enfrente de ella, y la suplicaba inútilmente que permitiese llamar al médico, cuando perdió el color de improviso. Sobresaltóse la princesa, y quedando un momento inmóvil con la vista fija sobre Clara, la separó de repente de sí con violencia, gritando con un tono terrible é imponente: --¡Salid!....» Espantada Clara, creyó de pronto que la princesa deliraba, y le saltaron las lágrimas. --¡Salid, os mando, repuso Eufemia, y no parezcáis jamás delante de mí.» Clara consternada, y confundida, no podia menearse, ni ha-

blar, ni derramar ya una sola lágrima. El conde, que permanecía aun pálido y trémulo, la cojió por el brazo, diciéndole: señorita, obedeced y retiraos... Con estas palabras la sacó fuera del aposento y cerró la puerta tras sí. La desgraciada Clara creyó que un pesaroso sueño la atormentaba, se dejó caer sobre una silla, y allí se quedó anonadada por espacio de tres cuartos de hora. Por fin, se dirigió á ella una ayuda de camara, y de parte de la princesa le entregó un billete, el cual abrió sollozando, y encontró en él el siguiente contenido.

«¡Vos formabais el objeto de mi predileccion, y causais la desgracia de mi vida!... ¡vos á quien adoraba pocos minutos ha! ¡Oh! ¡qué horrible acontecimiento!... Adivinaréis fácilmente la causa examinando vuestro corazon y vuestra conciencia... Quedad á Dios para siempre, partid sin dilacion, de ningun modo intentéis volver á verme, pues vuestra presencia me causaria la muerte.... Llevaos todos los regalos que os hice, volveos para Francia, mis beneficios os seguirán por todas partes.»

Este inesplicable y espantoso billete sumerjió á Clara en un estado que abatió todo su valor; sin duda que ella habia soportado accidentes aun mas terribles, pero siquiera habia conocido la causa de ellos; mas este le era del todo inconcebible..... No era seguramente la calumnia la que le ocasionaba la pérdida de la princesa; tampoco era el descubrimiento de su funesta historia y de su verdadero nombre; este incomprendible cambio habia sido obra de un minuto, sin que nadie hubiese hablado una palabra, ni se hubiese hecho una seña; y sin que la misma Clara hubiese tampoco hablado. Eufemia habia pasado, sin causa ninguna aparente, de la ternura á la cólera, al odio.... y al mismo tiempo el conde se habia turbado visiblemente; este hombre, que tenia tanta calma, sere-

nidad y orgullo, se puso pálido y trémulo.... ¡Qué desgraciado enigma! ¡qué impenetrable misterio!.. La sorpresa, el temblor y la congoja turbaron la razon de la infeliz Clara. Nada pudo decidirla á salir de la antecámara en donde el conde la habia abandonado; en vano le pasaron muchas veces el recado de que los caballos estaban prontos: — No, no, esclamaba, de ninguna manera me arrebatarán de aquí, aquí quiero yo morir.... Tal vez mis acentos llegarán á oídos de la princesa, y oirá que espirando repito mi inocencia... Ella me descubrirá este inaudito misterio; y podré justificarme antes de despedir mi último suspiro.... Sin embargo, siento que se debilitan mis fuerzas.... ¡Oh Dios! sostened mis dias desfallecientes! ¡oh haced que muera á los piés de mi bienhechora, cuando se haya convencido de mi inocencia! ¡Ay! ¡debo acaso llevar hasta el sepulcro el odio de todo lo que es mas grato á mi corazon! » Mientras que Clara se esclamaba de este modo con toda la vehemencia de un intenso dolor, daba repetidos golpes á la cerrada puerta de la estancia de la princesa, y solo interrumpia su lamentable quebranto para llamar con gritos mas lastimeros.... En fin oyó pasos, y abrieron en seguida la puerta. Clara se precipitó para entrar; mas se encontró detenida por el conde de Rosenberg. — Hombre terrible y bárbaro, exclamó, será menester que me mateis para impedirme la entrada; ya no os temo, la desesperacion sabe atropellarlo todo; quiero ver á la princesa....—No está ya en palacio, le dijo el conde.— ¡Justo Cielo! esclamó Clara.—Mas de una hora hace que ha partido.—Quiero seguirla.—Esto es imposible.—¿Cómo?—Ha partido á tomar las aguas que distan de aquí cien leguas....» Al oír esto Clara, perdió toda esperanza, apenas podia sostenerse, é iba á caer desmayada: sostúvola el conde, y la dijo: — Pasad á

vuestra estancia y dad las órdenes para la marcha; partíos sin dilacion para la casa de la viuda Marcela; allá encontraréis el carruaje y caballos que os conducirán á la Rochela.... —Pues que Dios así lo dispone, preciso es conformarse con su voluntad, » dijo Clara con voz amortiguada; y apoyándose en el brazo del conde, este la acompañó sin aspereza, y aun pareció enternecerse.... Al llegar á la puerta del aposento le tomó el conde la mano y la estrechó contra las suyas: —Jóven infeliz, le dijo con voz alterada, reunid todo vuestro valor, del que tantas pruebas habeis manifestado.... ¡Oh! ¡apláquese en fin la divina justicia que tanto os persigue! » y al decir esto el conde, la dejó precipitadamente y desapareció. Conmovida intimamente Clara, lo llamó, aunque en vano; escribió en seguida á la princesa algunas líneas dictadas por el dolor, hizo que llevasen su ropa, pero dejó todas las alhajas debidas al cariño, sus dijes y sus diamantes, y anegada en llanto se separó finalmente de aquel lugar tan querido. Partió, hizo que la condujesen á la ciudad en casa de la viuda Marcela, en donde encontró un coche con seis caballos de posta, y entró en él encomendándose á la Providencia... Fuera de las puertas de la ciudad la aguardaba un hombre montado, el cual se colocó al lado de la portezuela, la acompañó constantemente con todo zelo y respeto, y pagó por todas partes los gastos que se hacian y los de la posta. Hasta entonces solo se habia ocupado Clara del repentino é incomprensible enojo de la princesa; mas despues de haber discurrido en vano sobre todas las conjeturas y todas las suposiciones, para descubrir el motivo, sus pensamientos recaian de nuevo en el conde de Rosenberg; de ningún modo penetraba cómo habia podido reconocer en ella á la desgraciada Clara, y aun menos concebía el sentimiento que habia podido hacer-

le perder el color, antes que la princesa espresase su violenta indignacion; y ni tampoco el desórden y profunda ternura que él habia dejado entrever, al tiempo de abandonarla... Clara se admiraba todavia mas de no abrigar en su corazon el resentimiento que naturalmente habria debido tener para con este hombre tan altanero que la habia tratado con tanto rigor, y con una autoridad que no estaba fundada sobre ningun derecho. Despues de haber hecho sobre su desgracia cuantas reflexiones le sugeria su entendimiento, y no pudiendo separar un solo instante de su imaginacion á la princesa y al conde. —¿Qué es lo que ha pasado pues entre ellos dos? se decia á sí misma, ¿qué tengo yo de comun con sus secretos? ¿cómo he podido pues parecer culpable á sus ojos, en un solo momento y sin haber proferido una sola palabra? ¿cómo soy yo la víctima culpable de este terrible misterio? ¡y me escribe la princesa que me es fácil penetrar la causa de este desgraciado acontecimiento!... Y adornada con un carácter tan noble, con tantas virtudes, despues de haberme colmado de beneficios, ¡me condena sin quererme decir cual es mi delito, me echa sin querer escucharme!...» Durante todo el camino no pudo Clara separar un instante de sí estos tristes recuerdos que despedazaban su corazon y confundian su juicio. Como el conde le habia ordenado que se retirase á un claustro, habia preferido entrar en el de las Ursulinas de la Rochela, tanto para estar mas cercana á la quinta de Jerson, como porque la jóven Honorina le habia hablado muchas veces de este convento en el cual habia cumplido su primera comunión. En efecto condujeron á Clara al convento de las Ursulinas en la Rochela. Su guia habló un rato en particular con la superiora, y le pagó un año de pension adelantada. Clara, siempre bajo el supuesto nombre de Olimpia,

fué admitida luego; y al momento en que iba á entrar dentro del monasterio, se le acercó el guía, le entregó un cofrecito, y al punto se marchó. Acompañaron en seguida á Clara á una cómoda estancia, le dijeron que su pension, en la cual iba comprendido todo lo perteneciente á su alojamiento y manutencion, estaba pagada por un año adelantado.

Cuando Clara estuvo sola, abrió el cofrecito, y encontró en él mil ducados y una carta cerrada, cuyo contenido era el siguiente;

«Manteneos para siempre encerrada é ignorada en un claustro, y recibiréis cada año una suma igual á esta. Se os pagará además vuestra pension. Estos ofrecimientos son permitidos á un hombre de mi edad, y que os ha privado de la suerte mas feliz. Olvidad el mundo, tened presente lo pasado para no pensar en lo sucesivo mas que en Dios.»

«Quemad esta carta.»

La grandeza de alma se asocia perfectamente con la cristiana humanidad. Hay algo tan noble como el desprecio del brillo y de las riquezas que inspira la religion.

Clara no titubeó en decidirse á despreciar este ofrecimiento; tomó la pluma, y trazó la siguiente respuesta:

«La que ha dejado en Niemen los diamantes que habia recibido de la mano mas querida, no recibirá de ninguna otra beneficios, sin los cuales puede pasar. Sé vivir de mi trabajo. Os habeis dignado pagar mi pension por un año, no puedo rehusar esta dádiva, la acepto con respeto y reconocimiento; pero no admitiré ninguna cosa mas.

«Me mantendré encerrada é ignorada, no para obedecer unas órdenes, cuya autoridad no me es posible conocer, únicamente sí para satisfacer mi voluntad, y sustraerme en adelante á la injusticia de los hombres.»

Dobló la carta, cerróla, le puso el

sobre, se fué á encontrar á la superiora, y le suplicó que le proporcionase un banquero que se encargase de hacer pasar á Alemania una partida de dinero y una carta. En efecto al cabo de tres dias un banquero se hizo cargo del dinero y de la carta, y lo remitió al conde de Rosenberg.

El mismo dia de su llegada al convento, experimentó Clara un movimiento de alegría, pues encontró en él á su joven amiga Honorina, la cual queriendo ser religiosa, acababa de tomar el velo. No dejó Clara de envidiarle su destino; pues que si ella hubiese podido disponer de sí misma, no hubiera titubeado en consagrarse á Dios irrevocablemente. Pero además de que su situacion no se lo permitia, porque en este caso le habria sido indispensable declarar su verdadero nombre, se acordaba de haber prometido al padre Arsenio que no se comprometeria tampoco por ningún voto interior.

Pidió con mucho interés á Honorina noticias de su familia, y se las dió satisfactorias; contándole que ella habia sido siempre protegida de Valmore, quien despues de la tregua habia marchado á Paris.

Sin embargo, todo anunciaba en la Rochela que iba á renovarse la guerra con mas ardor que nunca. Dos meses habia que estaba Clara en esta ciudad, cuando los calvinistas, atropellándolo todo, declararon de repente que el culto católico quedaba abolido, que no seria permitido en adelante hacer votos religiosos, y que todos los enclaustrados podian salir de sus conventos y usar de su libertad. Abriéronse los claustros, mas las religiosas guardaron la clausura con la misma exactitud. Se las habia dejado árbitros de elegir entre el *himenio* y el *celibato*, entre el mundo y la soledad. No se dudaba de que tales ofrecimientos despoblasen en un dia todos los monasterios: así se engañan algunos hombres que, aun-

que muy hábiles en otras materias, conocen muy poco al corazon humano (tan diverso en estos sentimientos), creyendo que es imposible reverenciar lo que ellos desprecian, y que no se amé todo aquello que los seduce. Este error es, en algun modo, la excusa de las faltas políticas que han derivado de él.

Las religiosas contestaron que preferian la soledad al bullicio del mundo. Se les había invitado en nombre de la humanidad y de la naturaleza, á volver á entrar en la sociedad, y su negativa fué imputada á fanatismo; y se decidió que se las echaria de los claustros. No obstante no se ejecutó sobre la marcha este acto de violencia. Durante tal conflicto, atemorizada Clara, y temiendo perder su asilo, tuvo el consuelo de volver á ver al padre Arsenio. Este religioso se habia apresurado á entrar en la Rochela para servir á la religion y á los católicos perseguidos. — ¡ Ah! padre mio, le dijo Clara, ¿ qué tiempo habeis escogido para venir aquí!... — El del peligro, le respondió el buen religioso; en estos casos es cuando debemos trabajar: cuando todo esté pacífico, entonces me volveré á mi celda. — ¡ Ay! las iglesias están cerradas y profanadas. — No os aflijais, hija mia: Dios no nos abandonará, ni nos faltarán tampoco templos mas dignos aun de él. » Prosiguió en seguida confortando á Clara, la que, siempre humilde y sumisa, le prometió seguir sus sabios consejos. Entrególe en seguida el religioso el cofrecito lleno de dijes y de diamantes que ella habia dejado en Niemen. La princesa, antes de marchar, habia mandado que enviasen á Clara todo lo que se le hubiese olvidado, ó dejado espresamente. El cofrecito fué remitido á la viuda Marcela para que lo hiciese llegar á manos de Clara, pero como ignoraba su paradero, lo habia enviado al padre Arsenio al efecto. Rehusó aquella, primeramente, recibir estas joyas; mas el religioso

le hizo entender que esto seria faltar al respeto á la princesa, y por fin logró convencerla. Clara con las lágrimas en los ojos le hizo mil preguntas acerca de Eufemia; á lo que le contestó el padre, que Marcela solo le habia mandado decir que la princesa permanecia en las aguas. Esta conversacion renovó todos los pesares de Clara, aunque encontró algun alivio en sus penas, confiándolas al religioso. Este amigo se lamentaba con ella de la desgracia que siempre la habia hecho parecer culpable, y que no le dejaba otro refugio que el de su propia conciencia.

Se supo muy en breve que Luis XIII se ponía en marcha á la cabeza de su ejército para reducir en persona á los rebeldes. Se habia adelantado el cardenal de Richelieu llevando el destino de jefe y superintendente de la navegacion y del comercio de Francia. Es seguramente admirable el ver á un príncipe de la iglesia en medio de los campamentos mandar á jenerales franceses: pero lo es aun mas su serenidad é intrepidez, sus talentos y constancia, en una empresa que tan cara costó á sus enemigos; y el suceso que coronó en seguida esta infatigable perseverancia, fué el acontecimiento mas útil y glorioso de su ministerio.

Sin embargo todos estos grandes preparativos no alarmaron á los de la Rochela; pues que estaban esperando una escuadra inglesa mucho mas considerable que las dos primeras batidas por Toiras, Schomberg y el comendador de Valancey; estando aun al cargo de este último el rechazar á esta tercera armada tan formidable, enviada por el duque de Buckingham, quien estaba tan impaciente como los mismos rebeldes de la llegada de la escuadra á aquella ciudad. Los talentos y el valor que preparan los triunfos en la guerra, hacen que se conciben las mas halagüeñas esperanzas de alcanzar la gloria; y por esta mis-

ma razon esparcian aquellos este feliz presentimiento. El duque de Rohan, jefe de los Calvinistas, ponía todo su conato en moderar la violencia de sus resoluciones: algunas veces lo conseguía, pero muy á menudo daba al traste con su intento. Un jefe de facciosos nunca tiene mas que una autoridad aparente. El espíritu de independencia que causa las revoluciones, no admite absolutamente la verdadera subordinacion; y los cómplices aspiran todos á la igualdad. Apesar de la oposicion del duque de Rohan, se decretó que los individuos de ambos sexos empeñados por votos religiosos dejasen sin demora sus monasterios, que vistiesen el traje secular; que ningun sacerdote católico celebrase los divinos oficios, ni administrase los sacramentos, bajo la pena de ser multados ó encarcelados. Las hermanas de la Caridad, doblemente útiles en una ciudad sitiada, obtuvieron el permiso de continuar con su hábito. Se decidió tambien que se establecerian dos hospitales, uno para los militares de la guarnicion, y el otro para los prisioneros heridos. Casi todas las hermanas de la Caridad fueron destinadas al servicio del primero, y quedó el vasto edificio de las Ursulinas para el segundo. Todas las religiosas de este convento solicitaron quedar en él para cuidar de los heridos, bajo la direccion de cuatro hermanas de la Caridad; y como se habian dedicado hasta entonces á la educacion de la juventud, por cuyo motivo eran muy reverenciadas, fué concedida su demanda, bajo la condicion de que vestirían un hábito á poca diferencia como el de las hermanas de la Caridad. Despidieron á todas las pensionistas; pero como Clara no asistía á las clases, y prometió ayudar á las hermanas en el servicio, le permitieron quedarse.

Era tal la necesidad que habia de estas hermanas, que se hizo á favor de ellas una muy particular excep-

cion permitiéndoles un sacerdote, aunque con la prohibicion de todo cántico de iglesia, previniéndoles además que solo podian oir la misa al amanecer, y sin admitir á otras personas. Así fué que estos dos hospitales fueron las dos únicas casas de la ciudad en donde se toleraba el culto católico. Clara dió gracias á Dios, desde el fondo de su alma, por haberla colocado en uno de estos parajes privilegiados, y encontró un gran consuelo en dedicarse al servicio de los prisioneros realistas... Ella sabia que Valmore estaba en el ejército... Este pensamiento le hacia derramar lágrimas muchas veces... Con el objeto de no ser vista ni reconocida de ningun hombre, llevaba siempre una espesa y larga gorra negra, muy caida sobre el rostro, cuyo tocado habian adoptado las Ursulinas. De este modo Clara, llevando tambien como ellas un vestido negro, podia estar segura de no ser reconocida. Honorina era su compañera inseparable, y como no habia concluido aun su noviciado, no pudo profesar, pero contemplándose consagrada á Dios, no quiso dejar á sus compañeras.

Estalló la guerra, y al momento tuvieron que dedicarse al cuidado de los heridos. Todos los dias se informaba Clara temblando, de los nombres de los prisioneros que conducian al hospital.... Ella es verdad que no los curaba, pero ayudaba á las hermanas, y les preparaba las cosas necesarias para la curacion. No podia mirar las heridas de estos valientes sin estremecerse; y un secreto sentimiento unido á la humanidad, afligía en extremo á su corazon compasivo. Asaltábala á menudo otra idea aun mas terrible, haciéndole derramar un torrente de lágrimas. ¡Ay! esclamaba, ¡dichosos todavia aquellos que en este último combate han salido solamente heridos!... ¡El campo de batalla ha quedado sembrado de cadáveres!...

Solo encontraba alivio en estos fincbres pensamientos, encerrándose en su celda, é implorando todas las bendiciones del cielo sobre los guerreros del ejército realista.

Una mañana fué á verla el padre Arsenio, con el objeto de darle un aviso importante. — Hija mia, le dijo, redoblad la prudencia, y encubrid con mas cuidado que nunca. Montalban está dentro de la plaza.... — ¡Oh cielo! exclamó Clara. — Sí, hija mia, continuó el respetable padre, este desgraciado cargado de deudas, despues de haber frustrado la esperanza de sus acreedores por medio de la fuga, se ha pasado al partido de los enemigos de la Francia para unirse con los rebeldes. Aquí está, y segun dicen, tiene mucho valimiento con el duque de Rohan. Yo lo he encontrado, me ha visto y conocido, y sus feroces miradas me han hecho concebir lo muy bastante cuantas persecuciones me aguardan. Él cree que vos ya no existís; pero sabe que os he dirijido la conciencia desde vuestros mas tiernos años, sabe tambien que os he seguido al cadalso, y que mi corazon encierra el secreto de vuestra inocencia.... — ¡Ah padre mio, exclamó Clara, él será la causa de vuestra perdicion! — Circunscrito en las funciones de mi ministerio, no podré ser delatado como á faccioso ni intrigante; y si acaso, solo podrán perseguirme por la única causa por la que perderia mi vida gustosamente. Por vos sola temo, hija mia. Vivid con mucha precaucion. Encubrid siempre el rostro, hasta en vuestra propia celda en donde pueden entrar tal vez impensadamente.»

Esta conversacion llenó á Clara de terror é inquietud por el venerable religioso.

Ella habia propuesto perfumar las salas de los enfermos dos veces al dia, y se encargó de este cuidado. Una mañana que recorria las salas quemando perfumes en una pequeña

taza de alabastro, abrieron la puerta, y se presentó el duque de Rohan. Estremeciósese Clara al oirle nombrar, pensauo que acaso Montalban iria en su acompañamiento, pero no fué así. El duque iba á visitar el hospital: pero mirando á Clara con sorpresa, le hizo impresion su figura, que, aunque con el rostro encubierto, presentaba un talle majestuoso y una proporcion perfecta, admirándote asimismo la pulidez de sus manos cuya blancura escedia á la del vaso que llevaba. Preguntó en seguida á las hermanas que le acompañaban, si tambien era religiosa, y le respondieron que era una jóven huérfana, que sin haber contraído voto alguno, se consagraba al servicio de los enfermos. Clara solo procuraba retirarse; pero para salir le era indispensable pasar por delante del duque, y este la detuvo hablándole del modo mas cortés. El metal encantador de su voz, y sus respuestas nobles y modestas, acabaron de interesar al duque, y despues que ella se hubo despedido, no pudo menos de seguirla con la vista, y preguntando si era hermosa, le contestaron que parecia un ángel, cuya idea se le grabó en la imaginacion.

Demasiado fundados eran los temores que habia concebido Clara por el padre Arsenio; pues á los cinco ó seis dias de su conversacion, este virtuoso anciano fué arrestado por delacion de Montalban, y le llevaron á la cárcel como fanático, encerrándole en un calabozo. Este respetable sacerdote solo se habia atrevido á ir al hospital una vez á la semana, y así fué que Clara no supo su desgraciado acontecimiento hasta al cabo de ocho dias. Entonces consultando solo con su propio corazon, mandó una carta al duque de Rohan dictada por ella misma, y escrita por Honorina, en la cual suplicaba á este principe que le concediese una breve audiencia; y aquel mismo dia recibió la contestacion de puño propio del duque, in-

vitándola á que fuese á su palacio á las siete de la tarde. En efecto, acompañada Clara de la mas vieja de las hermanas de la Caridad, estaba ya en palacio antes de la hora indicada; y manteniéndose siempre cubierta con el velo, sin querer separarse de su Mentor, entró con ella en el gabinete del duque á quien encontraron solo. Al momento fué á echarse á los piés de este príncipe para pedirle con la mas vehemente elocuencia la libertad del padre Arsenio. Conmovido y enternecido el príncipe, la hizo sentar, y la interrogó, mas bien para oír su metal de voz, que para instruirse de un negocio que consideraba de tan poca importancia. Clara hizo el mas penetrante elogio de las virtudes del padre Arsenio. Escuchábala el príncipe con una profunda admiracion, y cuando ella acabó de hablar, le dijo este despues de un momento de silencio, que el relijioso era acusado del fanatismo sedicioso mas exaltado y estravagante; él ha sido delatado como tal, prosiguió el duque, por un hombre de mundo, el mas zeloso partidario de nuestra causa, por Montalban..... Al oír este nombre se estremeció Clara..... pero, continuó el duque, yo solo quiero persuadirme de vuestras razones, y os concedo su libertad: sea él en adelante mas circunspecto, y vivirá tranquilo bajo la sombra de vuestra proteccion. Clara manifestó su reconocimiento con la efusion del contento mas espresivo, y el conde le previno que guardase el secreto de la particular entrevista que tenia con él; lo que acabó de completar los deseos de Clara. Yo mismo quiero, añadió, que Montalban la ignore; pues que seria demasiado difícil persuadirle que, escuchándolos, solo he cedido á la razon y á la humanidad; y es necesario que un jefe de partido parezca inaccesible á toda clase de seducccion. ¿Y quién podria además creer que, habiendo venido á pedirme una gracia,

salieseis de mi gabinete, sin haberos quitado el velo!..... A estas razones, contestó Clara que habia hecho voto de ir siempre cubierta con él, mientras durase la guerra. No sorprendió al duque semejante respuesta, pues era bastante jeneral en aquel siglo el hacer varios votos. Sin embargo, añadió Clara, esta ciudad es un campo, las mujeres deben no hacerse públicas en él, y solo nos conviene, durante el curso de estas calamidades, un duelo profundo y absoluto recogimiento. Señora, repuso el duque, cualquiera que sea el voto que os impulsiereis, nunca podeis oscureceros, y la persona que os entrevea sin duda no podrá olvidaros; al decir esto, y arrojándose al despacho, escribió y firmó la orden para la libertad del padre Arsenio.

Recibió Clara la orden, y con la mayor precipitacion se dirigió á la cárcel, á donde llegó con su compañera á las ocho y media de la noche. Quiso ella misma ir á su vez á dar la libertad á su jeneroso libertador. Se le franquearon las puertas; pero ignoraba cuál era el calabozo, despedazándosele el corazon al bajar la estrecha y húmeda escalera que conducia al subterráneo en donde estaba encerrado. ¡Oh Dios! exclamó, ¿en qué espantoso subterráneo nos acompañan? En el mas profundo de todos, respondió el carcelero; estaba prevenido que se usase del mayor rigor para con este viejo; es el calabozo destinado para los malhechores, carece enteramente de luz, y á los que cabe tener la desgracia de estar encerrados en él se les tiene á pan y agua y aherrrojados de piés y manos. Se dijo que era traidor y que conspiraba, mas segun parece, se han engañado, cosa que acontece algunas veces; yo estoy bien contento de este viejo, pues es afable y paciente. Durante este discurso, Clara, pálida y temblando, se apoyaba estremecida en el brazo de su compañera, y aunque

sentia que sus fuerzas la abandonaban, marchaba no obstante á pasos precipitados.... En fin llegaron á la puerta del subterráneo, abrieron, y Clara, temerosa de causar un funesto sobresalto al padre Arsenio, se quedó un momento escondida detrás de la puerta que estaba entreabierta, y entró solo el carcelero. A la luz de la linterna, percibió Clara, sin ser vista, al piadoso viejo sentado sobre una piedra. Una fuerte cadena tenia su cuerpo sujeto y arrimado al muro, y sus manos cruzadas sobre el pecho estaban tambien encadenadas; el mismo habia perdido y alcanzado que se las dejasen en aquella actitud, y se le veían los pies aherrrojados con unos enormes anillos de hierro. Puesto en este estado, la dulzura y serenidad de su fisonomía daban á su persona un sublime carácter de santidad. El carcelero que habia prometido á Clara le prevendría con cautela, le preguntó que tal se encontraba. — Bien, amigo mio, le respondió sonriéndose. — No obstante parece que estáis bastante pálido... — Mi cuerpo sufre, es cierto, pero ¡mi alma está tan tranquila, tan satisfecha!.. — Este estado no será duradero. — Así confío. — Quiero decir que saldréis de aquí bien pronto. — No lo creo. — Y como veo que vos no sois furioso, como suponían, quiero, apesar de todo, quitaros las cadenas... — No, no, exclamó Clara, precipitándose dentro del calabozo, no, yo soy la que debo quitárselas... — ¡Oh hija mia! prorumpió el viejo, ¿no aventurais nada viniendo á este lugar?... — ¡Ah! respondió Clara, mi vida os pertenece, es uno de vuestros beneficios, y aun antes de debérsela, la habría dado por vos.... Pero tranquilizaos, es el duque de Rohan, él mismo, quien os protege, y os da la libertad. Mientras decía estas palabras, se esforzaba todo lo posible para libertarle de las cadenas; mas sus delicadas manos apenas las podian sostener, y las inundaba de

lagrimas en tanto que el carcelero se las quitaba. Aliviado el padre Arsenio del peso de los hierros, se quiso apoyaren el brazo que Clara le ofrecia, pero no le fué posible levantarse. La humedad del calabozo, ocho dias de un horrible padecimiento, un riguroso ayuno, la absoluta falta de sueño, le habian debilitado tanto las fuerzas, que parecia no quedarle mas que un soplo de vida; y como además se le habian hinchado y entumecido las piernas, no podia moverlas, ni tampoco lo sostenian. Él mismo creia tocar á sus últimos momentos. — Hija mia, exclamó con voz amórtiguada, quisiera vivir para recompensaros de vuestros cuidados, pero... y no pudo acabar: su pesada cabeza se inclinó sobre el hombro, y se le cerraron los ojos. — ¡Dios, Dios! gritó Clara fuera de sí, ¡él muere!... ¡Oh mi único apoyo, mi ángel tutelar, vos me abandonais!.. ¡Oh! ¡responded siquiera una vez á vuestra desventurada hija; bendecidla!... A estas palabras, el padre Arsenio entreabrió los párpados, y esforzándose á levantar su desfalleciente y helada mano: — Hija mia, le dijo, á cada instante os echo mi bendicion. Mas ¿porqué os entregais á la desesperacion? ¿en dónde está, pues, vuestra fe?... — ¡Oh padre mio! ¡veros morir sobre esta piedra y en este horrible calabozo!.. — ¡Pensad cuál es la causa que me ha conducido aquí!... Pensad que en este momento, particularmente, contemplo con arrebató este calabozo, estas cadenas; y que el mas dulce pensamiento que puede representármese es el de los males que he sufrido sobre esta piedra.... Bendecid y dad conmigo gracias al Señor... Y al decir estas palabras volvió otra vez á inclinar la cabeza, cerráronse los ojos, y despidió un profundo suspiro... — ¡El espira! exclamó Clara con un grito lamentable... Arrimóse la hermana de la Caridad, cojió el brazo del padre Arsenio, le tomó el pulso,

y calmó á Clara asegurándole que solo era un desmayo. En efecto, consiguieron hacerle recobrar los sentidos; pero era tan grande su debilidad, que no se hallaba en estado de poder articular ni una sola palabra; y por medio de una gratificación consiguieron que el carcelero lo trasportase al carruaje que esperaba á Clara á la puerta de la cárcel. Dirijéronse al hospital, en donde las hermanas, que lo conocian, lo recibieron con solicitud. Colocáronle en un aposento separado que daba á la sala grande de la enfermería, se le destinó un enfermero, y además, Clara lo veló toda la noche. El médico le encontró calentura, y declaró que veía pocos recursos en el estado de un anciano estenuado por una forzada abstinencia, y que cargado de cadenas, habia sufrido el suplicio de estar amarrado á una piedra, sin poder acostarse, ni dormir, ni cambiar de posicion durante ocho dias. Seria media noche cuando recobró el uso de la palabra para pedir los sacramentos, y se los administró el capellan de la casa. Al cabo de una hora de haberlos recibido, entreabrió la cortina de su cama, y mirando á la inconsolable Clara: — Mi muy amada hija, le dijo, yo me muero en paz, cierto de que el verdadero, el supremo Protector, nunca me abandonará. » Clara soló contestó con su llanto. El le suplicó que le leyese las recomendaciones del alma, y ella obedeciéndole continuó la lectura hasta el dia; y pareciendo que el enfermo estaba aletargado, Honorina obligó á Clara á que se fuese á descansar en su cama. Dos dias consecutivos continuó el padre Arsenio en el mismo estado, y Clara permaneció á la cabecera del lecho, admirando el anjélico fervor y la penetrante serenidad que resplandecía en su rostro. A los tres dias pareció que su mal se habia agravado, y por la tarde le entró un abatimiento que hizo temer su próximo fin; estaba abasurado en un profundo letargo;

pero su alma pura y jenerosa se mantenía siempre en vela; pues no quedándole nada de material, no divisaba ya los objetos exteriores, y sí solo contemplaba al Criador. Privado de la intelijencia que facilita la comparacion, la esperanza y el temor, su alma estaba toda entregada á la facultad del amor cristiano. La soberana perfeccion no podia causarle mas admiracion ni pasmo, y la adoraba con éxtasis. De tiempo en tiempo el nombre de Dios salia de su boca, y se esforzaba para abrazar el crucifijo que sostenia con sus débiles manos. Clara, penetrada de dolor, y fijos los ojos en él, lloraba sobre su propia desgracia, y encontraba el mas poderoso consuelo en el dulce pensamiento de que bien pronto su respetable amigo iria á disfrutar de una dicha immortal.....

Todo en este dia parecia renmirse para su trastorno, pues supo tambien que los sitiadores habian hecho una salida, y que se estaban batiendo. A menudo una mortal inquietud la distraia de su penetrante afliccion, y fijaba su pensamiento en el campo de batalla. Acusábase de estos desvios de la imaginacion, esclamando. Oh Dios mio, no permitais que pueda distraerme cosa ninguna del mas angustioso espectáculo que al ojo humano le es dado contemplar, y es la muerte del justo. ¿No deben el reconocimiento y la piedad contener aquí todos mis pensamientos? A eso de las siete de la tarde oyó Clara mucha confusion en las salas de la enfermería; á este ruido un funesto presentimiento hizo palpar su corazon con violencia... Prestó la atencion, tenía miedo de oir..... y así pasó una media hora. Al cabo de este intervalo abrieron la puerta del aposento, y entró Honorina muy despacio, bañada en llanto, y sin mas rodeos, le dijo que acababa de saber que Valmore habia caído prisionero, el mismo Valmore á quien habian cojido á causa de estar lleno de heridas, y porque la pérdida de la

sangre le habia derribado sin conocimiento, al propio tiempo que le mataron el caballo de un balazo. Este desgraciado jóven está espirando, añadió Honorina, y se teme que morirá antes que amanezca.... A esta terrible noticia, se quedó la desventurada Clara sin poder articular una sola palabra: todo se habia acabado para ella en esta vida engañosa y fugaz; ya no le quedaba nada que espresar á los habitantes de la tierra.

El valor de un corazon magnánimo puede, sin duda, soportar con firmeza una desdicha completa y sin recursos; entonces, sin someterse á la suerte, la desprecia, y sin sustraerse á la desesperacion, la domina, ó por mejor decir, el orgullo la disimula, y el esfuerzo de este únicamente sobrepaja al dolor desecando el alma. El valor que infunde la religion es ciertamente de otra naturaleza; heroica y sublime en sus efectos, no causa la destruccion de la sensibilidad; el alma piadosa no se ve obligada á endurecerse para elevarse, ni á fortalecerse contra un soberbio desprecio, contra una poderosa ceguedad; antes al contrario, se somete á la voluntad que adora con la mas completa conviccion. En fin, para ella no hay infortunio sin consuelo; ¿mas qué digo? no conoce el verdadero infortunio; no sabe indignarse contra el destino; y ella sola posee el noble derecho de despreciar la desgracia.

Clara, con la vista fija en Honorina, la boca entreabierta, y pintada sobre su frente la palidez de la muerte, parecia que estaba aun escuchando, sin que se hablase una sola palabra, y lo que acababa de oír se estaba repitiendo sin cesar en sus oídos: *Y se teme que morirá antes que amanezca.* En fin, despues de algunos minutos, hizo señal á Honorina para que se retirase. Salíó esta, y al encontrarse Clara sola consigo misma, pues que el padre Arsenio continuaba en el mismo abatimiento, y el enferme-

ro se habia entregado á un profundo sueño, sin movimiento y en la misma actitud, dijo con una voz medio ahogada: ¡ Los dos se mueren !.... La articulacion de estas palabras hizo suceder á su sobresalto una violenta congoja, tal, que ella misma se estremeció de su propio dolor, conociendo que necesitaba de un socorro sobrenatural para soportarlo; ella lo imploró, y comenzaron á salir de sus ojos torrentes de lágrimas... ¡ Oh Dios, exclamó, haced que recuerde sus virtudes para mi fortaleza y consuelo, y que solo me sea dado conocer el precio de sus destinos ! El uno muere mártir por la fe, el otro fenece como héroe, como vasallo leal, y la piedad que le era característica, igualó siempre su valor ! ¡ Oh Dios de los ejércitos ! vos amais, vos bendecís á los guerreros virtuosos; y el morir gloriosamente por la patria es á vuestros ojos una muerte la mas feliz !.. Id, almas fuertes y valientes, id á precipitaros en el seno del Criador; preceded en la morada inmortal, á la desgraciada que os llora y envidia vuestra suerte; ¡ quizá obtendréis el fin de mi destierro, y nuestra pronta reunion !.. ¡ Ay ! todas las esperanzas humanas se parecen á los sueños ilusorios, que en mí se desvanecen con la venida del día; pero me quedará la esperanza divina, hija del cielo, la esperanza fundada en la palabra del mismo Dios. ¡ La bondad suprema la constituyó una virtud para hacernos mas apreciable aun este consuelo tan necesario !.... ¿ Y quién podría sin ella soportar males tan grandes ?

Las lágrimas interrumpian á menudo sus súplicas, pero la humildad y piadosa resignacion endulzaban algun tanto su amargo pesar. A las tres de la mañana recobró el padre Arsenio algun movimiento; abrió los ojos, y buscaba á Clara con la vista; ella se acercó al lecho y llamó al enfermero, quien le tomó el pulso, y aseguró

que recobraba sus fuerzas. Al cuarto de hora ya habló, y Clara le dijo: — ¡Padre mio! ¡rogad por los realistas heridos!.. » Al pronunciar estas palabras, se anegaron sus ojos en llanto, pensando que tal vez Valmore ya no existía!..

A medida que se pasaba la noche, el dolor concentrado en el fondo del alma de Clara, parecía desarrollarse, y á cada minuto le sentía mas intenso.... Estaba cierta de que Honorina entraría á verla al amanecer para informarse del estado del padre Arsenio, y de que habría visitado antes las salas de los enfermos... Descaba y temía mortalmente el verla comparecer... A las cinco de la mañana le pareció oír un ligero ruido en la puerta: no tuvo fuerzas para ir á abrirla; estaba helada sin menearse; pero el enfermero la abrió, y entró Honorina. Miróla Clara temblando, y aquella se adelantó diciendo que venía de curar á Valmore, y que los facultativos respondían de su vida... Al decir esto, Clara llorando se precipitó á los brazos de Honorina, y exclamó: — ¡ah querida amiga! el padre Arsenio está ya mucho mejor. » En efecto, nada faltaba al júbilo de Clara en esta dichosa madrugada. El médico confirmó el parecer del enfermero con respecto al padre Arsenio, manifestando que su indisposición no presentaba ya síntomas alarmantes, y que Valmore, aunque cubierto de heridas, ninguna era peligrosa.... ¡Con qué trasportes tributó Clara gracias al Señor! Acordándose del dolor que había experimentado, su vivo reconocimiento le hacía temer que no se hubiese comportado con bastante firmeza; y echándose en cara su amargo llanto, le parecía que lo había vertido con murmuración...

Mucho tuvo que vencerse Clara por no poder hacer por Valmore lo que había hecho por tantos desconocidos é indiferentes, ayudando á las hermanas de la Caridad en los cuida-

dos que prodigaban á los enfermos: mas el reconocimiento la detenía cerca del padre Arsenio; todo cedía en su corazón á esta virtuosa sensibilidad; y desde este instante hasta su convalecencia solo lo dejaba para entregarse al descanso. Cada día recibía noticias satisfactorias de Valmore, y después de tanto padecimiento, disfrutaba Clara un estado de tranquilidad. En cuanto á Valmore, habiendo conocido á Honorina, por haberla visto en la quinta de Jerson, le había pedido noticias de la joven *Olimpia*, y sabía que también estaba en la casa.

Tan luego como el padre Arsenio se encontró en estado de levantarse, salió del hospital, prometiendo á Clara que no se dejaría ver de día, y que se ocultaría con mas cuidado que nunca á fin de evitar el encuentro de su feroz enemigo, y sustraerse de las persecuciones (que continuaban con mas violencia que nunca) contra los católicos, y en particular contra los sacerdotes.

Recobrada ya Clara de sus sobresaltos, continuó en la enfermería en compañía de las hermanas. Volvió á ver á Valmore; ¡ella misma le servía el alimento y perfumaba su habitación!.. Y oculta con su velo, vió por la primera vez á Valmore conmoverse cuando se acercó á él.... Este hacía los esfuerzos posibles para apartar de su memoria á la desgraciada Clara; pero miraba á *Olimpia* con la mas viva sensación... Una de las hermanas le había dicho que esta se había impuesto la ley de ocultarse á todos los hombres, y de cuidar á los enfermos sin hablar. Valmore respetaba este voto pronunciado por el pudor; y se complacía en seguir con la vista á esta hermosa figura tan noble y tan modesta, que evitando las miradas profanas, dejaba tras sí un perfume odorífero.... Al contemplarla con sus largos hábitos negros, le parecía ver el emblema penetrante y misterioso de la melancolía y de la castidad.... Sabía que su

velo ocultaba un rostro celestial, y cuando procuraba formarse una idea de sus rasgos y de una fisonomía angelica, se conmovia, pues que solo podia representarse la imagen de Clara!....

Al cabo de un mes, Valmore se encontró ya en estado de poder levantarse, y de dar un paseo por la sala, apoyado en el brazo de alguno. Al día siguiente, Clara no se dejó ver en las salas, porque supo que el duque de Rohan queria ir á visitar los enfermos; y despues que lo hubo verificado, entró Honorina á la celda de Clara diciéndole: Valmore va á dejarnos. ¿Cómo? contestó Clara. Sí, continuó Honorina; he aquí lo que he oído acompañando á la superiora. Entre los del séquito del duque habia un jeneral que no entró en la habitación de Valmore, y le dijo á aquel yo os esperaré aquí. Lo he apreciado tanto que en el estado en que se encuentra mi presencia le causaria mucha sensacion; pero es necesario que un oficial de sus circunstancias no permanezca en este paraje; es indispensable alojarlo en alguna de las hermosas casas desocupadas en la calle del Puerto. ¡Y bien! contestó el duque, encargaos de eso, si su salud lo permite. Mañana por la tarde, respondió el jeneral, mandaré trasladarlo en una litera. Muy bien, dijo el duque... — Dios mio, interrumpió Clara poniéndose pálida, ¿sabéis el nombre de ese jeneral? — Sí; se llama Montalban...» Al oír este terrible nombre, que daba siempre la idea de una traicion ó de un crimen, se cubrió Clara el rostro con ambas manos... y despues de algunos minutos de reflexion: — Mi querida Honorina, dijo, conozco la firmeza de vuestro carácter; juradme guardar mi secreto inviolable... — Os lo juro. — ¡Y bien! me consta, á no poderlo dudar, que este Montalban es un hombre implacable y cruel, y que es el enemigo mortal de Valmore. — ¡Gran Dios! Es necesario salvarlo, y es in-

dispensable hacerlo escapar esta noche... — Pero esto es imposible. — No hay nada imposible con la divina proteccion. Dios nos inspirará, nos guiará en nuestra empresa, haciendo que salgamos bien de ella. — ¿Qué es necesario hacer? Yo tambien me intereso en salvar á este virtuoso jóven que tan buenos servicios ha hecho á mis parientes, y que os libró de la turba soldadesca. — Voy á reflexionar, id á implorar el divino auxilio, y volved dentro de dos horas.»

Como Clara, por consejo y mediacion del padre Arsenio, habia vendido á un judío todos los diamantes que le habia regalado Eufemia, tenia en su poder una partida grande de dinero Se acordó de que habiendo tenido la llave del aposento que ocupaba el padre Arsenio, no se la habian pedido, y que aun la conservaba. En este aposento habia una ventana que daba al primer piso, sobre una cuadra, y dos puertas, la una de entrada, y la otra que cerraba por la parte de adentro comunicaba con la sala de Valmore, y estaba á dos pasos de su cama. En la cuadra habia un centinela, y un enfermero vijilaba la puerta de la sala, sin acostarse; aquel á quien, tocaba este servicio en la noche inmediata, era vijilante y no se descuidaba; pero sabia Clara que en el fondo de su alma abrigaba los sentimientos realistas, y que aborrecia á los rebeldes. Era necesario ganar á estos hombres, y esto lo consiguió por medio del oro. Prometióles Clara que repartiria entre ellos el dinero que tenia, y les adelantó el que le pidieron para los preparativos necesarios. Esta seduccion fué obra de una hora, sin haber mediado mas razonamiento que enseñarles el oro que se les entregaria al tiempo de encargarse del prisionero, prometiéndoles además que cuando Valmore se hubiese incorporado al ejército realista, les gratificaria con otro tanto, y les proporcionaria colocacion. Cuando Honorina volvió á

ver á Clara, el plan estaba ya hecho, y los dos hombres sobornados. El soldado se habia comprometido á emborrachar al portero de la cuadra y á quitarle las llaves; y como á la una de la mañana tenia que salir de la plaza un parlamentario con direccion al ejército real, aseguró el soldado que el enfermero, el prisionero y él, pasarían fácilmente con la escolta, por medio de los artificios de que se valdria al efecto en lo restante del día; pues que siendo conocido del sujeto encargado de esta comision, y teniendo este confianza en él, pensaba pedirle permiso para escoltarlo con dos de sus camaradas. No tratándose ya mas que de comunicar el asunto á Valmore, dijo Clara: será necesario que yo le escriba, mas como cree, mi querida Honorina, que vuestra letra es la mia, tendréis la bondad de poner lo que os dicte.

Honorina fué escribiendo el siguiente billete:

« Os amenaza un inminente peligro... No sois prisionero bajo vuestra palabra, y por lo tanto os es permitida la fuga... Todo estará dispuesto para media noche... Píalos del enfermero, y haced cuanto él os prescriba.

« Olimpia. »

Tomó Clara el billete, y escondiéndoselo debajo del velo, se fué á la enfermería á encontrar á las hermanas. Era medio día. Vió con un estremado placer á Valmore, que estando ya levantado y con mas fuerzas que el día anterior, se sentó junto á una mesita en la cual le sirvieron las hermanas la comida. En este intermedio Clara dejó caer un pan, y bajándose Valmore al mismo tiempo que ella, para levantarlo, encontráronse con este movimiento sus manos; ella le dió el billete, y al momento se retiró. Fueron indecibles la sorpresa y conmocion que experimentó Valmore. Sin embargo, un instante de reflexion le hizo adivinar que seguramente se le daba algun aviso importante. Se guardó el

billete, y despues de comer pretestó que se sentia indispuerto, y se metió en la cama. Entonces corriendo las cortinas, leyó el contenido.... Penetrado hasta el fondo de su alma del tierno interés que tomaba por él esta jóven, no podia concebir cuál era el inminente peligro que le anunciaba, ni cómo habia podido descubrirlo; y aun penetraba menos la posibilidad de escaparse de una ciudad sitiada; temiendo mortalmente que Olimpia corriese algun peligro por querer salvarle. Mientras que estaba agitado con estos pensamientos, el enfermero acababa de prepararlo todo para facilitarle la fuga. Solo habia en la sala en donde estaba Valmore, cuatro prisioneros heridos, á quienes hizo pasar el enfermero á la sala de convalecientes, diciendo que en cuanto al primero, no era menester darle la molestia de cambiar de habitacion, por cuanto debia salir del hospital al día siguiente. En fin, el enfermero se encargó de velar él solo, y pasar la noche cerca de Valmore.

A las siete de la tarde estaba ya todo arreglado, y Clara abandonándose á la buena fe de sus dos asociados, les entregó la cantidad prometida, asegurándola ambos que respondian de la empresa.

Las hermanas se habian despedido de Valmore en su habitacion, para no volver á entrar aquella noche, y encontrándose últimamente el enfermero solo con él, le descubrió todo el plan, trazado por Olimpia, para proporcionarle la fuga, contándole tambien que juntos con el soldado habian recibido de mano de ella la cantidad de doscientos cincuenta luises; y añadió que les habia ofrecido otro tanto en nombre suyo cuando estuviere en libertad. Penetrado Valmore de reconocimiento, y conmovido en extremo, no solo ratificó estas promesas, sino que aun les favoreció con algunas otras; encareciendo al mismo tiempo el recomen-

dable zelo del enfermero. Disfrázole este con un vestido de soldado; á las doce menos cuarto le hizo tomar una dosis fortificante, y á las doce en punto entreabrieron con mucho tiento la puerta de la habitacion que habia ocupado el padre Arsenio.... El enfermero se separó de Valmore para reunírsele por otra salida mas lejos, para lo cual debia necesariamente pasar por una sala de enfermos, contando poderlo practicar con disimulo; aunque nada aventuraba, á su entender, en que le viesén, pues que pasaba muy á menudo en busca de varias cosas necesarias al servicio; y creia que no formarían ningun siniestro pensamiento observando que no volvía, haciéndose cargo que habia ya pasado sin advertirlo estando distraídos ó dormidos. Debía, además, dejar abiertas las puertas, para que pudiesen pensar el día siguiente, que habia hecho escapar al prisionero por este lado, todo con el objeto de poner á Clara al abrigo de toda sospecha.

Al momento que el enfermero salió de la sala, Valmore, despues de haber ajustado bien las cortinas de su cama, se adelantó con tanta ternura como confusion hácia la puerta entreabierta. Esta noche memorable era la del 30 de abril. Al entrar en el aposento, se inmutó; no habia luz, pero la ventana estaba abierta, y al resplandor de la claridad de la luna, percibia á Clara que, cubierta con el velo, le tendia la mano. Recibió conmovido esta mano libertadora y trémula.... La noche, esta silenciosa figura cubierta de crespones negros, que espresándose solo por medio de suspiros parecia ser una triste sombra, la sorpresa, el misterio, todo en este momento causaba una viva impresion en la imaginacion de Valmore.... Clara teniéndole siempre por la mano lo condujo enfrente de una imájen de la Virgen, lo hizo arrodillar, se hincó ella á su lado, y despues de una breve súplica, se le-

vantó poseida de la mas fervorosa fe y esperanza, lo condujo hácia la ventana, le hizo ver la escalera que estaba apoyada contra el muro, y por medio de una seña le indicó que bajase sin demora. Valmore, incapaz entonces de interrumpir el silencio, cogió la estremidad del velo de Clara, besólo, y bajó al momento. Encontró en el patio al soldado y al enfermero, quienes retiraron la escalera, y la colocaron al lado opuesto, contra una ventana del vestíbulo de las salas, la cual habia tenido el enfermero la precaucion de abrir. En seguida levantando Valmore los brazos hácia Clara, le dió un último adios, y siguió á sus conductores. Entonces cerró ella con mucho silencio la ventana y la puerta que daban á la enfermería, salió del aposento y se marchó á su celda, en donde no pudo evitar una violenta conmocion que le duró dos ó tres horas, al cabo de las cuales, asegurada por la perfecta tranquilidad que reinaba en toda la casa, se durmió con el dulce pensamiento que el cielo habia bendecido esta peligrosa y difícil empresa. Se habia impuesto denunciarse á sí misma, si alguno de la casa se hubiese encontrado en compromiso en consecuencia de la fuga de Valmore; mas nadie fué acusado de haber tenido parte en ella. Eran ya las seis de la mañana cuando notaron la evasion; y la opinion jeneral fué que el enfermero, sobornado por aquel, lo habia dispuesto todo. En el discurso de este dichoso día, tuvo Clara la satisfaccion de saber con certeza, el buen éxito de la empresa, y que Valmore se habia ya reunido al ejército real.

Tres semanas despues de este acontecimiento, los Rocheleses tuvieron una grande alegría al ver llegar al fin la escuadra tan numerosa y formidable que el duque de Buckingham enviaba desde Inglaterra. Los rebeldes estaban presumidos que tales fuerzas conseguirían una glorio-

sa victoria. ¡Humillante esperanza y triste efecto del espíritu de partido que enajenó á unos franceses hasta el punto de confiar mas en el valor de los estranjeros que en el de sus compatriotas! Durante estas escenas fué cuando Clara supo una noticia que produjo un grande efecto en la ciudad, y aun la consternó. El conde de Rosenberg acababa de entrar en la Rochela á la cabeza de una division de Alemanes, y al dia siguiente de su llegada, los sitiados hicieron una salida. El conde salió con ellos mandando su tropa, y durante el combate, dejándose llevar demasiado de su ardor, y sin preveer que los suyos no lo seguian, fué hecho prisionero; y al saber Clara este acontecimiento, pensó al instante en Eufemia. ¡Cuánto no hubiera hecho ella para conseguir la libertad del esposo de su bienhechora! Púsose de acuerdo con el viejo padre Arsenio, quien descubrió que el antiguo ayuda de cámara del conde, que se habia quedado en la Rochela, habia alcanzado el permiso de ir á reunirse con su amo en el ejército real. Entonces Clara hizo escribir por Honorina el siguiente billete dirigido á Valmore:

« Si está á vuestro alcance el poder conseguir la libertad al conde de Rosenberg, obligaréis sensiblemente á

OLIMPIA. »

El padre Arsenio llevó este billete al ayuda de cámara, encargándole que lo entregase á Valmore; cuyo encargo cumplió puntualmente.

Este billete de *Olimpia* bastaba para que Valmore procurase alcanzar por todos los medios lo que le pedia. El conde no habia sido hecho prisionero por Valmore, mas sabiendo este que al dia siguiente debian remitirse á la Rochela las últimas proposiciones de paz, obtuvo poderse encargar de esta comision. Entonces escribió al duque de Rohan con el objeto de proponerle, previa la autorizacion del rey, la libertad de Rosenberg en cau-

je de la que él se habia procurado, y al mismo tiempo pedia un salvo conducto para ir á llevar las nuevas condiciones de paz que S. M. se dignaba aun conceder. Todo fué aceptado, y tambien espedido el salvo conducto; pero Montalban, que estaba con el duque, cuando recibió este el mensaje de Valmore, le dijo que sabia á no poderlo dudar que este habia estado cerca de dos meses en la ciudad, en donde se habia granjeado un poderoso partido; y que solo queria volver á entrar en la plaza para acabar de urdir alguna funesta trama: añadiendo que además de mis indicios que tenia para creerlo así, no era natural que habiéndose salvado legítimamente, pues que no habia sido prisionero bajo su palabra, lo ofreciese en canje y propusiese con el objeto de que le admitieran, á un hombre de tanta consideracion como el conde de Rosenberg... Estas reflexiones hicieron impresion al duque de Rohan, y dijo yo debo recibirlo, escucharlo, y particularmente afectar que nada sospecho; sin embargo seguiremos sus pasos: é interior quedados en este palacio, que yo os haré avisar despues que hayamos tenido la conferencia. »

Valmore no vió á Rosenberg mas que para conducirlo á la Rochela, y examinó con una estremada curiosidad, y no sin turbacion, á este hombre de una figura tan noble é interesante, y por quien tan vivamente se interesaba *Olimpia*. Despues de un largo silencio le preguntó Valmore, que seguramente estaria admirado de verse en libertad con aquella prontitud, porque no se soltaba tan fácilmente á un prisionero de su categoría.—Una poderosa recomendacion, añadió, emanada de la Rochela, ha sido suficiente para producir un canje tan honroso para mí como ventajoso á nuestros enemigos...—¿Cómo! interrumpió el conde admirado. —Si contestó Valmore, es á una persona

de la plaza á quien debeis la libertad; y si despues que haya tenido la conferencia, quereis acompañarme hasta las puertas, yo mismo os presentaré á esta persona, pues tenemos que pasar por delante de la casa en donde mora, é interin permitidme que hasta allá no os entere de nada mas. El conde se abstuvo de hacer ninguna pregunta, y en vano pretendió adivinar quien seria esta persona conocida de Valmore que tan vivamente se interesaba por su suerte; pues cuantas conjeturas hizo sobre el particular solo le sirvieron de alejarlo mas de la verdad. Habiendo estado pocas horas en la Rochela, no habia tenido lugar de tomar conocimientos; y ¿cómo se habria imaginado que Valmore le hablaba del sujeto que debia aborrecer? Entraron en la Rochela, se dirigieron al palacio del duque, á quien encontraron rodeado de sus principales jefes; Rosenberg fué admitido en la conferencia, y Valmore se desocupó de su mision. Las proposiciones no fueron ni desechadas, ni aceptadas: pidieron 24 horas para reflexionar sobre el asunto.

Despues de la conferencia, y al momento de despedirse, mostró Valmore deseos de ir al hospital en donde le habian cuidado, para ofrecer allí un testimonio de su reconocimiento, no á las hermanas, que nada aceptaban, pero sí á los cirujanos y enfermeros, y solicitó que le acompañase el conde de Rosenberg. Pidió este permiso con un tono tan indiferente y coaciso, como no dando á ello ninguna importancia. El duque, que estaba ya prevenido, encontró la solicitud muy sospechosa, y por la misma razon no titubeó en acceder á ella. Al instante marchó Valmore con el conde: este no ignoraba que Clara debia estar en las Ursulinas de la Rochela; mas no sabia que este convento hubiese sido trasformado en hospital, y así fué que al entrar con Valmore, nada le representó la me-

moria de Clara.

En efecto Valmore hizo distribuir dinero, y al mismo tiempo pidió con reserva á una criada, que le acompañase en donde estaba Clara, y en efecto, condújole á su celda; caminaba con viveza con el objeto de no detenerse mas que un instante, y el conde le siguió. Abrió la criada la puerta de la habitacion de Clara, anunciándole que estaba allí Valmore. Sorprendida Clara, solo tuvo tiempo para dejarse caer el velo: presentáronse Valmore y el conde, y adelantándose aquel, le dijo, señalando á Rosenberg: Señora no pude resistir al deseo de volver á veros aun esta vez, y de presentaros al sujeto de quien deseabais la vuelta con tanto interés. A estas palabras, estando Clara en pié, quedó inmóvil, y sin responder; los tres guardaban silencio, y al cabo de algunos minutos, el conde, con tanta conmocion como sorpresa, tomó la palabra: ¿qué significa este misterio? dijo, dignaos, señora, que pueda conocer la persona á quien debo tan señalado servicio... Al decir esto, oyeron ruido, y abriéndose de repente la puerta, vieron entrar al duque de Rohan y á Montalban... Clara, próxima á desmayarse, cayó sobre una silla. Montalban no vió en su encubierta figura sino á una mujer intrigante que queria ocultarse á las miradas del duque, pues jamás este príncipe le habia hablado de ella. — Y bien, dijo el duque, ¿qué hace aquí esta mujer, y por qué motivo se encubre?... y dirigiéndose á Valmore, continuó, ¿me atreveré á pedirlos qué interés pudo conducirlos á este lugar? — El interés mas justo, contestó Valmore. La señora, consagrada á los deberes mas piadosos, me ha favorecido con los cuidados que dedica á todos los enfermos, y yo no queria salir de la plaza sin manifestarle mi agradecimiento. — Señora, repuso el duque, acercándose á Clara, nadie está mas dispuesto que yo á suponerlos inocente, ó á

lo menos á desear que lo seais, pero ya es tiempo de poner fin al admirable misterio de vuestra conducta. Sabed que se os acusa de que sois una mujer de la corte de Luis XIII, una amiga del cardenal de Richelieu; y que ocultais unos profundos designios bajo la humilde modestia de este hábito.... Descubrios; yo estoy persuadido de que vuestra sola vista debe ser suficiente para desarmar la calumnia, y justificaros..... Pero si os oponeis á quitaros el velo, me veré en la precision de mandar arrestar á Valmore al instante, y haréis que se nos haga sospechoso el conde de Rosenberg, uno de nuestros mas valientes amigos. — No prosigais, interrumpió Valmore, no prosigais esta odiosa violencia: habiendo arrojado para violar el derecho de jentes, ¿hay necesidad de pretexto?... — Señora, repuso el duque, á vos sola es á quien debo responder: yo os lo repito, quitaos el velo, si no sois vos la persona que se designa; y cualquiera otra que seais, doy mi palabra de que Valmore quedará en libertad. A estas palabras la jenerosa Clara, dijo levantándose, pues que se trata de hacer un sacrificio por él, no me faltará valor... y se quitó el velo... Valmore, fuera de sí, retrocedió algunos pasos, y sin poder apenas sostenerse, se apoyó contra la pared: Rosenberg perdió el color.... El duque se quedó inmóvil y admirado á la vista de esta encantadora beldad. Montalban se amedrentó á los primeros momentos, al ver resuscitada su víctima, temeroso de que tal vez lo denunciase; pero recobrando al instante su audacia... Desgraciada, exclamó, seguidme... ¿por qué?, dijo el duque. — Es mi hija, — ¡Oh cielo, es Clara!... — Seguidme. Y cojiéndola por un brazo, quiso llevársela á pesar de su resistencia y gemidos. Valmore se precipitó entre ella y Montalban, diciendo, sin mirarla: No, no, quede ella libre. Clara, pálida y temblando, se apoyó al brazo de Valmore.

Estreneciéndose este, y la rechazó con horror. Montalban se abalanzó á ella con furia, y cojiéndola entre sus brazos la arrebató. Clara moribunda dijo con voz apagada: ¡todo me abandona!... ¡A Dios, Valmore! Quiso este libertarla de nuevo, y Montalban se la llevaba; pero Rosenberg separó á Valmore, alcanzó á Montalban, le arrancó su víctima, diciendo: Yo tomo á esta desgraciada bajo mi proteccion... — ¿Y no reflexionais? dijo Montalban. — Sí, yo no la abandonaré jamás, estoy decidido, respondió el conde teniendo continuamente á Clara estrechada contra su pecho. — Pero ¿con qué derecho? interpuso el duque de Rohan; yo soy el que mando en esta plaza, y no me atrevería á quitar una hija á su padre; de consiguiente no permitiré... — Será indispensable volvérmela, dijo audazmente Montalban, ó declarar públicamente por qué razon queréis retenerla en vuestro poder. — Sabed, Montalban, contestó Rosenberg, que nunca se me ha desafiado en vano yo declaro, pues, que tengo derechos sagrados sobre esta desgraciada: yo soy su padre... — ¡Oh Dios mio! exclamó Clara con un transporte inconcebible. Al mismo instante, Montalban, que nunca habia creído que el conde se atreviese á hacer esta confesion, exclamó: ¡Estoy perdido! y desapareció. ¡Oh Dios mio, repitió Clara, con la mas enérgica expresion de arrebató y de alegría, ¡oh poder sin límites! igual al de mi felicidad, á vos os pertenece el primer testimonio de este corazon reconocido, yo debo ante todo rendiros mi gratitud!... y diciendo estas palabras, juntó sus manos, levantando al cielo los ojos bañados de lágrimas, y quedó algunos instantes en esta actitud.... La contemplaban con un arrebató que suspendia todos los pensamientos..... y eñiendo de repente Clara con sus brazos el cuello de Rosenberg: En fin, ya puedo pues hablar, dijo: padre mio, no os avergonceis

mas de vuestra hija; ¡Valmore!..... escuchadme..... No para delatar al monstruo á quien creia era mi padre..... ¡Cielo! exclamaron á la vez Valmore y Rosenberg, ¡es él quien cometió el asesinato! — Si, él es... A estas palabras, se precipitó Valmore hácia ella, y cayó desmayado á sus piés. ¡Gloria de mi vida! exclamó Rosenberg... ¡Ah! socorramos á Valmore, repitió Clara..... El duque de Rohan, espectador de esta escena, estaba tan profundamente conmovido, que no pudo prescindir de tomar parte en ella; abrazó á Rosenberg, felicitó á Clara con entusiasmo, y prodigó sus cuidados á Valmore, quien apenas recobró los sentidos, cuando llamó al momento á Clara, y quiso aun postrarse á sus piés. En ellos debo yo morir, le decia, vertiendo un torrente de lágrimas... Volver á encontrar á Clara no solo inocente, sino adornada aun con todo lo que la desgracia y la virtud pueden ofrecer de mas penetrante y heroico, era para él salir de un tenebroso abismo, ver de nuevo la luz, y recobrar la vida. Sin embargo, esta felicidad que parecia excederse á sus fuerzas, estaba cruelmente turbada por los terribles remordimientos de su desgraciado error y por el recuerdo de Julio. Una gran dicha, lejos de mitigar de repente un verdadero pesar del alma, parece al contrario reanimar el sentimiento; es tan ambicioso el corazon, que aquello que adquiere le hace sentir aun mas lo que le falta. En cuanto á Clara, conoció, particularmente en los primeros momentos, la urgente necesidad de justificarse sobre algunos puntos que parecian inesplicables: en vano le decian que una sola palabra lo habia todo declarado, que por otra parte el pérfido en su primer movimiento de sorpresa se habia hecho traicion á sí mismo gritando que *estaba perdido*; pues que á pesar de todo, Clara insistia con fuerza. Valmore iba á dejarla, y no

queriendo ella dejarle enigmas que desenvolver, le instó para que sufriese abrirle por un instante las heridas de su corazon; y con esto esplicó rápidamente de qué modo se habian encontrado entre sus manos los instrumentos del crimen, y cómo, escondida debajo de la mesa, ella no se habia hecho cargo del asesinato hasta el momento de caer sobre su vestido el puñal ensangrentado!..... Durante este terrible relato, Valmore, á quien ella no se atrevia á mirar, pálido y trémulo de dolor y rabia contra el asesino, estaba sostenido por el duque y Rosenberg; pues mas de una vez su cabeza desvanecida cayó sobre la espalda del uno y del otro: se figuraba á un tiempo mismo la trágica muerte de su hijo, y los ultrajes é ignominia con que habia cubierto á la inocente y desgraciada Clara. Un sudor frio inundaba su rostro, y la dicha de poder admirar á Clara con entusiasmo, cedia en su alma al horror de los remordimientos de haberla odiado y perseguido!..... ¡Oh la mas noble, la mas jenerosa de las criaturas humanas! exclamaba, ¡oh Clara! cuán indigno soy de los sentimientos que os he merecido! Vuestra virtud sublime constituye todo mi orgullo, y sin embargo ella me abate é imprime sobre mi vida un lunar inestinguible; yo debia haberlo adivinado todo... — No, no, dijo el conde, vos encontraréis siempre vuestra excusa en las apariencias tan inauditas que lograron sorprender á un padre!... Valmore, prosiguió, nosotros vamos á separarnos; los asuntos políticos nos desunen momentáneamente, y el honor nos obligará todavia á tomar las armas el uno contra el otro. Pero la mano de Clara os pertenece, mi hija es vuestra, ella será la esposa de Valmore, bajo mi palabra. A estas palabras, Valmore, inundado de lágrimas, se echó á las rodillas de Clara para recibir su mano que le presentaba Rosenberg. En presencia de este ilustre

testigo, continuó el conde, señalando el duque de Rohan, yo os veo. Y no creais, Valmore, que esta virgen tan pura, esta heroína, sea el fruto de un comercio criminal; yo estoy casado secretamente veinte años hace.» Esta palabra, que ninguna duda dejaba á Clara con respecto á su madre, acabó de completar su dicha. Este fué el momento en que pareció desear ella vivamente su presencia; y entró el padre Arsenio en la celda. Clara desde el primer instante de una revolución tan milagrosa sobre su suerte, habia pedido con instancia al padre Arsenio; y el duque, que sabia los sentimientos que abrigaba hácia este respetable religioso desde mucho tiempo, lo habia mandado buscar. Al momento que lo vió, corrió hácia él, gritando: — ¡Montalban no es mi padre, y yo he podido justificarme!...» Y tomando por la mano al padre Arsenio para presentarlo á Rosenberg y á Valmore: — Ved ahí, les dijo, el que ha sido á la vez el único confidente de mi inocencia, mi jeneroso protector, mi único apoyo, mi guía y libertador.» El padre Arsenio fué acogido con todo el reconocimiento y sensibilidad que debían inspirar estas palabras. El júbilo que experimentó este buen religioso fué tan penetrante como sincero. Daba gracias á la Providencia, llorando; contemplaba á Clara deliciosamente; pero manifestaba poca admiración. — Siempre pensé, dijo, que Dios recompensaría patentemente una conducta como la vuestra. Hija mía, prosiguió, habeis sobrellevado con dignidad la injusticia y la desgracia, y ¡ojalá podais soportar del mismo modo la prueba de los ejos y de la prosperidad!»

Valmore antes de salir de esta celda, en la cual acababa de cambiar y fijarse su suerte, se dirigió al duque de Rohan, y le dijo: — Me atrevo con confianza á pedir os justicia contra el malvado asesino de mi hijo y perseguidor atroz de la virtud.... Este

monstruo infernal, asesino de una criatura, quiso todavía sacrificar la víctima que se inmolaba por él. El me asoció á sus furiosos, él me envolvió en su crimen, ¡yo hice conducir á Clara al cadalso!... — Mas vos la apartasteis de él, interrumpió Clara. ¡Ah! Valmore, ¿os olvidaréis que durante quince años he dado el nombre de padre á este monstruo?... — En este día de placer y dicha, dijo el padre Arsenio, encomendado al cielo el cuidado de vuestra venganza, ó mas bien rogadle que aplaque su justo rigor... El triunfo de Clara ¿no os evidencia por ventura el castigo de Montalban? — Y el que os habla en favor suyo, interrumpió Clara, se vió abismado por él en un calabozo, y cargado de hierros, como el mas infame malhechor... — ¡Oh digno protector de Clara, exclamó Valmore; y vos, mi celestial amiga, vos, mi esposa, ¿no teneis para siempre el derecho de arreglar todos los movimientos de mi corazón?... — No, no, dijo el duque de Rohan, semejantes atentados no pueden quedar impunes; la sociedad entera reclama venganza, y debe obtenerla. Pero es necesario separarnos: partid, Valmore; Rosenberg y yo os respondemos de la seguridad de vuestra esposa. Mostrar por ella el interés y admiración que inspira, es honrarse á sí mismo.» Aquí Rosenberg tomó la palabra para encargar el secreto acerca del nacimiento de Clara. — Yo declararé, añadió, que es hija mía, á mi vuelta á Alemania. Interin, solamente dirémos que se ha descubierto que Montalban no es su padre; que este monstruo ha hecho él mismo la confesion de su crimen, insertarémos en las gacetas los detalles que justifican á Clara; en seguida la conduciré á la corte del elector de***, y allá declararé completamente la verdad.»

El duque de Rohan, el padre Arsenio y Valmore prometieron á Rosenberg el mas inviolable secreto. Clara, que deseaba ver á su padre to-

dos los días, pidió que comunicasen este secreto á la priora de las Ursulinas, y Rosenberg consintió en ello.

Valmore, instado por el duque de Rohan y por el padre Arsenio, se separó en fin de Clara, y volvió al ejército real. Rosenberg quedó solo con su hija una media hora para enjugarle las lágrimas que la partida de Valmore le hacia derramar. En este intermedio Clara suplicó á su padre que le explicase el inconcebible enigma de su desgracia y de la repentina indignacion que demostró la princesa contra ella.—Todo os será descubierto, le contestó el conde: é interin básteos saber que su enojo estaba fundado sobre un error, y que ya está desprevénida.» Clara no insistió mas, y el conde la dejó, prometiéndole que volveria por la tarde y se verian en la habitación de la priora, á quien Clara debia avisar de antemano.

Cuando esta se encontró sola, ¡con qué trasporte dió gracias á Dios del cambio tan repentino y milagroso que habia obrado en su destino!..... ¡Este nombre de Clara, tan manchado y humillado, no solamente volvía á recobrar toda su pureza, sino que tambien iba á ser tan esclarecido, quanto habia sido deshonrado!..... Ella solo suspiró por la separacion de Valmore: estaba bien persuadida que este le permitiría no figurar en la corte ni en ninguna parte; pues estimaba de la gloria lo que ofrece esta de mas dulzura, la dicha de honrar con su reputacion á los autores de sus días, y la eleccion de un esposo! ¡En fin el cielo le habia dado por parientes las personas que su corazon habia elegido con preferencia á las demás: un padre que ella admiraba, una madre, que era el objeto de su amor! ¡y Valmore iba á ser su esposo! ¡Valmore que conocia ya toda su inocencia! ¡El cúmulo de tantos males, y un error tan funesto, la hicieron aun mas interesante á sus ojos, y le hicieron merecer mejor su estimacion y ternura!... ¡Con qué ar-

rebato y gratitud recordaba el feliz presentimiento que en la capilla de la ermita le anunció tan nobles destinos!... Y últimamente el resultado de sus pensamientos fué el formar para lo venidero los proyectos mas tiernos y las mas virtuosas resoluciones.

El conde volvió á la seis de la tarde: la priora le dejó solo con su hija en un retrete de su habitación; y allí Rosenberg estrechando las manos de Clara contra las suyas:—hija mia, le dijo, acordándoos de la similitud que tanta admiracion causó en la corte del elector, podréis adivinar cual es vuestra madre...» A estas palabras se puso Clara encendida, y los ojos se le llenaron de lágrimas... y al paso que sentia mucha dificultad en tener ninguna reserva con su padre, no queria confesar que Eufemia le hubiese confiado su secreto.—Sí, hija mia, prosiguió el conde, la princesa Eufemia, mi esposa, es vuestra madre.—¡Ah! ¡Dios! exclamó Clara, ¡nada falta pues á mi felicidad!...

—Mi querida Clara, continuó Rosenberg con ternura, ¡qué alegría será la suya cuando os conduzca á sus brazos!..... Teneis la misma fisonomía que ella, su dulzura, su sensibilidad; pero poseeis la grandeza de alma de vuestro padre...» Hablando de este modo el conde, la contemplaba con orgullo y arrebato, pensando que esta jóven tan virtuosa, tan firme, que esta heroína era su hija!.... —Sin embargo, continuó, debo enteraros de todo lo que os es relativo, y de la conducta que he observado con vos. Escuchadme, pues que este relato no será difuso.

«Habiéndome casado clandestinamente con la princesa, los mas poderosos intereses me obligaron á ocultar este himenco. Dotada Eufemia de todas las cualidades que pueden hacer á una mujer respetable y querida, es susceptible de la mas grande discrecion; pero no lo es de

moderar una sensibilidad que habria podido causar la perdicion de entrambos, si yo no me hubiese portado constantemente con una prudencia, que muchas veces ha atribuido á dureza, segun su opinion. Yo estaba cierto que ella seria la mas tierna y apasionada de todas las madres, y que este sentimiento, obligándola á conocer las mas peligrosas imprudencias, formaria entre nosotros un continuo objeto de desavenencia, y por consiguiente un manantial inagotable de oposiciones y pesares para ella. Tan pronto como la ví en el último período de su embarazo, formé el plan de separar de su vista á nuestro hijo, y de no dejarla disfrutar por algun tiempo de las dulzuras de la maternidad, á fin de podérselas volver un dia sin queuviésemos que rezelar ningun peligro; y para esto necesitaba un confidente. Se encontraba entonces en la corte un extranjero francés, que tenia unos seis ó siete años mas que yo, con el cual no tenia ninguna relacion aparente, pero que me habia servido con mucha utilidad y secreto en muchos negocios espinosos y difíciles. Yo le conocia una extrema discrecion, muchísima actividad, y el talento mas original y fértil en estratagemas. No me inspiraba una confianza de estimacion; pero creia deberle algun reconocimiento. Le encontraba un talento superior; pues que me hallaba en la edad en que á cualquier intrigante que no lo sea vilmente, se le reputa por hombre de talento, á causa de no estar en el secreto de los medios vergonzosos y culpables que emplea para alcanzar sus fines. Este era Montalban. Aunque yo le suponía mucho afecto hácia mí, solo le hice una media confianza; pues siempre me he llevado la máxima que no se debe descubrir del secreto mas que la parte que es útil y necesaria de ser confiada. Por otra parte la mitad del mio no me pertenecia, y por lo tanto debía ocul-

tarla. No le hablé pues de mi enlace, ni tampoco le nombré la madre; y como me creía apasionado de otra, Montalban no tuvo en este punto la menor sospecha en cuanto á la verdad. Le pedí me facilitase los medios de sustraer al niño que estaba próximo á salir á luz: me propuso que lo haria pasar por hijo suyo todo el tiempo que yo quisiese, é inventó para esto un ingenioso y complicado plan que daba á esta supercheria toda la verosimilitud deseable, y que ponía mi secreto en perfecta seguridad. Reconocí este servicio que me hacia Montalban, haciéndole obtener un empleo lucrativo, que sin duda hubiera formado la fortuna de cualquier sujeto.

«Al momento que nacisteis me apoderé de vos; os abrigué con mi capa, y arrancándoos de los cariños maternos, os transporté. La comadre habia dicho á la princesa, por orden mia, que habia dado á luz un niño; pues sabiendo que Eufemia deseaba con preferencia una hija, la engañé aun sobre este particular, á fin de disminuir un poco lo intenso de los pesares que yo le preparaba. Al cabo de diez ó doce dias se le anunció que la criatura ya no existia. — ¡Ah! padre mio, interrumpió Clara, ¿cuantos resarcimientos le debemos por este cruel engaño que tantas lágrimas le habrá costado!... — Ella los encontrará todos sabiendo que *Olimpia* es su hija, respondió el conde; y creed que sin este artificio, que me ha costado mucho, ella hubiera sido mas digna de compasion. El interés que me tomaba en su reposo, fué el que me inspiró sobre todo esta conducta; y ved ahí, continuó sonriéndose, lo que las mujeres no podrian comprender. Ellas atribuyen á crueldad las precauciones y severas medidas que su imprudencia y debilidad hacen indispensables. Pero en adelante no tendré ningun secreto que ocultar á vuestra madre ni á vos...» La respuesta de Clara fué besar la mano de su pa-

dre, quien continuó diciendo: — vos fuistes criada por una ama, á algunas millas de Niemen. Yo iba muchas veces con Montalban á veros, sin ser conocido. Conocí desde entonces que yo os amaría apasionadamente; que estando tan cerca no podría privarme del placer de veros; y por lo tanto tomé el fuerte partido de enviaros á Francia, en donde pensaba que recibiríais una educación mas esmerada que en Alemania. Contabais dos años cuando se os condujo á Francia, en un convento de Picardía, bajo la custodia de una excelente ama, la cual jamás me habia visto, y os tenia, como todos, por hija de Montalban. Yo quise volver á veros antes que partiéseis. Esta entrevista se efectuó en el gabinete de Montalban, y en su presencia. Os encontré tan bella y encantadora, que estuve tentado de llevaros á los brazos de vuestra madre; pero pronto renuncié á esta idea, pensando que os alejaba, para que no me fiase particularmente de mi propia prudencia. Os cargué de niñerías, y os pregunté si me amabais tanto como á Montalban. A esta pregunta me mirasteis silenciosamente de hito á hito, arrojándoos á mis brazos llorando, no como un niño, y sí con la expresión de dulzura y de profundo pesar que caracteriza á vuestra madre: en este momento os parecéis á ella de un modo interesante. Confieso hija mia que esta corta escena hizo en mí una impresión que jamás pudo borrar el tiempo. Al instante de dejaros ceñí vuestro cuello con una cadena de la cual pendía un corazon de oro esmaltado: contenia cabellos de vuestra madre, y estaban grabados en él su nombre y el mio.... » Aquí interrumpió Clara á su padre, sacando del pecho y enseñándole la misma cadena... El conde se estremeció vivamente volviendo á ver esta primera dádiva de Eufemia, esta prenda del amor y de la ternura paternal. — Hija mia, le dijo, no os recencargo que la conserveis

siempre: el solo instinto de la naturaleza os ha impelido á guardarla, y la piedad filial encontrará todavía en ella mayor precio....

«Después de vuestra partida, recibí noticias vuestras con bastante regularidad, por conducto de Montalban; y posteriormente los negocios, la guerra y la ambición no pudieron jamás separaros de mi memoria. Once años teníais cuando el elector me envió á Francia; acepté gustoso esta comisión, particularmente para satisfacer el apasionado deseo que tenia de veros; mas no queriendo ser visto de vos, imaginé á este respecto varios medios, que por efecto de lo sucedido, me fueron inútiles. Después de haber pasado diez y ocho meses en París, pude por fin evadirme; y partí con dirección á la abadía de Origny, en donde estabais vos entonces. Llegué allí la víspera de una fiesta señalada, y supe que al día siguiente debían cumplir su primera comunión parte de las pensionistas de la abadía. Por la mañana ya estaba yo en la iglesia antes que comenzara el oficio, y me coloqué muy inmediato y enfrente de la reja de las religiosas, la cual estaba tapada con una cortina negra; pero cuando la corrieron, un poco antes de la comunión, vi á las religiosas cubiertas con sus velos, y á las pensionistas vestidas de blanco, colocadas en fila en medio del coro. Yo os buscaba con la vista por entre este grupo inocente; mas no pude descubrirlos por la interposición de vuestras compañeras. Cuando entonaron el *Veni Creator*, estaba cierto de que entre estas tiernas y penetrantes voces, oía la vuestra, y aun me parecía distinguir vuestros dulces acentos.... Después de haber entonado el himno, se colocaron las jóvenes en fila, y se acercaron á la sagrada mesa, abrieron una parte de la reja para darles la comunión de una á una. Después de haberla recibido la en ordenquinto, se fué adelantando una fi-

gura angelical, mas jóven y pequeña que las demás. Yo me acercaba naturalmente todavía mas, y me coloqué al lado del sacerdote. No me fué difícil conocerlos; pues vuestra semejanza con Eufemia, y el desórden que advertia en mi corazon, no podia dejarme la menor duda... Yo so veía, hija mia, os contemplaba con entusiasmo; y vuestro profundo recojimiento me daba la certeza de salir de la iglesia sin que me hubieseis percibido.

«Arrastré conmigo de la abadía de Origny una memoria indeleble que no me dejó jamás. Antes de salir de este lugar senti el irresistible deseo de escribir á vuestra madre, y esta carta es la única que recibió de mí, despues de nuestro enlace. Desde este dia en adelante, ocupado de continuo mi pensamiento en vos, formé sucesivamente mil proyectos para vuestro acomodo. Algunos años despues, me habria sido accquible declarar mi casamiento al elector, y obtener su consentimiento; vuestro interés exijia de mí este proceder; y esto fué precisamente lo que me impidió el verificarlo. Era mucho ya revelar á mi soberano y bienhechor que le llevaba engañado por espacio de diez y seis años; y me pareció tan indigno de mi carácter el hacer esta tardia confesion por el solo motivo de interés, esto es, para establecer á mi hija, que tomé la irrevocable resolucion de no descubrirle este misterio hasta despues de haber fijado vuestra suerte; é hice ceder la ambición que sentia por vos, á este sentimiento de honor. Por otra parte, me hubiera sido igualmente pesaroso el presentaros á vuestra madre sino para pedirle que os dotase, y para mí era muy dulce el disponer enteramente de vos. Todo queria yo sacrificarlo personalmente para casaros de un modo que no desdijese de vuestro nacimiento. Buscaba en efecto los medios para lograrlo, cuando Montalban, á quien unos ma-

los negocios acababan de obligar á salir de Alemania, me participó que uno de los principales personajes de Francia os estaba aficionado, y queria casar con vos. Desde que estabais en manos de este perverso, habia yo contraído una verdadera amistad con él. Esta intimidad, que fué siempre secreta, me privó siempre de la posibilidad de estudiar su carácter, y de conocer su conducta privada, sobre la cual echaba un velo impenetrable llevando un método de vida muy oscuro. Lo unico que sabia era que sus negocios no eran honrosos, y que tenia deudas; y cuando me detalló todas las ventajas del enlace con Valmore, su distinguido nacimiento, su brillante título, su inmensa fortuna, acompañando todo esto su personal el mas interesante, deseé que se efectuára este matrimonio, tanto mas, cuanto me dijo que vos misma lo deseabais. Escribí al efecto á Francia, para que se tomasen allí algunos informes, que resultaron idénticos á los que me habia dado Montalban. En fin yo no repugnaba á estableceros en Francia, antes al contrario, la avanzada edad del elector, y su delicada salud, no me permitian abrigar la esperanza de que se conservase mucho tiempo; y aunque el príncipe hereditario me apreciaba, tiene no obstante dos favoritos que sin duda ocuparán los primeros destinos bajo su reinado. Así, sin limitar mi ambición, conocí que era necesario cambiarle la carrera: así pues me cedí á este proyecto: casaros en Francia, en seguida hacer que el elector aprobase mi matrimonio, entrar, despues de su muerte, al servicio de Francia, y establecerme con vuestra madre en aquel reino, persuadido de que Eufemia seria dichosa en cualquier país, entre su hija y su esposo. Contesté pues á Montalban que el enlace propuesto me convenia bajo todos respectos, y concluí mi carta de este modo: Si este negocio tiene buen éxito;

o algun otro matrimonio que reuna las mismas ventajas, *mérito personal, ilustre nacimiento, grande fortuna, y que mi hija convenga en ello favorablemente*, yo me obligo, mi querido Montalban, á pagar todas vuestras deudas, y á aseguraros una pension vitalicia de quinientos ducados; pero debeis advertir que me sería imposible convenir en semejantes ofrecimientos, si solo procuraseis á mi hija un mediano establecimiento. Incluí en esta carta una acta en forma legal, firmada por mí, la cual contenia estas promesas condicionales. Ved ahí, hija mía, lo que decidí á este monstruo á cometer el execrable crimen que ha causado todos nuestros males.... Él me habia escrito que Valmore casaría con vos sin dote; aunque yo estaba decidido á dároslo segun convenia.

« En una segunda carta me decia Montalban que la mayor parte de la fortuna de Valmore estaba adjudicada á su hijo; á lo que le contesté, que supuesto que vos teniais inclinacion á Valmore, yo daba mi consentimiento, aunque este matrimonio, en cuanto al interés, no os fuese ventajoso; y no oculté á Montalban que yo no haria por él lo que le habia prometido, bajo el supuesto que el soberbio ducado de *** perteneciese propiamente á Valmore. Señalé el dia primero de octubre para que se celebrase vuestro matrimonio; confiando participarle todo á Eufemia, y con su consentimiento llegar al palacio de Valmore el mismo dia que fijaba el contrato, declararle vuestro nacimiento, y entregarle el dote. Montalban fijó mucho mas anticipado el dia para vuestro enlace, sabiendo bien que el crimen que él meditaba retardaria efectuarlo. Pero ¡cual fué mi sorpresa, gran Dios, al saber por un extraordinario que me mandó Montalban, el horrible acontecimiento!... Erau tan convincentes las pruebas que se manifestaban contra vos, que

no dejaban la menor duda... Despaché un espreso á Paris, y todas las noticias que me trajo, fueron conformes á las que habia recibido de Montalban. Supe además que el puñal, instrumento del crimen, era de la misma fábrica que una de las armas blancas encontrada á uno de los malhechores del bosque de las cercanías del castillo de Valmore; esta es una fábrica de Suiza, aunque el estuche que cayó en vuestras manos vino de Alemania. Fueron tales las precauciones y combinaciones tomadas por el asesino, que si la casualidad no os hubiese conducido á ser su víctima, jamás se habria podido formar contra él una sospecha fundada. Envié á este monstruo un regalo de cuatro mil ducados: esta suma no era aun suficiente para pagar la mitad de sus deudas; y la reservó para salvarse, dejando en blanco á sus acreedores. Exiji de él que os hiciese encerrar en un claustro; me contestó que rehusaban recibirlos, y que por consiguiente os enviaba á Rosmal. En medio de mi desesperacion y del horror que me inspirabais, no me sentí insensible al valor que mostrasteis al ir al suplicio... Os aborrecia, os echaba menos, vuestra imájen me perseguia por todas partes, la encontraba en la fisonomía de vuestra madre, y el objeto mismo que habria debido consolarme, agravaba aun unas penas tan penetrantes. Cuando llegó á mi noticia vuestra supuesta muerte, mi razon me inspiró que esto era para mí una felicidad, y sin embargo todavia me encontraba en una situacion mas desgraciada... Ahora podeis calcular cuanto sufrí al volver á veros en Niemen; os conocí al instante... En mi sorpresa se manifestó la indignacion, la cólera y el terror; pero con cierta mezcla de alegría. ¡Vos viviais! Este pensamiento ha encontrado siempre en el fondo de mi corazon un sentimiento paternal.... Durante la rápida conversacion que tuvimos

en el jardín, estad cierta que mi confusion superaba de mucho á la vuestra!.. Pero ¿cómo podría describiros la que esperiménté en la noche anterior á vuestra partida, y la que sufrí durante la escena incomprensible por vos, y que tanto pesar os costó?.... Aquí el conde, enternecido y fija la vista sobre Clara, se sonrió al ver la grande atencion con que ella le escuchaba... — En fin, yo quiero, hija mía, continuó, satisfacer vuestra viva curiosidad... Despues de haberos ordenado que marchaseis antes del día, á pesar de vuestra promesa, conservé alguna duda sobre si me obedecierais. Quedéme pues en Niemen; no me acosté, y anduve toda la noche errante por el parque. Fué grande mi sorpresa al percebiros á media noche, viendo que llevabais una linterna en la mano: os seguí, os ví entrar en la capilla, cuya puerta dejasteis abierta; oí vuestra súplica que pronunciasteis con voz entrecortada, corrieron mis lágrimas, cuando derramabais las vuestras; y por lo menos esta súplica filial fué recojida en silencio por vuestro padre. Esta accion me aseguró que estabais decidida á partir, y me quedé tranquilo en los jardines hasta las siete de la mañana: entonces, suponiendo que habia ya rato que habiais marchado, me fuí á ver la priacesa. Mas, ¡cuál fué mi admiracion al encontrarla en vuestros brazos!.. Sin embargo reflexioné que en el estado en que aquella se hallaba, no habiais podido dejarla... Puesto de pié enfrente de vos, me complacia, á pesar de mi desgraciado error, contemplando como sosteniais á vuestra madre en vuestros brazos.... Yo os miraba á una y otra con una dolorosa ternura.... Cuando de repente al inclinaros para besar la mano de Eufemia, el corazon de oro esmaltado, en el cual están trazados uno de los nombres de la princesa y el mio, esta primera prenda de su ternura, que en vuestra infancia habia yo colgado en

vuestro cuello, se os escapó del seno, en donde lo habiais tenido conservado siempre, sin duda por causa del misterio de las divisas... Al momento que lo percibió Eufemia, no pudo desconocerlo, leyó los dos nombres, fijó sobre mí sus miradas, me vió perder el color, y se escapó de vuestros brazos... ¡Oh cielo! exclamó Clara; ¿ha podido ella sospechar que sostuviese yo una intriga criminal con su esposo? — Nada podia oponerse á un hecho evidente, contestó el duque; habia ella reconocido esta primera dádiva de su amor, habia leído nuestros nombres, y me veia pálido, desconcertado y trémulo! ¿Podia acaso quedarle la menor duda de nuestra inteligencia? ¡O qué destino el mio! dijo Clara, qué desdichadas apariencias debian deponer contra mí, para hacerme un objeto de horror á la vista de todo lo que amaba!.. Pero el cielo se ha dignado justificarme, y estas terribles memorias solo deben inspirarme una profunda admiracion hácia los eternos decretos de la divina justicia!..—Fácilmente podeis concebir, prosiguió el conde, cual fué el exceso de mi turbacion, cuando me encontré á solas con la princesa: la inquietud en que me teniais llenaba el colmo de mi confusion, pues que yo conocia que si volviais á veros con la princesa, y estabais juntas un cuarto de hora solamente, era inevitable el que mediase una explicacion entre las dos: que la princesa, guiada entonces por el impulso de su corazon, é ilustrada por vuestra similitud, habria podido adivinar que yo la habia engañado con respecto al sexo de su hija, para poderle ocultar mejor su existencia; y que dejándole reconocer á Olimpia por hija suya, hubiera sido indispensable descubrirle que esta desgraciada era la criminal Clara. Esta terrible confesion habria sido un golpe fatal para Eufemia. Era necesario pues soportar y arrostrarlo todo para impedir un reconocimiento tan

funesto... Solo opuse un profundo silencio á las fuertes reconvenciones de Eufemia; y esto fué en su concepto la confesion positiva de un acusado convicto. En medio de su desesperacion, formaba mil proyectos grandiosos, entre otros el de ir á pasar muchos meses á las aguas minerales que distan cien leguas de ***. Entonces tomé la palabra. El tiempo, le dije, lo actuará todo; y mientras os suplico que sigais este proyecto; creedme, id sin tardanza á pedir permiso al elector, y yo lo obtendré para acompañaros..... Estas últimas palabras le causaron la mayor sorpresa..... ¡Vos, Rosenberg! exclamó..... —Sí, contesté, y quiero dar al efecto en vuestro nombre todas las providencias necesarias.» Al decir esto llamé, entró una de sus doncellas, y la previne que mandase preparar los coches. Cuando estuvimos solos, me dijo: — Rosenberg, vos me engaíais, no vendréis conmigo.— Ninguna cosa del universo, le respondí, podrá impedir que os siga.» Eufemia no contestó, y le saltaron las lágrimas. Al cabo de algunos minutos me preguntó qué seria de vos. Le contesté que era necesario mandaros para Francia en aquel mismo día, y que yo me encargaba de ello. La princesa inundada en llanto os escribió, entró en seguida en el coche y se marchó á la corte. A su llegada le dijo al elector que Olímpia habia recibido cartas de Francia que la precisaban á volver á su patria, y que de consiguiente habia querido marcharse. Añadió la princesa que esta partida le causaba un violento pesar, y pidió permiso al elector para pasar á las aguas de Pymont con el objeto de distraerse, y en efecto lo obtuvo. Me fué fácil el poderla seguir en su viaje, pues que el elector manifestó deseos de ello. Marché efectivamente en mi coche, la seguí, y durante la marcha evité el encontrarme á solas con ella. El quebrantado estado de su salud nos obli-

gó á viajar á pequeñas jornadas, y parecia estar en extremo abatida, y que su espíritu padecia mucho. Sin embargo noté que me agradecia infinito que la acompañara. A nuestra llegada á Pymont, le prodigué los mas asiduos cuidados, evitando siempre encontrarme solo con ella. A los dos ó tres dias me escribió pidiéndome una entrevista particular; á lo que contesté que yo tambien la deseaba, pero que queria esperar que su salud se mejorase. Ocho dias despues me dirigí de mañana á verla, estaba sola, y al percibirme se puso encendida, y experimentó anticipadamente la mayor pena por una explicacion que suponía debia abatirme. Se avergonzaba de mis faltas y de mi confusion..... Sentéme en un sofá al lado de ella. Sorprendiéndola mi conversacion tranquila y severa.— Vos teneis que hablarme, le dije; ¿qué quereis decirme? » A esta pregunta, Eufemia, admirada y suspensa, estuvo un momento sin responderme. En fin, recobrando la palabra: — ¡ Ah! Rosenberg, me dijo... queria deciros que os perdono... y le saltaron las lágrimas... — Eufemia, le contesté, habeis tenido tiempo de reflexionar sobre este raro acontecimiento, y aun insistis creyéndome capaz de la mas infame seducccion. — Yo no acuso, respondió, ni vuestras costumbres, ni las de aquella jóven; no he pensado jamás un solo instante que hayais querido deshonrar á la que yo amo y contemplo como hija mia, antes bien quiero creer que la palabra amor jamás se pronunció entre vosotros; pero os amais; vos me habeis engañado, me habeis hecho traicion; le habeis dado, y ella recibió la primera prenda de mi ternura; esta dádiva de vuestra mano no puede ser ofrecida sino como un sacrificio; ¡y ella la acepta!.... — Si fuese así, interrumpí yo, seria ella la mas ingrata y vil de todas las criaturas, y yo un monstruo.... — Cómo, ¿podeis negarlo....? — ¡ Eufemia! vos me co-

noceis hace veinte años, ¿habeis jamás visto bajeza ni doblez en mi carácter? — Vos sois jeneroso, teneis principios, lo sé; pero una grande pasion..... — En los dias de nuestra juventud, mi pasion por vos no me habria hecho cometer nunca una accion infame, no lo dudais, y ¿creeis que á los cuarenta y seis años una criatura me haya convertido de repente en sobornador é infame? — ¡Ah! ¡yo me pierdo en mis pensamientos!.... O creed que mi ternura por vos y por ella ha apurado ya todas las conjeturas que pueden sino justificarnos, á lo menos haceros escusable..... — Vos, Eufemia, debeis aun mas al hombre que ha merecido vuestra eleccion, á vuestro esposo, con quien veinte años de union deben haberos hecho conocer su probidad; y á pesar de las apariencias que le condenan, debeis creerlo un hombre honrado. — ¡Ay! estas no son apariencias, es un hecho..... — Escuchadme: juro por todo lo que hay de mas sagrado, que no medió jamás entre esta desgraciada y yo la menor inteligencia; al contrario, ella me teme, y la especie de sentimiento que me inspira es del todo opuesto al del amor. Una sola palabra podria justificarme completamente. Lo haré, si vos así lo exijís, en el momento os será todo descubierto; mas este secreto no es enteramente el mio, y me afligierais mortalmente obligándome á revelarlo. Hablad, ¿lo quereis saber? — No, quiero mejor creerte sin jénero de prueba: tu palabra vale por todas. » A estas palabras me eché á sus piés: — Jenerosa Eufemia, le dije, acabais de añadir un nuevo lazo á los sagrados vínculos que me unen con vos..... ; Ah! cuán dichosa soy, exclamó ella. Pero Olímpia es inocente, que vuelva pues... — No, su destino la llama á otra parte..... Todo lo que puedo descubrir es, que el azar me ha metido en la confidencia de su extraordinaria situacion, á su

pesar; y me será fácil probaros que antes de la escena que tan cruelmente os alucinó, yo la habia hecho decidir en una conversacion de diez minutos (la única que haya tenido con ella), á que se volviese sin demora á su patria. — Ya basta. Me es satisfactorio creer sobre tu palabra un misterio incomprensible. » Esta conversacion, que fué muy larga, dispó del todo las ultrajantes sospechas de Eufemia, pero le quedó una viva curiosidad; y en vano procuraba adivinar la causa que habia podido producir una cosa para ella inesplicable: mas de una vez intentó preguntarme sobre este particular; pero yo la contenia siempre diciéndole: ¿os arrepentís de vuestra confianza? ¿quereis saberlo todo?.... Ella dejó por fin de hablarme sobre este asunto, y yo la recompensé esta jenerosidad con una conducta que desde aquel momento en adelante no desmentí jamás; pues no solo le prodigaba los mas tiernos cuidados, y le demostraba (menos en un solo punto) una perfecta confianza; sino que tambien le escribía á menudo billetes, cosa que jamás habia conseguido de mí, ni aun en los primeros años de nuestro enlace. Esta conducta la hizo feliz; sin embargo no se consolaba de vuestra pérdida; y me complacian las lágrimas que haciais derramarle, así como su instinto maternal. Cuando yo reparaba que se afligia pensando en vos, ¡en qué perfecta armonía me encontraba con ella!.... Quiso absolutamente anunciaros por escrito que estabais justificada, é instaros á que volviesséis, aunque fuese solo por algunos meses. Me enseñó la carta, la cual contenia algunas esplicaciones que habrian podido haceros venir en conocimiento de nuestra mútua relacion, y por lo tanto persuadi á la princesa que yo ignoraba enteramente en que paraje de Francia os encontrabais. La viuda Marcela á quien ella envió á buscar tambien, le dijo que nada sa-

na con respecto á vos; pero se encargó de dirigir la carta al padre Arsenio. Yo hice interceptar esta carta en el correo, y habiéndome sido remitida, la quemé. Entre tanto esperaba con impaciencia, y por fin vi volver, con emocion, al sujeto que os habia conducido á la Rochela. Hízome mucha impresion la nobleza con que me devolvisteis el dinero que os habian remitido de mi parte.... y erais en mi concepto un ser inespliable.—Oh hija mia, añadió el conde al acabar este relato; pues que entonces mismo conservaba á mi pesar sentimientos de padre, imaginad la indecible ternura que yo siento al presente hácia vos.... — ¡Ah! padre mio, exclamó Clara, ¿puedo yo desconocerla cuando con tanta generosidad habeis reconocido por hija vuestra á una infeliz humillada por el mas horrible deshonor, solo porque habeis visto que caia desesperada bajo la autoridad de aquel que pretendia apoderarse de mí? Acordaos siempre que jamás titubee á sacrificarme por el hombre vil y bárbaro á quien creia deber la vida; y comparad así mismo el sentimiento que debo abrigar para con el noble autor de mis dias....»

El conde no se cansaba de escuchar y contemplar á su querida hija; y convinieron entre los dos que no pudiendo estar ella en otra parte con mas decencia que en este convento, se quedaria en él hasta que se acabase el sitio; y que entonces la conduciria á Alemania, en donde Valmore iria á encontrarles para desposarse con ella. Despues de haber formado mil proyectos para lo sucesivo, la dejó el conde tan encantado de su talento, que estaba ufano y envanecido de la sensibilidad, del carácter generoso, y de todas las virtudes que habia reconocido en su hija.

Clara se acostó, mas no pudo encontrar el reposo de que tanto necesitaba, despues de haber experimentado tantas y tan violentas commocio-

nes. No habia terminado aun la guerra, y la inquietud que sentia por su padre y por Valmore, no le permitian disfrutar de toda su dicha. En efecto, solo temblando y con doloroso sentimiento se descubre una dichosa perspectiva, cuando se percibe á través de peligros presentes é inevitables.

Clara no pudo conciliar el sueño, y por la mañana levantándose se sintió indispuesta y con calentura: sin embargo para no causar inquietud á su padre, no se cuidó, aguantando dos dias, sin avisarlo, este estado de enfermedad. Pero al tercer dia la atacó la calentura con tanta fuerza, que se vió obligada á meterse en cama y llamar al facultativo. El conde sintió una inquietud tanto mas cruel, cuanto no queriendo todavía declarar que era su padre, no podia cuidarla ni acompañarla, y por otra parte los cuidados de la guerra le tenían ocupado parte del dia; pero el padre Arsenio iba mañana y tarde á darle noticias de ella. Todos en la ciudad tomaban el mas vivo interés por la salud de Clara, pues que se sabia jeneralmente su historia, hecha pública por el duque de Rohan, confirmada por la desaparicion de Montalban, y detallada en todas las gacetas; y la inocente Clara era el objeto de la pública admiracion. El duque estaba decidido á entregar á Montalban á todo el rigor de las leyes, y á pesar de que habia dado orden para arrestarlo, todas las dilijencias que al efecto se practicaron fueron vanas.

Enfrente del convento de las Ursulinas vivia una anciana y virtuosa señora católica, llamada la marquesa de***: su conducta habia sido siempre tan ejemplar, y su inmensa caridad tan conocida, que el amor que los pobres le profesaban y la estimacion jeneral que se habia adquirido, la habian preservado hasta entonces de los furors de partido; y como por otra parte no se mezclaba en ningun negocio, y vivia en el mas grande

retiro, había conseguido, desde las agitaciones políticas, el hacerse olvidar de todos los intrigantes. Sin embargo, después del acontecimiento en que Clara fué reconocida de su padre, Montalban se acordó de haber oído hablar de la piadosa marquesa de***, y no sabiendo en qué paraje ocultarse, entró precipitadamente en esta casa de hospitalidad. Al momento solicitó una audiencia particular, la que le fué concedida, y pidió un secreto inviolable, y se le prometió. Llevaba un uniforme de oficial de superior graduacion, y habiéndose presentado bajo un nombre supuesto, dijo que se veía perseguido por los enemigos de la religion católica. El modo que tuvo de presentarse anunciaba un hombre distinguido por su nacimiento, ú á lo menos por su educacion, y tenia un aire tan espantado y confuso, que penetró vivamente á la marquesa. Tengo, le dijo esta, una reducida habitacion, en donde no entra jamás persona alguna como no sea yo; quiero esconderos en ella al momento, pues vuestro peligro me parece demasiado inminente para tomar informes acerca de vuestra persona. A estas palabras, Montalban quitándose el sable y dos pistolas que llevaba en los bolsillos, y poniéndolo todo sobre una mesa, Señora, dijo, bajo la fe de la hospitalidad me constituyo prisionero vuestro por cuatro á cinco dias. — Y bien, caballero, repuso la marquesa, vos no me veréis mas que á mí sola, y yo seré la única que os sirva la comida; y en efecto le condujo al gabinete que no tenia mas entrada que por su propia habitacion. Abismado Montalban en la impiedad (pues que semejantes atentados no podian existir sin el ateísmo), Montalban no se sentia atormentado por los remordimientos; pero viéndose perdido, abrigaba la rabia en su corazon, y la horrible necesidad de cometer nuevos crímenes. Inflamada su sangre por un furor im-

potente y concentrado, encendió en sus venas una ardiente calentura, y al dia siguiente lo encontró la marquesa en la cama. Tres dias después, continuando Montalban todavía enfermo, la marquesa se vió tambien acometida de un ataque tan violento de reumatismo, que se vió imposibilitada de poder cuidar de su huéspedes; y no queriendo confiar su secreto á ningún criado, se encontró en el caso de no saber qué partido tomar. El padre Arsenio iba todos los domingos en secreto á su casa para decir misa; lo mandó buscar, y se presentó al momento. Ella le confió que tenia escondido en su casa á un católico perseguido, y le encargó al mismo tiempo que le llevara la comida. Dispuesto siempre el padre Arsenio á ejercitarse en acciones laudables, pasó al instante al gabinete, que ya sabia cual era, por haber visto ya en él á otro fugitivo; y al ruido que hizo al tiempo de entrar, Montalban, que continuaba en cama, entreabrió la cortina, y reconociendo al padre Arsenio, exclamó: ¡Me han vendido!.. Estremeciéndose el padre Arsenio á la vista de este monstruo, mas reponiéndose al momento de su turbacion, le declaró la verdad.... Y bien, dijo Montalban, yo me muero, id á denunciarme, vengaos, no sois vos el único sacerdote que haya probado los efectos de mi encono, pues que á todos los he perseguido... — ¡Ah! contestó el padre Arsenio, ¡benedicid al cielo que se ha dignado enviaros uno para absolveros! Si es cierto que vuestra enfermedad sea peligrosa, abrid por fin los ojos, y entregaos en brazos de la religion... — Dejadme, os digo, id á denunciarne. — ¿Me creéis tal vez hipócrita? y si no me tenéis por tal, ¿podeis dudar de mi fe? Vos vivis, y solo os contemplo como á un hermano; espondré mi vida por seros útil, y la daría con placer por la salvacion de vuestra alma. Creed que no es el pobre Arsenio, ni un ser débil y ven-

gativo el que os habla con este lenguaje; es el espíritu de la religion, es él quien me ordena amaros y servirlos; pues él puede mandar al amor, é inspira á los corazones dóciles los sentimientos que les prescribe. — Es necesario, antes de todo, que pueda contar con vuestra sinceridad. — ¿Cómo? — Quisiera hablar con uno de mis criados, llamado Felipe; tened la bondad de mandarle decir que se encuentre esta noche al último de esta calle, al lado de la puerta del Oeste: — ¿Y porqué no queréis que venga aquí? — Quiero que ignore mi asilo, pues no me fio de persona alguna. — ¿Y estáis en estado de levantaros? — Lo probaré. — Se ejecutará vuestra petición.» A estas palabras se retiró el padre Arsenio, despues de haber prometido que advertiría á la marquesa, con el objeto de que Montalban pudiese pasar sin ser percibido; y volvió á verlo al cuarto de hora, para instruirle de que modo debía salir, y en seguida lo dejó. Montalban pasó lo restante del dia en un continuo terror, creyendo siempre al menor ruido, que entraban para prenderle, pues no podía creer en la buena fe del padre Arsenio. Tan luego como amaneció, se vistió y bajó á la calle, en donde espermentó los mismos sobresaltos. Por fin llegó su criado, á quien hizo Montalban muchas preguntas, y supo por él que Clara vivia aun en las Ursulinas, que estaba enferma, pero no de cuidado; le dijo tambien que los de la plaza debian hacer una salida al romper el dia, la cual habian de verificar por la puerta del Oeste; y Montalban le mandó que le tuviese preparado un caballo y armas en aquel mismo paraje, un cuarto de hora antes del amanecer, y despues de esta conversacion, se retiró otra vez á casa de la marquesa. Al dia siguiente volvió el padre Arsenio á llevarle la comida, y Montalban le encargó que dijese á la marquesa, que él pensaba mar-

chase á las dos de la mañana, y que se despedia.

Desde el asesinato de Julio, esté infame, perseguido, no por sus remordimientos, pero sí por un funesto presentimiento, iba siempre prevenido de un veneno el mas sutil; este era un último recurso que se reservaba en secreto para evitar una muerte ignominiosa; pues que Montalban, como casi todos los mayores infames, desnudo de toda idea de inmortalidad del alma, y desposeído del temor de la otra vida, solo podia calmar el terror que le inspiraban las leyes humanas, por medio del horrible proyecto del suicidio.

Efectivamente, á las dos de la mañana abandonó el asilo que le habia proporcionado la caridad cristiana; y paseándose por la calle esperando á su criado, le causó novedad el ver tan á deshora una botica abierta y con luz. Esta botica pertenecía á la casa de las Ursulinas, en donde permanecía Clara, y estaba abierta toda la noche para el servicio de los enfermos. Montalban sabia que Clara estaba enferma... Guiado por su genio infernal, observó, á través de los cristales, y vió que en la botica solo habia un viejo dormitando. Intentó pues entrar furtivamente, y al abrir la puerta hizo sonar una campanilla, y el viejo se despertó. Montalban le pidió varias drogas, diciéndole que eran para la marquesa de***. Levantóse el viejo, y con mucha cachaza alcanzó los botes, pesó las drogas, y las arregló en paquetes. Durante esta operacion echó Montalban una rápida mirada sobre el mostrador, vió una pocion preparada en una redomita, leyó en el rotulito que tenia puesto, el nombre de Clara, y al momento echó veneno en la redomita. Esperó en seguida con tranquilidad las drogas que habia pedido, y despues de haberlas recibido, se marchó.

Un poco antes de amanecer llegó su criado, montó á caballo Montalban,

y tomó las armas. Al momento se oyó el ruido de la tropa que marchaba á la desfilada. Escondido Montalban entre una arboleda, percibió á la débil luz de la aurora, que la tropa que pasaba vestia el mismo uniforme que él llevaba puesto; y metiéndose entre filas, salió con ella de la ciudad. Se mantuvo con la cabeza baja, y calándose el sombrero sobre los ojos, no fué conocido entre la multitud, favoreciéndole tambien la mañana que estaba sombría y nebulosa.

La tropa se adelantó, percibieron á los realistas, y avanzando hácia ellos, se trabó la accion. Montalban se batió como un desesperado. El aborrecimiento y la rabia le animaban á la par. Su carácter atroz y libertino le hacia despreciar toda especie de dependencia, y á cualquiera autoridad. La sola idea de la majestad divina, como poder supremo, le hacia horrorizar, y por consecuencia necesaria aborrecia á la majestad real. Serenóse de improviso el tiempo en lo mas reñido de la accion; y estando Valmore á la cabeza de su rejimiento, percibió y conoció al punto á Montalban, y dirigiéndose hácia él;—¡Monstruo! exclamó, vas á recibir el castigo de tus crímenes, y no te lisonjees de morir gloriosamente, porque el campo de batalla no es ya para los rebeldes el campo del honor... Y diciendo estas palabras, y alcanzándolo, ¡tiembla! le dijo, con voz amenazadora, ¡tiembla! tu inocente víctima trasformada para tí en este momento en ángel exterminador, va á guiar mi brazo desde el empíreo... » y abalanzándose contra él con impetuosidad, lo hirió mortalmente, lo derribó inundado en sangre, se apoderó de él y lo hizo prisionero.

Después de la batalla condujeron al moribundo Montalban á la tienda de Valmore: curáronle las heridas, y como conservaba su entero conocimiento, el capellan del rejimiento de Valmore pidió que se lo dejasen ver. Montalban consintió en ello, y acer-

cándosele el sacerdote á la cama. Vengo, le dijo, para hablaros de parte de Valmore. Este, en el campo de batalla, no se os pudo manifestar sino como un guerrero irritado; mas ahora que estais peligrosamente herido, y constituido prisionero suyo en su propia tienda, no conoceréis en él sino á un verdadero cristiano. Por lo tanto me encargó os asegurase que se os prodigarian todos los socorros del arte, y jamás abandonaria á su prisionero al rigor de las leyes; y que si curais, os volverá la libertad, dándoos una escolta para que os conduzca fuera del campamento.»

Después de haber escuchado Montalban este discurso, dijo que deseaba ver al instante á Valmore, y el capellan fué á buscarlo.

No dudaba Valmore que Montalban, sobrecojido de terror á la vista de la eternidad, quisiese hacer una confesion pública de su crimen; y pasó en efecto á visitarlo, acompañado de los principales oficiales de su rejimiento. Al momento que Montalban lo vió, le dijo:—quiero hacer una confesion que, aunque inútil, me satisface... Declaro pues solemnemente que fui yo el asesino de tu hijo, y que Clara, del todo inocente, se entregó á la muerte y á la ignominia por no denunciarme... » Después de haber dicho esto, hizo una suspension, y en seguida echando una terrible mirada sobre Valmore:—¿Cómo, dije, no te hace temblar esta confesion? ¿Puedes tú creer que moribundo y vencido por tí, pudiese salir la verdad de mi boca sin un proyecto de venganza? Conoce en fin á Montalban... Este brazo que se sumerjió en el seno de tu hijo, ha deramado esta mañana un veneno mortal en la medicina de Clara, y ya no existe... » A estas palabras, Valmore fuera de sí hizo maquinalmente un movimiento para precipitarse sobre este monstruo; pero lo contuvieron. En seguida arrancándose Montalban los vendajes de las heridas, espiró.

y sacaron á Valmore fuera de la tienda.

Este desgraciado hubiera sucumbido á su dolor, si no se le hubiese hecho la reflexion de que podia ser que aquel infame no consiguiera su tentativa, y que algunos contravenenos conserváran la vida de Clara. Aunque esta idea solo podia derramar en su espíritu una ligera incertidumbre, parecia, no obstante, que este rayo de esperanza sostenia su vida desfalleciente. Mandóse entablar al momento un canje de prisioneros; y mientras que se esperaba la vuelta de los parlamentarios, Valmore, rodeado de sus amigos, teniendo el reloj en la mano, y fijos los ojos en el minuterio, contaba los minutos estremeciéndose. Véase pintada sobre su frente la palidez de la muerte; y la alteracion de su rostro, con el total abatimiento de su persona, demostraba el anodamiento de sus fuerzas y de su valor. Despues de un largo silencio, levantando los ojos al cielo: — ¡Oh! ¡qué terrible agonía siento en tal espera! dijo con voz apagada.... y sin embargo me queda una duda, una sombra de esperanza!.. No, no, el cielo es justo, el perseguidor de este ser angelical debe sufrir el castigo de este horrible suplicio!.. ¿Cómo pude dar yo crédito á la dicha que se me prometió?.. ¡Ojalá hubiese yo espirado antes de oír la terrible palabra que perpetuará mi desgracia!..» Al decir esto inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y calló, pero al menor ruido que le parecia oír, se estremecia, abria los ojos, y miraba al rededor de sí con un aire de alteracion y espanto; y caia en seguida en el mismo abatimiento. Al cabo de algunas horas oyó distintamente un ruido de caballos, y efectivamente era la escolta que volvia. Entonces se levantó Valmore esclamando con vehemencia. ¡Desgraciado del bárbaro que se atreverá á anunciarme el terrible acontecimiento!... En este mo-

mento entraron diciendo: Ella existe, no fué envenenada, y ved ahí una carta del conde de Rosenberg... Valmore juntó sus manos con trasporte, se puso encendido, pálido, derramó lágrimas, y cayó desmayado de alegría en los brazos de sus amigos.

El conde decia que el médico de Clara, al mismo tiempo que habia recetado la medicina, habia mandado que no se la diesen á la enferma sino en el caso de que esperimentase algun acceso; pero que habiendo quedado libre de la calentura, no habia tomado el funesto brevaje. Y añadia que habiendo hecho con un perro el experimento del veneno, espiró á los tres minutos.

¡Con qué modo tan espresivo bendijo Valmore al cielo que le conservaba tan milagrosamente el objeto de su viva admiracion, y del cariño que tan apasionadamente le profesaba!....

Valmore, que habia despachado ya dos correos para Paris á fin de instruir á su hermana de la inocencia de Clara, espidió al momento otro, que llevaba la declaracion última de Montalban, certificada por el testimonio firmado de todos los oficiales del rejimiento de Valmore. Amelia hizo anular todos los procedimientos que se habian hecho contra Clara: no se podia reconocer su inocencia sin admirar su heroismo, y el entusiasmo que se concibió por ella fué jeneral en toda la Francia.

Sin embargo, los realistas y los rebeldes se preparaban completamente para conseguir una decision. La armada inglesa se dispuso para un grande combate, que se verificó á fines de octubre. Luis XIII se acreditó en esta jornada como digno hijo de Enrique el Grande, se mantuvo con constancia en la bateria de *Chef-de-Baye*, en donde pasaron por encima de su cabeza mas de trescientas balas. El bravo comendador de Valancey acabó de immortalizar su nombre y su valor

en este combate. Los Ingleses fueron completamente batidos, y en vano intentaron forzar el dique acabado por Pompeyo Targon; pues conociendo los Franceses cuanto importa juntar la perseverancia á la intrepidez, triunfaron por consiguiente de todos sus esfuerzos. La armada se hizo á la vela y dió la vuelta para Inglaterra, y la Rochela se sometió al rey el 23 de octubre. Este príncipe no entró en la plaza hasta dos dias despues. Valmore, que ardía en deseos de volver á ver á Clara, voló á la Rochela el mismo de la rendicion, y la encontró en un perfecto estado de salud. Ningun cariño puede compararse con el que Valmore profesaba á Clara; pues el objeto de este cariño era un ser tan angelical y puro, que Valmore no se atrevía ni aun por pensamiento á dar el nombre de amor al sentimiento exaltado que sentía por ella. En efecto, ninguna espresion amorosa hubiera sido enérgica para dirigírsela á ella.... No pudiendo pintar sus sentimientos, pero sabiendo que era inútil espresarlos, y que su corazon se hallaba correspondido por el de Clara, se exaltaba con la felicidad de verla; y con un delicioso silencio, creía hacerse entender mejor que con vanos discursos, aunque con el conde de Rosenberg y con el padre Arsenio, se espresaba con toda la elocuencia penetrante del reconocimiento y de una profunda sensibilidad. Durante estas conversaciones se fijaron todos los proyectos para lo sucesivo. Conviniéron en que marcharian juntos á Alemania, en donde se celebrarían las nupcias; y Valmore prometió acompañar todos los años á su esposa á Niemen, para que pudiese pasar allí algunos meses con su madre; y que esto duraria todo el tiempo que le quedase de vida al elector: y Rosenberg prometió tambien á su vez, que á la muerte de este príncipe, pasaria á establecerse en Francia para siempre.

Luis XIII hizo su entrada á la Rochela el 1.º de noviembre, en donde acababa de establecerse con pompa el culto católico. El rey, por un efecto de su clemencia y humanidad, se portó como padre de los vasallos rebeldes que acababa de vencer; y todos reconocieron con entusiasmo los sagrados derechos de un soberano que sabia perdonarlos. No se derramó la sangre de ninguna persona sobre el cadalso, ni tampoco se ejecutó ningun procedimiento riguroso; todos los castigos se limitaron á algunas destituciones, aprobadas jeneralmente por todos los partidos, y á la demolicion de las fortificaciones. Todos los corazones se reanimaron á la presencia de este joven príncipe, cuyo valor y bondad recordaban la reciente y querida memoria de su augusto padre. Los campesinos particularmente quisieron tener el gusto de ver al hijo de Enrique el Grande, y concurrieron de tropel á la Rochela.

Despues de haber permanecido el rey algunos dias en esta plaza, marchó de vuelta á la capital.

Valmore obtuvo un permiso de seis meses para viajar, y se dispuso para la marcha. Clara no se habia presentado aun en público desde la dichosa revolucion que acababa de cambiar su suerte, y cuando corrió la noticia de que se marchaba á las 10 de la mañana, y se vió á la puerta de las Ursulinas el coche con seis caballos, se agolpó un numeroso concurso en la calle para ver á esta heroína de todas las almas piadosas y de todos los corazones jenerosos y sensibles. Clara se despidió cordialmente de las buenas Ursulinas; y le saltaron las lágrimas al dejar á la joven Honorina que, fiel á su vocación, quiso quedarse en la Rochela para consagrarse á Dios. Mas el padre Arsenio debia hacer el viaje de Alemania; pues ¿quién sino él podia bendecir la union de Valmore y Clara? y por los correos que habian despachado á Paris, tenían ya de la

superioridad las licencias necesarias.

Apoyada Clara al brazo de este religioso, y seguida de Valmore y de Rosenberg (pues aun no se habia hecho público que este fuese su padre), la humilde y tímida Clara salió del convento; y quitándose el velo por obedecer á su padre, se presentó en la calle, en donde resonaron mil aclamaciones y aplausos que espresaban el entusiasmo que inspiraba, poniendo en el mas alto grado su presencia y las gracias de su persona, que pareció incomparable á la vista de todos. La belleza, en una persona joven, realza sin duda el brillo de la virtud; pero la virtud, á su vez, da tambien á la belleza un encanto sublime y celestial. Entró Clara en el coche, con el padre Arsenio, Rosenberg y Valmore, y se vieron obligados á atravesar toda la ciudad muy despacio; pues toda la multitud les servia de escolta, y se aumentó sucesivamente hasta que llegaron á las puertas, habiéndose llenado el coche de ramos y de coronas de laurel y de flores, que les tiraron desde las ventanas, con muchos versos en su alabanza, escritos en papeles de varios colores. Los mas brillantes sucesos del valor y del talento encuentran contradicciones; pero no las padecen las acciones generosas; pues son apreciadas por todos los hombres capaces de poder conocer el mérito de ellas y de apreciarlas. El apreciado nombre de Clara, proclamado en medio de los jenerales aplausos, resonaba por todos los ángulos de la ciudad, y era repetido con entusiasmo en el seno mismo de las familias. La dulce y modesta Clara habria querido poderse sustraer á todas estas demostraciones; y sin embargo mirando á su padre y á Valmore, al contemplar la excesiva alegría del uno, y la profunda ternura del otro, ella se complacia de su propia felicidad: mas estaba tan acostumbrada á no encontrar la dicha sino en el testimonio de su concien-

cia, que se afeaba este sentimiento tan natural, pareciéndole que dispartaba en ella una debilidad que hasta entonces no habia conocido. En medio de este triunfo se acordaba que dos ó tres años antes habia atravesado á la misma hora las calles de París en un fúnebre carro, seguida de un vulgo indignado y curioso que solo queria verla para llenarla de insultos..... Estaba persuadida de que entonces pareció á los ojos de Dios rodeada de una verdadera gloria, y que acaso en este momento reprochaba en ella un movimiento secreto de vanidad. Se repetia á sí misma que las alabanzas de los hombres son frívolas y peligrosas; y que solo debe desearse con ardor la aprobacion del Juez supremo, soberano dispensador de las recompensas inmortales.

Al salir de la ciudad se dirijieron á la quinta de Jérson, en donde comenzaron con la mayor satisfaccion. ¡Con qué júbilo fueron recibidos! ¡Cuántas preguntas tuvieron que contestar! y cuánto admiraron estas buenas jentes á la Providencia, bendiciendo al cielo, que, despues de tantas pruebas, hacia triunfar la virtud de un modo tan brillante. —Sí, dijo el padre Arsenio, el cielo es tan injenioso en sus recompensas, como terrible en su enojo: ha querido que aquella que tuvo el valor de sacrificarlo todo á la virtud, encontrase la dicha en donde creia hacerle aun un nuevo sacrificio.» Obedeciendo Clara al duque de Rohan y quitándose el velo para asegurar la libertad de Valmore, creyó sacrificarse, y esta accion generosa produjo su justificacion. Convinieron todos en lo justo de semejante reflexion; y el conde confesó que si no hubiese mediado la insolencia de Montalban y su indecible atrevimiento, nunca hubiera reconocido por hija suya á una persona de quien se tenia un concepto tan deshonrado.

Clara y Valmore prodigaron á la

virtuosa familia de Jerson los testimonios mas sinceros de su tierna amistad, y Clara les dejó el dinero necesario para que mandasen edificar una hermosa capilla en la eminencia de la *Colina de la Esperanza*. En fin les fué preciso separarse de la quinta, y tomar el camino de Alemania, haciendo el viaje con mucha velocidad. Nada igualaba á la impaciencia de Clara, á pesar de que no dejaba de inquietarla la incertidumbre acerca del modo con que recibiria el elector la confesion que iba á hacérsele. Ya se sabia en la corte que la jóven *Olimpia* era esta Clara, esta interesante heroína de la historia mas trágica; su inocencia publicada habia escitado en Alemania tanto entusiasmo como habia producido en Francia; mas en todas partes ignoraban el nombre de su padre. Por el último correo que Rosenberg habia despachado para el elector, le decia que habiendo encontrado á Clara en la Rochela, se habia encargado él mismo de acompañarla, y presentarla á la princesa, cuya compañía anhelaba su corazón. De este modo Eufemia, á la cual nada habia podido consolar de su ausencia, se envanecía de sus triunfos. Clara, oculta bajo el nombre de Olimpia, explicaba á Eufemia el misterio de su conducta. Pero ¿cómo Rosenberg habia descubierto su secreto? ¿Habia pues conocido él á Clara antes de su viaje á Alemania? Esta circunstancia hacia aun mas sospechosa la dádiva del corazón de oro esmaltado; y en vano Eufemia desechaba estas renacientes sospechas que le atormentaban el alma. Sin embargo esperaba á Clara con impaciencia, pero con una confusion indecible. En fin, llegaron sin ostentacion á las siete de la noche á la capital de los estados del elector. Rosenberg dejó al padre Arsenio y á Valmore en casa de la viuda Marcela, y al momento se fué al palacio con Clara. Fué admitido en el gabinete del príncipe, quien al verle, prorun-

pió en exclamaciones de contento. Rosenberg, teniendo á su hija por la mano, se adelantó y le dijo: Señor, ¡ved aquí esta criatura angelical, inmortalizada por su valor y por su sublime virtud! vedla, yo os la presento, y vengo al mismo tiempo á ofreceros mi cabeza... ¡Oh cielo! exclamó el elector, ¿qué quereis decir?... Sí, señor, contestó Rosenberg, ¡estaba destinado á este ángel el tener un padre culpable!.. Ella es hija mia: veinte años hace que estoy casado clandestinamente... ¡Casado! dijo el elector, con estremada conmocion.... ¿Y con quién?... A esta pregunta el orgulloso Rosenberg se postró á los piés de su soberano, por respuesta, y lo propio hizo Clara... ¡Ingrato! exclamó el elector, cubriéndose con ambas manos los ojos llenos de lágrimas, ¡y yo os ofrecí su mano!.. Ya estábamos casados mucho tiempo habia, respondió Rosenberg; era indispensable, aceptando vuestras bondades, haceros una confesion que os hubiera afligido; yo he sacrificado la ambicion y la gloria á vuestro reposo; mas no puedo sacrificar el de esta criatura; ella es digna de perteneceros. Castigadme, pero adoptad á Clara. ¡Y qué! repuso el elector, mi hija me ha engañado durante veinte años..... Jamás, interrumpió Rosenberg. Despues de haberla seducido y sujetado, la impuse el silencio; y ha sido menester todo el imperio del amor, toda la autoridad de un esposo para conseguirlo... En fin, por medio de mis artificios, ella ignoraba enteramente que Clara fuese hija suya, y creia que la criatura que habia dado á luz, habia vivido muy pocas horas. Ella no ha cesado de llorar su falta; os adora; y podeis hacerla la mas dichosa de las madres!... Levantaos. Rosenberg, dijo el elector, vos me habeis servido á mi satisfaccion; os debo la vida; tengo setenta y ocho años; no os impondré un destierro, como deberia; en mi edad no cabe ya

el tiempo del castigo y sí solo el del perdón. Id á buscar á la princesa. Y vos, hija mia, prosiguió dirijiéndose á Clara, abrazad á vuestro abuelo. Esta palabra que fijó la suerte de Clara, trasportó á Rosenberg al colmo de sus deseos; voló en busca de Eufemia. Venid, venid, exclamó al entrar en su aposento, ya hemos llegado al dia mas feliz de nuestra vida... El penetrante eco de su voz, el fuego que brillaba en sus ojos, la espresion de ternura y de placer que animaba su fisonomía, disiparon todos los temores de Eufemia; y sin poder adivinar su suerte, la presentia. ¡Oh Rosenberg! exclamó, acabad, hablad.... Todo se os descubrirá, respondió él, vais á recibir el precio de vuestra generosa confianza: preparaos para una indecible sorpresa, para una dicha sin igual.... A estas palabras le hizo algunas preguntas, pero en vano; el conde se la llevaba sin quererle responder, y la condujo en triunfo. Entró Eufemia en el gabinete de su padre con la mayor conmocion. Vió á Clara que se desasía de los brazos del elector para precipitarse en los suyos... Sus lágrimas se mezclaron, impidiendo á las dos el poder profertir una sola palabra... Despues de un momento de silencio: hija mia, le dijo el elector, no os presento en la actualidad á Clara como una pobre huérfana; y sus padres deben vanagloriarse de haber sido los autores de sus dias.. Acabo de reconocer á Clara por nieta mia, y á Rosenberg por mi yerno. ¡Dios!..... exclamó la princesa. Sí, madre mia, prorumpió Clara, sí, adorada madre, la dichosa Clara os debe la vida!..... A estas palabras quiso Eufemia estrechar á su hija contra su corazon; pero perdió el color, no pudo sostenerse, y cayó en los brazos de Rosenberg que se precipitó hácia ella para sostenerla.

¡Quién podria dar una idea de la exaltacion y trasportes que espermentó Eufemia, cuando al volver en

sí se encontró en los brazos de su padre, y vió á sus piés á su hija y á su esposo, todos bañados en lágrimas!... ¡Ay! ¡es posible! puede llegar á describirse el idioma del dolor; la imaginacion está sostenida entonces por los recuerdos! ¡pero el perfecto júbilo del corazon!... ¡carezco de colores para pintarlo!....

Lo restante de la noche fué encantadora para estas cuatro personas. Clara se quedó en palacio con su madre: y dejando al elector á media noche, la princesa entró en su estancia con su esposo y su hija, y estuvieron juntos hasta las tres de la mañana. Libre ya del peso de un terrible remordimiento, se encontraba tan feliz por no tener que ocultar su falta, como Clara podia serlo al ver reconocida su inocencia: disfrutaba tranquilamente de la indecible dicha de pensar que era madre de Clara, y de conocer que esta adorada criatura formaria para siempre el sagrado lazo de la mas viva ternura entre ella y Rosenberg; y esta idea llenaba el colmo de la felicidad de que disfrutaba Clara.

Al dia siguiente el casamiento de la princesa fué solemnemente declarado por el elector, quien reconoció públicamente á Clara por nieta suya. Rosenberg presentó á Valmore, el cual fué recibido con la distincion debida al futuro esposo de la jóven condesa de Niemen. Los cortesanos confundidos con este acontecimiento, sintieron mucho no haber ni previsto ni adivinado todas estas maravillas; aunque algunos de ellos se consolaban diciendo que ya estaban orientados de una parte del secreto. Las bodas de Clara se celebraron en Niemen sin ninguna pompa. El padre Arsenio echó la bendicion nupcial á esta criatura tan querida de su corazon; aunque la ternura que sentia por ella no lo pudo detener en la corte, á pesar, de todos los ofrecimientos que le hicieron el elector y Eufemia; y dejan-

do efectivamente la Alemania, se volvió á su convento. Clara disfrutó de una constante dicha; pues que habiendo entrado desde sus primeros años en la carrera de la virtud, no era ya posible que retrocediese de esta hermosa senda; y de consiguiendo no esponia su felicidad al peligroso teatro del gran mundo. Despues de haber disfrutado sin exaltacion de la fama que habia adquirido con sus

relevantes acciones, supo probar todo el encanto de la verdadera gloria de las mujeres; honró á los autores de sus dias con su conducta y con sus invariables principios; los hizo felices prodigándoles sus cuidados; poseyó toda la ternura y toda la confianza de su esposo, sin cometer ni una sola falta; pues guiada siempre por la piedad, y siempre humilde, no abrigó jamás la vanidad ni la presuncion.



Don Jose Gomes

Don

Don Jose Gomes

